BIBLIOTECA DE FIDELIS P. DEL SOLAR

Destruccion de un libro.

El que mata un hombre mata un ser dotado de razon i creado a semejanza de Dios; pero el que destruye un libro aniquila la razon misma i la verdadera representacion de la Divinidad. Muchos hombres viven como inútiles fardos sobre la tierra; mas un buen libro es la sustancia misma de un espíritu superior, recojida con cuidado i embalsamada para sobrevivirle.

MYLTON.

Estante N.º..... *Casilla N.º*.....

SANTIAGO

VELUT ARBOR ÆVO

Presented to the

LIBRARY *of the*

UNIVERSITY OF TORONTO

by

PROFESSOR
ROBERT J. GLICKMAN

REVISTA DE ARTES Y LETRAS

REVISTA

DE

ARTES Y LETRAS

TOMO VI

LIBRARY
DEC 7 1904
UNIVERSITY OF TORONTO

SANTIAGO DE CHILE
OFICINA: CALLE DE HUÉRFANOS, NÚM. 64 A
—
1886

3.228

LIBRARY
DEC 7 1994
UNIVERSITY OF TORONTO

PQ
7900
R43
T.6

Imprenta Cervantes, calle de la Bandera, núm. 73.—1886

LA MUERTE DE RAIMUNDO

I

Hé aquí la verdadera historia de la muerte de Raimundo Sánchez, á quien todos creyeron víctima de un ataque repentino al corazón,—gracias á la discreción inquebrantable del que era su médico y su más íntimo amigo.

Con una cuantiosa fortuna, con un nombre distinguido, el aire de un Apolo que hubiera pedido su vigor á Marte, y un alma en que ardía perpetuamente la pasión, como la lámpara de un santuario,—era extraño que Raimundo permaneciese soltero á los treinta y siete años. Sólo los que sospechaban el largo y callado amor que profesaba á Mercedes, la esposa de un hombre más feliz, aunque menos amado que él, podían explicarse que Raimundo mirase con el ojo indiferente de la amistad á todas las mujeres que encontraba en su camino.

He dicho que Mercedes era la esposa de un hombre más feliz que Raimundo; pero no es ese mi pensamiento.

La felicidad del amor no está siempre en la posesión. Hay lágrimas ocultas que valen más que un beso. Compartir con una mujer sus sufrimientos es á menudo más envidiable que compartir sus alegrías. El amor que principia se siente inclinado á no creer más que en la voluptuosidad; el amor que va llegando á ese grado de perfección en que se vuelve eterno, acaba por convencerse de que la parte más considerable es la del espíritu.

Raimundo y Mercedes sufrían días mortales de angustia y noches de insomnio sin aurora, pero saboreaban entre lágrimas el acre consuelo de sentirse mutuamente amados sin poseerse.—Mercedes respetaba bastante su virtud para no haber arrojado sobre su esposo la mancha de lo irreparable; Raimundo respetaba su amor lo bastante para no ponerlo en lucha con el honor de su amada y con su propio honor.

Á veces imprimía un largo beso en la frente de Beatriz, niña que tenía todos los encantos de su madre, doblados con el perfume de la inocencia y de la juventud. Mercedes recogía en sus labios y en su corazón aquellos besos que comprendía para ella, y los devolvía con el pensamiento. Esas eran todas las caricias de aquellas dos almas nacidas la una para la otra, y que un destino extraño había separado antes de conocerse.

¡Si se hubieran encontrado cuando ambos eran libres! hé ahí la idea que los desesperaba, con la desesperación de lo irremediable.—Para cada alma de hombre que viene al mundo, nace destinada un alma de mujer: toda la felicidad de la vida consiste en encontrarla. Los que no la encuentran, los que llegan tarde y los que se equivocan, forman el inmenso anillo de los desgraciados. En este caso no queda á la desdicha más término que la su-

prema solución, que es la muerte;—la muerte del corazón ó la del cuerpo.

La muerte vino á proteger con sus tristes alas misteriosas los amores de Raimundo y de Mercedes. El marido murió.

Era demasiado tarde para lo que ellos habrían deseado; pero aún era tiempo para pedir á la vida su parte de ventura. Raimundo tenía treinta y siete años y Mercedes treinta y tres: el más allá estaba lejos y aún se podía arrancar al presente algunos días felices, para compensar el largo martirio del pasado.—Á ningún satisfecho se le ocurre jamás pensar en esa teoría de las compensaciones humanas; pero todo el que sufre piensa que sería la más horrible injusticia hacer que las situaciones de la vida humana fuesen durables. Yo no sé si es más egoísta la alegría ó el dolor.

En esto pensaban tal vez una noche en que, siete meses después de la muerte del marido, Raimundo tenía entre sus manos las de Mercedes, y depositaba en los labios de ella los besos que en otro tiempo solía recibir Beatriz.

La niña no estaba allí; tenía ya quince años, y mostraba en germen las más ricas promesas de una mujer. En ella nacían todos los impulsos inquietos y cálidos de la pasión y se desarrollaban todos los atractivos magníficos para inspirarla.—No era buen testigo para las escenas de amor de Raimundo y de Mercedes. Es posible que la niña se hubiese ya preguntado por qué su madre procuraba alejarla casi todas las veces que llegaba Raimundo.

Aquella noche, la hoguera tan largo tiempo apagada á fuerza de lágrimas, parecía retorcerse más abrasadora

que nunca en el pecho de Raimundo. Por milésima vez se habían contado sus sufrimientos del pasado; hoy ya nada se oponía á que realizasen la misión de amor para que se creían nacidos. La memoria del muerto no turbaba al uno ni levantaba en el otro las ideas celosas que matan el amor, sino aquellas que lo encienden.

—¿Quieres ser mía? preguntaba Raimundo, besando más que hablando al oído de Mercedes.

—¡Demasiado lo sabes! dijo ella, pensando tal vez en su difícil situación de esposa en otro tiempo, y en su difícil situación actual de madre.

—¿Lo quieres? repitió él, estrechándola contra su pecho, y como si pidiese allí mismo el cumplimiento de una promesa largo tiempo murmurada al oído.

Ella se desprendió vivamente, y le dirigió una intensa mirada de dolor y de reproche.

—Perdóname, murmuró él, comprendiendo que la pasión le hacía olvidar que no hay otros amores verdaderos que aquellos que Dios puede mirar; tienes razón... esperaré!

Cuando expiró el plazo que las conveniencias sociales tienen señalado, Raimundo y Mercedes consagraron al pie del altar el único amor de su vida.

II

Seis meses habían pasado.

Llegó el verano, y los dos esposos salieron al campo. Nada hay más propicio al amor que la verde soledad del campo, donde parece que á un mismo tiempo se adormece el cuerpo en lánguida voluptuosidad, y se despier-

tan deseos infinitos en el espíritu. Sólo allí se encuentra realizado y perfecto este ideal de las almas apasionadas y soñadoras,—el amor en el ocio!

Sin embargo, Raimundo comenzaba á ver con secreta ansiedad que la sed de amor que ardía en su pecho, aunque solía apagarse en el cariño de Mercedes, no quedaba saciada. Junto á ella no estaba lleno; Mercedes no era ya el mundo entero para él: á su lado permanecía largas horas silencioso, como si se sintiera completamente solo. Y lo que lo hacía temblar de espanto, es que no se creía acompañado sino cuando Beatriz estaba con ellos,—ó cuando él estaba solo con Beatriz.

La joven tenía ya diez y seis años, y había realizado profusamente todas las promesas de la niña. Era una belleza pálida y morena, de grandes ojos verdes, como la sueñan las imaginaciones orientales para su paraíso. Mirada profunda y quemadora, que parecía penetrar en el alma despertando en ella un enjambre punzador de deseos. Labios de granada, que formaban un rico contraste con el marfil de sus dientes y con el delicado moreno de sus mejillas. Alta, esbelta, flexible y nerviosa,—destinada á ser mecida por las cálidas brisas del amor.

Raimundo la había visto nacer á su lado, y nunca pudo pensar que aquella niña á quien cargó sobre sus rodillas llegaría un día á ser su mujer. De repente, como de improviso, se le había aparecido en toda la magnificencia de su belleza casta y soberbia, y sintió operarse en su alma una dolorosa revolución. Un mundo desconocido se revelaba á sus ojos abrasados y deslumbrados. Vivir en la intimidad de todas las horas con aquella joven tan bella y tan separada de él, le retorcía el corazón con indecibles torturas. Había momentos en que

sufría mil veces más ante la barrera insalvable que se interponía entre él y Beatriz, que lo que sufriera en otro tiempo ante el imposible que lo separaba de Mercedes. No se atrevía ni siquiera á asomarse á su corazón, para no sentir el vértigo del abismo.

Cuando en las horas ardientes del día, ó sentado en el ancho corredor de las casas en las frescas horas de la tarde, tenía á su lado á Mercedes y al frente á Beatriz, reclinaba la cabeza sobre el hombro de su esposa, para poder mirar largamente á la hermosa joven. Clavaba en ella sus ojos con fijeza desesperada, y cuando por casualidad levantaba ella la vista y se encontraba con esa mirada que parecía devorarla en silencio, se apresuraba él á mirar á otra parte, con un movimiento de sorpresa y de temor, como el bandido que es sorprendido en el acto de cometer un crimen.

Y entonces, como para acallar el grito de su propia conciencia y para tranquilizar á Beatriz, se volvía hacia su esposa y le daba un beso en que él mismo no sentía palpitar el alma de otros tiempos. Al contrario,—y al revés de lo que en otros tiempos pasaba,—su pensamiento enviaba ahora á Beatriz aquellos besos que sus labios daban á Mercedes.

Una tarde, después de dar un ligero paseo por los alrededores, Raimundo y Mercedes habían venido á sentarse bajo el corredor. Á poca distancia de ellos, Beatriz se entretenía con las flores del jardín. Raimundo la contemplaba con delirio á un mismo tiempo inefable y angustioso: seguía todos sus movimientos graciosos y descuidados, imaginando ver en ella al ángel de los perfumes y de los ardientes amores de la juventud.

—Mira á mi hija, á nuestra hija, le dijo Mercedes. ¿No es verdad que es muy hermosa?

Raimundo se enderezó vivamente, como el hombre que ve el destello de un puñal que va á herirlo. Pero el aire de Mercedes era perfectamente tranquilo, y su pensamiento estaba tan ocupado de Beatriz, que ni siquiera notó el movimiento de Raimundo.

—Sí, muy hermosa! respondió él, procurando serenarse.

—Y ¿has pensado alguna vez en ella?

—¿Por qué me lo preguntas? dijo él, sintiendo renacer nuevamente sus temores.

—Porque creo que hemos sido bien egoístas. Ocupados únicamente en nosotros y en nuestro amor, no hemos tenido tiempo para ver que Beatriz es ya una joven, y que será mañana una mujer.

—Es verdad, replicó Raimundo, respondiendo más á su propio pensamiento que á lo que pensaba Mercedes.

—Mira, hace días que deseaba hacerte una consulta: ¿qué te parece Luis Prado?

—¿Luis? un amigo como otro cualquiera.

—Pues bien, es necesario que te parezca algo más: ¿piensas que sus frecuentes visitas tienen por único objeto darse el placer de vernos á nosotras? Las madres tenemos mejor vista que ustedes.

—¡Cómo! exclamó con repentina exaltación Raimundo: ¿él, pretendiente de Beatriz? ¿Beatriz de Luis Prado? ¿Estás loca, Mercedes?

Ella lo miró sorprendida.

—¡De qué manera lo tomas! dijo, sin darse cuenta de aquella cólera inesperada. Puesto que al fin ha de ser

esposa de alguien, Luis Prado vale más que muchos otros.

—Tienes razón, observó Raimundo, haciendo esfuerzos por calmarse; pero ella es demasiado joven todavía; queda mucho tiempo para pensar en eso. Te lo ruego, Mercedes, dejemos andar un poco al porvenir.

Esta corta conferencia había hecho clavarse en el cerebro de Raimundo una idea que hasta entonces no se le había ocurrido. Tarde ó temprano, Beatriz tenía que ser de otro. Sintió cómo le penetraba hasta el corazón la punta de los celos, celos mordedores y quemantes, como si le atenacearan las entrañas con varillas de acero candente. Cuando más creyó amar á Mercedes, nunca había sentido por el marido afortunado el odio que en esos momentos sentía por Luis Prado. Se le imaginaba un miserable, á quien había abierto su casa como amigo y que había penetrado en ella para robarle todos los tesoros de su vida. ¡Con qué voluptuosa crueldad lo habría descuartizado si lo hubiese tenido á solas, al alcance de su mano!

Y ella ¿lo amaría acaso? Oh! entonces... que Dios tuviese compasión de Luis Prado!

Beatriz seguía entretenida en el jardín.—Raimundo la miró con toda la rabia y la exaltación de sus pasiones indomables, con una mirada que parecía querer aferrarla á su lado, junto á él, para siempre, y se juró, en el silencioso volcán que en él ardía, que aquella joven no sería de nadie,—de nadie en el mundo.

III

Raimundo no sufría solo.

Junto con los atractivos arrastradores de su belleza, se habían desarrollado en Beatriz todos los impulsos de la pasión, los deseos inextinguibles de amar y ser amada.

Desde que su corazón se había abierto al sentimiento y á los anhelos, había encontrado junto á ella, en su propia casa, á Raimundo, joven, hermoso y apasionado. Aunque el tiempo había dado ya treinta y ocho años á Raimundo, el fresco y elegante vigor de su aspecto no le daba todavía treinta.

Al principio se entregaba sin recelos á las caricias de Raimundo, como una hija se confía á su padre. Después sintió que aquellas caricias le hacían á un mismo tiempo sufrir y gozar, despertando en ella emociones extrañas y desconocidas, y procuró evitarlas.—Llegó un día en que las manifestaciones de amor de Raimundo á Mercedes le parecían una ofensa y casi una herida hecha á ella. Á veces, cuando en su presencia atraía él hasta sus labios la cabeza de Mercedes, le parecía que un soplo helado le secaba el corazón y sentía la necesidad de retirarse á su cuarto á llorar. Lloraba sin saber por qué, pero sus lágrimas eran muy tristes y amargas.

Habría querido estar siempre al lado de Raimundo, recibir siempre en sus ojos las miradas ardientes y profundas de los suyos, oír siempre su voz grave y varonil que sabía conmoverla poderosamente; pero al mismo tiempo comprendía instintivamente que debía evitarlo. Cuando ocupada en cualquier cosa, Mercedes los dejaba solos, la joven se sentía intranquila, temerosa, como si adivinase un peligro, y concluía al fin por retirarse también.

El amor tiene revelaciones secretas que se imponen á toda inocencia. La mujer que ama y es amada no pue-

de ignorarlo por mucho tiempo, aunque nunca haya sospechado lo que es la pasión; se puede equivocar en todos los sentimientos, pero no se engaña nunca en el amor.

Beatriz, cuyo corazón principiaba á latir por primera vez, no podía sospechar todavía la horrible extensión del abismo en que iba deslizándose. Amaba y tenía por rival á su propia madre. Amar á Raimundo era ya un crimen; ser amada por él habría sido una traición infame. Era aquella una pasión que no podría jamás ni revelar ni expresar, porque, aun mantenida en impenetrable secreto, era por sí sola una mancha y una culpa.—Beatriz se encerró en su dolor, que aún no conocía bien, y se dispuso á luchar con todas las fuerzas de su alma.

Pero el contacto permanente del hombre de quien queria huir, tenía que presentarle á cada paso peligros para los cuales no bastan á menudo las fuerzas humanas.

Era una noche:—Mercedes, indispuesta y cansada, se había retirado á su cuarto; Beatriz bordaba junto á la mesa, después de haber tocado al piano algunos fragmentos favoritos de Raimundo; él al frente, con un libro abierto sobre la mesa, y las mejillas apoyadas en ambas manos. Pero ni su vista ni su pensamiento se fijaban en aquellas páginas que sus manos tampoco daban vuelta: como siempre, sus ojos permanecían clavados y soñadores en los ojos de Beatriz.

¡Qué hermosa estaba ella! Más de una vez, como preso de incontenible vértigo, Raimundo quiso arrojarse á sus pies, confesarle su amor, y proponerle que huyeran lejos, muy lejos, donde pudieran ser el uno del otro, para siempre y sin cuidados. Y seguía devorándola con los ojos, y el delirio le hacía perder la razón. Quiso llamarla por su nombre, y de su pecho se escapó sólo un sollozo. Beatriz

levantó vivamente la vista, y encontró aquellos dos ojos fijos y ardientes que parecían abrasarla, y en los cuales brillaba todo un mundo de pasión.

—¡Oh! exclamó con exaltación nerviosa; no me mires así, me haces daño!

Y recogiendo su labor, se retiró á su cuarto.

Raimundo dejó caer pesadamente la cabeza entre sus brazos cruzados sobre la mesa, y dos lágrimas de lava asomaron á sus párpados.

—¡Dios mío! murmuró: me desprecia... y tiene razón.

Las primeras luces de la mañana lo sorprendieron en esa misma actitud, inmóvil, helado, pero con la frente abrasada por la doble fiebre de la sangre y de la pasión. Fué á arrojarse vestido sobre la cama, y durmió algunas horas, con ese sueño mezclado de cansancio y de delirio, que es peor que la vigilia.

No había sido más tranquila la noche de Beatriz. Aquel combate de todos los momentos la agotaba, y sentía que las fuerzas le iban faltando.—Raimundo la amaba, ya no podía dudarlo; y eso, al mismo tiempo que exaltaba su propia pasión, le obligaba á huir de él con más empeño: cruel y horrible amor que tenía fatalmente que hacer tres víctimas, sin esperanza de ventura para ninguna.—Lloró con desaliento, y en seguida acudió á la oración; pero su pensamiento permanecía perturbado, y su corazón, clavado en su dolor, se esforzaba en vano por remontarse al cielo.—Después de algunas horas de llanto, de plegaria y de lucha angustiosa con su pasión, no se sentía ni más consolada ni más fortalecida.

Al día siguiente, cuando la hora del almuerzo los reunió en una misma mesa junto á Mercedes, no se atrevían á mirarse, ni siquiera á mirarla á ella. Parecían dos acu-

sados que esperan el fallo del juez. Las palabras de Mercedes les producían una impresión de inquietud y de temor; creían á cada instante oírla echarles al rostro su culpa, porque el crimen latía ya en el fondo de sus conciencias, y temían que se les leyese en la frente.

Mercedes acabó por notar la palidez y el desasosiego de Beatriz.

—¿Qué tienes? le preguntó.

—Nada, mamá, sólo que anoche no he podido dormir.

Raimundo la miró, y encontró, en efecto, en su hermoso rostro pálido y en sus grandes ojos orlados de un círculo azulejo, los rastros del insomnio.—Creyó ver en ello una acusación y una protesta silenciosa contra su imposible amor, y se sintió doblemente culpable.

Para distraer las sospechas de Mercedes y para ahogar el grito de su propia conciencia, hizo esfuerzos sobrehumanos por mostrarse alegre y decidor. Habló de todo con volubilidad, con ligereza nerviosa; pero esa misma abundancia que no era habitual en él y la incoherencia febril de sus palabras á veces, confirmaron á Mercedes en que algo extraño pasaba allí.

IV

La mañana estaba tibia y hermosa. Todo parecía cantar y sonreír á los rayos del sol que se alzaba tras de los cerros, para caer en torrentes de luz sobre el ancho valle. Todo se estremecía voluptuosamente, las alas de los pájaros, las ramas de los árboles, los tallos de hierbas que alfombraban el campo. La naturaleza se levantaba

como palpitando de amor, semejante á una hermosa mujer que se despierta á las caricias de su amado.

Tres caballos esperaban en el patio de la casa; era Mercedes quien había dispuesto ese pequeño paseo la noche antes. Sin embargo, cuando llegó el momento de salir, avisó que no podría acompañarlos.

—Soy una loca, dijo: había olvidado que mi hermana Luisa me tiene anunciado que llegará hoy, antes de las diez. Vayan ustedes solos; cuando vuelvan, nos encontrarán aquí á las dos.

Beatriz vaciló un instante; pero luego, como si tomase una resolución repentina, aceptó el apoyo que le ofrecía Raimundo, y saltó sobre su caballo.

Mercedes los miró alejarse, inmóvil y silenciosa; cuando los perdió de vista, se dejó caer sobre una silla, como si las fuerzas la abandonasen.

—¡Dios mío! murmuró con una voz en que se revelaba todo el desgarramiento de su alma: ¡haz que me engañe! esto sería demasiado horrible!

En seguida enjugándose nerviosamente sus lágrimas, se puso de pie, y fijando por última vez los ojos en el punto lejano en que los jinetes habían desaparecido, y como si les enviase un supremo desafío, exclamó:

—¡Oh! yo sabré la verdad!

Se dirigió á su mesa, escribió algunas líneas para Raimundo, y en seguida ordenó enganchar su coche.

—A la estación del ferrocarril, gritó al subir.

Y se alejó á su vez en sentido contrario al que ellos llevaban.

Desde que salió del patio de las casas, Beatriz había lanzado su caballo al galope. Acostumbraba en sus paseos detenerse en todas las humildes habitaciones de los

inquilinos; hablaba con ellos, acariciaba á los niños, les dejaba pequeños obsequios, y tenía para todos alguna palabra cariñosa. Pero aquella vez corría sin detenerse, sin mirar, como si procurase escapar de un peligro. Raimundo seguía á su lado, sorprendido y silencioso.

Le pareció, al fin, extraña y absurda aquella carrera sin término y sin objeto.

—Beatriz, le dijo, acercándose á ella: te vas á fatigar demasiado.

Ella detuvo su caballo.

—Se diría que vamos huyendo ¿no es verdad? respondió con acento especial.

Raimundo se estremeció: aquellas palabras parecían haber sorprendido sus mas recónditos pensamientos. Sí, precisamente iba soñando en eso, en huir así, solo con ella, á un lugar muy distante, para nunca más volver.

Siguieron al paso de los caballos, pero siempre en silencio.

—¿Adónde vamos? preguntó Raimundo.

—A la Vertiente, si quieres.

¡Al fin del mundo! habría contestado él. Saboreaba con acre voluptuosidad el placer de encontrarse solo con ella, en aquel vasto silencio poblado de indefinibles rumores, en medio de aquella naturaleza llena de misteriosas provocaciones.—Beatriz parecía haberse transformado: no tenía las maneras ásperas y como irritadas que gastaba siempre con Raimundo; si sus miradas se encontraban, no volvía con cólera sus ojos, sino que los bajaba dulcemente y como suplicante.

Llegaron á la Vertiente. Era en la falda de un cerro, en medio de un bosquecillo, por donde el agua cristalina se deslizaba entre sauces, álamos y acacios.

Raimundo saltó rápidamente de su caballo, y acercándose á Beatriz la recibió en sus brazos. La retuvo tembloroso en ellos, en un abrazo estrecho y prolongado del que ella no procuró desprenderse.

Se internaron en la espesura. Á cada paso tenía Raimundo que ofrecer su mano á Beatriz, para que saltase el pequeño arroyo que caracoleaba entre los árboles. Él se apresuraba á sentir en sus brazos aquella dulce carga, y ella parecía buscar los puntos en que el agua era más ancha.

Penetraron al fin hasta el sitio en que nacía la Vertiente, bajo un extenso pabellón de verdura, por entre cuyos claros se divisaba á pedazos el cielo azul. Beatriz se sentó sobre el suelo, recogiendo en sus faldas los largos pliegues de su amazona. Raimundo á su lado, sobre un peñasco liso y bajo, de modo que la cabeza de Beatriz casi caía sobre sus rodillas.

Ella estaba maravillosamente hermosa. Su amazona de color verde oscuro sentaba admirablemente á su lindo rostro, agitado por el ejercicio del caballo, y por su propia emoción. Se había quitado su sombrero de paja, y sacudiendo graciosamente la cabeza dejó que algunos rizos rebeldes le cayeran sobre la frente, y se escapasen por entre las sienes. La amazona recogida dejaba descubiertos sus pequeños pies, y mostraba el nacimiento de sus piernas torneadas y nerviosas, cubiertas con medias de seda color rosa.

Raimundo temía hablar, como si su voz fuese á desvanecer aquel encanto.—Ella miraba distraída y soñadora dos pájaros que jugaban entre las hojas de un sauce, saltando, escondiéndose y persiguiéndose entre las ramas, hasta que, al fin, se perdieron piando en el espacio.

—¡Qué felices! murmuró, como si hablase consigo misma.

Raimundo había seguido en sus ojos su pensamiento.

—¿Sufres, Beatriz? le preguntó con inexpresable ternura.

—¿Por qué? dijo ella.

—Porque envidias!

—Pues bien, sí, sufro mucho, Raimundo, sufro demasiado!

Su voz tenía una dulzura infinita, y en sus ojos, medio velados por las lágrimas había una expresión inefable de amor y de piedad. Raimundo tomó entre las suyas una de sus manos, que ella le abandonó sin resistencia.

—¡Suerte miserable! continuó con un acento en que palpitaban la ternura y la desesperación: yo que daría toda mi vida por alejar de tu frente cualquiera sombra!

Y cogiendo con ambas manos la cabeza de Beatriz, la atrajo hacia él, y juntó sus labios á los suyos en un largo beso. Ella se dobló lánguidamente, apurando en un desmayo todo el calor de aquella caricia, y dejó caer su cabeza sobre las rodillas de Raimundo. Después se irguió vivamente, como si despertase de un sueño, se puso el sombrero con un movimiento de despecho, y se levantó.

—Volvamos á casa! dijo, con el tono imperioso y seco que había olvidado por algunos momentos.

Se fué adelante, buscando el camino más corto, y saltando sola los sitios en que había esperado antes la mano de Raimundo. Ágil y nerviosa subió sobre su caballo, antes de que él llegase á su lado, y se volvió lentamente, sin mirarlo una sola vez en el camino.

V

Todo estaba solo y silencioso en las casas.

—¿Y Mercedes? preguntó Raimundo.

—Acabo de dejar á la señora en la estación, respondió el cochero.

Raimundo entró en su cuarto, y encontró las líneas que ella le había dejado. Le decía que Luisa, en vez de venir, se encontraba enferma y la llamaba á Santiago, siquiera por un día. Raimundo respiró, como si lo hubiesen aliviado de un grave peso. La presencia de Mercedes le habría hecho mal, y aun es posible que ella hubiera sospechado algo en la alteración de su rostro y de su espíritu. Además, aquel viaje inesperado le permitía pasar un día á solas con Beatriz.

La joven, despues de preguntar por su madre y de saber que estaba ausente, se había encerrado en su cuarto. Llamada á la hora del almuerzo, contestó que se sentía indispuesta.

Raimundo se sentó solo á la mesa. Aquellos dos asientos vacíos eran una silenciosa y aguda acusación; pero la fiebre del corazón se sobrepuso á la voz de su conciencia, y sólo pensó en Beatriz. Estaba resuelto á todo. Apuró un largo vaso de vino, y se levantó esperando encontrarse un instante con ella.

Aguardó pacientemente dos largas horas; Beatriz permanecía encerrada, y no saldría en todo el día. Sintió impulsos de penetrar á su cuarto; pero lo detuvo un resto de prudencia: en el día, en presencia de todos, un grito de Beatriz, una escena cualquiera, podría traicionarlo. Esperaría la noche.

Pidió su caballo, y salió al campo. Sus trabajadores lo veían pasar, inquieto y preocupado, sin mirar nada, sin preguntar nada.

La casa había vuelto á quedar sola y en silencio: un coche se detuvo á una cuadra de distancia, Mercedes saltó de él, y se dirigió rápidamente á sus habitaciones. Penetró á su cuarto sin hacer ruido, y se arrojó sobre un canapé.

—Es necesario, se dijo, como respondiendo á una voz interna que le reprochara aquella acción de sospecha y de espionaje: es necesario por ella y por mí.

Se acercó á la puerta que separaba su habitación de la de Beatriz, y se convenció de que ella estaba allí. Oía sus suspiros, sus sollozos entrecortados, y le parecía ver el llanto que corría por sus mejillas.

—Es tan desgraciada como yo, pensaba Mercedes, con piedad y cólera á la vez.

Por un momento estuvo á punto de abrir la puerta que la separaba de su hija, estrecharla entre sus brazos, y salvarla, junto con ella, del abismo que tenía á sus pies y dentro de su alma. Pero una voluntad inflexible la contuvo: quería sorprender al culpable en el instante mismo del crimen, arrojarle al rostro toda su infamia, y huir después con Beatriz, dejándole á él por compañeros la vergüenza y el remordimiento.

La voz de Raimundo, que llegaba, sopló de nuevo en la hoguera de celos, de odio y de amor que ardía en ella, y mató todo resto de vacilación y de piedad.

La comida fué para Raimundo tan sola y triste como el almuerzo. Beatriz no salió de su habitación.

Era la hora del crepúsculo, y todo se iba hundiendo en la sombra. Raimundo se paseaba por el corredor,

presa de una lucha interna que lo devoraba. Soledad y silencio en todas partes; nadie lo podía observar. Estaba decidido al fin. Se acercó á la puerta de Beatriz, y la abrió bruscamente.

La joven se puso en pie de un salto.

—¡Tú aquí! exclamó con cólera y espanto.

—Sí, Beatriz, donde tú estés me verás á tu lado: si estoy dispuesto á seguirte al fin del mundo, bien puedo llegar hasta aquí á preguntarte por qué sufres y por qué huyes de mí.

—¡Dios mío! gimió ella, dejándose caer nuevamente sobre su sillón: esto es ya demasiado!

—¿Y lo que yo sufro, Beatriz, no es bastante todavía?

—¡Calla, Raimundo! mira que en esta casa puede oírte la sombra de mi madre.

—Tendrá ella que saberlo al fin, porque esta vida me es ya insoportable. Creí un tiempo que la amaba, pero me engañé, puesto que pude respetarla cuando era de otro. Sólo hoy amo de veras, porque amo hasta la locura y hasta el crimen.

Se había acercado á ella, y, medio arrodillado á sus pies, le había cogido una de las manos que la joven dejaba caer como desfallecida.

—Beatriz, soy bien desgraciado, continuó con un acento en que se adivinaba verdaderamente una angustia indescriptible: no sé qué fatalidad me tiene condenado á luchar con lo imposible. Cuando Mercedes era de otro, creí amarla; hoy, que ya no me pertenezco, comprendo que nunca he amado sino á tí. Abrasado de amor inextinguible, llego siempre tarde á beber en su copa. ¡Estoy cansado al fin! Ni es justo que el destino de un hombre sea perpetuamente horrible, ni es cierto que este amor

tan puro y tan verdadero pueda ser un crimen. He creído que me despreciabas; pero hoy es el amor lo que veo brillar en tus ojos; díme, Beatriz ¿no es verdad que me amas?

—¡Por piedad!

—No prolonguemos eternamente este indecible martirio; una palabra puede hacernos felices; te la pido de rodillas!

—Pues bien, sí, Raimundo, te amo... quiero ser tuya!

Y cayó desvanecida en los brazos de Raimundo. Él la estrechó convulsivamente contra su pecho, cubriéndola de caricias abrasadoras. Era el vértigo de la dicha después de tanto tiempo de suplicio.

Un grito desgarrador, que no tenía nada de humano, les heló la sangre en el corazón y los besos en los labios.

Beatriz cayó como herida de una puñalada, y Raimundo, pálido y aterrado, se acercó á la puerta que comunicaba con el cuarto de Mercedes, y la hizo saltar de un solo golpe.

Mercedes estaba tendida en el suelo, inerte y sin conocimiento. Las primeras sombras de la noche aumentaban el horror siniestro de aquella escena. Raimundo levantó á Mercedes, y la colocó sobre su cama. Creyó encontrarse delante de dos cadáveres, y sintió todo el horrible peso de su culpa.—Pero su solo contacto había bastado para reanimar á Mercedes: abrió lentamente los ojos y los clavó en Raimundo con una expresión de odio y de desprecio infinitos.

—Todavía estás aquí? le dijo.

—No temas, contestó él con una tranquilidad más espantosa que la muerte: mañana estaré muy lejos!

Y salió, echando una última mirada á la pieza de Bea-

triz, cuya elegante silueta, inmóvil y rígida, se dibujaba apenas en la penumbra.

VI

Á la mañana siguiente, la muerte había llenado el abismo que debía haber separado á Mercedes y Beatriz, y las dos, después de abrazarse perdonadas, confundían sus lágrimas sobre el cadáver de Raimundo.

El doctor Lerma, llamado apresuradamente desde Santiago, sólo tuvo que constatar que había perdido á su mejor amigo.—Un pequeño punto cárdeno, apenas perceptible, marcaba el sitio por donde había penetrado el estilete con que Raimundo se había atravesado el corazón. Había muerto en silencio, como deseaba que quedase para siempre su pasión.

Cuando los amigos y los curiosos preguntaban después al doctor de qué habia muerto Raimundo:

—¡Del corazón! les respondía él.

JACOBO EDÉN.

Santiago—Marzo.

EL CORONEL CARLOS SPANO

O LA DEFENSA DE TALCA

(ROMANCE HISTÓRICO)

I

Iba andando ya el presente
siglo revolucionario,
y de sus primeros lustros
el año décimo-cuarto,
habiendo muy pocos días
corrido del mes de marzo.
En la zona austral del bello
continente americano,
lucha trabada tenían
lo *futuro* y lo *pasado*:
lo primero, todo un pueblo
vagamente imaginando
entre esperanzas inciertas

y profundo sobresalto;
lo otro, en las tradiciones
de tres siglos encarnado,
con el prestigio que tiene
sobre el común de los ánimos
lo que en las cosas imprime
la autoridad de los años
—que suele ser para muchos
la simple virtud del hábito.—
CHILE—entre todos los pueblos
de AMÉRICA el más lejano
de «la madre Patria», entonces
sujeta al terrible estrago
de la invasión extranjera,
demencia del Gran Tirano;—
CHILE, siguiendo el ejemplo
de patriótico entusiasmo
que en Gerona y Zaragoza
daba al mundo el pueblo hispano,
también levantaba el grito
de sus derechos sagrados;
también al mundo decía:
«quiero un hogar soberano,
y lo que España defiende
para mí no es menos santo!»
Librada estaba la lucha
entre dos bandos contrarios:
por el *Rey*, los que tenían
del *Tiempo* título y mando;
por la *Patria*, los que sólo
del *Derecho* los tomaron;
y mientras que los virreyes

y tenientes de *Fernando*
iban cortando cabezas
para remediar agravios
(siendo en AMÉRICA crimen
lo que en ESPAÑA premiado),
CHILE sus nuevos destinos
iba con prudente paso
—entre zozobras y triunfos
de *insurgente*—preparando.
Mas un día, del peligro
surgió el espectro, al aciago
anuncio que desde Lima
lanzaba el virrey peruano,
de la expedición guerrera
con que amagaba los campos
donde *Laja* y *Bío-Bío*
daban verdor á los prados.
En breve los invasores
sus anclas en *Talcahuano*
fueron á echar, y con ellas
y su bélico aparato
el alarma difundieron
entre los más apocados;
mas el alarma, en conflicto
á poco se fué tornando,
y del mar hasta los montes,
de *Concepción* á *Santiago*,
el peligro fué patente
de ver muy luego frustrados
los planes de independencia
que á los criollos halagaron.
Las armas se requerían

en el patriótico bando,
concentrándose las tropas
donde con mejor recaudo
pudiese la "Patria vieja"
poner su derecho á salvo;
y á luchar se apercibían
poderes y gobernados,
sabiendo que era de muerte
ó de vida el duro caso.
Si muchos—con alto brío
propio de buenos y bravos—
del peligro nuevas fuerzas
para la lucha sacaron,
no pocos al desaliento
cedieron, si no al espanto,
porque en la invasión veían
de ruina fatal presagio;
con lo que en el Sur y Norte
y en el centro comarcanos
se guardaban "de los godos"
los pueblos amedrentados...

II

No lejos de las campiñas
que el ruidoso *Maule* riega
—cuando mal aprisionado
más que con ondas con piedras,—
en el centro de la vasta
llanura de limpias tierras
que entre *Curicó* y *Linares*

se extiende en curvas amenas,
la vieja ciudad de *Talca*
se alzaba, triste, indefensa,
por su espalda circuída
de áridos cerros, do suelta
estribaciones rugosas
la potente *Cordillera.*
Talca—que ya de elegantes
jardines está cubierta,
y en su seno albergue franco
da al progreso y la riqueza,—
en el año de catorce
renombrada apenas era
por el valor de sus hijos
que de ingenio daban muestra,
por sus cerros, más desnudos
que aquellos "cerros Ubeda",
y por el fuego y bochorno
de sus veranos, que tuestan.
El polvoroso camino,
de la ciudad á la vera,
se veía solitario,
sin que jinete ni recua
ni pedestre caminante
ni monumental carreta
por allí diesen el bulto
á la luz del sol. Apenas
—á la sombra de una parra,
de un cortijo delantera—
dos hombres á lento paso
se paseaban, inquietas
miradas tornando al sur,

cual si de la zona aquella
algún aviso aguardaran
ó un peligro les viniera.
Si sus franjados vestidos,
ornados de rojas vueltas,
de lejos no denunciaran
su profesión en la guerra,
en su marcial continente
sobrado se conociera
que á las armas de la Patria
daban su brazo en ofrenda.
En ocasiones, el uno
—cual si en angustiosa idea
se recogiese en la lumbre
del cielo hallándola excelsa,—
los ojos tornaba ansioso
hacia la muralla inmensa
de granito que á distancia
lejana alzaba sus crestas
y lomos reverberantes
cubiertos de nieve eterna.
Longaví, Descabezado,
cual soberbios centinelas,
en su silencio sublime
parecían sus cimeras
levantar sobre el enjambre
de ventisqueros y breñas
para decir á la Patria
de LAUTARO: "Nada temas!
de lo eterno somos símbolo:
lo invencible aquí se encierra;
y tu esperanza y tu gloria

son poder y son grandeza!»
Súbito, el noble soldado
que en reflexiones austeras
se abismaba, hacia los *Andes*
tornando mirada intensa,
su cavilación profunda
interrumpió; con presteza
detuvo el paso, y al otro
habló de aquesta manera:
—Sí, GAMERO; tu heroísmo
no ha menester esta prueba
para ser gloria de Chile...
¿Pero yo?...
—¡Pues qué! ¿no es vuestra
también, y de vuestra espada,
la libre patria chilena?—
exclamó con voz tranquila
el otro que andaba cerca.
—Es verdad: mi fuerte brazo
ha dado sobradas prendas
de lealtad á esta Patria
que por sus derechos brega.
Mas... nací *español*, y sólo
por adopción, esta tierra
hijo suyo me reputa,
defensor de su bandera...
Mi deber es más sagrado,
y más mi honor interesa
en desafiar el peligro
y aun provocar la pelea!
—Coronel! andáis errado
si tal recelo os asedia;

que en nadie mejor que en vos
fía el pueblo su defensa,
ni lealtad más probada
hubo en las tropas chilenas!
—Pero ¿cómo hemos, amigo,
de retirarnos si afrenta
sufrirá *Talca*, dejando
su recinto y sus afueras
á merced de la enemiga
división, que ya se acerca?
—¡Eso es distinto! Al combate,
como vos, pienso que es fuerza
prepararnos.
—¡En buen hora!
GAMERO, sobrado recía
será la lucha!... y acaso
sucumbiremos en ella!
mas si atajar conseguimos
la invasión, alguna tregua
dando á las tropas que apronta
Santiago, fructuosa empresa
realizaremos; y al cabo,
gloria envidiable la nuestra
será, si morir nos toca
por la Patria!
—Sempiterna!
exclamó, con voz profunda,
el capitán.
—Pues alerta!
y á preparar tus cañones,
GAMERO! y Dios nos proteja!
Así el coronel exclama,

de coraje el alma llena,
cuando á lo lejos descubre
la moviente polvareda
que un jinete en el camino
levantaba, á toda rienda
de las orillas del *Maule*
llevando apremiantes nuevas.
Cerca ya del turbio río
—sin que militar barrera
la atajase—la invasora
división marchaba á priesa,
hacia *Talca* enderezando
y á la ocupación resuelta;
con lo que de apercibirse
viendo el coronel la urgencia,
sus ordenes comunica
con brevedad y entereza,
y al punto atruenan los aires
atambores y cornetas
y á combatir se preparan
cuantos de bravos se precian.

III

Don Carlos era su nombre
y Spano el de su prosapia,
si nacido en noble cuna,
hijo de la egregia España,
que del mundo envidia fuera
por sus glorias harto claras.
Buscando otros horizontes

—de anhelos de luz en alas—
del Viejo mundo las sendas
dejó desde edad temprana,
acaso porque el ensueño
de la gloria le halagara;
buscó el bien con paso firme,
dióle CHILE nueva patria,
y en ella juró la vida
consagrar en cuerpo y alma
á servir al pueblo amigo
que así los brazos le daba.
El amor abrió las puertas
de la dicha, á su esperanza,
y, hermoso, gallardo, apuesto,
en sus manejos sin mancha,
fué por su cuna y virtudes,
su continente y su gracia,
entre los buenos querido
y del honor alabanza.
Un día cuando sus fueros
defendió CHILE—en las aras
del derecho sus pendones
santificando, y sus armas—
SPANO se dijo: "Tengo
sangre española preclara,
más también es la chilena
sangre de la misma raza.
si aquí como allá españoles
son y en su lucha porfiada
la victoria se disputan,
mi campo está donde se alza
la bandera del derecho

contra la opresión tirana,
y entre dos patrias que riñen
la *justa* es la más sagrada!»
Y así fuerte su conciencia,
con la fe por salvaguardia,
su brazo y valor heróicos
ofrendó desde que el arma
blandió en CHILE, por ser libre,
la falange americana;
y hogar, y nombre, y familia
y tranquila venturanza,
todo fué de sacrificio
prenda en la ruda borrasca.
Grandes los servicios fueron
de SPANO, y en las batallas
si su nombre dió á la gloria
la selló su noble espada;
que en aquel heróico tiempo
de abnegación legendaria,
pacto con la muerte hacía
quien por la Patria luchaba...

IV

De Talca á las puertas llega
la enemiga división
—extranjera por su origen,
por sus venganzas feroz,—
y al punto á la escasa tropa
de SPANO, el jefe invasor
de rendir la plaza envía

perentoria intimación.
Mas el valiente patriota,
que sólo escucha la voz
del deber, al sacrificio
se prepara, y con ardor
responde:—"¿Queréis la plaza?
pues tomadla á fuego vos;
que yo, vivo, no la entrego,
y pronto á morir estoy!"—
Y en el centro se recogen
á sostener con vigor
la lucha, aquellos valientes
que un puñado apenas son.
Desigual será el combate,
cual de quince contra dos;
pues sólo cuenta en sus filas
la patriota guarnición
cabales treinta jinetes
y veinte infantes de pro,
que con setenta artilleros
y alguno que otro cañón,
cual defensores ardientes
de la Patria y del honor,
la vida á rendir se aprestan,
sin cuartel en lucha atroz,
porque en la plaza no impere
la enseña de la invasión.
No tarda en romperse el fuego
con ímpetu asolador,
y tanto el humo en las calles
se aglomera, que hasta el sol
parece ocultar su disco

tras del rojo nubarrón.
Luchan los buenos sin tregua
con intrépido furor,
y oficiales y soldados,
ya el uno, ya el otro en pos,
van cayendo... como espigas
ó como arbustos en flor
que, al pasar, abate el viento
con recia, invisible hoz.
GAMERO, que incontrastable
mantiene la formación
de sus bravos artilleros,
con prodigios de valor
dos esquinas de la *plaza*
defiende—la confusión
sembrando en las densas filas
contrarias;—mas... ¡oh dolor!
súbito los brazos abre,
vueltos los ojos á Dios,
y en la arena se desploma
cual árbol que el aquilón
arranca de cuajo, al brillo
del rayo deslumbrador...
—¡Oh GAMERO! (clama SPANO)
eres más feliz que yo!
pues ya con tu vida ganas
tu divina redención!—
Un oficial, con premura,
dice al coronel:
—Señor!
libre aún está una calle
que da al campo...

—¿Y qué?
—Si vos
la retirada queréis,
aprovechad la ocasión.
"Ya habéis hecho lo bastante
para salvar el honor!"
—¿Huir ante el enemigo?...
—¡Ya no es cobardía! ¡no!
Miró el coronel al cielo
con sublime inspiración;
y al punto volvióse en torno
y entre la humareda vió
en el centro de la plaza
la bandera tricolor
que de CHILE y su derecho
era esperanza y blasón;
y con actitud heróica
y tranquila y fuerte voz,
—"Lo hecho aún no es bastante
para el deber salvador!"
dijo.—"Y no puedo ni debo
sobrevivir al baldón,
ó al infortunio, que agobia
á la Patria ¡vive Dios!"
Y entre la lluvia de balas
que lanzaba el invasor,
con el paso incontrastable
de los mártires, llegó
hasta el pie de la bandera,
que en uno y otro jirón
mostraba el sagrado seno
rasgado á la luz del sol!

Tomóla en sus fuertes manos
con honda veneración,
á su ensangrentado mástil
con violencia se abrazó,
y en sus irisadas franjas
envolviéndose veloz,
acribillado de heridas,
traspasado el corazón,
como un escombro sublime
al pié del asta cayó,
exclamando con orgullo:
—"El alma rindo al SEÑOR
por la Patria que en su seno
generosa me adoptó"...
Á un tiempo glorificando
de CHILE el noble pendón,
y la honra y la hidalguía
del gran linaje español!

JOSÉ M. SAMPER.

LA TERTULIA DE MI AMO

..«si algunas caricaturas por casualidad se pareciesen á alguien, en lugar de corregir nosotros el retrato, aconsejamos al original que se corrija»...

(LARRA. *Dos palabras. Pobrecito hablador*).

Pues sepa, vuestra merced, señor licenciado, ante todas cosas, ya que desea conocer lo que oigo y veo en esta imprenta, que á mí me llaman Lázaro y soy natural de esta ciudad de Santiago, donde vi la luz de un candil una obscura noche de invierno quince años hace, en un chiribitil situado en los afueras de la población.

Mi madre no supo jamás decirme quién era el autor de mis días, porque, según aseguraba, no tenía el talento crítico de los literatos que por solo el estilo vienen en conocimiento de los autores de una obra hecha en colaboración. Tuvo la buena ocurrencia de hacerme aprender las primeras letras, y yo el buen sentido de no creerme un literato hecho y derecho, como tantos por ahí, con no mayor fundamento. Me empleé de cajista

en esta imprenta, donde, si es duro haber de conocer y aprender casi de coro las producciones literarias de mi amo y sus contertulios, también hay ocasiones de perecerse de risa.

En esta larga y desaseada sala que vuestra merced ve, rodeada de cajas de tipos, con el componedor en la mano, paso enhebrando sílabas y palabras de portentosas producciones literarias y científicas. Á veces me viene en deseo largarme, como mi amo y sus amigos, á borronear papel y publicar y hacerme de la fama universal que, según aseguran, han ellos alcanzado, y por la cuenta debe de ser facilísimo conseguir.

Sólo me arredra el temor de verme, como algunos de esos hombres de letras, en la triste condición de no tener qué comer y venir tan á menos que su misma camisa y levita se estén riendo de uno á carcajadas por numerosas bocas y roturas, que es lo sumo de lo ridículo. No quiero llegar al extremo de haber de prostituir la pluma, como dicen sin reparar que la de ellos nació sin honra, componiendo biografías de asnos, pagadas á peso la página.

Allí ve Ud. á mi amo en esa sala cuyo piso asfaltado, cubierto de trecho á trecho con pedazos de estera; de murallas blanqueadas, manchadas de tinta; en cuyo centro se ve esa mesa de madera en blanco con carpeta de periódicos rotos, se reúne siempre con sus amigos, á los cuales trata con la superioridad que sus mayores facultades le aseguran sobre gente que no tiene blanca. Es gordo, alto, tuerto de un ojo, anda de sobretodo abierto por delante el año entero, y blandiendo un bastón para contener y engañar la comezón por escribir de su mano

derecha. En la charla presume de mucho ingenio y chispa; pero la verdad es que ni nosotros los cajistas celebramos sus chistes pasados, bajos y groseros. No lee jamás, no tiene instrucción ninguna. Sin vanidad se cree de más talento que Lope de Vega, Byron y otros caballeros que le he oído nombrar. Escribe sin descanso. ¿Se muere algún personaje? En la noche nosotros estamos componiendo una elegía á la muerte de don Fulano, que da ganas de llorar á gritos. ¿Alcanza nuestro ejército una victoria sangrienta? Al día siguiente sale una chistosísima comedia en ocho actos del tal acontecimiento. ¿Se publica algún libro? El buen don Pedro, antes de leer la primera página, compone un artículo crítico, atacando al autor que no se ha servido de su imprenta, empezando con esta ó semejante cita:

«El estilo es el hombre, como dice Sócrates.»

—Sócrates jamás pensó... Fué Buffón—suele advertirle alguno.

—No hay tal; no quiero tomarme el trabajo de buscar en el «Diccionario Citador».

Obra que parece ser la única conocida de mi amo y mis amigos. En esa sala, como ahora, suele juntarse una muy completa tertulia literaria. Todos hablan por los codos, bien que no de literatura porque nadie entiende palabra. Pero luego mi amo viene en voluntad de leer un drama inédito de los muchos que tiene.

—Hombre, yo tengo que hacer.

—Y yo...

—Y yo también.

—Les leeré un acto.

—Pero...

—Será este par de escenas del cuadro tercero del acto nono. Imito á Echegaray.

Me llega á dar lástima este señor que á buen seguro no conoce tan temibles émulos.

—Bien, (dice mi amo). Voy á explicarles los acontecimientos preparatorios.

—Pero...

—En pocas palabras... La abuela del protagonista había casado en primeras nupcias con un militar español. Este militar estuvo enamorado de una limeña, que era hija de un comerciante inglés, el cual había tenido ciertos amores en Londres, donde un declarado enemigo suyo... ¡Pues bien! este enemigo, llega á Valparaíso...

Aquí se salen de puntillas varios literatos amigos de mi amo. Y los demás siguen saliendo, saliendo, y no queda sino el de más paciencia, que aguarda la terminación tal vez para pedir prestado algún dinerillo. Mi amo llega á los últimos renglones.

Por entre las ramas aparece un cañón de revólver, se oye un disparo y Ricardo cae, exclamando:

¡Muero!

Tiende mi amo la vista: sólo un oyente tiene. Guarda enojado los papeles, murmurando:

—¡Envidiosos! no pueden ser testigos del triunfo ajeno!

Y mi amo tiene en esto razón, no porque haya triunfado en sus días, ni á lo que entiendo se le espere triunfo alguno, sino porque estos insignes literatos se comen de envidia y se profesan gran odio mutuamente. Su conversación de siempre es maldecir de la celebridad ausente.

Apenas se aparta uno del corro, los demás hacen gran mofa de él y sus composiciones, diciendo que escribe con los pies y otras lindezas; y á todos les va tocando su vez, hasta al dueño de casa, pues, cuando mi amo sale de la pieza, se ríen y hablan de él mil pestes. Cuando están juntos se arrojan mutuamente flores, se reparten entre sí enormes porciones de cierta gloria literaria que debe de pertenecerles por entero, y se prometen muy eficazmente el aplauso de la posteridad, pues, según creo, del de la presente generación no han logrado mucho.

Mi amo, no sólo es autor, sino editor. Pero jamás publica por su cuenta obras literarias de mérito, menos una que otra edición fraudulenta, sino algunas indecencias que á mí mismo me da grima componerlas. Es editor, redactor y propietario de un periódico de caricaturas que, según propia confesión, no lee gente decente y cabal, y sólo tiene aceptación en el ínfimo vulgo. Es un cúmulo de tonterías de que antes que nadie él se burla, pésimamente escritas, sin más atractivos que chanzas capaces de hacer ruborizarse á un carretero y reír á los tontos, y calumnias y chismes de gente cursi, que á ella sola le importan. Dice mi amo que únicamente esta clase de literatura sirve para ganar dinero en esta tierra y que él va para hacerse rico con ella, disculpándose con un dicho, muy á menudo repetido, que con su rara doctrina cuelga á un tal Cervantes:

.....

Porque como las paga el vulgo, es justo
Hablarle en necio para darle gusto.

Con lo que desea manifestar, y candorosamente lo cree, que sería muy capaz de no hablar en necio si le viniera en deseo.

Aquel que ve Ud. ahí, seriote, de faz melancólica, todo despeluzado, recio de carnes, con el labio inferior estúpidamente caído, de severa y luenga levita negra, es el don Andrés Farías, redactor principal de EL TIEMPO, diario que aquí se imprime para ensalzamiento de cierta candidatura presidencial. Tiene en prosa la fecundidad de mi amo en versos, y él solito se escribe el diario, desde el editorial hasta la gacetilla, que da gusto verlo, por un sueldo de treinta pesos mensuales; y á pesar de este trabajo, le sobra lugar para biografías, leyenditas y tradiciones y críticas literarias, donde manifiesta una asombrosa erudición.

¿Se trata de un poeta?

Don Fulano es poeta (dice) como lo fueron Homero, Horacio, Virgilio...

Sigue y sigue nombrando y llena páginas enteras de nombres propios.

¿Se trata de un novelista?

La novela, cuyo origen se pierde en la obscura noche de los tiempos (exclama), es ahora muy cultivada: Cervantes, Lope, Mendoza, Le Sage, Balzac, Sand, Daudet, Pereda...

Y sigue ensartando nombre tras nombre.

Para este erudito trabajo se vale de un compendio de Historia de la Literatura. Este poderosísimo ingenio, bien que gana treinta pesos mensuales, como se ha dicho, se cree desgraciadísimo. Me acaba de entregar ahora este editorial, que le vi escribir en cinco minutos en aquella misma mesa, inclinada la despeluzada cabeza y babeando el labio inferior, caído. "La suerte del genio" se intitula. Después de cantar las penalidades y desgracias de Cervantes y Camoens, copiadas del texto de Historia de la Literatura, agrega:

Y si nos fuera permitido citar nuestro humilde ejemplo, etc...

Sin embargo, tiene sus ratos de contento: su obscuridad y pobreza todo lo soporta, con la fundada esperanza de que dentro de no mucho llegará la hora de la justicia. Si alguien se acuerda de él para atacarlo ó reírse de sus sandeces, se encoge de hombros, pensando que nunca han faltado detractores á los grandes númenes que han alumbrado á la humanidad en su camino y que celebra la historia literaria. Cuenta por segura una estatua para después de sus días.

En esta curiosa tertulia de mi amo he visto, señor, mil cosas. Sepa, vuestra merced, que no todos son literatos tontos é ignorantes: hay algunos que explotan la publicidad que en los escritos aquí impresos pueden obtener. Aquel individuo de quevedos de oro, gordito, coloradote es el célebre inventor y fabricante del *licor araucano*, que de tanta aceptación y fama goza. El gran tónico reconstituyente, aperitivo, estimulante etc., que rezan los anuncios de letras gordas que aquí hemos hecho; el que ha sanado tantos enfermos; en cuya alabanza salen sueltos y gacetillas en los periódicos, carteles en las calles, avisos en las boticas y almacenes. Este individuo se ha identificado con su licor; no vive sino para él, para darle la celebridad que ya ha procurado á su inventor muy buenos pesos. La fama del licor débela en su mayor parte á la tertulia literaria de mi amo, donde por bajo precio tál le compone un soneto para celebrar el *licor araucano* en almanaques y otras publicaciones de este linaje, otro redacta cierta nota de felicitación de una imaginaria Academia Médica Londonense, el de más allá una gacetilla en que se anuncia que el célebre inventor ha recibido una peregrina

condecoración enviada por el mismísimo Gran Sultán de Constantinopla por los servicios prestados á la humanidad. Aquí se ríen todos del *licor araucano*, y de buena gana los ayuda el inventor. Sólo lo alaban sinceramente cuando feria con algunos frasquillos á los amigos, los que en estos casos juran que es un licor divino, atención que el benefactor de la humanidad se cree forzado á contestar, asegurando que es el puro jugo de la uva, sin mezcla de substancia que haga peligrar la salud y la vida, lo que no puede decirse de medicamento alguno.

Á menudo vienen, señor, á esta imprenta algunos jóvenes como V. M. pálidos, macilentos. Entran orgullosos, saludan á mi amo, que está escribiendo como de ordinario. Desdoblan un manuscrito.—¿Cuánto les pediría por imprimírselo?—¡Ah, es demasiado!—¿No podría hacer la edición en otras condiciones?—¡No! esas poesías no se venden.—Adiós—Adiós. Y salen muertos de tristeza.

No todo es flores y dinero para mi amo en su carrera literaria. No hace mucho se publicó en Santiago un poema; mi amo salió atacándolo el siguiente día, como de costumbre. Pues señor.... Era una tarde así como hoy. Nosotros los cajistas componiendo poesías de mi amo en esta sala, y él en aquélla, escribiendo un drama sentimental. De repente aparecen dos mozos vestidos decentemente. Al verlos mi amo palidece, quiere huir.

—¡Bribón!—le dice uno.

—¡Crítico!—lo insulta el otro.

Enarbolan los bastones y cae una lluvia de palos, que luego pasa á tempestad deshecha. Mi amo, que no es tan valiente como inspirado poeta, se acurruca medroso en la silla, y sin chistar ni mistar, procura recibir los golpes

donde menos le duelan. Nosotros los cajistas que, como á todos los humanos nos gustaría dar al prójimo contra una esquina y más al amo en la primera ocasión, no nos dimos mucha prisa para socorrerlo. Sonó un palo más recio que los demás, y mi amo dejó rodar su pesada humanidad, exclamando de tragicómica manera:

—¡Muero!

Y quedó tendido de largo á largo en el suelo.

Huyeron el poeta y su amigo, y el crítico fué llevado á su casa sin sentido. Á obra de una hora, recobrólo, si es que alguna vez lo tuvo y lo tiene ahora; y quedó nuevamente apto para seguir componiendo versos y críticas literarias.

Pero con todo, señor licenciado, este curioso linaje de hombres de letras pasa satisfecho de la vida, á la cual han nacido con tan raro talento, que ni los más grandes genios. Éstos, vamos, supongo que alguna vez han tenido vacilaciones, temores, dudas de su fuerza creadora: pero mi amo y sus amigos, ni por asomo. Esta confianza los ciega hasta el extremo de no ver ni lo más claro; y pongo por caso, de seguro le han mostrado muy orondos á vuestra merced muchedumbre de cartas, de los más conspícuos literatos españoles, en que ven felicitaciones y alabanzas que no descubriría el más lince. El insigne redactor de El Tiempo sacó ayer con grande aparato una carta de un tal Tamayo y Baus, secretario de la Real Academia Española, en que en dos renglones escritos de muy buena letra, éste á nombre de la mentada Corporación le agradece el envío de un cajón de las obras del periodista, por las que de seguro no ha pasado la vista, en lo cual ha hecho muy bien. Y el redactor ve en la tal carta felicitaciones y aplausos, cree que

todos los académicos están boquiabiertos de admiración y... ¡Válgame Dios! y todos exhiben cartas semejantes y toman de ellas pie para quejarse de su nación, que no les aplaude y paga su talento, cuando al continente europeo entero se le está cayendo la baba sin poderlo remediar.

Yo, señor licenciado, no veo en esto nada que no sea muy inocente; pero á veces me irrita que en España vayan á formarse una idea peor que la realidad del estado de nuestras letras, por las obras de los literatos ignorantes y desvergonzados que forman la tertulia de mi amo.

Pues señor, he visto aquí algo que me ha admirado y dejado suspenso. Á pesar de que la necedad de estas gentes debe de ser cosa patente, una vez que yo mismo, siendo como soy de pocas letras, la conozco, personas al parecer de alta posicion social solicitan sus servicios. Más de un jovencito con cuello postizo de un buen jeme de altura he visto entrar y mandarse hacer acrósticos para celebración de su dama, y don Pedro ú otro en un decir Jesús se los componen, y el galancete sale muy ufano, creyendo enamorar con ellos á las propias musas. Más de un diputadote gobiernista ha venido á comprar discursos sobre el libre cambio ú otra materia, y el redactor de El Tiempo lo ha complacido en el acto, aunque no entienda palabra en el asunto, que entenderlo no viene al caso, por lo visto. ¡Bien es verdad que los tales discursos de la Cámara suelen ser de no imitarlos!...

Reparo que vuestra merced, señor licenciado, se va cansando de oírme. Padezco, es cierto, una comezoncilla en la lengua, que no quisiera tenerla quieta. ¡Pues prefiero este vicio á la manía de escribir de mi amo y sus tertulios, que no hay paciencia que la sufra! Seguiré,

pues, componiendo esta oda á M. Pasteur. ¡Infeliz! ¿Qué delito ha cometido?...

Conque, señor licenciado, agur.

ALEJANDRO SILVA DE LA FUENTE.

Santiago, Marzo de 1886.

JUVENTUD

Brilla espléndido el sol: su creadora
radiante luz sedienta se derrama·
y montes, valles vívida colora;

y cual brotan las chispas de la llama,
brota la vida y por doquier palpita
al calor del incendio que la inflama.

Tal eres, Juventud: luz infinita
cual reflejo de Dios, audaz deseo
que en anhelos titánicos se agita.

Tal eres, Juventud: doquier te veo;
y al desplegar tus fulgurantes alas,
admiro tu poder, tus glorias creo.

Las galas de los cielos son tus galas
y es la voz del excelsior en la altura
el eco de los cánticos que exhalas.

La arrogante deidad de la hermosura,
sonriendo á tu belleza embriagadora,
complacida en tu gracia y tu frescura,

su templo mira en tí, como la aurora
con amorosa luz inflama al día
que soberbio la rinde y la enamora.

¿Quién resiste á tu voz? Loca porfía
es lidiar contra tí si la fortuna,
esclava de tu ley, tus pasos guía.

Jamás el porvenir, con sombra alguna,
mancha el límpido cielo de tu gloria,
y en tí á las fuerzas el valor se aduna.

Luchar, siempre luchar es tu victoria,
que en medio de la lucha está la vida;
luchar, siempre luchar: ésa es tu historia.

¡Ah! yo te miro espléndida, atrevida,
hollando con la planta los despojos
y la ancha frente de laurel ceñida;

ardiendo cual relámpago los ojos,
el genio centelleando en la mirada
y sublime en tu amor y en tus enojos.

Ante tí la grandeza se anonada,
tiembla el poder, vacila el heroísmo:
porque todo eres tú; sin tí no hay nada.

Tú sólo, Juventud, en el abismo
de tu insaciable sed te hallas pequeña,
cual fuego devorándose á sí mismo.

Sólo tu fuerza contra tí se empeña;
que aquel que audaz ansía lo infinito,
lo infinito también audaz desdeña.

Tú reinas, Juventud, hogar bendito
donde batalla el pensamiento humano,
á la imagen de Dios, por Dios escrito.

Tú eres vida y poder; tu soberano
aliento creador doquier germina
como la ardiente savia en el verano.

Tu regia estirpe, tu misión divina
irradiando en tu sér, á tu albedrío
el mundo enalteciéndote se inclina;

y todo, con gigante poderío,
arrastras en tu espléndida carrera
como la arena el caudaloso río.

Para tí, Juventud, la primavera
risueña guarda cánticos y flores,
de dichas y de triunfos mensajera.

Son para tí sus plácidos rumores,
sus brisas y sus campos de verdura,
su limpio cielo y mágicos colores.

Celebrando tus horas de ventura
naturaleza entera se atavía
magnífica en su pompa y hermosura;

y en torrentes de luz y de armonía,
himno gigante que los aires llena,
como un tributo de su amor te envía.

Como sombra fugaz, en tí la pena
es blanca nube que á turbar no alcanza
del cielo azul la majestad serena:

mientras brille la luz en lontananza
¿quién puede contra tí, si en tí se anida
tanta fe, tanto amor, tanta esperanza?

En tí se siente palpitar la vida
como en oleaje cadencioso y blando
palpita el seno de la mar dormida.

En tí el hombre sublímase soñando
y el ansia loca de su sér se adueña
mágico edén de su ideal formando;

sueño sin fin que en realizar se empeña,
que el labio calla, pero el alma sabe,
y aun duda acaso si se agita ó sueña...

¡Ah! cuando al beso perfumado y suave
del sonrosado albor de la mañana
libre y cantando se despierta el ave

¿por qué se alegra de su dicha ufana?
¿por qué ese gozo al asomar el día?
¿por qué su amor en publicar se afana?

Porque irradias hirviente poesía,
porque eres, Juventud, en la existencia
vida, fuerza, calor, luz y alegría.

Por eso lucha en tí, forma tu esencia
esa perpetua aspiración nacida
de tu propia grandeza en la conciencia;

por eso generosa, enardecida,
doquier estalla y de infinito modo
toda la savia de tu misma vida;

por eso, desprendiéndote del lodo
del egoísmo torpe, sólo ansías
todo creerlo para amarlo todo.

¡Ah! bendita mil veces, tú que envías
con el aroma de ilusiones bellas
las gratas horas, los risueños días

y el encanto purísimo de aquellas
glorias del corazón, nunca olvidadas,
dulces glorias de amor, tiernas querellas;

tú para quien el aura en inflamadas
ondas perennemente halagadoras,
de promesas fantásticas preñadas,

va leda murmurando á todas horas
mil ensueños de espléndido destino,
mil ansias de deleite embriagadoras...

En tí, como en concierto peregrino
que todo á un tiempo misterioso encierra,
esperanzas, deseos, luz y trino,

feliz se agita el hombre en noble guerra
cual si viera en los aires palpitando
el beso de los cielos y la tierra...

.....

El mundo va tu gloria pregonando,
testigo de tus luchas giganteas,
y repiten los ecos resonando:
¡brillante Juventud, bendita seas!

CLAUDIO BARROS BARROS.

ESTUDIOS GRAMATICALES

(DEL RÉGIMEN CASTELLANO)

(Continuación)

FATIGARSE

Rige las preposiciones *de, en* y *por*. No podría decirse, por consiguiente, usando la preposición *con*, "fulano quedó muy fatigado *con* el discurso."

"¡Oh, cómo es error vano
fatigarse *por* ver los resplandores
de un ardiente tirano
que ímpio roba á las flores
el lustre y el aliento y los olores!"

(RIOJA, *Á la arrebolera.)*

"Ni sé bien si fué Censis ó Fimantes
(yo me fatigo poco *destas* cosas,
por ser disputas propias de pedantes)
este pintor", etc.

(LUPERCIO L. DE ARGENSOLA, sátira, *Á Flora.)*

FIARSE

Nuestros buenos escritores han usado este verbo con las preposiciones *de* ó *en*. La Academia señala también la *á;* pero ni la trae Salvá, ni hemos podido encontrar ejemplo alguno que pueda corroborar la aserción de la Corporación española.

"¿Qué idolatría mas dañosa que fiarse un hombre *de* su parecer?" (P. Ávila.)

"Traía levantado sobre la cuja el estandarte real, que no se fiaba *de* otra mano, y solamente se podía sacar en las ocasiones de mayor empeño." (Solís, *Conquista de Méjico).*

"Díjole cómo traía la gente consigo, mas que no pensaba hallarse en tal crueldad, por ser personas que habían venido á favorecer su carta, fiados *de* él", etc. (Mendoza, *Guerra de Granada.)*

"Vése el pérfido bando
en la fragosa, yerta, aérea cumbre,
que sube amenazando
la soberana lumbre
fiado *en* su numerosa muchedumbre."

(Herrera, *Á don Juan de Austria.)*

FIJAR

Según la Academia, rige la preposición *en* solamente; y esta es la práctica constante de los buenos hablistas.

"Si se procura, digo, imitar, fijando más la mente *en* la perfección universal que quiere el arte, que en la particular observación", etc. (Mayars).

"De cierto, amigo,
cuajadas en tus ojos quedarían

esas copiosas lágrimas que viertes;
y *en* la tierra fijándolas, tú propio
allí vieras el término á los males" etc.

(MARTÍNEZ DE LA ROSA, *Al Duque de Frías).*

"Los anhelantes ojos alzaría,
y *en* tu semblante fúlgido atrevidos,
mirando sin cesar, los fijaría."

(ESPRONCEDA, *Al sol).*

Salvá cree que también puede decirse "fijar la vista *sobre* una persona"; y "fijar carteles *por* las paredes."

FASTIDIARSE

Sólo rige la preposición *de.* "Estoy fastidiado *de* las impertinencias de fulano"; no "*con* las impertinencias", etc.

FRISAR

"Frisaba *en* los cuarenta años de edad", está bien dicho; pero también puede decirse con Cervantes: "frisaba la edad de nuestro hidalgo *con* los cincuenta años."

FREÍR

Según la Academia y Salvá, rige *con* ó *de:* de modo que puede decirse: "freír huevos *con* aceite ó *en* aceite."

FORJAR

La Academia no señala el régimen de este verbo; Salvá le da la preposición *en:* "forjar (el hierro) en barras". Sin embargo, en uno de los Argensolas leemos:

"Pues ¿querrás ver, mis alas obedientes,
que sufra su coyunda y tasque un freno,
aunque lo forje *de* oro, entre los dientes?"

FAVORECERSE

"Favorecerse *contra* la lluvia", *contra* el sol", *contra* alguno", son expresiones incorrectas; debe decirse: "favorecerse *de* la lluvia", "*del* sol", "*de* alguno".

GOZAR—GOZARSE

Rigen las preposiciones *con*, *de* y *en*.

"Amad, pues, adorad, servid al Señor en gozo; mas gozaos *con* temblor." (P. Ávila.)

"Y con todas las fuerzas de su amor trabajan, Señor, por transformarse en Vos, á quien contemplan con la fe, acatan con la humildad, buscan con el deseo y gozan *con* la caridad." (F. Luis de Granada.)

"Y aunque en su interior se goza
con el proceder violento
del conde de Benavente,
de altas esperanzas lleno", etc.

(Duque de Rivas.)

"Cuando me gozo, Señor,
con la esperanza de verte,
viendo que puedo perderte,
se me dobla mi dolor."

(Santa Teresa.)

"Vivir quiero conmigo,
gozar quiero *del* bien que debo al cielo,
á solas, sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanzas, de recelo."

(F. Luis de León.)

"¡Cuánta miseria no es perder la vida
en la purpúrea flor de la edad pura
sin gozar *de* la luz del sol crecida!"

(HERRERA.)

"Goza, genio inmortal, goza tú sólo
del himno de alabanza y los honores
que á tu invención magnífica se deben."

(QUINTANA.)

"Si os amenazaren con muerte, diréis que venga en hora buena para gozar *de* la vida." (P. ÁVILA.)

"¿En qué andáis? ¿qué buscáis? ¿cómo no os dais prisa por gozar *de* tan gran bien?" (P. GRANADA.)

"Mi alma sensible y dulce *en* ver se goza
una flor, una planta,
el suelto cabritillo que retoza.
la avecilla que canta."

(MELÉNDEZ.)

"El que lidiando en Pavía,
más que valiente, feroz,
gozóse *en* ver prisionero
á su natural señor", etc.

(DUQUE DE RIVAS.)

"Muestra de su sepulcro algunas señas
y cavaré con lágrimas las peñas
que ocultan su sarcófago sagrado;
pero mal pido el único consuelo
de todo el bien que airado quitó el cielo.
Goza *en* las tuyas sus reliquias bellas
para envidia del mundo y las estrellas."

(RIOJA.)

GUARDAR

"Guardar (una cosa) *con* llave ó *bajo* llave", dice la Academia.

GUSTAR

No usado como transitivo, no rige otra preposición que la *de:* "gustar *del* vino"; "gustar *de* bromas."

"Díjolo tantas veces, que ya un día
se enfadó el asno y replicó: yo tomo
lo que me quieres dar; pero, hombre injusto,
¿piensas que sólo *de* la paja gusto?
Dáme grano y verás si me lo como."

(IRIARTE, *El asno y su amo.)*

HABILITAR

"Habilitar (á uno) *de* dinero", y habilitar (á uno) *con* dinero", son expresiones igualmente correctas.

HARTARSE

Según la Academia, rige la preposición *con* y *de:* "hartarse *con* pan", "hartarse *de* pan." Según Salvá, rige la *de* solamente, y parece que esta opinión está más conforme con la práctica de los buenos escritores.

"Harta *de* paja y cebada,
una mula de alquiler
salía de la posada."

(IRIARTE.)

"¡Qué desgracia la mía!
(el literato exclama) ya estoy harto
de escribir para gente roedora."

(IRIARTE.)

Herrera usó con este verbo la preposición *en* en más de una ocasión: en la canción *Á la victoria de Lepanto,* por ejemplo, dice:

"Venid, dijeron, y en el mar undoso
hagamos de su sangre un grande lago
deshagamos á éstos de la gente,
y el nombre de su Cristo juntamente,
y dividiendo de ellos los despojos,
hártense *en* muerte suya nuestros ojos."

Y en otra parte:

"Quien quisiera hartarse *en* la venganza
de mis males, hallara á su deseo
colmada la medida sin mudanza,
si, conociendo yo mi devaneo,
no diera al vasto gusto de la mano
y alzara de la tierra al fiero anteo."

HABITUARSE

"Estoy ya habituado *con* la lectura de los diarios, no puedo prescindir de ellos", es una expresión incorrecta pues debe decirse: "Estoy habituado *á* la lectura ó *en* la lectura", etc.

HOLGARSE

Rige la preposición *con* ó *de*.

"La caridad y amor, sigue el Apóstol, es sufrido, es benigno, huélgase *con* la verdad, todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo lleva bien." (P. MALÓN DE CHAIDE.)

"En otro tiempo holgara
de tratar con tus amigos,
y ahora huyo la casa
como de falsos testigos."

(D. HURTADO DE MENDOZA.)

PEDRO N. ALBORNOZ.

(Continuará)

EL NIÑO GOLOSO

Á un niño que tiraba mil pedradas
por voltear una pera,
una piedra, cayendo de rebote,
le rompió la cabeza.
¡Cómo lloró el chiquillo!
Y al verlo así su abuela
le dijo: "está muy bien, eso te pasa
por comer fruta ajena,
teniendo aquí un canasto
de aquellas mismas peras."
Y ésa es la verdad: el hombre llora,
se despepita y pena
por lo mismo que puede
en su casa comer á manos llenas.

MANUEL BLANCO CUARTÍN.

RECUERDOS LITERARIOS

JUAN AGUSTÍN BARRIGA

I

En medio del camino de la vida, y como en el último y fresco oasis, antes de emprender la marcha por la ardiente y árida llanura, volvemos los ojos de la despedida al verde bosque, las claras fuentes, los plácidos jardines donde corrieron ligeras las horas de los años de la alegre juventud. Delante ya un desierto sin mirajes y cortado en su triste lejanía por la obscura sierra que está nevando y entre cuyas pardas brumas brilla una sola estrella de única esperanza diciéndonos que aún la vida es más allá. Detrás el valle querido, lleno de aguas y flores, que el viajero mira por vez última al dejar allí para siempre su fortuna y sus amores...

No marchemos todavía;y antes de escribir una página de gratas memorias que el viento lleve á los buenos amigos y alegres compañeros de otra edad.

II

Era el año 1873, y nos parece que fué ayer no más. Una bella generación que había cantado con el ritmo sonoro de las musas los deseos, las esperanzas y las glorias de la vida, bajaba ya en su tarde serena las felices laderas del Parnaso, invitando á la nueva juventud á subir los senderos encantados en pos de nobles triunfos y de verdes coronas. Una multitud inteligente, con quien la naturaleza había sido pródiga de sus ricos dones, escuchaba sus palabras. Sus bellas relaciones y armoniosos versos encendían en las jóvenes imaginaciones el santo calor de la poesía y del arte, y distintas asociaciones literarias y artísticas nacían en aquella alborada del entusiasmo que iban más tarde á dar sazonados frutos á las letras nacionales.

Algunos, entonces, siguiendo las afinidades de sus sentimientos y de sus ideas, formaron, bajo la dirección de un viejo maestro, un hogar literario en los salones de la *Academia de Bellas Letras*, y hallaron en las páginas de la REVISTA DE SANTIAGO donde dar al aire libre de la publicidad sus frescas y juveniles inspiraciones. Otros, marcando así una división de dos agrupaciones distintas, que iban en poco tiempo á tener cada una su carácter y fisonomía propios, se agruparon como en numerosa familia de jóvenes amigos de las letras, donde era fácil reconocer la influencia elevada y superior de una noble y distinguida mujer (1), cuyas raras prendas de inteli-

(1) La señora doña Luz Covarrubias de Larraín, que nos perdonará el que apuntemos aquí su nombre, no siéndonos posible olvidar la principal fisonomía de un cuadro á cuyo rededor viven y se animan las demás en la fotografía de nuestros recuerdos.

gencia y de carácter eran lazo de afectuosa unión entre todos los que formaron el *Círculo de la Estrella de Chile.*

Eran estos últimos casi niños, pues raro era el que había visto los veinte años, estudiantes de los primeros años universitarios que tenían todavía el dogmatismo de la escuela en los labios, y miraban con inquietud todo lo que salía de las estrechas fórmulas de los textos de estudio recién abandonados. Naturalmente, el bagaje literario que cada cual traía consigo no iba más allá de las pobres lecciones de retórica de que habían sido hacía poco examinados, y cierta escasa lectura, no de los mejores poetas y pensadores de la escuela romántica. Y si á esto agregamos el recuerdo de los clásicos latinos, sobre todo de Virgilio, Horacio y Ovidio, mal estudiados y peor comprendidos en los bancos del aula, tendremos un completo resumen de lo que sabían ó podían saber la mayor parte de aquellas cabezas de dieciocho años, que soñaban con tales elementos escalar la elevada y serena mansión de las musas y de las gracias. Pero el entusiasmo y el estudio sostenido por el natural ardimiento de los primeros años iban á guiar á cada uno por el conveniente sendero en esa difícil ascensión hacia el ideal de su juventud.

Una vez por semana generalmente acudían todos á la cita para pasar juntos la alegre velada de las primeras horas de la noche en los nobles ejercicios que eran el motivo de la reunión. Llegaba el momento oportuno, y sin reconocer superioridades ni preeminencias de ningún género, cualquiera, el primero que quería hacerlo, tomaba la batuta del maestro, y pidiendo atención y silencio con los tres golpes usuales sobre el cuaderno de la partitura, daba la señal y dirigía entonces el armonioso

concierto. Éste con entonada voz declamaba una oda; aquél leía los sencillos versos de un idilio; el otro hacía oír un trabajo cualquiera sobre literatura ó sobre ciencias; todos llevaban su contingente de estudio ó de inspiración. La velada pasaba así agradable y ligera, y al fin se disolvía con las buenas palabras de todos, llevándose cada cual el grato sentimiento de una hora de amistad inteligente y afectuosa.

Al principio, por lo mismo que más arriba hemos apuntado, naturalmente el diablo de la imaginación tenía á cada uno por los cabellos, llevándolo de esta suerte por los oscuros y viciosos matorrales de su romántico reino, y como si hubiera querido, bajo la influencia de este género de posesión, divertirse malamente y á costa de todos ellos. Pero luego en esta especie de caos en que algunos de pensamiento sombrío creíanse condenados á vivir en la perpetua noche de alguna profunda sima de la tierra, y otros imaginábanse cuerpos gloriosos alimentados con luz, éter y otras sustancias sutiles, y todos andaban á topones con los fantasmas de sus sueños, el estudio ayudado por los preceptos de una buena crítica vino poco á poco á separar el día de las tinieblas, y á hacer ver claro á cada cual lo que tenía por delante de sus ojos de posible y de verdadero. Así, los enamorados cantores de la fresca Amarillys y de la coposa haya virgiliana pudieron conocer en los sencillos elementos de que Gœthe habíase servido para componer su bello idilio la nueva forma que la naturaleza de nuestras costumbres ofrecía á los aficionados á la antigua égloga; los arrebatados líricos que con volidos de Ícaro pretendían ir á beber del sol el sacro fuego, fueron unos tras otros cambiando el sonoro instrumento del canto por la pluma

de una prosa sencilla y sin adornos; los melancólicos trovadores hallaron en nuestro clásico romancero un modelo eterno de imitación, y los idealistas sentimentales vieron que sobre la ancha faz de la tierra había bastantes y mil variadas flores donde libar la miel delicada de los conceptos poéticos. Poco á poco, y á medida que las ligeras brumas matinales iban disolviéndose en la luz del sol que les mostraba la naturaleza feliz y brillante, invitándolos á amarla con la calorosa fe del verdadero artista, un sentimiento puro y sencillo iba á cada uno mostrando la porción que le correspondía según sus aptitudes en el reino prometido, é indicándole la manera de cultivarla para hacerla producir sazonados y duraderos frutos.

De este modo los grandes modelos literarios que la selección de una crítica distinguía entre la multitud de libros que la curiosidad del estudio iba recorriendo, llegaron en algún tiempo á ser familiares á todos, respondiendo cada uno á los demás de lo que había visto en ellos, ya por medio de algún escrito que era leído en público, ó por una disertación oral que era siempre escuchada con interés y aplauso. Este último género de trabajos, sobre todo, llevado á una relativa perfección, contribuyó con mucho á adelantar la obra en que todos vivían empeñados, y de tal manera que, podemos sin jactancia decirlo, no ha habido tal vez entre nosotros una asociación literaria que llegara á alcanzar en más corto tiempo un desarrollo más completo, por lo que atañe á la suma de conocimientos que llegaron á poseer la mayor parte de los que la componían.

Los resultados de aquellos inteligentes estudios, co-

mo las primicias de un campo prolijamente labrado, no tardaron naturalmente en manifestarse.

Los pocos que entre nosotros tienen algún interés por conocer los productos del ingenio, aunque sólo sea con curiosidad de bibliógrafos, pueden recorrer las páginas de La Estrella de Chile de aquellos años. En ellas pueden ver el cuadro, que siempre tendrá su interés conocer, de una familia de jóvenes literatos que comprendían el bello arte, y daba á nuestra escasa literatura nacional días de halagadoras esperanzas para el porvenir.

No queremos aquí hacer caudal de nombres, que por sus estrechas afinidades de escuela, tenían entonces un parentesco bastante cercano con los que todavía atravesaban las horas de los dias del aprendizaje: de Zorobabel Rodríguez, el gran polemista y eximio literato, reconocido ya en esa época como la primera y brillante espada en las luchas de la prensa diaria; de Carlos Morla Vicuña y Máximo R. Lira, cuya amenidad y lozanía de estilo habían hecho populares sus nombres; de Carlos Walker Martínez, el fogoso tribuno, y el poeta de los *Romances Americanos;* de Enrique del Solar, que había recibido con su apellido y acrecentado con sus obras una valiosa herencia de elevada y fecunda inspiración: de Ventura Blanco Viel, en fin, y algunos otros que hacía tiempo habían dejado el banco del aprendizaje á los que venían tras de ellos. Todos estos figuraban ya con honor en el campo de la literatura ó en diversos puestos de la administración ó de la política.

Raimundo Larraín Covarrubias leía entonces, en el seno de nuestra asociación una serie de poesías, de las que recordamos siempre su bellísimo romance *Sensitiva,*

una de las mejores composiciones de este género con que cuenta nuestra literatura nacional:

Yupanqui, el grande Yupanqui,
ha avasallado mas pueblos
que arenas tienen los mares
y estrellas el firmamento.

y su notable soneto, cuyo terceto final concluye con este verso que apuntamos y que parece inspirado por la elevada musa de Rioja y de Rodrigo Caro:

¡De fuego lleno el pensamiento mío,
ansioso de volar gime, entretanto,
con cadena de barro atado al suelo!

Francisco Concha Castillo, ingenio de estampa clásica y ricamente inspirado, era otro de los que llevaban siempre sobre su frente despejada en aquellas bellas reuniones el signo de los predestinados. Tomamos al acaso de cualquiera de sus composiciones algunos versos, que no elegimos de los mejores, no teniendo, como no tenemos, á la vista ninguna colección de sus poesías, ni siquiera algunas de aquellas que le dieron asiento de honor entre sus jóvenes admiradores:

¡DOLOR! fecunda y eternal simiente
de gloria y de virtud: por tí al luciente
alcázar de los mártires se sube;
héroes y sabios con tu soplo creas
y engendras en la mente las ideas
como engendra relámpagos la nube.

Para gozar del aura de la vida,
rasga el hombre con recia sacudida

de la torpe materia el lazo fuerte;
y al pasar de este mundo los umbrales
por respirar las brisas celestiales,
rasga también las sombras de la muerte.

La idea, como fúlgida centella,
surge en el verbo, luminosa y bella,
tras la angustia mortal del pensamiento;
como la pura y argentina nota
que de la cuerda estremecida brota
tiende sus alas triunfadora al viento.

La flor del cielo, la virtud divina
sobre la tumba del placer germina
con llanto de deshechas ilusiones;
y ¡cruel sarcasmo de la humana suerte!
las victorias son hijas de la muerte,
y de sangrientas lides, las naciones.

.....

Eternamente joven y hechicera,
sobre campos de muerte reverbera
la victoria entre cantos y lamentos,
y la augusta verdad su imperio funda
sobre la pira del dolor fecunda,
ardiente hogar de grandes pensamientos.

Hombres, ideas, santidad, belleza,
portentos de la gran naturaleza,
la misma ley á todos les alcanza;
siempre la vida nace entre dolores,
como el alba entre sombras y vapores,
como entre sufrimientos la esperanza.

.....

Cuando en el alma la esperanza llora
la engañosa ilusión que se evapora,
huye del labio en rítmico lamento;

que hay una misteriosa simpatía
que une con la desgracia la armonía
en el arpa ideal del sentimiento.

¡Ay! sólo allí do en infernal tortura
los hijos de la eterna desventura
vagan insomnes con estéril llanto;
es infecundo y vergonzoso y frío
el cruel dolor de su perenne hastío,
la angustia cruel de su perpetuo espanto.

¡Salve, oh Dolor! Aunque fatal y ciego,
tú despiertas con ráfagas de fuego
en el hombre la vida y la grandeza:
en tí la mancha de su crimen lava,
¡dolor! contigo la existencia acaba,
¡dolor, por tí la eternidad empieza!

Después de Concha Castillo, solía ocupar la pequeña tribuna de madera de las lecturas Juan R. Salas, uno de esos enamorados trovadores de los viejos tiempos que llevaban siempre consigo, y á todas partes donde iban, la melancólica bandolina de sus breves y sentidas canciones. Sus poesías eran todas sonidos de una misma cuerda, flores delicadas que iba recogiendo por los campos y que llevaba siempre ante la misma imagen que con su fantasía había colocado sobre un altar de santa querida. Muchas de sus ligeras y tiernas canciones eran en esa época transcritas con elogio en los principales periódicos literarios de Sud-América.

Juan Zorrilla de San Martín, hijo del Uruguay, se estrenaba entonces en el campo de las letras, recogiendo aplausos y coronas en una fiesta pública de beneficencia, declamando, delante de una numerosísima y escogida reunión de la mejor parte de nuestra sociedad, su oda

El dolor; y publicaba más tarde, cuando apenas cumplía los veinte años, un volumen de poesías de raro mérito que era una manifestación de la riqueza de su fantasía.

Como su joven compatriota y compañero y amigo Carlos A. Borre, que nos contaba, entonces, en una serie de relaciones históricas, escritas en sencilla y amena prosa, la vida social de su hermosa tierra, siempre agitada por las ciegas y enconadas luchas de las fracciones políticas, hacía, en compañía de los que antes hemos nombrado, su educación profesional y literaria entre nosotros. Desterrado voluntario de su país, había venido á buscar en campo extranjero esas armas de la inteligencia con que más tarde iba á conquistarse un honroso puesto en las luchas civiles de su país.

Quisiéramos dedicar un párrafo por separado á cada uno de los que de alguna importante manera contribuían en aquella época á hacer interesantes las reuniones del *Círculo de la Estrella*, en que el cultivo de las bellas formas literarias no excluía el estudio y las disertaciones sobre ciencias ó sobre política especulativa. Pero las dimensiones de este escrito apenas si nos permiten recordar á José Francisco Vergara Donoso que, antes de los treinta años, era ya un sabio que llevaba almacenados en su cabeza los estudios universales que muy raros á los cincuenta pueden sostener en la privilegiada memoria; á Vicente y Carlos Aguirre Vargas, distinguidos humanistas, que parecían destinados á ser con el tiempo los hermanos Amunátegui de las ciencias legales y políticas; á Carlos Aldunate y Francisco Fabres, ambos enamorados de Justiniano y de toda la larga familia de sus discípulos de más allá y más acá del sabio don Alfonso; á José Víctor Gandarillas y Raimundo Salas, dados

con pasión á los estudios políticos económicos; á Enrique Nercasseau, que seguía las huellas de Bello y de Baralt; á Rafael B. Gumucio, que ya entonces era lo que ha sido después, el apasionado dialéctico de la escuela de Aparici y de Nocedad; á Onofre Jarpa, el paisista de los cielos sin nubes como su alma; á Guillermo y Rafael Errázuriz, Joaquín Walker y Ramón Subercasseaux, Rafael Garmendia y Pedro Nolasco Cruz el observador sagaz y malicioso de nuestras costumbres, y tantos otros que el recuerdo de aquel hermoso tiempo mantiene en nuestra memoria como figuras vivas que nos parece haber visto en alguna brillante fiesta de los días de la primera juventud.

Más tarde ¿qué ha sido de muchos de ellos? No parece sino que en la seca atmósfera de nuestra vida social toda planta naciera para vivir un solo día, y toda alma inspirada para inclinarse hacia el tosco terruño de un materialismo sin ilusiones y sin gloria.

III

Fué entre aquéllos buenos amigos de la literatura y el arte donde conocimos á Juan Agustín Barriga. Se acercó un día á nosotros, lo recordamos todavía, como si nos hubiera conocido de antiguo, y sin decirnos nuestros nombres, ni mediar presentación alguna de tercero, conversamos largo, y quedamos desde entonces amigos para siempre.

Era en aquel entonces, recien salido del Instituto y entrado á cursar leyes en la Universidad, un muchacho flaco y pálido, cuyos ojos grandes y azules reinaban so-

bre sus facciones enfermizas y tristes en un rostro descolorido y casi amarillo, y cuyo cuerpo se doblaba hacia adelante, ó trayendo á descansar la cabeza sobre el pecho y la inteligencia á buscar en el corazón el calor y la vida. Contaría apenas diecisiete años y producía en todos los que le veían la penosa impresión de que viviría muy poco tiempo. Llevaba efectivamente sobre la frente ese signo que, como el sello de la tisis ó de la fiebre, distingue á esas fisonomías de niños precoces en quienes la llama de la vida arde oscilante en un cuerpo medio consumido por el esfuerzo desordenado de un desarrollo prematuro. El mismo tenía el convencimiento melancólico de que no podría ir muy lejos.

Esta circunstancia de un físico casi vencido por la debilidad en las puertas mismas de la vida, y que en algunos suele ser origen de una verdadera enfermedad del espíritu que rinde las facultades ante el decreto de la fatalidad que gravita sobre ellos como una sombra, no producía, sin embargo, sobre él otro efecto que el de hacerle levantar la vista y mirar el horizonte como una conquista rápida ofrecida á la actividad de sus fuerzas mentales que bien podían condensar en el breve espacio de los días el lento y largo curso de los años. Y así, mientras sus jóvenes compañeros dejábanse llevar indolentes y descuidados sobre la plácida corrriente, y mirando el azul sereno extendido sobre sus cabezas, él se entregaba al trabajo de una labor activa y fecunda con la nerviosa inquietud del que cuenta con un tiempo escaso y teme en cualquier momento ser interrumpido. Por esta razón en aquel entonces y cuando le conocimos había ya alcanzado una ilustración muy superior á la que sus escasos años podían ayudarle á proporcionarse, y una

madurez reflexiva de juicio difícil de tener en su edad y en las comunes circunstancias en que había vivido.

Al mismo tiempo que seguía en la Universidad los estudios legales y políticos que más tarde iban á crearle una posición distinguida entre la juventud que entra á tomar parte en las luchas de la vida pública, los estudios literarios eran la pasión de su espíritu y el regalo de esas horas de la fantasía en las que los que principian la vida disipan generalmente los más bellos tesoros de la inteligencia y del corazón. En poco tiempo no hubo casi autor distinguido de nuestra buena literatura que no hubiera leído y meditado, desde el romancero clásico hasta el último poema de Núñez de Arce. Había pasado sus ojos sobre la mayor parte de las obras de cada uno de ellos, y sacado y apuntado prolijas observaciones, como pudiera hacerlo un viejo erudito tratando de componer una obra de literatura comparada.

En ese tiempo íbamos nosotros á verle frecuentemente, y con el propósito de pescar libros curiosos en los revueltos montones donde, en las esquinas de su cuarto de estudiante, veíanse en confuso maridaje un tomo de Musset con otro de Leibnitz, las obras de Shakespeare con las de Stuart Mill, un volumen de Gœthe con otro de Donoso Cortés, Calderón con Federico Bastiat, Enrique Heine con Ayala, Spencer con Echegaray, etc., todo aquello en el mayor desorden y como si una mano de loco hubiera pasado por allí ordenando una biblioteca de Babel. Sentábamos á discutir y charlar juntos sobre cualquiera cosa, nuestros estudios ó, como era nuestra decidida afición, sobre literatura generalmente. Nos sometíamos así el uno al otro las observaciones que nos eran sugeridas por la lectura en que siempre andábamos

ocupados, y sus razones eran siempre claras y expuestas en un lenguaje que mostraba á la vista que el que las decía habia llegado ya á poseer en esa clase de materias la seguridad de criterio y finura de espíritu del crítico acostumbrado á vivir en el comercio íntimo de los grandes autores. Un ejemplo cualquiera bastará á dar una idea de esas conversaciones de amigos, de las que nunca dejábamos de sacar alguna enseñanza ó alguna idea útil.

Un día encontramos sobre su mesa un volumen en prosa cuyo nombre de autor completamente extraño para nosotros y su curioso título no pudieron menos de llamar en el acto nuestra viva atención. Se llamaba *Escenas montañesas, cuadros del natural, por don José María Pereda*, recién publicado en España y venido en muy escasos ejemplares á nuestras librerías. La conversación versó naturalmente sobre el para nosotros desconocido autor y su mentado libro; y hé aquí de qué manera nuestro amigo nos hablaba entonces, cuando casi nadie conocía todavía al ilustre autor que después ha tenido tanta popularidad entre nuestros aficionados á la buena literatura española:

"No conocía ni de nombre al autor de este libro que acaso no hubiera leído si no viniera autorizado por un prólogo de don Antonio de Trueba. Inferior á este en frescura y lozanía, le aventaja en la verdad y en el vigor de sus pinturas. Es un autor realista en el buen sentido de esta palabra, observador atento y minucioso de la naturaleza, así de la exterior como de la humana, conocedor como ninguno que yo sepa de las costumbres populares y campestres, y particularmente dotado de una facultad especial que le permite descubrir bajo la ruda

corteza del labrador, del marinero ó del aldeano sentimientos originales y profundos que imponen á su fisonomía un carácter propio, individual y casi siempre interesante. Si Pereda es joven todavía como parece indicarlo Trueba en el prólogo, y permanece libre de todo contagio en el camino que se ha labrado por sí propio, creo que en poco tiempo puede llegar á ser el primer novelista de España ó á lo menos su primer narrador. Pero para llegar á serlo, ha de tener, como todos los que tal pretenden, que extender el círculo de sus ideas, salir por algún tiempo fuera de la montaña, y buscar al hombre no sólo en sus manifestaciones locales y aislado como en la vida montañesa, sino en el campo más vasto de la sociedad humana.»

Este juicio crítico tan seguro y tan completo, emitido por él en una edad en que podía parecer presuntuoso, sobre un autor que era entonces completamente desconocido al dar á la publicidad su primera obra ¿no es acaso el mismo que sobre el hoy ilustre autor de *Pedro Sánchez* han emitido más tarde los mejores críticos que han regalado sus horas con la lectura de las obras del célebre novelista español?

Por esto, cuando entró á tomar parte en nuestra asociación literaria de *La Estrella de Chile*, en la que todos iban todavía á su manera sin rumbo y sin ideas personales, hubo de atraer particularmente la atención de sus compañeros, no sólo por la extraordinaria extensión de su lectura, sino, y sobre todo, por el caudal de ideas propias que manifestaba en sus juicios y opiniones.

JAVIER VIAL SOLAR

(Continuará.)

DE VACACIONES

DE SAN BERNARDO AL CLARILLO

Éramos trece en todos,—*la docena del fraile*, como dicen en lotería,—y, á Dios gracias, ninguno supersticioso, de esos que cuentan las personas antes de sentarse á la mesa.

Muy de mañana despertamos con la preocupación del paseo á caballo:—uno, á pesar de sus años y sus canas, vuelve á los quince cuando se trata de correr por los campos, de aspirar el aroma de los árboles silvestres y de los arbustos de las orillas de los ríos, ó de divisar desde las alturas los variados panoramas de vegetación que ofrece nuestro valle central. Y hablo de años y de canas porque el paseo no era de los bulliciosos y romancescos que se hacen á las entradas de la vida, en que todo es ocasión de amores, y en que suelen nacer algunos ó para durar toda la existencia ó para deshacerse con los principios del venidero invierno... La reina Victoria de Inglaterra cedió su corazón al príncipe Alberto

durante un paseo á caballo en el verano de 1839... Una rama de reseda, cogida en los prados del camino, fué el símbolo de la alianza... En nuestra salida había mucho de prosa y poco de poesía: necesitábamos aquel sacudimiento del organismo que trae una andada á caballo, mudar de horizontes, salir de las costumbres caseras siquiera por un día, gozar, por lo menos en vacaciones, del rumor del río, de la alfombra de verdura, del canto de los pájaros libres, de la sombra de los maitenes y algarrobos, deshacer, en fin, alguna de las arrugas de la frente con unos instantes de expansión de ánimo y de olvido.

Y nada más... De los cinco hombres de nuestra ida, uno era muy niño, otro casado, y en dobles nupcias, dos éramos célibes incorregibles, y sólo el quinto era un mozo de esperanzas, de sueños y de porvenir.—El otro sexo tenía mejor representación: dos señoras, dos niñas y una niñita.—Las demás personas eran la servidumbre: queríamos los encantos del campo con las comodidades de la ciudad.

Así que nos hallamos en sendos trotones, chilenos puros, algunos de ellos buenos ejemplares de esta raza de aguante y de espléndidas hechuras, que todos conocemos y queremos, aun cuando no luce el cuello erguido, delgado y flexible que caracteriza á la raza inglesa, y una vez enganchado el carruaje y apercibidas en él las provisiones, salimos de San Bernardo por el camino de San José.

Dejamos atrás esa capital de departamento, que no ha podido perder sus trazas de aldea á pesar de los alegres edificios con que la han embellecido algunos de sus propietarios forasteros. Las calles de San Bernardo,

siempre polvorosas, con sus largos trechos enteramente eriales, sus aceras primitivas y su silencio y soledad raramente interrumpidos, tienen, sin embargo, el atractivo de sus dobles hileras de grandes árboles y del ruido del agua que invariablemente corre á uno y otro lado entre el pavimento central y la acera. Pero deberá pasar aún mucho tiempo antes que ese pueblo sea llamado legítimamente ciudad, porque para andar en él es menester usar el traje del campo, y la única vida que también se puede llevar es la vida del campo. Carece por completo de los atractivos que brindan las ciudades á los paseantes, y su único lugar de recreo, la plaza, no ofrece en la noche más que una lóbrega procesión de gentes que se esfuerzan por ser alegres, pero que no logran serlo, porque les falta el principal elemento, la luz. Teatros, no hay ninguno, á no ser compañías de la legua, organizadas y disueltas cada semana, y que trabajan en un proscenio y ante un patio medio oscuros, y en cuyas representaciones de mojiganga toman á veces chistosa parte los espectadores. Á las nueve de la noche no anda persona por las calles, y tanto es aquel silencio y tanta es aquella soledad, que uno recuerda las poblaciones sitiadas ó en estado de activa guerra, en que tarde á tarde se toca á cierra puertas general.

En cambio de todos estos lados malos, de toda esta pobreza cívica, San Bernardo tiene el aspecto bueno de los hogares de familia, que son sencillos, afectuosos y corteses, como que sus forasteros moradores, al alejarse del bullicio de Santiago, han adoptado, ó de grado ó por necesidad, las siempre alabadas costumbres de los vivientes de los campos. La hospitalidad es amplia y cariñosa, y así como es puro el aire de alturas que se respira

en ese pueblo, bañado constantemente por los vientos del sur, así también parecen más puras las ofertas y las recepciones, y parece que las palabras obsequiosas corresponden casi siempre á la idea y al sentimiento.

Ello es que cuantos van á pasar algunas horas ó días en familia, vuelven satisfechos y prometiéndose tornar de cuando en cuando. Muchos tienen sus recuerdos íntimos vinculados á aquellas casitas rodeadas de jardines, á aquellas cabalgatas que levantan el polvo abundante de las calles, á aquellos árboles sombríos de la plaza, á aquellos bancos rústicos de la estación, y no es fácil ni leal condenar así de llano un pueblo en que se han sentido emociones que duran lo que la vida, en que se ha gozado puramente, en que se han levantado tantos castillos de aire, nidos que nunca tendrán sus palomas, pero en los cuales de sobra se complacen y juguetean las imaginaciones romancescas... Cuando uno ve el presente envuelto en sombras, y lo porvenir amagado también de sombras quizá aún más densas, vuelve los ojos, como para descanso, hacia los días que se fueron, y saborea el amargo placer—pero que al cabo es placer—de la recordación de los días buenos en el tiempo malo...

San Bernardo es también un lugar de salud, como lo han probado no pocas curaciones, y tiene la gran ventaja de estar á un paso de la capital, lo que facilita la ida de los médicos y el envío de las medicinas. El establecimiento en ese pueblo de un gran gimnasio ó de un instituto particular de segunda enseñanza sería un gran progreso y un beneficio inapreciable para los padres de familia de Santiago. Reunidos doscientos ó trescientos internos en aquel clima de elección, en aquella atmósfera siempre ventilada, no insoportable en verano y templada

en invierno, disfrutarían de salud cumplida, crecerían robustos, desarrollarían ampliamente todas sus facultades y estudiarían con provecho y satisfacción. La moral y la higiene aconsejan radicar los planteles de educación lejos de las grandes ciudades, donde la abundancia de aire haga á éste salubre, donde los niños y los jóvenes tengan amplio horizonte y puedan familiarizarse con los espectáculos y maravillas de la natutaleza, y dividan los ratos libres entre los juegos propios de la edad y el ameno cultivo de las flores, las legumbres y los árboles. El levantarse temprano en el campo, el ejercicio moderado á caballo y las caminatas á pie por los cerros ó dehesas vecinas darían gran impulso á su desarrollo físico, creándoles una naturaleza capaz de resistir á la acción destructora del trabajo de la vida y de las enfermedades reinantes en las ciudades. La instrucción científica y literaria podría correr parejas con aquellas prácticas disciplinas, á virtud de que la cercanía de la capital daría facilidades para la traslación de los profesores. Si más tarde ó más temprano se ha de pensar en aislar de la gran ciudad del Mapocho los seminarios de toda especie —como está ya algo aislado el seminario eclesiástico del arzobispado,—¿por qué no empezar desde luego la obra, hoy, sobre todo, que en aquel pueblo de salud se podrían obtener con más ventaja los terrenos que muy pronto alcanzarán su valor?

Pero estas consideraciones nos han alejado del camino de San José, por donde galopábamos alegremente una mañana de febrero.--Dejamos á nuestra derecha la estancia de Cerro Negro, que será famosa en la historia de la ciencia, porque allí radicó sus trabajos la comisión francesa que vino á estudiar el tránsito de Venus por

delante del disco del sol el 7 de diciembre de 1882, y doblamos á poco andar para tomar el camino de los Morros. Era aquella una carretera desde donde abarcábamos una grande extensión del cauce del Maipo—desde frente al Peral hasta el cerro de Lonquén,—y desde donde veíamos en la orilla opuesta el alto camino de Pirque y del Principal, con sus añosos algarrobos y sus laderas bordadas de flores silvestres. Uno siente que todo su sér se le ensancha cuando se halla en medio de la llanura, cuando la vista se pierde en los confines lejanos, iluminados con profusión por el brillante sol de una mañana de verano... Respira á pulmones llenos, y la imaginación se puebla de fantásticas y halagadoras creaciones.

Y acaso una buena parte de la cabalgata iba soñadora... Á la orilla de las tapias y á favor de la escasa sombra de algunos desparramados alamillos, galopaba una de las niñas de la comitiva, la avecita azul de aquel paseo entusiasta y familiar. Servíale de escudero uno de los célibes intransigentes, que acaso en esos momentos pensó alguna vez en que era mejor la sociedad de dos que la de uno; el otro célibe, que debía ser el futuro cronista de ese paseo, solía mirarla por simple recreación, y velar por ella con la especie de ternura con que un viejo cuidaría una palmera naciente, cuyos frutos no había de probar jamás. De la edad de los *diez y*, que Cervantes calificó como la más dichosa, de ojos oscuros, que miran siempre halagüeña y reposadamente, de tez blanca y de mejillas de color de grana, de dientes albísimos y bien formados y alineados, de esbelta apostura y de una pureza cenceña, original; flotante sobre todos esos espléndidos atributos de la forma, aquella niña,

vestida de amazona azul claro, se merecía todas las miradas y todas las atenciones. ¿Por dónde revolotearía su imaginativa juvenil mientras iba entre aquel par de compañeros, que habrían podido responderle sobre muchos puntos de legislación ó filosofía, pero que no podían darle la solución del problema de su amor?

En un pequeño recodo del camino están á uno y otro lado los dos cerritos, los dos *morros*, que han dado su nombre á ese puente del Maipo. Una inscripción recuerda al transeunte que esa construcción se llevó á cabo bajo el gobierno de don Manuel Bulnes. Á nuestra derecha, hacia el poniente, divisábamos el puente del ferrocarril y la espesa humareda del primer tren del sur de la mañana.

En la misma dirección dejamos el camino real, que se prolonga hasta Buin y hasta Linderos, y tomamos el de Pirque, que va costeando la profunda barranca del río. Á un lado el cerro alto, con tendidas faldas, al otro los precipicios del río, que allá en medio de su ancho lecho corre serpeando por varios cauces, en unos taciturno y silencioso, en otros alborotado y murmurador, y en todos con su teñido color de greda, indicio del légamo abundante de sus aguas que fertilizan el valle más rico de Chile. El río Maipo nace en el mismo *divortium aquarum*, al pie del volcán de su nombre, á una altura de 3,413 metros sobre el nivel del mar, formado quizá el hilo de sus aguas, entonces poco abundantes, por algunos derretimientos de nieve ó por filtraciones de la laguna del Diamante, que se halla inmediata, aunque al otro lado del *divortium*. Á poco andar, á unos quince kilómetros de su fuente, recibe despeñado al río de la Cruz de Piedra, que corre por aquellas breñas en direc-

ción un poco oblicua de sur á norte. Igual dirección tienen más ó menos, según las cambiantes ondulaciones del Maipo, sus otros pequeños afluentes, el Barroso, el Blanco, el Claro, el estero de los Piuquenes, el del Cobre, el de Agua Amarga, el del Tollo, el de Coipo y el *Clarillo*, término que debía ser de nuestro paseo. Por el lado del norte engruesan el caudal de sus aguas el río Negro, los esteros del Diablo y del Yesillo, y los ríos del Volcán y del Yeso, y el Colorado, por cuyo angosto puente, casi natural, pasa el camino que conduce á San José de Maipo y á la República Argentina.

En la parte comprendida entre el puente de los Morros y el Clarillo, la cuenca del río es desparramada y profunda, y ofrece vistas deleitosas á cada paso. La inclinación de la barranca sur no es violenta en ese punto, y uno puede llegar casi hasta el lecho mismo, pisando sobre los nabos y otras crucíferas achaparradas, y deslizándose por entre los maquis, y los espinos nacientes. Todo es allí hermoso, y tanto las obras de arte de los canales de irrigación como el panorama del cielo y de los bordes tapizados de verdura, elevan el espíritu á la morada de las reflexiones y de los sueños. Se va la memoria á la época en que el extenso y feraz valle comprendido entre el Mapocho y el Maipo era casi un erial, subordinado el cultivo del campo á las lluvias del cielo y á las pocas acequias, de corto curso, que se sacaban de alguno de esos ríos. El marqués de Ballenary fué uno de los que más esfuerzo hicieron para convertir en realidad la grande idea del Canal de Maipo, que sólo quedó terminado con el primer tercio de este siglo. ¡Cómo ha venido la riqueza pública y privada envuelta entre el limo de esas aguas turbias, que se deslizan á nuestras

plantas en corriente sonorosa! ¡Cuán útil es un río en la economía de la humanidad! Tornadas en vapor bajo el influjo de los rayos del sol, sus aguas forman las nubes, y, purificando la atmósfera á su paso, caen en la tierra para dar vida á muchos campos y á la naturaleza entera: obedientes á la ley de transformación que rige cuanto existe, esos caudales de agua que han salido del río vuelven al río, trayendo, transformados, nuevos elementos de vida á su corriente. La vida animal, en la más alta acepción de esta palabra, no existe donde no hay un río, porque nada hay que pueda reemplazarle en las necesidades de cualquiera de los organismos más perfectos de la creación: por eso, desde el principio de los tiempos, las ciudades se han fundado á las orillas de los ríos. La vida vegetal, para brillar con esos mil y un matices que sólo pueden brindarnos los árboles y arbustos de la pradera ó la montaña, ó con esas variedades de crecimiento, de hojas y perfume que nos encantan en los jardines ó con el lujurioso desarrollo de las frutas y las legumbres, ha menester otro riego que el del cielo, de otras aguas que los húmedos besos del rocío de la mañana. Un río es, por fin, fácil vía de comunicación para el comercio, motor poderoso para toda suerte de industrias, objeto de constante estudio para la ciencia, tema inagotable para el arte, con su verdura, su arena, sus sotos, su corriente y su murmullo.

Estas ú otras parecidas reflexiones nos embarazaban en un alto que hicimos en el camino, á la sombra de un añoso algarrobo, bajo del cual hemos almorzado en otras de estas excursiones pintorescas, bien que hace ya tres ó cuatro años, cuando el tiempo había deshojado menos rosas en la frente, cuando aún el corazón latía con vio-

lencia bajo el influjo de ardientes aunque nunca comunicados afectos... Y seguimos galopando, envueltos en nube de tierra, con el sol al frente, la montaña á un lado, y el río y el precipicio á otro. Pláceme galopar, como dice don Andrés Bello,

"Y, dando vuelta al pensamiento mío,
fijar la vista en la corriente undosa
con que apacible se desliza el río,
á cuyo murmurar visión hermosa
evoca el alma en dulce desvarío,
visión de alegres días que corrieron
sobre mi vida y para siempre huyeron!...

Ya cerca del término de nuestro viaje, divisamos en la barranca frontera unos cuantos sotos ó bosquecillos, cuyo techo lo formaban en parte las escavaciones hechas por el río y en parte las tupidas lianas silvestres que servían de bóveda y de muro á aquel pequeño templo de la naturaleza, lianas que caían en dos, como cortinas de entrada al gabinete de una hada de las selvas, y formaban la puerta ó abertura por donde se podía penetrar á aquel apartamiento sombrío. El remanso de las aguas formaba allí un estanque en cuyo líquido espejo iban á retratarse las crecidas algas de la orilla. En su fondo, ora oscuro, ora iluminado por un rayo fugitivo de sol, que se quebraba con vivos esmaltes en las capas de las aguas, se veían resplandecer temblorosas algunas facetas de luz verde, destellos emanados de algunas esmeraldas de esas arenas, ó pupila de una náyade amiga del silencio, de esas que tienen los ojos del color del mar, en un rostro pálido, casi transparente, bajo un nimbo de cabellos dorados como el sol. En el misterio de esa soledad, bajo de la barranca, al borde del agua, y con el sordo mugido del río por único compañero

¡cómo se siente el espíritu sobrecogido y cómo el corazón soñador domina á todas las facultades, y hace que acudan en tropel á la memoria los fantasmas de los días que fueron, para hacernos saborear la amargura del bien perdido en toda su intensidad! Y á modo de decoraciones movibles de un inmenso escenario, se ofrecen á los ojos del recuerdo las imágenes de la niñez, una tras otra, la casita donde se abrieron los ojos á la luz, el emparrado bajo de cuya sombra se dieron los primeros pasos vacilantes, las hermanitas mayores, ese amor del alma y del hogar, que uno se figura ¡ay! que ha de acompañarle protectoramente para siempre, el Niño Dios de la cabecera de la cama con su fajita de color de rosa, sus crespitos rubios y en las manos su mundo de color gris, con cruz de oro, y hasta la sillita de paja en que se balbucieron las primeras letras, se aprendieron los primeros rezos y se derramaron las primeras lágrimas...

Como si terminara un acto y principiara otro, vemos pasar el día de nuestra entrada al colegio, la puerta de reja, el gran pino de Holanda del patio, las caras nuevas y ásperas contrastadas con las de la casa materna, el sacerdote que lo toma de la mano y lo lleva al patio donde hay un centenar de niños indiferentes que acogen al que viene á ellos con el bullicioso tumulto de quien va á tener por unos cuantos días un objeto de diversión, los largos años de aprendizaje, las alegrías de los triunfos, las penas de los arrestos, la salida, al fin, cuando ya el corazón empieza á abrirse á las primeras emociones, como ya se ha abierto la inteligencia á los resplandores del saber... El cultivo de las letras abre entonces ancho campo á sentimientos nuevos, á situaciones desconocidas: aquella *Estrella de Chile* en que apareció la prime-

ra producción literaria, en que se puso por primera vez en letras estampadas un nombre oscurísimo, y que más tarde habría de ser controvertido, las reuniones literarias de discusiones acaloradas, de interminables proyectos, y, por último, la lucha por la vida, empezada con afán, proseguida con labores duras y tristes, y duradera siempre sin que se le divise término... Más tarde, el raro, inexplicable afecto que se adhiere al corazón, como la hiedra al árbol, y al paso que le hace sujeto de indefinibles impresiones, le infiere la primera, sangrienta herida... ¡Cómo escribe uno diversos nombres sucesivos en los troncos de los árboles, creyendo con inocencia que es el último de todos el último grabado! La niña aquella, de faz pálida, de mirada de esfinge—siempre impenetrable y misteriosa para un amante de dieziséis años,—esa niña primer cariño y primera honda amargura, que no leerá jamás estas líneas, porque los escritos profanos no transpasan los umbrales de los santuarios; la otra, la morena de fuego, "la niña de los ojos grandes", como alguien la llamó en verso, conocida y amada en las breñas de un campo solitario, y que pasó por el corazón y el alma como una borrasca de verano, de aquellas que apenas dejan rastro de su paso devastador; la otra, que no fué nube pasajera del horizonte, sino que duró todos los años que vivió la ilusión de un amor correspondido, en quien se derrochó con prodigalidad un tesoro de juvenil y rica pasión, en quien se cifraron sueños locos de poeta y de amante aun para mas allá de la vida del tiempo, y en quien se desplomó todo el castillo de las inocencias del niño, todo el bagaje de las risueñas esperanzas del hombre... y, por fin, el ideal en carne, el sér á quien nunca se le ha hablado de amores,

porque sería indigno ofrecerle en tributo un corazón gastado por una antigua pasión sin freno, el sér á quien tenderán siempre las alas del alma, no para unirse á ella con la parte de barro y de materia, sino para amarse y confundirse con ella, en otra mansión mejor, depurados ya los sentimientos y el cariño en el crisol de toda una vida de expiación y pena... Ese sér, amado en el misterio ayer, hoy y mañana, y que seguirá siendo el ídolo del altar, aun cuando otro sea el que le brinde ofrendas como su dueño y señor, porque

"...que yo tenga para siempre el ángel,
y él tenga aquí cien años la mujer,"

ese sér aparecía con una vida particular, con la vida de las sombras amadas, representado y evocado cien veces en los cambiantes de luz de las aguas del remanso, en el murmullo de la corriente del río, en el canto de las aves que paraban y se alejaban, y como personificado con el recuerdo constante, excitado allí por la rumurosa poesía de aquel paisaje sin rival.

¿En qué pensaban los demás de la caravana? ¿Rememoraban también los amores de otros días? ¿Haría sus graciosos y dorados proyectos de porvenir la avecita azul de aquella jira, la niña sin pasado?

Ello es que silenciosos franqueamos á galope el corto trecho que nos separaba del Clarillo, cuyas aguas se acuerdan con el nombre, y nos pusimos á la vista de la humilde vivienda, perdida en el arbolado, donde íbamos como quien dice á asentar nuestros reales por algunas horas.

Verdadero patriarca de aquella heredad parecía el anciano Isidro, que salió á recibirnos con el sombrero de

paja en la mano. Nos recordaba al Chactas de la leyenda de Chateaubriand. Era de aquellos hombres á quienes durante una vida entera se les conoce iguales, quebrados de arrugas y con la cabeza completamente blanca, pero siempre madrugadores y ágiles y fuertes para el trabajo rudo del campo. Las añosas higueras que nos iban á dar sombra no lo habían conocido nunca joven.

Mientras la gente que se nos había adelantado en el coche hacía los preparativos del almuerzo, nos echamos á andar por aquella dehesa, rica en toda clase de árboles como que era vecina del río. Tendidos en la hierba, nos pusimos á gozar de la sombra de un maitén, este lindísimo árbol de nuestros campos, de hoja perenne, de hermoso color verdegay, y que es el antogonista del litre. Cuando las exhalaciones de éste dañan al cutis de alguna persona predispuesta á las enfermedades parecidas á aquella cuyo nombre recordó á don Quijote el de Sarra, el colono de nuestros campos recurre á las hojas del maitén, y su zumo acre hace desaparecer como por ensalmo la erupción. ¡Sabidurías de la naturaleza! al lado del litre silvestre, crece también silvestremente el maitén. Allí retozamos como de niños, olvidando los lustros que nos hacen graves y dejando de mano el carácter que á uno le imprimen su modo de ser habitual y sus laboriosas ocupaciones. ¿Por qué no habíamos de tener también siquiera un día de puras lupercales? Y era un día 22 de febrero, de este año en que la cuaresma ha caído lo más tarde que permite la Astronomía, y por consiguiente, faltaban aún algunas semanas para que la ceniza en la frente viniera á recordarnos que somos polvo, y que hoy ó mañana nos llevará el viento sobre sus alas.

Á eso de las diez y media nos sentábamos á una mesa completamente rústica, pero en la cual no faltaba cosa alguna de las que exige para la limpieza la pulcritud inglesa. Lord Chesterfield habría podido almorzar con nosotros.

Como se deja entender, el primer plato fué nuestra tradicional *cazuela* de ave, hecha á la manera campestre y comida campestremente, con lo que queda dicho que era y la hallamos exquisita. En Dios y en mi alma tengo que he de lograr que la Real Academia Española dé alguna vez cabida en su autorizado Léxico al término *cazuela* con la significación de nuestro guisado peculiar y favorito. *Cazuela*, según esa respetabilísima Corporación, sólo tiene tres significados propios: cierta vasija redonda de barro, más ancha que honda, de varios tamaños, que sirve para guisar y otros usos; guisado que se hace en ella, compuesto de varias legumbres y carne picada; y sitio del teatro á que sólo podían asistir mujeres. ¡Qué distante de asemejarse á nuestra sabroza *cazuela* ese guiso de legumbres y carne picada!

Naturalmente que á su tiempo vino el costillar de cordero, atravesado por un asador que no era el de que habla Iriarte en sus fábulas. Esto y otras viandas más, remojadas oportunamente con un aloque de esos terruños, constituyeron un suculento almuerzo que fué con regocijo y bulla, y entre todos amigos, para que propiamente pudiera llevar el nombre de jira. Y ya, con el corazón contento, como reza el adagio, volvimos al retozo y á la alegría juveniles, y se charló y se rió, y se habló *omni re scibili*, y hasta se trató, como es de moda y estilo, de declamar alguna poesía de Núñez de Arce.

Sin duda que, para ese caso, el *Idilio* alcanzaba la preferencia universal... pero nadie se lo sabía bien de memoria.

Á eso de las tres tomamos unas cortas onces y nos apercibimos para la vuelta. Como colegiales que suben al coche para dirigirse al colegio después de vacaciones, así salimos de los rústicos umbrales de la heredad de nuestro viejo Isidro: nos separábamos de un lugar donde habían discurrido amenas y ligeras las horas, estas horas de ordinario tan pesadas y tan adversas.

Y volvimos galopando y variando de camino para conocer mas tierras y ver algo nuevo.

Á la ida habíamos pasado el Maipo por el puente de los Morros; á la vuelta lo pasamos por el de Pirque, construido por don Melchor Concha y Toro, á cuya espléndida casa y ameno parque echamos un vistazo. Seguimos por callejones y alamedas que parecían interminables hasta que al fin tomamos el camino de San José que nos dejaba á la puerta de la hospitalaria casa en que había de tener coronación aquel paseo de alegría y de amistad.

Después de una larga caminata á caballo, sobre todo si es hecha por personas ajenas del campo y de sus trajes y sus usos, la operación de lavarse y de sacudirse la tierra y de aderezarse la ropa, es, en verdad, de las más indispensables. Es entónces cuando cabe decir sin retóricas la frase ya vulgar, á fuerza de tan usada: «He ahí que hemos venido *cubiertos con el polvo del camino*, etc.»

Y en seguida, á comer... ¡Qué vida, á veces, la del campo! De levantarse, al desayuno, del desayuno, á pasear á pie ó á caballo, del paseo, á almorzar, del almuerzo otra vez á pasear ó á retozar alegremente á la sombra

de los árboles; de este nuevo paseo, á la comida, de la comida á pasear otra vez, *para bajar la comida*, y de este último paseo, á tomar el té ó á cenar, y por último, á acostarse, para reanudar al día siguiente el hilo de semejante vida... Comer, pasear, dormir... Si estas fueran las únicas ocupaciones de la existencia ¡con qué injusticia se habría llamado valle de lágrimas á la Tierra! Se echaría de menos, sin duda, la vida intelectual, porque no sólo de pan puede vivir el hombre de pensamiento y de razón, pero en trueque, se habrían eliminado las penas y las amarguras, que son las que hoy se dividen casi exclusivamente el dominio de nuestro sér... Por desgracia ó por fortuna, esos días de olvido, ó, si pudiera decirse, de amnistía que se nos otorgan, no son nunca ni muchos, ni muy frecuentes... Por eso también la memoria los guarda religiosamente por largo tiempo; por eso á uno de ellos he consagrado este recuerdo...

Refiere el barón de Hübner en la interesante relación de sus viajes por la Oceanía, que por veinte ó más años los habitantes de Samoa ó de Fidji conservan en la memoria el nombre del crucero que los ha visitado y del capitán que les ha hecho obsequios. Tan de tarde arriba á sus puertos peligrosos algún buque de guerra, que su llegada y permanencia constituyen un verdadero acontecimiento.

Lo mismo, cuando un día de puro regocijo viene á interponerse entre muchos de aislamiento y soledad, su recuerdo permanece clavado por largo tiempo en la memoria y es consolador volver á él la vista de cuando en cuando, como á un estrecho panorama de verdura en medio de un terreno escabroso ó desierto. Así, la representación de algunos de los días solemnes de la ni-

ñez, aquel en que obtuvimos nuestro primer triunfo de colegio, ó el en que hicimos nuestros votos infantiles al pie de la Virgen graciosa de manto azul y de vestido blanco, nos acompaña durablemente en toda la extensión de la vida, como el murmullo de una música suave y lejana...

E. Nercasseau Morán.

Marzo de 1886.

POESÍAS INÉDITAS

DE JOSÉ A. SOFFIA

Como un homenaje á la memoria del más sincero de los amigos, del célebre poeta José Antonio Soffia, damos ahora publicidad á algunas composiciones inéditas, de esas que él escribía como jugando, y que se hallan aquí esparcidas en cartas confidenciales escritas por el poeta desde Bogotá.

Es necesario que la prensa conserve estas hojas sueltas, para que más tarde las recoja la historia literaria.

I

Enviando unas flores secas

Como el que adora ausente es casi un muerto,
y el cariño de un muerto á nadie ofende,
para hallar á tus pies su ansiado puerto
un pedazo de mi alma se desprende!...

Pedazo de mi sér son estas rimas;
con unas flores que cogí llorando
van á saber si en algo las estimas,
ya que en ellas mi espíritu te mando!...

Emblema de mi afán son esas flores
que hoy de aroma y perfume hacen alarde,
y que, muertas, sin brillo y sin olores
á esas tus manos llegarán muy tarde!...

muy tarde, sí, cuando el calor estivo
rastro no deje ya de primavera
á impulsos de ese sol de que me privo,
¡menos bello que tú, niña hechicera!

Mientras en mi pasión veo mi gloria
y es todo mi placer soñar contigo,
¿se apagó mi recuerdo en tu memoria?...
¿alguna vez te acuerdas de tu amigo?...

Si me olvidas... ¡No sé!... pensar no puedo
en tal tormento, que me deja frío...
¡La existencia sin tí me infunde miedo!...
¡ah! no me olvides, por favor, bien mío!...

Que los cielos, piadosos, te bendigan,
que te oculten el mal que me devora
y que esas flores, sin color, te digan:
"lejos de tí se muere quien te adora".

II

En la ausencia

I

Si fuera mío el estrellado velo
que plateando el cenit cubre la tierra;
si fuese mía la extensión del suelo
con cuantas flores y riqueza encierra;
si fuera mío el sol que alumbra el cielo,
el mar que ruge, el huracán que aterra;
todo ¡todo! contento lo daría
por volar á tus plantas ¡alma mía!

Pero el cielo me niega sus favores
y pone entre los dos tierras y mares;
la distancia exacerba sus rigores,
y cuanto miro aumenta mis pesares.
No hay iris de esperanza en mis dolores,
se pierden en los vientos mis cantares,
y lejos de tus plantas ¡alma mía!
todo es luto... aflicción... melancolía!...

II

Astros de la noche negra,
al mirar vuestro fulgor,

mi espíritu no se alegra;
¡mi espíritu es noche negra,
noche negra,
negra como mi dolor!...

Cuando desde su ventana
os miraba titilar,
toda pena era liviana;
¡hoy, lejos de su ventana,
su ventana
recuerdo, y quiero llorar!...

¡Olas que pasáis gimiendo,
sed la voz de mi pasión!
Yo voy callando y muriendo;
¡que no puedo, ni gimiendo,
ni gimiendo,
dar alivio á mi aflicción!

III

.....

En tierra extraña miro
las primeras violetas del invierno:
¡su aroma y mi suspiro
te envío en alas del amor más tierno!...

Como estas tristes flores
que medrosas y tímidas nacieron,

mis íntimos amores
en mi pecho, escondidos, florecieron.

El sol de tu mirada
era vida y calor, luz y consuelo...
hoy, en la ausencia, nada,
¡nada hay que pueda mitigar mi duelo!

¡Flores que triste miro
de la distancia en el penoso invierno,
volad con el suspiro
que envío al dueño de mi amor eterno!...

1881.

III

Un sueño

Soñé... la blanca luna
miraba á la distancia
desde la alegre estancia
en donde reinas tú...
Las diáfanas estrellas
que en el cenit lucían,
diamantes parecían
sobre negro tisú...

Tú hablabas:—tu voz dulce,
como la voz de un niño,

robaba á mi cariño
toda su admiración.
Cada palabra tuya
era un himno del cielo
que de vital consuelo
llenaba el corazón.

Yo te escuchaba... El alma
absorta, de rodillas,
tus palabras sencillas,
más suaves que la miel,
guardaba una por una,
como el avaro el oro,
y de ellas un tesoro
hacía amante y fiel.

¡Aún las recuerdo todas!...
¡Con qué emoción decías:
"¡se fueron esos días
de encanto y libertad
en que, halagada el alma
por célicas visiones,
era todo ilusiones,
todo felicidad!"...

"¡Felicidad!"... irónicos
mis labios murmuraron;
los tuyos se callaron
y mudo me quedé!...

Las voces del silencio
seguimos escuchando,
¡y aún creo están vibrando
las voces que escuché!

Así, como llamados
por mágicos acentos,
los goces, los tormentos,
la gloria, el frenesí;
todo, á la vez, llegando
vi en tropa lisongera,
¡y de otra primavera
las ricas flores vi!

¡Cuántos recuerdos íntimos!
¡cuánta feliz memoria!
¡toda una larga historia
que nunca volverá!
¡Todo ha pasado, todo!...
¡sólo tu encanto vive;
sol que de Dios recibe
luz que en aumento va!...

Era otro tiempo: alegre,
cual rosa sin espinas,
trepando las colinas,
bellísima te vi.
Del monte en la alta cumbre
cansada te sentabas,

y un rico edén mirabas
bajo un cielo turquí...

Espejo de tu rostro,
astro de poesía,
en lo alto aparecía
de Venus el fanal.
Tus ojos lo miraban
y, opacos ante ellos,
cedían los destellos
del astro celestial...

Todo lo estoy mirando,
en ilusión... es cierto...
soñando estoy despierto,
mas... déjame soñar!...
¡Tan sólo así la vida,
¡tan sólo así, no es llanto!
ah! cuánto gozo, cuánto,
dejándome engañar!...
.....
.....

Cierro los ojos... busco
descanso á mi tristeza
y veo tu belleza
de nuevo aparecer;
el sol de tu mirada
de amores me fascina,

oigo tu voz divina
y tiemblo de placer...

El eco de tus pasos,
el mágico ruído
que forma tu vestido,
¡todo lo escucho aquí,
aquí! dentro del alma,
donde tu imagen vive
y adoración recibe
de cuanto alienta en mí!

¡Nunca sentí en mis venas
arder tan vivas llamas
como las que tú inflamas
con tu mirar de amor;
ni vi en las mas graciosas
mujeres de la tierra
la seducción que encierra
tu rostro encantador!

¡Sí! Dios hacerte quiso
como ninguna, hermosa:
el porte de una diosa,
la gracia de una hurí,
el aire de una reina,
de Venus la escultura,
de un ángel la dulzura
¡todo se encuentra en tí!...

Yo, que te vi de niña
preciosa en tu inocencia,
que de tu adolescencia
las gracias vi después,
y que, á la luz del vivo
imán de tus encantos,
adoración vi á tantos
rendir, ante tus pies;

yo, que, al mirar tus ojos,
quedaba como ciego;
que al fin cedí á su fuego
y me sentí morir;
yo sé que es imposible
dejar de idolatrarte
y que á la sed de amarte
no es dado resistir!...

¡Sí! sí! te adoro y tuyo
será mi pensamiento
mientras haya un aliento
que vida á mi alma dé;
y si hay otra existencia
de gloria y de alegría,
yo sé que serás mía,
cual que soy tuyo sé!...

¡Ven! ven! mujer divina,
que de pasión me encantas,

y deja que á tus plantas
culto á tus gracias dé!
Así... yo de rodillas...
¡Dios mío! ¿en qué pensaba?
¡es que soñando estaba,
soñando... y desperté!

Y en vez de ver tus ojos
por cuya luz deliro,
¡el eco, mi suspiro,
devuélveme veloz!...
¡Oh, suerte! ¡oh, suerte! dime:
¿no cambiará tu ceño?...
¡Engaño fué mi sueño,
y el despertar, atroz!...

Caer del cielo, á horrible
infierno de amargura;
en vez de tu hermosura
sombras y horror mirar,
¡tal es mi suerte lejos
de tu gentil presencia...
¡Vida... distancia... ausencia...
no os puedo soportar!...

Bogotá, 10 de agosto de 1883.

RECUERDOS LITERARIOS

JUAN AGUSTÍN BARRIGA

(Conclusión)

La crítica en su sentido provechoso y elevado aún no había tomado lugar de privilegio, como lo tuvo después en aquellas reuniones, reconociéndose la influencia poderosa y eficacísima de este género de estudios y su acertado ejercicio. Los pocos que tenían algunos conocimientos en la materia y comprendían su ventajoso uso, ó lo guardaban para sí, ó no sabían hacerlo sentir á los demás; de modo que, si la palabra corría de boca en boca y andaba, es cierto, en lenguas de todos, era sólo con ocasión de algún artículo ramplonamente escrito por alguno de esos criticones de tijeras, pertenecientes á la escuela de que Villergas había sido el más conocido representante en España, y que el malogrado cuanto ingenioso Rómulo Mandiola pretendía aclimatar entre nosotros. Pero ese noble arte con que Lessing, Schlegel y

Sainte Beuve ilustraran sus nombres y revelaran las bellezas de las obras maestras del ingenio humano, y que consiste, sobre todo, en enseñar á conocer el verdadero valor de una composición literaria, y, educando así el gusto y la inteligencia, muestra el camino de lo bello y verdadero para no extraviarse en el de lo feo y de lo falso, tal estudio estaba aún fuera del alcance de los que se iniciaban en la carrera de las letras. Las pocas lecciones que podían sacarse de la atenta lectura de las obras de Lista ó de Hermosilla, era lo más que podía ser entonces del dominio de todos.

Barriga fué uno de los que llevaron al seno de aquellas reuniones esa luz que faltaba al discernimiento de los demás, como que para ello tenía como muy raros de sus compañeros extensos conocimientos, y la índole particular de su inteligencia aguda y analizadora. Luego el comentario vivo y de palabra de las obras de los grandes maestros llegó á ser un tema favorito de discusiones y disertaciones de todo género, y la larga serie de autores de segundo orden que antes arrebataban la admiración de muchos fué poco á poco debilitándose en la estimación de sus admiradores, hasta que Gœthe y los grandes preceptistas de su escuela llegaron á reinar con imperio absoluto, derramando, sobre todos, los tesoros literarios que sólo en sus libros admirables pueden encontrarse. Era un bello tiempo aquel en que un solo verso del Dante, de Rioja ó de Leopardi eran el tema de graves disertaciones y provocaban citas y citas de diferentes autores, analizando el valor eufónico de las palabras que producían el ritmo delicado y sonoro de la frase y del verso; ó cuando se trababa apretada discusión sobre el *Otelo* de Shakespeare y el *Petrarca* de Calderón, y le-

yendo el *Fausto* de Gœthe, se hacían reminiscencias del *Mágico prodigioso* del insigne español.

En esa época comenzó Barriga á dar á la publicidad una serie de composiciones en verso que llamaron justamente la atención y obtuvieron el aplauso debido á las producciones de todo ingenio libre y original que rompe con un convencionalismo literario cualquiera, encontrando un nuevo molde en que encerrar sus ideas y sus inspiraciones. En efecto, esas composiciones se publicaban justamente en el momento en que era generalmente sentida la necesidad de una innovación en el carácter de nuestra poesía nacional, fatigada durante un cuarto de siglo por esa enfermedad byroniana que la tenía apegada y sin consuelo al escepticismo desesperado de Musset y de Espronceda.

Hay en la elegante serie de esas poesías, que podríamos llamar aristocráticas por su intención y por su forma, algo de ese género íntimo de que Gœthe nos ha dejado los más acabados modelos en su *Diván* y en sus *Canciones*, donde las ideas poéticas, en medio de una dulce serenidad, como en una atmósfera de cielo tranquilo, hablan en cortos diálogos un lenguaje apasionado y discreto, desconocido antes de él entre los poetas. Nada hay en esas frescas y juveniles inspiraciones, en las que siempre un pensamiento delicado y puro parece agitar sus alas ligeras y brillantes entre hojas y entre flores, de falso, de rebuscado ó de esa hueca sonoridad con que algunos pretenden aparentar los en vano codiciados favores de las musas desdeñosas. Por el contrario, todo es en ellas espontáneo, sencillo y fácil, como nacido á la vida á manera de las flores con todos sus ricos perfumes y sus lucientes colores.

Puede ser que algún mal humorado crítico, de esos armados con todas las terribles reglas de un dómine de gramática y de diccionario, y que no haya jamás sentido la dulce embriaguez de ese licor de los dioses que se llama sentimiento poético, encuentre en algunos de esos versos una que otra palabra mal empleada ó alguna frase poco correcta; pero ello tan fácil de corregir sería al autor, y sin menoscabo de la versificación, siempre tan bien sentida en su melodioso ritmo, que sólo por no dar en el gusto á semejantes Aristarcos, estamos seguros que llegaría á hacerlo, accediendo á nuestros amistosos deseos.

Desgraciadamente, nuestro amigo, después de ese tiempo de su primera juventud, no ha vuelto, que sepamos, á pulsar el noble instrumento de tan bellas y ricas melodías. Desesperando en su carácter optimista de llegar con las alas de su fantasía á ese cielo superior y lleno de celeste luz de la alta poesía donde sólo uno ó dos de nuestros mayores injenios ha podido alcanzar, no ha querido conceder de su parte á este género literario otra importancia que la que podía dar á lo que llamaba, cuando de tal manera escribía y publicaba, las *simples travesuras* de su imaginación, que necesitaba, decía, como cualquiera otra de sus facultades, su natural solaz y recreamiento. Pero ¿por qué? nos preguntamos; ¿acaso no hay en esas brillantes manifestaciones poéticas de un joven en la escasa edad de los veinte años la naturaleza sensible y armoniosa de un verdadero poeta? Sin embargo, como lo hemos dicho, llevado, á nuestro juicio, de este errado convencimiento, buscó en la prosa, manejada por él más tarde como un consumado literato,

un campo más vasto para la extensión de sus sentimientos y de sus ideas.

Recordamos todavía, como lo recordarán sin duda los amigos de aquel tiempo, su primer ensayo en este género con la lectura de aquel fragmento titulado *Eva*, que hizo en una de las sesiones del *Círculo*. Y citamos entre muchos otros este trabajo, que podemos calificar de estudio del natural, valiéndonos de una frase corriente entre artistas, porque es él una verdadera síntesis de las cualidades literarias del autor, como puede juzgarlo el que por cortos momentos se detenga á analizarlo.

La bella heroína de esta corta relación en prosa es una de esas almas que viven en aquel risueño mundo en que la divina luz de lo ideal confúndese todavía con los suaves colores de un realismo puro, como en un paisaje matinal graciosamente iluminado por las primeras y rosadas claridades de la alborada. El autor entra en los secretos de ese corazón de ángel y de mujer, y nos ofrece por este medio una crítica fina y delicada de las primeras pasiones de la juventud, tejiendo al mismo tiempo con tan sencillos elementos poéticos un bellísimo y sentido poema.

Se encuentran en las ligeras páginas de este notable ensayo, especie de boceto de una obra de mayor importancia, cuya lectura nos hace sospechar que es una íntima confidencia de juventud, discretamente velada con el elegante ropaje de su forma novelera, las verdaderas cualidades de un novelista de pasión en el más elevado sentido de esta palabra. Nada hay ahí de convencional ni de imaginario; el autor conoce á sus personas, las ha tratado una y cien veces, y podido de este modo comprenderlas en los detalles de una intimidad la más com-

pleta. Poseyendo una sagaz y fina facultad de análisis, diferente por cierto de esa del químico que descompone el bello conjunto para hacer por la comprobación de cada una de las partes la exacta demostración científica, penetra con la mirada llena de luz en el corazón de los suyos, descubre allí las secretas raíces de sus sentimientos y de sus ideas, y los obliga por este medio, al verse así sorprendidos, á tomarle por confidente de lo que en seguida va á decirnos con bellísimo estilo en sencilla narración. ¿No es este el procedimiento noblemente realista de los maestros que nos han dejado obras acabadas en este género?

Pero se nos dirá, y esta observación viene al caso ¿por qué un escritor de tan raras prendas háse limitado solamente á esos meros ensayos en una carrera á que su inteligencia y su carácter parecían inclinarle de un modo tan especial? ¿Y no es deplorable que los escasísimos ingenios que en esta nuestra tierra nacen tan adornados y cumplidos malgasten su talento en ocupaciones extrañas á la bella vocación de su natural destino? Tales preguntas haríamos nosotros mismos, si el autor de los *Simples proverbios*, del *Salmo de la primera juventud*, *Virgilio*, *Eva*, y otros trabajos de verdadero mérito, publicados ó no con su firma, no hubiera tenido un buen día la amistosa ocurrencia de mostrarnos mucho de lo que durante su corta vida de escritor ha salido de su pluma, para hacerlo padecer el oscuro suplicio ordenado por el precepto del viejo Horacio. ¿Es esto una singularidad de su carácter, ó una simple extravagancia en estos tiempos en que todo se publica, aun antes de secarse la tinta sobre el delgado papel? Puede ser; pero ello valga para los que pudieran tachar á nuestro amigo

de pobreza de ingenio, ó de pereza indisculpable. Sin embargo, nosotros creemos acertada su manera de trabajar así, solitario y aislado del exterior ruido, esperando el momento en que la madurez completa del criterio artístico y literario permita á su autor ser el juez de las propias obras á que puede dar la vida de la publicidad, sometiéndolas entretanto y de este modo á la crítica del tiempo, que es el mejor limador de las producciones de la inteligencia y de la fantasía.

Podemos, con todo, y aunque pese al autor, y por esto perdón no le pedimos, dar una ligera idea de esta obra inédita, donde entre muchos y variados trabajos de distintos géneros, se encuentran un volumen de poesías, las mejores que ha escrito; varios cuadernos de crítica literaria y artística, en que se reconoce al punto al discípulo de Gœthe y Sainte Beuve con todas sus finas cualidades; varios ensayos de historia y de bibliografía; y algunos de novela y del mismo género de esa corta relación de *Eva* de que antes hemos hablado, donde se ve siempre al moralista y al crítico componer el plan, y sobre este tejer la aguda trama que el poeta pinta en seguida con los delicados colores de la fantasía.

Quisiéramos seguir á nuestro amigo en todas las incidencias de esos años de educación, en que su inteligencia requerida por serios y áridos estudios, solía darse horas de grato solaz en el cultivo del arte literario y su nobilísimo ejercicio, escribiendo obras de raro mérito con un espíritu adelantado al tiempo y á la edad en que lo hacía; pero sucesos extraños al buen querer de nuestra voluntad nos obligaron un día á dejar para siempre aquella noble escena de nuestra vida, y á despedirnos como triste viajero de los buenos amigos entre quienes

habíamos pasado felices, si no bien aprovechados, los mejores años de nuestra juventud. Debía pasar algún tiempo antes de volver á estrechar la mano de algunos, y reanudar la cadena de nuestra pobre vida intelectual interrumpida.

IV

Cuando algunos años más tarde quisimos volver á ver aquel hogar literario, que centro de afectuosa amistad y escuela de juveniles inteligencias en otro tiempo lo había sido, ni los hombres ni las cosas estaban ya allí. En el lugar del antiguo y conocido letrero que decía: *La Estrella de Chile*, un aviso en grandes caracteres anunciaba al público que allí se componían pianos y se vendía toda clase de música. Nuestro querido periódico hacía tiempo que había dejado de vivir, y sus jóvenes redactores, arrastrados y esparcidos por el caprichoso viento de la fortuna, si recordaban sus bellos días, vivían ya de otros alimentos que de los sutiles y exquisitos del corazón y del espíritu. El interés de los negocios había llevado á la mayor parte muy lejos, y la política con sus inquietas pasiones había guardado á unos pocos en su centro intelectual y activo.

Era el tiempo en que, disipado el humo de los combates de la última guerra, la creencia general de que una nueva y hermosa era en la vida del país estaba en sus comienzos, mantenía los ánimos suspensos y mirando á las puertas doradas del porvenir que se abrían. Por ellas iba á penetrar, seguido del largo y magnífico séquito de sus amigos, el nuevo presidente, recién exaltado al poder en medio de la paz de la abundancia y de

de la tranquilidad feliz y gloriosa del país. Todos los ilusos y todos los visionarios se daban alegre cita para ver pasar al recién elegido, que iba á llevar tras de él á sus conciudadanos por una ancha vía de progreso y de bienestar, abierta á todos sin distinción de creencias ni de doctrinas y mediante una labor activa y fecunda en que todos también iban á tener su lote de trabajo y de responsabilidad. Con las elecciones del Congreso de mil ochocientos ochenta y dos, iba á brillar la luz de la nueva era, digna de ser anunciada por algún inspirado en clásicos versos, como en otro tiempo lo hiciera el poeta de Mantua en su profética égloga.

Pero muy luego esa ilusión del patriotismo hubo de huir y esconderse avergonzada al ver rasgado el velo de sus ojos y mirar sobre la vieja curul republicana imperando sin freno la voluntad de un hombre enfermo de caprichosa ambición y poderío. El Congreso del ochenta y dos, llamado á ser la síntesis política de todas las confiadas esperanzas de la multitud, respetable asamblea que parecía iba á contar en su seno la representación proporcional de las diversas fracciones de la opinión y ofrecer asiento en sus deliberaciones á los hombres más distinguidos del país, no fué al fin sino una heterogénea reunión de individuos, la casi totalidad sin otra filiación política que el compromiso de secundar á ciegas la política personal y abusiva del Jefe del Estado. Rota de esta manera la sólida cadena de nuestras antiguas máximas de gobierno, iba á consagrarse un nuevo régimen con la fácil y completa aquiescencia de esa fórmula de representación nacional, arreglada al parecer tan diestramente para su objeto por la previsión de un absolutismo sin escrúpulos y sin trabas.

Pero en los planes políticos más artificiosamente concebidos, lo más imprevisto é impensado suele destruir en un momento los alegres cálculos de la ambición; y así hubo de verse en esta ocasión, en la que pronto malos fomentos de independencia y signos visibles de rebeldía á la superior voluntad principiaron á notarse desde las primeras sesiones de esa asamblea. El Gobierno, en los pocos meses que llevaba de existencia, habia ya andado lo bastante en el peligroso camino en que había comprometido su marcha con desprecio de las leyes y de las buenas prácticas gubernativas para que no temiera la fiscalización de sus malos actos delante del país. Era preciso evitarla, y adormeciendo de alguna manera esas hostilidades que podían comprometer la omnipotente tranquilidad del que no quería dividir con ninguno de los otros poderes creados por la Constitución el poder omnímodo de su voluntad. Y por cierto que no era esta una empresa difícil.

El escaso círculo de los rebeldes era de hombres más que de principios, de pasiones, y más que de éstas, de odios no disimulados á las creencias religiosas del país, de individuos que llevaban siempre viva la vieja llaga de la apostasía, enconada por la eterna contradicción de su vida. El Gobierno, pues, para salvar su omnipotencia, arrojóles para que mondaran el hueso medio descarnado de las cuestiones religiosas, y convirtió desde ese momento al Congreso del ochenta y dos en un concilio de demagogos, cuyas sesiones iban á dejar en nuestres anales parlamentarios la más triste memoria de su obra odiosa de jacobinismo político.

La memoria de nuestros lectores, refrescada por estas ligeras reminiscencias de la época, recordará aquellos

mal titulados debates sobre las leyes de registro y matrimonio civil, de cementerios y de reforma constitucional que, después de la expulsión del Delegado Apostólico, en más de una ocasión dieron al cuerpo legislativo, por su lenguaje sin conmedimientos y el desprecio de las más triviales formas usuales, el aspecto de un club de aventureros. ¿Quién podía en aquellas circunstancias imponer á los demás el principio del respeto debido en todo caso á la conciencia del país, ni exigir á ella la severa dignidad que la importancia de los más árduos problemas sociales y religiosos debía imponer siempre en su grave discusión? Tal vez uno que otro que debió sentirse tentado á hacerlo no tenía el indispensable atrevimiento; y el partido que por su tradición y su doctrina había siempre sido el firme sostenedor de la Constitución y de las leyes y contra cuya incontrastable decisión habíanse venido estrellando durante cuarenta años de luchas todos los esfuerzos y todos los enconos de los iconoclastas políticos adueñados ahora de la situación, no tenía, puede decirse, un solo representante en el Congreso. La omnipotencia gubernativa, previsora en sus propósitos, habíales cerrado en absoluto sus puertas.

Sin embargo, había allí un joven cuya fisonomía política era aún desconocida, y que, aislado de todos, escuchaba en silencio y no llamaba la atención de nadie. No debía su puesto ni á los esfuerzos de ningún partido, ni á los favores oficiales; jamás se le había visto subir las escalas de piedra de la Moneda, ni entrar en las oficinas de los ministros, ni en la sala de audiencia del presidente. Se ignoraba, por consiguiente, qué había venido á hacer allí, ni qué podía esperarse de él, ni cuánto pesaba en la balanza de las cotizaciones oficiales. ¿Qué

iba, pues, á decir cuando pedía la palabra en una de las sesiones más oscuras de aquella asamblea?

Los distintos diputados que habían venido tomando parte en la discusión de la reforma político-religiosa que se iniciara con la ley de cementerio único y obligatorio, más bien que ilustrando la cuestión con argumentos que de alguna manera justificasen su actitud ante la opinión del país, habían llenado las sesiones con largas y huecas declamaciones que concluían siempre con apóstrofes irritantes en contra de la Iglesia y de sus dogmas. ¿Para qué recordar todo aquello que afligiera profundamente el corazón de la sociedad y perturbara de una manera tan grave la noble armonía de nuestras antiguas y excelentes instituciones? Hubo un momento en que el tono de la discusión había descendido tanto que un antiguo maestro de la juventud, el señor Amunátegui, creyó necesario salvar la jornada sacando el debate de la áspera corriente en que se precipitaba y llevarlo al tranquilo cauce de las disertaciones sabias y eruditas. Llegaba á tiempo á consagrar, con las acomodadas sentencias de su filosofía de la historia, las bajas declamaciones de los unos, y á iluminar la oscura ignorancia de los otros. Era lo más que podía pedirse á un sabio representante en aquella unanimidad parlamentaria que antes sólo había exhibido las armas de la sinrazón y del insulto mal hablado.

Dejaba el señor Amunátegui la palabra cuando el presidente concedía el uso de élla á Juan Agustín Barriga. Era el antiguo amigo, vigorizado por la edad en su aspecto físico y enriquecido en su inteligencia por el estudio y la meditación, el que iba á estrenarse en la arena parlamentaria y en las críticas circunstancias en que sólo

su amor por la justicia y convicciones políticas y religiosas libremente aceptadas podían obligarle, solo y aislado entre todos, á presentarse allí como el defensor de un partido ausente y de ideas que hasta ese momento parecían no tener un solo representante en aquel recinto. ¡Hermosa situación para los que tienen corazón bastante é inteligencia superior para sostenerse en élla! Durante una hora pudimos seguir desde las galerías de la Cámara las diversas partes de su discurso, pronunciado con una voz clara y rica en inflexiones que se hacía oír en sus más ligeras sílabas en todos los ámbitos de la sala y que acompañaba con una acción distinguida y mesurada, realzando en todo momento el valor de las frases y de los períodos elegantes, vigorosos y sonoros. Hubo momentos en que mortificada debía sentirse la inflada vanidad de las viejos retóricos que lo escuchaban, al sentir del joven orador los finos dardos con que traspasaba la amplia túnica de su magisterio político.

Pero si este discurso fué una brillante prueba que hizo recordar, para honra del joven orador, los felices estrenos de las más elevadas figuras de nuestro parlamento, colocándolo desde ese momento entre los más altos, nuevas ocasiones iban á venir pronto para asegurar su reputación tan rápidamente conquistada y dar mayor relieve á su verdadero mérito.

Á la ley de cementerios, cuya aprobación, por obra del liberalismo, consagraba el tiempo de ese despotismo político que hace del Estado un monstruo devorador de la conciencia individual y sus naturales derechos, haciendo retroceder la política individualista de la sociedad moderna á los lejanos tiempos de las antiguas repúblicas en que el individuo no era sino una propiedad del estado

y cuya vida y hacienda de éste en absoluto dependían; á esta ley de escandalosa expropiación en beneficio de nadie sino del autoritarismo gubernativo, y que de un solo hachazo rompía el nudo cegado por los años de nuestra unidad política y religiosa, iba á seguir la aprobación de una serie de leyes de semejante naturaleza, en homenaje á la sed insaciable del ídolo á cuyo culto aquel Congreso había sacrificado de antemano su independencia y libertad de acción.

Pronto la ley de matrimonio civil obligatorio fué puesta en la orden del día de la discusión. Como siempre, en el plano inclinado de las caídas políticas y sociales á medida que se baja se baja más ligero, y la nueva ley venía á socavar de una manera mas honda é irritante los fundamentos de la organización social, desconociendo la constitución de la familia y del hogar cristianos, para dejar en su lugar ¿qué?... ¡quién sabe lo que puede quedar después de destruido todo!

La gravedad de la materia en discusión exigía del gobierno y de su congreso que sus personalidades más conspícuas alternaran en ella, al mismo tiempo que usaban de todos aquellos medios que, como preciosos anodinos para las conciencias heridas, mantiene siempre en reserva para tales casos el almacén de la farmacia oficial. Jamás habíase presentado en nuestro parlamento una cuestión de más vital y caracterizada importancia. Por lo tanto, las mayores ilustraciones de la Cámara, abogados distinguidos, maestros universitarios, simples políticos pedían sucesivamente á la presidencia la venia correspondiente para terciar en el debate. Pero al mismo tiempo ¡qué vaciedad de argumentaciones, qué rastrerismo de conceptos, qué pobreza de ingenio en los dipu-

tados ministeriales, qué mezquindad de miras, qué triste explosión de odios, qué averiadas demostraciones de servilismo en casi todos! Al recorrer hoy el boletín de aquellas sesiones se explican sobradamente los tristes días que el porvenir de entonces guardaba á la política de nuestro país, y las tristes consecuencias que ahora palpamos.

En esa hora de disolución del patriotismo y de cansancio para las almas honradas, que veían cerrarse todas las puertas por donde la luz de la razón entra siempre á iluminar las más espesas sombras, Juan Agustín Barriga hubo, sin embargo, de erguirse sobre su asiento, que el deber lo puede todo, y pronunciar uno de esos discursos que, aparte de ser un noble triunfo para su autor, son también la hermosa satisfacción dada á la verdad y á la justicia cuando todo conspira á su alrededor para oscurecerlas y olvidarlas. No queremos hacer el análisis de esta pieza oratoria, en la que, como en los demás discursos que ha pronunciado más tarde en el Congreso, la seriedad y abundancia de razonamientos se dan la mano con la nobleza y elegancia de una forma irreprochable.

Después de exponer la verdadera teoría del matrimonio, elevando de este modo la discusión al terreno de la disertación filosófica y política, vuélvese el orador contra el honorable señor Amunátegui, acepta el combate en el propio terreno en que antes lo había colocado: devuélvele argumento por argumento, rectifica el verdadero sentido de las citas históricas, y opone á los textos desfigurados por el adversario, el texto legítimo de los traicionados autores. Y así acosándole y persiguiéndole hasta en las últimas trincheras, pone de manifiesto sus propósitos, y, llevado de natural indignación, concluye

invitándole á reaccionar contra su inveterado sistema de sofistería erudita, en nombre de la lealtad que se debe siempre al testimonio ajeno, y, sobre todo, *del respeto debido á la ignorancia.*

Este último rasgo de profunda intención y de elocuente ironía, que condensa en brevísimo espacio todo cuanto podría decirse en un largo discurso, caracteriza al mismo tiempo á aquel congreso, condenado en ese momento á oír del más jóven de sus oradores la más tremenda y desdeñosa frase que haya merecido parlamento alguno.

Á la ley de matrimonio civil obligatorio, no tardó en seguir el proyecto de reforma del art. 5.º de la Constitución. El ministro Balmaceda, encargado de defenderlo, había dejado ver al través de sus palabras demasiado ligeras el fondo oscuro é incierto de sus pensamientos, velando apenas los designios del Gobierno con la brillante red de su fraseología vana é insustancial. Todas las doctrinas, todas las opiniones, las más encontradas, fueron sucesivamente apoyadas y combatidas, según las consecuencias que podían deducirse de sus palabras, por el Carnéades ministerial, como fué calificado tan oportunamente por el joven orador de la oposición.

Barriga, sin dejarse sorprender por la gastada retórica del Ministro, y mostrando una á una sus innumerables contradicciones, manifiesta cuál es el verdadero pensamiento que preside á la reforma, y retrata de esta manera al regalismo que lo inspira:

"El regalismo obedece también á sugestiones de otro orden que nacen y se arraigan en los pliegues más tortuosos de la ambición humana. Para los grandes de la tierra tiene el regalismo un encanto secreto é indefinible que provoca los instintos de la soberbia con fuerza

misteriosa y profunda: el encanto de lo ilícito. Todo se humilla al poderoso: magistratura, ejército y armada, instituciones de crédito, gremios universitarios, etc. Todos buscan su sombra ó procuran al menos su buena voluntad: el Ministro que le sirve en dorado plato la miel mas exquisita de la adulación, y que, en fuerza de sus aptitudes naturales para el servicio, trata de hacerse indispensable en los consejos de Gobierno; el banquero que solicita la colocación de fondos fiscales ó el amparo de la ley para resguardar sus propios intereses; el empresario que busca privilegios para establecer nuevas industrias; el militar que no supo ganar sus charrateras en el campo de batalla y ostenta su valor en las paradas militares y en los pequeños tumultos del populacho; el sabio que necesita de cátedra para enseñar su doctrina; el comerciante que adula por instinto; el hombre de la ciudad y el hombre del campo, el capitalista y el proletario; todos, sin excepción, grandes y pequeños, nobles y plebeyos, los unos por necesidad y los otros por simple bajeza; todos inclinan la frente al poderoso. Una sola institución ha resistido á las tentaciones del poder: la Iglesia. Un solo hombre levanta su frente serena y sin jactancia en presencia de los grandes de la tierra: el Pontífice. He ahí explicado el secreto del regalismo.»

No puede oírse este brillante párrafo sin sentir la rapidez hiriente de la enumeración, en que cada uno de los oradores de la mayoría, retratado por la luz de la verdad, recibe como al pasar el dardo agudo. Pocas veces habíanse oído en nuestro parlamento frases como esas, tan elevadas en su expresión como punzantes y finas contra aquellos á quienes iban dirigidas.

Su discurso termina con estas palabras que parecen

un vaticinio: «Los tiempos cambian y los acontecimientos burlan á veces las previsiones del ingenio humano. Quizá no está lejos el día en que el liberalismo imperante, después de haber cumprometido los más caros intereses del país y cegado las fuentes de su vitalidad material y moral, se asuste de su propia obra y conozca su impotencia para resolver los conflictos que él mismo haya creado. El país volverá entonces de su profundo letargo, preguntará por sus hombres, y sus hombres no responderán; irá en busca del sabio, del economista, y el sabio y el economista guardarán silencio; pedirá cuentas al liberalismo, y el liberalismo habrá ido á ocultarse en las oscuridades que rodearon su nacimiento. Ella, entretanto, la Iglesia de Cristo, hermosa y radiante como el primer día de la creación, seguirá iluminando el mundo con la luz de su doctrina y el esplendor divino de la caridad.»

Como se ha dicho por los maestros del arte, dos entidades diversas forman el tipo del orador parlamentario de nuestros días: la del académico, conocedor de los mil variados giros y artificiosos recursos del idioma, que sabe plegar la forma, como ropaje de fina tela, al movimiento tranquilo ó acelerado del pensamiento y la del tribuno, que seduce los sentidos y arrebata la voluntad, transmitiendo el calor de la propia vida al agitado concurso de los que lo escuchan. Ambas, concertadas en una sola persona y corrigiéndose la una á la otra sus mutuas asperezas y debilidades, hacen de él lo que debe ser, no el atildado y frio disertador de un Ateneo, ni el descompuesto y violento arengador de apasionados clubistas, sino lo uno y lo otro á la vez, modificado y perfeccionado en la fusión armoniosa de sus diversas cuali-

dades. Ahora bien, entre los pocos que entre nosotros pueden alabarse de haber realizado en su persona ó conseguido acercarse á ese tipo que hemos descrito ¿no es Barriga, como han podido juzgarlo nuestros lectores, uno de los que, por las raras dotes de su generosa y bien equilibrada naturaleza, posee en más alto grado las brillantes y concertadas cualidades que hace poco hemos apuntado? El órgano suficientemente poderoso de su voz rica en variadas y sonoras inflexiones, su acción mesurada y correcta, su bello y elegante estilo, y sus vastos conocimientos en la materia de sus discursos, son cualidades que responden de nuestra afirmación, y que hasta sus mismos adversarios políticos no han podido sino reconocerle unánimemente.

Con todo, no faltan quienes, por el exagerar de los defectos y el apocar de las cualidades que es manía de viejo castellano entre nosotros, le hagan reproches, á los que no dejamos de encontrar cierta apariencia de fundamento y de razón. Pero ¿acaso nosotros hemos dicho que Barriga es un orador perfecto? sus mismos defectos ¿no son también los de sus propias cualidades?

Un buen orador es como un gran cantante y como éste se forma. Por admirablemente que éste haya sido dotado, no puede nunca llegar á asentar el pie sobre el peldaño de oro de la elevada escala del arte sin un largo y práctico aprendizaje de los delicadísimos recursos con que el estudio mejora y abrillanta el tosco tesoro de la naturaleza. Por algún tiempo ha de vérsele seguir lentamente el camino de la lírica y de la dramática, antes de ser el favorito de su público regalado por sus melodías claras, puras y divinas. De la misma manera el buen orador, hasta llegar á ser en la tribuna la figura domi-

nante en la representación parlamentaria de los partidos.

Con todo, y á pesar de las raras cualidades que lo acreditan como orador parlamentario, el género de elocuencia que más se adapta á las condiciones de su temperamento, es el género académico. Aquí el orador, solicitado únicamente por la belleza de las ideas que informan el discurso, se siente dueño de sí mismo y se espacia libremente por el dilatado campo de la especulación filosófica y artística. Su estilo sereno y correcto, sobrio de colores, pero rico en matices, y el acento particular de su voz, se prestan admirablemente á ese género intermedio, que participa de la tribuna y de la cátedra, y que podríamos llamar de transición.

Pruebas recientes de lo que decimos son los discursos pronunciados en la Asamblea Católica de 1885, y en la inauguración del Museo Artístico de Santiago. Fresca está todavía en la memoria de los asistentes á los congresos anuales de la Unión Católica el efecto que el primero de estos discursos produjera en aquel selecto y numeroso público. Á pesar de la dificultad del tema, casi agotado entre nosotros, la libertad de enseñanza, el orador supo dar tal novedad al asunto y herir la cuerda sensible de su auditorio, de tal modo que éste le interrumpía á cada paso con calurosos y entusiastas aplausos. El segundo, que por la vieja manía de su autor no hemos visto publicado después, es una verdadera joya de pureza y elegancia de estilo, digna del noble objeto que la inspiraba.

Hemos llegado al fin de nuestro trabajo, destinado en su principal parte á diseñar la fisonomía política y literaria de un amigo, cuya vida pertenece más al porve-

nir que al presente. Si el aplauso afectuoso de la amistad contribuye de algún modo á animarle en la realización de los destinos que corresponden á su noble y generoso espíritu, veríamos colmadas nuestras aspiraciones y satisfechos nuestros deseos.

JAVIER VIAL SOLAR.

REVISTA DE REVISTAS

(Conclusión)

REVISTA MÉDICA DE CHILE

Principió este periódico mensual y científico en julio de 1872, y continúa al presente muy bien sostenido.

Antes de él no había existido en Chile un periódico serio y bien dirigido que representara los intereses de las ciencias naturales y especialmente de la medicina.

La Revista vino á llenar ese vacío, procurando la difusión de la ciencia médica, el esclarecimiento de las cuestiones difíciles que se presentan en la práctica, la generalización de las nociones más indispensables de higiene pública y privada, etc. Una sección especial se destinó desde el principio para una revista bibliográfica ó crítica de las principales publicaciones extranjeras de algún interés para la ciencia ó de una aplicación práctica.

Fué fundada y sostenida *La Revista* por la Sociedad

Médica de Santiago, establecida en 1869, siendo uno de sus miembros el doctor Germán Schneider no há mucho tiempo fallecido, el que más trabajó para darla á luz.

La redacción y dirección corrió en su principio á cargo de una comisión compuesta de los doctores Pablo Zorrilla, Rodulfo A. Philippi, Adolfo Murillo, Alfonso Thévenot y Germán Schneider.

Más tarde se nombró una comisión editora elegida periódicamente y formando parte del directorio de la Sociedad Médica.

Entre los primeros colaboradores se contaron los doctores Aguirre, Barra, Bixio, Díaz, Leiva, Miquel, Peña, Salamanca, Silva O. y Vanzzina. El doctor Valderrama escribió las primeras crónicas mensuales publicadas al fin de cada número.

Al poco tiempo los colaboradores aumentaron considerablemente, figurando como tales todos los médicos titulados y alumnos de los cursos superiores de medicina.

Desde el cuarto tomo, *La Revista*, notablemente mejorada, adoptó cierto orden para la distribución de los trabajos. Con este objeto se agruparon en cuatro secciones: 1.ª *Memorias.*—2.ª *Revista clínica.*—3.ª *Revista extranjera y bibliográfica.*—4.ª *Boletín.* Esta última ha sido escrita sucesivamente por los señores Isaac Ugarte Gutiérrez, Genaro Contardo, Federico Puga Borne, Alejandro Aguinet, Gustavo Donoso y Ricardo Gibbs.

Cada número de *La Revista* se ha compuesto de 40 á 50 páginas en 8.° mayor. De cada doce números se ha formado un volumen de cerca de 500 páginas, con su respectivo índice alfabético, ó clasificado por materias.

Dada la extensión que ha adquirido *La Revista*, no nos ha sido posible, en los estrechos límites de este trabajo, indicar el número y mérito de los artículos publicados, numerosos como interesantes. Ellos le han dado al periódico gran importancia y colocado al cuerpo médico del país á considerable altura, aun en el extranjero.

Á la fecha van publicados 144 números, repartidos en doce volúmenes, ilustrados con láminas y grabados, y dados á luz por la *Imprenta de El Mercurio, de Morán, de la Estrella de Chile y la Nacional.*

REVISTA DE VALPARAISO

En diciembre de 1873 apareció el primer número de este periódico quincenal, de literatura, artes y ciencias, que terminó en setiembre de 1874.

Á la época de su aparición, Valparaíso, el primer puerto de la República, carecía de un periódico literario que fuera el reflejo de la cultura y progreso intelectual de sus habitantes. *La Revista* vino á llenar ese vacío y á ofrecer un vasto campo á la inteligencia y al estudio.

Fué fundado y dirigido por la señora Rosario Orrego de Uribe.

Prescindiendo del menor ó mayor mérito de los trabajos publicados en *La Revista* y de los servicios que prestara á las letras nacionales, hay una consideración que hace á este periódico digno de especialísima mención, y es la de haber nacido de la inspiración y el solo esfuerzo de una mujer de talento que tan alto supo colocar su nombre mediante el trabajo y el estudio. ¡Notable ejemplo que debiera servir de poderoso estímulo!

La señora Orrego fué miembro de la Academia de Bellas Letras de Santiago, y falleció en Valparaíso en mayo de 1879, el mismo día en que uno de sus hijos, Luis Uribe, se cubría de gloria en la rada de Iquique.

Figuraron como colaboradores de *La Revista* los señores Diego Barros Arana, Miguel Luis Amunátegui, Adolfo Valderrama, Augusto Orrego Luco, Ruperto y Valentín Murillo, Eduardo de la Barra, Víctor Torres Arce, Manuel Antonio y Guillermo Matta, José Antonio Soffia, Francisco de Paula Taforó, Enrique Nercasseau Morán, Demetrio Lastarria y la señorita Lucrecia Undurraga Solar, todos de Santiago. Francisco A. Machuca, Manuel Concha y Eva Cousiño, de Coquimbo; Jacinto Chacón, Daniel Feliú, Rafael Egaña, Ricardo Bustamante, Manuel A. Benavides y las señoritas Regina y Ángela Uribe, de Valparaíso. Como corresponsales extranjeros, don Ricardo Palma y doña Juana Manuela Gorriti, desde Lima.

El total de trabajos publicados alcanzó á ciento setenta y seis; de ellos noventa y dos en prosa y ochenta y cuatro en verso.

La señora Orrego publicó trece artículos en prosa, entre los que se cuenta su interesante y bien escrita novela titulada *Los Busca Vidas* y doce composiciones poéticas.

Las señoritas Undurraga y Orrego, varias correctas traducciones de artículos literarios y científicos.

Los números publicados llegaron á 22, repartidos en dos tomos. El primero, con doce números, forma un volumen en 8.° mayor de 465 páginas; y el segundo, con diez números, tiene 360 páginas. Estos dos tomos fue-

ron dados á luz por la *Imprenta de El Mercurio* de Tornero y Letelier.

REVISTA CHILENA

El 1.° de enero de 1875 apareció en Santiago el primer número de este periódico mensual de literatura, artes y ciencias, que terminó en junio de 1880.

Su publicación tuvo por objeto servir al movimiento literario del país, establecer una comunicación con los demás pueblos americanos, haciendo llegar á ellos los estudios de nuestros escritores, y dar á conocer en nuestro país el movimiento literario de esas naciones.

En cada número, en lugar de una crónica política, se publicó una revista bibliográfica en que se daba á conocer los libros de la literatura contemporánea de más interés para Chile, y en general de todos aquellos que tenían relación con la América.

Además, se daban noticias necrológicas y biográficas sobre los autores europeos ó americanos que hubiesen escrito sobre América, y cuyo fallecimiento llegaba á conocimiento de los directores del periódico.

Fueron sus fundadores y primeros directores don Miguel Luis Amunátegui y don Diego Barros Arana. El editor fué don Jacinto Núñez, propietario de la imprenta de la República, por donde se hizo la publicación.

Figuraron como colaboradores los señores Manuel A. Matta, Benjamín Vicuña Mackenna, Ramón Sotomayor Valdés, Guillermo Matta, Rodulfo A. Philippi, Víctor Torres Arce, Eulogio Carrasco, José V. Lastarria, Eduardo de la Barra, Román Vial, Gonzalo Bulnes, Benjamín Dávila Larraín, Daniel Barros Grez, Manuel

A. Hurtado, Moisés Vargas, Vicente Izquierdo S., Enrique Pineyro, Gaspar Toro, Carlos Morla Vicuña, José Roehner, René Moreno, Vicente Pérez Rosales, Ramón Allende Padín, Jorge Lagarrigue, Adolfo Valderrama, Pablo Garriga, Alejandro Carrasco Albano, Augusto Orrego, Francisco R. Martínez, Emilio Cruzat, José Antonio Soffia, Francisco Solano Asta-Buruaga, Daniel Caldera, Sandalio Letelier, Francisco Valdés Vergara, José Toribio Medina, Luis Montt y la señora Hortensia Bustamante de Baeza y muchos otros que sería largo enumerar.

La dirección de *La Revista* estuvo á cargo de los señores Amunátegui y Barros Arana hasta mediados de 1876, época en que el primero pasó á ocupar un ministerio y el segundo la legación de Chile en la República Argentina.

En pos de los anteriores tuvieron la dirección del periódico don Benjamín Dávila Larraín, don Augusto Orrego Luco y don Julio Bañados Espinosa hasta su conclusión.

La estrechez de este trabajo no nos permite enumerar uno á uno, como quisiéramos, los variados é interesantes trabajos publicados en *La Revista*; bástenos decir que las *Revistas bibliográficas* fueron escritas por don Diego Barros Arana hasta mayo de 1876. Desde esta fecha, con el título de *Revistas críticas*, las continuó don Benjamín Dávila Larraín hasta mayo de 1877. Posteriormente en algunos números escribieron esas revistas don Luis Montt, don René Moreno y don Augusto Orrego Luco. Los cinco últimos tomos no publicaron revistas.

Con excepción de la *Estrella de Chile* y la *Revista Católica*, no se ha publicado en el país ningún otro pe-

riódico literario de tan larga vida como esta *Revista*. Pero si su duración ha sido sobrepujada por otros, en cambio, quizá, ninguno ha contribuido más poderosamente al adelantamiento de las letras nacionales y á independizar el espíritu de muchas falsas preocupaciones, resabios del coloniaje.

El total de números publicados alcanzó á sesenta y cuatro repartidos en dieziseis tomos. Estos constan de cuatro números en 8.° de unas noventa á cien páginas cada uno. Acompaña á cada tomo un índice de los trabajos publicados.

REVISTA DE ESTUDIOS ESPIRITISTAS, MORALES Y CIENTÍFICOS

El 24 de julio de 1875 se dió principio á esta publicación quincenal que terminó el 15 de julio de 1877.

Este periódico, el único que se ha dedicado exclusivamente á estudios filosóficos, fué fundado con el solo objeto de sostener y hacer propaganda de la doctrina espiritista. Esta doctrina, profesada por muchos en Europa y en los Estados Unidos, encontró en Chile varios adeptos que trataron de difundirla, para lo cual formaron una asociación con el nombre de «Centro Espiritista de Santiago», la cual dió á luz esta *Revista* para que le sirviera como de órgano oficial.

Figuraron como redactores y principales colaboradores don José y don Francisco Basterrica, don Gabino Vieytes, don Juan Bruner y varios otros.

La aparición de un periódico destinado á sostener ideas y doctrinas de esta especie en un país tan lleno de preocupaciones como el nuestro y donde pensar con

cierta libertad es considerado como un atentado contra la religión y la sociedad, dió origen á polémicas que por largo tiempo exaltaron á muchos ánimos.

Uno de los que más rudamente atacó los fines de la *Revista*, fué el padre León de la Compañía de Jesús, quien en varias conferencias públicas habidas en el Colegio de san Ignacio y desde las columnas del *Estandarte Católico* trató de evidenciar los falsos fundamentos de la doctrina espiritista. Esto originó, como era natural, ardientes réplicas de parte de los redactores de la *Revista*, lo que dió lugar á una larga polémica sostenida muy principalmente por don Francisco Basterrica, entusiasta defensor de la nueva doctrina.

Los números publicados, de más de veinte páginas cada uno, alcanzaron á cuarenta y ocho, repartidos en dos tomos. Cada tomo de veinticuatro números forma un volumen en 8.° de 392 páginas, acompañando al primero un índice de los artículos dados á luz. Toda la publicación se hizo por la *Imprenta Santiago*.

REVISTA ARTÍSTICA É INDUSTRIAL

El 11 de setiembre 1875 se dió á luz el primero y único número de este periódico destinado á servir todo lo relativo á la Exposición Internacional, inaugurada en Santiago en ese mismo mes. Fundólo don Carlos González Ugalde, quien, por causas que ignoramos, no llevó á buen término su propósito.

REVISTA DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA

Este periódico quincenal que se dió á luz en Valpa

paraíso el 1.° de agosto de 1876, terminó el primero de diciembre del mismo año.

Su publicación tuvo por objeto servir los intereses de la educación popular, trabajar por el mejoramiento de las escuelas, por la difusión de útiles conocimientos entre los maestros, y como punto muy principal por el establecimiento de la educación obligatoria y gratuita.

Fundó el periódico don Máximo Urízar, su principal director y redactor, siendo ayudado en la tarea por varias personas tan entusiastas como inteligentes, entre las que se contaron don Pedro Pablo Ortiz, don Daniel Feliú, don Luis Talavera, don Vicente Santa-Cruz, don José Olegario Reyes, don Manuel 2.° Ramírez y la señora doña Eduvijis Casanova de Polanco. Más tarde el número de colaboradores se aumentó considerablemente con el concurso de varios entusiastas jóvenes de Santiago.

Pero á pesar de los esfuerzos de su fundador y colaboradores y de tratarse de cuestiones de tan vital importancia, la *Revista* sólo alcanzó á publicar nueve números. Estos números, de 12 páginas á dos columnas cada uno, forman un volumen en 4.° de 108 páginas, publicado por la *Imprenta de El Deber*.

REVISTA LITERARIA

En julio de 1878 se dió á luz en Santiago el primer número de este periódico literario y quincenal que terminó en marzo de 1879.

Dos entusiastas jóvenes, aún no salidos de las aulas, llevaron á cabo la publicación de esta *Revista* destinada, muy principalmente, á estimular el gusto por los estu-

dios literarios entre la juventud ilustrada. Fueron fundadores y directores del periódico don Enrique Montt y don Domingo Amunátegui Solar, quienes sostuvieron la *Revista* mediante la cooperación de una veintena de jóvenes inteligencias, la mayor parte de los cuales hacía su estreno en la carrera literaria. Hasta el fin de la publicación prestaron su concurso los señores Alcibíades Roldán, Víctor A. Lillo, Francisco A. Pinto, Alberto de la Cruz, Juan G. Matta, Adolfo Quirós, Julio Bañados Espinosa, Ricardo Passi García, Miguel Luis Amunátegui Reyes, Delfina María Hidalgo, Pablo Garriga, Manuel A. Valledor, Santiago Escuti Orrego, Ramón Bañados Espinosa, Manuel Rodríguez Mendoza, Manuel del Campo, Ángel E. Guerra, Miguel Saldías, Miguel A. Caradeu y Temístocles Roldán. No desdeñaron tampoco secundar los juveniles esfuerzos, escritores de reconocida reputación como los señores Benjamín Vicuña Mackenna, Adolfo Valderrama y el poeta peruano Juan de Arona.

Llegaba la *Revista* á su número 18, cuando sus directores, muy en contra de sus propósitos y esperanzas, se vieron forzados á suspender su publicación, por la misma causa que entre nosotros han dejado y dejan de existir casi al nacer la mayor parte de las publicaciones literarias: la indiferencia del público y la casi ninguna protección que dispensa á obras de este género.

En los nueve meses que vivió el periódico dió á luz noventa y cuatro trabajos: setenta y seis en prosa sobre historia, literatura, bibliografía, economía política y biografía, y veintiocho en verso.

Los dieziocho números publicados forman un volumen en 8.° de 295 páginas, impreso en la *Imprenta Colon.*

Acompaña á la obra un índice de las materias que comprende.

REVISTA DE LEGISLACIÓN Y JURISPRUDENCIA

El 1.° de septiembre de 1879 se dió á luz en Santiago el primer número de este periódico quincenal que terminó el 15 de mayo de 1880.

Esta interesante publicación destinada al estudio de las cuestiones legales bajo el punto de vista científico ó doctrinal, fué fundada por don Justo Molina, joven ilustrado é inteligente que por este medio procuró á sus compañeros de foro un vasto campo para ocuparse de las variadas é interesantes cuestiones que diariamente se presentan en el desempeño de la profesión de abogado.

La *Revista* se dividía en dos partes principales. En la primera se insertaban las leyes y decretos de interés general y las sentencias de los altos tribunales de justicia. En la segunda se trataba, bajo el punto de vista técnico ó científico, ya puntos oscuros del derecho, ya las prácticas ó la jurisprudencia de los tribunales que más importara conocer.

Llevaba el periódico una vida próspera, cuando, al llegar á su número décimo tercio, cesó de publicarse á causa de la prematura muerte de su director, arrebatado en edad temprana al estudio y al trabajo.

Figuraron como colaboradores de tan importante obra los señores Marcial Martínez, Alejandro Fuenzalida, Jorge Huneeus, Bernardino Vila, Miguel Cruchaga, Ernesto Hübner, Luis Espínola, Francisco D. Peña, Luis Claro Solar y varios otros.

Los doce números publicados forman un volumen en 8.° de 496 páginas, dado á la estampa por la *Imprenta de la Estrella de Chile.* Esta publicación carece de índice.

REVISTA ARQUEOLÓGICA

El 1.° de enero de 1880 apareció en Santiago este periódico científico, que debió publicarse mensualmente.

Esta publicación se debió á los trabajos de la Sociedad Arqueológica de Santiago, organizada en 1878 con el propósito de estudiar á fondo la etnografía, las lenguas y antigüedades americanas, á fin de llegar á obtener un conocimiento exacto de la historia primitiva de la América. La expresada Sociedad, entre cuyos miembros se contaba al sabio naturalista don Rodulfo A. Philippi y á los señores Wenceslao Díaz, Marcos Maturana, Augusto Orrego Luco, Demetrio Lastarria, Federico Fhilippi, Augusto Villanueva, Rafael V. Garrido, José Toribio Medina, Francisco Solano Asta-Buruaga y Luis Montt, acordó publicar esta *Revista*, encargando su dirección al señor Montt.

Es bien sensible que un trabajo tan interesante sólo quedara en el comienzo, pues la publicación no pasó de su primer número. Este número en 4.° mayor, de 18 páginas, ilustrado con interesantes láminas, fué publicado por la *Imprenta Gutenberg.*

REVISTA DE CHILE

Principió este periódico mensual, de literatura y ciencias, en julio de 1881 para terminar en junio de 1882.

Este periódico, como otros tantos de su especie, fué publicado para servir al progreso intelectual del país sin tomar para nada en cuenta las opiniones políticas de los individuos que quisieran dar á luz sus trabajos, ya científicos ó literarios, á los que la *Revista* daba franca y cordial acojida.

Fué su fundador y director don Luis Montt en unión de don Alcibíades Roldán, quienes, aun á costa de sacrificios pecuniarios, quisieron por este medio contribuir al adelantamiento de las letras nacionales.

Como principales colaboradores figuraron don José Victorino Lastarria, don Diego Barros Arana, don Daniel Barros Grez, don Manuel Concha, don Adolfo Valderrama, don Domingo A. Izquierdo, don Enrique Montt, don Alcibíades Roldán, don Augusto Orrego Luco, don Gaspar Toro, don Benjamín Vicuña Solar, don Carlos Llausás, don Vicente Pérez Rosales, don Julio Bañados Espinosa, don Francisco Guerra Besa y varios otros.

Los trabajos dados á luz alcanzaron á noventa: de ellos sesenta y seis en prosa, sobre historia, biografía, literatura y ciencias, y veinticuatro composiciones poéticas.

Los números publicados llegaron á doce. Cada uno se componía de ochenta páginas en 8.º, formándose con los seis primeros un volumen de quinientas noventa y dos páginas, y con los restantes un segundo de trescientas sesenta y dos páginas, ambos acompañados de un índice de los artículos publicados.

La *Revista* fué dada á luz por la *Imprenta Gutenberg*, ménos un número que se publicó por la *Imprenta Colon*.

RÓMULO AHUMADA MATURANA

OBSERVACIONES SOBRE HIGIENE

INTERNACIONAL

Las relaciones comerciales de los pueblos entre sí, las facilidades y la rapidez de los transportes, las comunicaciones instantáneas aún que multiplican en su manera los vínculos de nación á nación, hicieron nacer esa faz de la higiene que lleva el nombre de Higiene Internacional.

Se comprende fácilmente que, dadas estas conexiones, cada vez más estrechas, y la posibilidad de que algunos de esos centros atractivos pueda servir de foco para la producción endémica ó epidémica y la propagación de enfermedades de un carácter difusivo, los hombres y los pueblos trataran de encontrar los medios más eficaces para preservarse de la contaminación de aquellas enfermedades que pueden llamarse viajeras, por la manera como se propagan.

Entretanto, los intereses de diverso género, cada día más considerables, que pueden ser profundamente comprometidos con las medidas que cada pueblo estimare

necesario adoptar para defenderse contra la importación de epidemias destructoras, reclamaban, seguramente, un código convencional que rigiera los derechos de las naciones en su respectiva aplicación á la imperiosa necesidad de su defensa. Los antiguos cordones sanitarios, las cuarentenas y demás medidas análogas, son otras tantas limitaciones al derecho común de movimiento y de comercio consagrado entre los pueblos civilizados; y era preciso, al fin, regular en común acuerdo esos derechos para hacer frente á las exigencias de la propia defensa.

Una serie de disposiciones convenidas, particularmente en la Convención de Constantinopla, en 1865, y en la más importante de Viena, en 1874, establecen el principio de la cuarentena marítima con todas las medidas precaucionales anexas; y aunque la experiencia ha demostrado prácticamente que las más severas cuarentenas son ineficaces, en ocasiones dadas, para sus fines sanitarios, no puede negarse que en algún modo concurren, cuando se aplican con rigurosa vigilancia, á evitar la introducción de las enfermedades exóticas y la producción de desastrosas epidemias que suelen ser su consecuencia.

La cuestión que me propongo estudiar no es, pues, la de las cuarentenas de mar, cuya aplicación tiene todavía sus oportunidades; ni menos los cordones sanitarios, que están absolutamente condenados ya. Reconozco y respeto los motivos que han afirmado como regla de conducta internacional el principio cuarentenario; pero, conociendo también por experiencia y por la observación histórica de las epidemias contemporáneas que este sistema, cualquiera que sea la severidad con que se aplique, no basta las más de las veces para evitar el mal, pienso que

hay otros medios más eficaces para el objeto, más humanitarios y más compatibles, sobre todo, con la necesidad suprema del comercio y del intercurso de los pueblos entre sí.

He pensado muchas veces que sería posible, por medio de convenciones internacionales y con el concurso científico y financiero de todas las naciones civilizadas, ir colectivamente al fondo del mal en cada caso; estudiar en las localidades señaladas las causas determinantes de la enfermedad infecciosa, susceptible de convertirse en epidémica y de trasmitirse al exterior; remover de esas causas todo lo más profundo y suprimirlas sin economizar esfuerzos y sacrificios, que llevarían el sello de la internacionalidad y de la fraternidad humana.

¿Por qué no iríamos á cada uno de esos puertos desgraciados, de los cuales se huye como de un gran peligro, con la ciencia y el dinero de los pueblos concurrentes á su comercio y relacionados por amistad, á estudiar los motivos de todo género que mantienen y cultivan en esos sitios el elemento mórbido?

Creo poder afirmar, con el conocimiento adquirido por la observación y el estudio de las naciones europeas y americanas, que todo puerto, ciudad ó grupo humano que haya cuidado perseverantemente sus condiciones higiénicas propias y reducido su mortalidad á su mínima expresión; esa ciudad, esas grandes ó pequeñas agrupaciones, manteniendo su nivel sanitario tan ventajoso, pueden desafiar sin temor de contraste á las enfermedades infecciosas más agresivas.

La fiebre amarilla, el cólera y cualquiera otra de las antiguas ó modernas enfermedades infecciosas que se presente á las puertas de una ciudad tan sana como lo

determina la medida de su reducida mortalidad pueden producir un accidente, por la comunicación imprudente del sugeto enfermo ó por los otros medios de trasmisión reconocidos; pero, dadas las buenas condiciones del medio ambiente, la enfermedad quedará limitada al escaso número de las personas que fueron directamente afectadas por el introductor, y de ninguna manera se convertirá en una epidemia grande ó pequeña.

***

La proposición dominante en la cuestión de higiene internacional es la siguiente: que la susceptibilidad para las epidemias y su mayor ó menor extensión en las localidades que afecte, está en razón inversa de las condiciones sanitarias de cada localidad. Hay, desde luego, la aptitud y la posibilidad de recibir las enfermedades infecciosas de origen exótico por los medios y las vías por donde pueden comunicarse; pero los puertos ó sitios amenazados por sus comunicaciones con las regiones infectadas pueden estar tan bien atendidas en su higiene pública y privada que se hagan refractarios al mal invasor llegando á estar del todo libres del contagio.

No es esta una hipótesis teórica: la observación contemporánea presenta ya hechos incuestionables en apoyo de esta noción.

La peste, la fiebre amarilla y el cólera son las tres grandes potencias devastadoras que han asolado el mundo conocido con su mortífera intensidad. La peste no puede decirse que ha desaparecido de Europa, aunque subsiste aún en la Persia y visita de cuando en cuando otras secciones del oriente. La fiebre amarilla, de origen

americano, está de pie todavía, amenazando con sus tremendos estragos la población del mundo civilizado. El cólera, nacido en la India, hace sus viajes de cuando en cuando y difunde su veneno en todas partes.

Lo que nos interesa es encontrar la relación entre la receptividad para estas epidemias y la condición sanitaria de las regiones que invaden, y buscar, según esos datos, el remedio racional y científico contra tan dolorosas calamidades. Á este propósito no podemos dejar de tomar en cuenta algunos hechos notables de la antigüedad conducentes á probar nuestra proposición fundamental. Vamos á hablar del Egipto, cuya figura histórica tiene un relieve conspicuo.

"De todos los pueblos antiguos de la tierra, dice Proust, ninguno como el Egipto se ha elevado á tan alto grado de sabiduría, de fuerza y de luz. Todo lo que concierne á este país antiguo y misterioso toma un reflejo de poesía. La civilización egipcia se encaminaba, sobre todo, á la conservación y á la perfección de la especie humana. Favorecido en alto grado por todos los dones de la naturaleza, por su sol, por su aire, por sus aguas, por la fertilidad del suelo y la pureza del cielo, el Egipto no tuvo que combatir los inconvenientes de un clima riguroso ó malsano. No tuvo, pues, que ocuparse sino del bienestar de sus habitantes y quiso arreglar con prudencia sus trabajos y su existencia; y bajo ese aspecto, todo fué regido por una higiene que no desdeñarían las naciones más ilustradas de nuestro siglo. Regularizó la corriente de las aguas y formó con ellas inmensos depósitos casi comparables á un mar interior. Dejo sin mencionar aquellos monumentos gigantescos, aquellas pirámides, aquellos templos, aquellos obeliscos, que, de

Tebas á Menfis, es decir, sobre una extensión de cien leguas, se elevaban sobre las dos riberas del río; aquellas calzadas, en fin, cuyo trabajo sobrepasaba aun al de las pirámides. Gracias á un sistema de canales admirablemente concebido, el agua del Nilo encontraba en todas partes una corriente fácil. Las habitaciones colocadas sobre un terreno más elevado que el río, la tierra enteramente entregada al cultivo: tales eran las condiciones que debían evitar y evitaron la aparición de la peste.

«Si se piensa en todas esas maravillas de la civilización, se comprenderá que, como lo ha dicho Herodoto, el Egipto haya sido durante muchos siglos uno de los países mas saludables del mundo. Esta civilización subsistió durante el reino de los Faraones, durante la ocupación del Egipto por los persas, bajo la dominación de Alejandro y una gran parte de la dominación romana.»

Pariset ha podido exclamar con razón: «En esa larga carrera de prosperidades inauditas, en medio de esas multitudes infinitas de hombres de todos los países reunidos estrechamente en el corazón de Alejandría, que, despues de la destrucción de Tiro, de Cartago y de Corinto había llegado á ser el lugar de cita de todas las naciones y el centro de todas las riquezas del globo, en medio de tantos egipcios, etiopes, árabes, trogloditas, judíos, sirios, griegos, medas y parthos; cualquiera que haya sido la naturaleza de su tráfico ó de sus intercambios comerciales no se percibe ni se sospecha un solo vestigio de peste. Después de tantas comunicaciones, después de tantas mezclas entre los hombres y las cosas, jamás un griego, jamás un árabe introdujo á su patria un veneno mortal; jamás se oyó hablar de esas crueles sorpresas de que está llena la historia de los últimos

siglos: y, sin embargo, la soberbia Alejandría contaba entonces 800,000 habitantes.»

Pero después, ¡cuánto ha cambiado aquel país! El mismo sol, el mismo aire, el mismo suelo fecundo, las mismas aguas circulando, presentan al observador contemporáneo un espectáculo desolador. La miseria es la regla, el bienestar individual es la rara excepción, y las consecuencias sanitarias de esta degradación progresiva se hicieron sentir desde luego y continúan manifestándose en la actualidad. «En aquel país, pródigo de todos los bienes de la naturaleza, en medio de aquella tierra cubierta de riquezas, destinadas las unas á vestir al hombre, las otras á nutrirlo, el hombre ha llegado á estar miserablemente alojado, miserablemente vestido, miserablemente alimentado. Su cabaña está construida con barro; la estructura, compuesta de osamentas de animales, es baja, oscura y húmeda; la entrada es estrecha y no se penetra allí sino arrastrándose; contra esta primera habitación viene á colocarse una segunda, luego una tercera; de modo que forman así un grupo de pocilgas aproximadas, en medio de las cuales el aire no puede circular. Si una de esas cabañas llega á desplomarse, el egipcio, según la costumbre de los habitantes del Oriente, va á edificar otra á pocos pasos de distancia, sin pensar un instante en reparar aquella que ha fallado. En estas miserables cuevas, todos los de la familia, hombres, mujeres y niños, se acuestan mezclados sobre la tierra húmeda, de la cual no están separados sino por una capa de juncos, las más veces podridos, no teniendo alrededor de ellos más que una montaña de inmundicias y basura. El egipcio casi nunca se cambia de ropa, sus andrajos le cubren imperfectamente la cintura y los

hombros. Sólo el egipcio *excepcional* se alimenta con pan de maíz ó de trigo y con carne sana; el fellah cultiva el trigo pero con la prohibición de usar de él, se alimenta con semillas de algodón y de lino, con semillas de dátiles molidas; cuando el amo le da carne es seguro que ella procede de animales enfermos; completa esta alimentación con pescado descompuesto, con hojas de malva y un queso sucio hecho con mala leche y conservado en depósitos inmundos; como bebida, el agua de los pantanos.

«Agréguese á estas causas de insalubridad privada, la ausencia de toda higiene pública que se hace sentir en las ciudades orientales; montones de inmundicias rodeando las casas y hasta las mezquitas; los cementerios colocados en medio de las habitaciones, conteniendo tumbas siempre abiertas que exhalan contínuamente un olor cadavérico; las calles estrechas, irregulares. El canal que atraviesa la ciudad del Cairo, largo receptáculo de inmundicia que vierten allí los desagües, es también la fuente donde los indigentes vienen á tomar su bebida.»

Estos detalles de la miseria han sido observados por la comisión científica que el gobierno francés mandó á Egipto en 1846, y los sabios que después han explorado aquel país han confirmado èsos informes.

El contraste palpitante que presentan estos dos espectáculos, contemplados á la luz de la historia, el uno, y bajo la mirada severa del observador actual, el otro, explica suficientemente la salud espléndida en el Egipto antiguo y la producción espontánea ó la aclimatación endémica de esas terribles enfermedades que han partido de allí como de uno de los grandes focos para invadir el mundo con sus estragos. Esta degradación física

y moral ha debido traducirse naturalmente en horribles epidemias; y sigue siendo aquel país un receptáculo para dar entrada franca y cultivar en su seno las enfermedades infecciosas, lanzándolas desde allí á las otras regiones del oriente que las esperan bien dispuestas quizá, y amenazando, al través del Mediterráneo, á las naciones florecientes de Europa que hacen todo lo posible para defenderse.

Voy á detenerme ahora en un país que se señala como el primero entre los pueblos contemporáneos, por sus progresos en la higiene y por las transformaciones que ha experimentado en su saneamiento.

La Inglaterra, durante la edad media, ha sido malsana en las mismas proporciones y por las mismas causas que los otros países europeos. Ha sido visitada á menudo, como éstos, por epidemias asoladoras; y el hambre, la desolación y la peste han dejado allí sus recuerdos históricos que dan la evidencia de que su posición insular, sus condiciones climatéricas, su aire húmedo, su sol rara vez brillante, su suelo y sus ríos no le dan, por cierto, ventaja alguna sobre las naciones del continente. Entretanto, con el andar de los siglos y con los trabajos sanitarios, ha marchado paralelamente á los demás, y ha llegado, sin disputa, á superarlos en el saneamiento de sus grandes ciudades y comarcas.

Podemos tomar la ciudad de Londres como el tipo de esa marcha progresiva. La numerosa población de esta metrópoli alcanzaba, tal vez, á 600,000 habitantes á mediados del siglo XVII. En 1665 fué visitada Londres por una terrible epidemia de peste, en la que sucumbieron 100,000 víctimas próximamente. En 1666 tuvo lugar aquel famoso incendio que destruyó 30,000 casas;

y desde estas calamidades casi simultáneamente comienza á pronunciarse el proceso de regeneración impuesto por la enorme magnitud de estas desgracias. Desde entonces también ha disminuido sensiblemente la frecuencia y la magnitud de las epidemias en toda la Inglaterra y particularmente en la ciudad de Londres.

Tomando en cuenta siempre para la medida de la salubridad de toda agrupación la mortalidad que en ella se presenta en la unidad de tiempo, es seguro que la cifra de las defunciones ha venido disminuyendo sensiblemente en proporción al acierto y á la energía con que han sido ejecutados los trabajos de saneamiento, según las sugestiones de la experiencia y conforme al avance progresivo de las ciencias relacionadas con la vitalidad social. Los datos estadísticos no pueden considerarse exactos sino desde los primeros años del siglo presente; pero el crecimiento de las poblaciones, el vigor manifestado por ellas en las artes y en las industrias que se desenvuelven, dan la evidencia de que las mejoras continuaban sin interrupción hasta la época en que ellas han podido consignarse en los registros estadísticos.

Dadas las condiciones climatéricas, telúricas y meteorológicas de una localidad, parece natural que las dificultades de la vida y las agresiones consiguientes de la muerte se hagan sentir con tanta mayor intensidad cuanto más densa es la población que se concentra sobre una superficie limitada, y que la mortalidad guarde una relación proporcionada al acrecentamiento de la población. Entretanto, en el mundo civilizado esta ley relativa ha fallado en gran parte, porque los adelantos sanitarios han acompañado por una disposición lógica á esas condensaciones populosas. La experiencia y la ciencia otra vez

han concurrido á prevenir los males temidos de las aglomeraciones, y á superarlas aún con sus ventajas; y no puede dejar de tomarse como un ejemplo prominente el hecho de Londres que ha conseguido reducir su mortalidad hasta el veinte por mil, precisamente cuando la población contenida en su recinto alcanza á 4.000,000 de habitantes.

Allí se puede ver también que la receptividad para las epidemias de origen exótico se ha reducido en razón directa de la población y en razón de la mortalidad normal en el momento dado; y en este camino, si como todo induce á esperarlo, aquella población se acrecienta inmensamente en el curso de los años venideros, y si los trabajos sanitarios adelantan en la misma medida que hasta ahora, Londres llegará á tener, dentro de medio siglo, mas de 8.000,000 de habitantes, y su mortalidad entonces será, tal vez, de 17 por mil, en vez del tributo de 20 que ahora paga. En tales condiciones, la inmunidad absoluta contra toda epidemia quedará consagrada irrevocablemente.

GUILLERMO RAWSON.

(Continuará)

REVISTA LITERARIA

MARUJA

(Poema de don Gaspar Núñez de Arce. Madrid, 1886)

Tal es el título del nuevo poema que acaba de dar á luz en Madrid el ilustre autor de *Raimundo Lulio*, *El Vértigo*, *La Visión de fray Martín* y tantas otras inspiraciones ricas de pensamiento y de forma que le han conquistado justa y merecida fama en uno y otro continente.

Cualquiera que sea la opinión de nuestros lectores en orden á la fuerza y originalidad poética de Núñez de Arce, no es posible desconocer, á menos de notoria injusticia, la influencia considerable y benéfica que ha ejercido y continúa ejerciendo en la nueva dirección de la poesía española. De frívola y ampulosa que era, cuando Espronceda y Zorrilla dominaban los espíritus juveniles con el prestigio de sus fantásticas creaciones y embriagaban fácilmente el oído de los peninsularés con la dulce melopea de sus versos abundantes y sonoros, la poesía ha vuelto con Núñez de Arce á lo que siempre debió ser en la patria de Herrera, de Luis de León y de Rioja: la expresión armoniosa é ideal de los sentimientos y aspiraciones del espíritu humano. Hablando con propiedad y atendiendo únicamente á la índole filosófica

de su ingenio poético, el cantor escéptico de *La Duda* y las *Tristezas* no debería ser contado entre los genuinos representantes de la tradición española; pero el manejo de la lengua que demuestra en la menor de sus producciones, su profunda versación en los recursos y artificios de la métrica y, más que todo, el sabor clásico, la nobleza y la perfección constante del estilo, le dan puesto de honor entre aquellos insignes poetas que ilustraron la lengua y la literatura de Castilla con obras de legítima é imperecedera hermosura.

No es *Maruja*, con todo, la mejor de las últimas producciones de Núñez de Arce ni señala tampoco un verdadero progreso ó amplificación sensible en sus facultades poéticas. Inferior por el asunto al *Idilio* y á *La Pesca*, apenas si les iguala en fuerza descriptiva y belleza de forma. Posible es que un examen atento y minucioso de *Maruja* revelara en este último poema la intención, no siempre lograda, de dar mayor simplicidad al asunto, y á la forma, cierta nitidez y suavidad llena de encanto apacible y deleitoso que excede á toda ponderación y excusa de todo elogio. Cuantos hayan leído *La Pesca* ó *El Idilio* habrán notado seguramente la semejanza que ambos poemas tienen con *Maruja*, semejanza ó parecido tal, que la lectura de ésta trae involuntariamente el recuerdo de aquellos. ¿Arguye esta circunstancia pobreza de ingenio, decaimiento de inspiración ó simple intermitencia en la generosa vena del vate castellano? En modo alguno; digamos, sí, que toda obra sistemática lleva en sí misma el vicio de su nacimiento, y *Maruja* pertenece á este número.

En efecto, si hay algún género de poesía que fácilmente se agota, es el idilio. La imaginación más poderosa unida al arte más exquisito, no bastarían para renovar indefinidamente las formas de un cuadro por su naturaleza estrecho y limitado, no tanto en sus dimensiones materiales cuanto en los recursos de composición, de dibujo y de color que son lícitos en este género de poesía. El Tasso, Gœthe, Voss, Chateaubriand y Saint-Pierre y en nuestro tiempo, Mistral y Longfellow, acertaron una sola vez á componer un idilio interesante y verdadero ¿pero quién ha vuelto á leer los poemas de Gessner ó las églogas de don Bernardo de Balbuena? ¿cuántos hay que en nuestro siglo agitado y confuso se detengan á oír las tiernas querellas de los

pastores de Garcilaso, los aldeanos de Voss ó los románticos salvajes de Chateaubriand? De ahí que algunos hayan considerado el idilio como un género falso y destinado á perecer y, aunque no participamos de esta opinión que peca de exagerada y exclusiva, creemos, sin embargo, que el abuso del género bucólico es sobre manera nocivo á los intereses de la verdadera poesía.

Del propio modo que Barbier, el autor de *Los Yambos*, colgaba su lira de bronce para ir á cantar bajo el cielo de Italia la eterna y melancólica trova del gondolero veneciano, el poeta tribuno de *Los Gritos del combate*, el émulo de Juvenal que con acentos dignos del gran satírico romano recordaba á sus compatriotas

> aquella triste y vergonzosa tarde,
> baldón eterno de la patria historia,
> en que un Senado imbécil ó cobarde
> vendió sin fruto y entregó sin gloria,
> cediendo á los estímulos del miedo,
> el trono secular de Recaredo...

Núñez de Arce, en una palabra, ha cedido poco á poco á las dulzuras de la vida campestre y trocado su clarín de guerra por la blanda zampoña del idilio. Comprendemos el gusto del público que da preferencia á tales composiciones; pero séanos permitido, con perdón del poeta y del público, guardar nuestras reservas y volver á leer y admirar los dantescos tercetos de *Raimundo Lulio* ó las soberbias estrofas *Á la muerte de Ríos Rosas.*

Aparte de estas consideraciones, las bellezas abundan en *Maruja*, como es inevitable en toda producción que lleve al pie la firma de don Gaspar Núñez de Arce. La exposición del poema que se abre con la descripción del palacio que habitan los condes de Viloria, es una verdadera obra maestra. La morbidez y limpieza de la forma, la transparencia de los tonos maravillosamente expresada por la vaga idealidad de los epítetos y la oportunidad y delicadeza de las imágenes, y todo ello envuelto en la noble armonía de una dicción clara y correcta, hacen de este trozo un modelo en el género descriptivo:

> En el suave declive de una loma
> se divisa al través de la espesura,
> tan blanca como cándida paloma

que en medio del vergel repliega el ala,
un palacio de esbelta arquitectura.
Por la pared el heliotropo escala
las altas rejas, esparciendo en torno
el aroma purísimo que exhala;
no lejos de la puerta de cristales
que al vestíbulo da, préstanle adorno
rojos tiestos de plantas tropicales,
y cubriendo el dintel la ardiente cepa
por las tejidas cañas y varales
que la sostienen, se retuerce y trepa.
Un grupo escultural, Venus que abraza
á Adonis moribundo, orna la fuente
que se destaca en el jardín ameno:
cae el claro raudal de taza en taza,
dando frescura al perfumado ambiente,
hasta el ancho pilón, de peces lleno,
y por cauce profundo y escondido
sigue despues murmurador y vago,
hasta perderse en trasparente lago
de pintorescas márgenes ceñido.
Del almo sol el vívido destello,
al traspasar el húmedo follaje
el manso lago á trechos abrillanta,
y airoso cisne de enarcado cuello,
esponjando su nítido plumaje
por las dormidas aguas se adelanta.
—El sosegado albergue, la floresta
que la serena atmósfera perfuma,
los olmos que convidan á la siesta,
el lento río, el lago sin espuma,
todo suspende el ánimo y le encanta,
hasta la leve y azulada bruma
que en las distantes cumbres se levanta.

No podríamos tributar los mismos elogios á la parte dramática del poema, porque, á decir verdad, no han logrado interesarnos los candorosos é infundados celos del excelente conde de Viloria. Desde el primer momento, se comprende el motivo de las tristezas de Clara y se adivina fácilmente la solución de este pequeño conflicto matrimonial. El largo y patético discurso en que el conde refiere á su propia mujer lo que entrambos ha pasado, es de un candor verdaderamente delicioso. La inocencia de los maridos es proverbial en la historia del teatro i las novelas del género festivo; pero el nuevo tipo creado por Ñúñez de Arce es el *non plus ultra* de la especie.

La entrada de Maruja y la relación de los primeros años de su infancia, en que la muchacha recuerda los incidentes de

> ...aquella noche memorable, cuando
> sintió azorada vacilar el muro,
> crujir las vigas, desplomarse el techo,
> y á impulsos del tremendo cataclismo
> su albergue paternal rodar deshecho,
> como piedra que cae en el abismo...

todo este trozo es del más bello carácter y digno de figurar al lado de las mejores escenas del *Idilio* ó de *La Pesca*.

El final corona dignamente este delicado y tierno poema del amor conyugal y la piedad cristiana. Tres ó cuatro versos de soberana hermosura que hay en él engarzados, nos recuerdan por su amplitud y grandeza aquel famoso fragmento de *Jocelyn:*

> ¡Oh, nuit majestueuse, arche immense et profonde!...
>
> ¡Oh, momento solemne! La campana
> de la ruinosa torre de la aldea
> llamaba á la oracion; *la noche oscura*
> *avanzando imponente y soberana,*
> *su negra y estrellada colgadura*
> *por el inmenso espacio descogía;*
> y entre el rumor de la arboleda umbría,
> en medio de su calma solitaria,
> subiendo al cielo en los alados sones
> del bronce de la iglesia y confundidos
> en la piadosa y mística plegaria
> que alza la tierra al extinguirse el día,
> como notas de un arpa los latidos
> de aquellos generosos corazones
> vibraban repitiendo:—¡Ave María!
> ¡Consuelo de los tristes y afligidos!—

Tal es en suma y brevemente considerado, el nuevo poema de don Gaspar Núñez de Arce. Débil en su conjunto, desigual en los detalles, felicísimo en raras ocasiones, no tiene *Maruja* aquel sello de originalidad que distingue á las obras verdaderamente grandes y bellas. En cuanto al estilo, nada tenemos que observar sino es que las imágenes se repiten con demasiada frecuencia y los mismos efectos se prodigan á tal extremo que pierden el secreto de la ilusión artística. Idéntica

observación nos había sugerido la primera parte de *Hernán el Lobo*, única publicada según nuestras noticias, y cuya analogía con *El Vértigo* se manifiesta no sólo en la idea general del poema, sino aun en los más importantes y expresivos detalles. Á pesar de estos graves defectos, *Hernán el Lobo* es obra de más vigor y de más alto significado que *Maruja* y bien merecía que el autor la llevase cuanto antes á cumplido término. Ojalá que el poeta de *Raimundo Lulio*, el discípulo apasionado de Quintana que, remontando más allá de su propio maestro, fué á beber su inspiración en la abundosa y magnífica fuente de Byron y en la sagrada selva del Gran Padre Allighieri, logre dar tregua á sus bucólicas aficiones y vuelva por fin á las altas regiones de la poesía, únicas en donde pueda espaciar libremente el poderoso vuelo de su espíritu.

JUAN AGUSTIN BARRIGA

JOSÉ ANTONIO SOFFIA [1]

POETA CHILENO

Estudio leído en la sesión conmemorativa del poeta, que celebró la Facultad de Filosofía, Humanidades y Bellas Artes de la Universidad de Chile el 14 de abril de 1886.

De todos los grandes escritores que han tratado de definir la poesía, creemos que ninguno ha dado una idea de ella más comprensiva y exacta que Schiller, al definirla por su objeto, en su *Tratado de la Poesía sencilla y la poesía sentimental.*

El objeto de la poesía, dice, no puede ser otro que el de dar á la humanidad su expresión más completa, es

(1) El ilustre publicista y literato señor don José V. Lastarria ha tenido la galantería de favorecernos con el presente artículo, que ahora publicamos.

Aprovechamos esta ocasión para darle las gracias por las poesías inéditas del señor Soffia, que juntamente con las breves líneas que les servían de introducción, tuvo también el señor Lastarria la amabilidad de remitirnos.

La Dirección.

decir, representar el ideal estético, que es la naturaleza humana en el acuerdo perfecto de sus fuerzas, en la feliz armonía de las facultades sensibles é intelectuales, armonía que sustrae al hombre de toda influencia predominante, asegurándole por tanto su verdadera libertad.

Este ideal estético, agrega, vive en el hombre, ya en estado de naturaleza, ya en estado de deseo, y el sentimiento de este ideal, que forma el fondo del sentimiento poético, tiene siempre por objeto la bella naturaleza y la humanidad dichosa. Y puesto que el ideal estético puede existir sencillamente, como un estado natural, ó sentimentalmente, como en estado de deseo, la poesía se divide en poesía sencilla *(naïve)* y poesía sentimental. La primera traduce lo que ve, lo que es, si la naturaleza bella es una realidad viviente y basta copiarla con fidelidad; y, por el contrario, la segunda necesita imaginar para sostituir á la realidad sus aspiraciones.

De aquí es que, á su juicio, toda poesía sentimental es satírica ó elegíaca. La poesía satírica tiene por objeto evidentemente representar el mundo tal como es en presencia del ideal, y de las aspiraciones del poeta, porque el mundo tal como debe ser no se encuentra sino en la imaginación del poeta; y llega á ser satírica trágicamente ó cómicamente, cuando su tono general es negativo al frente de la realidad. Mas, cuando su tono es positivo, por cuanto es una afirmación del ideal, la poesía sentimental se convierte en elegíaca; y como el mundo ideal en sí mismo puede ser representado de dos maneras, ya como un puro ideal que no existe ni existirá, ya como una realidad feliz que ha existido en otro tiempo ó que existirá un día, el poeta contemplará, en el primer caso, melancólicamente el sueño de su fantasía, y entonces se-

rá simplemente elegíaco, ó contemplará su ideal en el segundo gozosamente, y esto le convertirá en idílico.

En esta fórmula tan comprensiva de la poesía general se encuentra un criterio fijo para caracterizar á los verdaderos poetas; y según él, puede ser apreciado con justicia José Antonio Soffia, que es uno de los más grandes entre los poetas contemporáneos de la América española.

Lo que constituye el sentimiento poético es el ideal estético, sea que aquel sentimiento se exprese por el lenguaje rimado, por las notas musicales, ó por el dibujo solo ó acompañado del colorido. Sin el ideal estético no hay poesía, aunque se emplee toda la destreza de la mediocridad, tan desagradable para Teófilo Gautier, en escribir líneas rimadas y cesuradas convenientemente, que tienen la apariencia de versos, sin contener un átomo de poesía; ni hay música, aunque se pretenda atolondrar los oídos de los dilettanti con armonías ajustadas á las reglas del contrapunto, pero extravagantes y sin melodía, como las de la música del *porvenir;* ni habrá pintura ó escultura con sólo pintorrear ó cincelar, como no hay arquitectura con sólo emplear adornos churriguerescos.

El ideal estético, ó sea la idea del acuerdo perfecto de las fuerzas humanas, de la feliz armonía de las facultades sensibles é intelectuales, como dice Schiller; ó, como se ha repetido tantas veces, la idea del desarrollo integral y completo de todas las facultades del hombre, en todas sus relaciones con sus semejantes y con la naturaleza, es el fundamento de las bellas artes, porque es lo que constituye la perfección, y, por consiguiente, la verdad. La ley fundamental del arte es la verdad, y sólo cuando el espíritu puede investigarla con toda libertad,

para expresarla con vigor y claridad, sin estar sujeto á otra autoridad que la de los hechos, sólo entonces alcanza el arte su perfección, sea en la pintura ó la escultura, sea en la música ó la poesía.

Cuando se tiene en el alma el sentimiento poético, y, por tanto, el ideal estético que lo constituye, no importa que se tenga un corazón grosero, como el del autor del *Emilio*, ni que el poeta sea el menos lírico y á veces se muestre cínico y burdo, como se supone á Voltaire, ni que se carezca de calidades de bondad. Á pesar de todo eso, el poeta será siempre poeta, como lo era Soffia, quien, por otra parte, era el más bondadoso de los hombres, y era sincero, leal, moderado y culto, á pesar de su gruesa y prosaica envoltura corpórea y de su constante y desabrida risa, que se han recordado al recordar también las malas cualidades de Rousseau y de Voltaire.

Y decimos esto, porque el distinguido literato don Manuel Blanco Cuartín deja entender en el editorial de El Mercurio del 17 de marzo, que dedicó á Soffia, que en este había una antinomia entre su estro y sus cualidades; artículo que, sea dicho de paso, es el único que nuestra prensa ha consagrado hasta hoy al eminente poeta. Hace tres meses que ella habla diariamente de la memoria de Vicuña Mackenna, y no ha tenido otro recuerdo que el de El Mercurio para el buen servidor de su patria, que ha muerto en su servicio y léjos de ella, y que deja una labor literaria más duradera que la de aquel fecundo escritor, y la cual no honrará menos las letras de esta América.

Por otra parte, la autoridad literaria del redactor de El Mercurio puede dar mucho valor á una idea que de tiempo atrás abriga en materia de poesía, sin embargo

de que no es exacta, y que enuncia á propósito de Soffia.

Esta idea es la de que "para el poeta de las sociedades modernas, ni tampoco para el orador se han menester las calidades de bondad, etc., que los antiguos retóricos les asignaban como indispensables".

En materia de bondad, no se puede confundir al orador con el poeta. Á éste no se le ha pedido, ni en los tiempos antiguos ni en los modernos, una conducta irreprochable, una moralidad siempre sostenida y practicada. Basta recordar de los antiguos á Horacio que decía que el poeta que no bebe más que agua no puede componer versos agradables, y que á los pintores y poetas les es permitido valerse de todo y emprenderlo todo; á Martial que, comensal obligado de todos los sibaritas, decía que no le era posible componer cosa buena en ayunas, pero que después de embriagarse tenía la fecundidad de quince poetas; á Catulo que sostenía que el poeta no necesitaba ser casto en sus versos, como él no lo era con la bella Clodia ni en las canciones que le dedicaba nombrándola Lesbia; y de los modernos, entre ciento, á Alfredo de Musset, que, á pesar de embriagarse con ajenjo para producir, y de sus escándalos con George Sand, no dejó de ser de los cuarenta de la Academia, ni deja de figurar al lado de Lamartine y de Víctor Hugo.

Siempre se ha prescindido de la conducta de los poetas y de su moral privada, como se prescinde de la de todos los grandes escritores que han hecho en las ciencias ó las letras una labor proficua y de enseñanza; pues la posteridad, que la utiliza y se perfecciona por ella, no tiene derecho de penetrar en las intimidades del que le revela por escrito la verdad, ó se la presenta copiada de

la naturaleza: la verdad es la justicia, y cuando ella resalta, no importa que esté grabada en planchas de oro ó escrita en papel de estraza. El brillante deslumbra con sus láminas, á pesar que las manos que lo pulen están siempre sucias y callosas.

No así del orador. Desde Cicerón y Quintiliano hasta Lamartine y Cormenin, se ha dicho y sostenido que la honradez del orador debe ser acrisolada y limpia como la luz del sol. Si los objetos de la elocuencia son lo grande, lo honesto, lo verdadero; si ella consiste, como dice Pascal, en cierta correspondencia que se procura establecer entre el espíritu y el corazón de los que escuchan, por una parte , y por la otra, entre los pensamientos y la expresión del que habla; si, en fin, es ella el arte de convencer, de persuadir, de conmover, de atraer, de modo que por su medio las virtudes de uno solo se hacen comunes á todos los que le escuchan, según la expresión de madama de Estael, es evidente que los tunantes, los refractarios y los viciosos no pueden ser oradores, por más que peroren maravillosamente, porque nadie les cree ni á nadie pueden persuadir ni inspirar virtudes. Las calidades de bondad que exigían los griegos á Esquines, los romanos á Cayo Cetego, y los de la edad media al Aretino, que también se llamaba divino, como orador, las exigen y han exigido siempre los modernos: testigo Villaud entre los franceses.

Pero volvamos á los poetas, entendiendo por tales á los que poseen, como Soffia, el sentimiento poético, el ideal estético; y no los que por otros estímulos hacen versos. Es necesario no convertir en ley de nuestra crítica literaria el desgraciado cuanto extravagante criterio del compilador Cortés, por más que tenga imitadores

en la especulación. En su *América Poética* hace poetas y poetisas de cuantos en estos países han hecho alguna composisión en líneas rimadas y cesuradas. ¿Quién no ha hecho un verso, ó construido un soneto, siquiera en su juventud, aunque sea *invita Minerva?* Y cuántos grotescos no hay en aquella colección á quienes se podría decir con Boileau

> Maudit soit l' auteur dur, dont l'âpre et rude verve,
> son cerveau tenaillant, rime malgré Minerve,
> et, de son lourd marteau martelant le bon sens,
> a fait de méchants vers douze fois douze cents.

No hablemos de los que cantan inspirados por los nobles instintos de la juventud, para perder luego su estro en el bullicio de la sociedad, sino de los que perseveran, animados del ideal estético, que les da una viva noción de lo justo, lo bueno, lo útil y lo bello. Soffia poseía en alto grado este sentimiento, y lo poseía desde niño, como lo recuerda tan tiernamente en estos versos á su *connubio* con la poesía:

> .....
> De mi niñez penosa y solitaria,
> ella en consuelo convirtió el dolor;
> ¡alcé en su idioma mi primer plegaria,
> canté en su ritmo mi primer amor!
>
> Suele esquiva negarme sus favores,
> mas yo mi culto sin cesar le doy;
> á ella le debo las alegres flores
> que, hasta marchitas, me consuelan hoy.
>
> La angustia de la tierra no me importa
> pendiente de su encanto espiritual;
> ella me dice que la vida es corta
> y que es cobarde quien se rinde al mal.

¡Es mi sola ambición ser digno de ella,
seguir su impulso, acariciar su amor,
ver en sus luces mi polar estrella,
mi fe brindarle con creciente ardor!

Y esta maga de luz y de alegría
que tanto adoro, que me lleva en pos,
¡eres tú, misteriosa *Poesía*,
rayo, poder y encarnación de Dios!

Y no era él por cierto el que podía mirar como misteriosa á la poesía, desde que la considera como el rayo de Dios, como el poder y la encarnación de la ley infinita, en virtud de la cual el objeto de la poesía no puede ser otro que el de dar á la humanidad su expresión más completa.

Soffia se la dió, si no en todos, en la generalidad de sus cantares; pues como lo observa Rodríguez Velasco, otro cantor de la misma estirpe, dirigiéndose á él, en la introducción puesta al primer volumen de *Poesías Líricas*:

La patria, el arte, el amor,
la amistad, la simpatía,
todo cuanto es poesía,
la fe, la gloria, el honor,
la alegría y el dolor,
dios y la naturaleza,
la virtud y la belleza,
todo lo que el bien inspira,
todo ha prestado á tu lira
un eco de su grandeza.

En efecto, no hay tema de los enumerados en esta décima que no haya tratado Soffia en versos sonoros, porque tenía, como Ovidio, una organización eminentemente poética; y aunque hubiera dicho en són de pro-

testa, como el romano, *nunquam versificabo*, siempre espontáneamente lo habría versificado todo.

Por eso es que hay en sus obras mucho de superfluo, y podría suprimir gran parte de sus poesías eróticas, sin perjudicar á su gloria. Por el contrario, hay muchas de ellas en que su sensibilidad raya en conceptuosa, y por lo mismo cae en lo falso, no obstante de que su forma es siempre sencilla y natural. Si la sencillez, esa ingenuidad y llaneza en la poesía, que los franceses expresan con su palabra *naïveté*, es la manera de expresar el sentimiento poético con toda la naturalidad del estilo y con la apariencia de una espontaneidad sin estudio ni fingimiento, Soffia la posee en alto grado.

Mas la poesía de Soffia no solamente es sencilla porque traduce lo que ve, lo que es, copiando con fidelidad la bella naturaleza; sino que además también imagina para sostituir á la realidad sus aspiraciones. Es poeta sencillo y sentimental, en todo el rigor de la clasificación de Schiller, como lo son el arjentino Carlos Guido Spano, el chileno Guillermo Blest Gana ó el peruano Arnaldo Márquez, que son los tres tipos verdaderos y correctos del género entre todos los hispano americanos que conocemos de los que viven.

Eso sí, á nuestro juicio, Soffia carece de esa constante entonación lírica, entusiasta y al mismo tiempo ingeniosa del más correcto de los poetas platinos; carece de esa exquisita espontaneidad y dulce ternura, siempre donairosa, de Blest Gana; y no tiene la profundidad severa y melancólica de Márquez, como tampoco alcanza el verdadero lenguaje poético de estos, pues á veces es vulgar, ó á lo menos inelegante. Pero no es inferior á ellos en la copia de la naturaleza, pues su pincel no sólo dibuja

todos los contornos y detalles, sino que les da un colorido tan vivo como verdadero. Mas sus poesías líricas son casi siempre anacreónticas, si se exceptúan las bellas imitaciones de Víctor Hugo y sus cantos á O'Higgins y Aconcagua, en los cuales aún no se halla la entonación de la oda heróica que tanto resplandece en los himnos de Guillermo Matta ó de Eduardo de La Barra, los dos poetas que hoy se acercan al pindárico cantor de Junín, el inmortal Olmedo. Para caracterizar el lirismo sencillo de Soffia, entre muchas de sus poesías que lo comprueban, escojemos la siguiente, por retratar un fenómeno raro de que hay una muestra en nuestro desierto:

EL LAGO Y LA LUNA

En triste desierto sin flores ni aves,
un lago se mira sin luz ni esplendor,
las auras le niegan sus soplos suäves,
sus aguas dormidas no tienen rumor.

No cría en su seno preciados corales
ni conchas, ni perlas jamás ocultó,
no goza el tributo de claros raudales,
gaviotas ni cisnes en él nadie vió...

Muy triste es el lago, muy solo y muy triste,
sin aves, sin flores, sin grato rumor:
dormido en la calma parece que existe
sufriendo las penas de inmenso dolor!...

Mas ¡ah! nunca el bardo miró cosa alguna
más bella que el lago dormido en su paz,
si en él apacible refleja la luna
plateada y hermosa su espléndida faz!...

Sus aguas semejan purísimo espejo,
la luna una virgen de tanto pudor,
que tiembla mirando su propio reflejo
temiendo la aceche falaz amador...

Las claras estrellas que el lago retrata
son hadas envueltas en blanco cendal,
ceñidas de perlas, con cintos de plata
y hermosas diademas de luz sin igual...

¡Qué bello es entonces, qué bello es el lago
do el cielo refleja su excelso esplendor!
¡Graciosas ondinas le brindan su halago,
las auras le prestan su dulce rumor!...

Mi canto es el lago de triste fortuna,
sin flores, cubierto de negro capuz:
¡tu nombre, bien mío, tu nombre es la luna
que amable y hermosa le viene á dar luz!

Con todo, como poeta sentimental, en su doble carácter de satírico y de elegíaco, Soffia aventaja á los poetas nombrados. Es cierto que en los dos volúmenes publicados por Soffia, *Poesías Líricas* en 1875, y *Hojas de Otoño* en 1878, no se hallan coleccionadas sus poesías satíricas; pero, en impresiones sueltas, ó inéditas, se conocen varias que han sido muy aplaudidas, porque hacen reír de buena gana. No obstante, si hacen reír, es porque en general la sal que las sazona tiene mucho de diatriba. Tal vez por eso el autor no las ha coleccionado, y no ha dejado conocer este rasgo de su talento poético, que es raro entre nosotros; y lo es porque es todavía cortísimo el número de poetas que nos honran. Tan sólo uno, Guillermo Matta, ha afirmado su ideal del mundo, tal como debe ser; por lo cual es casi siempre satírico hasta en sus cantos líricos; y su tono elegíaco, que es el de sus composiciones, está realzado por el espíritu trájico ó cómico.

No podemos colocar á su nivel á Rodríguez Velasco, á Barros Grez, á Valderrama, que son también del gé-

nero, porque los dos primeros, en las comedias que prueban su sentimiento satírico, no han afirmado aún su tono negativo al frente de la realidad, pues la aceptan, ó á lo menos transigen con sus tradiciones; y el tercero, mantiene inéditas sus composiciones de la escuela de Bretón de los Herreros que prueban su vena satírica, tales como *El Burro*, *El Refectorio* etc.

En lo que Soffia es fecundo es en la poesía elegíaca, sea que revele un ideal que no existe ni existirá, sea que cante una realidad feliz que ha existido ó existirá, siendo en este último caso verdaderamente idílico, como lo prueban no solamente sus bellísimas imitaciones de Víctor Hugo, sino un gran número de composiciones originales, en que aparece su profundo sentimiento moral y religioso, y una verdadera fruición en el bien absoluto.

Necesitamos fijar la idea de este sentimentalismo idílico. En los tiempos de Hermosilla, el idilio había perdido en la poesía castellana su sentido helénico, de composición corta de cualquier género, que tuviera la sencillez unida al arte; pues se aplicaba el nombre de idilios á las composiciones bucólicas en que hablaba sólo el poeta, describiendo una escena campestre ó cantando aventuras de pastores, á diferencia de las églogas en que sólo éstos cantaban.

Y ello no era extraño desde que, á contar de los tiempos de la Aminta en Italia, y de los de la Diana en España, se bautizó con el nombre de idilio este género ambiguo y pastoril; y desde que á principios de este siglo la alta sociedad de París puso á la moda la literatura bucólica, llamando idilios todos los escritos en que se cantaba á la naturaleza en versos, y hasta en prosa, como la *Atala*.

Mas en nuestros días se ha vuelto al sentido que los griegos dieron al idilio. Hoy en España, si no nos equivocamos, desde hace quince años ó poco más, los poetas lucen su ingenio en poemitas ó composiciones pequeñas, sin arte aparente, de exquisita naturalidad, y en las cuales la forma no vale tanto como la intención y la profundidad del pensamiento. Becker se hizo notable en este género de origen alemán, y tan usado por Heine; pero no le dió nombre, como Campoamor, que tan impropiamente llama *Doloras* á sus composiciones cortas, aunque sean epigramáticas, ya que lo conceptuoso de ellas no le permite llamarlas *idilios*, como con tanta propiedad llama á las suyas Nuñez de Arce, que las hace divinas por su sencillez y naturalidad.

Soffia, que poseía estas dotes en alto grado, tiene muchos idilios, sin el nombre; aunque en ellos no sobresale por la profundidad filosófica ni por la novedad de la intención ó del sentimiento. Sin contar con varias composiciones fugaces, tiene varias que llama *poemas*, las cuales merecen mejor, como aquellas, el nombre moderno de idilios, tales son *La Ingratitud*, *La Epopeya del León*, imitación de Víctor Hugo, *Las dos Urnas* y *La Inconstancia*. Hay en ellas toda la sencillez, sin arte aparente, que constituye el idilio, y sus formas y versificación son irreprochables.

Tiene además otro poema, con todas las pretensiones de tal, titulado *Michimalonco ó la Conquista del valle de Chile*, que, por carecer de la unidad de un período cíclico y de otras cualidades clásicas, no merece aquel nombre, y es más propiamente una leyenda histórica escrita en excelentes versos, con calor, con sencillez y con un sentimiento enteramente elegíaco.

Esta es la obra más seria de Soffia, y tiene bellezas incomparables, que es preciso apreciar en la lectura completa; pues no tendrían valor si copiáramos aquí algunos fragmentos. Y sin embargo tiene algunos lunares que la lima habría podido extirpar, siendo el más notable el de que su grande héroe, Michimalonco, desmienta en el desenlace su altivo carácter y sus nobles cualidades. Idolatra á Guajilda, que combate á su lado en la toma de Santiago; y aprisionando él á Inés de Suárez, se prenda de esta en el furor de la batalla, y de idolatría *siente en su pecho arder traidora llama.* Pero en seguida Guajilda cae á su lado traspasada por la espada de Villagra, y el gran patriota suelta su presa y se rinde de dolor para morir en un cadalso, trocando en debilidad su valor salvaje y su fanatismo por la patria que defiende.

Mas las bellezas de la versificación, la naturalidad de las situaciones, las descripciones de sus héroes y sobre todo el sentimiento que domina en la obra y su tono elegíaco al mismo tiempo que idílico, ocultan aquellos lunares, y hacen del Michimalonco el más brillante joyel de la corona del poeta.

Después de este poema, que obtuvo el primer premio en el certamen artístico y literario que promovió el gobierno para celebrar el aniversario de la independencia en 1877, Soffia ha producido tantas obras poéticas, que podrían formar otros dos ó tres volúmenes tan gruesos como los publicados. Conocemos varias de ellas, y para demostrar que había progresado en su género, y que su estro no decaía, se nos permitirá trascribir el más donoso de sus idilios, que, publicado con bellas ilustraciones en el Papel Periódico de Bogotá, en junio de 1884,

no es conocido en Chile, porque nuestra prensa no lo ha reproducido:

LAS DOS HERMANAS

RECUERDO DEL MAGDALENA

(Á mi estimado amigo Alberto Urdaneta)

I

En una tarde limpia y serena,
como del trópico casi ideal,
á las orillas del Magdalena
grato respiro bajé á buscar.

Las auras tibias de la montaña
mecían lentas el platanal;
y no distante ví una cabaña,
cual nido oculto bajo el palmar.

En el sendero, junto á un bohío,
dos aldeanas hallé al pasar;
una, penosa, miraba al río,
la otra bordaba, con triste afán.

Aquélla, al verme, se alejó esquiva;
ésta, al contrário, con dulce faz,
corta en palabras, pero expresiva,
me acogió afable con su mirar.

—¿Sois dos hermanas? la dije incierto;
—Sí, dos hermanas somos no más.
—¿Y vuestro padre?—Mi padre ha muerto,
mi madre, anciana y enferma está...

Siguió un silencio de causar frío...
miré á la niña... la ví llorar...
su hermana inmóvil miraba al río;
y ya venía la oscuridad...

II

Era la solemne hora
de los recuerdos... ¡Muy lejos
del vivo sol los reflejos
morían en confusión;

y la estrella brilladora
del crepúsculo, en la altura
con su luz tranquila y pura,
convidaba á la oración...

¡Bello es el río! El paisaje
muestra el lujo de grandeza
con que la naturaleza
colma el suelo tropical:

Selvas de inmenso follaje,
todo virgen y risueño,
¡edén... forjado en un sueño
de fantasía oriental!

Cual centinelas inmobles
que abren paso á su monarca,
en cuanto la vista abarca
se ven sus filas tender

gruesas ceibas, altos robles,
mangles y cedros pomposos,
que contemplan silenciosos
el Magdalena correr...

Las luces de los cocuyos,
que de la orilla se alejan,
entre la selva asemejan
luces de oculta ciudad;

y con primores tan suyos,
que imposible imitar fuera,
se ve una y otra ribera
competir en majestad!...

Como un Tritón prepotente
navega el vapor silbando,
y sus chispas pregonando
grandioso futuro van.

Ruge al chocar la corriente
del agua contra la quilla,
y al fondo, desde la orilla,
se echa el pesado caimán...

Sentado en rústico tronco
junto á la pobre cabaña,
quedéme absorto en extraña,
profunda contemplación.

Del río el murmullo ronco
y el vago sonar del viento
hablaban, con triste acento,
de algo raro al corazón...

Pensaba... mas, de repente
la joven de la ribera,
como si nadie la oyera,
entonó con blanda voz

esta canción tan doliente,
y de tal melancolía,
que el lamento parecía
de la angustia más atroz:

—¡Qué grande que viene el río!
¡Qué grande se va á la mar!
Si lo aumenta el llanto mío
¡cómo grande no ha de estar!...

Río!... río!...
devuélveme el amor mío,
que me canso de esperar!...

¡Qué negra la noche ingrata
viene mi pena á aumentar!...
Si ella mi dolor retrata
¡cómo negra no ha de estar!...

Río!... río!...
devuélveme el amor mío,
que me canso de esperar!...

¡Qué triste susurra el viento!
¡Parece ausencias llorar!...
Si él repite mi lamento
¡cómo triste no ha de estar!...

Río!... río!...
devuélveme el amor mío,
que me canso de esperar!...

¡Qué sordo que el río suena!
¡No quiere á nadie escuchar!...
Cuando no escucha mi pena
¡cómo sordo no ha de estar!...

Río!... río!...
devuélveme el amor mío,
que me canso de esperar!...

III

Entretanto, sin hablar,
con su hermana, á corto trecho,
la miramos inclinar
la cabeza sobre el pecho
y exasperada llorar...

—Vuestra historia será triste,
dije al fin á la aldeana;
—La mía no, que no existe,
¡la triste es la de mi hermana
que á su aflicción no resiste!...

—¡Cuéntamela! Soy viajero,
y, aunque pronto partiré,
esa historia saber quiero!...
—¡Dejadme llorar primero
y luego os la contaré!...

Miró á su hermana un momento,
las lágrimas se enjugó
y con simpático acento,
ocultando su tormento,
su relato principió:

—Tras penosos desengaños,
sin fortuna y sin hogar,
en estos bosques extraños
con mi madre, hace veinte años,
mi padre vino á habitar.

Cuanto este cercado encierra
con su trabajo adquirió;
mas, sonó el grito de guerra
y, atravesando la sierra,
fué á la guerra... y no volvió!...

Crecimos en la orfandad;
mas, mi hermaña, aunque lloraba,
creyó en la felicidad,
¡pues era amada y amaba
con ciega fidelidad!

El dueño de su alma pura
era un joven pescador
de varonil apostura,
un tigre por su bravura
y una paloma en su amor!

El río era su elemento,
y, en su *balsa* ó su *champán*,
siempre encontró salvamento
cada viajero en tormento,
ó apurado capitán.

Jamás lo encontró cobarde
la suerte, con que luchaba;
noble y bueno, sin alarde,
á esta caleta arribaba
con más amor cada tarde.

En la noche, entusiasmado,
nos relataba la historia
de sus días de soldado;
¡pero su sueño de gloria
era amar i ser amado!

La víspera de aquel día
fijado para alcanzar
su ambicionada alegría
uniendo á la hermana mía
su existencia ante el altar,

el grito horrendo y agudo
de un náufrago se escuchó;
arder su sangre sintió,
vencer su instinto no pudo
¡y en el río se lanzó!

Entre las aguas nadando
lo miramos, como un pez;
iba al náufrago alcanzando,
y... ¡aunque seguimos mirando
no lo vimos otra vez!...

Sólo dos bultos unidos
la corriente nos mostró...
Se escucharon dos gemidos...
¡*Ella* perdió los sentidos
y enajenada quedó!...

Lento su mal la devora;
y, loca, mirando al río,
canta á veces, otras llora,
y sigue en su desvarío
día á día, hora tras hora!...

Sintiéndose conmovida
su relato interrumpió;
la ví llorar afligida...
mas de pronto decidida
la niña así continuó:

—¡Qué hacer, si Dios lo ha mandado!...
—Confía en Él! respondí.
Dejé mi óbolo olvidado...
miré su rostro y lo ví
risueño... pero empapado!...

Y al ver tal conformidad
mezclada con tanto duelo,
dije á ese ángel de bondad:
—¿Cómo te llamas?
—Consuelo.
—¿Y tu hermana?
—Soledad....

IV

Torné á la barca, y en la noche oscura
vi en la playa una luz, cuyo fulgor
me señalaba el sitio sin ventura
de una historia tan llena de dolor...

Muellemente la nave se mecia
cual blanda cuna, con balance igual,
y arrullar, cariñosa, parecía
de las almas el íntimo ideal;

aquellas vagas esperanzas bellas,
esos enigmas de anhelado bien
que en las nubes, el agua y las estrellas
mudos viajeros pensativos leen...

La nocturna luciérnaga brillaba,
y en la selva el enjambre velador
de cigarras i grillos, no cesaba
de herir el aire con tenaz rumor...

Quedó mi mente en el delirio envuelta
y, al alba, la verdad me despertó
cuando, como un alción, libre y resuelta
su destino la nave prosiguió...

En medio del ramaje, la cabaña
medio escondida diseñarse ví...
cambió de senda el río... la montaña
se interpuso á mi vista... y la perdí!...

V

De aquel barco, en la ciudad,
al capitán torné á ver
y le dije:—Perdonad:
¿algo habéis vuelto á saber
de Consuelo y Soledad?

—Nunca he vuelto á aquella playa,
me dijo, mas, si queréis
noticias, no bien que vaya
á esos sitios, cuanto haya
de nuevo, ya lo sabréis...—

¿Por qué, por qué no olvidó
su promesa el capitán?...
Ah! su palabra cumplió
y aquí las líneas están
que su mano me escribió:

—"Por complaceros, fuí diligente
á la ribera que os prometí.
Salté á la playa... ¡qué diferente
tras cortos años todo lo ví!

Espesa hierba borrado había
hasta la senda del platanal,
y un rapazuelo que me seguía
—¡Volved! me dijo, porque vais mal...

—¡Si de Consuelo busco el bohío!...
—Murió su madre y ella se fué...
—Pero ¿y su hermana?—Se arrojó al río,
que estaba loca, por no sé qué...—

¡Lo habéis oído!... ¡Cosas del cielo...
que no comprende la humanidad!...
Tal vez consuelo no halló Consuelo...
¡pero dichosa ya es Soledad!...»

Bogotá, 1882.

Después de este dulce cantar, no conocemos sino la noticia de la muerte del poeta, que parece no haber sido oída por todos en su patria.

Muere de cuarenta y dos años, porque había nacido en 1843 en Valparaíso. Quedó huérfano muy temprano, pues su madre, que era viuda, hija del padre de la patria don José Gregorio Argomedo, murió en el incendio de la Compañía; y cuando á los diez y nueve años comenzó á publicar en La Voz de Chile sus primeros versos, apenas había hecho sus humanidades en el Instituto Nacional. Sus condiscípulos, que tomaban al principio por opacidad de espíritu su habitual bondad y la dulzura de su carácter, aplaudieron sus primeros versos, reconociéndole talento; y le admiraron después, cuando le vieron cooperar, como poeta, en los periódicos literarios de Santiago.

En 1864, fué ayudante de la Biblioteca Nacional, y permaneció allí más de seis años, completando su instrucción poética, con una constante lectura, que ensanchó los horizontes de su espíritu. En 1871, entró en la administración, como intendente de la provincia de Aconcagua, en donde se hizo querer y bendecir, cobrando él mismo tal cariño por aquel suelo, que siempre lo recordó y cantó con entusiasmo en sus versos. Sus gobernados le hicieron manifestaciones de respeto y gratitud que no se han repetido á la salida de otros gobernantes. La Municipalidad de San Felipe le dirigió una

nota con ese fin en 10 de mayo de 1872, y el 18 del mismo la junta de visitadores de escuelas le dió testimonio del impulso que él había dado á la instrucción primaria.

De aquella intendencia vino á ser oficial mayor del Ministerio del Interior, donde le conocimos de cerca y admiramos su clara inteligencia y constante laboriosidad. No por poeta, dejó de ser un excelente oficinista; pero como era ambas cosas á la vez, escribía oficios y decretos al mismo tiempo que recojía, de paso, alguna inspiración, fijándola en un soneto ó en una octava, que quedaba en su mesa revuelta, en cuyo desorden sólo él sabía penetrar.

Á fines de 1880, fué nombrado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Chile en los Estados Unidos de Colombia, y ha permanecido en Bogotá cinco años hasta su momento supremo, que le sorprendió cuando iba á trasladarse, con la misma misión diplomática, á Buenos Aires. No deja hijos, pero sí una bella esposa á quien amó y cantó con tanta ternura, y quien será acompañada en su dolor por aquella sociedad para la cual ella y su amado fueran tan simpáticos.

Soffia ha sido querido en Bogotá y servía de centro á los amantes de las letras, aunque la política los dividiera, en aquella tierra bonancible, en que el calor de su zona solo agita el corazón. Se dice que allí todos hablan en verso, no sólo porque nuestra lengua los da acentuados y correctos hasta en prosa, sino porque el estilo poético es patrimonio común.

El distinguido literato colombiano don Manuel Marroquín ha publicado en el periódico antes recordado un rasgo biográfico de Soffia, recordando la impresión que

allí produjo la noticia de que Chile les mandaba de Ministro al célebre poeta que había escrito *Las Cartas de mi madre*. Y luego agrega lo que en seguida extractamos.

Lo natural, dice, era que el que tanta espectación producía apareciese inferior al retrato ideal que de él había formado la fantasía; pero no fué así, porque la presencia del señor Soffia, y el haberse atraído desde el punto en que llegó la confianza de toda la parte culta de la sociedad, lejos de desvanecer las impresiones favorables que sus obras habían inspirado las hicieron mil veces más hondas. Y después de exponer cuán conciliadora y atinada era la acción diplomática del poeta, escribe lo que consignamos en seguida para que se vea qué títulos tiene Soffia á ser recordado con cariño en Bogotá.

»No sólo se ha granjeado el aprecio de los particulares como particulares, sino que se ha hecho popular entre la gente culta, y señaladamente entre los aficionados á las letras, iniciando y fomentando empresas importantes para éstas y por todos conceptos benéficas.

»Levantada ya la última sesión solemne de la Academia Colombiana, de la que es miembro honorario, tomó la palabra, y después de deplorar el que se hubiese suspendido la publicación del REPERTORIO COLOMBIANO, y de encarecer la importancia de esta REVISTA LITERARIA, comprometió á los que habían sido redactores de ella á que continuasen publicándola, y á todos los concurrentes capaces de escribir, á que ofreciesen su cooperación. Así, el REPERTORIO le debe hoy su existencia.

»Cuando se estaban haciendo preparativos para solemnizar el Centenario de Bolívar, concibió el proyecto de

que se diese á luz el 24 de julio un libro compuesto de romances que, sobre asuntos relativos á la guerra de Independencia, habían de escribir los poetas colombianos. La empresa era de las más arduas, porque el término era angustiado, y porque los poetas á quienes se había de ocurrir no habían cultivado el género especial á que debían pertenecer las composiciones; pero, tras un par de reuniones en casa del mismo señor Soffia, reuniones tan sabrosas como todas las que allí se efectúan, ya sean de hombres solamente, ya de señoras y hombres, quedó acordada la formación del *Romancero*, y quedaron distribuídos entre los escritores los temas propuestos por el inolvidable y malogrado José María Quijano Otero. Los bogotanos que concurrimos, sabiendo que en nuestras imprentas no puede hacerse edición de un libro sino cuando se dispone de mucho tiempo, abrigábamos la más absoluta certidumbre de que aquél de que se trataba no podía estar impreso para el 24 de julio. Pero el 24 de julio, antes de mediodía, estaba el *Romancero Colombiano* en manos de muchos lectores.

"Con esta empresa, no sólo consiguió el señor Soffia que se contribuyera de un modo digno y lucido á la celebración del Centenario, sino que despertó entre nosotros la afición al hermoso y enteramente español género literario que fué menester cultivar para producir la obra.

"Actualmente se acaba de fundar el Ateneo de Bogotá, merced á los esfuerzos del señor Soffia. Y aquí cometeré la indiscreción de decir que él no ha tenido presente sólo el impulso que puede dar este instituto á las ciencias y á las artes. Yo sé que allá en sus adentros se siente halagado por la idea de que el Ateneo ejerza una acción conciliadora, dando ocasiones para que los hom-

bres distinguidos y estudiosos, por muy separados que los tenga la política, se encuentren en un campo neutral en que, olvidadas siquiera momentáneamente nuestras contiendas, sientan unos por otros la estimación que raras veces deja de engendrar el trato, y se habitúen á ser colegas, camaradas y hasta amigos fuera del campo de la política, aunque en éste se traten como decididos adversarios.

»El señor Soffia toma parte en otras labores que, justamente por ser en apariencia poco importantes, dan idea de que no vive en Bogotá como extranjero; de que no sólo vive *entre nosotros* sino *con nosotros*. Ahora ha contribuído con eficacia, tomándose gran trabajo, á la formación de un álbum de autógrafos para el Bazar de los pobres que debe verificarse próximamente. El verdadero amigo de la casa no es el que toma parte en los acontecimientos raros i más señalados que ocurren en la familia, sino el que interviene y ayuda en las interioridades y menudencias.

»La afición del señor Soffia á las bellas letras, y especialmente á la poesía, ha contribuído á ligarlo estrechamente con gran número de personas notables de esta ciudad. Muchas de las reuniones que han tenido lugar en su casa han sido de carácter literario, y no pocas de sus relaciones se han estrechado y han sido alimentadas por trato frecuente, gracias á aquella afición.

»La fama de buen poeta que le precedió se ha sostenido y aumentado desde que le tenemos entre nosotros. Viéndolo, hemos podido hacernos cargo de la facilidad con que hace sus composiciones y de la fecundidad de su ingenio. En su lira suenan bien todas las cuerdas; pero su género favorito, y aquél en que más sobresale,

es el de las composiciones delicadas que modernamente han puesto en boga varios poetas españoles y franceses. La ya mencionada composición titulada *Las Cartas de mi madre*, no sólo nos había dado á conocer que era poeta de veras, sino que nos había hecho formar cabal idea del género á que más se inclina y para el que lo hacen más apto sus disposiciones naturales. El patriarca de nuestros poetas, don José Joaquín Ortiz, al dar á conocer aquella poesía, acertó á *presentar* al señor Soffia á los que tanto habían de estimarlo y de gozarse en su trato.»

He ahí lo que fué Soffia, un gran patricio en la América de habla castellana. Como en Bogotá, habría sido tratado en Buenos Aires, si hubiera vivido para desempeñar allá la misión que se le había confiado. No es posible que Santiago olvide al que consagró la mitad de su corta vida á servir á la patria y á glorificar nuestras letras. No hay nacionalidad sin tradiciones y sin la veneración á la memoria de los grandes hombres.

J. V. LASTARRIA

EL MUSEO NACIONAL DE SANTIAGO

En vano se busca en la joven América las curiosidades que en el otro continente tan singulares atractivos constituyen para el viajero. Todavía ni la historia ni el arte han llegado á crear aquí obras que merezcan marcarse con un asterisco en el guía del viajero á la Bädeker ó Murray. A pesar del vivo celo que desde decenios atrás la gran república sajona está desplegando para fundar colecciones de todas clases y tamaños, los nuevos especialistas no logran sobrepujar á sus más afortunados colegas en ramo alguno, á no ser en el arte de inventar. Ni ¿quién desearía que las maravillas del almacenaje de materiales científicos que exhiben los museos de los focos de la civilización europea, se renovaran en otra parte? La ventaja que de ello sacaría el pueblo por la difusión de conocimientos útiles tal vez no haría menos deplorable al sabio la dispersión de objetos únicos en su clase que necesita tener á su mano para atender bien al ramo de su predilección.

Cosa muy distinta es la aspiración de concentrar en

cierto punto cuanto haya de notable en un país poco ó medianamente explorado á fin de que su exposición, metódicamente arreglada, permita al interesado formarse una idea exacta de la naturaleza de aquella región del globo. He aquí precisamente lo que se ha propuesto verificar el Museo de Santiago cuyo apodo de Nacional no sólo designa su verdadero destino, sino que, en virtud del cumplimiento de su alta misión, representa un título de honra para el ilustrado gobierno que lo sostiene y fomenta. Basta recordar á este respecto los elogios que tributan los conocedores á este instituto, cuya gloria (justo es declararlo) en primer lugar se debe al noble empeño del doctor Philippi, quien, desde que se hizo cargo del puesto de director, siempre, con rara abnegación y constancia, ha atendido los vastos y difíciles deberes que su cargo le demandaba.

Fundó el Museo el insigne Claudio Gay, quien primero se puso á explorar sistemáticamente la historia natural de Chile. La idea de reunir en una colección todos los productos del país la tenía concebida ya el ilustre libertador y supremo director don Bernardo O'Higgins. No desmintiendo en nada el acendrado interés que le animaba por el bien de la patria, visitaba en persona muchas provincias, preocupado de averiguar sus condiciones y recursos naturales. Por desgracia, sus miras no tuvieron el éxito que merecían, y la bella creación que él se imaginaba, anticipando los beneficios que de esta fuente emanarían, no se realizó por entonces. Sin embargo, tan convencidos estaban de la importancia y utilidad de un museo de historia natural los hombres públicos de este país, que, no cansados por repetidos engaños de parte de diversos aventureros, aun en medio

de apasionados conflictos políticos, en 1830, comisionaron al coleccionista-viajero parisiense Claudio Gay, para que, recorriendo todo el territorio de la república, recogiera los materiales necesarios para formar un gabinete en conformidad al proyecto indicado. Excusado es ensalzar la laboriosidad de Gay, cuya memoria imperecedera guarda su *Historia Física y Política de Chile*, obra que conserva su mérito hasta hoy día, á pesar de haberse enmendado algunos de los datos que contiene y de haberse ensanchado considerablemente todos ellos.

Pero el entusiasmo se parece al fuego que pide de qué alimentarse para no extinguirse. Desde la separación de Gay, la empresa, que por su naturaleza no podía gozar de gran popularidad, decaía hasta quedar de ella poco más que la sección ornitológica y el herbario. Otros intereses eran los que agitaban á los patriotas en aquella época de la lucha de elementos heterogéneos que se disputaban la hejemonía del país. Sólo desde el régimen civil del presidente don Manuel Montt data el renacimiento, junto con haberse investido en 1853 de la jefatura del Museo al doctor alemán don Rodulfo Amando Philippi, quien por motivos políticos había abandonado su patria, precedido de bien fundada reputación científica. Si ésta implicaba cierta garantía, la actividad que el doctor Philippi vino á desplegar en el nuevo terreno que se le confiaba dejó atrás cuanto se podía esperar ó exigir de él. Es preciso confesar que el Museo cual hoy se presenta, es casi exclusiva obra suya, porque hasta las donaciones y obsequios que nunca le han faltado, se habrían perdido sin el espíritu exclusivista con que todo lo refiere al único fin de perfeccionar el estableci-

miento, que es el más digno y más bello monumento de sus múltiples investigaciones.

Por grata y risueña que parezca semejante labor, tiene también su anverso de espinas y cruces. Fuera que el número de los aficionados (que no poco influyen en la marcha de un instituto de esta clase) forzosamente tenía que ser reducido y además variable en vista de otras ocupaciones y distracciones de preferencia,—había falta de colaboradores, de lugar, de comodidad y de los recursos más urgentes é indispensables para cubrir los gastos. Nada tiene de extraño esta situación por ser innegable que toda institución puramente científica no pasa de ser cosa de lujo en un país nuevo, al que conviene ante todo concretarse á la explotación de sus recursos industriales. Y aún si á fuerza de pesados estudios se llegara á insinuar á la práctica una proposición tal vez tan útil como difícil de realizar ¡cuán superior aparecería el provecho directo que se saca de la introducción de mejoras técnicas y comerciales! En justa apreciación del bien tangible, los gobiernos de Chile siempre han prodigado sus favores al progreso material, mirando las artes y letras, no tanto por sus alcances ulteriores, sino como bien acreditada fuente de instrucción y perfección moral. Tanto prestigio ha usurpado el privilegio de que goza la marca del extranjero, que aun en cuestiones puramente nacionales suele anteponerse la autoridad de Europa á la opinión de las personas competentes que haya en el país.

Poderoso auxilio contra la indiferencia de los que en poco tienen una ciencia que no da plata ni poder, prestaban al sabio director los jóvenes, en cuyos ánimos, junto con el entusiasmo por los ramos de historia natu-

ral que les enseñaba en la Universidad y el Instituto Nacional, brotó el más entrañable amor por maestro de trato tan afable y bondadoso. No hay ninguno de ellos ni de sus amigos que, después de separados de la disciplina del aula, al recordar sus inolvidables lecciones, haya dejado de mandarle algún objeto qne pareciese digno de su atención en prueba de eterna gratitud. Enriquecido el material acumulado por la munificencia de particulares y corporaciones, por el tributo que le pagaban las comisiones exploradoras y expediciones náuticas y por el asíduo empeño y hábil administración del director, el Museo Nacional ha extendido su fama hasta más allá de las fronteras nacionales, y todos los que lo han visitado están de acuerdo en considerarlo el único notable en la América meridional, por lo completo y bien arreglado de sus riquezas. Hace más de diez años que el doctor Philippi dejó el profesorado para consagrar su tiempo y labor tan solo al ensanche y mejoramiento de las colecciones de su incumbencia.

En un principio se mezclaban á éstas los objetos más extraños según los acumulaba el arbitrio de la casualidad; pero poco á poco fueron dejándose aparte las meras curiosidades y proporcionándose una colocación por separado á los recuerdos históricos, de modo que las colecciones se redujeran á los especímenes pertenecientes á los tres reinos naturales, además de los restos preciosos de la creación antediluviana y cuanto se relaciona con el "homo sapiens" de Linneo. Inmenso beneficio trajo al Museo la Exposición Internacional que hubo en Santiago el año de 1875; porque el palacio erigido entonces según los planos del arquitecto francés Pablo Lathond, después de terminada aquella fiesta, se entregó

al director del Museo, al cual se obsequiaron también muchos de los objetos que figuraban en ella, reservándose sólo la parte occidental al establecimiento del Instituto Agrícola. Aunque este destino no podía estar consultado en la construcción del edificio, los elegantes y espaciosos departamèntos se prestan de una manera admirable para la distribución de los grupos de animales embalsamados, de conchas, piedras y fósiles que forman filas en larga serie de vidrieras.

En efecto, el edificio, de forma tetrangular, cuyo patio interior se divide en dos por el salón central de dos pisos, es digno del hermoso parque de la Quinta Normal, entre cuyas arboledas majestuosamente se levanta.

¡Qué contraste con la casa que antiguamente hospedaba sus maravillas, con su aspecto sombrío y sus pesadas proporciones, que más insoportable hace la vecindad del palacio del Congreso! En poco tiempo más ni recuerdo existirá de lo que más bien parece guarida ó prisión de malhechores que morada de las artes. Así, con la clase del antiguo edificio del Museo, nada de extraño tiene que, *in illo tempore*, se extraviase un buen día el adorno de una princesa incásica del Cuzco, de considerable valor. Aquí, al contrario, todo respira la armonía de una vejetación siempre nueva y florida, que bien se aviene con la paz y tranquilidad que reclama el estudio de la naturaleza, sea viva, sea en espíritu de vino, encajonada ó desecada.

Una imponente estatua y un par de pilas adornan la plazuela que media entre la portada y la laguna vecina, cuyas aguas inmóviles reflejan y mecen la imagen de la extensa fachada, en cuyo centro brilla en letras de oro: MUSEO NACIONAL. El arco solitario que corona la ins-

cripción recuerda el famoso teatro Wagneriano de Bayreuth para el aficionado á la música que profesa las doctrinas del gran maestro reformador, en cuya alma también se ligaban la energía y la pasión. La apretada serie de ventanas cuya magnitud parece que intenta transformar hasta los marcos en surtidores de luz, simboliza bien la noble aspiración de desprenderse de los lazos estrechos propios de la vil materia. Concuerdan con esta impresión los cóndores en actitud de volar que se elevan en las cornisas de ambas esquinas. En unas cuantas pilastras, en medallones, escudos y guirnaldas, consiste todo el aparato decorativo. Respecto de la clase de estilo á que se subordina el conjunto, la idea predominante es la de una improvisación tan ingenua como emprendedora.

Tres son las puertas artísticamente labradas por las que se penetra al salón principal, de fondo muy prolongado. La ornamentación variada en madera de la galería que lo rodea y del cielo que lo cubre, da al interior un carácter alegre y fantástico cual si estuviese reservado para festividades. Basta una mirada á la pared opuesta para llevar un completo desengaño: inclinémonos ante el catafalco del que fué O'Higgins, colocado en alto sobre unos escalones, con las insignias de su magistratura, todo envuelto en el frío color del luto más austero. Bajo un enorme pabellón peruano que se despliega de la baranda de la galería, se cobija este santuario. Decoraciones semejantes llevan los pilares vecinos, sin que falte el tricolor boliviano entre esos gloriosos trofeos de la última guerra, asociados á un estandarte español, que, según dice la leyenda, fué capturado en el puerto del Callao. Igual significado corresponde al palo

puesto en el otro extremo del salón y que pertenece á la goleta *Covadonga*, la misma que se arrebató á los españoles en 1865 y que en 1879 hizo encallar al acorazado enemigo *Independencia*, enfrente de Iquique.

Fuera de unos muebles carcomidos de venerable antigüedad, hay poco en aquel recinto escasamente iluminado que nos llame la atención. Pero debajo de los peldaños de piedra pulimentada de la escalera que conduce á los altos se esconde una reliquia que debe acatar todo patriota: es una prensa de mano, la primera que llegó á Chile en 1812 y que exhibe el busto del inmortal Camilo Henríquez. Á los visitantes no se les suele mostrar este protagonista de la libertad y del progreso por haberlo puesto al servicio del Museo.

Quedándonos en los mismos bajos, encontramos en la única sala del ala occidental que está ocupada por colecciones, la flora indígena al lado de numerosos representantes del extranjero. En unos modestos armarios se han apiñado más de cuatro mil especies de la flora chilena (excluyendo las criptógamas). Gracias al movimiento de canjes y obsequios, el herbario exótico también cuenta con un surtido selecto de plantas. Desde el infortunado Carlos Bertero, que inauguró la "ciencia amable" en Chile en la época memorable de la "patria nueva" (1818), nunca han faltado quienes se entreguen al placer de recoger flores desconocidas, cuya cosecha es más grata y abundante en este territorio que en cualquiera otra parte para el botanista que anda en busca de nuevos tipos. La clasificación del medio centenar de fascículos de muestras desecadas, en que se reconoce la mano del doctor Philippi y de su hijo, revela una diligencia ejemplar en su confección. Sin embargo, no pue-

de imaginarse exposición más modesta que la de estos libros de papel secante, todos de igual tamaño, con sus letras y cifras respectivas de orden, dispuestos en menos lugar que una biblioteca formada por los autores que han escrito sobre los mismos vegetales.

Es lástima que se necesite tener conocimientos especiales del ramo para que los originales permitan averiguar algo de los designios del divino Creador. ¿Por qué tan pródigo ha sido en poblar las áridas serranías con las inflorescencias apretadas de las singenéseas y en armar de terribles espinas los arbustos y árboles sin que tengan contra quien defenderse y sin que por equivalente de su inaccesibilidad ofrezcan un solo fruto comestible, cuya falta ya los conquistadores echaban harto de menos? La civilización ha contribuido bastante para remediar tan grave defecto, aprovechando del clima benigno para introducir toda clase de frutales: remontándose á la época colonial, ahí están los esfuerzos hechos por cultivar el cacao, la caña de azúcar, el algodón y el tabaco; y con fecha no muy remota se ha ensayado también la crianza del gusano de seda, industria nacional de que puede notarse una que otra muestra en las murallas del Museo. Pero mientras estas industrias exigen un cuidado especialísimo, no sucede así con el inmenso surtido de maderas que de su sombrío seno dan las selvas del sur. Existe una colección de éstas, obsequiada por una sociedad de Valdivia, y que ofrece una buena oportunidad para comparar las maderas del país, cuya serie es completa, con muchos trozos provenientes de la República Argentina, de la Oceanía y otros puntos del globo, sin que falte entre ellos el famoso sándalo de Juan Fernández.

El rasgo eminentemente decorativo que caracteriza la vegetación está bien representado por dos troncos de más de un metro de ancho de la palma del país *(Cocos chilensis Mol.)* y la chonta *(Morenia chonta Ph.)* de Juan Fernández, flora la de esta isla que, según todas las apariencias, se ha separado, millones de años há, de las tierras vecinas, á no ser que descienda de un continente que ya no existe. Más alto que el techo, y por eso partido en dos, se eleva, cruzando diagonalmente la bóveda de la entrada, el tallo del magüei *(Agave americana)*. Omitiendo la especificación de las drogas y preparados de origen extranjero, mencionaremos, entre las cosas nacionales, sólo el asta soberbia del coligüe *(Chusquea culen Desv.)*, el bambú de Chile, que á los indios araucanos provee de sus antes tan temidas lanzas.

Saliendo del departamento de botánica y atravesando el vestíbulo por el cual entramos, nos dirigimos á otra sala en todo igual á la primera, pero que tiene más atractivo para el público, que en las horas de libre acceso se da cita en estos lugares. La sola palabra escrita en la puerta, ZOOLOGÍA, lo dice todo, porque promete vida y movimiento. Involuntariamente, al abrirla, la vista se clava en un elefante de regulares dimensiones, cuyo esqueleto está colocado enfrente y es el objeto más voluminoso que se asoma en este recinto, aunque propiamente pertenece al cuarto contiguo. La simpatía que despierta en el alma se asemeja á la que al niño inspira afición á los animales domésticos, sus inseparables compañeros y amigos. En Chile, uno no debía ser muy escrupuloso en la selección de socios de esta clase; pues preciso es confesar que su fauna mamiferina es escasísima aun comprendiendo toda la región del Pacífico, desde el grado 19

de latitud hasta el cabo de Hornos. La colección nuestra, en que sólo falta uno que otro representante del fastidioso género *Mus*, no alcanza á llenar los armarios de la sala primera; por eso se le han agregado algunos individuos de los más conocidos del extranjero, á fin de que su estudio comparativo sirva de complemento instructivo al cuadro compuesto por los animales autóctonas.

En el cuarto cuadrado que forma el ángulo del edificio, figuran al lado del herbívoro gigante que pasa por un modelo de inteligencia y fidelidad (dos cualidades raras veces unidas), el formidable cráneo y algunas osamentas de una ballena varada en la costa (*Balaena antártica*) y los esqueletos de dos delfines de Chiloé (*Delphinus globiceps*). Alrededor se agrupan cuadrúpedos y aves de procedencia mixta. Últimamente los esqueletos de mayores proporciones se han puesto debajo de las ventanas de la pieza anterior; pero no nos parece acertado el haber traído sus antiguos moradores de piel y paja á la sombra melancólica del salón central.

En nada el aislamiento del país se reconoce mejor que en el estado de su fauna, que apenas comparte uno que otro vecino con la pampa argentina; mientras que presenta cierta analogía con la Australia y otros parajes remotos cuyos radios todos se dirigen á un centro común cuya ubicación, supuesto que su existencia fuese efectiva, habría de buscarse en medio del océano Pacífico. Por arriesgada que parezca tal suposición, puede alegarse en su apoyo la dirección de los ríos que se abren camino al través de la llamada cordillera de la Costa en lugar de seguir el curso del gran valle longitudinal, y otros fenómenos físicos que están de acuerdo con las relaciones zoológicas y con la índole general de

la vegetación, que es enteramente distinta de la argentina y de la patagónica. En Australia, la vida orgánica llegó á su auge y término con los marsupiales, declarándose estacionaria desde la época terciaria. Mientras tanto, Chile, que conoce un solo marsupial (*Didelphis elegans Waterh*) entre numerosos carniceros, exhibe una bonita especie de león (*Felis concolor L.*) llamado *puma* en Europa, el cual, desde el estrecho hasta las inmediaciones de Santiago, habita la espesura del monte, ávido de pillar el ganado. Si únicamente el aspecto vale en él, desde que en esos animales el corazón tal vez es más insondable que en el hombre, no tienen que avergonzarse del león chileno sus hermanos, los leones y tigres del otro hemisferio, cuyas cabezas, familiares á todo amante de la historia natural, se descubren también en nuestro Museo, en compañía de ese impertinente ladrón. Pero la familia que predomina en el país es, sin duda, la de los roedores ó, más propiamente, el grupo de los ratones, cuyo carácter, parece repetirse hasta en secciones que, según el orden sistemático, nada tienen que ver con ellos. Son demasiado conocidos en el campo y en las ciudades; el ratón ordinario sólo suele ocasionar más daño y fastidio que todas las otras bestias juntas.

Y, sin embargo ¡qué admirable variedad se revela en séres tan humildes que á primera vista se confunden! Adivinó ya el genio agudo de Carlos Darwin que la América cria tipos conocidos, pero de aspecto particular. Así, la gran liebre de las pampas (*Dolichotis patagonica*) y la viscacha (*Lagostomus trichodactylus*) en su modo de vivir son parecidas á la liebre de la fábula y al conejo, cuya carne se prefiere por unos gastrónomos á su hermano campestre. Los peñascos de la cordillera recorre otra

viscacha (*Lagotis criniger Less.*); los cerros marítimos de Coquimbo y Atacama habita la chinchilla (*Eriomys lanígera Benn*), cuya organización hace recordar las liebres de los Alpes y los *Lagomys* de la Siberia y los Montes Rocallosos. El equivalente del castor es el *coipu* (*Myopotamus coypus Geoffr.*), extremadamente adicto al agua; un plato exquisito proporcionaba á los antiguos peruanos el *cui* (*Cavia cobaya Schreb.*), al cual mantenían en sus casas. En el *degu* (*Octodon cumingii Benn.*) posee Chile un genuino ratón *sui generis;* el mismo servicio de cazador en que se adiestra el hurón, presta aquí el *quique* (*Galictis vittata Bell.*)

No se crea por eso que esta región de la América carezca de especialidades: en el orden de las Mustélidas cuenta con una bastante temible por el olor fétido de sus eyaculaciones: es el *chingue* (*Mephitis chilensis St. Hil.*) de las provincias australes, que hay que distinguir del de la otra banda. Los armadillos tan notables por el escudo protector que oponen al agresor, están confinados al oriente del nuevo continente; lindísimo es el pequeño *pichiciego* (*Chlamydophorus truncatus*) de Mendoza, de fino pelo de seda, provincia aquella que, según es sabido, perteneció á Chile en la antigua demarcación española.

Sigamos adelante en nuestra rápida revista, aun á riesgo de que se nos tache de abruptos é incorrectos. Pero no cabe en nuestro propósito enumerar los objetos que forman la colección y á los que sólo de vez en cuando nominalmente nos referimos para reanudar el hilo de las ideas generales. Á los que quisieran enterarse de los pormenores, recomendamos el GUÍA DEL MUSEO NACIONAL en *setiembre de 1878*, obra de mucho mérito, prefe-

rible, bajo todos aspectos, al presente trabajo para todos los que no vieren más en él que un infeliz plagio de aquella.

Inseparable de la cordillera de los Andes en toda su extensión geográfica, encontramos el género *Auchenia*, de la grande y útil familia de los rumiantes: el *guanaco*, que desde la extremidad polar vaga hasta el trópico; la vicuña, en la falda del gran desierto y en la altiplanicie boliviana; el *llama* y la *alpaca* que llegan allá del ecuador. El *pudu* (*Cervus humilis Proc.*), el venado más pequeño que se conoce, como la mayor parte de sus parientes, ama el retiro del monte, aunque no falta en toda la región agrícola de Chile. El *huemul* (*Cervus chilensis Gay y Gerv.*), más tímido, se refugia en las serranías escarpadas, donde su admirable ligereza lo pone á salvo de todo enemigo. Tal vez este amor á la independencia le ha valido el honor de figurar en el escudo nacional en compañía del cóndor, pasando así á representar, en plena vida, las gloriosas vicisitudes de una existencia legendaria. El abate Molina lo tomó por caballo (*Equus bisulcus*), y no es raro verlo en sus múltiples efigies adornado de larga melena ó como unicornio, en vez de dejarle el par de astas que tiene. Algo ha contribuido á estos errores el atlas de Claudio Gay, en que el grabado del huemul se ha hecho sobre un ejemplar bastante mezquino, cuyo original conserva el Museo, donde se lo puede comparar con otros mejor conformados.

El zorro varía poco, á pesar que penetra igualmente á las latitudes boreales más altas y al extremo sur del continente americano. El pelo oscuro distingue el *chilla* (*Canis Azarae princ. Maximil.*) del *culpeu* (*Canis magellanicus Gay*).

Los carnívoros no son muy abundantes á este lado de los Andes; lo que llanamente se explica por la carencia de los animales de que ordinariamente se alimentan. Sin embargo, tenemos tres muy respetables gatos *monteses*, las *guiñas (Felis guigna Mol. y F. pajeros Desm.)* y el *colocolo* (*Felis colocolo Mol.*). Sustenta el mar el llamado gato de mar ó *chungungo (Lutra chilensis Benn.)* que por su ajilidad y destreza suple cuanto le excede en tamaño el *huillin* del agua dulce (*Lutra Huidobria Gay*).

Siendo el territorio de la república en su totalidad un gran litoral, es de esperar que el océano contribuya con una pingüe cuota á su fauna. En efecto, millares de séres acuáticos pululan en sus ondas azules. Pero el rápido declive de su ribera, cuyas escalas cortadas á pique á poca distancia se hunden en los abismos, al dar hospitalario acceso á las formas pelágicas, reprime las endémicas. Poco importa tan sutil distinción á los matadores de oficio. Lo prueban los cachalotes y delfines que frecuentan la costa. Hasta tiburones se han visto en los últimos años. Son estrechos los farellones de las caletas para dar cabida á los lobos marinos cuando, tomando el sol, celebran sus reuniones festivas. Enormes proporciones exhibe el león marino (*Otaria jubata*) cuya especie juanfernandina (*Otaria Philippi Peter.*) aparenta un carácter bonancible cual debía ser propio de todo lo que es grande y potente.

Más simpáticos y á la vez más volubles que los séres pesados que se arrastran sobre lo tierra ó surcan los mares, son los bípedos, cuyo reino es el espacio ilimitado del aire. Su geografía es la más complicada, porque para ellos ni los océanos más insondables ni las cimas cercadas de eterno hielo ofrecen obstáculos insuperables.

Sea arrojado por el viento, sea impelido por un irresistible deseo de viajar, sea que el *Anas fulva* haya dejado sus patrias comarcas del Brasil, el hecho es que el ejemplar que tenemos delante de nosotros fué cazado en territorio chileno. El que alguna vez ha tenido ocasión de visitar el inhospitalario archipiélago de la Tierra del Fuego ó la falda occidental de la Patagonia con sus pintorescas ruinas de lo que antes era elevadísima cordillera y ahora impasible sufre las nevadas y chaparrones que sin piedad lo azotan, de seguro que no ha podido menos de admirar las innumerables bandadas de aves que anidan en los matorrales ribereños. Á las gaviotas, que dondequiera siguen al buque con sus gritos penetrantes, allá se asocian la avecasina pintada (*Rhynchaca semicollaris Gray*), los *bernachos* (*Bernicla antárctica Steph.*), los *canquenes* (*B. magellánica G. R. Gray*), los *anteojillos* (*Anas specularis King*), los *cagües* que no pueden volar ni andar (*Micropterns cinereus Gray*) y cuantos patos por su variado plumaje llamen la atención. ¡Qué asados tan exquisitos en comparación con los sosos mariscos de que se mantienen los miserables indios de aquella tierra, poco expertos en el arte de Nemrod! En monótono compás interrumpe la soledad de la noche la voz quejumbrosa del *pájaro-niño* (*Aptenodytes patagónica Forst.*) mezclándose con el lúgubre bramido del huracán. No teme los arranques del aquilón el atrevido *quebranta-huesos* (*Diomedea exulans Linn.*) al cual el gran peso de su cuerpo no impide rivalizar en arriesgado vuelo con el *tablero* (*Procellaria capensis Linn.*) que gallardamente se desliza sobre los crestones de espuma de la mar alborotada.

La pesca es fuente de rica y segura ganancia en todas

las orillas del Pacífico. No sólo á la China regaló la solícita naturaleza los *comoranes* que tienen fama por hacerse dóciles ayudas de sus amos. Nombramos del grupo de los pescadores sólo el elegante *lilé* (*Graculus Gaimardi G. R. Gray*) y el *piguero* ó *bobo* (*Sula fusca Vieil.*), que así se tilda en virtud de los ningunos esfuerzos que hace para sustraerse al ser prendido. Sin embargo, es de una utilidad muy particular, por lo cual es acreedor á mayores honores, de parte de los hombres políticos del Perú, que los que tributaban los egipcios al apis sagrado; porque á él y á la benévola cooperación de sus deudos se deben los dones del dios guano.

Las aves han tomado también posesión exclusiva de las plácidas lagunas y ríos del sur donde el clima húmedo las esconde á la mirada astuta del cazador, ciñendo sus márgenes de una guirnalda siempre verde de selvas impenetrables. Allá la *huala* (*Podiceps chilensis Garnot*) se pavonea entre los plebeyos patos, el cisne (*Cygnus nigricollis Gmel.*) levanta su hermoso cuello, cuyo color negro contrasta con el resto de su plumaje, de intachable blancura, mientras que su hermano *coscoroba* (*C. coscoroba M.*) extiende su vuelo hasta á las comarcas más lejanas del sur.

La cigüeña también pierde su nimbo poético en aquellos parajes de triste olvido, hasta pasar por un *pillo* (*Ciconia maguaria Temm*). Abundan otros zancudos de los más gallardos, v. gr., la *cuca* (*Ardea cocoi Gay*) cuyo canto nocturno presagia mal agüero á los campesinos; el *perrito* (*Himantopus nigricollis Vieil.*) de lastimosa flacura; unos *ibis* ó bandurrias de modesta presencia; la *espátula* (*Ptatalea ajaja L.*) de color rosado como los flamencos de la altiplanicie, que forman el encanto gene-

ral de los jardines zoológicos. Largo sería enumerar los íncolas de los cañaverales, los *ralos*, las *perdices*, las *torcazas* cuyo traje sencillo no ofrece más atractivo que el del *queltehue* ó frailecillo (*Vanellus cayennensis Gm.*), mientras que los huevos de este último no son menos apreciados que los de la especie más pequeña que es común en Europa.

La patria de esta gente glotona hay que buscarla en primera línea en los distritos del sur, cuyos pantanos y bosques crían los animalillos de órdenes inferiores, á saber, gusanos é insectos, que, como siempre, sirven para engordar los de rango más elevado. Á los que se contentan con frutas ó granos se abre campo más extenso, razón suficiente para que en Chile no se echen de menos representantes de ninguna familia frugívora que hay en la América Meridional. Los papagayos, por ejemplo, que por miles se juntan en las provincias del centro, mandan un emisario hasta el Estrecho, donde ejerce su ruidoso oficio también el *carpintero* (*Picus magellanicus King*) de copete colorado y cuerpo huesudo. Los cantores, á pesar de ser abundantes, poco se notan; porque la mayor parte no merece su nombre. Se les suele perdonar este vicio á las *diucas* (*Fringilla diuca mol.*) y *chincoles* (*Fringilla matutina Licht.*) por su amable carácter, en virtud del cual se admiten como huéspedes de casa. Otros se preocupan más del arreglo de su traje, ataviándose de todos los colores del arco íris el *Regulus omnicolor Vieil*, y ostentando la pechuga roja la loica (*Leistes americanus Vig.*) cuya voz melodiosa la condena á veces á la jaula. Por ser géneros endémicos no debemos olvidar hacer mención de las *raras* (*Phitotoma rara mol.*), á quienes gustan sobremanera las hortalizas,

y de las *turcas* (*Pteroptochus albicollis Kittl.*) que, aunque no pueden volar, con singular astucia cazan los insectos. No tan brillantes como entre los trópicos son por ahí los picaflores, pero hay una especie muy grande (*Trochilus gigas Vieil.*).

El contraste más abierto con estas lindísimas criaturas, cuyo inocente pasatiempo envidian las mariposas, forman las aves de rapiña. El cóndor, soberano de la cordillera, con alas extendidas pende de lo alto del umbral. Así, en Alemania se suele clavar los azores á la puerta para que sirvan de blanco á los tiros de los muchachos en expiación de sus graves delitos. La superstición, lo mismo que en otras partes, ha forjado aquí mil infundadas leyendas sobre los buhos, las águilas y *tutti cuanti*. Es cierto que, exceptuando el cóndor, ningún miembro de esta familia ostenta aquí aquella imponente majestad que al águila real ha hecho el proto-tipo de fuerza y nobleza en heráldica. Pero tampoco se debe despreciar por el hedor que emana al *jote* (*Cathartes aura Ill.*), que en Lima se encarga de aquella parte de la higiene pública que se escapa á la vigilancia de la policía. Cierta gracia, mucha arrogancia y mayor audacia no se puede negar al *traro* (*Polyborus vulgaris Vieil.*), cuyo género es peculiar á la América del Sur. El avestruz ó *nandu* (*Rhea americana Lam.*), al que en las pampas patagónicas dan caza las tribus nómadas, es otra especie de cursores, diversa del avestruz de África, que por sus preciosas plumas se cría en la Argentina, y otra también que el casoario de las islas malayas.

Toda la ornis indígena está alojada en las dos salas que componen la mitad de la sección oriental del edificio sin que ofrezca otra laguna que unas cuantas aves

solitarias del océano. Un estante central de forma octogonal contiene además una colección bien arreglada de más de quinientos huevos desde el mínimo del picaflor hasta el desmesurado del cóndor. Otro está destinado á recibir los nidos con que se va á completar el cuadro biológico de sus constructores. Las dos salas que siguen están pobladas con muestras de aves extranjeras, notándose entre ellas no sólo los tipos principales de la gran patria americana, sino también ejemplares de cuantos tienen interés histórico, económico ó sistemático y hasta individuos algo raros ó difíciles de obtener. Sería para no concluir nunca si cediéramos al deseo de dar una relación aunque fuere sucinta de aquellas que insensiblemente obligan al transeunte á detenerse, aunque injusta omisión parezca en vista de que ni en número ni en valor son inferiores. Pero no cabe en nuestro propósito bosquejar una monografía de los picaflores ni seguir la influencia de las aves de corral en la marcha de la civilización. O ¿quién no se sintiera cansado por los latinajos propios del lenguaje de la sistemática, cuyo árido tecnicismo se considera como el abecedario indispensable para descifrar el texto del gran libro del mundo orgánico? Si ya demasiado nos hemos detenido en deletrear algunas de sus páginas, que nos disculpe el arte del antiguo subdirector del establecimiento, don Luis Landbeck, que reluce en estas obras modelos de taxidermia.

Según el orden natural se esperaría continuar con los vertebrados; pero consideraciones de conveniencia local han mandado las clases sobrantes del reino animal á los altos, á donde luego volveremos á la característica fisiográfica del país. Que se nos permitan unas observaciones

al parecer extrañas al asunto que nos ocupa. Lo mismo que un jefe militar ó político, antes de acometer un acto decisivo, en su ánimo rápidamente repasa todos los antecedentes del caso para no descuidar ninguna eventualidad, arrojemos una mirada para atrás antes de seguir adelante.

Recuerdo de un pasado remotísimo, cuya fecha por mucho millares de años excede la corta existencia del género humano, se levanta el *Megatherium Cuvieri Desm*, el gigante cuyo esqueleto se ha hallado en los llanos argentinos. Tanto se apartan las proporciones de huésped tan extraño de las ideas que la experiencia diaria nos ha imbuído, que nadie sin estremecerse mira por primera vez este bulto que un día fué animado. Expliquémonos: el que tenemos á la vista en medio del salón que comunica con la sección ornitológica y corre paralelo con el que conserva los mamíferos, no es más que una copia hecha al molde del original que existe en el museo británico. No se tenga por excepcional la aparición de un animal tan diforme en los terrenos diluvianos de las Pampas; lo acompañaban los *gliptodontes*, *taxodontes* y otros séres que hoy día juzgamos sobrenaturales. Sin embargo, todos ellos pertenecen á grupos que todavía constituyen un rasgo peculiar del continente sud-americano en cuanto sólo él cría los perezosos, los armadillos y mirmecófagos que no son más que ediciones compendiosas de aquellos monstruos. Al establecer este hecho, no se puede desconocer en la sucesión de los organismos una transformación lenta que, relacionándose con los agentes circundantes, constituye las leyes conforme á las cuales se opera todo cambio y perfección en la esfera física y moral. Tan vastos horizontes se abren por este

lado al ingenio humano cuando se remonta á los verdaderos orígenes de la creación. Pero sería tratar de escribir la historia filosófica del desarrollo que desde el principio ha habido en nuestro globo, si quisiéramos asignar á cada uno de los restos antediluvianos que alrededor del megaterio se han agrupado, el puesto y significado que les corresponde en aquella larga y portentosa historia. Ni en la disposición ni en la elección de estos restos óseos tampoco han prevalecido miras de esta índole; tomándose en consideración solo el fin didáctico al colocar los *Elephas ganessa*, *Mastodon gigantens*, *Dinotherium giganteum*, *Megaceros hibernicus*, *Machairodus neogaens Kaup*, *Didus ineptus*, etc., á inmediaciones de las impresiones de los formidables saurios de la formación jurásica.

Particular interés adhiere al esqueleto original y tan completo como en pocos museos existe, del *Dinornis casuarinus*, ave enorme de la Nueva Zelandia, sin duda coetánea del hombre, quien probablemente acabó con ella. Se la debe al Museo Christ-Church, en Nueva Zelandia, junto con unas partes del Moa, otra especie del mismo *Dinornis*.

Por último, pasamos á los hallazgos verificados en territorio nacional, que ni en frecuencia ni en variedad pueden compararse con los de ultra-Cordillera, lo que no es de admirar atendida la estrechez de la faja de tierra comprendida entre el mar y los Andes. Con tanto mayor cuidado se guarda lo poco que se ha descubierto: el colmillo de un mastodonte, por ejemplo, que se sacó muy gastado, se le ha acomodado en una caja de yeso con el mismo esmero que si fuese reliquia de santo. Trozos de este monstruo (*Mastodon Andium*) que parece haber inmigrado del norte, primero se excavaron en la laguna

de Taguatagua, cerca de cincuenta años há, repitiéndose después tan feliz suceso, que nunca dejaba de inspirar vivo asombro á los vecinos del lugar, en varios puntos más y últimamente en el interior de la provincia de Tarapacá, por desgracia en un estado lastimoso de descomposición. Mejor se ha conservado la columna vertebral de un *plesiosauro*, traído del Algarrobo por don Luis Landbeck.

Con motivo de las muchas copias, modeladas en yeso, no debemos pasar en alto sobre lo meritorias que son las reproducciones que manda hacer el doctor Philippi de todo objeto de importancia, sea de historia natural ó de etnología, con el fin de repartirlas entre los museos extranjeros, recibiendo, en cambio, otros que contribuyen á su vez á la difusión de nociones útiles.

Los séres extinguidos de que acabamos de hablar, además de arrojar mucha luz sobre los arcanos de la organología, suelen servir de indicadores de primer orden para fijar é identificar los niveles geológicos. Ordinariamente este papel forma una atribución de los moluscos, por ser sus especies fósiles las más repartidas y de más fácil conservación. Á pesar de esta comunidad se han agregado los conchíferos á sus descendientes vivos que, como vecinos de los anfibios, peces y otros animales de rango inferior, figuran en el segundo piso que corresponde á la fachada del palacio. La riqueza en peces, como ya se ha indicado arriba, no guarda proporción con la larga extensión del litoral. En los ríos, cuyo caudal en diferentes épocas del año no ofrece seguridad ninguna, abundan menos; y sobre manera escasean en los lagos del sur, á pesar de que estos reunen condiciones excelentes para su propagación y algunos de ellos saquen su

nombre de ciertas especies. Respecto de las lagunas de la alta cordillera se podría hacer valer el argumento de la carencia del aire que es capaz de contener disuelto el agua, explicación que se ha aducido para las regiones elevadas de los Alpes. Pero Raimondi asegura que, ni en el lago de Titicaca ni en otros de menor presión atmosférica se manifiesta igual mengua de vitalidad. Tanto más abundan en el océano abierto los animales de formas á veces bastante parecidas á los habitantes de los mares europeos, para confundirlos con ellos: errores funestos en cuanto son perpetuados por los nombres vulgares que se les aplican y que abren un campo de grata labor al especialista que se encargará de rectificar las concordancias que hay entre la fauna marina de esta parte del Pacífico y la del Atlántico. Contados siempre han sido los naturalistas cuya afición les haya impelido hacia la difícil clasificación de los mudos pobladores del abismo, tal vez porque el carácter apático de estos no puede granjearles vivas simpatías.

No es dable extender igual razón á los reptiles, pues siempre han gozado del favor especial del biólogo y anatomista. En la lista patria de ellos, aunque no sea muy larga, se echa de menos una revisión que descienda á detalles más prolijos. Entre los dignos representantes del gremio de las *Ranidas* descuella el corpulento *Calyptocephalus*, que descaradamente ataca á los polluelos, engulléndolos con su ordinaria sangre fría. Un caimán y un tiburón, suspendidos encima del armario central; una rayas tembladoras y cuantos branquióforos de fantástica y siniestra fama engendra el elemento falaz; serpientes de las regiones tropicales, secas ó en alcohol; tortugas y un galápago, en el suelo: hé aquí una decora-

ción inmejorable para el gabinete de un adepto de nigromancia. No hay por qué destruir la ilusión con el escalpelo del análisis, porque la totalidad de estos animales es ajena al programa que formulamos de concretarnos á la fisonomía peculiar del país.

Abordando el reino de los evertebrados, ó sea pasando del salón que forma la esquina del poniente al que sigue, nos ofusca la variedad de muestras notables. Se ve lo mucho que se ha hecho; sin embargo será preciso hacer más para reunir los materiales de estudio más indispensables. Además, los corales y madréporas que tanto fascinan la vista, son de orígenes muy diversos. Los crustáceos que aquí gozan de bien acreditada reputación culinaria, son las jaivas y langostas, y de los equinóides, los llamados erizos de mar. Si la escasez de rocas calcáreas explica lo raros que son los caracoles terrestres, sucede lo mismo en el mar, que, en cambio, produce de moluscos algunas jibias de más de un metro de largo. Estamos muy lejos de sostener que por eso falten los animálculos que antiguamente en los tratados de Zoología se guardaban para un apéndice, donde por piedad se daba rápida cuenta de sus imperfecciones, y que hoy día constituyen la base del sistema natural y el fundamento de las ideas modernas sobre el proceso vital. ¿Y quién se extrañará que trabajos y cuestiones como los que se ventilan en las estaciones zoológicas todavía no se sepan apreciar en Chile, cuyo terreno medio virgen sigue remunerando con usura la avaricia del coleccionista que siempre está tentado de tomar por insignificante lo que es pequeño?

Tal vez en ningún ramo el afán de preparar y catalogar es más justificado que en la entomología. Sólo la ex-

cesiva modestia ha podido sepultar las cajitas que contienen los insectos, bajo llave, en un departamento cuya existencia ni siquiera se sospecha de parte de la mayoría de los curiosos. Salvo las sabandijas más vulgares, cuesta procurarse los hexápodos. Y hasta cree haber observado el señor Philippi que los pocos individuos que se encuentran van disminuyendo de año en año, lo que no deja de ser una ventaja para los árboles que con facilidad mantienen inmunes su tronco y sus frutas, libres de la plaga más temible de las enfermedades micológicas.

Con temor algo exajerado se mira la mordedura de una araña colorada (*Latrodectus formidabilis Walk.*), parecida al *L. malmignathus* de Italia, el único animal de carácter maligno que se conoce en la República. Del resto ningún grupo de los insectos falta por completo; de suerte que no hay necesidad de hacer alarde de las galas que entre lepidópteros y cucarachos en calidad de obsequios se han traído del Brasil, Perú y Colombia. Para la comparación estas añadiduras son utilísimas.

Igual importancia reclama la colección privada de conchas y fósiles del doctor Philippi, elegantemente distribuída en las mesas de las dos salas largas en los altos. El principio de esta valiosa propiedad data de una época en que el joven sabio, en Europa, primero se dedicaba al estudio de este ramo descriptivo que, en grado más alto que otro, exige una concentración penosa y que durante su larga carrera le ha valido tan insignes loores, á contar del feliz instante en que acometió separar la malacología del engañador poliformismo de la concha, refiriéndola á la organización del animal mismo. ¿Podría confiarse á manos más hábiles el arreglo de los fósiles

sacados de los diversos horizontes geotectónicos de Chile, cuya colección forma como una continuación de la suya, y cuya descripción pronto dará á luz en una obra ricamente ilustrada? Ni al más inexperto se le ocurrirá pedir los encantos de Afrodite Anadiomene á este concurso de rudos materiales cuyo valor no descansa en su arte y estructura sino únicamente en sus relaciones con las transformaciones presentes y pasadas de nuestro planeta.

DR. LUIS DARAPSKY.

(*Concluirá*)

GLORIA!!...

"Ciego, ¿es la tierra el centro de las almas?"

(*Bartolomé de Argensola*)

I

¿Qué es la gloria? Una nube que un instante
cobija á un venturoso
mortal, que no soñara verse alzado
sobre un soberbio trono;

II

polvo que arroja un hombre á otro hombre,
y que creen incienso;
luz que se apaga cuando empieza apenas
á brillar en el cielo;

III

pluma que lleva el viento entre sus alas,
y que traga el abismo;
ola que se alza, rueda y vuelve espuma;
de ave ligero trino.

IV

Al doblarse del héroe la cabeza,
tronchada por la muerte,
traga la tumba sus despojos pálidos,
y el lauro de sus sienes;

V

así como se traga los despojos
del labrador oscuro
que, el reposo buscando y no la fama,
cruzó ignorado el mundo.

VI

La campana que hoy dobla por un genio
ó un ínclito soldado,
mañana doblará en los funerales
de un repugnante avaro.

VII

¿Qué queda del que muere? Una memoria
que tragará el olvido,
un nombre que se graba en una piedra
y que borran los siglos.

VIII

Alzaron para tumba las Pirámides
los regios Faraones,
y esas moles inmensas se han tragado
sus restos y sus nombres.

IX

En el naufragio de los años, todo,
todo el tiempo aniquila;
de las olas que hoy rugen ni aún quedan
espumas en la orilla.

X

Un pergamino escuálido y raído,
de un monumento el bronce,
guardan la historia de pasadas épocas,
la gloria de los hombres!

XI

¡Un pergamino que, al correr los años,
convertiráse en polvo!...
¡Una estatua que el soplo de los siglos
cubrirá con su moho!...

XII

¡Qué efímera es la gloria que los hombres
conquistan con sus hechos!
Ser inmortal el héroe ambiciona
y subyugar al tiempo;

XIII

pero el tiempo, al tronchar hombres y edades,
barre también los lauros,
los mármoles, las crónicas, y todo
cuanto encuentra á su paso.

XIV

Un día llegará en que los recuerdos
más nobles y más sólidos
morirán, cual la tea que se extingue
al lado de un sarcófago;

XV

y entonces en la fosa del olvido
los vicios y los crímenes
dormirán de la nada el largo sueño
con los sabios y príncipes;

XVI

entonces (¡tiempo aciago!) por el mundo
se paseará la nada,
arrastrando por túnica las sombras,
por cetro una guadaña.

XVII

No habrá un sér en la tierra que se agite,
ni del mar en las ondas;
¿de qué le habrá servido al héroe-mártir
el morir por la gloria?...

XVIII

No es de las almas esta tierra el centro;
es sólo un ancho círculo
que recorren llorando, prisioneras
en la red del destino!

NARCISO TONDREAU.

Santiago, 1883.

ESTUDIOS GRAMATICALES

(DEL RÉGIMEN CASTELLANO)

(Continuación)

IGUALAR

Parece que nuestros clásicos han usado con este verbo promiscuamente las preposiciones *á* y *con*, como puede verse en los siguientes ejemplos:

"Si no, dime ¿qué mayor contento puede haber en el mundo, ó qué gusto puede igualarse *al* de vencer una batalla, y *al* de triunfar de su enemigo?" (CERVANTES)

"Le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro, ni Babieca, el del Cid, *con* él se igualaban." (CERVANTES)

"Y así no halló el sabio *con* quién igualarlo, sino *con* la muerte." (MALÓN DE CHAIDE)

Ya que en silencio mi dolor no iguale
ni mis ocultas lágrimas y llanto
al superior afecto que las vierte;
justo será que mi funesto canto" etc.

(JAÚREGUI)

Que aunque el daño considero
que de mi amado heredero
hace la falta, colijo
que puede igualarse *á* un hijo
un amigo verdadero.»

(TIRSO DE MOLINA, *Marta la Piadosa*)

«¡Ó natural amor! que bueno y malo
en bien y en mal te alabo y te condeno
y *con* la vida y *con* la muerte igualo.»

(LOPE DE VEGA, *¡Si no vieran las mujeres!*)

IMPONERSE

Según la Academia y Salvá este verbo rige la preposición *en;* de modo que, á estarnos á la opinión de estas dos autoridades, debe decirse: «Es menester que fulano se imponga *en* sus deberes», en lugar de «se imponga de sus deberes.»

INCORPORAR

«El alumno debe incorporarse *en* la clase de filosofía,» y «el alumno debe incorporarse *á* la clase de filosofía», son expresiones igualmente correctas.

INSISTIR

Rige las preposiciones *sobre* ó *en*: «No quiero insistir *sobre* este asunto.»

«Inspección que algunos pretendieron extender hasta el dogma, á pesar de las reclamaciones de la Iglesia, que siempre insistió *en* que la protección del príncipe no destruyese la santa libertad del Evangelio.» (LISTA)

INFATUARSE

Debe decirse: "infatuarse *con* los aplausos", y no "por los aplausos."

INFERIR

Puede decirse, "*de* lo dicho se infiere", y también "*por* lo dicho se infiere."

JACTARSE

No rige otra preposición que la *de*:

> "Y así la que se jacta *de* que al fuego
> de los templos da olores, no es mas rica,
> ni la fingió ningún latino ó griego."

(LUPERCIO DE ARGENSOLA)

JUNTAR

Este verbo rige las preposiciones *á* y *con*, "juntar (alguna cosa) *á* otra ó *con* otra". Parece, sin embargo, que los buenos escritores han usado con preferencia la segunda.

"Junta, pues, hermano mío, tus voces *con* estas voces, y tus alabanzas *con* estas alabanzas." (GRANADA)

"Júntase rostro *con* rostro; tíñese la cara de la sacratísima madre con la sangre del hijo", etc. (GRANADA).

"Juntóse Diego de la Gasca *con* ellos, y fueron cuasi rotos los moros, retirándose", etc. (D. H. DE MENDOZA)

JUZGAR

Hé aquí las preposiciones con que encontramos usado este verbo en nuestros clásicos:

"Y que tú y esos niños tus vasallos
armados convirtáis en gruesas lanzas
las que ahora juzgáis *de* tiernos tallos."

(LUPERCIO DE ARGENSOLA)

"Entonces varios periódicos contenían artículos donde se juzgaban las obras antiguas y modernas *con* mas que mediano acierto." (ALCALÁ GALIANO)

"Juzgo *por* mi corazón algo *de* la pena de vuestra merced, y lo demás", etc, (P. ÁVILA)

"Acontece tener un padre un hijo feo y sin gracia alguna, y el amor que le tiene le pone una venda en los ojos para que no vea sus faltas, antes las juzga *por* discreciones y lindezas." (CERVANTES)

JURAR

Las preposiciones *en*, *por*, *sobre*, son las que ordinariamente se juntan con este verbo: "Jurar *en* vano", "jurar *por* Dios", "jurar *sobre* los Evanjelios". Cervantes lo usó á menudo con la preposición *de:*

"Andrés se partió algo mohino jurando *de* ir á buscar al valeroso don Quijote de la Mancha, y contarle", etc.

LIGAR

Parece que este verbo tiene el mismo régimen que juntar, es decir, las preposiciones *á* y *con*, aunque Salvá no menciona más que la última.

También podrá decirse como dijo Lista: "Y en fin, las contínuas guerras civiles manifestaban bien á las claras la ausencia absoluta de todo principio político, de toda máxima común que ligase *entre* sí las diferentes clases de naciones."

LAMENTARSE

Con este verbo pueden usarse las preposiciones *de* y *por*: «Lamentarse *de* su suerte», «lamentarse *por* su desgracia».

LASTIMARSE

«Lastimarse la mano *con* un clavo», «lastimarse la mano *en* un clavo»; de ambos modo puede decirse.

LLENAR

Rige *con* ó *de*:

«Llenósele la fantasía *de* todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos», etc. (CERVANTES)

«Este es un objeto que me llena el corazón *de* un suavísimo deleite». (FEIJOO)

MANCHAR

Se usa con las preposiciones *de* y *con*; pero acaso más frecuentemente con la última:

«A la sed de los bueyes
de Erandro fugitivo, Tibre santo
sirvió; después los cónsules, los reyes
con sangre le mancharon,
le crecieron con llanto
de los reinos que en tiempo aprisionaron.»

(QUEVEDO, *Roma antigua y moderna)*

MARAVILLARSE

La Academia da á este verbo por régimen las preposiciones *con* y *de*; Salvá la *á* y la *de*. Parece que la enseñanza de Salvá está más conforme á la práctica más constante.

"Nos quedamos maravillados *al* ver tanto esplendor."

"Entonces (el ánima) maravillándose *de* sí misma como tales tesoros le estaban escondidos", etc. (P. GRANADA)

"Maravillóse Scipión por este razonamiento *de* que los corazones de aquella gente con tantos trabajos no estuviesen quebrantados", etc. (MARIANA)

MANTENERSE

Se puede decir con igual propiedad: "Mantenerse con yerbas ó *de* yerbas"; "mantenerse *con* la caridad pública ó *de* la caridad pública".

MEZCLAR.—MEZCLARSE

La Academia y Salvá no dan al verbo mezclar (no usado como reflejo) otro régimen que la preposición *con:* "Mezclar una cosa *con* otra".

"Ni se habla de mezclar la desaprobación *con* el elogio, ni de dar al segundo cierta índole y formas por donde, si bien aparece un meditado juicio, pierde gran parte de sus extremos de lisonja." (ALCALÁ GALIANO)

Sin embargo, en un correctísimo escritor, don Leandro de Moratín, leemos:

"Con tal autoridad, luego descarga
retruécanos, equívocos, bajezas,
y *en* ellas mezclarás sátira amarga."

Este mismo verbo (usado como reflejo) rige, según Salvá, la preposición *en* solamente; y según la Academia la *en* y la *con.*

Es indudable que el uso de la *en* es más propio y más general:

«Los fieros enemigos aquí juntos
forman una república quieta,
mezclándose *en* sus pastos y *en* sus juntas.»

(LUPERCIO DE ARGENSOLA)

Pero no puede reprobarse el uso de la *con*, y aunque no tenemos á la mano ningún ejemplo de escritor autorizado, nadie podría tachar de incorrecta esta frase, ú otras análogas: «Mezclarse *con* gente mala».

Y los buenos escritores no sólo han usado este verbo con las preposiciones mencionadas, sino también con la preposición *entre:*

«De aquí desciende el amor á mezclarse *entre* los espíritus bienaventurados, y anda de pecho en pecho tomando posesión de todos ellos», etc (MALÓN DE CHAIDE)

METER

Este verbo, exceptuando uno que otro modismo, no rige la preposición *á*, de modo que no puede decirse, por ejemplo, «meter el dinero *á* la caja». La preposición que debe emplearse en lugar de la *á* es la *en*.

«Ella *en* mi corazón metió la mano,
y de allí me llevó mi dulce prenda,
que aquel era su nido y su morada.»

(GARCILASO)

Nada diremos sobre las demás preposiciones que pueden acompañar á este verbo, puesto que nuestro intento era hacer notar solamente el vicio que ya dejamos indicado.

MATIZAR

Puede usarse con las preposiciones *de* ó *con*: «matizada *de* flores ó *con* flores».

OCUPARSE

Es un vicio muy común entre los que hablan y escriben usar este verbo con la preposición *de*. Sépase, pues, que no debe emplearse nunca dicha preposición, sino la *en*; y esta ha sido la práctica general y constante de todos los buenos escritores españoles.

»Y aunque se confederaran, sólo fué para que el rey de Argel hiciese la empresa de Túnez y Biserta, en tanto que el rey don Felipe estaba ocupado *en* allanar la rebelión de Granada», etc. (H. DE MENDOZA, *Guerra de Granada*)

»Atentos los religiosos y ocupados *en* oraciones y plegarias, como se suele en tiempo y punto de grandes peligros.» (H. DE MENDOZA)

»Vivió doliente desde entonces, pero leal y ocupado *en* el servicio del rey.» (H. DE MENDOZA)

»Tuvo que retirarse á España (el P. Mariana) en 1574, fijando su residencia en la casa profesa de Toledo, después de haber gastado trece años en los países extranjeros ocupados *en* la enseñanza pública.» (CAPMANY)

»Porque (como dice S. Bernardo) los demonios envían al alma ociosa malos pensamientos *en* que se ocupe por que, aunque cese de obrar mal, no cese de pensar mal.» (GRANADA)

Francia está con discordias quebrantada
y en España amenaza horrible muerte
quien honra de la luna las banderas;
y aquellas en la guerra gentes fieras
ocupados están *en* su defensa:
y aunque no ¿quién hacerme puede ofensa?»

(HERRERA, *Á la batalla de Lepanto*)

(Continuará)

PEDRO N. ALBORNOZ.

OBSERVACIONES SOBRE HIGIENE

INTERNACIONAL

(Continuación)

Conviene notar un hecho que ha tenido lugar en los últimos años. Londres sufrió en 1849 una epidemia de cólera de bastante consideración, pues que, con una población entonces de 2.145,000 habitantes, perdió 14,125 por efecto de la epidemia; y en 1865 otra invasión del mismo flajelo costó 5,720 víctimas, con una población de 2.600,000 habitantes. Esta disminución en los estragos epidémicos no es exclusiva seguramente en aquella gran ciudad; pero es más acentuada que en cualquiera otra de las agrupaciones populosas de la Europa que han sido visitadas al mismo tiempo por este mal; y desde entonces Londres no ha tenido ni la apariencia de una invasión colérica. Ya he hecho notar que la Inglaterra en general y particularmente Londres, nada tienen de peculiar en sus condiciones meteorológicas ó telúricas para favorecerlas en su lucha contra las enfermedades exóticas, y que, al contrario, su forma insular misma, el

desenvolvimiento de la marina mercante, la posesión de sus colonias de la India, de donde el cólera procede, y sus estrechas relaciones con el Egipto y el Mar Rojo, son otras tantas circunstancias que agravan el peligro de la importación epidémica; mucho más, cuando, por ese cúmulo de circunstancias, la Inglaterra ha venido relajando desde muchos años las medidas precaucionales, hasta suprimir virtualmente la cuarentena. Resulta de esta observación que los cuidados sanitarios internos son la mejor profilaxia contra la importación de esas epidemias tan terribles.

La simple inspección médica sustituida á la cuarentena en Inglaterra, no ha producido resultados adversos como acaba de verse. En la conferencia sanitaria internacional de Viena, en 1874, se discutieron extensamente las ventajas relativas del sistema de la inspección médica y de la cuarentena contra el cólera en los puertos de Europa. Una gran mayoría de los delegados, incluyendo las naciones principales, con la única excepción de Francia, se declararon en favor del primer sistema.

Indudablemente, una cuarentena perfecta, que no pudiera violarse en ningún punto, si fuera practicable, ofrecería mayor grado de seguridad contra la introducción de la enfermedad que el que puede obtenerse por la simple inspección, cuyos preceptos y detalles consignaremos más adelante. Pero como ya se ha dicho ¿dónde pueden encontrarse las condiciones para una cuarentena perfecta, y á cuanto costo podría llevarse adelante el experimento? Mr. Simon ha dicho con razón: "Una cuarentena imperfecta es una mera perturbación irracional del comercio; y una cuarentena del género que puede asegurar el éxito es más fácil imaginarla que realizarla.

Sólo en una localidad que viva apartada de las grandes vías y de los grandes emporios comerciales, ó esté en aptitud de considerar su comercio como de un interés muy secundario, sólo en esas circunstancias puede hacerse efectiva la cuarentena eficaz para la proteccóin de la comunidad. Á medida que estas circunstancias se modifiquen se hace imposible poner en práctica el rol plausible de las cuarentenas. Las condiciones que deben llenarse son las de un aislamiento nacional completo; y la Inglaterra no podría colocarse en esas condiciones sin cambios fundamentales imposibles en los hábitos y en las necesidades del país.

Las medidas que en Inglaterra se han sustituido á la cuarentena contra el cólera y cualesquiera otras enfermedades infecciosas, difieren de la cuarentena en los siguientes puntos esenciales: *(a)* Afectan solamente á aquellos buques que se sabe ó se tiene motivo para sospechar que han sido infectados por el cólera durante su viaje, no considerándose como tales sino cuando ha habido á su bordo casos de cólera ó diarrea colérica en su trayecto. *(b)* Dispone que se detenga el buque solamente el tiempo necesario para la inspección médica, para trasladar los enfermos á hospital especial ó á otro sitio aislado, y para proceder á la desinfección. *(c)* Á las personas sanas que vienen á bordo se las detiene el tiempo estrictamente necesario para que se haga constar su estado de salud por el examen médico inmediato. Las medidas referentes á los enfermos son simplemente la aplicación de los principios de administración sanitaria conforme á la ley general respecto á todas las enfermedades infecciosas de cualquier naturaleza.

En efecto, si algún empleado de aduana, al llegar un

buque cualquiera al puerto, sabe por el capitán ó tiene motivos para sospechar que hay infección de cólera á bordo, debe detenerlo y ordenar que sea anclado en el sitio que se le señale. Mientras que el buque está así detenido, á nadie le es permitido salir de él. La autoridad sanitaria del puerto debe fijar, con conocimiento del jefe superior de la aduana, algún sitio dentro de su jurisdicción donde haya de anclar el buque y debe tomar disposiciones para que los enfermos de cólera, si los hay, sean trasladados á donde corresponda. Inmediatamente se da noticia á la autoridad sanitaria de la detención del buque á fin de que el médico oficial lo visite para apreciar si está realmente infectado. Si lo está, el médico debe extender un certificado escrito, entregando una copia al capitán del buque y trasmitiendo otra á la autoridad sanitaria superior.

Lo más pronto posible después de esta declaración, el médico debe examinar á todas las personas que están á bordo. Aquellas á quienes se reconozca que no tienen ni síntomas que lo hagan sospechar, pueden desembarcar inmediatamente, dejando consignados sus nombres y la dirección de su alojamiento en tierra; pero se deben comunicar todos los hechos conocidos y verificados á las autoridades sanitarias de los sitios á donde los pasajeros se dirijan.

En el caso de un buque declarado infecto por el cólera, el médico oficial debe dar órdenes y adoptar las medidas que le parezcan necesarias para evitar la extensión de la enfermedad. En el caso de que una muerte ocurra á bordo, por el cólera, el capitán debe disponer que el cadáver sea llevado al mar fuera del puerto con un peso suficiente para evitar que surja de nuevo á la

superficie ó entregarlo á cargo de las autoridades locales para que procedan á su inhumación como corresponda. Todos los objetos que han sido mojados por las secreciones del enfermo serán destruidos; las ropas de cama y otros artículos de uso personal susceptibles de ser infectados, que hayan sido usados por algún enfermo de cólera en el buque, serán cuidadosamente desinfectados, ó destruidos también, si fuere necesario.

Se ve, pues, que estas medidas de inspección difieren del sistema cuarentenario en gran manera; y si ellas bastan para la eficacia profiláctica deseada, seguramente que se recomiendan por su sencillez y por la ausencia de esos rigores excesivos, casi siempre eludidos en la práctica, y que tan contrarios resultan á los intereses humanitarios y comerciales que hieren á la vez. Es claro que estas atenuaciones son aplicables sin inconveniente en aquellas regiones donde la higiene pública se ha cuidado con energía y con éxito; pero allí donde la insalubridad es la regla en las situaciones ordinarias, ni la inspección médica inglesa ni la cuarentena, ni los cordones sanitarios de la edad media pueden evitar la importación y la propagación de las enfermedades exóticas infecciosas. Y vuelvo á mi proposición principal: el único sistema científico, humanitario y racional, justificado por la experiencia, es el de la consagración de todos los medios y fuerzas vivas de las naciones al saneamiento perfecto de sus grandes y pequeñas ciudades y principalmente de sus puertos.

Quiero mencionar con alguna detención un hecho que nos concierne más directamente y á cuyo desenvolvimiento he asistido con toda mi atención, con todas mis fuerzas i con el más vivo interés de mi corazón.

La ciudad de Buenos Aires, en los años que precedieron al 71, era muy malsana; 33.6 por mil era la medida de su mortalidad, mortalidad enorme si se toma en consideración lo reducido de su población en aquel tiempo. Bajo estas condiciones y después de haber sufrido dos epidemias sucesivas de cólera en 1867 y 68, vino el año memorable de 1871. La fiebre amarilla reinante epidémicamente en el Brasil, comunicada por los buques de guerra á los mercantes mismos que no eran eficazmente inspeccionados en nuestros puertos, se introdujo en la población, empezando por los distritos urbanos peor cuidados, y tomó las proporciones de una epidemia formidable, que ha sido una de las más mortíferas entre los pueblos civilizados del siglo XIX.

La epidemia hizo sus estragos; la ciudad quedó desolada; diez y nueve mil víctimas de la fiebre en una población poco numerosa y reducida por la emigración pavorosa de más de treinta mil personas á los pueblos vecinos y á la campaña, dan la medida de la intensidad de la epidemia, y de las pésimas condiciones sanitarias en que la ciudad estaba colocada. Este suceso terrible, añadido á los estragos del cólera que hemos recordado, despertó la ansiosa atención del pueblo y de las autoridades y se adoptaron disposiciones higiénicas de alguna importancia para mejorar la situación; y aunque no fueran siempre bien dirigidas ni desarrolladas con la energía necesaria, siempre concurrieron en la parte que alcanzaban á la mejora de la salud pública. La provisión de aguas corrientes iniciada desde 1870, la extensión del pavimento en las calles de la ciudad, el barrido y la extracción consiguiente de las basuras, alguna vigilancia en la forma de las construcciones y muchos otros deta-

lles que se relacionan con la higiene, han producido un cambio notable que se hace sentir particulatmente desde 1875.

No puedo dejar pasar esta ocasión sin hablar de otro elemento sanitario que ha contribuido á ese resultado: hablo del establecimiento de los tramways urbanos.

En proporción al número de habitantes, no hay ciudad en el mundo, con excepción de Filadelfia, que esté mejor dotada de tramways que Buenos Aires. El establecimiento de este medio fácil y económico de transporte urbano, ha producido, por decirlo así, la extensión de la ciudad. Barrios enteros, que hace diez años estaban desiertos, se encuentran ahora poblados con edificios de excelente construcción, que reciben y alojan porciones muy considerables de la población total, pues teniendo á su alcance este medio rápido y seguro de comunicación, aun cuando sus ocupaciones ó sus goces se encuentren en la parte más central vecina al río, se establecen á miles de metros de esta sección, viven allí con holgura y bienestar y descargan así en cierto modo la masa excesivamente acumulada de la agrupación de otro tiempo.

Buenos Aires tiene ahora una población de 320,000 habitantes próximamente. Pues bien: 22 á 24,000,000 de pasajeros viajan anualmente en los tramways por conveniencia ó por recreo; y estas facilidades de traslación, de movimiento y de actividad ofrecen naturalmente á la población entera el medio de cambiar todos los días y por el tiempo que se desee las condiciones del hogar por las del aire libre de los alrededores.

Los tramways, ocupando la mayor parte de las calles de la ciudad, necesitan para su establecimiento y su de-

bido curso, y para cumplir preceptos que se han hecho condición de su existencia por parte de la autoridad, que esas calles estén más ó menos bién pavimentadas.

De este solo hecho resulta otra revolución importantísima en nuestro sistema sanitario. En centenares de cuadras, cuyo piso estaba antes formado por el fango mezclado con los detritus domésticos y de servicio común, que se penetraban con las lluvias hasta el subsuelo más profundo, ahora es posible hacer en ellas un barrido completo, reunir las basuras derramadas de estos diversos puntos y levantarlas para ser conducidas inmediatamente á los sitios fuera de la ciudad, donde se destruyen sin cesar por el fuego, hasta la suma de ochenta á noventa mil toneladas por año. Esta enorme cantidad de sustancias infectas quedaban antes, en su mayor parte, en la superficie descubierta del suelo formando masa con él, sufriendo allí el proceso de la fermentación pútrida, é infectando con sus microbios y gases mefíticos las calles y las habitaciones, donde penetraban á todas horas.

No puede desconocerse que el factor sanitario procedente de esta gran mejora ha influído en mucha parte en la favorable transformación de las condiciones higiénicas; y que, á pesar de lo mucho que falta por hacerse en el sentido de las reformas, tenemos que desde 1876 la mortalidad anual urbana alcanza sólo á 23 por mil, como término medio, en vez del 33.6 por mil que era la medida ordinaria en los años anteriores, sin contar entre ellos los años de las epidemias sufridas. De suerte que comparando estos dos períodos, puede decirse que un 10 por mil de la mortalidad ha disminuido y que en los años favorecidos, dada la población existente, se han salvado 3,000 vidas por año, con todas las consecuencias

físicas y sociales que acompañan á las buenas condiciones sanitarias.

Ahora bien, hace pocos meses que hemos tenido la zozobra de algunos casos procedentes del Brasil que se creían infectados de fiebre amarilla. Si el diagnóstico ha sido exacto ó no, es difícil decirlo por la diversidad de las opiniones facultativas á que dieron lugar las observaciones; pero en todo caso no puede desconocerse que los buques procedentes del Janeiro traen á lo menos la amenaza de la importación, cuando la fiebre amarilla reina allí, y que la observación á que son sometidos nuestros puertos es por lo común insuficiente; y aún suponiéndola rigorosa, nunca faltan los medios para eludirla subrepticiamente. Por consiguiente, ó los casos mencionados fueron, en efecto, de fiebre amarilla, ú otros han penetrado sin ser percibidos por la autoridad. En una y otra hipótesis, la verdad es que no se ha denunciado un solo hecho de transmisión; y estoy seguro de que si la transmisión hubiere tenido lugar, no habría tomado las formas de una epidemia de consideración, precisamente por la diferencia favorable de nuestra situación presente comparada con la de 1871.

Pero no basta lo que hemos ganado; es preciso que los trabajos de saneamiento en todas sus formas se ejecuten enérgicamente bajo la dirección de la ciencia. Cuando las cloacas y corrientes subterráneas estén satisfactoriamente establecidas con la pendiente requerida para la circulación; cuando las aguas servidas, cuando los *water closets* y los sumideros estén puestos en franca y segura comunicación con las cloacas; cuando la provisión de aguas corrientes bien servidas llegue por lo menos á la cifra de 200 litros por persona y por día;

cuando el pavimento de las calles esté colocado sobre un subsuelo consolidado y con la forma y la sustancia que la experiencia ha demostrado ser preferibles; cuando las calle nuevas, á lo menos, se hayan ensanchado suficientemente, ya que no es posible producir este hecho, desde luego, en las calles existentes; cuando se haya conseguido fundar y desenvolver un sistema de edificación adecuado para las casas de inquilinato; cuando se hayan abierto avenidas para facilitar la circulación y creado plazas públicas como superficies aereatorias, sombreadas con árboles escogidos, como atractivo para la población vecina; cuando se hayan realizado todos estos hechos que son otras tantas necesidades de una ejecución compatible con nuestros recursos, entonces la ciudad de Buenos Aires será una de las más sanas, y su rápido crecimiento, lejos de ser un motivo de alarma, será más bien semejante al de un organismo sano y vigoroso que se desarrolla sin tropiezo y sin zozobras. En esas condiciones, lo mortalidad será de 18 por mil cuando más; y, por consiguiente, se hará imposible la introducción y la difusión de las epidemias mortíferas que conocemos, y nos será dado suprimir las trabas cuarentenarias con sus rigores. Los intereses del comercio, el movimiento inmigratorio y las relaciones internacionales que tienden á multiplicarse cada día, serán consultados eficazmente.

Estas proposiciones parecerían una utopia si no estuvieran justificadas por la experiencia contemporánea. Sí, con lo poco que se ha hecho en favor de la higiene, la mortalidad en Buenos Aires ha disminuido en 10 por mil, con lo mucho que falta por hacer, y que es practicable, puede ganarse 6 por mil más seguramente, y resolver así el problema de la inmunidad ulterior, con más

evidencia y en mayores proporciones que lo que se ha conseguido en Inglaterra.

Á pesar de las discusiones científicas que han tenido lugar y que continúan en todas partes, no puede desconocerse que las enfermedades infecciosas son verdaderamente trasmisibles. Una persona enferma que se acerca á otra sana puede comunicarle su dolencia, sea por el contacto, por el aire que aspira con los jérmenes ó miasmas de la enfermedad contagiosa, sea por los vestidos ú objetos de su uso que han estado impregnándose con la atmósfera infecta del hogar ó de la región donde una epidemia intensa esté reinando. Cuando uno ó más individuos ú objetos así preparados se presentan á otros individuos y en una población adecuada para la receptividad, el mal se comunica y se difunde. Esta ley de trasmisión que debía ser inexorable, falla, sin embargo, en muchos casos, sea con relación á las personas ó á las localidades.

Durante la epidemia de 1871, que desoló la población de Buenos Aires, una gran masa de sus habitantes emigraron, como hemos dicho, á los pueblos vecinos y á la campaña. Me propongo recordar y estudiar las relaciones en que estaban colocados esos emigrantes con el gran foco epidémico de que huían; y aunque nada tiene de nuevo lo que ha pasado bajo mi propia observación personal, creo que despertará el interés científico para buscar la solución del problema fisiológico que el hecho envuelve.

La comunicación era completamente libre entre la ciudad atacada y los pueblos donde se albergaban los que salían por cientos y por miles huyendo del enemigo

formidable; y aunque los fugitivos en su mayor parte se detenían en los sitios á que habían alcanzado, y, con con mucha razón, se abstenían de regresar ni por un momento al punto de partida, los hombres de negocios, aquellos á quienes sus compromisos industriales ó profesionales obligaban á entrar á Buenos Aires, hacían esta excursión todos los días, permanecían envueltos en aquella atmósfera infecta y venenosa durante muchas horas del día y de la noche, regresando al seno de sus familias que los esperaban con las angustias que inspira un gran peligro. Muchas de estas personas, al volver de Buenos Aires, llevaban la fiebre amarilla en incubación, y caían postrados para morir ó para restablecerse tras del lento y penoso proceso de la convalecencia.

Entretanto, no tengo noticia de un solo caso en que la enfermedad se transmitiera del viajero, del enfermo ó del muerto á alguna de las numerosas personas que lo rodeaban en su lecho, que respiraban su aliento bajo las deprimentes emociones consiguientes á esa situación. Allí estaba el vehículo del mal, el hombre enfermo exhalando los gérmenes multiplicados al infinito por las transformaciones patológicas, con sus ropas impregnadas con el veneno, y allí, enfrente de él, á su lado y en su contacto, estaba su familia y sus amigos disputándose el privilegio de acercarse más y más al moribundo, estrechándolo en sus brazos tal vez y absorbiendo con santo valor aquellos miasmas. Y, sin embargo, repito, en medio de estas escenas no se cuenta un solo caso entre los centenares de su género, en el cual la enfermedad se transmitiera.

GUILLERMO RAWSON.

(Continuará)

SILUETAS DEL CORÁN

Y DE MAHOMA

I

Á muchos lectores de la REVISTA DE ARTES Y LETRAS llamará la atención el título que al presente artículo encabeza, y les sorprenderá acaso que, á fuer de viajeros y de narradores fieles de cuanto hemos observado en esos viajes, vengamos ahora á desenterrar viejas leyendas ó añejas tradiciones de un pueblo que, por sus costumbres, edad y religión, está casi tan distante de nosotros como la tierra de la luna.

Pero si esos recelos que al comenzar nos asaltan tuviesen visos de verdad y fundamento, y fuera igualmente cierto que el asunto de que vamos á ocuparnos y ocupar la mente de los lectores carece de la oportunidad que conviene y del interés que es necesario á todo trabajo literario ó histórico, pedimos muy sinceramente nuestras excusas.

Es natural muchas veces juzgar á los demás por uno mismo. Si un estudio cualquiera nos causa atractivo y proporciona agrado, hé allí que en seguida nos lanzamos á comunicar nuestras observaciones, á propagar nuestras ideas ó el resultado de nuestro examen, sin madurar suficientemente el grado de interés que los mismos puedan inspirar á los demás.

Esto, que es general, acontécenos también á nosotros. Los estudios que nos sugieren los viajes en que se combinan el arte y la historia nos absorven por completo, y sin parar mientes sobre el gusto de los extraños, que acaso es sobremanera diverso, nos tomamos la libertad de llamar su atención sobre aquellos asuntos una vez y otra, como si no existieran mil diferentes, más de su incumbencia y de su sabor.

Pero sea como fuere, no podemos aún corregirnos de esta falta de perspicacia y buen tino, y al tomar la pluma en estos instantes, nos interesa de tal suerte la historia del pueblo mahometano, que, saltando por sobre las vallas de la discreción y prudencia, pero sí pidiendo perdon á los lectores, vamos á transportarlos muy lejos del país y del tiempo en que vivimos, á los desiertos abrasadores de la Arabia y á los principios del séptimo siglo de nuestra Era.

Nos proponemos, en otros términos, disertar un poco sobre Mahoma, el origen de su colosal reforma, y el culto externo de los musulmanes, instituido por aquel, y refrendado en los numerosos textos y versículos del Corán, esto último según hemos podido observarlo nosotros mismos en el oriente, y compararlo más tarde con las prescripciones del Sagrado Libro que, con las apuntaciones de viaje, tenemos hoy delante de los ojos.

II

Á una circunstancia casual, providencial sin duda, al decir de los musulmanes, fué quizá á lo que debió Mahoma el comienzo y buena parte de su influencia política y autoridad religiosa sobre los árabes.

Antes de que hubiese principiado su propaganda, y cuando sólo le conocían por sus virtudes y piadosas prácticas, trataban las diversas tribus de Coreiscitas (1) de reconstruir el templo de la Caaba (2), destruido no hacía mucho por incendios voraces. Todas ellas quisieron tomar parte en la obra, como que era universal la veneración por la famosa reliquia, y lo hicieron, en efecto, contribuyendo cada cual al edificio. Pero eran tales el fanatismo y los celos que unas á otras se inspiraban, que cuando hubo llegado el momento de colocar en su sitio la sagrada piedra, cada una reclamó para sí este honor altísimo, negando el derecho de hacerlo á cualquiera de las otras.

Dos hombres, representantes de diversas tribus, más exaltados y feroces que los demás, sumergieron las manos en un tiesto lleno de sangre, jurando que estaban dispuestos á morir allí antes que renunciar á sus prerrogativas.

Tomaban las cosas ya un aspecto por demás amenazante, cuando por fortuna se levantó de entre ellos un anciano de espíritu más conciliador y tranquilo, que, previendo las funestas consecuencias que de seguro aquellas

(1) Tribus que dominaban en la Meca en el siglo VII.

(2) Piedra sagrada de que se hablará más adelante.

rivalidades traerían, quiso ponerles atajo. Propuso á los caudillos de las varias tribus se sometieran al juicio del primer hombre que por delante del edificio pasase, ó mejor aún, que se dejara á éste el honor de colocar la Caaba en su sitio, lo que equivaldría á someterse á la voluntad del cielo. De esta manera quedarían de hecho terminadas todas las contiendas, y unánimes de nuevo podrían proseguir los trabajos.

Escucharon los Coreiscitas rivales la voz de la razón y la cordura, y poniendo término á sus luchas, todos volvieron los ojos hácia la entrada para ver quién sería el llamado á tan honroso arbitraje. No tardó mucho en que uno se presentara, y ese era *Mahoma*, ó el que todos conocían con el nombre de *el-Emin*, el justo, el leal, el fiel.

Impuesto de la crítica situación, gustoso aceptó el futuro Profeta el cargo honroso que la suerte le deparaba; y haciendo extender sobre el suelo un paño bajo la Caaba, dió á coger las cuatro puntas á otros tantos de los más autorizados personajes de las tribus rivales. Levantáronle así, y una vez á la altura del nicho destinado para encerrar la piedra de Abraham, cogióla Mahoma con sus propias manos, dejándola colocada ahí para siempre. De esta suerte le cupo parte muy preeminente en la ceremonia, y los Coreiscitas quedaron no sólo reconocidos por haberles alejado la guerra civil, que ya estallaba, sino impresionados además por el marcado favor del cielo recaído sobre él. Esto, aumentando la fama de Mahoma , no dejaría de ayudarle en su colosal empresa futura.

III

Según las declaraciones del mismo Mahoma, guiábale un secreto impulso hácia la reforma religiosa; los destellos de una emanación divina parecían haberse comunicado á su alma, ya de suyo muy dada á los ensueños místicos y á los entusiasmos ardientes de estáticas lucubraciones.

Retirábase á veces de la compañía de sus compatriotas para vagar solo por montes ó valles perdidos, como si oculto presentimiento le anunciara alguna revelación del cielo, semejante á las que él habia leído en el Libro Santo de los Hebreos.—Ningún retiro más famoso que el que hacía todos los años, durante el mes de *Ramadhán*, (9.º mes del calendario árabe, y después elegido para las penitencias) al monte Hira, situado á corta distancia de la Meca, y donde tenían lugar preferentemente sus coloquios con los ángeles bajados del cielo.

Puede decirse que allí fué colocada la primera piedra del inmenso edificio de la reforma, porque después de uno de esos retiros, á los que Mahoma sabía dar apariencias tan maravillosas, fué cuando se declaró abiertamente la religión nueva, y junto con eso sus primeros adeptos.

Cuéntase que, echándole una noche de menos en su habitación *Khadidja*, primera mujer de Mahoma, mandó á sus criados á buscarle á la montaña ya citada. Le encontraron allí en efecto; y habiendo ella notado á la vuelta del árabe una extraña demudación en su semblante, obtuvo de él la no menos extraordinaria explicación siguiente:

"Dormía profundamente sobre el monte, y un ángel se me apareció en sueños. Tenía en la mano un trozo de seda cubierto con caracteres de escritura. Presentándomelo, dijo: *Lee.*—¿qué leo? le pregunté yo. Me envolvió en la seda y repitió: *Lee.* Reiteré yo mi pregunta: ¿qué leo? Y él repuso: *Lee,* "en nombre de Dios que " ha creado todas las cosas, que ha creado al hombre de " sangre coagulada; lee, en nombre de tu Señor gene- " roso; Él es quien ha enseñado la Escritura, Él enseñó " al hombre lo que éste ignoraba."

"Yo pronuncié estas palabras siguiendo los ecos del ángel; y se alejó. Desperté, y salí en dirección á la pendiente de la montaña. Escuché allí sobre mi cabeza una voz que me decía: "Oh Mahoma, tú eres el enviado de Dios, y yo soy Gabriel." Al levantar los ojos descubrí al ángel; quedé inmóvil, mis miradas fijas en él hasta que hubo desaparecido."

Después de esta narración curiosa quedó Khadidja muy conmovida, y sin poder dudar siquiera un instante de las celestes revelaciones, decidióse, antes que persona alguna, á seguir las nuevas doctrinas, comenzando desde luego á buscar prosélitos por todas partes, con el fin de coadyuvar en la magna obra de su marido transformado en profeta.

IV

El culto externo de los mahometanos puede resumirse en los puntos siguientes: oración, ayunos, limosna, peregrinación á la Meca, y guerra santa contra los infieles.

La oración pública, y, para prepararse á ella digna-

mente, las abluciones, fué acaso la institución primera y más importante del Profeta, y él mismo se apresuraba á dar el ejemplo á sus discípulos y continuadores. Á estilo farisáico, jamás dejaba de presentarse al pueblo en la Mezquita, fuese ya en la Meca, ya en Medina, según lo requerían sus campañas contra los Coreiscitas y su sangrienta predicación y propaganda. Ni dejó tampoco de subir al monte Arafat, á corta distancia de la Meca, para predicar desde allí una especie de *Sermón de la Montaña;* y, según la leyenda de los mistificados musulmanes, experimentó transfiguración gloriosa, acaso como la que en el Tabor había deslumbrado los débiles ojos de los tres apóstoles del Mesías cristiano.

Numerosos por demás son los versículos del Corán en que se impone á los creyentes la obligación de orar, obligación seria, ineludible y severa, como que forma la base fundamental de esa creencia.

Citaremos uno que otro:

"Haz oración en las dos extremidades del día y á la entrada de la noche; las acciones buenas alejan á las malas. Aviso á los que piensan."—

"Desoçúpate de la oración en el momento en que el sol decline hasta la entrada de las tinieblas de la noche. Haz también una lectura al alba del día; la lectura del alba no carece de testigos."—

—"Y en la noche consagra tus veladas á la oración. Ello será para tí obra meritoria. Puede que en estas vigilias te eleve Dios á un lugar glorioso."

Las horas de oración han sido y son tan fielmente observadas por los musulmanes que, entre los numerosos *milagros* que ellos cuentan verificados por Dios en apoyo de las doctrinas de Mahoma, existe uno que, por ve-

nir precisamente al caso, bien podemos darnos la molestia de referir como una de las tantas leyendas que en el curso de este escrito hemos venido mencionando.

En cierta ocasión quedóse Mahoma dormido sobre las rodillas de Alí, su primo y uno de sus primeros y más fervientes adeptos; y como éste no quisiese despertarlo, dejó pasar con gran pena la hora de mediodía sin ir á su mezquita, como de costumbre. Al despertar y darse cuenta de lo sucedido, obtuvo de Dios el profeta que volviera atrás el sol en su marcha por los espacios, y que repitiéndose de nuevo aquella hora ya pasada, pudiese el fervoroso Alí redimir su falta con gran admiración de los habitantes, que ya tenían con eso nueva prueba de la divina enseñanza.

V

En el año II de la Egira, que, siendo la huida del profeta perseguido de la Meca á Medina, es la base del calendario mahometano, se instituyó en esta última ciudad santa el *izán*, ó sea llamamiento público á la oración, á la que deben concurrir necesariamente todos los creyentes.

"O creyentes! dice el Corán, no oréis cuando estéis ebrios: esperad poder comprender las palabras que salen de vuestros labios. No oréis cuando estéis manchados: esperad haber hecho vuestras abluciones, á menos que estéis en marcha. Si estáis enfermos, y en viaje, si acabáis de satisfacer vuestras naturales necesidades,... frotáos la cara y las manos con polvo menudo á falta de agua. Dios es indulgente y misericordioso."

Para facilitar las abluciones requeridas por el Corán,

no faltan jamás dentro del recinto mismo de las mezquitas las fuentes—*Schadrowan* en árabe,—donde pueden los fieles lavarse la cara y los pies, como efectivamente lo hacen en todos los países del Islam, desde el cabo Espartel, en el extremo occidental de Marruecos, hasta el oriente del Ganges, donde entre cien millones de budistas y bramanes, se conservan no pocos adeptos fanáticos de aquél.

La manera en que el llamamiento á la oración debía hacerse quedó sólo establecido después de la muerte de Mahoma, por su discípulo *Abdallah*. Acostumbraban los judíos llamar al pueblo por medio de trompetas; los cristianos de oriente por medio de la matraca, á que más tarde vinieron á reemplazar las campanas. Ahora bien, no queriendo los árabes asemejarse á ninguno de ellos, dispusieron que el llamamiento fuese hecho de viva voz. Con ese fin han levantado los alminares, que equivalen á nuestros campanarios, tanto arquitectónica como prácticamente, colocándolos en las extremidades del grupo de edificios y patios que forman las mezquitas, muchas veces distantes del templo mismo para que las voces, en vez de quedar perdidas allí, vayan á herir los oídos de los creyentes lejanos.

Esas voces, lanzadas varias veces al día por el *muzzin*, desde los balcones ó galerías del alminar, repercuten en el aire:

"Dios es grande. Sólo Dios es Dios, y Mahoma su profeta. Venid á la oración! Venid á la salvación!" etcétera.

Y los musulmanes ocurren, en efecto, á ese elocuente llamado, y más asiduos que los fieles de Occidente, llegan uno á uno á las mezquitas, á cualquier hora que se

les llame, prontos para despojarse de sus babuchas y purificarse en las aguas del *Schadroroan.*

Al principio, y aunque era costumbre al hacer la oración situarse en la dirección de Jerusalén, no estaba prescrito á los musulmanes el darse vuelta hácia sitio alguno; antes bien, existe pasaje del Corán en que se reconoce que el Levante y el Ocaso pertenecen igualmente á Dios, y que siendo Él Inmenso y Sabedor de todo se le encuentra en cualquiera lado á que uno puede dirigirse.

Pero esto mismo, sin embargo, ha quedado abolido con posteriores disposiciones que lo anulan.

"Establecimos la morada santa para retiro y asilo de los hombres, y dijimos: Tomad la estación de Abraham para oratorio. Recomendamos á Abraham y á Ismael lo siguiente: Haced pura mi morada para los que vengan á girar á su alrededor, para los que vengan á orar, á hacer genuflexiones y postraciones."

Esta morada santa, á que el pasaje se refiere, es un edificio en el patio de la mezquita de la Meca, que por contener la piedra llamada Caaba, ha recibido también este nombre, y es el sitio sagrado por excelencia, y al cual hacen peregrinación los musulmanes. Repútanle el primer templo eregido al Dios verdadero por el patriarca Abraham, padre, según ellos, de la religión mahometana, y esa piedra sería la misma que le trajo del cielo el arcángel Gabriel para comenzar el edificio.

Sin embargo, algunas autoridades de la ciencia se han permitido dudar de este hecho milagroso, y sostienen que, tanto por su naturaleza como por su aspecto exterior, la Caaba no pasa de ser una piedra de basalto volcánico.

Pero sea la verdad cual fuere, es el hecho que la Caaba es el objeto de la mayor veneración, y ya que el edificio que la contiene es tan pequeño, hánse visto obligados á levantar una gran mezquita dentro del propio recinto.

Ya que hemos hablado sobre el imperioso deber de los musulmanes de hacer oración, sobre la manera en que para ella se les convoca, y, en fin, de la dirección que deben buscar al hacerla, dirección consultada siempre en la orientación de las mezquitas, séanos permitido ahora reproducir el *Fatiha*, que, junto con ser el capítulo primero del Corán, constituye su oración favorita y primordial.

«En nombre de Dios clemente y misericordioso.

1. Alabanza á Dios, Señor del Universo.

2. El Clemente y misericordioso.

3. Soberano en el día de la retribución.

4. Tú eres á quien adoramos, Tú eres aquel cuyo socorro imploramos.

5. Dirígenos por el recto sendero.

6. Por el sendero de aquellos á quienes has llenado de bondades.

7. No de los que incurren en tu ira, ni de los que se extravían.»

He aquí la plegaria que los musulmanes elevan al cielo á todas horas y en todo tiempo, y en todos los sitios donde se encuentren; la que escuchábamos repetir en voz alta, ya en la mezquita bizantina, ya en el mausoleo imperial, ora en el claustro de los derviches, ora en la calle pública; y la que se escuchará siempre, porque los sectarios del Profeta no conocen ese extraño y mal fundado pero casi universal recelo de los cristia-

nos para manifestar sus creencias ó ejecutar á la luz del día sus piadosas prácticas.

Esas palabras del *Fatiha* que, sin duda, se prestan á una interpretación del todo cristiana, encierran, sin embargo, condenación evidente á aquella religión que profesamos, y mucho más aún á la judía, que fué desde el principio la mayor enemiga de Mahoma, y á la cual declaró la más encarnizada guerra.

VI

Conociendo ya lo que el santuario de la Meca significa para los discípulos del Islam, que es, según ellos, el primer templo erigido entre los hombres, y templo para ser bendecido y servir de dirección á los mortales, no es extraño absolutamente que se les haya impuesto entre los varios deberes de su culto externo, el de visitarlo siquiera una vez en la vida.

Anuncia el Corán á los peregrinos que encontrarán allí trazas de evidentes milagros, y que una vez dentro de su recinto terminarán para ellos las desgracias y los peligros. Una de las disposiciones referentes á este asunto dice así: "Efectuad la peregrinación á la Meca y la visita de los santos lugares; si las persecuciones de los enemigos os lo impiden, enviad alguna ofrenda. No os rapéis las cabezas hasta que la ofrenda haya llegado al sitio donde debe inmolarse. El que por enfermedad ó por otra indisposición cualquiera estuviese obligado á raparse, deberá expiarlo con ayunos, limosnas ú ofrendas. Si no teniendo nada que temer de vuestros enemi-

gos, os contentáis con hacer la visita á los lugares santos, abandonando la peregrinación para otro tiempo, haréis ofrenda; á falta de medios, bastará una expiación de tres días de ayuno mientras dure la marcha, y siete á la vuelta: diez días por todo... Llevad provisiones de viaje. La mejor provisión, sin embargo, es la piedad.»

Largo sería enumerar muchos otros versículos del Corán en que encontramos disposiciones que á este particular conciernen; ya sea relativas al traje de los peregrinos, que consistía en una túnica burda de lana que les cubría todo el cuerpo; ya á las prohibiciones de cazar, pero no de pescar, durante todo el viaje; como asimismo á las penas impuestas para el caso de contravención á esas reglas, con que vemos convertido al Corán en ley criminal y de enjuiciamiento. Pero todo esto sería trabajo demasiado largo, y con lo expuesto alcanzarán de sobra nuestros lectores á formarse juicio sobre la materia que deseábamos poner delante de sus ojos.

Por idéntico motivo preferimos pasar por alto las otras tres exigencias del culto mahometano: los ayunos, que, como se sabe, rigen durante el mes de Ramadhán, é impiden comer alimento alguno desde que sale el sol hasta que se esconde en el ocaso; la limosna, que se somete á los mismos principios cristianos; y, en fin, la guerra santa, asunto histórico demasiado conocido, desde las tempestuosas invasiones de los árabes y turcomanos en Europa y África, hasta las hordas feroces que acaban de poner á saco las fértiles comarcas del alto Nilo y fronteras de Abisinia.

Se sabe bien, y nosotros lo conocemos por propia experiencia, hasta dónde llega la intolerancia y fanatismo

de los musulmanes, y aun en su odio inveterado á los cristianos olvidan las virtudes más universalmente arraigadas en la humanidad, convirtiéndose de hombres apacibles en crudelísimas bestias feroces.

WANDERER.

Viña del Mar, abril de 1886.

LOS IDEALES

Metafísico estáis... Es que no como.
Así respondió el sabio; y, á fe mía,
que era soberbia la razón, y como
el mismo mal me aflige cada día,
no por falta de escudos ni escudero,
sino por una harpía
que se llama dispepsia, daros quiero,
ya que no metafísica, á lo menos
algunos versos, que si no son buenos
no importa mucho, porque sólo intento
distraerme á mí mismo con un cuento.
Como en mi estado, (el del rocín), se inclina
á la filosofía el pensamiento
por falta de una activa medicina,
temo que el cuento ha de salirme oscuro
y ni siquiera terminarlo juro,
pues lo empiezo sin sombra de argumento.
Extraña idea, caprichoso impulso:
que en un tiempo de prosa y ciencia exacta,

en que se estudia hasta lo más insulso
y hasta el más necio cánones redacta,
me lance á mi capricho componiendo
algo sin tino ni compás vertiendo.
Efecto natural, ciega tendencia
que inspiraba al rocín, y al alma lleva,
si en el cuerpo el dolor sus ansias ceba,
á divagar en busca de la esencia
de esperanzas y ensueños inmortales;
porque las tristes cosas materiales,
tan bellas y risueñas en la holganza,
se tornan ¡ay! la hora
en que el dolor, su dueño, las alcanza,
en una maldición abrumadora.
Y, entonces, como el mísero cautivo
que, cerrando la cárcel sus miradas,
divisa el campo y el solar nativo
al través de visiones encantadas,
el alma deja al cuerpo el sufrimiento
y vuela ¿dónde? donde vuela el viento.

Eran Juan y Teresa dos hermanos,
dos ángeles del cielo descendidos,
de rubios crespos y redondas manos,
que los niños son ángeles dormidos.
Escuchaban un día,
cansados de sus juegos,
la fábula de un libro que leía
su madre en alta voz; y, aunque ellos ciegos
con esa ceguedad encantadora
de la inocencia, que sin ver columbra
y que sin ver recuerdos atesora,

no entendían historia tan prolija,
escuchaban los dos en la penumbra
quietos, muy quietos, la mirada fija,
y vagas impresiones como nubes
pasaban por sus almas de querubes
al ver que la lectura,
despertando secretas emociones,
daba á su madre un velo de tristura
y velaba con llanto los renglones.
Ver llorar á su madre, para un niño,
es el primer misterio: suerte adversa.
En esa edad no sólo del cariño
la madre es tierno emblema:
es ley, es fuerza, y es razón suprema.
Mas la ley, la razón y hasta la fuerza
se doblegan á veces en el mundo,
ya al ímpetu violento
de rudo empuje ó sacudón profundo,
ya bajo el peso de una hoja errante
que arranca á un árbol jugueteando el viento,
porque la ley mejor es inconstante.
Detuvo el sol su rápida carrera,
la carrera del tiempo inexorable,
que pasa hora tras hora,
sin escuchar siquiera
tanta voz elocuente
que en el dolor ó para el bien la implora,
porque Josué, un bárbaro insaciable,
no encontraba que el día
daba espacio á la sangre que vertía.
La razón, como austero cenobita,
predica en un desierto, si predica;

ya no se precipita
por guiar á la gente grande ó chica,
porque ésta suele apellidarla loca
y con palo ó fusil sellar su boca.
La fuerza es más segura; pero á veces,
como león despierto de un letargo,
arroja el pueblo las podridas heces
que en tiránico cáliz bebió amargo:
se toca al arma, vuela el ciudadano,
forman la fila hermano con hermano,
surge la barricada
al canto de pelea,
la libertad sagrada
sobre ella en alto su pendón flamea,
hieren su frente en vano los cañones,
muere la fuerza y viven las naciones.
En el presente caso
no era por suerte grande el cataclismo;
pues era sólo, juego del acaso,
hoja errante caída en un abismo:
la hoja era un recuerdo casi muerto
y un corazón era el abismo abierto.
Miró á sus hijos temblorosos ella;
y, con voz maternal, que siempre es bella,
voz que apagaba el eco de un gemido,
"nada es", les dijo, dándoles un beso,
"algún día sabréis, la vida es eso,
lo que es llorar un ideal perdido".
Y volvieron los niños á su juego;
pero esas impresiones como nubes
quedaron en sus almas de querubes
como letras grabadas por el fuego.

Lo que más tarde es en la edad madura,
cuando en la frente el desengaño pesa,
un recuerdo, una sombra, un ay, un grito,
es en la infancia un velo de tristeza
que viene desde el mar de lo infinito;
allá el cansancio de una senda oscura
donde soñadas flores son abrojos,
en ésta la intuición de su fortuna
que divisa del borde de la cuna
el alma humana con llorosos ojos.
Así, sin arrancar de su memoria,
aunque ya por el tiempo confundida,
la doliente impresión de aquella historia
que abrió tal vez sus ojos á la vida,
crecieron los hermanos
como crecen cantando los jilgueros,
el arroyo jugando hacia los llanos,
ó la flor con los céfiros primeros.

Sabia naturaleza,
madre común, prolífica y fecunda,
que cuando el genio creador te besa
con su hálito amoroso te fecunda
de inmensa vida, alegre movimiento,
de orden eterno que en su ley encierra
el volido de un átomo en la tierra
y el vuelo celestial del firmamento,
felices-son los hijos que tú crías
como en los bellos patriarcales días.
Las aves y las flores y el torrente
reciben al nacer tu bienvenida:
raudaloso bautismo da á su frente

la luz ruiseña que á vivir convida,
y crecen y se ensanchan y se mueven
con expansión irrresistible y llena;
cada rayo fugaz de sol que beben
del rico goce de vivir los llena.
Pródiga luz, banquete soberano,
á que se sientan en alegre rueda
la hinchada espiga de amarillo grano,
el insecto dorado,
el águila, el león, la flor del prado
y el canoro zorzal de la arboleda;
á tu celeste encanto,
que es vida i movimiento,
sólo se esquiva un sér que crece en llanto
y privado de tí, busca tormento.
¿Porqué, árbol de la ciencia,
con tu amargoso fruto,
hiciste al hombre sabio y de experiencia
y le diste el dolor como tributo?

Juan fué creciendo, y como el pobre niño
no era arroyo, ni flor, ni ave que vuela,
muerta su madre, enviáronle á la escuela
como siempre nos mandan... por cariño.

Cómo olvidaros, sombras sepulcrales,
de la risueña infancia tumba oscura,
donde, lejos del sol, del aura pura
y de los tibios besos maternales,
la generosa sangre se congela
en las ardientes venas,
hasta que al frío corazón deshiela

el ardor incesante de las penas,
y lo convierte en silencioso río
de amargo llanto y doloroso hastío:
dura prisión, do el cuerpo fatigado
prosigue su labor hora tras hora,
con matador empeño
desde el rayo primero de la aurora,
con un pobre candil medio apagado,
con hambre, frío, sinsabor y sueño:
donde, triste consuelo,
se mira á veces un instante al cielo
al pájaro envidiando
que libre en el espacio va cantando;
donde un verdugo en este siglo culto,
verdugo infatigable que tortura,
si con callada mano, más segura,
de la razón y humanidad á insulto,
hace estallar en nombre de la ciencia,
por quererla formar, la inteligencia.
¡Oh! benditos sistemas
que levantan portentos de quince años
hinchados de latín y teoremas:
portentos, y, más tarde, desengaños:
sistemas que no forman con cariño
un espíritu sano en cuerpo sano,
que hacen un sabio miserable al niño,
y hacen de alma y de cuerpo al hombre enano.
Crispo Cayo Salustio, Livio, Estacio,
y, tú, ante todos, ínclito y rehacio,
sabio Nebrija, Musa,
primer escollo del saber humano,
infalible receta

de la gentil declinación primera,
que por no penetrar la ciencia infusa,
diste á probar á mi inocente mano,
en actitud gramatical y austera,
el amargo sabor de la palmeta;
cómo nunca olvidaros,
ni cómo perdonaros,
si llevo aún sobre mi frente impresa
cual amarillo dedo de una Parca,
vuestra pálida marca
que tal vez es la marca de la huesa.
De aquí diviso al rústico labriego
que, al hombro el azadón, pasa cantando,
de alegre vida y generoso fuego
como libre torrente desbordando.
¡Si supiera envidiar, le envidiaría!
El va sin penas, sin dolor, sonriente,
ninguna sombra empaña su alegría,
tiene pan y salud: yo, tristemente,
mezquino de mi vida gota á gota
el débil caño que al correr se agota.
¡Oh! devolvedme la salud perdida,
los años de la infancia:
en lugar de latín, quiero la vida,
en lugar de la tumba, la ignorancia.

No se expresaba Juan de esta manera:
el pobre comenzaba
esa triste carrera
que ya el autor de este relato acaba;
pero, de allí, su corazón sencillo,
cual tierno pajarillo

que del nido abrigado
cayó á la nieve, y al sentirse helado,
llama á su madre con doliente pío,
su corazón, que encuentra todo frío,
en una carta así vertió sus penas;
y se entendía aquella carta apenas,
pues notas musicales parecían
las letras, y solían
ocultar á las letras los borrones
de su llanto al caer en los renglones.

«Pobre de mí, ya sé, Teresa mía,
lo que es llorar un ideal perdido.
¡cuán feliz era ayer, no lo sabía!
¡quién pudiera olvidar que lo he sabido!
¿Recuerdas tú? Creíamos al monte,
que se alza azul en el azul del cielo
cerrando con su faja el horizonte
del lado del vergel como ancho velo,
el término del mundo; y que, más lejos,
estaban las mansiones encantadas
de gruesos muros, torreones viejos,
los reyes, las princesas y las hadas.
Yo soñaba, valiente caballero,
sobre alado corcel salvar la cumbre,
abrirme un ancho reino con mi acero
y avasallar inmensa muchedumbre.
En encantada cárcel de diamante
vencer á algún dragón, y hallar dormida
cautiva bella, que á mi voz amante
despertara á mi amor, por mí rendida;
y con ella, en banquetes y en torneos,

con músicas y danzas y canciones,
en palacios cargados de trofeos,
ser el señor de todas las naciones.
Tener enanos mil en mis festines,
grandes negros de guardias y soldados,
para surcar el mar tener delfines,
para volar á tí, grifos alados.
Pobre de mí, ya sé, Teresa mía,
lo que es llorar un ideal ya muerto:
eso era un ideal, Teresa, y era
el miraje primero de un desierto.
No hay hadas, ni castillos, ni princesas:
hay un colegio amurallado, umbrío,
hay llantos y silencios y tristezas
y mucha pena y soledad y frío.
¡Oh! qué duro es estar siempre estudiando
las eternas, monótonas lecciones;
cuando las mariposas van volando
tener la vista fija en los renglones.
Aquí muero sin luz, sin alegría,
sin juegos, sin caricias, sin ternura;
brillaba el sol sobre una tumba un día...
tuve envidia á la misma sepultura.»

Un tanto soñador y visionario
parece que era Juan, y eso no cabe
en el dogma de fé universitario;
por suerte que éste sabe,
por medios mil, llevar á buen camino
á todo estrafalario peregrino
que del odioso vulgo alza los ojos
y busca ensueños en lo azul del cielo:

amontona á su planta los abrojos,
y hay que morir, ó descender al suelo.
Si en un día de sol de primavera,
del rincón siempre oscuro en que estudiaba,
Juan la perdida libertad ansiaba
y ser rey y señor, ya no, no era
para tener ni reino ni castillo,
ni princesas, ni pajes, ni soldados:
el dolor hace al hombre más sencillo.
Ansiaba solamente
libre vagar por los amenos prados,
sentir el aura acariciar su frente,
recostarse de un árbol á la sombra
de verde hierba sobre blanda alfombra,
y oír cantos, murmullos y rumores
de brisas y de insectos y de flores.
Mas fuerza era estudiar, y él estudiaba;
aunque, á veces, las letras fatigosas
parecían girar en nube espesa,
como enjambre de locas mariposas
volando alrededor de su cabeza.

En el salón larguísimo y estrecho
en que prestaba el sueño compasivo
al infantil cansancio lenitivo,
daba luz al recinto una ventana
en el muro, de Juan próximo al lecho:
allí brillaba la primera aurora,
y á aquella alma de niño soñadora
daba luz otra aurora más lejana.
Ya por la blanca luna plateadas,
ya de la sombra entre los pliegues fríos,

veía allí las copas elevadas
de unos álamos altos y sombríos.
Del largo estudio y batallar cansado,
su cerebro exaltado,
solo entre todos, esquivaba el sueño
buscando olvido en mágico beleño.
Cuando todos dormían,
vagas formas fingiendo y ondulando
columpiadas del viento,
que besaba las hojas murmurando,
las ramas se movían,
y, con su triste, plañidero acento
de mil caricias lleno
le llamaban cimbrándose á su seno.
Y cuanto más doliente,
más extraña esa voz, era más bella;
había un algo irresistible en ella
como en la voz del vértigo que canta
en la sonora gruta del torrente.
Ya opacas, misteriosas, fugitivas,
ya como acero reluciente vivas
cada forma era un sér, y era un gemido,
canto profundo ó juguetona risa
cada rumor nacido con la brisa
y en el silencio sepulcral perdido.
Y, creciendo, creciendo,
con la fiebre de insomnio y la pavura
del nocturno sosiego,
en su ardiente cerebro la locura,
cual en ronda fantástica de fuego,
las formas poco á poco iban tomando,
de contínuo cambiando

con claridad extraña,
esa mezcla de ensueños y de vida
que antes soñaba Juan tras la montaña
y creyó una ilusión desvanecida:
damas hermosas, nobles caballeros,
encantados palacios y bridones,
rudos torneos, reyes prisioneros,
y combates, y triunfos, y canciones.
¡Cuántos lo cierto y lo presente lloran
y evocan lo pasado en sombra vana,
vana como esas hojas que coloran
los rayos de la luna, porque mana
profundo olvido, lánguida dulzura
de ese soñado engaño y su locura!

De luz el rayo juguetón primero,
al herir el cristal de la ventana,
arrancaba su sueño al prisionero;
y, con la luz, la voz de la campana,
siempre mezquina de esas dulces horas,
como la voz de la verdad, traía,
un día y otro día,
las horas de la escuela
monótonas, sombrías, matadoras.
Pobre del niño, si sobre él no vela,
huérfano triste, madre cariñosa:
al comenzar de nuevo la tarea,
nadie la roja tez de fresca rosa
mustia veía; ó fija en la pupila,
cercada en torno de una faja oscura,
extraña, muda, inquebrantable idea,
con la luz que fulgura

desde un cerebro inquieto que vacila.
Pero un día, ni el sol de la alborada,
ni del sonoro bronce el golpe lento,
cuyo toque distinto
obedecen los niños por instinto,
devolvieron á Juan el sentimiento.
Pasar veía en afanoso ruedo
á su lecho infantil, formas tangibles
que por su nombre le llamaban quedo,
y las vagas imágenes cambiantes,
las pálidas visiones imposibles
de las sonoras copas cimbreantes.
En una luz fosfórica y extraña,
engendros de verdad y de mentira,
pasar inciertas y en tropel las mira;
la confusión ya casi desmaraña
y entre las sombras la verdad diseña
temblando: herida la razón le enseña
que despertar es llanto; pero luego
aquella luz fugaz se desvanece
y el niño queda para el mundo ciego.
Más claras cada vez, siempre más bellas
ve las visiones y el engaño crece,
hasta que al fin, robado á su martirio,
y de razón toda vislumbre rota
por la fiebre que azota
los alados corceles del delirio,
la vida hora tras hora va perdiendo
y cuanto más feliz, más va muriendo.
Y baños, frotaciones, y sangrías
para volverlo en sí, todo es en vano:
habían muerto tantas alegrías

en ese pobre corazón humano,
que con el dulce halago de una cuna
le brindaba la muerte su fortuna.
Tendió de pronto al aire entrambos brazos,
casi tras ellos se lanzó del lecho,
"ya voy", clamando, y, mientras un ruído
blando se oía cual rumor de abrazos,
dijo el último aliento de su pecho:
"hallé, Teresa, el ideal perdido."

Teresa, más feliz que Juan, crecía
libre de pedagogos y de aquella
clásica educación: ningún liceo
se hacía entonces, como ahora, reo
de transformar á una muchacha bella
en remedo pedántico de sabio,
ó en agresiva y ruda leguleya
de altivo jesto y de insultante labio.
Con el progreso de hoy sobran doctoras,
filósofas, tribunas, escritoras,
apóstoles de ideas y deberes,
y, faltan solamente... las mujeres.
Ó, si las hay, huíd, huíd mortales
de cándidas doncellas
de bajos ojos y aires monjeriles;
de esas flores tan bellas,
crecidas con primor entre cristales
al abrigo de faldas femeniles;
de esas vírgenes sabias que, temiendo
que un mundo malo y corruptor las manche,
conservan encerradas su inocencia
respirando y vertiendo

mentirillas del prójimo á su ensanche,
en corro alegre de otras almas santas
amigas, primas, tías y otras cuantas
devotas de la audaz maledicencia.
Sólo una hiere más de esas corderas
que todo un escuadrón de bachilleras.
Siempre pura, inocente,
bella, feliz, risueña y seductora,
como fugaz corriente,
que en su terso cristal copia á la aurora,
se deslizó sonriente
la infancia de la niña encantadora.
Si nube pasajera
posaba en el cristal su manto leve,
que la más lisonjera
vida tributo á nuestra suerte debe,
más claro de la esfera
brillaba el sol tras de la sombra breve.
Y cual rosa temprana,
con la niebla fugaz de la mañana,
más púdica se ve y hasta más bella,
así, á Teresa, ese recuerdo santo
de su madre y de Juan muertos para ella,
con la nube sutil que deja el llanto,
daba á su frente, pálida diadema,
la tristeza insondable de un poema.

¡Oh! hermosa primavera de la vida,
cómo evocan tus mágicos rumores,
en el humano corazón atento,
la encantada estación de los amores
ya en inocente sueño adormecida.

El alma virgen arrobada aspira
tu germen, que en el viento
perdido en ondas voluptuosas gira,
y despierta á la luz. Como el viajero
que en la nevada cumbre
ve las nocturnas sombras disipadas
por mar ardiente de encendida lumbre,
rojo beso del sol; y ve ligero,
de pico en pico, ese fulgor volando
crestas y faldas súbito dorando,
cual inmenso torrente que se lanza
y luminoso avanza,
arcano iluminando tras arcano,
hasta que baja al llano
y á la ancha tierra, virgen desposada,
que al sentir en su seno
ese beso fecundo,
eleva al cielo, de delicias lleno,
cántico digno del amor de un mundo,
el himno universal de la alborada.

Mañana del amor, más hechicera,
en que á la vida el corazón despierta,
qué importa que, siguiendo su carrera
en tu fúljido cielo, el sol convierta,
con el secante ardor del mediodía,
tanta frescura, tanta lozanía,
en arenoso y cálido desierto
sin un rumor, desencantado y muerto.
Fué tan bella la aurora,
tan bello el dulce, fugitivo instante;
cual ráfaga de brisa refrescante
aún queda su recuerdo y enamora.

Del alto cielo en las etereas huellas,
que espíritu inmortal trazó una á una,
bajaban al ocaso las estrellas;
y la tierra cansada,
dormía, en el espacio columpiada,
como niño inocente,
á quien mece en la cuna,
la mano de una madre dulcemente.
Teresa no dormía: bello el cielo,
bella es la noche y su estrellado manto,
bello el fantástico, aromado suelo,
al cual la incierta vaguedad da encanto
para la soñadora fantasía
que amor primero con sus alas guía.
Arrobado el semblante
y con voz temblorosa,
ante una imagen de su madre amante,
decía así la niña candorosa:
"¿Fué un sueño? No lo sé; con él vagaba
del florido jardín entre las ramas.
"Te amo, Teresa", murmuró "¿me amas?"
Madre, le adoro; pero yo callaba.
Alumbraba la luna el firmamento
con tibia luz y claros resplandores,
embriagaba el perfume de las flores,
casi un suspiro era el rumor del viento.
Pero había en su voz más armonía,
y más luz en la luz de su mirada;
y yo temblaba, y al temblar callada,
ocultaba mi amor, mas no podía.
Y sentí, como en lánguido embeleso,
sus manos que mis manos estrecharon,

sus labios á mis labios se juntaron
en un ardiente, sólo, largo beso.
¡Creí morir de haber tanto vivido!
Mas aún que el dolor la dicha aterra.
¡Oh! madre, tú me enviabas á la tierra
tu llorado ideal desvanecido.»

En tanto que Teresa así decía,
un rayo de la luna
penetraba en la pieza,
y en torno de ella pálido jugaba
como si fuera alguna
ligera forma que la luz tomaba.
Rayo de luz, celeste mensajero,
ó de su amor no más ilusión vana,
venía el muerto hermano hacia la hermana
á acompañarla en su ideal primero;
y ella creyó escuchar á la voz muerta,
que el tiempo avaro no robó á su oído,
decir, del sueño sepulcral despierta,
«no llorarás ese ideal perdido».
Opacas, frías, invisibles, lejos
morían las estrellas; de topacio
Febo su carro urgía, roto el velo
de la noche, que lenta en el espacio
daba lugar á pálidos reflejos;
y aún Teresa contemplaba el cielo.

No ya sobre el tomillo
del verde, blando y oloroso prado,
al sonido acordado
de tosco caramillo,
ó la flauta de Pan, danza el sencillo

pastor, y ninfa bella,
en traje suelto y desceñido al viento,
le acompaña con libre movimiento:
él ágil, fuerte, y cadenciosa ella.
No busca ya Terpsícore divina
collado agreste ó selva rumorosa
para lucir su gracia peregrina;
le place más la fiesta bulliciosa
de rica, estrecha, artesonada sala,
que de ambiente letal ondas exhala;
el fulgor de una luz hiriente y cruda,
falso remedo de la luz del día,
que no distingue el oropel del oro,
del falso brillo la verdad desnuda
y en donde toda es buena pedrería;
la estrecha confusión, que engendra cuanta
loca pasión al fascinar devora,
y en la ardiente mirada se abrillanta
y quema al corazón que la atesora;
la palabra falaz que el labio mueve
de hermosura cruel, y hiere y mata;
del encendido cuerpo el roce leve
que irresistible vendabal desata;
y el incesante y raudo torbellino,
que en ancha rueda y bullicioso coro,
forma el vals en confuso remolino,
arrebatando en ímpetu violento
brazo con brazo, aliento con aliento;
y en medio de ese loco devaneo,
cuanto secreto, virginal deseo,
diáfano, puro, cándido y sereno
á un mundo invita de delicias lleno.

¡Cómo el encanto mágico fascina
de la luz, del perfume, de las flores,
de las ondas de músicas sonoras,
de la agitada seda y sus rumores!
¡Oh, cómo á amar el corazón se inclina,
en medio de visiones seductoras,
que se deslizan vaporosas, bellas,
tras blancos velos de ondeante gasa!
como imposibles, pálidas estrellas
tras ténue nube que ligera pasa.
¡Oh! cómo no ha de amar, y ver el cielo
el corazón en su ilusión primera,
si aun más tarde descorrido el velo,
olvidado de sí, por un instante,
sueña, delira, enloquecido espera,
hasta creer en el amor como ante!
En el traje ideal de Margarita,
blanco lirio con pétalos de oro,
ángel, con mucho de mujer bonita,
en el acorde de raudal sonoro,
la más hermosa nota y la más pura,
irradiaba Teresa su hermosura.
Y junto á ella, bajo murmurando
canciones sin palabras con los ojos,
iba aquel del jardín siempre soñando;
y Teresa, hechizada y hechicera,
respondía á las notas de ese canto
con la encendida luz de sus sonrojos,
y, en rítmica y unísona armonía
con agitado corazón, en tanto
que junto á ellos resonar se oía
la música celeste que dimana,

si pasa Dios, de la estrellada esfera,
y, si pasa el amor, del alma humana.
Así cruzaban ese rico ambiente,
cargado de perfumes y sonido,
cual dos gaviotas que en sesgado vuelo
cruzan el cielo columbrando un nido.
¿Visteis después de bulliciosa danza,
cuando el primer albor tiñe el oriente,
y leve palidez cubre la frente
de las estrellas de brillar cansadas,
como niñas del baile fatigadas;
visteis á veces, niebla blanquecina,
húmedo resto de la noche umbría,
que silenciosa por la tierra avanza,
como sudario de esas muertas horas,
de esas tan breves horas de alegría?
Las que guardáis una ilusión divina,
las que soñáis visiones seductoras,
al compás de la música que suena
en vuestro oído aún, por un instante
volved al mundo, ó pagaréis la pena.
¡Cuidado! el leve pabellón colgante,
que de ligera gasa al aire viste,
los gérmenes encierra
con que se hace los ángeles, y, es triste
ser ángel, cuando se ama aquí en la tierra.
Salió Teresa y olvidó el abrigo:
iba la niña embelesada oyendo
la moribunda música lejana,
y el canto sin palabras de su amigo
que se iba entre las sombras confundiendo
con el himno de amor de la mañana.

Ella se fué alejando en las desiertas
calles, perdiendo los distantes sones,
y, entre las luces de la aurora inciertas,
los pálidos girones
de la desecha niebla parecían
las vagas formas de fantasmas muertas
que en sus blancos sudarios la envolvían.

Templo antiguo de gótica techumbre,
rico de sombra y rico de colores;
el fulgor de los cirios á la lumbre
se une del sol que los cristales dora;
las columnas y muros, trepadora
cubren la hiedra y flores, blancas flores,
para fiesta nupcial; raudal de plata,
rica cascada de ímpetu sonoro,
el órgano desata
de aladas notas invisible coro;
y el argentino canto
de voces infantiles, grato al cielo,
de leve incienso bajo el pardo manto,
con él se eleva en armonioso vuelo;
ante el altar que en oro resplandece
virgen amante y pura,
al que su mano y corazón le ofrece
como al nacer el mundo, amor le jura:
siempre el mismo poema, el mismo canto,
bendición del amor, y siempre santo.

Hoy, el placer, mañana, las tristezas;
hoy el alegre y armonioso ruido
de danzas y de amores y ternezas,

mañana muerte, soledad y olvido.
¿Será burlona indiferencia acaso
de un destino cruel, ó de los cielos
prenda de amor, arrebatar el vaso,
que desborda placer y encubre duelos,
cuando al labio inocente,
llena de fe, de amor y de esperanza,
la soñadora juventud lo alcanza?
Toca el labio el licor, la mano cae;
otro labio inmortal toca la frente
y blando olvido somnoliento trae.
Y el alma, libre con el beso suave,
vuela y al cuerpo deja palpitando
como queda temblando
la verde rama de la cual el ave,
muerta la sombra con la lumbre nueva,
cantando al cielo rápida se eleva.
Formad guirnaldas de trepante hiedra,
imagen del recuerdo; y blancas flores
cubran del templo la sagrada piedra,
símbolos de la muerte y los amores.

En su lecho de virgen casto y puro,
blanco santuario de cuajada nieve,
de la inocencia plácido seguro,
cuyas tenues cortinas
apenas mudo á descorrer se atreve,
para esparcir visiones peregrinas,
el ángel de los sueños virginales,
al ruego del amor sorda Teresa,
víctima como Juan de su idealismo,
avanzaba inconsciente hacia el abismo

donde calla la vida y donde empieza
el rumor de los ecos inmortales.
De un ancho, solo y misterioso río
en la playa remota divisaba
á su madre y a Juan, sombras queridas;
allá todo era luz, acá sombrío,
y, en medio, espumas y corrientes ondas
lentamente impelidas
por los cóncavos huecos
de sus márgenes hondas,
con tristes voces y dolientes ecos.
Y ese extraño rumor de mil rumores,
con el són de esa voz siempre presente
que velaba invisible sus amores,
murmuraba en las ondas dulcemente:
"el amor que tú sueñas, no es del mundo;
la vida es pasajera;
ven, corona tu amor en la ribera
de todo amor profundo:
esposa y ángel á tu amor espera."
Pasaba el río sosegado y lento:
sintió Teresa que á la opuesta orilla,
con blando, acompasado movimiento,
sin remeros, sin velas y sin guía
misterioso bajel la conducía;
la playa más al acercarse brilla,
ya la toca, y el barco se estremece;
beso letal sus sienes adormece
y en el estrecho seno de la muerte
á su madre y a Juan abraza inerte.

Escala de Jacob, que misteriosa
asciende á lo infinito de la cuna,
donde cada peldaño,
que vela á nuestros ojos la fortuna,
es al subir, una ilusión radiosa
y es al bajar un hondo desengaño;
donde sube el que sueña,
guiado de esperanza que ilumina
una ficción divina;
donde el que baja ciego, se despeña
á la sombra, á la nada ó al abismo;
que un estéril dolor roe en sí mismo,
esa es la vida: solo lo infinito
calma su anhelo y doloroso grito;
y confundió la suerte
en uno lo infinito con la muerte.

—Metafísico el cuento.—
—Culpa al hambre: filósofo me puso.—
—Visiones, idealismo, todo abstruso...—
—Lo dije al comenzar y no lo siento.—
—¿Resiste un ideal al escalpelo?—
—¿Es toda la verdad sólo la tierra?
Responde, Rocinante ¿no te aterra
vivir con hambre y no soñar un cielo?

GUILLERMO ERRÁZURIZ U.

EL MUSEO NACIONAL DE SANTIAGO

(Conclusión)

Con ellos ya nos aproximamos á los productos de la naturaleza inanimada, como si no fuera una misma la que se manifiesta, ora en los amores de un gusano, ora en la confección de nítidos diamantes. ¡Ay! en realidad para nosotros la distancia es enormísima. El espacio que separa la sección mineralógica y la de los fósiles en el ala oriental de la de conchas y crustáceos, en frente, no comprende más que un vestíbulo de regulares dimensiones, menos el cielo abovedado de extraordinaria altura. Pero el espectáculo que en él se presenta, da vergüenza referirlo. Unos muñecos de palo y paja que se nos asegura llevan los trajes auténticos del conquistador Valdivia y su séquito ¡qué lastimosos guardianes son para los estandartes españoles que se tomaron en la batalla de Maipú y que allí se guardan en dos armarios! ¡Qué mezcolanza de lo sublime con lo ridículo!

La colección de rocas y minerales desdice algo de las tradiciones de un país que, tiempo hubo, en que producía más oro y hasta poco hace, más cobre que cualquier otro. No obstante unos especímenes raros y diversas muestras de valor, la totalidad no suministraría lo suficiente para el arreglo sistemático que últimamente se ha procurado darle, sin el suplemento de compras hechas en Europa y envíos, v. gr., de California, que sólo ha mandado mas brozas de oro que todo Chile. Esta deficiencia se explica por la falta de contacto entre la minería y el Museo, abrigando los mineros prácticos sus recelos contra instituciones que huelen á ciencia teórica. Algo contribuiría á combatir la indiferencia, si particular atención se prestase para exhibir y rotular las muestras según las necesidades y la inteligencia del minero, porque la experiencia general demuestra que ninguna otra industria saca provechos tan tangibles é inmediatos de la investigación científica de su materia prima.

Volviendo al gabinete del famoso fundador de Santiago, penetramos por una de las puertas laterales á la galería del gran salón central. La exposición etnográfica que lleva es una de las más ricas y completas en lo que concierne á los países del Pacífico ó sea de las orillas del grande océano que parece el dominio predestinado á la expansión marítima de la joven República. Todo el lado derecho está repleto de recuerdos de las tribus actuales y pasadas del Perú, Chile, Ecuador, que muchos museos de Europa envidiaran. No pudiéndose establecer reglas generales para la disposición ni mucho menos dictar medidas para la justa apreciación de estas contribuciones á la historia de la humanidad, la más insignificante de las cuales por las circunstancias alcanza un

interés incalculable, daremos una vuelta más bien para impresionarnos de lo que salte á la vista, que para comentar el inventario. La afición que el doctor Philippi en estos últimos años ha cobrado á estudios de esta clase, ha dado por fruto diversos artículos críticos y descriptivos que se han publicado en los ANALES DE LA UNIVERSIDAD; otras noticias se tienen de mano de algunos amigos de él á quienes inculcó algo de su propio entusiasmo, habiéndose compuesto por don Toribio Medina una recopilación general de las antigüedades autóctonas con profusión de grabados.

Jamás á los pobres indios del nuevo mundo cupo la suerte de intervenir en las grandes evoluciones del género humano: no se les debe pedir, pues, aclaraciones sobre las causas y el movimiento del progreso universal. Sus idiomas, sus tradiciones y costumbres tampoco tienen que ver con la resolución de los problemas que encubren nuestros orígenes, como los productos del trasatlántico han podido agregar especies de importancia industrial á las muchísimas que suministra la India, tal vez con excepción de la papa y del tabaco.

En el fondo del armario que sirve á la sección del Ecuador, sorprende un surtido de juegos infantiles de los más lindos que se han fabricado de las semillas duras como marfil de *Phytelephas*; las efigies de hombres y animales no podían ser más finas. Al contrario, horripilante es el aspecto de la cabeza deshuesada de una india jíbara, preparación bárbara que aquellos salvajes suelen tener en alto honor. ¡Cuántos medios no se invocan con el fin de inmortalizar la miserable existencia material! No hay móvil más poderoso que la vanidad... Al tributar elogios al menor destello de gusto artístico, que es el

mejor contrapeso de la barbarie, no debemos olvidar un vaso de plata que se encontró en el golfo de Guayaquil y que representa una rana panzuda que lleva un mono agachado y movible en su centro de repugnante flacura. ¿Será un emblema satírico, será un capricho de un platero indíjena, formado en la escuela de sus opresores?

Buen número de los jarros y cántaros de greda es de origen peruano; y es de advertir que esta colección se ha aumentado considerablemente durante la última guerra. Entre los indios de allá, lo mismo que entre nuestra gente del campo, la olla de boca ancha basta para atender á todos los usos cuotidianos. Á la perforación lateral que muestran algunas, probablemente habrá de atribuirse un significado religioso ó simbólico.

En general, los pueblos incultos, principalmente entre los trópicos, para sus necesidades aprovechaban exclusivamente las plantas que estaban á su alcance; las plumas de color y los dientes cuyo brillo debía de fascinarlos á lo más les servían de adornos, mientras que sus vestidos y armas provenían del mismo reino vegetal que les daba abrigo y alimento. Todavía hay tribus que sacan cuanto poseen de un sólo árbol. Comparada con este estado, era enorme la mejora introducida por la dinastía del Cuzco, la que, con la lana de la cría doméstica, entregaba un nuevo material á la paciente laboriosidad de sus súbditos. Inaceptable parecía á muchos etnólogos cómo tantas indiadas, desde el Orinoco al Plata, no hubieran nunca mantenido entre sí lazos de unión política y social. Las inscripciones halladas en puntos casi inaccesibles y que no permiten revestirlas de relación alguna con las razas americanas que los europeos han encon-

trado, apoyan la suposición de que en épocas incógnitas haya existido por allá también un régimen más culto. Que sea fábula ó verdad aquella edad de oro ó de civilización, los hijos primitivos de la América, que no obedecían á leyes codificadas, en cambio gozaban de un gran privilegio, si tal se puede llamar la inmunidad de las atrocidades inhumanas que el despotismo religioso sancionó en el antiguo Mejico y Perú. Ingenuos como los niños que ni premeditan ni escarmientan, han impreso sus iras, sus pasiones y temores á sus ídolos que tanto abundan en las huacas.

Á los objetos de origen chileno ya se puede aplicar cierto orden cronolójico. La edad de bronce, que prevalece en la república del norte, aquí ha dejado vestigios escasos, ya que cedió demasiado pronto á los españoles la soberanía de los incas que se extendía á sólo la mitad del país. Entre las armas de piedra, en que el material suele ser, ó una especie de sílice, ó de la roca más dura volcánica, se distinguen unas masas de forma redonda y tan tosca que se las podría tomar por concreciones ó bolas aluviales. Pero la horadación bicónica, que llevan, prueba que han sido labradas. No son nada raros estos elipsóides en los campos de las provincias centrales, y se diferencian entre sí tan sólo en el tamaño. Algunos afectan también contornos dentellados ó estrellados. Las hipótesis más extraordinarias se han forjado acerca del uso de estos instrumentos, desde que tales deben ser: despréndese de las razones que expone el doctor Philippi en un folleto recientemente publicado, que probable ó principalmente servían de pesa en las faenas de la agricultura. Notable á este respecto nos parece el hecho de que el hacha ó pico era desconocido á los aborígenes.

¿Sería tal vez porque les faltaba el prototipo que en otras partes á los hombres han suministrado los huesos de los mismos animales de cuya carne se alimentaban? ¿Acaso de esta conjetura se podría sacar un argumento para averiguar la genealogía de los primeros colonos del Pacífico?

Más clara que aquel insondable pasado prehistórico se nos presenta la vida de los araucanos cuya existencia misma en algunos decenios más será un mito, cual ya lo es su valentía legendaria. Acertadamente se ha imitado su estatura y fisonomía en las dos figuras de madera que dan una idea de los trajes del hombre y de la mujer. Cuidado con las falsificaciones, pues entre el menaje de su pertenencia se encuentra también el contrabando en forma de un juego de naipes estampado en pergamino. Lo mismo se ha aumentado el pequeño ajuar que ostentan los fueguinos en un botón de collar que lleva la divisa de sorprendente actualidad *Pacific Steam Navigation Company*. La necesidad, madre prolífica de las invenciones, ha enseñado á los pueblos de las regiones australes lo más indispensable para preparar los pieles y tendones de los animales. Sólo en materia de guerra renace en ellos la más terrible bestialidad como se ve en un manto sangriento de los tehuelches. ¿Y no se repite igual rasgo en las costumbres de las naciones más cultas, que no se cansan de inventar máquinas de hórrida destrucción? Sin embargo ¡qué distancia entre el sencillísimo atavío bélico de estos bárbaros y el uniforme de parada del ejército japonés, que se ha puesto á dos muñecos héroes que allá mismo se guardan!

Al acompañar a los indíjenas hasta su última mora-

da, notamos que la cremación de los muertos, que era popular en el Oriente y se está renovando en nuestro siglo, no tiene antecedente entre ellos que con exquisito cuidado trataban de conservar el cuerpo inánime. Muchas son las momias, cuya mayor parte se ha hallado en el norte: todas en posición agachada, algunas rodeadas de los alimentos y útiles que se les creía necesarios para continuar su mísera existencia allende la tumba. Debe ser innata al ingenio humano la reacción más enérgica contra la idea de sucumbir al aniquilamiento personal, porque destrucción le parece á su mira estrecha lo que no es más que el rejuvenecimiento eterno de la naturaleza. Con mayor pompa, aunque no con mayor ansiedad, la inmortalidad pretendida se ha realizado por los antiguos egipcios: en el gran vestíbulo de la galería se exhibe una momia del Nilo con su ataúd y atributos jeroglíficos. Á pocos mortales cabe suerte tan rica, á menos memoria tan perpetua. Del olvido general se ha salvado una cantidad de craneos, casi todos indíjenas, á fin de que los mida el antropólogo ó les descubra sus glorias pasadas otro Shakespeare-Hamlet.

¡Ay, son tan caras las mentiras de esta vida, no obstante el ningún valor que el filósofo les concede; es tan fugaz nuestra existencia que no debía perderse un momento de ella para aprovechar los goces que nos depara y para entregarse á las impresiones que la misma hora da y quita! ¿O aquella hamaca tan magnífica de Venezuela, que está tendida entre dos pilares no da deseos de mecerse en ella? ¿Quién no se siente invadido de respeto religioso ante los venerables padres que no amendrentados por ningún peligro, penetraban los bos-

ques vírgenes para predicar el evangelio á sus míseros habitantes, quienes, obedientes á sus benefactores, celebraban sus fiestas en las misiones con las flautas de corteza, que allá se ven en los pilares entre flechas y remos y que ya no suenan en las soledades del Amazonas? Así, cada cosa sugiere mil observaciones de las que cada una basta para largas historias.

¡Qué decir de los mil objetos recogidos del globo entero y estacionados en la hilera oriental del balcón! Armas guarnecidas con dientes de tiburones de la isla de Kingsmill, gorras y máscaras aterrorizantes de Nootka Sound, un delantal confeccionado de plumas de casoario de la Nueva Caledonia, vestuarios lindísimos de Tahití, pagodas, tejidos, intrumentos de la China, pipas, trajes, armas de la Siria, de la Grecia, Roma, Ashanti, etc., etc.

Confusa y turbada la vista vuela de un punto á otro sin saber dónde descansar. Como sucede en tal apuro, se fija en lo más insignificante, por ejemplo, en la jícara en que el virrey Marcó del Pont se dignaba tomar su chocolate, ó en el recuerdo no menos ridículo del casquete de un coracero del estinguido electorado de Hessen-Cassel, á no ser que se encierre en el laberinto de un modelo de palacio fantástico que tiene por autor á Lacunza, el célebre profeta místico.

Pero el fúljido sol que manda sus más ardientes rayos por entre los transparentes, imprime otra dirección á nuestro ánimo. Bajando la ancha escalera en cuyo descanso un busto ídolo de lava, de la isla de Pascua, de aquellas dimensiones que los pueblos en su infancia creen las únicas dignas de lo divino, demanda reverente sa-

ludo, unos pasos nos separan del postigo y de la naturaleza extrahumana que allá nos espera. Hablamos del jardín botánico, otra institución que hace honor á su jefe, el señor Federico Philippi. Ya se ve que las colecciones no se acaban nunca en aquel recinto ameno.

DR. LUIS DARAPSKY.

Santiago, abril de 1886.

ESTUDIOS GRAMATICALES

(DEL RÉGIMEN CASTELLANO)

(Continuación)

OÍR

Puede decirse "lo oí *con* mis propios oídos", ó "lo oí *por* mis propios oídos."

OBSTAR

La preposición *á* es la que con más propiedad puede acompañar á este verbo: "Esto no obsta, sin embargo, *á* que podamos proceder desde luego."

OBRAR

Está bien dicho "obrar *en* justicia", y también "obrar *en* conciencia". Y sin embargo no se puede decir "obrar *en* conciencia cierta" ó "*en* conciencia dudosa", sino "*con* conciencia cierta", "*con* conciencia dudosa."

Como no podemos entrar aquí en largas explicaciones sobre la diferencia que hay entre estas expresiones, diremos solamente que la primera (obrar *en*) se refiere á la conciencia psicológica, y la segunda (obrar *con*) á la conciencia moral.

PASEAR

Puede decirse «pasearse *en* la plaza ó *por* la plaza».

«Allí miro la luna, y parece que está en el goce de toda su plenitud. ¡Qué rueda tan vistosa! ¡Qué candor tan amable! ¡Qué resplandor tan benigno! ¡Con qué magestad tan agradable se pasea *por* aquel círculo asignado á su movimiento!» (FEIJOO)

PENETRAR

Fray Luis de León dice: «Y ver tanta virtud en una palabra tan simple, que llegada al oído penetrase *á* lo secreto del alma, y entrada en ella», etc. Parece que la práctica más común es usar *en* ó *hasta*, en lugar de la *á*: penetrar *en*, ó penetrar *hasta*.

PROBAR

Con el significado de intentar, rige la preposición *á*.

«Blanco White y Jovellanos, dice don Andrés Bello, probaron *á* introducir en castellano la práctica de que se vale la lengua inglesa», etc.

«Después de esta pelea, dicen que por algunos días se sustentaron con los cuerpos muertos de los suyos. Demás de esto probaron *á* huir y salvarse; como tampoco», etc. (MARIANA)

PENSAR

Puede decirse "pensar *en* un asunto", y "pensar *sobre* un asunto"; pero acaso es preferible la *en*.

"El cual viéndome tan imaginativo me preguntó la causa, y no encubriéndosela yo, le dije que pensaba *en* el prólogo que había de hacer á la historia de don Quijote. (CERVANTES)

"Viendo pues que no podía menearse, acordó de acogerse á su ordinario remedio, que era pensar *en* algún paso de sus libros." (CERVANTES)

PROTESTAR

Comunísimas son estas expresiones ú otras semejantes: "Protesto *contra* tales palabras"; "protesto *contra* tan inícuo proceder".—No rige este verbo la preposición *contra*, sino la *de:* "protesto *de* sus palabras"; "protesto *de* su conducta".

"Pues ¿quién podrá contar las amistades,
con que las plantas fértiles se prestan,
y templan sus contrarias calidades?
Y como no se impiden ni molestan
por ver su fruta en extranjeras hojas
ni *del* agravio apelan y protestan,
como tú, frágil hombre," etc.

(LUPERCIO DE ARGENSOLA)

PUGNAR

No se puede decir que tal cosa "pugna *á* la razón, ó pugna *al* sentido común", sino "pugna *con* la razón, ó

con el sentido común», pues este verbo no rige otras preposiciones que la *con* y la *por*. La primera, como en los ejemplos anteriores, y la segunda como en este de Cervantes:

«Y entretanto que pugnaba *por* levantarse, y no podía, estaba diciendo.»

PROVEER

Escritores tan esmerados y cultos como don D. Hurtado de Mendoza, han usado este verbo con las preposiciones *de* y *con* indiferentemente:

«Y porque no bastaba para asegurarse de los moriscos de la ciudad y la tierra, y proveer á su padre *de* gente, nombró» etc.

«El Comendador mayor se dió á guardar la costa, á proveer *con* las galeras los lugares de la marina.»

PREOCUPARSE

Según la Academia, este verbo rige solamente la preposición *con*: «preocuparse *con* alguna cosa». Según Salvá, también puede regir la *de*. Creemos que el régimen más propio es el señalado por la Academia.

PERSUADIR

«Es necesario persuadirlo que éntre en el negocio.» «Es menester persuadirlo que se vaya cuanto antes.» En estas expresiones y otras análogas, no puede usarse este verbo sin la preposición *á*. Los ejemplos siguientes manifiestan su recto uso:

«Llamaron á un vicario de Poqueira, hombre entre

los unos y los otros de autoridad y crédito, para que los persuadiese *á* entregarse.» (H. DE MENDOZA)

«Ordenó al marqués de Mondéjar que, subiendo al Albaicín, se mostrase á los moriscos, y con su autoridad los persuadiese *á* encerrarse llanamente.» (H. DE MENDOZA)

«Hizo ahorcar á Chacón, que trataba con los cristianos, por una carta de su mujer que le hallaron, en que le persuadía *á* dejar la guerra», etc. (H. DE MENDOZA)

PESAR

Cuando con este verbo se significa una afección o sentimiento del alma, rige la preposición *de*: «Me pesa *de* todo corazón»; «me pesa *de* haberte ofendido»; «me pesa *de* mis pecados». Sólo cuando va después de la preposición un infinitivo, como en el segundo ejemplo, puede callarse dicha preposición: «me pesa haberte ofendido.»

PRECAVER

Salvá quiere que se diga «precaverse *del* peligro». La Academia, «precaverse *del* peligro ó *contra* el peligro».

Es indudable que el uso de las dos preposiciones es muy general; pero no podríamos decir si está autorizado por los buenos hablistas.

QUEJARSE

Rigen las preposiciones *á* ó *de*: «Quejarse *á* la autoridad competente»; «quejarse *de* su suerte».

«Ves aquí un prado lleno de verdura,
ves aquí una espesura,
ves aquí una agua clara

en otro tiempo cara,
á quien *de* tí con lágrimas me quejo.»

(GARCILASO)

«Si no, decidme: si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea ¿fuera justo que me quejara *de* vosotros porque no me amábades?» (CERVANTES)

«Llamo á los soldados del ejército del rey don Felipe algunas veces católicos como á su rey: no se quejen los más *de* esta separación, sigo la voz de los historiadores.» (MELO, *Guerra de Cataluña*)

REPARAR

Con el significado de observar, poner atención, se construye con la preposición *en*.

«Repara *en* la serena frente y en los eminentes labios de éste, que parecen que destilan miel, y nota bien el ornato de sus vestidos,» etc. (SAAVEDRA FAJARDO)

«Á cualquiera soplo de la esperanza, por vana y vaga que fuese, mudaba de senda y de partido, no reparando jamás *en* los medios de conseguir sus fines.» (QUINTANA)

RECAER

Es necesario tener muy presente (porque en esto se yerra muchas veces) que este verbo no rige la preposición *sobre*, sino la *en*, y, por consiguiente, no puede decirse que «la elección recayó *sobre* tal persona», sino «*en* tal persona».

«Murió tras él la reina de Portugal, murió también su hijo, los siguió al sepulcro Isabel la católica; y recayeron, por lo tanto, los derechos al trono de Castilla *en* la princesa doña Juana.» (MARTINEZ DE LA ROSA)

"Pues que podía llegar el caso, como llegó en efecto, de que recayese *en* ella la corona; pero no se tuvo previsión bastante", etc. (MARTINEZ DE LA ROSA)

"Pero cuando hubo recaído *en* Carlos la corona imperial se agregó una nueva causa de enemistad, cuyas resultas," etc. (MARTINEZ DE LA ROSA)

RECREARSE

Se puede decir, con la preposición *en*, "recrearse *en* cantar"; ó con la preposición *con*, como dijo Garcilaso:

"Yo me ví tan ajeno
del grave mal que siento,
que de puro contento
con vuestra soledad me recreaba".

RECLINARSE

Rige las preposiciones *de* y *sobre*, pudiendo decirse, por lo tanto, "reclinarse *en* la mesa", ó "reclinarse *sobre* la mesa".

ROMPER

Es digna de notarse la construcción de este verbo con la preposición *por*: "romper *por* todo". En Cervantes leemos:

"¿Cómo que es posible, que cosas de tan poco momento y tan fáciles de remediar, puedan tener fuerzas de suspender y absortar un ingenio tan maduro y tan hecho á romper y atropellar *por* otras dificultades mayores?"

RODEAR

"Rodear (una plaza) *con* murallas ó *de* murallas", dice la Academia.

REVESTIRSE

Salvá y la Academia no asignan á este verbo otro régimen que la preposición *de*, debiendo decirse, por lo tanto, «revestirse *de* autoridad», y no «*con* autoridad».

RESGUARDARSE

No puede decirse «resguardarse *contra* los tiros del enemigo», sino «*de* los tiros del enemigo».

REFLEXIONAR

Tiene el mismo régimen que «pensar» «reflexionar *en* tal cosa», ó «reflexionar *sobre* tal cosa».

RECOSTARSE

«Recostarse *en* el sofá», ó «recostarse *sobre* el sofá», dicen Salvá y la Academia.

PEDRO N. ALBORNOZ.

(*Continuará*)

OBSERVACIONES SOBRE HIGIENE

INTERNACIONAL

(Continuación)

¿De dónde viene esta inmunidad confirmada y persistente? ¿Era acaso debida á condiciones especiales de los individuos expuestos al peligro? Seguramente qne no. La inmunidad era en estos casos conferida por la localidad; y sus condiciones sanitarias, obrando en esa forma misteriosa, rompían la ley y la lógica de las transmisiones de la infección, por medios difíciles de explicar, pero que por lo mismo reclaman la investigación y el estudio.

Desde luego, voy á examinar lo que constituye la inmunidad personal contra las afecciones infecciosas. No es fuera del caso recordar los efectos de la vacunación, por ejemplo. El virus vaccínico se introduce en una cantidad casi microscópica en el tejido subcutáneo de un niño ó de un adulto; la pústula se desarrolla tranquilamente sin que el vacunado experimente modificación alguna en su organismo, sin que la fiebre sobrevenga,

sin que las funciones digestivas, respiratorias y circulatorias sufran la menor perturbación; pero cuando la pústula ha terminado su evolución completa, aquel niño ó adulto están exentos por una série de años de todo peligro de viruela, aunque se pongan muchas veces en contacto con enfermos y aunque fuesen inoculados deliberadamente con el virus variólico.

Los descubrimientos eminentes del sabio Mr. Pasteur sobre los microbios como gérmenes originarios para la producción de ciertas enfermedades, como la pústula maligna, la hidrofobia; la atenuación de estos gérmenes por su cultivo en líquidos adecuados para reducir su poder de propagación, conservando siempre su carácter específico en la atenuación; y la inoculación que con esos líquidos puede hacerse como un medio profiláctico para evitar la producción de las enfermedades respectivas, presenta otro caso semejante á la vacunación con sus benéficos efectos por largo tiempo persistentes. Los animales así tratados quedan también inmunes y pueden soportar sin consecuencia alguna ó con manifestaciones benignas la introducción en su organismo, por medios directos ó indirectos, de aquellos gérmenes maléficos.

Se sabe igualmente que todo individuo que ha sido atacado una vez por alguna de las enfermedades infecciosas, queda inmune para siempre, con raras excepciones, contra la misma infección.

Agréguese que en las grandes epidemias, aquellas personas que han vivido en la atmósfera infectada y han conservado su salud, quedan también por largo tiempo, como los vacunados, libres y exentos de aquella enfermedad; y así se ve, que los enfermeros en los hospitales especiales, donde se asisten las personas atacadas por el

mal epidémico, viviendo constantemente al lado de los enfermos y confinados en la atmósfera cargada de los miasmas deletéreos, rara vez caen víctimas del mal que ellos concurren á aliviar en otros con sus cuidados. Todavía una observación análoga en mayores proporciones. Se ha notado que cuando una agrupación urbana ha sido atacada intensamente por una de aquellas epidemias, transcurren muchos años antes de que se repita una epidemia semejante en la población sobreviviente de la primera, calculándose por algunos que se requiere el transcurso de dieziocho años para que la repetición tenga lugar, á menos que la inmigración ú otro hecho económico análogo haya modificado la composición de aquella población personal y relativamente inmune.

Examinando con el mayor cuidado el organismo vivo de los sujetos así favorecidos en los diversos casos de inmunidad personal mencionados, no se puede percibir modificación alguna en la energía relativa de sus funciones constitucionales. Estudiando con todos los recursos que la ciencia suministra la anatomía y la histología de los mismos, no se ha notado hasta ahora ni sospechádose siquiera la diferencia, por mínima que sea, entre los órganos, los tejidos, los líquidos y las células mismas de los sujetos inmunes comparados con los de aquellos que se encuentran en condiciones ordinarias. Y á pesar de eso, colocados unos y otros en idénticas relaciones con la infección, los unos la resisten porque están refractarios y los otros son atacados por ella.

Parece un misterio la causa íntima de este fenómeno que estudiamos. El niño vacunado continúa en el proceso de su desarrollo, crece y se hace hombre: su organismo entero ha sido cambiado muchas veces con el

curso de su evolución infantil: sus tejidos, sus células y hasta los mínimos átomos de su cuerpo se han renovado con el proceso de asimilación y desasimilación que son condiciones de la vida: aquel pequeño cuerpo, que fué modificado por la vacunación, ha desaparecido totalmente y ha sido sustituido por otro repetidas veces; y entretanto esos organismos nuevos de todo punto conservan la aptitud refractaria introducida por la vacunación. Lo mismo sucede con relación á los otros ejemplos de inmunidad que hemos enumerado.

Difícil es presentar aun en hipótesis una explicación satisfactoria; pero ya que he tocado este punto tan interesante, voy á permitirme sugerir algunas reflexiones antes de continuar con el estudio de higiene que nos ocupa.

Cuando alguno de estos sujetos inmunes se pone en relación con la causa directa ó indirecta de la enfermedad infecciosa, recibe como cualquiera otro el elemento mórbido que penetra seguramente en su organismo por las vías respiratorias ó digestivas ó por el contacto periférico. Pero por una aptitud contraída en las diversas maneras que hemos enumerado, ese organismo esfuerza inmediatamente un movimiento de expulsión por medio de las diversas secreciones, de manera que el elemento ha sido eliminado en esta forma antes que el germen se haya reproducido para comprometer la integridad de los tejidos y traer las perturbaciones sintomáticas que constituyen el cuadro de la enfermedad.

Esa aptitud refractaria no depende sin duda de alteraciones estructurales que se hayan ocasionado y que persistan desde que se produjo el hecho de la vacunación profiláctica: 1.º porque esas alteraciones no han

podido descubrirse hasta ahora con las más ilustradas pesquisas, y 2.º porque la renovación incesante del organismo no permitiría que esas modificaciones persistieran por largo tiempo. Parece que un centro nervioso, de aquellos que presiden constantemente al ejercicio de las funciones que sostienen la vida, hubiera tomado conocimiento y familiarizádose con ese virus, con esa bacteria ó con ese fermento que se puso en contacto con él una vez; y que cuando ese centro percibe por el anuncio telegráfico de los nervios centrípetos la presencia de aquel enemigo conocido, irradia inmediatamente su acción poderosa, para que los órganos encargados de la eliminación completen el proceso laborioso de su expulsión actual é incesante, creándose así una habitud constitucional con ese designio.

En apoyo de esta teoría pueden citarse los descubrimientos de Claudio Bernard, de Brown Sequar, de Valpiou y de otros fisiologistas modernos. Ellos han demostrado experimentalmente la existencia y el modo de acción de los nervios vasomotores y de los inhibitorios relacionados con el sistema ganglionar de los simpáticos y su procedencia ó conexión central con el bulbo raquidiano. Ese conjunto de nervios conexos son los instrumentos que sirven para el gobierno de la circulación, de la respiración, de las secreciones y de la nutrición. Cuando el bulbo raquidiano, por ejemplo, necesita estimular una de esas funciones sometidas á su influjo, destaca su energía por el intermedio de aquellos instrumentos eficientes; la circulación capilar más sutil obedece á su influencia, y la célula misma es presidida por ese admirable mecanismo en el proceso de la selección nu-

tritiva, y en la eliminación consiguiente realizada por los órganos y aparatos de la secreción.

Tal vez esta hipótesis explicativa de la condición refractaria que se obtiene en realidad con la vacunación, podría verificarse experimentalmente. Tomando como un caso el de la pústula maligna en un animal que ha sido debidamente vacunado, se introducirá la bacteridia sin atenuación y en la forma y en la cantidad más eficaces para producir la infección. El animal vacunado se mostraría refractario á la recepción del elemento mórbido. Los gérmenes habían sido lanzados á la circulación seguramente, pero no se habían multiplicado ni producido las perturbaciones patológicas características; y la sangre, los tejidos y las células mismas, examinadas con la debida prolijidad, no presentarían alteración alguna que mostrara la presencia de aquella sustancia orgánica introducida. Si en tales circunstancias se hace un examen de las excreciones del sujeto, particularmente de la orina, del aire espirado y de la secreción intestinal, tal vez podría encontrarse la presencia de la bacteridia y de los productos de su reducción en la forma que las fermentaciones pútridas asumen.

Aún puede mencionarse como fenómeno análogo el hecho consuetudinario de la acción fisiológica del tártaro emético. Introducida esta sustancia en el estómago, en la dosis requerida, y puesta en contacto con la membrana mucosa, sobreviene el vómito para eliminarla por el camino más inmediato y eficaz. No es la acción química de la sustancia la que ha provocado la contracción enérgica del órgano para su expulsión; es el foco central, una vez advertido, el que ha acudido á tiempo, por el intermedio de los nervios que enriquecen esta víscera, para

modificar la circulación capilar, promover en su superficie secreciones abundantes defensivas, y determinar las contracciones finales que constituyen el vómito.

Pasemos ahora, de las inmunidades personales fisiológicas ó adquiridas, á las que proceden del sitio que se muestra refractario á la introducción y difusión de las epidemias.

Los hechos prueban hasta la evidencia que las condiciones sanitarias de una ciudad ó de una agrupación cualquiera, son la medida de su capacidad para resistir las invasiones epidémicas, ó á lo ménos para atenuar sus efectos. La mortalidad general, sobre todo la que producen las enfermedades zimóticas, disminuye, como se sabe, en proporción á los cuidados higiénicos municipales y aun personales que allí se apliquen. Comparando una ciudad que tenga una mortalidad anual de 16 á 17 por cada mil de sus habitantes, con otra que tenga 30 ó 34 por mil como mortalidad ordinaria, es claro que, cualesquiera que sean las causas de esta diferencia, ellas se hacen sentir por el intermedio de la atmósfera, del suelo, del agua y de la luz. En el caso favorable, el aire está relativamente libre de toda combinación nociva, los alimentos son sanos, la provisión de agua pura y abundante, la limpieza municipal se ejecuta con actividad y las costumbres personales y domésticas en el sentido del aseo y del buen régimen, experimentan también una reforma saludable. Los que viven en estas condiciones favorables bajo los auspicios de tan benéficas influencias, son otros tantos organismos sanos y vigorosos; las enfermedades en ellos son la rara excepción y su energía

moral é intelectal misma se levantan al nivel de sus condiciones físicas.

Supongamos que en tales circunstancias se introduce en esta agrupación uno ó varios casos de una enfermedad exótica destinada á traducirse en epidemia. Esa atmósfera pura, con sus corrientes francas, está muy lejos de ofrecerse como vehículo para el cultivo de los gérmenes importados; luego, los millares ó cientos de millares de habitantes que pueden ponerse en aproximación al peligro infeccioso que los amenaza, están preparados por el vigor y la energía de su organismo y por la acción sinérgica de sus funciones fisiológicas para arrojar de sí, por esa eliminación previsora, aun aquellos miasmas y gérmenes que los penetren. Y esto, como lo hemos repetido varias veces, no es una teoría lisonjera, sino un hecho experimentado en muchas ocasiones.

Por el contrario, aquella otra ciudad ó nación cuya mortalidad es tan elevada, parece que está esperando todos los días el germen infeccioso para cultivarlo en su atmósfera impura y en su suelo; y sus habitantes deprimidos bajo estas influencias mortíferas están amagados todos los días de ser visitados por esos azotes crueles que penetran allí á pesar de sus cuarentenas y de sus cordones sanitarios.

No tengo datos exactos sobre la población censal de Río Janeiro ni de su mortalidad actual. Los conocimientos que poseo me inducen á creer que la mortalidad en la capital del imperio no baja de 33 por mil, y que esta enorme pérdida y las consecuencias, peores que la muerte, que acompañan tal estado de cosas, pueden ser re-

movidas hasta su mínima expresión por los trabajos y reformas adecuados.

En 1849 la fiebre amarilla se introdujo por primera vez en los puertos de Pernambuco, Bahía y Río Janeiro, asumiendo la forma epidémica en proporciones alarmantes, principalmente en esta última ciudad. El hecho de que el germen de este mal quedó subsistente y aclimatado en aquellas regiones, á punto de convertirse en endémica la fiebre amarilla, prueba que no son solamente motivos climatéricos por su analogía con la cuna de la enfermedad en las Antillas, sino deficiencias trascendentales en la higiene pública y privada las que han dado ocasión al fenómeno; y que las obras de saneamiento realizadas allí han sido insuficientes hasta ahora para desterrar al enemigo ni para reducir en un 12 ó 14 por mil la mortalidad ordinaria.

Afirmo que es posible, con un gasto de millones más ó menos numerosos, completar un cambio radical en aquella digna ciudad, y restablecerla á la confianza cosmopolita, haciéndola, como debe ser por su posición, el centro comercial más importante de Sud-América, el sitio de cita donde las regiones del sur se den la mano con el mundo del norte, y donde prevalecerá, por consiguiente, la civilización en sus más espléndidas manifestaciones.

¿Por qué no podía establecerse, pues, previa una convención especialmente convocada para este objeto, un congreso, una asamblea en que tomaran parte la Europa y la América, que estuviera constantemente en función y que pudiera delegar á los sitios donde fuera más reclamada su intervención, personas competentes para estudiar las cuestiones higiénicas hasta sus míni-

mos detalles? Y cuando se percibiere por este medio la conveniencia ó la necesidad de instituir trabajos sanitarios ¿por qué estas naciones así congregadas fraternalmente no podrían concurrir también con el dinero requerido para las obras de ese género, en la forma de empréstitos sobre el crédito de las naciones favorecidas, para llevar á cabo los trabajos con energía y con la menor pérdida del tiempo tan precioso?

Creo que los primeros efectos de un sistema semejante serían el nacimiento de la esperanza de mejores tiempos en aquellas localidades, la atenuación de esas reservas antagónicas que suelen crear sentimientos adversos de nación á nación, y el desenvolvimiento de la fraternidad que afianzaría los intereses armónicos de todos, no sólo para los fines sanitarios que serían el objeto principal de la convención, sino para resolver sin encono y sin reticencias otras cuestiones de diverso género que pudieran surgir entre las naciones congregadas, puesto que en lo concerniente á la salud, á la vida, al dolor y á la muerte estarían todas unidas con un propósito unánime y perpetuo.

Fuera de estas indicaciones de higiene internacional, hay otras que conducen á los mismos fines, tanto ó más serias que las primeras, y que no pueden desatenderse si se persigue con sinceridad el designio de mejorar las condiciones sanitarias en el mundo civilizado: quiero hablar de la guerra.

No pretendo hacer la apología de la paz, del punto de vista de la filosofía y de la humanidad. Otros más experimentados que yo, y con autoridad muy superior á la mía, han dicho ya palabras profundas que el eco repite

en todas las regiones de la tierra, aunque no sean escuchadas todavía.

No hablo de los actos de guerra propiamente dichos, de las batallas terrestres ó navales donde sucumben por cientos de millares los hombres inocentes á quienes la ley llama para derramar su sangre en defensa de la patria. Tampoco hablo de los gastos enormes que las guerras reclaman, ni de las pérdidas positivas é irrevocables que se imponen á la vez á los vencidos. Esto está en la conciencia de todos; y basta mirar los campos de batalla, basta contemplar las deudas asombrosas que las naciones han contraído para sustentar sus sangrientas querellas, basta estudiar la miseria á que quedan reducidos millones de individuos por las servidumbres personales originadas por la guerra, basta echar una mirada, por rápida que sea, sobre estos aspectos de la humanidad, para comprender cuán cierto es lo que un hombre de estado inglés ha dicho: "que la guerra más justa es una calamidad nacional; y que la guerra injusta ó determinada por motivos insuficientes, es el mayor crimen que las naciones pueden cometer."

La higiene se presenta ahora cara á cara para defender sus derechos ante la política belicosa.

Pueden contarse, es cierto, como otras tantas pérdidas que la higiene denuncia, el número de muertos, de heridos y de enfermos que se producen en las guerras; pero no es esa la faz de la cuestión que nos interesa contemplar ahora. Quiero tomar inflagranti á la Europa entera y á mucha parte de la América del Sur, en esta condición de paz armada que está prevaleciendo hace tantos años.

La población de la Europa se calculaba en 1882 en

346.625,747 habitantes; y el número de soldados y marinos en ese tiempo, estando la Europa entera en perfecta paz, ascendía á 4.140,579; lo que da 82 habitantes para sostener cada soldado, incluyendo en este grupo, no sólo las personas hábiles para el trabajo y para la producción, sino también las mujeres, los niños, los ancianos y los enfermos, todos los cuales experimentan proporcionalmente las privaciones consiguientes al sacrificio personal que se les exige. Los gastos de guerra ascendieron en el año mencionado á 4.001.966,025 de francos, correspondiendo á cada habitante 11 francos y medio de estos gastos, que pueden estimarse en 13 francos, si de la población total se deducen los 4.000,000 de soldados que no producen, sino que consumen la renta.

Estos 4.000,000 son escogidos entre los mejores por su edad, su salud, su talla y su vigor; son separados del resto de la población y conducidos á los cuarteles ó á las fronteras para disciplinarse hasta que llegue la hora del combate. Este grupo de individuos, en el mejor período de su vida para el trabajo y la producción, son secuestrados y agrupados allí donde las enfermedades naturalmente se intensifican por el solo hecho de la acumulación; y aquella porción de las poblaciones que en las condiciones normales de la vida social da el mínimun de la mortalidad, que puede estimarse en 7 por mil, allí, en los cuarteles, bajo la férrea ley de la disciplina, en acumulaciones malsanas, tiene, por término medio, una mortalidad de 12 por mil.

No es eso sólo. Estas fuerzas vivas arrancadas á la producción y á la riqueza nacional, son separadas también de la familia. Aquellos jóvenes fuertes, capaces de sustentar su propia energía y de trasmitirla en el hogar

á sus hijos, dotándolos de la vitalidad de sus progenitores, son condenados temporalmente al celibato; y la constitución de la familia se resiente de esta penosa deficiencia. No son ya los jóvenes y los fuertes los encargados de la paternidad: los desechados por su edad, por sus enfermedades ó por deformidades personales son los que van á tomar el lugar de aquellos, y á iniciar inconscientemente la degradación física de la raza en las generaciones venideras. Y á esto se debe sin duda un signo marcado que señala el tipo de las generaciones producidas en el curso de los años guerreros en algunas naciones europeas. Aunque no fuera más que la decadencia de la talla, sería un indicio suficiente para demostrar la exactitud de esta observación retrogresiva.

Otra manifestación demográfica del estado de guerra es la mortalidad infantil. Parece que los séres que nacen lejos de los campos de batalla no pudieran ser influidos en su evolución embriogénica é infantil por esa condición sangrienta que se desarrolla á grandes distancias; y, sin embargo, la estadística, estudiada con severidad y penetrando hasta las moléculas sociales con la luz de la ciencia, muestra que durante las guerras y aun bajo esa paz armada, como ha dado en llamarse, y que no es sino la guerra en perspectiva con todas sus angustias, sus zozobras y sus miserias, el número de niños de la primera infancia que mueren se acrecienta considerablemente. Y lo más singular al parecer, pero también lo más natural, por razones anatómicas é histológicas que espero poder explicar en otra oportunidad, es que en ese aumento de la mortalidad infantil, la de los niños varones toma proporciones mucho más altas que las que tiene en las condiciones ordinarias de la sociedad.

He tenido cuidado de estudiar este fenómeno en la estadística de Inglaterra y de Francia durante la guerra de la Crimea. La escena es característica para probar esta proposición, pues que el teatro de la guerra, propiamente dicho, estaba á tan larga distancia de las poblaciones interesadas. Allí se veían esas dos grandes naciones unidas luchando en el oriente; pero dentro de los confines de su territorio gozaban de una paz completa. Asimismo, los nacidos muertos y los que morían hasta la edad de un año, comparados con el número de nacimientos en la misma unidad de tiempo, son mucho más numerosos que en los años precedentes á la guerra y en los que la siguieron.

La mortalidad de niños hasta un año de edad ha sido siempre reducida en Inglaterra, con la natalidad considerable que allí prevalece. Antes de la guerra de Oriente, de cada mil nacidos en el año morían próximamente 150; mientras que en los años de guerra esta proporción subió hasta 158 como término medio. Restablecida la paz con el tratado de París, en 1856, la mortalidad infantil se redujo desde luego hasta 143-5 por mil en ese año. He calculado que si se aplicara la mortalidad infantil del tiempo de guerra á los 25 años subsiguientes hasta 1880, la Inglaterra habría perdido, en esa categoría de defunciones solamente, 75,321 niños varones y 59,400 niñas, á más del tributo ordinario que ha pagado á la ley de la muerte, es decir, que ha economizado 134,721 vidas por el hecho solo de haber mantenido la paz nacional.

Tiene mayor valor esta economía si se toma en cuenta el hecho de que en 1865 prevaleció una epidemia de cólera en Inglaterra que hizo subir notablemente la

mortalidad, y la de los niños de la edad que estudiamos ahora, alcanzando á 160 por mil; y la exacerbación inesperada de este mismo factor en los años 70 y 71 de la de la guerra franco-alemana, que produjo en Inglaterra 159 muertes de niños, por cada mil nacimientos, bajando á 149 en los dos años que los siguieron. Entretanto la Inglaterra no había tomado participación alguna en aquella sangrienta lucha de dos grandes naciones del continente; pero las perturbaciones y las zozobras producidas por aquel acontecimiento lamentable en toda la Europa, particularmente en los pueblos vecinos, y los trastornos económicos consiguientes, se revelan por el hecho demográfico que acabo de consignar, y que se encontraría seguramente en Bélgica, en Italia, en Suiza, en Austria, etc., si tuviéramos á la vista sus registros estadísticos de aquella época. Los niños de la primera edad son evidentemente el *necrómetro* de toda agrupación; y su mortalidad da la medida de la mortalidad general, en sus exacerbaciones y remisiones accidentales, y, por consiguiente, de las condiciones higiénicas materiales ó morales de las localidades respectivas.

En cuanto á la Francia, la estadística demográfica nos da este resultado en los últimos 35 años. En la última década del reinado de Luis Felipe, de 1840 á 1849, el número de niños muertos de 0 á 1 año, comparados con el número de nacidos en el año respectivo, era de 160 por mil; de 50 á 59, fué de 170 por mil; de 60 á 69, subió á 175 por mil, y de 70 á 75, esa mortalidad subió á 178 por mil. Al mismo tiempo la natalidad ha disminuido, de 31 por mil, en aquellos primeros años, hasta 24.60 por mil en los últimos; debiendo notarse que en 1870 y 71 la Francia perdió 590,000 de sus ha-

bitantes, más que el número de nacimientos ocurridos en esos dos años calamitosos. La natalidad se redujo á 22 por mil, y la mortalidad subió á 34 por mil en 1871, y la mortalidad infantil ascendió á 248 por cada mil nacidos.

En nuestro país, donde la guerra y las agitaciones políticas precursoras han sido tan frecuentes, sería muy interesante hacer un estudio sobre la importante cuestión que nos ocupa. Me bastará llamar la atención sobre la degradación de la talla que es bien perceptible, á pesar de la incorporación á nuestras poblaciones del elemento extranjero que, en parte á lo menos, viene exento de las desventajas que nos afectan bajo este punto de vista.

En cuanto á la mortalidad infantil, es notoria la intensidad con que se produce entre nosotros. Por lo que se refiere á la ciudad de Buenos Aires, según las estadísticas oficiales, se sabe que el 49 ó 50 por ciento de la mortalidad total es de niños hasta cinco años, cifra que rara vez es alcanzada en otros países de diferente condición. Pero para terminar estas referencias, haré notar que en el año de 1874, por ejemplo, cuando estalló una revolución y la guerra civil consiguiente, de cada mil niños varones nacidos en ese año, murieron 278.9 y 202.5 de cada mil nacimientos del sexo femenino. Entretanto, en 1878, cuando las agitaciones políticas se habían calmado un tanto, de cada mil varones nacidos murieron 220, y de cada mil niñas nacidas en ese año murieron 175. Este tributo pagado por los séres inocentes es todavía elevado, pero difiere en 58 por mil del de 1874. Aplicada la mortalidad infantil del año de guerra á los siguientes, aparece que se ha realizado una economía de 1,085 niños de la primera infancia hasta 1878;

y si el mismo estudio se hace en la población de la campaña de Buenos Aires, comparando los mismos términos correspondientes á esa sección, la economía asciende á 4,230.

No es sólo la pérdida que el país experimenta con las muertes excesivas de niños, que llegarían á ser otros tantos ciudadanos en el curso de los años, sino qne aquellos sobrevivientes han experimentado iguales depresiones fisiológicas sin sucumbir á ellas; y que esas perturbaciones se traducen en la forma de defectos físicos y sicológicos en las generaciones sucesivas, capaces de convertirse en manifestaciones deplorables cuando la edad los acentúe. La historia de esas generaciones sería muy instructiva, tomando en consideración los acontecimientos en su faz sociológica, y en las expresiones de carácter colectivo é individual de semejantes agrupaciones.

El principio tanto tiempo proclamado por los políticos, de que el que quiere la paz necesita prepararse para la guerra, es una de esas paradojas condenadas por la experiencia, ilógica, anti-económica y que redunda en un perjuicio trascendental para los pueblos que proceden según ella.

El que quiere la paz debe prepararse para la paz, entendiéndose en esta labor previsora de una bendición nacional todo lo que concurra á la multiplicación del esfuerzo social en la mejora de los grupos respectivos, en el adelanto de la educación pública, en la distribución equitativa del trabajo y en el cultivo incesante de ese sentimiento de simpatía cosmopolita que debe ser la índole de la civilización y de la acción presentes.

Si se considera bajo el aspecto antropológico, la diferencia de un pueblo que está y permanece por muchos años en paz interna y externa con la de aquel que vive en las formas militares, que consagra una parte muy considerable del impuesto público á la créación de ejércitos, á su disciplina y á su agrupación conveniente, y vive así la vida de la estretejia, se encontrará seguramente en el pueblo pacífico una capacidad muy superior para el trabajo y para la producción.

La armonía de las diversas clases sociales, que es una necesidad emergente de la naturaleza misma, es más suave y más sólida en el primero; mientras que en el segundo, el espíritu agresivo, el sentimiento de la separación de clases se desenvuelve en diversas maneras y con diferentes nombres que significan todos la misma cosa, y que tienen por pretexto una protesta permanente y á veces brutal y sangrienta contra las desigualdades naturales acrecentadas, si cabe, por una mala legislación ó por una mala política. Y, finalmente, el pueblo armado necesita pelear. Si la ocasión no se presenta para hacer uso de esos grandes preparativos bélicos en luchas con el extranjero, aunque vaya á buscarlo á los antípodas, es muy probable y la experiencia lo demuestra, que esas manos armadas se volverán unas contra otras, más tarde ó más temprano, y producirán, con la guerra civil ó con las revueltas *comunistas* ó *nihilistas*, y aun con el asesinato cobarde y alevoso, una acentuación más pronunciada de las rivalidades internas.

GUILLERMO RAWSON

(Concluirá)

REVISTA DE MODAS [1]

EL POLIZÓN AEROSTÁTICO

El polizón aerostático y el sombrero torreón están á la orden del día, no sólo en el mundo elegante, sino en el científico y astronómico.

¡Extraña relación entre la tierra y el cielo, entre la mujer y la nube, entre el espíritu y la materia! Es el caso que se ha establecido en París, calle del Louvre núm. 134 una inmensa fábrica de polizones sobre medida para llenar las necesidades de todo el mundo civilizado. El sistema empleado en esta fabricación acaba de obtener

(1) Este artículo apareció incompleto en EL INDEPENDIENTE del 3 de marzo de 1885. Cinco ó seis meses después lo reprodujo EL FERROCARRIL, tomado de un diario extranjero y con algunas modificaciones; en esa misma época lo dió á luz LE FÍGARO de París; y, por último, LA PAMPA de Buenos Aires lo insertó en sus columnas el 26 de febrero del presente año, con el título *Los polizones y la astronomía*.

Habiéndonos su autor obsequiado íntegro este artículo, lo publicamos gustosos en LA REVISTA, seguros de agradar con él á nuestros lectores.

LA DIRECCIÓN.

privilegio exclusivo en *Francia* y en los principales países de Europa.

Diariamente salen de la fábrica millares de *mochilas* para este ejército femenino que, desde Eva hasta nuestros días, tiene declarada la guerra al hombre.

Las fábricas de *Mme. Belle* en Francia y las maestranzas de Krupp en Alemania, son los establecimientos más importantes y grandiosos de la época actual. Unos y otros, á pesar de la diversidad de los objetos que fabrican, tienen, sin embargo, un fin común: mantener la *paz armada*: Krupp con sus cañones de precisión, *Mme. Belle* con sus polizones de grande alcance.

***

Pero hablemos seriamente.

El descubrimiento de los polizones aerostáticos es de una importancia trascendental para la vida femenina y ha venido á satisfacer las exigencias del buen gusto.

Este polizón es ligero como una pluma, y casi tan liviano—con perdón de nuestras lectoras,—como la mujer misma que lo lleva...

Se hacen de tela de goma, semejante á la de los globos encarnados con que se divierten los niños. Son, por cierto, más consistentes para evitar cualquiera ruptura, lo que sería un fatal *siniestro* para la mujer, sea en el baile, sea en el paseo. ¡Á qué picantes comentarios no se prestaría cualquier súbito enflaquecimiento, verdadero desarme de la mujer en medio del combate!

Pero habíamos olvidado lo principal: los polizones no son *rellenos*—¿os asustais?—Sin embargo, la explicación es sencilla. Una gran máquina á vapor cambia el aire

atmosférico por el gas hidrójeno, que es infinitamente más ligero que aquél, y las *mochilas* de goma tienden naturalmente á subir como los globos y con la fuerza calculada para cada caso.

Si en un momento dado se cortasen las cuerdas que sostienen los polizones en sus respectivos ganchos, todos subirían y muchos llegarían á perderse en el espacio.

Imaginaos una mujer atada á cada polizón y os formaréis la idea de un mundo de ángeles y de sílfides flotantes, que habrían abandonado este globo de tierra, entre risas y llantos, entre suspiros y burlas...! Para alcanzarlas, el hombre tendría que usar los mismos aparatos, y *Mme. Belle* duplicaría por lo menos su brillante negocio...

Pero ya escuchamos las objeciones contra el invento: ¿Y las gordas? y las flacas? y las livianas? (que son tantas) y las graves? usarán el mismo polizón?

Todo está previsto, amables lectoras! Los polizones de *Mme. Belle* están *numerados*, según la fuerza impulsiva, es decir, según el peso de cada Eva.—Tenéis polizones desde el número 1 hasta el número 50 y más...

Ya se ha calculado qué número corresponde á cada peso en kilogramos. Podéis CALZAR polizones del número 7, del número 20, así como calzáis zapatos del 32 ó del 34. Bellísima invención ¿no es VERDAD?...

En estos días, los círculos de París, han estado vivamente animados á causa de un incidente realmente singular y de palpitante interés.

Es el caso que uno de los polizones de *Mme. Belle* —uno de los polizones de más fuerza (núm. 49), se escapó de la fábrica, cuando estaba ya preparado para el expendio. Parece que la cuerda se cortó, y el aparato

buscó naturalmente las altas regiones atmosféricas. El día estaba nublado, y luego se perdió de vista el aparato, ¡pájaro escapado de la pajarera de *Mme. Belle*, que reune tantas especies de distintas formas y colores!

Al siguiente día, los diarios de París anunciaban que el segundo ayudante del Observatorio Astronómico, Mr. *Radieux*, había notado, al observar el cielo, un cuerpo extraño dentro de la esfera de atracción de la tierra.

Creyóse que podría ser algún aerostático flotante venido de las regiones inmediatas; pero el telescopio manifestaba que este cuerpo no tenía la forma esférica ú oval de los globos conocidos.

Las conjeturas fueron varias y los sabios se dieron por vencidos.

Ocurrióse entonces á la ilustrada perspicacia de *Julio Verne*, quien vino, al fin, á descubrir que el cuerpo flotante no era otra cosa que el fugitivo polizón de *Mme. Belle*.

El CHARIVARI y el PUNCH han estado deliciosos con sus ingeniosas caricaturas y picantes comentarios sobre este *nuevo planeta* del mundo femenino. París ha reído y *Mme. Belle* ha triplicado la venta de sus polizones.

El PUNCH ha observado con oportunidad que mientras el hombre dice en el siglo XIX: ¡Adelante! la mujer dice: ¡Atrás! ¡Atrás! ¿Quién vencerá en esta lucha? El hecho es el hecho. El hombre sigue y seguirá á la mujer.

***

De este singularísimo incidente hánse deducido consecuencias muy interesantes para la navegación aérea.

Dando al polizón una fuerza de ascensión diez ó vein-

te veces mayor ¿no sería posible viajar por los aires?

La maleta aerostática ¿no podría ser doble ó cuádruplo y cruzar los espacios con una bella pareja, como si fuesen en un ligero faetón aéreo? Imaginaos una *luna de miel* en los cielos, cerca de la casta Diana ó de la hermosa Venus.

¡Qué maravilloso viaje!

La caída de una manzana reveló á *Newton* la ley de gravedad. La subida de un polizón ¿no podrá acaso revelar á los hombres de ciencia los secretos de la navegación aérea?

¡Arcanos del porvenir!...

***

En nuestra próxima correspondencia hablaremos de *los sombreros torreones* y del moño japonés modificado. Hay sombreros de tres y cuatro pisos, adornados con jardines y huertos primorosos. Se producen ahí las piñas y los plátanos, los cocos de Panamá y los melones de la zona templada. Luego tendrán parques, estanques y peces dorados.

¡Prodigios de la moda!...

NUMA SELDEZ FERNÁN.

¡CASAR LAS HIJAS!

Respecto del matrimonio, casado estoy con mi opinión. ¡Ay, lector! y tú mismo confesarás de grado que no es vana presunción creerme ya con juicio propio, porque veintiún años hace que soy casado, y Dios ha bendecido mi matrimonio, cumpliendo al pie de la letra la promesa hecha á la descendencia de Abraham, aquélla de posteridad tan numerosa como las estrellas del cielo y las arenas del mar, que no sé cómo el buen viejo no se murió de espanto al oír tan bonísima nueva.

Antes de casarme (y ¡con cuánto gozo escribo esta frase, creyéndome transportado al tiempo de la soltería!) pensaba que el matrimonio... Hombre, la verdad es que no pensaba nada, y que mis ideas de él, como generalmente acontece, eran vagas y contradictorias. Ya aseguraba que era necio quien se casara, que el *multiplicamini* bíblico no convenía más que en asuntos de dinero: ya compadecía á los maridos, reíame de ellos, de sus caras bonachonas ó malhumoradas y prosaicas, de sus cervices dobladas, como de siervos (léase ciervos porque soy

ceceoso), y... Ó ya, y esto principalmente cuando tenía la desgracia de enamorarme, pensaba que era la época más dichosa de la vida, necesario complemento del amor correspondido, sentimiento el más poético y generoso, institución divina que la providencia bienhechora...

¡Ay, lector, me casé!

Mas voyme apartando del asunto escogido para este artículo. ¡Si uno á pesar suyo se siente conducido á hablar de sus desgracias! Pero no; jamás diré mal del matrimonio; no quiero desacreditar tan santa institución. Ni ¿cómo he de quererlo, si soy padre de diez hijas casaderas que están pidiéndome novio á gritos?...

¿Los hijos? Por supuesto, son la luz y la alegría del hogar.

Esperanza de mi vida,
de mi ancianidad alivio,
de tus venturosos padres
embeleso peregrino,
luz, clavel, fausto renuevo
de nuestros años floridos.

Nada menos decía á un su hijo el dulcísimo Meléndez, y ¡claro! lo mismo digo yo de las mías; pero...

Vamos al caso, las niñas quieren casaca, y mi mujer y yo deseamos más que ellas que se casen.

¡Tregua, pues, á mis lamentos; venga un rato de buen humor! Quiero olvidarme de las negras imaginaciones que me asaltan cuando veo á mis hijas, destinadas á quedarse para vestir santos, cuando reparo la tristeza con que las pobrecillas reciben mis elocuentes discursos encaminados á encomiar la heróica virtud de aquellas (algunas hay) que toman el hábito, desesperadas de no encontrar novio, quiero decir, desengañadas del mundo

y de los hombres. Me olvidaré de lo que he gastado en telas, y géneros de adorno, y encajes y alhajas para vestir elegantemente á diez niñas casaderas, con la esperanza de que en alguno de aquellos vuelecitos á la moda ó corsés de escultural forma quedara cautivado algún novio ¡uno siquiera! Deseo también poner en olvido lo que he gastado en teatros y paseos, que es un horror, convencido por la observación de mi mujer.

—¿Cómo quieres que se te case alguna, si nadie las conoce ni...?

Huyan de mí los dolorosos recuerdos de esas eternas tardes, en que, cansado por el trabajo diario, salía después de comer con nueve de mis niñas adelante en compactas filas, y yo atrás con la mayorcita, mirando á diestro y siniestro lado con cara de padre de familia, ó lo que es igual, de pordiosero, como diciendo:

—¿No hay por ahí algún novio para mis hijas? Oigan Uds., el matrimonio...

Vivíamos mi mujer y yo en una ciudad de provincia en lo sumo de la desdicha conyugal. Júzguelo el lector: ¡sin divorcio perpetuo, ni uno temporal, sin una simple separación de bienes, sin una riña siquiera, como en los matrimonios al uso!

Las niñas nacieron unas tras otras (con semejante paz, ¿cómo no habían de nacer?) crecieron, y al cabo, la mayor, que tenía veinte años, y la menor, que tenía doce, y las ocho restantes, todas estaban en edad de casarse. Andaban las chicas melancólicas, leían novelas, criaban canarios, jilgueros y otros pajarillos; se enamoraban del primer mozalbete que veían en el pueblo...

—Hijo, me habló un día mi mujer.

—Hija.

—Me parece que deberíamos establecernos en Santiago. Mira, las niñas están grandecitas, y por aquí no hay novios ni para remedio. Las mujeres deben casarse.

—Muy bien. ¡Pero los hombres, no!— interrumpí algo amoscado, expresando un concepto muy repetido en nuestro sexo.

—Y... ¿cómo se casan las mujeres, si los hombres no...?

Me rasqué la cabeza, y no supe, por lo tanto, cómo resolver aquella dificultad.

—Ya veremos eso... Y... ¿qué decías?... ¡Ah! lo de avecindarse en Santiago... Pero vamos á gastar un dineral... y yo no tengo.

—Es necesario, por las hijas.

Y ¿qué no hará uno por las hijas, esto es, por librarse de ellas, digo, por casarlas?

Convencida mi mujer de que no hay como una lujosa casa y bien aderezadas salas para poner de manifiesto y realzar los amorosos atractivos de las niñas, compramos cerca de la Plaza de la Independencia una casa excelente, cuya fachada de zócalo de piedra y pintura pompeyana iba á hacer irresistibles las miradas de las niñas. Item, una pila en mitad del primer patio, de hermoso juego de aguas, estaba destinada á ablandar el más duro corazón de hombre. Otrosí, los muebles del salón, de cinco mil pesos de valor, iban á ser gruesas cadenas que habían de ligar muchos novios al carro triunfador de cada una de nuestras hijas. En todo esto obró mi mujer muy cuerdamente, no como quien ha pasado veinte años en un fundo de campo, tratando de ahorrar con su marido, sino como persona de mucho mundo y gran conocedora del corazón humano.

Conviene saber que mis diez hijas, aunque yo, padre al cabo, las reputaba por otras tantas Venus de Milo, porque ni la de Médicis ni la del Capitolio las hallaba con ellas comparables, según la opinión común, eran, vamos, apenas pasaderitas de rostro. Teníalas de los más opuestos tipos: había cabecitas rubias, pelinegras y castañas; ojos azules, negros, verdes y pardos; y cutis blancas y morenas. Digo todo esto, no porque la diversidad de tipos me hiciera dudar de mi paternidad... ¡ay, no dudosa!... sino para ser debidamente puntual en esta importante historia.

Durante el día las muchachas estudiaban por turno durante dos horas el piano, con la esperanza que algún amante de la música quedase cogido en la sutil barredera, formada de notas, melodías y armonías. Se ordenó que algunas gustasen de la música clásica, otras de la romántica, algunas de la escuela francesa, otras de la italiana, una de la española y la última de la música del porvenir. Vista la creciente afición á pintar, mal que hay en nuestra tierra, se descubrió en las muchachas unos talentazos de artistas que... Arreglóse para taller una gran sala en el segundo cuerpo del edificio, con tres ventanas á la calle, por las cuales se dejaban ver las niñas en los momentos de concepción artística con ánimo de enamorar á algún aficionado.

Por último, en la noche, después de haberse asegurado mi mujer, celosísima cristiana, en una consulta con su confesor, que el baile suele tener no poco de pecaminoso, enseñaba á todas las niñas, vals, polca y cuantas danzas hay.

Pero lo más digno de conocerse de estos provechosos preparativos era una clase que muy temprano desem-

peñaba diariamente mi mujer, enseñando á las niñas á pescar novio por diferentes y seguros métodos.

Á la mejorcita de cara se le mandaba que hiciera el papel de niña seria. Muy derechita en los paseos, sin volver la cabeza ni los ojos á tontas y á locas, andar reposadito, no contestar las miradas de los galanes, sino cuando se hicieran acreedores por una semana de cortejo, y aún entonces esas miradas debían darse de corrida, sin durar más de lo que brilla el relámpago. Cuando hubiera varios galanes juntos, saludo amable y atento con todos, sin hacer diferencias.

Mi mujer tenía gran fe en esta táctica, y creía que la seriedad de la niña serviría de poderoso estimulante para que dentro de muy poco se presentase un novio, de buena salud y pesetas, rabioso por casarse con la niña.

Á otra de las muchachas se le hizo hacer el papel de romántica ó novelesca. Aprendió las *Rimas* de Bécquer de memoria, tocaba unas piececitas tan sentimentales, que llegaban á entristecer á los más tontos y á las más feas, los habitadores de este mundo más alegres, y se ponía en una ventana á acariciar un canarito con la más poética melancolía. Á esta se le ordenó dar unas miradas vagas que en ninguna parte pararan, bajar los párpados, pintarse ojeras, hundirse en ocasión oportuna un dedo en la pálida mejilla y toser de cuando en cuando.

Antójaseme que esta manera está pasada de moda, como las exajeraciones románticas. Ahora la gente gusta de mujeres más reales y positivas. Pero mi esposa sabrá lo que hace.

Á otra de las niñas se le tiene mandado, como recurso heróico, porque es muy fea, que ponga á los jóvenes ojos de fuego, abriéndolos cuanto pueda, que emplee

miradas de flecha, sonrisas voluptuosas, movimientos ya lánguidos, ya de extraordinaria viveza, que en resolución, si es menester llegue casi, casi donde una de las serranas con que tanto tiene que entender en sus cantares el buen Arçipreste de Fita.

Yol dixe: frío tengo
é por eso vengo
á vos, fermosura;
quered por mesura
hoy darme posada.
Díxome la moza:
pariente, mi choza
el que en ella posa,
conmigo desposa.
.....

Finalmente, otra, que es de las mejorcitas de cara, ensaya el desdén como incentivo para enamorar á los fríos y aumentar el fuego de los tibios.

Ignoro si producirá esto buen resultado. Mucho temo que no.

Debidamente preparados suegros y niñas, se empezó la campaña en toda regla.

Sin embargo, yo en el momento decisivo vacilé: los ahorros de veinte años habían considerablemente disminuído, y á ese paso...

—¿Estás en tu juicio? (me preguntó mi mujer). ¡Volverse al campo cuando se ha hecho ya el mayor gasto, cuando con algunos realitos más colocamos á todas las niñas, sin exceptuar una sola!

—Sí, sí. Tienes razón que te sobra; soy un asno.

Y compré un landó de todo lujo, que me costó un ojo de la cara, y recorrimos diariamente la ciudad, mi mujer y yo con cara de suegros presuntivos, esto es, de miel,

almíbar, azúcar, cuanto hay de dulce, y las niñas, ostentando tal su seriedad, cual su romanticismo, cual otra su desenvoltura y la de más allá su olímpico desdén.

Ningún novio se presentaba aún.

Mi mujer, después de saber de boca del confesor, que el teatro no es siempre muy honesto pasatiempo, se apresuró á tomar un palco en el Municipal. Allí mis hijas, lujosamente vestidas, con flores en el pecho y la cabeza, trataban también de aprovechar las lecciones de su madre referentes al comportamiento en el mundo. Pero todo esto costaba dinero, y á ese paso yo no podría estarme más de un año en Santiago.

Y el teatro fué inútil. Á veces me estremecía de paternal cariño, viendo fijarse algunos anteojos en mis hijas. ¡Vaya, se casará alguna! Iban días y venían días, y novio, eso, ninguno se presentaba. ¡Qué desencanto!

Pensé nuevamente volverme.

—¡Qué tontería! Dá bailes, y ya verás tú.

Y di bailes y tertulias, ó abrí mis salones, como se habla en el mundo elegante, y seguí gastando el dinero y la paciencia, cosas ambas que ya en muy poca cantidad me quedaban.

Aún recuerdo perfectamente el primer baile. Me parece que estoy viendo aquella noche los salones lujosamente arreglados, cuando, inquieto yo como autor en el estreno de su drama, los vi llenarse poco á poco de niñas con cara de susto y de jóvenes con rostro de elegante, esto es, de aburrido.

Los jóvenes, con sus fraques, y el clac bajo el brazo eran innumerables. Concebí en aquel punto las más doradas ilusiones: había yernos por millares; la dificultad estaba sólo en escojer; mi dulce hogar iba á quedar di-

chosamente desembarazado de mis queridas hijas. Ya me empecé á creer verdadero suegro, y sentí pujos de mal genio, entrometimiento y grandísimo interés por las hijas, un si es no es desconocido antes de que se apartaran de mí. También me di por abuelo, sin remedio, y esta idea me despertó ternísimos afectos, á impulsos de los cuales sentí que el corazón se me deshacía, y un lagrimón indiscreto asomaba á mis párpados.

Como digo de mi cuento... Ya me juzgaba suegro corriente y moliente. Mas no había que dejarlo todo á la Providencia; convenía que pusiera algo de mi parte.

El baile estaba en lo más animado.

En la salita del ponche y de fumar, me rodeé de mozos y me puse á hablar de mis orientales riquezas. Como quien no quiere la cosa, aseguré que era millonario; dije que mis valiosos fundos de campo eran muy productivos, que varias minas me daban un dineral.

Al punto aquellos elegantes, que me escuchaban con atención suma, se dirigieron á las salas del baile á sacar á mis niñas. El golpe había sido de mano de maestro.

No pararon aquí mis trajines aquella noche. Trataba de multiplicarme, de atender á todos, de conquistármelos á todos. Me dirigía á uno.

—Señor, he tenido mucho gusto en conocer á Ud. De nombre lo admiraba ya á Ud. y...

Mentira todo, por supuesto.

—Es Ud. muy atento. Muchas gracias; pero...

—Si el mérito, amigo mío, jamás se puede ocultar. Hasta luego.

Me dirigía á otro.

—He oído decir que Ud. es aficionado á los trabajos de campo...

—No, señor, escribo para el público; soy aficionado á las letras.

—¡Habrá tonto! (pensé). Este no sirve para novio; no lo admito.

Sin embargo, le dije:

—Pues entonces lo he confundido con otro. ¿Cuál es su gracia de Ud?... ¡Ah! excúseme Ud.; he leído muchas veces sus trabajos literarios. Excelentes, sí, señor, excelentes. Ud. tiene un porvenir que ya... La gloria, no es poco la gloria literaria... Con su permiso.

¡Á otro!

Volvía á entrar en el cuarto del ponche, que siempre estaba repleto de gente. Llenaba una copa y me dirigía á algún joven.

—¡Por su hermanita de Ud! ¡Por sus familias, caballeros!

Para provocar la respuesta en coro:

—¡Por sus hijitas, señor, por sus hijitas!

¡Qué satisfacción la mía en ese momento! Contábalos, y hallaba como veinte brindadores. ¡Dos novios para cada niña!

¡Benditos sean los bailes! (exclamaba en mis adentros). Al punto encuentran novios las niñas. No hay sino gastar en el arreglo de salones, en la cena, orquesta y demás, y ya las tiene uno colocadas.

Mi mujer, por su parte, tampoco perdía el tiempo. Á todos los mozos que se llegaban á departir con ella, les hablaba de sus hijas, sus méritos, bondades, dinero, virtud, corazón, excelentes cualidades para dueñas de casa, esposas y madres...

—Muy luego se le casarán, señora, le decía alguno cortésmente.

—¡Ay, no, por nada! No consentiría: ¡separarme de ellas!

Llegó la hora de la cena; yo presidía la mesa de los hombres, haciéndoles á todos las mayores atenciones. Aunque los veía comer y beber de una manera pasmosa, tanto, que á la postre no me quedaron más que rimeros de botellas de vino vacías y boquiabiertas, y cúmulos de tristes esqueletos de pavo; con todo, les exigía, y nunca en vano, que comiesen ó bebiesen de esto, de aquello y lo de más allá. Si no lograba interesar los corazones de aquellos tragaldabas, quería siquiera comprometer la eterna gratitud de sus estómagos.

—Sírvase de esto, caballero.—¡Bien, gracias!—Ud. no ha probado bocado.—¿Una copa de jerez?—Sí; muchas mercedes.—Aquí tiene Ud. oporto.—No lo dejaré salir del comedor sin que tome alguna cosa.

Mis vecinos de mesa eran los más atendidos. Sin embargo, lograba cuidar hasta de los más distantes, con levantar á cada instante la copa é inclinar la cabeza.—¡Á su salud!

¿Qué no haría uno por las hijas, sobre todo en aquella ocasión, que las hacía casadas de seguro?

Las niñas del baile se habían retirado.

Mi mujer, en los ya tristes, vacíos y mudos salones, con la magestad de una reina, soñolienta, rodeada en el sofá de las diez niñas, aguardaba la despedida de los galanes.

Hasta el cansancio se repitieron las frases:

—Me voy á despedir de Ud.—Hemos pasado un rato muy agradable en su casa de Ud.—¡Mucho lo celebro! Que Uds. se diviertan ¿qué más quiere una?—Ya saben Uds. la casa.—Cuando Uds. gusten, con toda confianza.

—Yo recibo todas las noches.—¡Adiós!—Á los pies de Uds., señoritas.

Han pasado algunos meses. Se ha averiguado que disto mucho de ser rico, y así, aunque he dado innumebles tertulias, ningún resultado práctico he obtenido. Dicen las niñas que han encontrado muy buenos amigos, eso sí; pero novio ninguno. Á la que hace el papel de vivaracha y traviesa, le han declarado todos los asistentes á mis tertulias un amor ardentísimo, pero platónico, que no ha llegado á parar en casamiento.

¡Qué desengaño!

¡Es muy difícil colocar á las hijas! Amados lectores, ¿no hay alguno de Uds. que...? Oigan, el matrimonio es una cosa excelente... y mis hijas, les aseguro á Uds., porque no hay mujer de quien no se diga otro tanto, como si fuera asunto tan llano, son muy capaces, ya digo, muy capaces de hacer la felicidad de cualquiera.

¡Ni por ésas!

Mañana me vuelvo al campo con todas mis hijas, porque ya no me queda un centavo en el bolsillo.

ALEJANDRO SILVA DE LA FUENTE.

Abril de 1886.

MIS CUATRO EDADES

(ROMANCE ESCRITO PARA EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA MERCEDES IGNACIA ROJAS, POETISA CHILENA)

"Tres edades tiene el hombre",
un filósofo me dijo,
"la que *dice*, la que *muestra*,
"y la real que ha vivido,"
(de los hombres habla sólo
este acertado acertijo;
pues al tratar de las damas
se corre el grave peligro
de punzar un avispero
ó de sondar un abismo).
Y yo, que al sabio dictamen
del filósofo me ciño,
con una adición apenas
para mí lo modifico;
pues como peco por franco,
y ni en sueños he mentido,

los años que encima llevo
jamás oculto ni siso,
aunque á la verdad me pesan
como el Chimborazo mismo.

No tres, cuatro edades tengo
que, por mi fe, certifico:
la que reza sin ambajes
mi partida de bautismo;
la que denuncia mi rostro,
donde los recios ventiscos
el polvo fueron dejando
de la nieve y del granizo;
la que, con mil amarguras
mezcladas con regocijos,
he vivido en este mundo,
ya dando pasos, ya brincos;
y la que *en el alma* tengo
como un secreto divino,
que alegran las ilusiones
y enardecen los conflictos.

En cuanto á la edad que muestra
de mi rostro el pergamino,
como apenas me conozco,
mal pudiera ser testigo.
Aún no asoman en mi frente
las arrugas—que son signo,
á veces más que del tiempo,
de dolores y martirios
cuando no de travesuras
que el Diablo anotó en sus libros;—

y en mis mejillas que fueron
las de un andaluz rollizo,
ni se ven patas de gallo,
ni verrugas, ni vestigios
de terribles calenturas,
viruelas, ni reumatismos.
Pero ¡ay! dentro las quijadas
¡qué de escombros, Jesucristo!
¡cuántas pretéritas muelas
no han salido ya de quicio,
que de Itálica, Herculano
y Pompeya son ludibrio!
allí un tiempo trabajaron
molares de cocodrilo
que trituraban manjares
y viandas de todo guiso;
y ora... ¡cielos! de pensarlo
se me aviva el apetito!
(pues! apetito platónico,
sólo mental, *subjetivo*,
como el que, sin herramienta
natural, es permitido).
Y luego... en "estas que un tiempo
fueron"... ¡con dolor lo digo!
patillas y cabellera
amplias y de rubios rizos,
¡cuántos la insolente escarcha
de los inviernos andinos
no ha echado tristes sudarios
con su aterrador armiño!...
¡y qué mucho! yo que siempre
quise ser un hombre eximio

y coronarme de lauros
cosechados en el Pindo,
apenas voy obteniendo
la corona de Agustino
que la navaja del Tiempo
labra en mi cráneo! oh suplicio!
Y aquí... para mi capote
(aunque en verano te escribo
con un calor que me abrasa)
lo demás de mi individuo
me callo; pues la factura
de achaques con que me aflijo
es tan prolija y variada,
que, si en contar me empecino
los trabajos de mi cuerpo,
me llevarán á un hospicio.

¿Y qué de extraño esto tiene
si ya la edad á que friso
sin piedad me desespera,
me lleva por un tendido?
Es auténtico, Mercedes,
—pues claro lo canta el libro
del cura de mi parroquia,—
que soy... «del tiempo del ruido»
(como llaman en mi tierra
lo que data de abinicio);
dado que nací en el año
de ochocientos... (¡qué martirio
es confesar estas cosas
como si fueran delitos!)
Vamos! el valor agarro

á dos manos y... quedito,
de modo que no lo sepa
ni la brisa que respiro,
te diré que ya en la nuca
me pesan... cincuenta y cinco!
(no me pesan, que me muerden
y el alma me hacen añicos!)
¿cincuenta y cinco?... ¡qué afrenta
para un cantor apolíneo!
Pero, en fin, he confesado
la verdad... Lo dicho, dicho
y de ella claro resulta
que, aunque soy *hijo del siglo*,
tanto con él he viajado
que somos casi hermanitos,
y acaso, por carambola,
puedo ser su abuelo mismo.

Mi tercera edad, señora...
temo asustaros, si afirmo
la verdad; pero es lo cierto
que he vivido... más de un siglo!
Si pensáis que estoy de broma
y los hechos falsifico,
al canto daré las pruebas
y veréis que nada finjo.
Vivir... es cosa muy grande;
no es vegetar como un indio,
ni gastar años tras años
sin objeto ni motivo.
Vivir... es *amar* con fuego,
con vehemencia, con delirio,

y *esperar*, con indomable
confianza en el Destino.
Es trabajar sin descanso
por el bien, salvando abismos,
—aunque el bien se escape á veces
entre sombras escondido,—
noche y día cavilando
en misterios y prodigios,
con la muerte descubriendo
nuevos mundos, infinitos,
que brillan y se confunden
en engañoso espejismo.
Es andar perpetuamente
tras un ideal divino
viendo que á cada momento,
—en el vasto laberinto
de la ilusión, entre brumas—
el astro que perseguimos
huye, se vela, se pierde
allá en recónditos limbos,
y asoma otra vez más lejos,
y en mundos desconocidos
nos vuelve á mostrar la meta
del eterno peregrino.
Es navegar entre vientos
contrarios, sin norte fijo.
Es hacer rudo viaje
por incógnitos caminos,
buscando el obscuro puerto
del *Porvenir*, como un mito,
y hallando, á veces, los trances
del naufragio tan temido.

Es luchar... luchar sin tregua
con el salvaje egoísmo
de los hombres; ya cayendo
sobre la arena del circo
con la frente ensangrentada
y el corazón dolorido,
y alzándose de entre el polvo
cual un gladiador invicto,
al poderoso y al fuerte
desafiando de hito en hito;
ya en las sienes la corona
de laurel llevando y mirto,
ganada con mil dolores
y tesoros de heroísmo.
Es ofrendar á la Patria
sangre, vida, sacrificios,
mostrándose ante la muerte
como el ángel del peligro.
Es cantar como el poeta
los secretos paraísos
de la esperanza y la gloria
que son la luz de los siglos.
Es llorar propios dolores
y ajenos, en cada espino
de los senderos dejando
pedazos del alma vivos,
que palpitan, aunque ocultos
entre el polvo del olvido.
Es reír, con el encanto
feliz del cándido niño,
y el gozo de los placeres
sentir, casi enloquecido...

¡Eso es *vivir!* en combate
con el Mundo y sus caprichos,
buscando á Dios en lo inmenso
de sus arcanos benditos!
Esta mi vida, Mercedes,
desde muy temprano ha sido:
de cien derrotas y triunfos,
de supremas amarguras
y de ensueños peregrinos.
Ya en los hondos precipicios,
y el cuello indomable erguido,
y con el alma repleta
de amor, de amor infinito!...
Ve usted, señora, que sobra
la razón para deciros
que, habiendo *vivido mucho*,
he *vivido* más de un siglo.

Y al cabo á la cuarta llego,
la cuarta edad. Logogrifo
ha de parecer, sin duda,
tras de lo que llevo escrito,
mi afirmación de que apenas
voy *andando en veinticinco.*
¿Veinticinco? sí, señora,
esos tengo y escasitos.
¿Dónde? en *la vida?* en el rostro?
en la crisma del bautismo?
No tal! Los tengo en el alma
fresca como un tierno lirio;
en el corazón que sueña
como en un perpetuo idilio,

cuando no bulle ardoroso
como un volcán encendido,
que con la fe candorosa
del entusiasmo pristino,
ama todo lo que es noble
por su grandeza ó su brillo;
la libertad de los pueblos
que engendra tantos prodigios;
la belleza, que del mundo
es el encanto magnífico;
la potencia del ingenio,
chispa de Dios que en sus hijos
prende para que fecunde
de la vida el fértil limo;
la gloria, qne es el resorte
del genio y del patriotismo;
el arte, que la materia
diviniza con su hechizo;
la ciencia, que los secretos
sonda de inmensos abismos;
la dulzura, que seduce
con su profundo atractivo;
la virtud, que vive sólo
de nobleza y sacrificio!...
Y amar todo esto, señora,
es llevar en lo más íntimo
del alma una primavera
perpetua; un mundo florido;
una juventud que nunca
empañan dolor ni vicio;
y un tesoro de ilusiones
que ni el desengaño mismo

puede mermar, silencioso,
ni menos dejar extinto.
No es viejo quien peina canas
ni cuenta largo período
de veranos y de otoños,
desgraciados ó propicios.
Es viejo el que tiene duro
su corazón como un risco;
que lleva en el alma púas
hirientes, como un erizo;
que con odios alimenta
su sentimiento felino
y ve negros horizóntes
donde hay celajes purísimos.
Viejo es quien la vida pasa
forjando planes mezquinos,
sin haber sentido nunca
del amor el fuego vivo;
quien ve en los hombres tan sólo,
en vez de hermanos queridos,
instrumentos para el juego
de la ambición ó el delito!
Yo con el amor me gozo
y á lo grande culto rindo;
y en alas de la esperanza
doy el dolor al olvido!
Con esto soy fortunado;
con esto, señora, vivo,
y con mis canas y todo
me planto en los veinticinco!

JOSÉ M. SAMPER.

Santiago, 15 de enero de 1884

OBSERVACIONES SOBRE HIGIENE

INTERNACIONAL

(Conclusión)

Este solo aspecto de la cuestión, contemplada del punto de vista de la higiene, de la sicología y de la sociabilidad, basta para justificar las medidas que propongo como un medio de mantener en su mayor altura la salud y la vida en las grandes y pequeñas agrupaciones nacionales.

He hablado del concurso en favor de la salud pública, de parte de las naciones que celebraren la convención cooperativa sanitaria; he agregado, como un medio práctico para el mejor éxito de esos esfuerzos colectivos, que sería muy útil establecer el sistema de empréstitos sobre el crédito nacional de los que necesitaran ese auxilio y bajo la garantía colectiva de las naciones congregadas, á fin de crear fondos suficientes para llevar á cabo las obras de saneamiento completas que cada una de las localidades examinadas reclamara; fondos que, sobre el

honor de las naciones beneficiadas por ellos, jamás podrían aplicarse á otros servicios.

Quiero suponer ahora, adelantando más en el orden de las ideas emitidas, que se redujera á la mitad el armamento actual de la Europa; el gasto que esta nueva situación demandaría quedaría disminuido en la misma proporción, y en vez de los cuatro mil millones anuales requeridos actualmente para la paz armada, sólo habría que gastar dos mil millones, quedando libre una cantidad igual para ser aplicada á servicios económicos bien entendidos, particularmente á los esfuerzos sanitarios que todas las naciones reclaman. Todavía la mitad de estas economías puede devolverse al pueblo en la forma de la disminución de los impuestos, recibiendo así la masa de la población favorecida un regalo anual de mil millones de francos, que aumentaría en mucho su bienestar. La reducción gradual de las enormes deudas existentes que han ido acrecentándose rápidamente; el saneamiento sistemado que reduciría sensiblemente la mortalidad, y el malestar físico y moral que acompaña á las deficiencias sanitarias de cada nación, serían objetos inmediatos de aquella parte de los recursos fiscales ahorrados por este sistema. El resto ó la parte de él que se estime conveniente, sería una garantía sólida para llevar adelante el pensamiento de aquella cooperación internacional, por medio de los empréstitos mencionados, que tantos beneficios están destinados á producir donde alcance su influencia, y que se reflejarán en no menores ventajas en favor de las naciones ricas que contribuyan á desenvolver este programa.

Para dar mayor relieve á esta demostración, conviene

señalar las condiciones de la paz armada en algunas de las naciones européas, y tomo como ejemplo la Francia, cuyas cifras estadísticas tengo á la vista. La población de la Francia es de 37.672.000 habitantes; su ejército asciende á 503,000 soldados; sus gastos de guerra llegan á 800.000,000 de francos anuales; su deuda pública alcanza á 24,000 millones. Si el ejército en pie de paz se redujera á la mitad del existente, el gasto anual requerido entonces sería sólo de 400.000,000. Los cuatrocientos millones economizados se dividirían en dos porciones iguales también: una de ellas, de 200 millones de francos, sería entregada al pueblo en la forma de reducción de los impuestos, lo que daría cinco francos y treinta y cinco centavos para cada uno de los habitantes; el resto sería aplicado en la forma que he indicado; sin olvidar que la Francia tiene mucho que hacer aún para mejorar su higiene pública, sobre todo en ciertas regiones por donde se ha visto penetrar tenazmente las epidemias en el siglo pasado y en el presente.

Hay más todavía. Esos 250,000 soldados suprimidos del ejército serían devueltos á la nación en la forma de 250,000 ciudadanos jóvenes y fuertes, que vendrían á llenar en las filas del trabajo y de la producción los vacíos que su ausencia hace sentir. Suponiendo que cada uno de estos trabajadores gane, como término medio, en las pequeñas industrias, 75 francos mensuales, es decir, 900 francos anuales, el valor colectivo de la ganancia, en la forma de salarios solamente, llegaría cada año á 225 millones de francos, que se acumularían por la economía y circularían en la masa social; sin olvidar que, si los trabajadores perciben un salario, es porque las industrias á las cuales sirven derivan una utilidad

mucho más alta, seguramente, para los capitales empleados. La riqueza pública vendría, pues, á aumentarse, desde luego, en cada año, directamente, por la disminución del ejército, en estas partidas:

Disminución de impuestos.....	200.000,000	de frs.
Salarios de los trabajadores.....	225.000,000	—
Ganancia mínima de las industrias..	650.000,000	—
	875.000,000	de frs.

Suponiendo que la utilidad en las industrias á las cuales se aplique el trabajo mencionado sea tan solo dos veces mayor que los salarios de los obreros, resultará que la nación ganaría bajo este solo aspecto, 875 millones de francos por año. Y si á esto se agrega la mayor confianza del capital nacional, inspirada por las seguridades de la paz, el mayor bienestar de la familia procedente de todas estas causas, se comprenderá fácilmente la revolución económica y sociológica que se hará sentir desde luego. Si los frecuentes conflictos que se observan ahora entre los capitalistas y los trabajadores, hicieren temer la falta de ocupación remunerativa para esa masa de fuerza viva que se incorpora ofreciéndose á la industria, conviene notar que la elevación de los factores de la riqueza pública traerá una armonía natural y razonable entre el capital y el trabajo; que nuevas industrias se desarrollarán bajo estas circunstancias; y que la emigración misma llevará, con ventajas para los que la realicen, la extensión del comercio y el estímulo de simpatías por ella creadas en las regiones prósperas y selectas á donde se dirigiera, difundiendo así con altísimas ventajas

para la Francia la influencia que esos obreros, con su capacidad para el trabajo, con su intelijencia desarrollada y con sus hábitos de economía han de ejercer en su manera. Las naciones que he nombrado emplean actualmente, como gastos de guerra, en la paz armada, las sumas siguientes:

Inglaterra.....	650.000,000	de francos
Francia.....	800.000,000	"
Alemania.....	600.000,000	"
España.....	155.000,000	"
Italia.....	260.050,000	"
Bélgica.....	41.000,000	"

Si redujeran, como propongo, á la mitad esos gastos de su administración, y emplearan esa economía en las diversas maneras que antes he insinuado, disminuyendo los impuestos, esforzando la amortización de sus deudas públicas, que ascienden próximamente:

La de la Francia á 24 mil millones de francos, la de Inglaterra á 20 mil millones de francos, la de España á 12 mil millones de francos y la de Italia á 10 mil millones de francos; si contribuyeran aún al mejoramiento higiénico de sus poblaciones respectivas, realizando y perfeccionando los trabajos que la ciencia aconseja é impone como condición de salud pública, todavía quedaría un resíduo de las economías militares para la creación de un fondo de empréstito internacional para los fines de higiene pública reclamados.

Quisiera detenerme aquí para contemplar con la imaginación y el raciocinio los frutos trascendentales de esta nueva política de verdadera paz. Quisiera señalar el pri-

mer efecto que se produciría en el espíritu público de los pueblos civilizados contemporáneos, suavizando los antagonismos y los rencores preexistentes de nación á nación; abriendo á la par del sentimiento fraternal, que bajo estos auspicios nacería y se cultivaría, esa conciencia individual y colectiva de la propia seguridad, del derecho y de la dignidad, de la estimación de sí mismos, de los hombres y de los pueblos. Puede calcularse en seguida la masa de bienestar moral y material que redundaría de aquel propósito que se produciría en trabajo honrado, en industrias nuevas, en intercambios comerciales multiplicados al infinito, según las capacidades de cada sección; y saliendo de los límites nacionales iríamos á buscar con el crédito y los capitales consagrados, con la ciencia y bajo el impulso de las leyes de la naturaleza, la conversión de esas vastas regiones, deprimidas ahora por las enfermedades y por la muerte, en soberbios planteles, donde la civilización con todas sus energías se difundiría rápidamente en beneficio de la humanidad entera.

Desde entonces y antes de veinte años de la persistencia de esta regla humanitaria de relaciones internacionales, se hablaría como de un hecho histórico de las cuarentenas y de los cordones sanitarios; y la higiene internacional así concebida habría venido á ser, por este medio, una religión nueva, fecundante, que cambiaría la faz de la humanidad ante los siglos venideros.

Para resumir mi programa diré:

1.º—Que cuando el estado sanitario de un puerto, de una ciudad ó de una nación es tan ventajoso que su mortalidad general alcance sólo á un 17 ó 18 por mil de su población, no hay peligro alguno que una enferme-

dad exótica é infecciosa tome allí las proporciones de una epidemia.

2.º—Que, por consiguiente, el primer recurso y la medida profiláctica más segura para ponerse en guardia contra las epidemias, es el que se dirija con persistencia á la mejora de la higiene pública en las localidades respectivas.

3.º—Que entretanto que se obtenga el éxito de estos esfuerzos, las cuarentenas pueden ser convenientes, aunque no son completamente eficaces por la dificultad de evitar que sean eludidas de cualquier manera; y que llegará pronto la oportunidad de sustituirlas por la simple inspección sanitaria usada en Inglaterra, con los cuidados inherentes y con tan satisfactorios resultados.

4.º—Que en el interés del comercio universal y de la salud pública, conviene que se inaugure una convención ó asamblea internacional que se encargara de investigar, por medio de delegaciones competentes, las causas de infección en los puertos ó focos que existieren en alguna ó algunas de las naciones congregadas, á fin de concurrir al saneamiento de esas localidades, cooperando á este propósito con todos los recursos y las influencias requeridas, bien entendido que este sistema cooperativo y recíproco en manera alguna puede menoscabar la soberanía y las jurisdicciones nacionales respectivas.

5.º—Que para combatir uno de los agentes más poderosos de malestar, de insalubridad y de muerte, es necesario acabar con el principio de la paz armada y reducir á la menor expresión posible los gastos y las calamidades consiguientes del estado actual.

6.º—Y, finalmente, que las medidas que lleven el

título de higiene internacional, consagradas por las convenciones anteriores y por la práctica común, son ineficases y aun perniciosas para sus mismos fines, y tienen que desaparecer delante de un sistema lógico, enérgico y previsor como el que acabo de sugerir.

GUILLERMO RAWSON.

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORITA OLGA YAUCH

Voy á dejar esta ciudad do un día,
trocando en ilusión mi descontento,
surgió radiante, con divino acento,
el ángel del amor, del alma mía.

Quizá del mar en la extensión bravía,
quizá en la Europa, que es del arte asiento,
encontrará más luz mi pensamiento,
mas no mi corazón tanta alegría.

Adiós! Olga graciosa, que descuellas
irradiando con luz más seductora
que el tembloroso albor de las estrellas;

el alma mía, que en lo bello adora,
conservará tu imagen, cual las huellas
el crepúsculo guarda de la aurora.

AMBROSIO MONTT Y MONTT.

Montevideo, 1886.

AL PARTIR

Ya de la mar, que la cerviz humilla
al levantar el ancla el marinero,
corta las ondas, con empuje fiero,
la de la nave vigorosa quilla.

De la brisa en las alas, á la orilla
mi suspiro y mi adiós! mando postrero
al ángel de mis sueños que venero,
y que es el sol que en mi existencia brilla.

Como serpiente que la cola azota
al contemplarse herida, el oceano
á mis plantas crespado se alborota;

mas.... su borrasca se desata en vano....
¡quién á la muerte teme, cuando agota
todo el acíbar del dolor humano!

AMBROSIO MONTT Y MONTT.

Montevideo, 1886.

ESTUDIOS GRAMATICALES

(DEL RÉGIMEN CASTELLANO)

(Conclusión)

SABOREARSE

Este verbo rige ordinariamente la preposición *con*: "saborearse *con* el dulce". Salvá señala también la *en*, y, en verdad, la han usado autores muy respetables.

"Como cuando uno es goloso de algún manjar, ó halla particular gusto en algo que come, se detiene en ello, y lo endura, y lo encubre á los otros porque le quepa más parte, y se saborea *en* él trayéndolo por el gusto para alargar el sabor," etc. (F. LUIS DE LEÓN)

SALPICAR

"Salpicar *con* aceite ó *de* aceite": ambas preposiciones las autoriza la Academia.

SECAR

Parece que no puede decirse "secar la ropa *en* el fuego", sino "*al* fuego".

SERVIR

"Servir *de* algo", "servir *para* algo"; "no servir *de* nada", "no servir *para* nada": de los dos modos puede decirse.

Cervantes usó algunas veces la *á* en lugar de *para*:

"Y cuando no sirva *de* otra cosa, por lo menos servirá aquel largo catálogo de autores *á* dar de improviso autoridad al libro."

SOCORRER

El complemento que expresa la especie de socorro que se presta, va siempre encabezado con la preposición *con*:

"Peleaba Hernán Cortés á caballo socorriendo *con* su tropa los mayores aprietos, llevando en su lanza el terror y el estrago del enemigo." (SOLÍS)

SUSTENTARSE

Rige *con* ó *de*:

"Y si los deseos se sustentan *con* esperanzas, no habiendo yo dado alguna á Crisóstomo ni á otro alguno, el fin de ninguno de ellos bien se puede decir, que antes le mató su porfía que mi crueldad." (CERVANTES)

"Cuentan de un sabio, que un día
tan pobre y mísero estaba,
que sólo se sustentaba
de unas hierbas que cogía."

(CALDERÓN)

SUSTRAERSE

"Sustraerse *á* la obediencia, ó *de* la obediencia de sus

legítimos superiores.» Ambas preposiciones pueden emplearse.

TEJER

«Tejer *con* seda ó *de* seda,» dice la Academia.

TEMBLAR

Rige las preposiciones *con*, *de* y *por*, como se ve en los ejemplos siguientes:

«Amad, pues, adorad, servid al Señor en gozo, más gozaos con temblor; no que os haga temblar como esclavo *por* miedo de los tormentos, más como verdadera hija que tiembla *de* dar enojo á su padre.» (P. Ávila)

«Aquí están... los que tiemblan *con* el frío del silboso Pirineo y *con* los blancos copos del levantado Apenino.» (Cervantes)

Jáuregui lo usó con la preposición *á*, lo cual no parece que tenga nada de reprochable:

«..... Así desposeída
viéndose España de la patria suya,
tembló *al* severo golpe de la parca,
y en torno su comarca
fué quebrantada con la ausencia tuya.»

TITUBEAR

No rige más que la preposición *en*:

«Estos pensamientos le hicieron titubear *en* sus propósitos.» (Cervantes)

TRATAR

Este verbo se junta con casi todas las preposiciones; pero aquí sólo queremos hacer notar que, si bien se pue-

de decir "tratar *de* un asunto, ó *sobre* un asunto", el primer régimen ha sido indisputablemente el más usual entre nuestros clásicos. Cervantes, por ejemplo, usa siempre la preposición *de* en el caso indicado.

TRANSFORMAR Ó TRANSFORMARSE

Rige la preposición *en* únicamente:

"Allí en presencia del Criador cantan y aman, gimen y alaban, y lloran y gózanse, comen y han hambre, beben y han sed, y con todas las fuerzas de su amor trabajan, Señor, por transformarse *en* Vos, á quien contemplan," etc. (GRANADA)

TROCAR

Rigen las preposiciones *en*, *con* y *por*:

"Ansí acontece á los malos, que no creyendo otra vida, tienen por cierto que este deleite y mando y riqueza de que agora gozan, no se les trocará después *en* miseria." (F. LUIS DE LEÓN)

"No soy, pues, bien mirado,
tan disforme ni feo,
que aún agora me veo
en esta agua que corre clara y pura;
y cierto no trocara mi figura
con ese que de mí se está riendo;
trocara mi ventura.
Salid sin duelo, lágrimas corriendo."

(GARCILASO)

"Las águilas trocaste *por* la llave,
y el nombre de ciudad por el de nave,
los que fueron Nerones inclementes,
son Píos y Clementes."

(QUEVEDO)

"Viéndose de aquel modo,
cubierto de agua y lodo,
trocando lo sufrido *en* impaciente,
contra el destino dijo neciamente
expresiones ajenas de sus canas."

(SAMANIEGO)

"Pues, amigo,
la amada libertad que yo consigo
no he de trocarla de manera alguna
por tu abundante y próspera fortuna."

(SAMANIEGO)

TENDER, TENDERSE

Lo encontramos usado con las siguientes preposiciones:

"Tendido *en* esta arena
con lágrimas repite
mi voz tu dulce nombre
porque mi pena alivie."

(LOPE DE VEGA)

"Un perro y un borrico caminaban
sirviendo á un mismo dueño.
Rendido éste del sueño,
se tendió *sobre* el prado que pasaban."

(SAMANIEGO)

"Y mientras miserablemente se están los otros abrasando
con sed insacïable
del peligroso mando,
tendido yo *a* la sombra esté cantando".

(F. LUIS DE LEÓN)

"Los cabreros los quitaron del fuego, y tendiendo *por* el suelo unas pieles de ovejas, aderezaron con mucha priesa su rústica mesa." (CERVANTES)

TROPEZAR

"Tropezar *con* una dificultad ó *en* una dificultad." Las dos preposiciones pueden emplearse. También puede decirse "tropezar *contra* la pared".

TRIUNFAR

No puede decirse "triunfar *contra* los enemigos, sino *de* los enemigos". También puede usarse la preposición *en*, en frases como estas: "triunfar *en* la contienda", "triunfar *en* la batalla".

TRAFICAR

"Traficar *en* drogas."—"Traficar *con* su crédito", dice la Academia.

TENERSE

Es indiferente decir, "tenerse *de* pie ó tenerse *en* pie".

TRADUCIR

Puede decirse "traducir *al* castellano", y "traducir *en* castellano". Pero las dos expresiones acaso no denotan exactamente la misma idea: la primera parece significar sencillamente la de verter un idioma (cualquiera) en otro (el castellano); mientras que la segunda parece que envuelve además la idea de corrección y fidelidad en la traducción.

UFANARSE

La preposición que ordinariamente rige este verbo es la *con*: "ufanarse *con* los triunfos". Cervantes usó la *en*:

¿... Ó vienes á ufanarte *en* las crueles hazañas de tu

condición, ó á ver desde esa altura, como otro desapiadado Nero, el incendio de su abrasada Roma...?

UNCIR

Debe decirse »uncir los bueyes *al* carro», y no »*en* el carro».

UNIR

Puede usarse con la preposición *á* ó *con*: »unir ó unirse una cosa *á* otra ó *con* otra».

»¿Será que pueda ver que me desvío
de la vida viviendo, y que está unida
la cauta muerte *al* simple vivir mío?»

(RIOJA)

»El que se une *con* el Señor, hácese una misma cosa con él, y vive una vida misma, i del mismo espíritu.» (MALÓN DE CHAIDE)

USAR

En frases cómo estas: usar medios violentos ó *de* medios violentos»: »usar la *b* ó usar *de* la *b*», es indiferente usar el verbo como transitivo ó ponerle la preposición *de*. Nuestros antepasados rara vez la omitían.

UTILIZAR

»Utilizar (una cosa) *en* algo», no »*para* algo».

VAGAR

Rige la preposición *por*: »vagar *por* la ciudad», »*por* el mundo».

VENDER

»Vender (una cosa) *en* veinte pesos ó *por* veinte pesos»: ambas preposiciones pueden usarse.

VER

Puede decirse: «lo ví *con* mis propios ojos», ó «*por* mis propios ojos».

VERTER

Aun cuando se permita con este verbo el uso de la preposición *á*, parece que debe preferirse la *en*.

Don Antonio Capmany, hablando del P. Mariana, dice: «El aprecio con que fué generalmente recibida la historia latina, las repetidas instancias que de varias partes hicieron al autor, y el recelo de que alguno la tradujese con poco acierto, le obligaron á verterla *en* castellano, é imprimirla en Toledo en 1601.»

VESTIR

Nuestros buenos escritores han usado con este verbo la preposición *de* con preferencia á la *con*.

«Porque el alma que conoce y ama al crucificado... busca con ansias de amor estar siempre colgada en dolores, por no verse *de* otro traje vestida de aquel á quien ama.» (P. Ávila)

«Mira como aquel que viste los cielos *de* nubes, y los campos *de* flores y hermosura, es aquí despojado de todas sus vestiduras.» (Granada)

«¡Ó cielos, que tan serenos fuisteis criados! ó tierra *de* tanta variedad y hermosura vestida!» (Granada)

«Y luego sosegada
el paso entre los árboles torciendo,
el suelo de pasada
de verdura vistiendo
y con diversas flores va esparciendo.»

(F. Luis de León)

»Cercó su corazón de ardiente saña
contra las dos Hesperias que el mar baña;
porque en tí confiadas,
y *de* armas de tu fe y amor se visten.»

(HERRERA)

»Vistiéronle *de* púrpura; pusiéronle casa como á los reyes de Granada, según que lo oyeron á sus pasados.» (H. DE MENDOZA)

»Recibió el rey de Argel á Abdalá como á hermano del rey: regalóle y vistióle *de* paños de seda; envióle, etc.» (H. DE MENDOZA)

VINCULAR

No rige la preposicion *á*, como ordinariamente se cree, sino la *en*: »vincular (una cosa) *en* otra, no *á* otra».

Por esto Salvá reprueba este pasaje de un escritor español: »Vinculó la gloria de los otros *á* la suya propia».

PEDRO N. ALBORNOZ

Abril de 1886.

TRENOS

Ó SEA LAMENTACIONES DE JEREMÍAS, PROFETA.

(VERSIÓN PARAFRÁSTICA DEL LATÍN)

"Et factum est, postquam in captivitatem redactus est Israel, et Jerusalem deserta est, sedit Jeremias propheta flens, et planxit lamentatione hac in Jerusalem, et amaro animo suspirans, et ejulans dixit:

ALEPH. 1. *Quomodo sedet...*

¡Cómo está solitaria
la ciudad populosa!
¡desamparada viuda
la que fué de los pueblos la señora!
Ella, que dominaba
á las provincias todas,
ella, que era la reina,
es dependiente y tributaria ahora!

BETH. 2. *Plorans ploravit* ..

Llorando amargamente
lloró la noche toda,
é hilo á hilo las lágrimas
corren por sus mejillas incoloras.
Ni uno de sus amantes
dulce el rostro la torna,
y enemigos se han vuelto
aquellos sus amigos de otras horas.

GHIMEL. 3. *Migravit Judas*...

Emigró y dispersóse
Judá en la tierra toda,
porque oprimida estaba
bajo de esclavitud diversa y torva;
pero no halló reposo,
ni halló una amiga sombra,
porque, do quier, la mano
de sus perseguidores estrechóla.

DALETH. 4. *Viæ Sion lugent*...

Lloran de Sion las calles
tristes al verse y solas,
y sus antiguas puertas
yacen destruidas, por el suelo rotas;
sus sacerdotes gimen,
y con la pena honda
tristes están sus vírgenes...
¡la amargura á ella misma la sofoca!

He. 5. *Facti sunt hostes...*

Sus mismos enemigos
la han dominado ahora,
y con despojos suyos
enriquecido se han los que la odian.
Porque por sus maldades
falló Dios en su contra,
el opresor ha arreado
sus pequeñuelos, que hoy proscritos lloran.

Vau. 6. *Et egressus est...*

Perdió de Sion la hija
su calidad de hermosa,
y vagan hoy sus príncipes
como carneros que no encuentran hojas;
marchan desfallecidos,
sin rastros de su gloria,
delante del tirano
que cruel los envilece y aherroja.

Zaiñ. 7. *Recordata est Jerusalem...*

Jerusalem recuerda
de su aflicción las horas;
sus prevaricaciones
y sus antiguos goces rememora;
y ello le viene en mientes
al ver que se desploma
su dicha, sin que nadie
llegue á compadecerla ó la socorra.

HETH. 8. *Peccatum peccavit...*

Enorme fué el pecado
de la Ciudad señora:
por eso vaga instable
y de quien la gloriaban es la mofa;
y éstos la despreciaron
por su inmundicia honda,
y porque, en su vergüenza,
volvió ella el rostro atrás, sollozadora.

THETH. 9. *Sordes ejus in pedibus...*

Hasta los pies le llega
su ignominia afrentosa:
de su fin olvidada,
nadie en su abatimiento la conhorta.
mira, Señor, clemente
mi pena asoladora:
el enemigo mío
se ha engreído al saber que me abandonas.

IOD, 10. *Manum suam misit...*

El enemigo puso
su mano esquiladora
sobre cuanto deseable
tuvo Jerusalem en lujo y joyas;
é hizo de tu Santuario
su impura planta alfombra,
de ese Santuario tuyo
donde nunca un gentil libó su copa.

CAPH. 11. *Omnis populus ejus...*

Gime todo su pueblo
y humilde el pan implora:
cuanto rico tenía
lo gastó en saciar su hambre clamorosa.
Señor, mira ese pueblo
y ve á tu servidora,
y considera cuánto
estoy envilecida y en congojas!

LAMED. 12. *O vos omnes...*

¡Oh, vosotros, viajeros,
que veis mi pena honda,
mirad, y respondedme
si hay un dolor que á mi dolor se ponga!
El Señor vendimióme,
según me dijo á su hora,
y en este día de ira,
de cuanto me dió un tiempo me despoja.

MEM. 13. *De excelso misit...*

Desde lo alto en mis huesos
puso de fuego copia,
y así me ha escarmentado:
red me tiende, y de espaldas me desploma.
Me estoy de día y noche
desolada y piadora,
y como consumida,
y ostento la tristeza por coroza.

NUN. 14. *Vigilavit jugum...*

Cargó de mis maldades
el yugo en mi persona:
el Señor con sus manos
las junta y en mi cuello las coloca.
Faltáronme las fuerzas,
y del Señor la cólera
me puso entre las manos
de quienes no podré librarme ahora.

SAMECH. 15. *Abstulit omnes...*

Quitóme el Señor todos
mis príncipes y escolta,
y el tiempo de la ruina
que los ha de destruir fijó en mi contra;
los ha pisado Él mismo
como en lagar ó alfombra,
para así dar castigo
á la hija virgen de Judá traidora.

AIN. 16. *Idcirco ego plorans...*

Por eso fuentes de agua
son mis ojos que lloran,
y está lejos quien puede
hablarme del consuelo en el idioma.
Los hijos de mi alma
se hundieron en las sombras,
que todo lo he perdido
desde que es triunfador quien me baldona,

PHE. 17. *Expandit Sion...*

Tiende Sion las manos
y no hay quien la socorra,
porque á sus enemigos
el Señor convocó para su mofa;
para que la mirasen
como á esclava de compra,
de quien abusan todos
para la liviandad á todas horas.

SADE. 18. *Justus est Dominus...*

El Señor es muy justo,
pues, prevaricadora,
no quise oír sus órdenes,
me rebelé contra Él, llamé su cólera.
Pueblos, oíd, os ruego,
mirad mi pena honda:
mis doncellas y jóvenes
en cautiverio cruel gimen y lloran.

COPH. 19. *Vocavi amicos meos....*

Recurrí á mis amigos
y me oyeron con sorna.
Todos mis sacerdotes
y mis ancianos, ya no viven hora:
en la ciudad murieron
víctimas de hambre ignota,
porque en vano buscaron
un sustento á sus fuerzas veladoras.

RES. 20. *Vide Domine quoniam...*

¡Mira, oh Señor, mi pena,
mira cuál se trastornan
mi corazón y entrañas,
cómo estoy harta de amargura odiosa!
Afuera, da la muerte
la espada cortadora:
dentro de casa, el hambre,
que es muerte más terrible y más hedionda.

SIN. 21. *Audierunt quia ingemisco...*

Me oyen gemir, y nadie
á compasión se torna:
todos saben mis males,
y de ellos hacen risa los que me odian;
pero yo sé que un día
me harás gozar de gloria,
y entonces serán ellos
los que apuren la hiel como yo ahora.

THAU. 22. *Ingrediatur omne...*

Ante tu vista airada
pon su malicia toda,
y, cual conmigo, ante ellos
haz que vibre tu diestra vengadora;
porque mi angustia es grande
y el gemir me sofoca,
y mi corazón siente
que sus fuerzas vitales le abandonan!»

E. NERCASSEAU MORÁN.

LOS ADJETIVOS SUSTANTIVADOS

SEGÚN EL DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

La Real Academia Española ha erigido un verdadero monumento á la lengua y á la literatura nacionales en el gran diccionario cuya duodécima edición acaba de dar á luz.

La composición de una obra semejante es una de las más arduas y de las más laboriosas que puedan concebirse.

Supongamos que se tratara de una lengua fija é invariable.

La tarea de formar un inventario clasificado y razonado en que se incluyeran todos los vocablos de que constase, y las diversas significaciones de éstos, sería enorme.

Es fácil figurarse cuánto de laboriosidad y cuánto de constancia se habría menester para llevar á buen remate una empresa de esta clase.

Á fin de convencernos de ello, basta advertir que el propósito de formar el catálogo de una lengua, aun cuando sea muerta, obliga al imponderable trabajo de

recoger y de estudiar, no sólo cada una de sus palabras, sino también cada una de las acepciones de estas.

La variada ciencia y la vasta erudición necesarias para triunfar en tal obra sólo pueden compararse con la minuciosidad y la paciencia extremadas, que son sus condiciones igualmente precisas.

Y si esto ocurre cuando la materia de las investigaciones es una lengua muerta ¿qué sucederá cuando es una lengua viva, que cuenta más de cuatro siglos de cultivo literario, y que actualmente es hablada y escrita por más de cincuenta millones de individuos esparcidos en las cinco partes del mundo?

No es extraño entonces que, aunque el DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA sea á la fecha el fruto de la labor de varias generaciones de insignes humanistas y de expertos gramáticos, no haya llegado todavía al grado de perfección á que sus ilustres autores desearían que alcanzase, y á que probablemente no llegará jamás.

Por este motivo, los maestros del idioma, al presente miembros de la docta y respetada academia, han puesto mano á la corrección y al mejoramiento de su utilísima é importante obra, cuando apenas han entregado al público la recién concluída duodécima edición.

Como esta benemérita corporación recibe benévola las observaciones sometidas á su consideración, y aun estimula á que se le hagan, voy á permitirme consignar por escrito algunas que la atenta y cuidadosa lectura del nuevo diccionario me ha sugerido, por si acaso pudieran servir para algo.

Los nombres, hablando gramaticalmente, son, según el DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA, duodécima edición, *sustantivos* ó *adjetivos*.

Si se consulta el artículo destinado á la palabra *nombre*, sexta acepción, se aprenderá lo que la ilustre corporación llama *sustantivo* y lo que llama *adjetivo*.

Sustantivo es «la parte de la oración con que se designan ó dan á conocer las personas por su naturaleza, esencia ó sustancia».

Adjetivo es «la parte de la oración con que se designan ó dan á conocer las personas ó cosas por los atributos, accidentes, cualidades ó propiedades variables».

Haré notar de paso una inadvertencia, ó probablemente errata tipográfica.

El Diccionario da á conocer el significado de la palabra *sustantivo* refiriéndose á la expresión *nombre sustantivo*, que se encuentra efectivamente en el artículo destinado á la palabra *nombre*.

Hace otro tanto por lo que toca á la palabra *adjetivo*, refiriéndose á la expresión *nombre adjetivo*, que debería encontrarse, pero que no se encuentra, en el artículo destinado á la palabra *nombre*.

Á pesar de esta omisión, basta leer la sexta acepción de la palabra *nombre* para saber que, según el Diccionario, el *adjetivo* debe definirse como lo he expresado textualmente más arriba.

Si no me equivoco, las definiciones de *sustantivo* y de *adjetivo* dadas por el Diccionario dejan que desear.

En caso de admitir esas definiciones, varias de las palabras que el mismo Diccionario clasifica, y fundadamente, como sustantivos, deberían tenerse, no como tales, sino como simples adjetivos.

Para comprobar esta aserción, citaré, entre otros muchos de igual clase, los primeros ejemplos que se me presenten.

Postillón es un sustantivo masculino, dice, el cual significa un «mozo que va á caballo delante de los que corren la posta, ó montado en una caballería de las delanteras del tiro de un carruaje también de posta; y sirve en el primer caso para guiar á los caminantes, y en el segundo para llevar en buena dirección el ganado».

El oficio, que puede ser más ó menos accidental de *postillón*, no designa de ninguna manera la naturaleza, esencia ó sustancia del hombre.

Parecería, pues, que, si hubiéramos de atenernos á la definición mencionada, el vocablo en cuestión no debería contarse entre los sustantivos.

Por el contrario, el oficio de postillón es una cualidad más ó menos variable.

Parecería, pues, que, según la definición, debería reputarse adjetivo.

Propio es un sustantivo masculino, dice el Diccionario, el cual significa una «persona que expresamente se envía de un punto á otro con carta ó recado».

Las observaciones que he apuntado, por lo que respecta á *postillón*, se aplican á *propio* aún mejor, si cabe.

Melero es un sustantivo masculino que significa, según el Diccionario, «el que vende miel, ó trata en este jénero».

Habrá de convenirse en que la cualidad de vender miel es una de las más transitorias que puedan imajinarse.

Así, *melero*, según las definiciones del Diccionario, debería ser adjetivo, y no sustantivo.

Pescadero y *pescadera* son dos sustantivos, el uno masculino, y el otro femenino, dice el Diccionario, los cuales significan el hombre ó la mujer «que venden pescado, particularmente por menor».

No acierto á descubrir por qué, aceptadas las dos definiciones antes copiadas, estas dos palabras han de clasificarse entre los sustantivos y no entre los adjetivos.

Y lo acierto tanto menos cuanto que el mismo DICCIONARIO, en otro de sus artículos, enseña textualmente lo que va á leerse.

Pescador y *pescadora* son dos adjetivos, que pueden usarse como sustantivos, los cuales designan el hombre ó la mujer "que tiene por trato ú oficio el pescar".

Si no me engaño, es difícil que, en conformidad á las definiciones antes copiadas del DICCIONARIO, se explique satisfactoriamente cómo la palabra con que se denomina al que vende pescado, particularmente por menor, es un sustantivo, mientras que la palabra con que se denomina el que tiene por trato ú oficio el pescar es un adjetivo que puede emplearse como sustantivo.

Los ejemplos citados, los cuales podrían multiplicarse mucho, manifiestan superabundantemente, en mi concepto, que las definiciones de *sustantivo* y de *adjetivo*, dadas por el DICCIONARIO, no corresponden á su objeto: y que, por lo tanto, necesitan enmendarse,

Sin embargo, creo que, por más que se haga, no se logrará el resultado apetecido, si las definiciones de estas dos especies de nombres se basan única y exclusivamente en el significado.

La razón que tengo para pensarlo así, es que, como se sabe, los sustantivos y los adjetivos cambian á menudo sus oficios en la proposición.

Los *sustantivos* se *adjetivan.*

Los *adjetivos* se *sustantivan.*

Mientras tanto, esos cambios de oficios no importan un cambio de significado.

Hay más.

Los gramáticos no están acordes sobre si los nombres en *dor*, *sor* y *tor* derivados de verbos castellanos ó latinos son sustantivos más bien que adjetivos, ó adjetivos más bien que sustantivos.

Indudablemente, algunos son sólo sustantivos, como *embajador*, *censor*, *doctor*.

Sin embargo, es difícil determinar cuál de los dos caracteres es el que predomina en el mayor número.

Don Andrés Bello y otros gramáticos piensan que es el de sustantivos, bien que pueden usarse, y se usan á menudo como adjetivos.

El Diccionario de la Real Academia ha decidido que son adjetivos, bien que pueden usarse como sustantivos.

El hecho que acabo de recordar sobraría para demostrar que el significado sólo no puede hacer distinguir bien lo que es *sustantivo* y lo que es *adjetivo*.

Tal es el motivo por el cual algunos grandes gramáticos, y entre ellos don Andrés Bello, han buscado el fundamento de la distinción entre las dos clases de nombres, no tanto en el significado, como en el papel ú oficio que desempeñan en la proposición.

Según Bello, lo que caracteriza al sustantivo es la propiedad de servir de sujeto en la proposición y de término en el complemento.

Tal es igualmente la opinión de Juan Stuart Mill en su Sistema de Lógica.

Quizá sería ventajoso combinar los dos procedimientos, el del significado y el del oficio gramatical, á fin de llegar á una buena definición.

Sin embargo, me parece que, en todo caso, la mención del oficio es un elemento indispensable.

Como nadie lo ignora, y como ya lo he dicho, los sustantivos se adjetivan á menudo, y los adjetivos se sustantivan; pero lo primero ocurre menos frecuentemente que lo segundo, y, además, no se halla sujeto á una ley que pueda formularse.

El DICCIONARIO ha tratado de señalar los adjetivos que pueden usarse como sustantivos.

Pero, á lo menos en mi concepto, sus advertencias referentes á este punto son tan incompletas como las dos definiciones que he comentado, y no se ajustan á la lógica.

Don Andrés Bello, en unos apuntes sobre el DICCIONARIO DE GALICISMOS de don Rafael María Baralt, ha expresado perfectamente la norma principal á que ha de conformarse el empleo de los adjetivos como sustantivos.

"Los médicos, dice Baralt, suelen usar á *atenuante*, como sustantivo, á la francesa, diciendo, verbi-gracia:

—El ejercicio es un *atenuante*. Se ha puesto agua pura entre los *atenuantes*.—"

Con este motivo, Bello expone las consideraciones que van á leerse:

"*Atenuante*, como adjetivo sustantivado, no tiene nada que sea contrario á la índole de la lengua castellana, en que son muchísimos los sustantivos que no han tenido otro origen, como *oyentes*, *circunstantes*, *asistentes*, *delincuentes*, *vecinos*, *advenedizos*, *eclesiásticos*, *seglares*, *antiguos*, *modernos*, los *trágicos* (EPÍSTOLA MORAL de Rioja), los *afrancesados* (DICCIONARIO DE GALICISMOS), los *doctos*, los *ignorantes*, nombres apelativos de personas; *llanos*, *desiertos*, *yermos*, *trópicos*, *paralelos*, *esferoide*, *elipsoide*, *romboide*, *tanjente*, *secante*, *móvil*, *premisas*, *antecedentes*, nombres apelativos de cosas. En el lenguaje

técnico de la estética, tenemos los corrientemente usados el *bello*, el *sublime*, el *patético*. En el uso medicinal de *atenuante*, se entiende obviamente *medio*, *medicamento*, y lo mismo puede aplicarse á *excitante*, *estimulante*, *emoliente*, *calmante*, etc.—«Se administraron al enfermo los más activos *estimulantes*».—Desde que un adjetivo ó clase de adjetivos, á fuerza de construirse á menudo con un sustantivo determinado, lo sugiere de suyo, tarda poco la lengua en suprimir el sustantivo, embebiéndolo, por decirlo así, en el adjetivo, que, de esta manera, se sustantiva; y esto, en muchos casos, hasta el punto de ofendernos como redundante y desapacible al oído la frase primitiva completa. La elipsis es uno de los más positivos y poderosos agentes en la vida de las lenguas.»

Es tan exacto lo que Bello expone sobre esta materia, que muchas de aquellas palabras que denotan cualidades ocupaciones, profesiones ú oficios de hombres ó de mujeres, aunque en el origen fueran adjetivos, han llegado á ser exclusiva ó casi exclusivamente sustantivos.

Á esta clase, pertenecen: *padre*, *madre*, *abogado*, *médico*, *padrino*, *madrina*, *carretero*, *matrona*, *carpintero*, *orador*, y tantas otras.

Sólo en rara ocasión, estas palabras suelen adjetivarse como en «Busca un *maestro carpintero*», ó en «Es una *mujer ya matrona*».

El Diccionario, duodécima edición, acepta y aplica en general lo doctrina relativa á los adjetivos sustantivados formulada por Bello en el trozo antes copiado, la cual expresa efectivamente la tendencia invariable de la lengua castellana.

Conforme á ello, el Diccionario declara que los adjetivos étnicos, nacionales y gentilicios, esto es, los que

denotan la raza, la nación, y la gente, aplicados á personas, pueden usarse como sustantivos.

La razón es por que, en cada uno de estos casos, era inútil decir *hombre español* ó *mujer española*, cuando diciéndose sólo *español* ó *española* se subentendía en el primero de estos ejemplos *hombre*, y en el segundo *mujer*.

Como Bello lo observa muy bien, la mención del sustantivo, por ser inútil, ha llegado á tenerse por redundante y desapacible.

El Diccionario aplica la misma regla á los adjetivos destinados á significar la calidad de que un individuo pertenece á un partido, á una secta, á una comunidad religiosa, á una escuela filosófica ó literaria, ó á cualquiera corporación, gremio, ó clase, como *republicano*, *calvinista*, *dominicano*, *ecléctico*, *volteriano*, *lego* ó sea el que no tiene órdenes clericales, *correspondiente* ó sea el que tiene correspondencia con una persona ó corporación, *navegante*, *pariente*, *soltero*, *casado*, *viudo*.

Pero, aun sin necesidad de recorrer todo el volumen, se advierte pronto que el Diccionario no se ha cuidado de ajustarse á esta norma con el rigor necesario.

Paso á comprobar mi aserción con ejemplos tomados al acaso.

Idealista, según el Diccionario, es un adjetivo aplicado á "la persona que profesa la doctrina del idealismo, ó á la que propende á representar las cosas de una manera ideal."

No dice que pueda sustantivarse.

Mientras tanto, el mismo Diccionario declara que esto puede hacerse, con el adjetivo *espiritualista*, "el que profesa la doctrina del espiritualismo", y con el adjetivo *materialista*, "el sectario del materialismo".

No comprendo la razón de la diferencia.

Se ha visto que don Andrés Bello incluía el adjetivo *seglar* entre aquellos que, aplicados á personas, pueden usarse como sustantivos.

Sin embargo, el DICCIONARIO no reconoce que así pueda hacerse.

Es cierto que dice significar lo mismo que *lego* en su primera acepción; y que *lego*, en esa acepción, esto es, en la de «el que no tiene órdenes clericales», puede usarse, según la Real Academia, como sustantivo.

Pero ha de tenerse presente que esta docta corporación, cuando opina que un adjetivo puede usarse como sustantivo, lo expresa terminantemente, aun cuando haga referencia á otro que pueda usarse igualmente como sustantivo.

Así, verbigracia, admite los dos vocablos *chileno, chilena*, y *chileño, chileña*.

Para dar á conocer el significado del primero, se refiere al segundo ni más ni menos que como para dar á conocer una de las acepciones de *seglar* se refiere á una de las acepciones de *lego*.

Á pesar de esto, tanto en el artículo destinado á *chileno*, como en el destinado á *chileño*, cuida de expresar que estos adjetivos, aplicados á personas, pueden usarse como sustantivos.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

(Continuará).

REVISTA BIBLIOGRÁFICA

Durante los dos últimos meses se han dado á la estampa en Chile ó se han remitido de otros países á la Oficina de La Revista algunas obras, de que vamos á dar somera cuenta á nuestros lectores.

Sentimos, sí, muy sinceramente, que ni el tiempo ni el espacio no nos permitan detenernos como desearíamos en el examen de algunas de ellas, que harto lo merecen. Pero confiamos en que tanto los autores como el público nos han de dispensar el que no entremos por ahora en los detalles de una revista crítica ó literaria al ocuparnos de cada una de las indicadas publicaciones.

El Doctor Guillermo Rawson.—Ensayo crítico-biográfico por Jacob Larraín. — *Santiago, Imprenta Gutenberg—1886.*—Un vol. en 12.° de 203 págs.

El autor de este opúsculo, que en su corta y fecunda carrera se ha ejercitado en las nobles funciones de la enseñanza, del periodismo y del foro antes de ocupar el puesto de secretario de la legación argentina, que hoy desempeña, ha querido presentar á los pueblos americanos y, en especial, á la juventud de su patria, un modelo digno de estudio y de imitación en la eminente figura política del Doctor Rawson, el célebre repúblico del Plata.

Creemos con el señor Larraín que es honrosa y fecunda labor esta de presentar á las sociedades americanas ejemplos y temas de estudio sacados de ellas mismas, mejor que buscados en las desquiciadas y poco imitables sociedades europeas.

"Si desgraciadamente,"—dice el biógrafo en la Introducción de su

ENSAYO.—«no es posible presentar en el estado actual de la América del Sur pueblos que sirvan de modelo por las mejoras que hayan realizado en el ejercicio de las libertades políticas ó en el desenvolvimiento de las instituciones civiles, por fortuna no faltan personalidades eminentes cuya vida y obras pueden ofrecerse como ejemplo á las generaciones del porvenir, que tienen que llevar adelante la tarea sucesiva de transformar las condiciones políticas y sociales de los pueblos americanos, á fin de prepararlos á realizar la trascendental evolución que el tiempo está incubando en las entrañas de su sociabilidad.»

El mismo autor advierte que para realizar su trabajo no ha podido disponer de sobrados materiales que den á conocer de un modo completo á su protagonista; pero el hecho es que el señor Larrain ha desempeñado su labor con la fe y el entusiasmo que engendran sólo la juventud del alma y la nobleza de la causa que se sirve.

Si todos nos inspiráramos en este mismo ardor, que se confunde á veces con el purísimo afecto de la patria y con el soñado ideal de un mundo más digno de la justicia y del bien; si nuestro empeño lograra siquiera infundir en los hombres el respeto y la consideración por aquellos que trabajan en pro del verdadero progreso, al servicio del derecho y de la libertad; si pudiéramos conseguir que la admiración y el homenaje del aprecio recayesen sobre esos pocos políticos y estadistas que buscan el bien común por el reinado de la justicia, en vez del medro personal por medio de la intriga, el fraude y la tiranía;—¡cuán diferente fuera, por cierto, la condición en que se hallaran todos aquellos seudo políticos americanos, sedientos de autoridad caprichosa, que para engrandecerse ellos mismos sacrifican á sus conciudadanos, y para excusarse de sus opresiones invocan ejemplos sacados de vetustas servidumbres que, por desgracia, viven aún!

El Doctor Rawson en su vida privada y en su vida pública, como médico y escritor, como político y como legislador, ha obedecido siempre á un noble móvil: buscar la verdad, rendir culto al derecho, hacer el bien de los semejantes. ¿Qué mejor modelo podría escogerse, entonces, para un opúsculo crítico y biográfico destinado á los lectores sud-americanos?

En el opúsculo de que damos cuenta hay algo más que este servicio prestado á las sociedades hispano-americanas. Nótase, sin esfuerzo, la correcta y elegante ejecución de la obra, producto de una pluma amaestrada en las letras. El autor del ENSAYO, á la par que como publicista presenta al Dr. Rawson, traza cuadros llenos de mérito literario indisputable. Allí está, para probarlo, el retrato ingenioso, profundamente exacto, animado y picante, del médico político, tipo que no es-

casea entre las figuras de nuestro museo social. Sentimos no poder transcribir esta pieza, pero su reproducción nos haría extendernos demasiado.

El señor Larraín, posee por lo demás, un estilo suelto, fácil y corrido, de que hace gala en los amplios períodos de su obra, estilo que, amenizando la lectura, se adapta admirablemente á la índole de su Ensayo, si bien pecan á veces sus cláusulas por sobrada extensión.

En este opúsculo se refiere el autor á otro trabajo del mismo género, que está componiendo acerca de la Vida i obras de Don D. F. Sarmiento. No podemos sino alentar al señor Larraín en la prosecución de su tarea, la cual, según esperamos, no sólo merecerá bien de sus compatriotas, sino de todos los hijos amantes de la América española.

Sonetos y chispazos de Juan de Arona (correspondiente de la Real Academia Española).—*Lima, Imp. de Torres Aguirre*, 1886.—Un vol. en 12.° de 286 págs.

El ingenioso y distinguido poeta que escribe con el seudónimo de Juan de Arona, que ya no sirve para ocultarlo, acaba de recoger en un reducido volumen algunas de sus inspiraciones de otro tiempo, combinándolas con otras del presente.

Juan de Arona es un versificador fácil y galano: las dificultades de la métrica son para él otros tantos recursos con que luce las fuerzas inagotables de su retozón ingenio. Como prueba de ello, basta recorrer los numerosos sonetos, epigramas y madrigales que parecen brotar de su pluma como un raudal brillante y vigoroso.

Aunque la mayor parte de las composiciones que forman los Sonetos y Chispazos son de un carácter juguetón, festivo y satírico, hay sin embargo otras de un espíritu más serio y profundo, en que el alma del autor deja de reír para entonar el canto inspirado del poeta.

Citaremos como ejemplo de las primeros el soneto intitulado *La verdadera candidez*, que dice así:

"Llaman *cándido* en Lima al que es poeta,
cándido al militar y al diplomático,
cándido al santurrón que vive extático,
cándido al mata-sanos que receta.

"Llaman *cándido* al hombre de paleta,
cándido al que es juicioso y al lunático,
cándido al vivo, *cándido* al apático,
cándido al firme, *cándido* al veleta.

"*Cándido* es el visitante asiduo;
el excéntrico carga igual apodo;
y aquí es *cándido*, en fin, todo individuo."

«*Cándidos* ver y *candidez* en todo,
es tanta *candidez* que al fin demuestra
que es cándida en verdad la gente nuestra.»

Como ejemplo de las de carácter serio, si bien impregnadas del imprescindible dejo satírico y epigramático que domina en toda la compilación, podemos dar el soneto *La Comadrona y el sepulturero*, formado de este diálogo:

—«En estas rudas y callosas palmas,
yo los asombros preparé del mundo,
recibiendo desnudo y gemebundo
á ése que hoy la ciudad cruza entre *palmas*.

—¡Muy pronto de la edad las frías calmas
su velo extenderán; y en un segundo
vendrá el héroe gentil á este hoyo inmundo,
de paso para el reino de las almas!

—Luego, ¿eres...?—El glacial sepulturero.
—Yo la matrona soy que recibiólo.
—Yo con mi triste pala aquí lo espero.

—El un polo eres tú, yo el otro polo.
—Y entre ambos el camino que convida...
—Es el *rompe-cabezas* de la vida.

Bastan las anteriores muestras para nuestro intento, que los epigramas de dos ó más versos que Juan de Arona llama CHISPAZOS, son tan numerosos y variados, que no podríamos ni siquiera indicar su carácter general con la transcripción de algunos de ellos.

Observaciones sobre la ortografía castellana y el sistema ortográfico que deba adoptarse en Chile, POR MANUEL SALAS LAVAQUI, *profesor de Gramática castellana en el Instituto Nacional.*—SANTIAGO DE CHILE, *Imprenta Nacional, 1886.*—Un vol. en 12.° de 48 páginas.

Hé aquí un nuevo empuje en el sentido de la unificación racional de nuestra anárquica ortografía.

El señor Salas Lavaqui, antiguo profesor de Gramática y perito como el que más en las leyes de nuestro idioma, entra á examinar en su opúsculo, con el apoyo de indiscutibles autoridades lingüísticas, una cuestión de importancia decisiva para fijar las reglas á que ha de obedecer el sistema ortográfico.

Esta cuestión es la de saber si el lenguaje ha de escribirse conforme á la lógica de la pronunciación ó de la etimología.

El autor, en vista de las poderosas razones invocadas en favor de la última, se decide por el sistema que en ella se basa, respetando y

acogiendo las modificaciones introducidas por el uso legítimo, que es el sancionado por la Real Academia de la lengua.

El lenguaje escrito, según la opinión adoptada por el señor Salas Lavaqui, no es más que un conjunto de *signos* que, si bien sirven para representar secundariamente los *sonidos*, desempeñan el oficio primordial de simbolizar *ideas*. Estos signos ó representaciones de las ideas no deben ni pueden estar sujetos á las incesantes é innumerables variaciones de la pronunciación, que existen entre los países, las provincias y, aún, los individuos.

Con arreglo á este criterio, el señor Salas Lavaqui pasa á tratar en seguida varios puntos conexos con la ortografía de nuestro idioma; y concluye indicando la idea de que la Academia chilena correspondiente de la española se encargue de emprender una cruzada para introducir en Chile, como única ortografía, la sancionada por la Real de la lengua. La Universidad, por otra parte, dice el autor, no debiera permitir que se adoptase ningún texto en la enseñanza primaria ó secundaria sin que antes recibiera el visto bueno de la Academia chilena en lo relativo á ortografía y buen decir.

Por lo que á nosotros toca creemos que si aspiramos al buen nombre de pueblo culto, conocedor de las glorias del grandioso idioma de Castilla, debemos abandonar de una vez por todas esas peculiaridades de nuestra ortografía (y, si fuera posible, de nuestra pronunciación) que amenazan afear y empobrecer el habla hermosa que enriquecieron tantos ilustres ingenios antes y después que la heredáramos. El Consejo de Instrucción Pública y especialmente la Facultad de Humanidades están llamados á impulsar con decisión y energía el movimiento favorable que ya se nota en favor de la unificación ortográfica, en el sentido de adoptar en todas sus partes el sistema sancionado por el alto cuerpo que tiene en la madre patria el encargo de señalar el buen uso en materias de lenguaje á todos aquellos que hablan el idioma de Castilla.

La adopción por nuestra Universidad del sistema de la Real Academia española, debería ser seguida de otra reforma que parece menos importante, pero que en realidad vendría á suprimir uno de los principales inconvenientes que se oponen á la unificación de nuestra escritura. Queremos hablar de la sustitución del inaceptable silabario de Sarmiento por otro texto que se destinara á enseñar á leer en las escuelas primarias.

Los vicios de que adolece nuestra ortografía y áun nuestra pronunciación provienen en gran parte de los defectos de que está inficionado aquel silabario, que ni siquiera respeta los nombres de las letras de

nuestro alfabeto y que nos hace grabar las palabras con otra escritura y otro sonido que los que les corresponden.

Hágase, pues, una y otra cosa: en la instrucción secundaria y en la de las escuelas adóptese el sistema de la Real Academia Española; y no será preciso esperar más de dos generaciones para tener completamente unificada la ortografía de nuestro idioma, colocándolo así á la altura de los que bien lo aman, respetan i cultivan.

Nuestra REVISTA, por lo demás, ha tiempo que se ha asociado á la tarea de unificación ortográfica, que sólo puede consistir en usar de hecho el sistema prescrito por el tribunal llamado por su instituto, sus antecedentes y su especial competencia á fijar las reglas del buen uso en punto a lenguaje castellano.

La Instrucción secundaria y la Instrucción universitaria en Berlín, INFORME ELEVADO AL SUPREMO GOBIERNO POR LA LEGACIÓN DE CHILE EN BERLÍN. —*Santiago, Imprenta Nacional, 1885.* Un vol. en 8.º de 163 páginas.

Este *Informe*, trabajado por el secretario de la legación chilena en Berlín, don Valentín Letelier, con el auxilio de don Claudio Matte en cuanto á la colección de datos en él contenidos, fué precedido de otro trabajo análogo del mismo señor Letelier sobre la instrucción primaria en la propia capital de la Prusia.

En uno y otro, se ha estudiado de una manera muy prolija toda la organización de la enseñanza en aquel Estado; y en verdad, con el modesto título de *Informe* y en la brevedad aparente de unas doscientas sesenta páginas, que suman ambas publicaciones, se han reunido los materiales de una obra que pudiera haberse presentado en mucho más amplia forma.

La condensación misma de los datos que se contienen en el trabajo del señor Letelier impide absolutamente hacer un nuevo extracto de ellos para presentarlo por vía de resumen á nuestros lectores.

Baste decir, en consecuencia, que en ambos trabajos se expone, con la mayor minuciosidad, todo lo relativo á estos dos puntos principales: 1.º la instrucción en sí misma, esto es, lo concerniente á escuelas-gimnasios, planes de estudio, métodos de enseñanza, exámenes, profesorado, universidades, etc.; y 2.º la parte que la autoridad pública toma en la instrucción. Estos dos elementos,—estudios en sí mismos é intervención de la autoridad en ellos,—no se encuentran separados en la obra del señor Letelier, sino que se desarrollan simultáneamente, según lo van pidiendo las necesidades de la exposición.

En el primero de sus informes, en el que lleva por título *Las Escuelas*

en Berlín, el autor ha dado menos importancia á la acción del Estado en la enseñanza y mayor desenvolvimiento á los datos relativos á la instrucción primaria en sí misma. Pero en el último de ellos, proponiéndose el señor Letelier presentar el mayor número posible de ejemplos que imitar del régimen prusiano, se ha empeñado en exponer puntual y prolijamente el sistema administrativo y oficial del Estado en la enseñanza.

Para el señor Letelier, que tiene por ideal el monopolio de este ramo por el Estado, de tal modo que la instrucción sea una de las atribuciones de la autoridad pública, sometida, como las demás, á todo el mecanismo administrativo, el régimen prusiano, en que la autoridad interviene en cada acto de la enseñanza, es el más perfecto y el más digno de imitarse, sobre todo por nosotros, que nos encontramos en estado embrionario en punto á reglamentación, ya que buscamos los modelos de esta especie en países tan desorganizados como la Francia.

Realmente, ateniéndonos á los *Informes* del señor Letelier, sería difícil encontrar un modelo de intervención del Estado en la enseñanza más acabado que el de Prusia y otros países alemanes.

Allí es la autoridad pública quien manda abrir los establecimientos de enseñanza repartiéndolos conforme á las exigencias de la población; es la misma autoridad la que otorga á los profesores el diploma para enseñar hasta en los institutos particulares ó privados; es la autoridad quien preside y juzga los exámenes y la que otorga los títulos de saber; es la autoridad la que vela por el orden de los estudios y de las prácticas de los colegios; es la autoridad, en una palabra, la que todo lo organiza y dirige.

En Prusia, según la Constitución, hay libertad de enseñanza, dice el señor Letelier; pero esta libertad sólo se concede «á las personas que acrediten *ante el Estado* su moralidad y suficiencia» y á condición de «que la enseñanza misma ha de ser puramente científica y no se ha de convertir en osada propaganda contra el orden público y las leyes del reino. Particularmente para evitar que se amortigüe en el corazón de la juventud el sentimiento del patriotismo y de la obediencia á las leyes y á la autoridad del Estado, el gobierno se cuida en especial de conferir autorización *á esas corporaciones, extranjeras aun en su propia patria*, cuya enseñanza barrena de raíz la noción de los deberes cívicos, haciendo depender la obligación de cumplirlos de la voluntad de *poderes extraños* al mismo Estado».

He aquí categóricamente expresada la más rara y extravagante fórmula de libertad de enseñanza.

Hay libertad de enseñar lo que se quiera, pero con tal de que sea el

Estado, la autoridad pública, quien designe al que ha de enseñar y el tiempo y lugar en que lo ha de hacer, y con la limitación de que no se enseñe otra cosa que lo que ella llama ciencia.

Como se ve, tampoco, para el señor Letelier, hay otro poder superior ó siquiera igual al del Estado, y por eso éste se halla en el caso de no permitir que las congregaciones religiosas enseñen ni siquiera la ciencia de la religión, ya que la creencia religiosa sería un poder extraño al mismo Estado y se habría de oponer al despotismo y á la arbitrariedad.

Bien está que en Prusia se piense de este modo; pero no podemos admitir que en una república se propongan modelos sacados de tiránicas monarquías, en que el ciudadano es nada ante la ley, y el Estado ó la autoridad es todo, el amo y el dios al cual aquel debe sacrificarse.

Tratándose, sin embargo, de la intervención del Estado en la instrucción, hay cierta lógica en el sistema legal prusiano. Allí la autoridad exige para todos los ramos del servicio público cierta competencia en los empleados, que éstos deben acreditar con exámenes y diplomas. En el ejército, en la administración de correos, telégrafos y ferrocarriles, tanto como en la enseñanza, cada cargo ó puesto es un título que el Estado concede según las aptitudes comprobadas por el aspirante ó llamado á su desempeño. Los puestos de la enseñanza son empleos públicos; y por lo mismo no se dan al que quiere tomarlos ó al que mejores empeños pone en juego, sino al que por los años de estudios, diplomas ó certificados que ya posee, y exámenes que rinde, es autorizado por el poder público con el fin de que pueda dar lecciones en algún establecimiento de enseñanza, autorización revocable a voluntad del mismo poder.

Y la lógica está en que, si se requiere competencia apreciada por el Estado para enseñar a los demás, también el Estado exige esta misma comprobación de competencia á cada uno de los otros empleados en los diversos servicios públicos que él abarca y reglamenta.

Entre nosotros sucede al revés: el Estado se reserva el monopolio de los títulos y diplomas que habilitan para ejercer las carreras mas importantes así como aquellos que significan grados en las Facultades Universitarias; pero si se trata de la administración pública, el Estado encuentra competentes á todas las personas que él mismo designa para sus diferentes puestos. Para abogar, para curar, para medir las tierras se necesitan títulos académicos y autorizaciones del poder público; pero para administrar los caudales comunes, para mandar en el ejército, para conducir los ferrocarriles, para dirigir las construcciones públicas y, en general, para administrar los intereses de la nación en todos sus

ramos, no se exige otra cosa al aspirante que ser de un color político determinado ó que presente la posibilidad de prestar ciertos servicios, también políticos.

Si la instrucción es un servicio anexo al Estado, no se ve por qué este solo ramo de la administración pública sea el que necesite patentes, autorizaciones y diplomas, mientras los demás ramos del servicio público, que comprenden intereses más valiosos que los relacionados con la enseñanza y el ejercicio de algunas profesiones, se dejan al arbitrio y al gusto de los que mandan.

Una de dos, entonces: ó el Estado pide competencia reglamentada con estudios, exámenes y títulos para todos los ramos de su servicio en cada uno de los empleos con que se desempeñan, ó bien debe abstenerse de expedir patentes de ciencia que á nada conducen sino á establecer distinciones caprichosas y un monopolio perniciosísimo al progreso.

Por lo demás, el *Informe* de que nos ocupamos, y en cuanto en él se contiene un completo estudio de las materias de enseñanza, podría prestar al país valiosos servicios en el sentido de que alguna vez nos decidiéramos á dar en nuestros establecimientos una instrucción verdaderamente útil y en armonía con las necesidades de la época en que vivimos.

En efecto, el sistema actual que hace consistir el saber en que los estudiantes se aprendan de memoria una serie de textos, basados en el mismo plan funesto y escritos con ese fin de que puedan ser retenidos, impide que el espíritu de los jóvenes adquiera el desarrollo y los conocimientos realmente provechosos y científicos que la instrucción está llamada á darle.

Contribuyen también á mantener más arraigado este vicio los exámenes anuales, en que se expiden certificados de competencia en cada sección determinada de los ramos que se cursan: de modo que, considerando el estudiante concluida su tarea por lo que respecta á la asignatura de que fué ya examinado, no vuelve á acordarse más de ella en el trascurso de sus estudios.

De este modo, si se nombrara una comisión que tomase exámenes de aprovechamiento á los alumnos que han cursado todas las humanidades, por ejemplo: y entrara esa comisión á averiguar el grado de desarrollo intelectual y de conocimientos asimilados que poseyeran los examinandos, podemos asegurar que más de un ochenta por ciento de los estudiantes no recibirían certificado de competencia como humanistas, sino, al contrario, el voto más perentorio de falta de saber.

Con el conocimiento personal que tenemos del estado deplorable

en que se encuentran los estudios en Chile, mal que obliga á perder fuera del colegio ó de la Universidad una serie de años en reconstruir, ó mejor, en deshacer lo que se ha aprendido en la primera juventud no podemos menos de convencernos de la inmensa superioridad del sistema prusiano de instrucción en cuanto se relaciona con el mecanismo de la enseñanza en escuelas, colegios y universidades, desde las lecciones dadas por el profesor hasta los exámenes de aprovechamiento y los títulos académicos y profesionales.

Alla, en la escuela primaria, no sólo se da á los niños la enseñanza que verdaderamente les sirva en la practica de la vida, sino que con esa misma enseñanza se les habilita para que, si así lo quieren, puedan entrar debidamente preparados á un colegio de instrucción secundaria. En este último, á su turno, se vuelve á producir esa doble preparación, á fin de que los estudiantes que de allí salgan puedan entrar á desempeñar con probada competencia otras ocupaciones que exigen más saber que las de los que salen de la escuela primaria, ó bien puedan incorporarse á una universidad con el desarrollo intelectual y con la suma de conocimientos propios y asimilados que requiere el grado más alto de la instrucción científica.

Y á mas de todo esto, á pesar de que todos ó casi todos los ramos de la instrucción que abarca cada instituto se estudian desde el primero hasta el último año que dura el curso respectivo, de modo que cada clase á que pasa el estudiante no importa el aprendizaje de ramos nuevos sino el ensanche y perfeccionamiento de los que ha aprendido en la clase más baja; á pesar de que el profesor no limita su trabajo á enseñar durante las horas de clase, sino que destina todo su tiempo á los propios alumnos á fin de prepararlos mejor á recibir con fruto las lecciones; á pesar de que la enseñanza así dada en colegios y universidades debe habilitar á los jóvenes para desempeñar con plena competencia las carreras á que corresponden sus maduros estudios, todavía no basta semejante grado de instrucción para que se confiera á los estudiantes otra cosa que simples grados académicos, como los de bachiller, licenciado y doctor, ó, si se quiere, un *certificado de madurez*, como se designa al que reciben los alumnos de gimnasios y escuelas reales que han terminado satisfactoriamente sus estudios en dichos establecimientos de enseñanza secundaria. Pero de ningún modo bastan estos diplomas para pedir y obtener la autorización pública de ejercer las profesiones de médico, abogado, ingeniero, profesor y demás. Para este fin existen establecimientos especiales en que se da la instrucción profesional respectiva, porque en Prusia se distingue, y mucho, entre

la enseñanza científica con sus grados y la instrucción profesional de las diferentes carreras con las autorizaciones respectivas.

Entre nosotros, confundidas en una sola ambas enseñanzas, forman un conjunto que no alcanza á formar ni hombres científicos ni hombres prácticos y competentes en su profesión.

Difíciles y casi imposibles de adoptar entre nosotros son muchos y casi la mayor parte de los progresos realizados en la instrucción prusiana, que, poco más ó menos, es la de todos los Estados que forman el Imperio Germánico.

Para imitar siquiera en algo aquellos perfeccionamientos más importantes que el libro del señor Letelier nos muestra como buenos modelos de instrucción, tendrían que operarse reformas radicales en nuestro sistema de enseñanza, científica y profesional á la vez, reformas que en parte no pueden acometerse eficazmente en sociedades nuevas y escasas como la nuestra, y en otra parte tampoco pueden realizarse porque á ello se opone la política, que todo lo absorbe y esteriliza.

Pero de todas maneras, el trabajo del señor Letelier, excepción hecha de los puntos referentes á la parte que la autoridad pública toma en la enseñanza, contiene un admirable conjunto de buenos datos que debiéramos todos hacer lo posible por aprovechar en la reforma de la viciosísima enseñanza de nuestros institutos docentes. Y sea cualquiera la apreciación de las doctrinas y de las tendencias de la obra del señor Letelier, es el hecho que su trabajo, juzgado por el número y la importancia de sus materiales, por la prolijidad y por el mérito de sus observaciones, por el método de exposición y por el estilo en que está compuesto, hace honor á las letras nacionales y no merece, por cierto, el destino de otras publicaciones oficiales, que se reparten á todas las oficinas y al personal de empleados públicos para arrojarse, sin ser leídas siquiera, á un rincón ó una tabla de estante, sino que es digna de atento estudio y de adelantador aplauso.

Lo repetimos. Con otra impresión tipográfica y con otra forma que la de una simple comunicación oficial, el trabajo del señor Letelier sería, por el mérito de sus materias, un libro de largo aliento y de importancia duradera.

Diccionario razonado del Derecho Civil Boliviano, POR AGUSTÍN ASPIAZU.—*La Paz, 1885*. Un vol. en 4.° de 333 págs.

Desde el año 1830 en que se promulgó el Código Civil de Bolivia, tomándolo casi al pie de la letra del Código Napoleón, hasta la época presente, en que el progreso de nuestra vecina república exige una revi-

sión y reforma de sus antiguas leyes, han podido notarse, como es natural, todos ó la mayor parte de los vicios y defectos de que adolece aquel Código primitivo.

Ya, en este sentido de realizar una reforma premiosamente exigida por las nuevas necesidades sociales, se publicó en 1861 una edición del Código Civil boliviano, en que el doctor Jaime Zamorano manifestó por medio de notas los yerros de traducción ó de redacción que se habian cometido en el Código de Bolivia al tomar sus disposiciones del francés.

Á este mismo fin de realizar la reforma de las leyes bolivianas, contribuye principalmente la obra de que nos ocupamos: pues reuniendo en la serie de artículos encabezados por las diversas voces del derecho civil todas las disposiciones consultadas en la legislación vigente, se puede manifestar con facilidad cuáles son sus deficiencias, sus contradicciones, sus errores é inconvenientes.

Si, por lo general, son de dudosa utilidad los diccionarios de la naturaleza del que nos ocupa, por más que su composición acuse un vasto trabajo, no sucede lo mismo con el del señor Aspiazu, ya porque contiene un concienzudo estudio del derecho civil boliviano, ya porque en una nación que empieza á desarrollar su actividad industrial y á echar las bases de su comercio, conviene en gran manera que todos estén bien impuestos de las disposiciones que reglan las relaciones civiles, sus contratos y su organismo como sociedad civilizada.

El señor Aspiazu manifiesta en la ADVERTENCIA de su DICCIONARIO que al principio había concebido el pensamiento de emprender un trabajo más vasto, de modo que su obra abarcase toda la legislación boliviana; pero hubo de reducir su tarea á la parte civil, por cuanto el gobierno había ya encargado á un jurisconsulto la confección de nuevos códigos; de manera que el Diccionario de legislación general que se escribiese en tales circunstancias habría sido de pasajera utilidad.

Pero, así y todo, el señor Aspiazu no se ha contentado con sacar del código Napoleón y sus numerosos comentadores la exposición de las variadas materias que trata, sino que ha completado en lo posible sus artículos con las nociones más útiles é indispensables de las otras ramas del derecho.

De esta manera el libro del señor Aspiazu importa por una parte un estudio á fondo del derecho civil boliviano sacado de sus mismas fuentes, lo que es un mérito científico indisputable; y también significa un valioso contingente allegado á la obra de la buena reforma de las leyes civiles y al conocimiento que debe poseer de ellas la sociedad que les sirve de objeto.

No concluiremos tampoco estas pocas líneas sobre el libro del señor Aspiazu sin agradecer su obsequio, destinado á la REVISTA DE ARTES Y LETRAS por la amabilidad de don Luis Salinas Vega, nuestro antiguo y buen amigo.

El Cambio, el Papel-moneda y otras cuestiones económicas POR FRANZ.—*Valparaíso, Imprenta de* LA PATRIA, *1886.*—Un vol. en 8.º menor de 267 págs.

Es este folleto una colección de artículos publicados el año próximo anterior en el diario LA PATRIA de Valparaíso, en la época en que se sostuvo una interesante discusión acerca de la baja del cambio, del papel-moneda y de la crisis económica en general.

Publicáronse entonces varios trabajos en la prensa periódica, que después fueron recopilados en opúsculos de diverso carácter y extensión, como el que lleva por título *Observaciones sobre el papel moneda*, de don Francisco Valdés Vergara, estudio serio y concienzudo de nuestra situación financiera; y como *La cuestión económica*, por don Agustín Ross, escrito con sobriedad, con buen sentido y con el fin práctico de sugerir las medidas que, á juicio del autor, deberían adoptarse para remediar nuestra deplorable condición monetaria.

Así también, con el seudónimo de Franz, el autor del folleto arriba designado se lanzó á la arena de la publicidad para ofrecer al Gobierno y al país el contingente de sus estudios y observaciones en el complicado laberinto de la cuestión económica, problema que hoy vuelve á imponerse á la preocupación pública, merced á la nueva y alarmante baja del cambio á un extremo que jamás se había visto en Chile.

Á juzgar por los dos primeros artículos publicados sobre el valor de nuestra moneda metálica con relación al cambio internacional, parece que Franz hubiera pensado dar á luz una serie de estudios imparciales, metódicos y comprobados acerca de nuestra situación económica, estudios á los que habrían de servir como de preliminares los datos consignados en aquellos dos primeros artículos.

Pero la política, que en todo se mezcla, vino á reclamar su parte en la obra de Franz; y á poco de haber principiado éste su estudio, entró de lleno en las vicisitudes de una polémica más bien recia que razonada, que le hizo abandonar los propósitos que, según creemos, lo habían animado al principio; y junto con ellos desapareció naturalmente el principal mérito de aquellos estudios.

Casi todos los escritores que terciaron en el debate de la cuestión económica, y entre ellos los señores Valdés Vergara, Ross y los redactores de LA UNIÓN y de EL MERCURIO colocaban la causa y la raíz de

nuestros males en el papel-moneda, en la inconvertibilidad y la desconfianza. Franz, partiendo del principio de que la riqueza proviene de la abundancia de producción y en su excedente sobre el consumo, sostiene desde el principio al fin de sus artículos, invocando todos los datos numéricos y todas las razones imaginables, que la causa principal, ó más bien única de nuestro malestar, está en que exportamos ménos de lo que importamos; ó sea que la fuente de nuestros males debe buscarse en la antigua teoría de la balanza del comercio.

Para Franz, aunque el papel moneda constituya un régimen pasajero, son tales y tantas las ventajas que nos proporcionó en la guerra última y tan evidente la necesidad de su sostenimiento actual para conservar en su producción las industrias minera y agrícola, que uno llega á creer que aquel carácter de transitorio que el autor reconoce en la moneda fiduciaria debería convertirse en permanente, si queremos vivir en la abundancia.

En efecto, contestando á los impugnadores del papel moneda, dice Franz en la página 36 de su folleto que «las bases de la riqueza de una nación no están en la moneda ni en el papel moneda, que son meros agentes de los cambios, sino en la fuerza productiva, en los hombres, en el suelo, en el capital, en las fábricas, en las manufacturas; y todos estos *permanecen intactos* mientras haya moneda metálica o *bajo el papel-moneda*».

Y más adelante, en la página 37 añade: «No sólo ha sucedido entre nosotros el hecho de que el papel-moneda en nada ha afectado á las fuerzas productivas del país sino que, después de servirnos de poderoso auxiliar en la guerra, contribuyó en la paz y contribuye aún á sostener una de nuestras principales industrias, como lo es la minería de cobre».

Poco después, en la página 41 se expresa Franz en los siguientes términos, mas explícitos y halagüeños todavía:

«El papel-moneda nos dió las sumas necesarias para sostener la guerra, en la cual hemos obtenido honra y provecho.

«El papel moneda, por una situación excepcional en que se encontraba el país y en que se encuentra actualmente, vino á favorecer á las dos industrias principales de la nación en los momentos mismos que éstas se encontraban aquejadas de un profundo malestar.

«El papel-moneda favoreció, como favorece hoy, á pesar de todos los teóricos, á la industria minera, á la industria agrícola y á la salitrera.

«Merced á él ha habido trabajo; y en lugar de cerrarse la puerta á multitud de trabajadores, éstos han podido tener holganza y bienestar como lo ve, como lo palpa cualquiera en nuestro país, hoy día.

«Antes de la guerra, la situación económica era mala.

«Estábamos en vísperas de una crisis.

«El trabajo escaseaba. Principiaban á hacerse sentir hasta manifestaciones de descontento de las clases trabajadoras en las ciudades.

«No había trabajo suficiente, y al malestar económico se iba á agregar quizá un malestar social.

«Vino la guerra, y con ella el papel-moneda. La crisis, el malestar económico y social se disipó por completo.

«¿Por qué?

«Porque con la emisión de papel-moneda se dió ensanche y se facilitó la producción, porque ello contribuyó al desarrollo de las industrias principales del país, la minería y la agricultura.

«La riqueza nacional no se aumentó *en el acto* con el papel; pero tanto el capital aprovechado que existía en metálico, como la coincidencia extraordinaria de favorecer á esas dos industrias, *dió por resultado después el aumento de la riqueza pública* por medio del trabajo aplicado á esas industrias; trabajo que de otra manera habría tenido una aplicación más limitada y reducida.»

Con las anteriores observaciones queda no sólo vindicado y enaltecido el papel-moneda, que por sus bienes deberíamos conservar como remedio inapreciable contra la pobreza, sino que se manifiesta que, á juicio de Franz, producimos mucho más que antes del papel-moneda, que estamos mucho más ricos durante su régimen que mientras estuvo en uso la moneda metálica.

Según esta demostración, habiendo producido tanto el país, y no pudiéndose vender todo aquí, ni necesitándose tal vez pedir tanto como de antiguo al mercado extranjero, era incuestionable que para dar salida á tanta producción y aprovechar la riqueza excedente, las exportaciones deberían haber aumentado de modo tan considerable que tuviéramos en el mercado europeo un fuerte capital disponible para girar sobre él cuando quisiéramos.

Sin embargo, en el curso de su polémica, Franz sostiene y repite que por más que digan otra cosa los mensajes presidenciales y las cifras de aduana de estos últimos años, el hecho es que nuestras exportaciones son menos que nuestras importaciones; porque de los millones que aparecen figurando en los excesos aparentes de las primeras sobre las segundas en aquellos documentos, hay que descontar otro número mayor que se queda en el extranjero para no volver, de modo que no podemos girar sobre ese cuantioso capital.

De este modo, y ateniéndonos á las propias ideas del articulista, no está la monta en que exportemos mucho, sino en que el exceso de la

exportación sobre la importación quede disponible, acopiado en el extranjero para cubrir los giros comerciales que sobre ese capital se libren; ó en otros términos, como esos giros han de ser para cubrir el valor de nuestras importaciones, consistirá la verdadera riqueza, no en que los valores salgan para no volver, sino precisamente en que puedan volver con ganancia á nuestro país, en forma de importación.

Así, Franz por ir á un polo ha llegado al opuesto: por querer probar que el remedio de nuestros males estaría en exportar mucho, viene á caer en la verdad demostrada, por los que él llama teóricos, de que la verdadera riqueza de una nación no debe medirse por lo que exporta, esto es, por el capital que despacha, sino por lo que importa, por lo que vale el capital que le entra y adquiere.

El mismo Franz así se ve obligado á reconocerlo al explicar por qué no se empobreció la Inglaterra en 1884, siendo que la cifra de sus importaciones superó á la de sus exportaciones en *mas de noventa y cuatro millones de libras esterlinas.*

«¡Vaya una gracia! exclama en la página 202. Pudiera no ser para ese país una ganancia noventa y cuatro millones de libras esterlinas, siendo exceso de la importación sobre la exportación! ¿Qué no ve el nuevo economista (don Agustín Ross) que *esa diferencia y mucho más se ha importado en materia prima para transformarla* y acrecentar el capital que ella representa, *ó en metales que retienen ó conservan su valor*, pues no van á ser comunicados, como sucede con las mercaderías que recibimos y á que está reducida toda nuestra importación?»

De esta suerte Franz, que comenzó por colocar la base de sus estudios en el aumento de la producción como fundamento de la riqueza, llega primero á establecer que el papel-moneda, estimulando y sosteniendo la producción, es una condición de nuestra riqueza, riqueza que sólo existe merced á tal arbitrio transitorio. En seguida, abandonando, ó más bien contradiciendo esta consecuencia, sostiene que exportamos muy poco y que el mal está en nuestra falta de exportación: y concluye por reconocer que tampoco el busilis de la cuestión está en que exportemos mucho, sino en que podamos girar sobre el exceso de nuestras salidas sobre nuestras entradas, indicando, á la vez, que el país verdaderamente rico, como la Inglaterra, recibe en sus importaciones el valor de su riqueza real en forma de materias primas para manufacturar, en pastas ó monedas metálicas que conservan su valor, ó en capitales que allí van á buscar colocación.

En esta misma senda de variaciones que recorre Franz en su empeño de defender el papel-moneda, encontramos nosotros formulado repetidas veces el verdadero problema que el país, y las autoridades

con él, está llamado á resolver; y no podemos menos de admirar cómo este problema, insinuado en diferentes pasajes del folleto, ha podido escapar á la observación y á la perspicacia del autor.

Efectivamente, en la página 28 dice dicho Franz, después de haber hecho notar que las letras de cambio como las demás mercaderías, suben de valor cuando hay demanda y bajan cuando hay oferta de ellas:

«La cantidad de letras ofrecidas y la cantidad de letras pedidas depende *exclusivamente* de las exportaciones y de las importaciones, es decir, de los dos factores principales del cambio, que ya hemos designado.»

En seguida añade que esto debe entenderse así sólo cuando se habla del alza ó de la baja *real* del cambio, es decir, tratándose del régimen metálico en la moneda.

«Mas, bajo el régimen fiduciario, agrega Franz, *además* de las exportaciones y de las importaciones, *entra á influir un nuevo factor*, y este no es otro que *el mismo papel-moneda.*

«Si la exportación excede á la importación»,—dice también en la página 190,—«el saldo se introduce *necesariamente* al país *en oro y plata*, y queda allí como un capital en reserva.»

Y algunas líneas antes había dicho:

«Las causas que puedan influir á nuestro juicio en las fluctuaciones del cambio *bajo el régimen del papel-moneda*, son las siguientes:

«1.ª La exportación y la importación.

«2.ª *El retiro de capitales á causa de la desconfianza en el país*, producido por un pánico momentáneo ó *por causas financieras.*

«3.ª El agio.

«4.ª Emisión de mayor cantidad de papel-moneda que la necesaria para el juego natural de los cambios.»

Si esto es así: si bajo el régimen de la moneda metálica las fluctuaciones del cambio dependen *exclusivamente*, como dice Franz, de las importaciones y exportaciones; si bajo el sistema del papel-moneda, este factor viene á perturbar la ley anterior: si á consecuencia de la desconfianza en la situación financiera del país, se retiran los capitales empleados en él, ¿cómo afirma Franz que cuando hay exceso de la exportación sobre la importación, este saldo debe introducirse *necesariamente* al país? ¿No es verdad que el problema, según el mismo autor, no está en la abundancia de producción y en el exceso de exportación sobre la importación, sino en el hecho de que se retiran del país los capitales para no volver á entrar sino merced á enormísimos premios?

Es cierto que el papel inconvertible del gobierno y de los bancos causó desde un principio un bienestar ostensible en nuestra situación económica, y tampoco podría negarse que, gracias á él, se ha mantenido hasta ahora una gran parte de la producción agrícola y minera del país. Pero si ha de confesarse que por obra del papel-moneda se aumenta la producción de aquellas industrias y se hacen posibles las exportaciones de sus artículos, habrá de reconocerse también que en la forma de esa mas abundante producción y exportación emigran para lejanas tierras gruesas y necesarísimas sumas que no se atreven á volver á Chile sino á condición de que se les avalúe en más del doble en nuestro actual tipo de cambio.

Exportamos mucho y sostenemos la exportación por obra del papel-moneda; pero si así seguimos exportando, habremos echado la casa por la ventana, según el dicho vulgar; y dentro de poco, marchando por ese camino, nada quedará que exportar.

Por otra parte ¿de qué sirve estar protegiendo á las industrias minera y agrícola cuando el país paga tan cara esa protección, á que no se divisa otro término que el del exceso mismo del mal?

Con la acción protectora del cambio bajo y del papel-moneda, es decir, con el sostenimiento artificial de aquellas industrias, se causan al país dos males gravísimos. Es el primero que se dificulta y se posterga, quién sabe para cuándo, el reemplazo de industrias que debe operarse en el país, variación que se hace necesaria desde que bajo el régimen normal económico los artículos chilenos, por el precio en oro que hoy alcanzan, no son bastantes para darnos ganancia en los mercados de su destino, y que, por lo tanto, no conviene producir para la exportación. Es el segundo de aquellos males que con el sistema legal y extraordinario del papel-moneda y con las consiguientes fluctuaciones y pérdidas que sufren los valores por obra y gracia de él, no sólo se resiste á venir al país el capital extranjero, sino que el que ya estaba empleado en él comienza á retirarse más que de prisa, llevándose los elementos de producción que con él se desarrollaban antes, y lo que es peor, arrastrando en su huida hasta las débiles esperanzas de que en esta tierra se pudieran establecer con el tiempo aquellas industrias destinadas á manufacturar nuestras materias primas y á sustituir en los mercados extranjeros á las ya insuficientes de las siembras y de la minería actual.

No se necesita mucho esfuerzo de imaginación para comprender que la gran causa de nuestros males financieros debe buscarse para combatirla y extirparla, si posible fuese, en el régimen legal del papel-moneda, que amenazando de muerte los salarios, las rentas, los capi-

tales y los valores todos, ahuyenta al caudal extranjero, que nosotros necesitamos imperiosamente, y que no conseguimos sino pagando premios fabulosos, como si el oro que se nos da por nuestro papel fuera el más temerario de los préstamos á la gruesa ventura.

Si el capital extranjero (y ya comienza á suceder lo mismo con el nacional) ve que no puede pisar esta tierra sin convertirse en el acto en papel de valor bajo é inseguro; si sabe que la ley prohibe celebrar contratos cumplideros en otra moneda que el mismo papel, á no ser que se prefiera el imperfecto y peligroso sistema de las permutaciones: si en cualquier momento que necesite retirarse ó convertirse, se ve expuesto á sufrir disminuciones ó pérdidas inevitables, claro está que no ha de buscar nuestros puertos si no es para irse á otras plazas en que se le den las garantías de conservación y de utilidad que aquí no son posibles mientras el régimen legal y corriente lo obligue á ser representado por una materia sin valor propio y tan variable como la moneda fiduciaria.

Así, todos los esfuerzos del país y de los que lo gobiernan deben dirigirse con mano firme y prudente á la desmonetización del papel fiscal y á establecer la convertibilidad del bancario, á fin de volver cuanto antes se pueda al régimen normal y fructífero de la moneda metálica. Y á esta obra deben cooperar con energía y constancia aun los mismos que colocan la causa de nuestros males en la escasez de producción, en la falta de exportaciones ó en la baja de nuestros artículos en los mercados extranjeros; pues nada hay que multiplique más los productos y facilite la exportación que la aplicación de los capitales á nuestras fuerzas espontáneas, ni nada puede haber más adverso á esta fecunda obra que la permanencia de papel-moneda como representante y medida de los valores.

Sentimos, pues, que Franz no haya puesto sus esfuerzos al servicio de esta causa, en vez de llevar su contingente en apoyo del gobierno, sostenedor del papel-moneda, que le permite, gracias á una riqueza aparente, ficticia i engañosa, mantener un lujoso tren de empleados i servidores, pagados á media ración con un presupuesto desproporcionado á nuestros recursos.

También acaba de aparecer el volumen décimo de las obras completas de don Andrés Bello, mandadas publicar por la Universidad y el Ministerio de Instrucción Pública. Contiene este tomo de la lujosa edición oficial los PRINCIPIOS DEL DERECHO INTERNACIONAL, precedidos de una introducción de don Miguel Luis Amunátegui, secretario general de la Universidad é individuo correspondiente de la Real Academia

Española, y seguidos de varios opúsculos y artículos sobre la misma rama del Derecho, publicados en diversas épocas por el señor Bello en las columnas del ARAUCANO.

La general cuanto merecida fama de que goza esta obra del señor Bello, que él destinó á la enseñanza, y que es el prontuario más estimable que se conozca, nos excusa de entrar en mayores apreciaciones sobre la materia.

Por mas que sobre este libro haya pasado medio siglo, y por importantes que hayan sido las modificaciones ocurridas en las practicas y en las doctrinas del derecho internacional, el libro de don Andres Bello no puede faltar en la biblioteca de ningún estadista ni podria ser ventajosamente reemplazado por otro texto en la instrucción universitaria. En efecto, su autor supo condensar con admirable profundidad y claro metodo las bases en que estriba esta ciencia, que al parecer obedece al variable interes y utilidad de las naciones, pero que realmente no es otra cosa que la aplicación de los eternos principios del bien y de la justicia á las diversas relaciones en que pueden encontrarse los pueblos unos respecto de otros.

Los que en los *Principios del Derecho Internacional de Bello* sólo descubren una aplicación del sistema utilitario de Benthan y de otros juristas de la misma escuela filosófica, no juzgan la obra del eminente sábio mas que desde el punto de vista de una engañosa apariencia. Para don Andrés Bello la utilidad en que basa el derecho no es otra cosa que el incontestable título de los pueblos para garantir su soberania, desenvolverse y progresar conforme á los fines que les están señalados por las leyes imperecederas de donde se derivan todas las prerrogativas y todos los deberes de la asociación humana.

En el libro de don Andrés Bello hay, pues, algo más que un resumen del derecho consuetudinario de su tiempo, y algo mas todavia que la exposición de las doctrinas de la escuela de los filósofos utilitarios: hay la profunda y habil aplicación de los invariables principios del bien y de la justicia á las diversas condiciones de los pueblos.

Por eso esta obra, honra de su autor, de la América y de Chile, vivirá muchos años más como nueva, y siempre será considerada como un monumento del vasto saber y de la preclara inteligencia de su autor.

Debemos también dar cuenta aquí, aunque no sea nuevo, de otro libro que poco há se ha recibido en la oficina de LA REVISTA, enviado á ella como obsequio de su autor. Nos referimos al VIAJE EN TORNO AL MUNDO, de don Pedro del Río, obra en dos hermosos volúmenes en 8.º, de XX—456 páginas el primero y de 524 el segundo, impreso

aquel en 1883 y éste en 1884 en la acreditada imprenta Cervantes.

El señor del Río, distinguido vecino de Concepción á quien una epidemia funesta dejó sin hogar, arrebatándole de un solo golpe las prendas más caras de su alma,—su amada esposa y tiernos hijos,—se lanzó en alas del vapor y de su infortunio á correr los azares y á afrontar los peligros de los viajes más atrevidos.

Sin amor por la vida, impetuoso y enérgico por temperamento, deseaba saborear aquellas extrañas y profundas emociones de lo desconocido, de lo imprevisto, de lo temible, que eran las únicas que pudiera apetecer su vigorosa constitucion física y moral, herida en lo más vivo y delicado.

Llegó así á Nueva York, cruzó el continente hasta San Francisco, se embarcó para el Japón y de allí á la China, atravesó el Asia y recorrió la Europa, todo en brevísimo tiempo y con febril actividad.

Y de cada uno de los numerosísimos lugares que el señor del Río visitaba en sus atrevidas excursiones, fué consignando variadas noticias en las hojas de su cartera, páginas breves, casi telegráficas á veces, que arrancaba á su diario para enviar á la prensa de su ciudad natal.

Reunió así el señor del Río los materiales de una obra interesante, nueva y amena, que sin presunción literaria dió poco después á la estampa en corto número de ejemplares destinados á sus amigos, y precedida de una introducción crítico-biográfica por don Benjamín Vicuña Mackenna.

Al leer este libro, uno siente el goce de las relaciones familiares de viajes y aventuras, y parece que acompañara al autor en sus peripecias, en sus emociones, en las variadas escenas que su vigorosa imaginación nos pinta con los colores de la más franca realidad.

Por este motivo, el VIAJE EN TORNO AL MUNDO de don Pedro del Río será siempre una obra que deje en el espíritu nociones útiles aprendidas con agrado, recuerdos imborrables y amistosa apreciación.

VICENTE AGUIRRE VARGAS.

Abril de 1886.

DESPEDIDA

Á LA EXPOSICIÓN ARTÍSTICA (1)

"Ni más ni menos, ni menos ni más"; y tras este extraño saludo un apretón de manos; "sí, el mismísimo García y Ramos ¿desde cuándo por Sevilla? ¿Y los pinceles? Yo, tal cual, pintando siempre; pero vamos á mi estudio que algunas cosas tengo que mostrarle y charlaremos allí."

Estas palabras oía yo en la capital de Andalucía, y cuando menos lo esperaba: desde Roma, hacía ya años, no habia visto á García, á quien, como á la mayor parte de los pintores que en esa ciudad estudiaban, había conocido muy de cerca. No olvidaré la primera visita que le hice en su taller á orillas del Tíber. Sentado ante el caballete cargaba galera, lo que, desde luego, en un pin-

(1) Si no hablamos en este artículo de los pocos cuadros nacionales expuestos, no es porque carezcan de mérito; lejos estamos de pensarlo; pero queremos dejar á la Exposición su verdadero carácter, según más adelante lo apuntaremos.

tor me pareció estrafalario. Y, si su figura era extraña, no lo eran menos los adornos que decoraban las murallas, que se veían cubiertas de grandes anuncios de corridas de toros, enviados desde Sevilla ex-profeso, colecciones de cajas de cerillas y mil otras disparatadas curiosidades entre las que se hacía notar otra colección de zapatos de mujer de todas formas, clases y épocas, usados todos por cierto.

Pocos meses han pasado desde entonces y me vuelvo á encontrar con García en la Quinta Normal de Santiago, en la Exposición de pinturas: allí está su *Salida de baile*, boceto lleno de la gracia, de la viveza y del color del andaluz.

Pero me adelanto á mi objeto, que no es hacer elogios ni detenidas críticas de cuadros estudiados ya y dados á conocer al público por inteligencias de buena educación artística, sino coger al vuelo las ideas que esta brillante Exposición ha despertado y contestar á más de un pesimista que no ve esperanza alguna para el desarrollo del gusto artístico entre nosotros. Puede, sin embargo, que al mirar las telas, que con harta pena nuestra van á dejar pronto vacío el templo griego de la Exposición, olvidemos este buen propósito y discurramos algo sobre ellas, aunque de carrera sea. Por lo que hace á mejoramiento en el gusto sentaremos desde luego un hecho revelador. ¿Quién de los que antes asistió á las rarísimas exposiciones de cuadros que entre nosotros había, no vió en Vély, autor simpático del *Pozo que habla*, la realización del ideal artístico? Y ¿quién, fuera de algún atrasado admirador de Atala, romántico de falsa escuela, no da la preferencia ahora á cualquiera de las pequeñas tablas que nos muestran el arte vivo y verdadero como lo

concebimos hoy? ¿Está tan lejos el tiempo en que no sólo en las aduanas se calculaba el valor de los cuadros por el de los centímetros que medían?

Y, ya que un recuerdo nos hizo comenzar con un autor español, ¿no nos bastaría citar desde luego esa tablilla maravillosa de Fortuny, titulada *Buñoleras de Sevilla*, que, aunque pequeñísima y hecha, al aparecer, sólo para artistas, es de todos admirada? ¡Cómo nos encanta esta escuela española con su brío y color inimitables! Por cierto nada hay en ella como Fortuny de quien muestra bien escasa son las *Buñoleras*, juguete de un momento, anotación de color no realizada; pero bien merecen figurar con él otros autores de quienes más completos trabajos hay en nuestra Exposición. Tenéis allí un cuadro, reducción de otro que obtuvo la primera medalla en Madrid en el año último y colocado hoy en el Real Museo del Prado, cerca de Doña Juana la Loca, del incomparable Pradilla y del Testamento de Isabel la Católica, del inmortal Rosales: *La Conversión del Duque de Gandía*, por Moreno Carbonero. Es este uno de los pintores más jóvenes de los que gozan renombre en España: en él todo es fantasía, imaginación, color y brillo; parece que hubiera nacido con los pinceles en la mano y ni siquiera ha tenido tiempo para consagrarse á estudiar el dibujo. En el mismo Museo del Prado hay otro cuadro suyo que es difícil olvidar: representa á don Carlos de Viana, flaco, enfermizo, sentado en un alto sitial gótico, embebido en el estudio de unos grandes libros forrados en pergamino y con un enorme galgo dormido á sus pies. Hay un aspecto de debilidad dañina y de superstición en la figura del príncipe, que lanza al que lo mira en especulaciones sobre lo que hubiera sido la suerte de España entregada

á esas manos. Y, sin embargo, manos como las suyas fueron las que llevaron el cetro después.

Preciso es, al dejar á Carbonero, mirar á Zamacois y á González, dos españoles parisienses, de jéneros diversos, pero agradables y risueños ambos. El primero, muerto ya, casi alcanzó á ser pintor de moda en París; y no es extraño que, en su estilo, no cediera á los mejores. Conocimos mucho á González, que alcanzó una medalla en el Salón con el gracioso cuadro del *Bautizo*, una de sus mejores telas. Pero González pinta demasiado y más de una vez en su taller nos sentimos abrumados con las eternas é iguales sederías y composiciones á la Luis XV; verdad que todo lo hace olvidar con alguna de sus bellísimas notas de color. Entre estas hay en Santiago una deliciosa cabeza de niño, que de veras sentimos no haber vuelto á ver en las murallas de la Exposición. Igual cosa podríamos decir de Miralles: el mismo coleccionista poseedor de aquella cabeza, tiene de éste una figura de mujer, una mujer no joven, que revela en el semblante un cansancio de la vida, un hastío de los placeres, una de esas tristezas mortales y sin consuelo que sobrecogen y fascinan. ¡Cómo piensa! exclamaba una vez al verla Alejandro Dumas, que al través de la tela imajinaba tal vez uno de sus profundos caracteres de mujer.

Todo es risueño, gracioso y chispeante en esta escuela española, á la cual ya no se podría aplicar el verso en que Gauthier pintaba á Ribera:

Tu sembles ennivré par le vin des suplices.

Allí están Lizcano con su bellísimo cuadro de las *Lavanderas*, Mondeón y Ocón, con sus marinas, Benlliure con sus luchas de taberna, Sala, uno de los realistas más

notables que conocemos, si no mucho puede decirse en su favor al ver el poco agradable cuadro que de él se ha expuesto; y, último en la lista, pero no último en mérito, el peruano Hernández, á quien en Madrid se considera casi á la altura de Villegas.

Villegas es el pintor de los altos precios: la última vez que le vimos pintaba una tela inmensa, un asunto veneciano. Su taller está lleno de esas pequeñas composiciones andaluzas que pagan á precio de oro los millonarios de Nueva York; pero ¿será que la realidad puede más que el arte? casi no pudimos nosotros apartar la vista de un cuadro vivo, una lindísima muchacha italiana que le servía de modelo. ¡Qué vida la de estos pintores! ¡Qué de deliciosos ratos en el santuario del taller, y quién no se inspiraría en la admiración, no siempre platónica, de una belleza viva, rica con la sangre generosa del mediodía!

No olvidaremos tampoco al amable Palmarolli, que tan agradables ratos nos hizo pasar en la Academia de España; en Roma, en las alturas de San Pedro en Montorio, cerca del templo erigido por los reyes Fernando é Isabel; ni al primero de todos, á Pradilla, que robaba á veces brevísimos momentos á sus catorce horas de trabajo diario, para quejarse á importunos admiradores, con la modestia del genio, de lo infructuoso de su trabajo. Y en esto sí que podemos darnos todos los parabienes; porque uno de nuestros hombres de gran fortuna, uno de aquellos que sabe gastarla, ayudando al progreso intelectual é industrial del país, olvidando la pesadilla del cambio y los derechos en oro, ha pedido al maestro por medio de uno de sus amigos, que sólo así se obtiene algo de Pradilla, un gran cuadro histórico, que será la más rica joya de las colecciones modernas de Santiago. Bien

habría podido hacer otro tanto en pasados tiempos el Gobierno, inmortalizando como se debiera, y no con marcos dorados y telas vacías de todo, menos un poco de revuelta pintura, nuestras glorias nacionales. Recordamos todavía el entusiasmo con que Pradilla nos hablaba del combate de Iquique, que sacudía todas las fibras sensibles y nobles de su corazón de artista, asegurándonos con cuánto entusiasmo pintaría él esa escena digna sólo de grandes pinceles. Pero un pintor necesita de modelos, de viajes, de estudios, de dinero, en una palabra, y eso no se puede dar con sólo el entusiasmo.

Y esto del dinero me hace recordar una verídica historieta, que me vais á permitir contar, aunque me aconteciera á mí mismo, porque se refiere á un gran pintor, á Cazin, autor del magnífico *Arrepentimiento de San Pedro* y del triste paisaje de invierno, dos de las notas más originales de la Exposición; pues tiempo es ya que digamos adiós á los españoles y miremos un poco la escuela francesa, brillantemente representada también en las salas de la Unión. Era yo todavía muchacho, estudiante, y por consiguiente (digo por consiguiente, como si todavía no lo fuera), de recursos escasos. Un buen día se le ocurre á mi padrino la feliz idea de enviarme á París dos mil francos, ingente suma entonces para mí, diciéndome que los invirtiera en hacerme un regalo. Héme aquí pensando qué hacer con mi pequeño capital, esclavo casi de la inesperada fortuna. Una idea brillante me salvó: fuí al taller de Cazin, pintor desconocido entonces, admirado sólo de los iniciados, y le dije: Aquí tengo dos mil francos: ¿queréis hacerme un cuadro? La joven esposa del pintor, que trabajaba con él, se sonrió, y la

oferta fué aceptada; se eligió el tema, se fijaron las dimensiones y me retiré lleno de orgullo por poder comenzar mi colección de cuadros con oro de tan buena ley. Al poco tiempo, teniendo que salir de París, dejé el dinero á un comisionista y le encargué la remisión del cuadro tan luego como estuviese concluído; pero los meses pasaban y el cuadro no llegaba. Por fin, lo vi... en grabados de periódicos artísticos y ya no mío. El comisionista había hecho bancarrota; Cazin, sin esperar más, había vendido el cuadro y, lo que es peor, se le había dado una primera medalla en el Salón de París; y los aficionados, disputándose sus telas, las habían puesto, por sus altos precios, para siempre fuera de mi alcance. He ahí la historia de mi primer cuadro.

He oído á menudo á nuestros estudiantes de pintura que la enseñanza pictórica en Chile es deficiente. ¿Cómo puede ser esto así? me he preguntado más de una vez en la Exposición Artística. ¿Qué más enseñanza que la de tener los mejores modelos que puede tenerse? ¿Acaso puede un pensador quejarse porque no ha recibido lecciones de los grandes filósofos, cuando tiene sus pensamientos escritos en los libros de su biblioteca? Pues ¿qué más queréis? Lo que los franceses llaman factura es ciertamente mecánico; pero ni es tan difícil de alcanzar, ni entre nosotros falta; y en prueba de ello me bastaría haceros notar un pequeño boceto, *Luz de tarde*, de un autor nacional, don Pedro Lira, que en ese conocimiento á nadie cede: lo que falta es la idea. ¿Queréis ser paisajistas? Aquí teneis una naturaleza rica en toda clase de bellezas; recojeos en vosotros mismos, contempladla, adoradla, y si nada os dice, si no sentís que penetra en

vosotros y se transforma en obra de arte, secad los pinceles y cerrad vuestra caja: vuestro amor no es correspondido; artistas en el alma nunca seréis pintores.

Por cierto no puede decirse lo mismo de la pintura del natural, que requiere modelos, academias y consejos. Pero no creáis que éstos son como los consejos que nuestros profesores de dibujo dan á sus bellas alumnas y que consisten en hacer ellos mismos las partes más difíciles de la obra; no, por cierto. Tenéis una Academia, la de Lefebre en París, por ejemplo, á donde se reunen hasta cerca de cien jóvenes á hacer dibujos del natural; el maestro viene sólo unas dos veces por semana, y su revista es rápida, apenas si parece mirar los dibujos. Alguna palabra aquí, alguna observación allí, sólo á donde el campo promete fruto. Lo que los ojos propios no descubren, no lo revelan tampoco palabras extrañas, y la lección se reduce á inculcar la máxima: "Estudiad á la naturaleza y copiadla". ¿Cómo? diréis. Como el corazón os lo inspire, ese es el arte. Allí tenéis á Corot. Un día su padre le ofreció cien mil francos si quería hacerse comerciante, ó una corta suma anual, dos mil francos, si quería ser pintor. Corot optó por lo último y se fué á Roma; había allí en la Academia de Francia gran número de pintores franceses y jóvenes como él, muchos de ellos conocidos ya en el mundo artístico, que al principio lo miraban casi con desprecio. ¿Qué significaban esos plomos, esos grises, esos verdes pálidos? Corot pedía la contestación á la naturaleza pasando días y días en extática contemplación de sus bellezas: la naturaleza era así y no podía engañar; y así surgió el paisaje idealista y Corot llegó á ser uno de los primeros paisajistas franceses. ¡Pobre Corot! "No me quejo, decía al morir; he hecho du-

rante cincuenta y tres años lo que más me encanta: pintar.» ¿No os gustan los paisajes idealistas? buscad el vigor de tono, la fuerza, el realismo en Alfred de Dreux, de quien se exponen dos joyas, en Grandsire y en otros. Esta exposición es ante todo docente; si á muchos nos hace gozar, su principal objeto y su mejor fruto es la enseñanza que procura á los que la buscan. Y es una verdadera suerte y una fortuna que se tenga entre nosotros escogidas muestras de cada género y de cada estilo; en prueba de ello basta ver los nombres que de carrera vamos estampando. Así se ha formado una verdadera academia á donde puede cada cual ver el camino por el cual á su ideal artístico se llega y la manera de seguirlo.

¡Qué variedad y riqueza en esta escuela francesa! Podéis buscar en ella todos los tonos. Allí tenéis á Pelouse; no sé cuál de sus dos paisajes es más admirable, la mañana fresca y húmeda en la verde campiña, ó la caliente tarde con sus rojos arreboles y secos trigos; á Daubigny, cuyos bocetos llevan en sí tanta poesía; á Descamps, colorista brillante; á Bernier, á Jacques, á Veyrassat, á Coignard, á Srot, á Reidel y á Zuber, premiado últimamente en el Salón é inimitable en el manejo de los grises en sus efectos de sombra. Es inútil que me resista á enumerar: los nombres se me agolpan y salen como por fuerza. Pero ¿cómo hablar de la Exposición y pasar en silencio á Isabey, á Ziem, á Clays, que, aunque belga, pertenece á la escuela en que nos vamos ocupando, y cuya *Fresca brisa* es de las cosas buenas que él ha pintado? ¿Y á Chaplin, que tanto nombre alcanza ahora, aunque la pequeña cabeza que de él se expone no da idea de la rica y sensual manera del maestro? Francamente, de cuando en

cuando nos agrada salir de la apacibilidad de un hermoso cielo ó manso lago y bañarnos en la ardiente vida de una de esas figuras concebidas en una especie de delirio, que agitan y hacen correr la sangre como el estímulo de vino generoso.

El gran Morelli, el *papá* de los pintores italianos, como le llamaban en un libro escrito á propósito de la Exposición de Turín, tiene un cuadro de aquellos que, por su violento realismo, con mayor fuerza sacuden y despiertan las sensaciones. No nos hacemos aquí defensores de la escuela cuya única tendencia es el sensualismo, escuela que de harta boga, por desgracia, goza en Francia, ilustradora á lo vivo de Zola; sino que creemos que hay en toda revelación del arte la hermosura de la forma, y que la forma sola, sobre todo la humana, puede ser objeto de admiración y de culto artístico. El cuadro de Morelli, de quien tenemos en la Exposición un boceto apenas, por la grandeza de la idea y la ejecución notable, el cuadro de Morelli, digo, á que me refiero más arriba, es una *Tentación de San Antonio.* Imaginaos una pobre celda, de murallas blanqueadas apenas y de suelo cubierto por miserable estera. Al soplo del genio infernal llegan en tropel los espíritus de la sensualidad; el santo, flaco, lívido, recogido contra un muro, presa de una horrible lucha, quiere escapar á las visiones; pero estas, en forma de hermosísimas mujeres, le rodean, le acosan y le oprimen. Retorciéndose debajo de la estera asoma una figura, medio descubierto el seno, de rojo cabello y de lasciva sonrisa, que deja entrever una boca húmeda y llena de provocaciones. De las murallas, de todas partes brotan como ésta otras figuras, y todas le invitan, le llaman, le fascinan, y parece verse en

el desencajado rostro del fraile el último resto de fuerza y de espíritu que le defiende y contiene.

¡Pobre Teniers! qué ridículas parecen después de ésta tus *Tentaciones de San Antonio*, en que el santo se ve fastidiado por una falange de pequeños diablillos de enroscada cola, largos cuernos y cabeza de murciélago!

Morelli es un gran pintor; y, lo que es más extraño después de lo que arriba hemos descrito, lo es, sobre todo, en el género religioso. Nadie que sepamos, si no es Munckacsy, ha dado tanta grandeza, tanta dignidad á la figura divina del Cristo; nadie tampoco mayor verdad histórica, pues nos representa á los personajes del Testamento con todo su color propio, tales como debieron ser, y no como malas estampas y cuadros de una época de ningún discernimiento, nos los han hecho concebir. ¡Qué contraste con la *Tentación* forma su cuadro de *Cristo entre los locos!* Ningún hombre se atrevía á penetrar en la especie de circo en que, como á bestias feroces, la crueldad antigna tenía encerrados á aquellos infelices. Entra Jesús, y las fieras humanas, más enloquecidas por el aislamiento y la miseria, al precipitarse sobre él son detenidas, humilladas y vencidas por la irresistible mirada que humilla y vence á los más sombríos espíritus del averno: Los locos, arrastrándose alrededor de él, parecen adivinar una fuerza que no comprenden; y él permanece sereno, inmutable, siempre Dios, como al marchar sobre las aguas tumultuosas del mar, en el cuadro de la Exposición Artística. Al mirar á éste, necesario es tener presente que sólo es un boceto, robado amistosamente, puede decirse, al taller del pintor, mediante hábil estrategia, porque Morelli no se desprende ya de sus obras. Verda-

dero artista, pinta sólo por el amor que sus concepciones le inspiran.

No nos atreveríamos á decir lo mismo de Passini, otro maestro que hace honor á la escuela de Italia, porque notamos gran diferencia entre las dos telas que de él se exhiben y que se llevan la una á la otra veinte años de diferencia. Ambas están inspiradas en su viaje á Persia, que ha sido la inagotable mina de sus producciones; mas, al paso que la una que podemos llamar el *Descanso de la Caravana* revela todo el corazón del pintor, la segunda, que es también la más nueva, deja sólo ver al maestro. Hay en aquella una atmósfera de tarde encantadora: hombres y animales se preparan á descansar, una yegua interrumpe el triste silencio con largo relincho, y el humo de la fogata sube recto hasta el cielo dejando ver la calma profunda, casi de muerte, de las profundidades del desierto.

Y, para que no se diga que elogiamos todo en esta tierra de críticos en que todo se critica, en donde la mitad de los que gastan la tinta de las letras, falta y pobre de producción propia, espera que la otra mitad escriba para criticarla, contando con ser á su vez criticada, nada diremos de Tiratelli, cuyo taller monótono en brillantes exajeraciones nos tenía casi fastidiados, habiéndonos hecho perder para siempre el agrado que sus primeros trabajos, aquí expuestos, nos produjeron. Dejemos las trillas y ovejas, siempre iguales, envueltas en polvo dorado, y busquemos un efecto de luz más nuevo en las agradables marinas de Dalbono y en la intencionada y fatídica laguna de Franceschi; ó, si el sol de Italia nos cansa, busquémoslo en las nieves y pinos agrestes del paisaje escándinavo de Saal.

No es cosa fácil, sin embargo, dejar á Italia: sin sentirlo hemos pasado el umbral de la última sala y estamos en presencia de los verdaderos maestros. Detengámonos un poco; no temáis disertaciones con olor á pedantismo, ni os asustéis creyendo que vuelva á cometer el delito de las enumeraciones. El tiempo es corto. Sentémonos, con todo, y no pasemos delante de estas telas como muchos de los visitantes á la Exposición: como pasa la mariposa ante las flores á que el tiempo ha robado su primera frescura. Este solo salón vale más que los otros dos. ¡Qué de ideas no despierta en el espíritu! mirad cualquiera de los cuadros que hábil crítica señala como superiores, pues de esta naturaleza los hay, y tanto, que os aseguro que los mejores museos de Europa envidiarían algunas de esas telas, miradlos largamente, con ojos de artista, con ojos de amor, y veréis cómo nace en ellos no esperada belleza y encanto desconocido. ¡Qué tiempos aquellos! Aquellos sí que eran pintores, no pintores de *chic* que entretenían una tarde buscando un pasajero efecto, sino almas llenas de admiración por lo bello, á cuyo culto sacrificaban el bienestar y hasta la vida.

Una academia de pintura entonces no era lo que es ahora; era una propaganda; las escuelas luchaban como los partidos, y dejando á la Madonna sobre el caballete se corría á tomar la espada, si no se recurría al puñal ó al veneno. Todo faltaba entonces: cada artista tenía que descubrir sus colores, sus medios de procedimientos; no había fáciles preparaciones, arreglados aceites, disimuladores barnices; pero el color era puro, destinado á larga vida, y el toque largo y franco, sin secretos ni ambages. ¿Cómo se verá el mayor número de los cuadros de

nuestro tiempo al cabo de unos cuatrocientos años? No serán probablemente sino manchas oscuras en que los betunes habrán devorado toda la frescura que les da pasajero encanto. La idea también habrá pasado, que, hija a menudo de la moda variable, se habrá desvanecido como ésta, dejando sólo líneas insípidas y sin intención; y, si algún cuadro de estos sobrevive, se le dará tal vez vuelta contra el muro y se dirá de él: es de la decadencia.

Por eso es que los cuadros antiguos vivirán siempre: el artista está encarnado en su obra. Se ve cómo el pensamiento se ha desarrollado y ha surgido por fin completo y lleno, después de largos años de concienzudo trabajo. En ese tiempo se sentía lo que se pintaba, y el pintor, encerrado en sí mismo, lleno de su idea, llegaba hasta hacerse místico para comprender el sentimiento que debía agitar á los personajes que representaba. De allí la celeste expresión en las cabezas, la dulzura, el arrobamiento que hace que algunas figuras se desprendan de la tela para volar al cielo mitad cristiano y mitad pagano, que el artista en sus alucinaciones se forjaba. Sólo el sentimiento religioso pudo hacer llegar la pintura á lo que fué: la vida humana no da suficiente vuelo á la fantasía, ni grandeza bastante á la concepción; la naturaleza misma á veces enmudece; es necesario que el hombre, para dar la nota más alta de sus facultades, acuda á ese germen confuso de ideales infinitos, que se agita en su espíritu, como preludios de inmortalidad y como nuncios de la perfección eterna y cumplida á que inconsciente aspira.

Estudiad á los antiguos ya que tan rica colección de ellos entre nosotros existe. ¿Nada os dicen? pues enton-

ces... no hablemos más bien y sigamos amigos como antes.

De toda suerte el grano sembrado con hábil mano y sana intención habrá fructificado y la Exposición Artística habrá sido bien aprovechada enseñanza. Los jóvenes pintores deben estar reconocidos a la Unión, y también nosotros, simples mortales, que hemos ido á olvidar por breves momentos, bajo los frondosos árboles de la Quinta primero, y en la clásica sombra del templo griego después, los vanos y amargos cuidados de la vida y la miseria de nuestras luchas políticas.

Ojalá que aquella lección se aproveche y continúe, si no con nuevas exposiciones, imposibles casi por la situación financiera del país, que tan difícil hace la introducción de nuevas obras de arte, con el entusiasmo de los que trabajan y la generosidad de los que poseen; que nunca cierren éstos sus puertas á los que golpeen á ellas buscando lección y consejo en los maestros mudos que adquiere la fortuna y el talento aprovecha. Vendrá un día en que sea timbre de honor el que cada ciudadano, recogiendo en largos viajes su contingente al progreso artístico, sea cuadros, estatuas ó estampas, llegue á depositarlo devotamente á un museo de la ciudad natal para enseñanza y deleitación de todos.

Ese momento no ha llegado entre nosotros. ¿No se correría el riesgo que nuestro Ilustre Cabildo arrendara por quince años el Templo del Arte?

JUAN DE NIVELLE.

BLANCA

I

Hay nombres que retratan; parecía
cuando envuelta en su túnica de nieve
luz á la estancia daba y alegría
la que hoy mi musa á recordar se atreve,
cisne de pluma leve
arrojado á la tierra por acaso
en el risueño y apacible día
en que nació el amor; hasta su paso
era como el del cisne vacilante...
por causas que diré más adelante.

¿Dónde la conocí? Lo tengo escrito
en el sagrado libro en que se escribe
lo ideal, lo sublime, lo infinito,
lo que nunca se olvida, lo que vive.
En ese panteón de la memoria
donde en horas de calma,
gozamos releyendo nuestra historia
con los ojos del alma.

*
* *

Vagaba yo una noche á la ventura
contemplando del arte los primores,
por la ciudad, sin par en hermosura,
que hizo del Arno espejo de sus flores.
Allá templo vetusto
dejábame un instante embebecido,
aquí gallardo busto
sobre marmóreo pórtico esculpido.
De Strozzi y del Barchelo
ya los palacios admirado había,
perderse vi en el cielo
la torre de la vieja Señoría,
y de Orcagna en la Logia primorosa
miré, con honda pena,
de Perseo la hazaña valerosa
y la angustia cruel de Polixena.
Por calles y callejas extraviado,
solitario y sin guía,
más de la mente que del pie cansado,
mi romántico viaje proseguía,
cuando un rumor de música liviana,
fabricada en París por consiguiente,
me condujo, venciendo mi galvana,
á una casa ni nueva ni decente,
del *Corso dei Tintori* no lejana.
Rebosaba el portal lleno de gente,
inquirí, me advirtieron, hallé el modo
de divertirme y descansar un rato,
y poniendo á pupilo el sobretodo
di en un baile de máscaras barato.

No lo he de describir; saber os baste
que era inmenso el salón, y en él reinaba
de miseria y de lujo tal contraste,
que al dolor y á la risa provocaba.
Sobre la muelle alfombra
cien parejas danzaban confundidas,
y cien en la penumbra ó en la sombra
cantaban á compás enronquecidas.
Mujeres agradables y discretas
iban pidiendo amor, dicha ó fortuna;
todas eran alegres y coquetas,
todas quizá felices... menos una.

En el ángulo oscuro
del salón que al de baile precedía,
sentada, y apoyándose en el muro,
la vi al pasar; ni hablaba ni reía:
de su contorno puro
blanco traje las formas descubría,
y el antifaz, que la ilusión provoca,
dos hileras de perlas en su boca.
Acariciando la desnuda espalda
caían desceñidos los cabellos
hasta rozar su falda,
tan rubios y tan bellos
cual si fueran de un ángel la guirnalda.
Hízome sitio, y me senté á su lado;
traté de hablar con ella, y un sollozo
brotando de su pecho acongojado
convirtió en amargura mi alborozo.
—¿Sufres, máscara?
—Sí, dijo tranquila,

en mí fija un instante
de sus azules ojos la pupila,
y con el ritmo grato que se estila
en la patria del Dante.
—Sufrir contigo quiero
si me dices tu pena...
—Desvarío;
debes ser por las señas extranjero:
¿qué te puede importar el dolor mío?
—Más de lo que presumes...
—Pues ¿quién eres?
—Un viajero cansado hasta hace poco,
que no ha visto entre todas las mujeres
ninguna como tu...
—Pareces loco.
—¿Nada tienes que hacer?
—Nadie me obliga.
—¿Serás franca conmigo?
—Seré franca.
—¿Con quién viniste aqui?
—Con una amiga.
—¿Cómo te he de llamar?
--Llámame Blanca.

II

Dulce y pausado penetró en mi oído
de la beldad incógnita el acento,
que vibraba confuso entre el ruido
semejante al bramido
de turbias olas ó de ronco viento.

Alguna que otra vez tiernas parejas
delante de nosotros desfilaban;
citas, requiebros, quejas,
el espacio de música llenaban,
mientras cediendo á mi rogar ansioso
y con su mano trémula en la mía,
de su existencia el velo tenebroso
la máscara á mis ojos descorría.
Cerca de un año hacía
que abandonó su pueblo del Piamonte,
y allí padre y hermanos más pequeños,
buscando en el artístico horizonte
la realidad de sus alegres sueños.
El baile su afán era,
y pronto la Academia en que estudiaba,
elevándola al rango de primera,
un bello porvenir le presagiaba.
Pero antes de llegar ¡cuántos reproches
nublaron su ventura,
cuántos días sin pan, y cuántas noches
de fatiga, de insomnio y de amargura!
Escollo la hermosura
fué para la infeliz en su camino:
se propuso vencer, y de ardor llena,
mártir de la virtud y del destino,
victoriosa por fin... subió á la escena.
No era crecido el sueldo que tenía,
mas no sólo bastaba
para vivir humilde cual vivía,
sino que haciendo cálculos, hallaba
que muy pronto una parte

iba el llanto á enjugar de los que amaba,
¡Qué gloria para el alma y para el arte!

.....

Calló Blanca, y su frente
doblóse como herida por el rayo,
brilló una perla en la pupila ardiente,
y volviendo después de su desmayo,
—llévame á respirar,—dijo doliente.
Su brazo enlacé al mío,
y como tiembla en el rosal la hoja
cargada de rocío,
comenzamos á andar... yo sentí frío...
todo lo adiviné... Blanca era coja.
—¿Comprendes mi dolor? murmuró triste;
yo la atraje con fuerza á mi costado,
y entre una risa aquí, y acullá un chiste,
cruzamos el salón iluminado.
Poco después, serena,
me refirió su dolorosa cuita;
¡cuánto conmueve al corazón la pena
de una mujer bonita!
—Se ensayaba la escena encantadora
de un baile muy reciente,
que se titula *El Carro de la Aurora*...
—¿Y eras la aurora tú?
—Naturalmente.
Entre nubes el carro aparecía
tirado por querubes,
y yo en el carro atravesar debía
la transparente gasa de las nubes.
Hícelo así, pero en mi raudo vuelo,

mal seguro sin duda el andamiaje,
con querubes y carro vine al suelo
enredada en los pliegues de mi traje.
No era grande la altura,
pero al ponerme en pie lancé un gemido;
aquella torcedura
muerte más que dolor para mí ha sido.
—¿Qué dicen los doctores?
—Casi nada:
que el tiempo y muchos baños
darán fuerza á la parte lastimada,
si vivo sin bailar dos ó tres años.
Y hace ya casi un mes, y yo no duermo,
y oigo á mi alrededor dulces mentiras,
y me llama mi padre, que está enfermo,
y debo cerca de trescientas liras.
—Mas ¿no tienes amigos?
—Tuve algunos
que de su amor me hicieron mil alardes:
en la ventura les juzgué importunos,
frente á frente del bien fueron cobardes.
—Y ¿qué resolverás?
—No lo concibo;
me empuja al precipicio la primera,
la misma anciana en cuya casa vivo,
y antes que dar en él morir quisiera.
—Te afliges sin motivo;
¿no tienes madre?
—¡Ay, Dios! ¡si la tuviera!
—Blanca, jura que es cierto
cuanto me acabas de decir.
—Lo juro

por las ocultas lágrimas que vierto;
no tiene la verdad sello más puro.
—Pues bien, el baile acaba
y vienen á buscarte tus amigas;
es preciso que hablemos.
—Lo anhelaba:
haré sin vacilar cuanto me digas.
Buscando una esperanza aquí he venido
y ella la angustia de mi pecho arroja,
Plaza del Arno, diez, allí su nido
tiene la pobre coja.
—Mañana te veré, y hasta mañana
ningún pesar te apene.
—Me tendrás esperando en la ventana,
simpático español.
—Bella italiana,
no he de olvidarte: ¿y tú?
—*Ti voglio bene.*

III

Guarda la vida en su rodar constante
horas de anhelo grato,
de dulce paz, de angustia delirante,
de calma ó de arrebato.
Horas que son un siglo y un instante,
conforme nos redimen ó condenan,
y en cuyo fondo lúgubre germinan
las flores que fascinan,
los frutos que envenenan.
¿Quién de ellas no ha bebido

el calmante ó la hiel? Yo las evoco
sacándolas del polvo del olvido
en que yacen ha tiempo sepultadas,
y las del porvenir estimo en poco,
gozando en recordar las ya pasadas.
Una entre todas bella y seductora
mi atención solicita,
la recuerdo muy bien; era la hora
que de mi Blanca precedió á la cita.

Juguete de amoroso desvarío
como si del Edén fuera al encuentro,
por ancha calle que divide el río
de la plaza del Arno llegué al centro.
No turbaron mi vista las mansiones
que en rededor se alzaban,
cuyos negros y antiguos torreones
su perfil en el cielo dibujaban:
pues como si de antorcha me sirviera
el rayo de la luna bendecida,
de un modesto balcón tras la vidriera
su vaga sombra iluminó en seguida;
salvé la calle, y pronto la escalera
crujió bajo mi planta decidida...
Sus manos que el postigo me entreabrieron
á mis manos después se entrelazaron,
y aunque nada los labios se dijeron
algo los ojos en secreto hablaron.
Ya en su cuarto sencillo y elegante
del color de su falda, blanco y rosa,
al reflejo de lámpara brillante
pude mirarla á mi placer. ¡Qué hermosa!

De virgen parecióme su semblante,
su andar de ninfa, su esbeltez de diosa,
y, marco á tan espléndida belleza,
brillaba y atraía,
la aureola de encanto y de pureza
que en torno de su faz se difundía.
—Siéntate junto á mí, Blanca, la dije:
y aleja de tu alma
ese pesar que sin razón te aflije:
preludio es la tormenta de la calma.
—Tu fuistes el primero,
me replicó, que el límite sagrado
traspuso de ese umbral; noble y sincero
en acciones y frases te he juzgado,
y qué piensas de mí, saber espero.
—Pienso que eres un ángel...
—Y deseas
que lo deje de ser...
—Si tu destino
obstáculos no pone á tus ideas,
no seré yo quien tuerza tu camino.
Dos son los que á la vista
te muestra el porvenir, y escoger debes;
has muerto para el arte como artista,
tienes que ser mujer; vé si te atreves.
De un camino á la entrada
te sonríe el amor; senda de flores,
donde acechan el fin de la jornada
placeres y dolores.
Como tesoro oculto á la mirada
brillarán escondidos tus fulgores,
y en la vigilia inquieta

de noches deliciosas y sombrías,
un hombre, y si tú quieres un poeta,
te arrullará con dulces melodías.
—Y ese hombre?...
—Está á tus pies.
—Si me decido
¿qué durará tu amor?
—Á nadie engaño:
puede vencer al tiempo y al olvido,
pero puede morir antes de un año.
—¿Nunca la eternidad?
—Nunca la esperes;
uno de tantos nombres
con que engaña el demonio á las mujeres
y á su vez las mujeres á los hombres.
—De modo que si incauta yo te amara
no sabiendo olvidar...
—Fuera mal hecho,
y acaso yo también lo lamentara...
—¿Me queda otro camino?
—Sí; el derecho.
Torna al valle feliz en que naciste
y te esperan tu padre y tus hermanos,
cuéntales que al caer sólo caíste
desde la altura de tus sueños vanos.
Allí tu vida correrá dichosa
y, cuando el caso llegue,
gozarás del amor y de la prosa
con un gañán que te ame, ó que te pegue.
—Prefiero, aunque te espante,
morirme en mi rincón de hambre ó de hastío
á ir de uno en otro amante,

dichosa al fango, desdeñada al río.
En el primer sendero
me ofrece protección tu mano franca,
mas yo busco el segundo, y no el primero,
¿quién hacia él me guiará?
—Yo también, Blanca.
—¿Tú?
—¿Lo dudas?
—No sé; siento una pena
y un placer á la par, que estoy temblando...
¡me cuesta tantas lágrimas ser buena!...
—¿Cuándo piensas partir, responde, cuándo?
—¿Pero es verdad?
—Ni sueñas ni deliras,
tu gusto á hacer me inclino;
toma:
—¿Qué es esto?
—Las trescientas liras
que al punto pagarás.
—¡Cielo divino!
—Me lo dijiste anoche
y sé que tus apuros eran grandes;
¿quiéres irte mañana? Vendré en coche
para llevarte al tren.
—Lo que tú mandes.
—Pues basta de llorar; déjalo todo
y dispón el tocado y la maleta;
¿recelas ya de mí?
—De ningún modo:
pero ¿quién eres tú?
—Soy el poeta.

IV

Cuando al andén de la estación salimos
iban las ocho á dar; el tren partía
á las ocho y minutos; distinguimos
un coche de primera, en el que había
dos señoras ó tres, y ¡aquí! dijimos.
Puso Blanca en su sitio el equipaje,
y, atrayéndome á sí con furia loca,
saltó otra vez al suelo,
mientras su fresca boca
murmuraba en patético lenguaje:
—¡Cómo te voy á amar!
—¿Dónde?
—En el cielo.
Sonó á punto el *¡partenza!* Ella, dudando,
sobre mi pecho reclinó la frente;
yo la abracé callando,
se unieron nuestros labios dulcemente,
acercóse la máquina silbando
y un ¡adiós! escuché largo y doliente.

En tanto que arrastrándose en la vía
volaba el monstruo de cabellos rojos,
un lienzo en él flotando se veía;
lo conocí: tenía
la cifra humedecida por mis ojos!

***

Hoy en la soledad que me rodea,
léjos de cuantos amo,

pensando en la quietud de aquella aldea,
ave dormida, desperté al reclamo.
¿Qué habrá sido de Blanca? Yo lo ignoro;
de su hermosura envuelta entre las galas,
mariposa de amor, con alas de oro
tocó mi sien, sin profanar sus alas.
¿Será feliz? Misterios del acaso:
¿será que en la tristeza se consume?
Yo sólo sé que el vaso
fué digno del perfume!

MANUEL DEL PALACIO

Montevideo, julio de 1885

EL AÑO DE 1809 EN CHUQUISACA

I

Si hubiésemos de personificar el pronunciamiento de la revolución en el virreinato del Río de la Plata, diríamos que el acto viril del 25 de mayo de 1810, en Buenos Aires, tuvo por cuna á Chuquisaca en la explosión del 25 de mayo de 1809, y por primer avance contra los enemigos de la independencia al 16 de julio de ese mismo año en La Paz. En esos momentos todas las colonias americanas dormían el sueño de la servidumbre. Fué el Alto Perú el que dió la voz de alarma para el despertar de la libertad. El pueblo de Buenos Aires se levantó en seguida como un solo hombre, y con toda la madurez y firmeza de un hombre capaz por sí mismo de llevar á cabo sus resoluciones.

El proceso del levantamiento de Buenos Aires reviste á estas horas un grado plenario de instrucción. Con ambages y cautelas y sin atreverse á proclamar paladinamente la independencia, el hecho positivo y bien demos-

trado es que entonces el pueblo de Buenos Aires se sintió apto para el ejercicio democrático de la soberanía, que quiso emanciparse irrevocablemente de la dominación española, y que acometió la empresa de arrastrar de grado ó por fuerza á todo el virreinato á este mismo propósito. Durante los primeros momentos, para algunos fué quizá fidelidad lo que para otros rebeldía; pero muy en breve la pendiente de los sucesos se encargó por sí sola de envolver á todos en la vorágine de la insurrección, señalando su genuino cauce y su indeclinable paradero al movimiento.

La revolución de La Paz fué temerariamente categórica. Aunáronse allí las palabras y los hechos para fijar desde un principio el inequívoco designio del movimiento. Esa revolución fué en América la primera en pelear á campo abierto por la independencia contra las armas de la ley colonial. Sus muertos fueron los protomártires de la independencia americana. Pero fué vencida. Casi todos los miembros de la junta gubernativa fueron ahorcados. El presidente dijo al entregar el cuello al verdugo: «No apagarán ya la hoguera que he encendido.» Y la proclama lanzada al pueblo esos días (setiembre de 1809) contiene el programa iniciatorio de la revolución hispano-americana.

«Hasta aquí hemos tolerado,—dice,—una especie de destierro en el seno mismo de nuestra patria: hemos visto con indiferencia, por más de tres siglos, sometida nuestra primitiva libertad al despotismo y tiranía de un usurpador injusto, que, degradándonos de la especie humana, nos ha reputado por salvajes y mirado como esclavos: hemos guardado un silencio bastante parecido á la estupidez que se nos atribuye por el inculto español,

sufriendo con tranquilidad que el mérito de los americanos haya sido siempre un presagio cierto de su humillación y ruina.

"Ya es tiempo, pues, de sacudir yugo tan funesto á nuestra felicidad como favorable al orgullo nacional del español. Ya es tiempo de organizar un sistema nuevo de gobierno, fundado en los intereses de nuestra patria, altamente oprimida por la bastarda política de Madrid. Ya es tiempo, en fin, de levantar el estandarte de la libertad en estas desgraciadas colonias, adquiridas sin el menor título, y conservadas con la mayor injusticia y tiranía.

"¡Valerosos habitantes de La Paz y de todo el Imperio del Perú! Revelad vuestros proyectos para la ejecución, aprovechaos de las circunstancias en que estamos, no miréis con desdén la felicidad de nuestro suelo, ni perdáis jamás de vista la unión que debe reinar en todos, para ser en adelante tan felices como desgraciados hasta el presente."

Cuenta el doctor Mariano Moreno, el célebre secretario de la junta revolucionaria de Buenos Aires, que hacia 1805 el desenvolvimiento de las ideas políticas, en el cerebro de ciertos individuos pertenecientes á la juventud estudiosa de Chuquisaca, llegaba al punto de formular designios sobre una reforma fundamental de estas colonias, en sentido abiertamente contrario á la dominación española. Los autores de la proclama anterior concurrieron á ciertas reuniones amistosas y á puerta cerrada, reuniones donde el espíritu jurídico de los nativos se unía al amor patrio para concebir, en colectivo anhélito, el pensamiento general de la emancipación americana. Habla don Manuel Moreno, depositario de las confidencias de su hermano el doctor:

"Estos amigos formaban ya una especie de sociedad, ó de tertulia americana, en que se declamaba con ardor contra el estado de opresión en que se hallaba el país. Medina sobrepasaba á todos en vehemencia. Es sabido que el gobierno español anulaba cuando le parecía las leyes más solemnes, sin más que una simple nota del Ministerio, ó una cédula real, con esta fórmula: *no obstante de lo que prescriben las leyes en el particular*, PUES TAL ES MI VOLUNTAD: fórmula que traduce literalmente la cláusula famosa en Francia de *car tel est notre plaisir*. "Hé ahí," decía Medina en fuego, "hé ahí el déspota " insolente que hace alarde de su arbitrariedad; no dice " porque así es justo, porque asi es necesario, ni siquiera " porque así lo creo y me parece conveniente; lo que dice " es, mando lo contrario á las leyes, porque así lo quiero, " porque así se me antoja, *porque tal es mi voluntad*. Pero " la hora de la reforma está por sonar, y la revolución se " acerca: *Audituri enim estis prœlia et opiniones prœliorum. Videti ne turbemini. Oportet enim hæc fieri, sed nondum est finis*. (SN. MATH.)" Oiréis guerras y rumores " de guerras, pero no os turbéis; pues todas estas cosas " han de suceder, mas el momento no ha llegado aún." Estos alegatos alegraban el humor y patriotismo de aquella compañía."

Cuatro años más tarde, el 16 de julio de 1809, Medina era en La Paz uno de los miembros de la junta revolucionaria.

II

¿Correspondían estas mediterráneas aspiraciones á externos incitamientos? ¿Estaban los doctores de Chuqui-

saca al habla con apóstoles como Miranda, quien, dentro ó fuera de la tangente de la policía colonial, trabajaba sin descanso por la independencia? No conozco prueba ninguna. No se olvide, entretanto, que estos soñadores peripatéticos, cursantes á prima y vísperas de la *Suma* de Santo Tomás, eran los más encerrados colonos de la América Española.

Entre los papeles de don Saturnino Rodríguez Peña, coleccionados por Angelis, hoy existentes en la biblioteca de don Andrés Lamas en Buenos Aires, hay constancia de que el famoso aventurero revolucionario don Manuel Aniceto Padilla, natural de Cochabamba, estaba en Londres en relaciones con Miranda por abril de 1808. Verificóse una entrevista el 18 de dicho mes. Peña y Padilla habían solicitado, de los prisioneros ingleses de la reconquista bonaerense, su concurso para ver de poner las provincias del virreinato bajo el protectorado británico. Miranda manifestó que la ocasión era llegada de trabajar resueltamente por la independencia absoluta de toda la América. En este sentido hubo entonces de incitar al marqués del Toro y al cabildo de Caracas.

Y natural era que esta clase de trabajos comenzara por los centros de aquellas colonias en la costa colocadas. Padilla pertenecía á la logia de los conspiradores bonaerenses, aunque hubiera él nacido tierras adentro.

Sea de ello lo que fuere, el grito de Chuquisaca se presenta lógicamente como la extremidad imprevista á que, en aquella colmena de letrados, y avispero á la vez de contrincantes, vino á parar la evolución progresiva de las ideas jurídicas exaltadas al calor ambicioso de mezquinas querellas.

El movimiento no se caracterizó por su espíritu en un

sentido favorable á la independencia absoluta. Sus jefes intentaron con él la emancipación relativa; esto es, formar junta de gobierno separada del virrey mientras durasen los trastornos de la metrópoli. Alegaron, para mover en su favor al pueblo, alegaron temores de una usurpación extranjera, sea de parte de Napoleón ó sea de la princesa del Brasil doña Carlota, pero para esta colonia con inminente posibilidad por parte de doña Carlota. El nuevo gobierno sería el depositario armado de estos dominios del rey Fernando. Actos consecuentes, que al movimiento se juntaron y que éste no fué dueño de absorver en su álveo, pasaron por sobre encima de él tras de emancipar el Alto Perú de España, á mérito de ser tambien el colonial señorío de esta potencia europea otra usurpación extranjera de estos países.

Por de pronto y en definitiva el poder no quedó allí en manos criollas sino en manos peninsulares. En vez de revolucionario, el hecho no traspasó la condición de sedicioso. El gobierno creado fué realista, como era realista la junta de Montevideo.

Las circunstancias ocasionales del suceso formaron el suceso mismo imprimiéndole carácter de motín. Los oidores cordialmente aborrecían al presidente desde tiempo atrás; ahora envolvían en su odio también al virrey por cuanto prestaba el apoyo de su autoridad al presidente. En la primera quincena de mayo de 1809 temían verse de un momento á otro en la cárcel con grillos, para en seguida ser remitidos bajo partida de registro á Buenos Aires como sediciosos. En la tarde del 25 se corrió por la ciudad que uno de los togados había sido ya preso junto con uno de los doctores nativos de su facción, doctor que por lo ladino y populachero gozaba de ardientes

simpatías entre la plebe. Los oidores quisieron entonces prevenir su propia prisión mediante la prisión del presidente.

Cerrada la noche se amotinó el pueblo en favor del bando opositor á este magistrado. La turba acomete contra la guarnición, el palacio es entrado á balazos. Intervienen durante la refriega breves negociaciones, de las cuales resulta el presidente destituido y sumido en un calabozo. La Real Audiencia empuña presurosa las riendas del gobierno, y desde el día siguiente se entrega á la tarea de armar tropas y de apercibirse para la resistencia.

Seis meses así se mantuvo desconociendo de hecho la autoridad del virrey. Mostrábase, entretanto, muy ajena de pensar en la independencia autonómica del Alto Perú.

Eso sí: tuvo el tribunal que apoyar el atentado con el elemento de los doctores nativos, que tenía levadura revolucionaria; promovió el levantamiento de La Paz, que resultó ser abiertamente revolucionario; concitó el sentimiento popular de amor al suelo, y este sentimiento de espíritu patrio se convirtió sin esfuerzo en espíritu revolucionario.

Al aproximarse Nieto á Chuquisaca con sus tropas realistas, ya pudieron los oidores calcular con asombro toda la calidad traidora y toda la cantidad ruinosa que envolvía para la metrópoli la temeridad del 25 de mayo. Retrocedieron entonces confundidos no sabiendo qué admirar más, si su propio enceguecimiento ó la astucia altoperuana.

De esta manera triste claudicó el movimiento de Chuquisaca. Los oidores fueron deportados, después de

haber abierto contra la autoridad colonial una brecha enorme, y después de haber suscitado junto á esta brecha en el Alto Perú un colectivo poder viviente, el de las ambiciones revolucionarias y la revolución misma. Véase, por ello, si no reviste importancia inicial el servicio prestado por aquel movimiento á la causa de la independencia en el virreinato.

Pero también, por eso mismo, el aspecto de ese movimiento se presenta complejo ante la perspectiva histórica. Ha provocado juicios variados á la sombra de la instrucción meramente sumaria en que yace su proceso. La contradicción entre su espíritu generador y las tendencias que hubo de suscitar en el tiempo y el espacio que recorrió, han impreso á sus manifestaciones externas el tinte de lo pardo con el sello de lo audaz. Mucho tendría hoy que desentrañar de la cantera del suceso la actual ignorancia de los hijos, mucho, al respecto de los procedimientos de sus padres.

Ocupábame el año de 1879 en compulsar el Archivo General de Buenos Aires acerca de la versión y significación verdaderas del suceso, cuando cierta cábala peruano-boliviana me cerró aquellas puertas de las actuaciones del virreinato, presentándome ante el hospitalario país como espía chileno y en aquel sitio como ladrón de documentos patagónicos. La policía me exigió que entregase mis papeles. Eran todos referentes al 25 de mayo. Figuraban entre ellos las copias que de los documentos del Archivo me estaban gratuitamente haciendo los jóvenes chuquisaqueños don Alberto Peró, don Néstor Villa y don Leoncio Villa, tres apreciadores entusiastas de los méritos de su ciudad natal.

Por mi mano é indebidamente, lo confieso, habían si-

do llevados á nuestra posada algunos legajos, á fin de ganar horas útiles á las tareas de extractar y trasuntar. Hoy todavía me felicito de aquel imprudente abuso. Puso en evidencia la injusticia y maldad de cierta diplomacia peruano-boliviana. Conservo gratitud al grupo de serios escritores que modestamente se llama á sí mismo en Buenos Aires *gremio papelista*. Eran mis jueces naturales. Salieron todos ellos á mi defensa, y reivindicaron para el dueño una parte de sus copias históricas.

III

Al recorrer hoy tranquilo la letra y sentido de esos papeles amargos, todavía me pregunto con la curiosidad de entonces: ¿desde cuándo las personales rencillas de Chuquisaca, exacerbándose unas á otras con el aguijón y soltura que les prestaban los sucesos generales de la metrópoli y del virreinato, comienzan ya á revestir la eficiencia determinante de causa con respecto al conflicto de soberanía, que entre el Alto Perú y la metrópoli estalló en mayo de 1809?

Mi parecer es que desde fines de 1808.

Esta fecha es el punto de partida más positivamente perceptible y menos ocasionado á variedad de apreciaciones. Un hecho esos meses señalan, el advenimento de los nativos á la plaza pública, foro cerrado hasta entonces ó desconocido al común de los vasallos. Ello acaeció porque allí les plugo venir á empeñar sus reyertas los magnates peninsulares de Chuquisaca.

Desde aquellos meses la sempiterna y soñolienta quietud colonial estiró allí sus miembros entumecidos, sacudiéndolos descompuestamente de pies á cabeza en ade-

mán de agitarse para arduos afanes. Desde entonces la consuetudinaria quietud sumisa y fiel,—quietud profundísima y de muy particular especie, pues podía habitar impasible entre disturbios y animosidades sociales de cualquier linaje,—dejó de reinar en los ánimos para no más volver á reinar, para ceder el puesto á algo extraordinario y nuevo en los vastos dominios jurisdiccionales de la Audiencia de Charcas.

Demuéstralo así claramente el tenor de los documentos del suceso. Aun más lo demuestra todavía una glosa que de su testimonio pergeñó en Buenos Aires el que esto escribe. Está dispuesta cronológicamente en la manera de quien devana una madeja que se destinará más tarde al telar. No hubiera sido éste otro que el de una narrativa, labrada conforme al arte sencillo que corresponde á hechos que envuelven una experiencia de suyo muy enseñadora. Pero causas superiores han robado al cronista su amor al asunto, y obligádole á ceder la lanzadera á tejedores más hábiles y sobre todo más fieles. Cedería también los ovillos que tenía preparados para la urdimbre.

Hé aquí algunos capullos sacados de esa algodonera. En obsequio de la brevedad suprimo las citas marginales, que autorizan muy por menudo y con rigor positivo mis apuntaciones.

El anciano presidente don Ramón García Pizarro era un benemérito del servicio del rey, de pocas letras, recto, laborioso, manso, bueno, susceptible de ser influido. Durante siete años su temperamento dócil defirió en no pocos negocios de administración y gobierno al dictamen y aun á la intrusión de los oidores, reservándose para sí algo como una superintendencia celosísima de la

policía en los ramos de abasto, aseo, ornato y seguridad en la capital.

Por agosto de 1804 llegó á Chuquisaca, con el carácter de asesor interino de la presidencia, un letrado que con igual destreza manejaba la lengua y la pluma. Era este el doctor Pedro Vicente Cañete, natural del Paraguay. Venía trasladado de la asesoría de Potosí, donde había sido promotor ó causante de ciertos ruidosos desacuerdos ocurridos entre esa intendencia y los principales cuerpos y vecinos de la villa imperial. Á los veinticuatro años habíale cabido servir la asesoría del virreinato, y de allí y de otros empleos salió con fama de habilísimo y rencilloso legista. Por librarse de él, de las provincias bajas habíanle enviado á las altas, lo que ciertamente fué una temeridad. No se pasaron cuatro años sin que tuviera que alejarse de Chuquisaca en consulta de su seguridad personal y del público reposo.

Tarde ya para este último. La parte eficiente que á Cañete toca en las disensiones que abrieron camino al 25 de mayo, está unánimemente reconocida.

Luego logró persuadir á Pizarro que, con desdoro de todo un teniente general de los reales ejércitos y por ende el jefe de mayor graduación militar en ambos virreinatos, sus condescendencias habían concluído por menoscabar las atribuciones de su autoridad como gobernante de la provincia de La Plata, y las regalías inherentes á su alta representación en el Alto Perú como vice-patrono de las tres diócesis, superintendente de cruzada y cabeza de la Audiencia de Charcas.

Ninguna sugestión de índole soberbia era capaz de alterar la llaneza apacible del anciano. Siguió recibiendo y saliendo sin boato, accesible á todo el mundo en la sala

de su despacho, con vara alta en los banquetes, saraos, bodas y bautizos de la clase linajuda ó adinerada. Pero, meses antes de estallar en la ciudad entre los dignatarios españoles las divisiones más funestas, un hecho acreditó públicamente que la amargura había ya filtrado en el corazón de Pizarro. El día de San Ramón, alegre aniversario de fiestas en la Presidencia, amaneció cerrado el palacio y levantada la guardia. Pizarro dijo la víspera á un amigo: «Este año ya no quiero ser simple.»

Sin conceder demasiado á la turbulencia de Cañete ni á la debilidad de Pizarro, es indudable que, desde un principio, algunas insinuaciones del primero lograron estimular el amor propio del segundo. Entre acertadas indicaciones, hubo el presidente de aceptar otras, que si tendían á reponer su autoridad en el tono que la correspondía, fueron parte, no obstante, en concitarle desafectos entre los magnates de aquella cavilosa corte encerradísima.

Cuajado estaba de canónigos copetudos y regalones el coro de la Catedral. Ciertas medidas sobre pago de medias anatas atrasadas, sobre anualidades, nuevo noveno y mesadas eclesiásticas, medidas ajustadas todas á ley y á la pureza del servicio, afectaron el bolsillo de aquellos señores, casi todos peninsulares, y abrieron paso en sus pechos al resentimiento. Desde entonces portáronse respecto del presidente con pública rivalidad. Llegó á su colmo el despecho cuando, en 1807, publicó el presidente la real cédula de 1805 que denegaba á los canónigos el tratamiento de *señoría*.

Así tan mal animado ya tenemos á este acatadísimo cuerpo en los momentos que aquí nos interesan, ó sea en el año de 1808.

En cuanto á la puntillosa altanería que este año gastaron los oidores de Charcas, habría mucho que decir puesto que venía acreditándose como mal endémico hereditario desde remotos tiempos. La garnacha platense era un sacramento: tenía la virtud de imprimir carácter indeleble de soberbia en el cuerpo humano que la llevaba ceñida.

Los estatutos del virreinato de Buenos Aires habían repartido entre cuatro intendentes gobernadores de provincia, en derechura sujetos al virrey, aquel antiguo é indiviso patrimonio de mando y administración irresponsables que, de hecho ó de derecho, disfrutaban en el Alto Perú el tribunal y su presidente bajo el régimen del antiguo virreinato peruano. Habíase adjudicado al nuevo Estado, con breves cercenamientos, el territorio que formó el distrito secular de la audiencia de Charcas, que de mar á mar se dilataba desde Arica á Montevideo. Quedó ésta constituida en corte judicial de alzadas solamente, y aun así tuvo que partir términos en las provincias del virreinato con otra corte más, superior en rango, la Audiencia Pretorial que presidía el virrey de Buenos Aires.

Pero no parece sino que en su retiro el regio tribunal de Charcas, mediante competencias de jurisdicción y reclamos de etiqueta, lidiaba por aparentar ante los vasallos de la colonia lo que ya había dejado de ser. Pocos años antes de los sucesos que estamos recordando se había señalado á este respecto por sus gestos de altivez é impaciencia. Pretendía eximirse de asistir á funciones religiosas de tabla, como las llamadas de candelas y de ramos; no ponerse de pie cuando el cabildo eclesiástico pasaba en corporación del coro posterior al presbiterio

pontifical; no concurrir á la hora señalada haciendo aguardar revestidos al arzobispo y los canónigos; preferir para ciertas funciones su real capilla á la iglesia metropolitana, á trueque de no recibir de rodillas la bendición arquiepiscopal. En 1807 amparó con escándalo á un abogado que había negado el tratamiento de *señoría* al intendente de Cochabamba, á quien ella quería molestar por ápices de competencia.

Tanto los oidores en su incontenible manía de invadir ó de influir en materias políticas y administrativas, cuanto los canónigos que tenían mucho que ver con el erario y el vice-patrono para el cobro de su parte en la gruesa decimal y para la provisión de curatos, se daban recíprocamente la mano á fin de trabar ó guiar las del presidente en negocios asesorados. El asesor, doctor Vicente Rodríguez Romano, se conformaba de ordinario con el dictamen del fiscal de la Audiencia, doctor Miguel López Andreu, y con esto no se requería ya el acuerdo del intendente gobernador Pizarro. Con el nuevo asesor fué otra cosa. Cañete decía *no* á todo, y lo peor es que acertaba á formular este *no* con mano de maestro, bien así para lo justo como para la sinrazón.

Lava apagada son aquellas polémicas si se las compara hoy con las que surgieron en 1808, verdaderas brasas de fuego que aceleraron con exceso de furor la conflagración del año siguiente. Pero esa lava, con todo de ser materia nimia y pueril, dejó carcomidos los corazones, sin la entereza y con cabida para mezquindades ponzoñosas y disolventes. He puesto empeño para inquirir cuál es la más antigua de todas, raíz de todas las desavencias y discordias ulteriores entre la Presidencia y la Real Audiencia.

IV

Según viejos papeles, las hostilidades quedaron rotas en diciembre de 1804 con motivo de los gastos que, contra un voto consultivo del real acuerdo, hizo el presidente para sujetar á los bárbaros invasores y depredadores de la Frontera. El virrey aprobó todos los procedimientos de Pizarro con advertencias no muy gratas para la Audiencia. Á esta querella se le llamó la *raspa chiriguana.*

Vino después la *etiqueta del sombrero*, así llamada porque los oidores pretendieron, contra uso y privilegio, que su jefe se presentara destocado yendo ó estando con ellos en cuerpo de tribunal. Perdieron igualmente este artículo ante la superioridad. Y no fué ello sin consecuencias. Habiendo en 1806 enfermado Pizarro de un reumatismo agudo que le postró en cama, tramaron los oidores quitarle el mando, persuadiendo á los médicos para que certificasen que se hallaba imposibilitado para el gobierno.

Caso ruidosísimo fué una competencia ó, más bien, choque de autoridades que se produjo en marzo de 1808. Pusieron los oidores á su secretario de cámara, doctor Manuel Sánchez de Velasco, en libertad del arresto en que estaba de orden del presidente y capitán general de la provincia, orden expedida en causa criminal del fuero de guerra. Cañete, retirado ya de la asesoría por restitución de Rodríguez Romano, sostuvo con sus enérgicos consejos el brazo vacilante del anciano. El curial tuvo que volver á su prisión.

Armóse con este motivo un formidable papeleo que

llegó hasta el virrey. Cañete esgrimió su pluma vigorosa en favor de Pizarro. Y sucedió que, mientras fué por asuntos propios á Potosí, los oidores fulminaron contra él decreto de extrañamiento que le impedía volver á Chuquisaca. Mientras tanto, su presencia era aquí necesaria para cuando llegasen las resultas de la superioridad en el asunto de Sánchez Velasco. No sin motivo los oidores temían esas resultas y reiteraron su decreto. El virrey reprobó tamaña arbitrariedad, salvó al agraviado sus derechos á indemnización de perjuicios, y le dejó en libertad para residir donde quisiese conforme á las leyes.

Con estas y otras improbaciones el resentimiento de los togados de Charcas fué tomando creces hasta convertirse en odio profundo al virrey Liniers.

Cañete volvió á Chuquisaca para permanecer firme allí al pie de la brecha del combate. El 13 de mayo de 1809 se trasladó á Potosí un poco de prisa. No dejaba ya autoridades españolas que allí riñeran escandalosamente desde sus respectivas oficinas. La discordia prendía ahora en el elemento nativo dentro de la esfera social. Disputaban frente á frente dos bandos y disputaban sobre los intereses vitales de la colonia. La revuelta del 25 de mayo estallaba doce días después.

Mas, antes de tocar en tamaña extremidad, tenemos todavía que pasar por larga crujía de aciagas bagatelas, de tristísimos recelos, de afrontamientos mezquinos y de revolvedoras ruindades.

Un documento antiguo coloca en estos días de 1808 la escena indecorosa del cojín. Estando el oidor Ussoz y Mozi en cuerpo de audiencia con sus colegas y el presidente en los funerales del oidor honorario Juan José Segovia, mandó por sí solo, durante los oficios, que un

alguacil quitase al rector de la Universidad el cojín que tenía á sus pies en concurrencia con el real acuerdo. El rector era nativo. La irritación fué inmensa y la lluvia de pasquines amenazadora por consecuencia de este desmán despótico. Pero es lo averiguado que el hecho aconteció pocos días antes del 25 de mayo de 1809, y tuvo por eso importancia política.

El oidor Ussoz y Mozi, educado en España, era oriundo de las provincias bajas del virreinato. Fué, á no dudarlo, aquel de su seno que los oidores escogieron para que atrajese prosélitos entre los nativos á la oposición al presidente y al arzobispo, que en un principio ellos y sólo ellos hacían. Regentaba los ejercicios de los practicantes juristas en su carácter de director de la academia carolina. Esquivándose con menos tiesura que sus colegas al trato de las gentes, había logrado hacerse simpático y popular entre los jóvenes.

Él fué inventor de la solemne pompa consagrada por esa academia á la majestad de Fernando VII. El 19 de setiembre de 1808 los estudiantes condujeron en carro triunfal por las calles la efigie del joven monarca á la sala académica, donde quedó colocada de fijo bajo el dosel. El retrato fué llevado desde la casa del oidor; inmenso gentío desde días atrás se agolpó allí á conocer y contemplar la fisonomía de Fernando. Duraron los regocijos algunos días. Todavía el 24 los festivos académicos salían por la tarde de casa de su querido y amistoso director á discurrir por las calles, acompañados de una orquesta, entre vivas y aclamaciones, llevando realzadas en los sombreros sobre fondo rojo las áureas iniciales *F. S.*

Un escrito coetáneo dice que la confusión de los oido-

res fué grande cuando al siguiente día del suceso del cojín amaneció el zaguán de Ussoz y Mozi lleno de letreros y carteles con insultos y amenazas de muerte. Mayor todavía cuando escucharon por la noche la grita de pandillas mestizas que vociferaban su odio al soberbio y descomedido togado. Toda la cosecha hecha en el campo del apoyo popular estaba á punto de perderse: era de temer ahora que el gremio universitario se pusiera del lado del bando presidencial.

«Se formaron, por consecuencia, dice aquel curioso escrito, conciertos secretos con algunos doctores populares bajo de promesas ventajosas, para que, en virtud de que se les daría la satisfacción que gustasen, acallaran sus quejas y promoviesen con sus partidarios otro asunto de mucho mayor interés, como era exterminar á los traidores.»

De tales eran calificados ya por aquel entonces, esto es, en los primeros meses de 1809, el presidente, el arzobispo, Goyeneche y el virrey, con ocasión de haberse divulgado, por conducto de estos señores, los manifiestos de la corte del Brasil sobre los derechos eventuales de doña Carlota al trono de Fernando VII, y á la posesión de estas provincias en defecto del cautivo monarca.

V

El 18 de setiembre de 1808 llegó por la mañana á Chuquisaca un correo extraordinario con las noticias del cautiverio del rey en Francia, abdicación de toda la familia real en favor de Napoleón, transferencia de la corona de España é Indias á José Bonaparte (garantizando á éste el emperador la posesión efectiva de los

dominios ultramarinos), ocupación de casi toda la península por los ejércitos franceses, etc., etc.

Bajo la impresión de honda pena que debía de causar á los magnates españoles de Chuquisaca este cúmulo de desastres, el arzobispo, buscando quizá un desahogo á su corazón, se apresuró á hacer significar su deseo de conferir lo conveniente con los oidores, en momentos que éstos se juntaban para un acuerdo en la sala particular del presidente. Los oidores mandaron decirle: "que se le daría aviso en caso de necesitarse su asistencia." El prelado miró siempre esta respuesta como un desaire. Los oidores sostenían que fué cortés en demasía, por ser punto indudable que la ley prohibe semejantes intrusiones de prelados en el real acuerdo.

Por este tiempo comenzó á acentuarse con firmeza en estos disturbios la figura de otro contrincante más. Era éste el arzobispo don Benito María Moxó; espíritu tímido, perspicaz y vanidoso, admirablemente adecuado para alentar con bríos en esta atmósfera de habladurías malignas, lisonjas pérfidas, celos y recelos de toda especie. Aunque hechura de Godoy y primo de la Tudó, tenía valer y mérito propios. Su cuna, su virtud, su piedad, su ardiente patriotismo, la variedad de sus conocimientos, la distinción de su trato y su grandeza en el vivir, tenían deslumbrada á la sociedad de Chuquisaca. La dignidad que investía, primera entre las primeras en aquel tiempo, le valían el acatamiento y veneración de las gentes en todo el Alto Perú.

Tres plumas vigorosas descollaron en aquellas reyertas: la de López Andreu el fiscal de la Audiencia, la de Cañete y la de Moxó. Pizarro solía decir de la del segundo: "La pluma de mi asesor domina á los doctores

de Chuquisaca desde la flecha de la torre de la catedral.» Ello es exacto si se exceptúan las plumas de López Andreu y de Moxó, españoles ambos. La de este último fué la única que descolló en las alturas del verdadero patriotismo.

Nadie tanto como el arzobispo Moxó contribuyó á formar y levantar el espíritu público en las provincias altas durante las invasiones inglesas. Era lo mismo que intentaba hacer en las presentes circunstancias, y era lo que traía por todo extremo enfadados á los oidores. Estos atribuían á pedantería y á mal entendido prurito político las homilias, edictos, pastorales, etc., con que Moxó inundó las provincias altas desde el promedio de 1808.

Alma apasionada y vehemente, á cada noticia, ó salía desalado entonando el hosanna de las glorias de España, ó caía al peso de las calamidades públicas deshecho en lágrimas y traspasado de dolor delante de un crucifijo. Un momento después subía al púlpito ó se sentaba á escribir; y era entonces cuando, con patética elocuencia, acertaba á expresar sentimientos patrióticos, no siempre oportunos de expresar en aquellos momentos entre los vasallos de la colonia. Porque, cuando él entendía estar sirviendo los intereses de la metrópoli, sembraba la consternación con el espectáculo de la ruina de España y pérdida de sus colonias, y provocaba cavilaciones y quién sabe qué otras cosas en el espíritu de sus oyentes.

Desde la llegada de las noticias sobre la disolución de la monarquía española, los oidores, contra los dictados de un sano interés político y contra las instancias ahincadas del virrey, que recomendaban ahora más que nunca la concordia y la unión patrióticas, se apercibieron para trasladar sus operaciones hostiles al peligrosísimo te-

rreno que aquellos terribles sucesos ponían á descubierto en la colonia.

Contra el tenor de los documentos acriminatorios del bando contrario, y á despecho de lo que pudiera hoy proclamar con vanidad el amor patrio de algunos escritores, es mi parecer que esta misma conducta, no siendo como no era intencionalmente suicida y traidora, está demostrando que en esos días de 1808 no se deliberaba todavía allá en juntas sobre la suerte de la colonia, sino que el naciente espíritu público recorría en corrillos noticieros esa primera etapa misteriosa en que brotan ensueños y aspiraciones.

Acriminando sobre materia gravísima al presidente y al arzobispo, en oficio secreto de 26 de octubre de 1808 hasta hoy desconocido, los oidores encabezaban ante el virrey la serie de sus cargos en la siguiente alarmante manera:

"Estando en acuerdo de justicia el día 8 del corriente hizo presente el señor fiscal que, con el motivo de estar persuadido el pueblo, por las demostraciones y asertos públicos del Excmo. señor Presidente y del M. R. Arzobispo, de que nuestro soberano el señor don Fernando Séptimo se hallaba preso por el emperador de los franceses, y ya talvez muerto con la demás familia real, se le había asegurado por personas de carácter que ya se hacían juntas, y que en ellas se trataba de tomar partido en estas circunstancias, con otras especies sumamente graves y peligrosas.

"Este punto llamó toda la atención del acuerdo; y, tratándose sobre la certeza de estas noticias, se hizo mérito de otras menos atendibles que ya se habían esparcido, y sobre todo de varios pasquines, y entre ellos uno

que pudo haber á la mano el señor Regente, el que entregó luego al señor Presidente, en el que «el clero «oprimido (así se expresaba) pedía al pueblo el auxilio «que le tenía prometido», y concluía con estas palabras: «*¡Viva, viva la libertad!*»

Creo con los oidores que este pasquín merece figurar entre las especies menos atendibles del momento; y lo merece, precisamente porque no delata miras contra la dominación española.

Moxó exigía en asambleas del clero, exigía con tesón y con un espíritu patriótico que distaba mucho de animar á sus administrados, exigía dinero y más dinero para venir en socorro de la real familia y para las necesidades de la guerra contra Napoleón. El bolsillo de los clérigos se entreabría apenas ó se cerraba del todo para estos donativos. Protestas comenzaban á murmurarse, pasquines amenazantes aparecían hasta en el aposento del prelado, y los descontentos sin franqueza acudían al grito anónimo á la vez por temor y por índole. «¿No tenemos aquí en nuestra propia casa miserias que socorrer?»—decían; y con eso indicaban un punto positivo y un motivo actual de oposición entre la metrópoli y la colonia.

Los oidores á solas no vieron en ello sino la oposición que al arzobispo estaba armándose en las filas del clero. Esta oposición era para ellos una mina, y á la verdad que acertaron con maestría á beneficiar la veta, como hemos de verlo.

Los corrillos de la ciudad, que discutían el desquiciamiento de la península y los peligros que estas colonias corrían, no tramaban nada contrario á la unión de estas provincias con la metrópoli. El pasquín contra el arzo-

bispo no delataba la existencia de planes revolucionarios. Pero es indudable que, tanto el escrito sedicioso como los grupos deliberantes, estaban demostrando que una alteración de especie nueva y extraña, una agitación ó inquietud política, reinaba en los ánimos más capaces de formar el intelecto de la sociedad alto-peruana.

Esto nos mueve á presentar, en la arena de las disensiones de Chuquisaca en 1808, á un nuevo contrincante, acaso el más temible de todos después del clero: al gremio de los doctores.

G. René-Moreno.

(Continuará)

LAS REALIDADES

(POEMATITO BURLESCO SENTIMENTAL)

I

"Me gustan *los ideales*
pero me gustan más las cosas reales."
Así dijo sin tino,
á causa de sus mil idealidades,
un chico que estudiaba humanidades
al cual lo llamaremos Belarmino.

Un día el muchachuelo impertinente
sostuvo su teoría
delante de una chica
que era hermosa, simpática y muy rica;
al paso que el osado Belarmino,
á más de ser muy pobre,
—como todo poeta militante—
era feo, antipático y cargante.

Verso en ristre atacaba á todo el mundo
fastidiando á su mismo zapatero
con repetidos trozos de Espronceda,
y consiguiendo hacer que el peluquero
apagara sus fuegos, en presencia
del torrente brutal de su elocuencia.

Por el ímpetu raro del muchacho,
por su lengua invasora y petulante
y por ser un tronera consumado,
lo apellidaron Júpiter Tunante.

II

Pues, como dije arriba,
un día Belarmino á una chiquilla
muy linda y expresiva,
por probarle esta tésis, acribilla:
—"Son únicos ideales
las mismas cosas reales."

Á esta pretensión estrafalaria
la dama de mi cuento,
llamada Candelaria,
opuso de sus gracias el portento.

La historia de esta lucha fratricida
entre la niña y el poeta dichos,
me inclina y me convida
á describir sus múltiples caprichos.

III

Que el Amor á las fieras afemina
lo dijo Calderón en cierto drama,
y Fedro es el que exclama,
en una hermosa fábula latina,
que el Amor trueca al águila en gallina.

No extrañen, pues, si digo sin empacho
que el héroe de mi cuento
trocóse en un momento
de zonzo impertinente en buen muchacho;
pues eso lo hace Amor como jugando
(¡el día de San Blando!)

La hermosa Candelaria,
deliciosa chiquilla muy fresquita,
con unos ojos pardos como aquellos
de cierta señorita...
(cuyo nombre lo callo por prudencia,
y además porque fuera inconveniencia
recordar la persona
que después de adorada se abandona).
—¡Chitón! Escapa, verso, ó te atropello!—
La hermosa Candelaria, lo repito,
tenía tanto fuego en cada ojito,
que incendios provocó en los corazones
de todos cuantos llevan pantalones.

IV

Á vista, pues, del fuego de la niña,
ya prosiguiendo el cuento comenzado,
debo decir con aire satisfecho
que ningún corazón saltó en el pecho
con ímpetu más bravo y esforzado
que el corazón de mi héroe Belarmino,
á quien para pato de esta boda,
por razones que callo, lo destino.

Mas, suponte, lector, que una mañana
se asoma Candelaria á una ventana,
toma una flor que lleva sobre el seno
y á besos, la impregna de veneno,
y la arroja á la calle casualmente
cuando iba ya á pasar un tal Vicente.

Ver, coger y besar, todo fué uno
para este nuevo amante afortunado,
quien por no ser cargoso ni importuno
se retiró á un rincón muy apartado
á gozar del placer incomparable
de besar cien mil veces la florcita,
que quedó humedecida y muy marchita

Entretanto la triste Candelaria
la ausencia de Vicente lamentaba,

y la vil timidez asaz palmaria
que lo alejaba de ella,—
ella que era mujer tan pura y bella
como ilusión de amor estrafalaria.

V

Candelaria y Vicente
es claro que se amaban tiernamente;
que el uno por el otro se moría
y solo para ella éste vivía;
que los dos perecían por hablarse,
por decirse:—Te quiero, palomita,
—te quiero, pichoncito,
y todas las demás barbaridades
que suelen repetirse en tales pasos
y suelen ser verdades
ó engañifas, no más, según los casos.

Allá en su soledad y apartamiento
confesaba Vicente
que tenía muy grave inconveniente
lo de amar en secreto á Candelaria,
sin contarle ni á ella
la larga relación de su querella.

Sin embargo, ya es cosa averiguada
que este par de platónicos amantes,
mientras fueron constantes,
jamás se hablaron nada.

VI

Entretanto el osado Belarmino
cierta noche á rondar la casa vino
do existía la flor de sus encantos,
y después de una tierna serenata,
creyó no ser bastante que sus cantos
llegaran al oído de la ingrata.

El impávido dijo: iré yo mismo
á tocar con mis labios
la delicada oreja
por donde entró mi acento;
y...; diciendo y haciendo,
trepóse por la reja,
que al instante cedió de buena gana,
y halló, tras la ventana,
esperándolo ansiosa, á Candelaria,
quien le espetó al instante esta plegaria:

"¡Oh, Virgen del santísimo Decoro,
San Antonio, patrón de las solteras,
socorredme de veras,
sacadme de este trance sin desdoro."

Al oír oración tan fervorosa
hincóse Belarmino

é improvisó esta súplica amorosa:
»Celestial Candelaria idolatrada,
acércame tu mano
y pósala en mi frente
porque siento en un mar de lava ardiente
hervir mis sesos, pero hervir en vano.»

Y no es bueno que oyendo tras la puerta
se halló á *Mi Sea* Macaria,
es decir, la mamá de Candelaria,
que acometió feroz al tierno amante
diciéndole por corta providencia:
»Ó te casas con ella ó te degüello»
y un cortapluma le clavó en el cuello.

Y héteme allí á don Júpiter Tunante,
con rostro penitente,
dirigiendo la vista suplicante
á su suegra inminente...
.....

Esta escena de horror se prolongaba,
é intentando cortarla, Belarmino
con su suegra pretérita convino
en invitar al cura
para que á tantos males diera cura
por medio de un secreto matrimonio.
Lo quiso así el demonio,
que favorece siempre á los osados,
y... durmieron en paz los desposados!

VII

Claro está que después *Mi Sea* Macaria
decía que su yerno era un petate,
que merecía más su Candelaria,
que el novio era un tunante y botarate,
que su hija era un portento
y el pobre Belarmino era un jumento.

Mas ambos contrayentes, de amor locos,
despreciando las lenguas de la gente,
se amaron con delirio eternamente
y gozaron la vida como pocos.

Y aquí alguno dirá: ¿qué es de Vicente?
¿qué fué de aquel amor tan inocente
tan secreto, tan puro y tan constante?
¿Fué flor de un solo instante
como ilusión primera?
—¡Hombre, claro está—*fué una lesera!*

Post-data.—Si algún crítico aburrido
se quiere suicidar, que sacrifique
su vida á su placer y me critique.
Mas no estará de sobra que le indique
que lo pondré á tres dobles y un repique
por mucho que me aplauda y glorifique,

aun cuando con razón lo verifique;
pues nada hay que me aturda y mortifique
como toda alabanza que se aplique
á cuanto mi cacumen versifique.
Y esto será bueno que lo explique:
¡la sátira me pone como un *quique!*
por tanto, antes que el estro me claudique
será bien que aquí punto plantifique.
Con que, mi señor crítico, alambique
usted su aguda crítica ó va á pique.

NIPORESAS.

Mayo de 1886

LOS ADJETIVOS SUSTANTIVADOS

SEGÚN EL DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

(Continuación)

Esta observación basta para demostrar que, desde que el Diccionario ha omitido en el artículo destinado á *seglar* la advertencia de que puede usarse como sustantivo, quiere decir que, en concepto de sus autores, no puede emplearse como tal, aunque, para dar á conocer su significado, haga referencia á una de las acepciones en que *lego* puede sustantivarse.

Sin embargo, habría sido más conveniente autorizar el empleo de *seglar* como sustantivo en el sentido de "el que no tiene órdenes clericales", que el de *lego* en igual acepción.

El motivo es obvio.

La tercera acepción asignada por el Diccionario á la palábra *lego* es la del "religioso que, siendo profeso, no tiene opción á las sagradas órdenes".

Es fácil entonces que resulte una anfibología.

La frase: «Me agrada conversar con los *legos*» puede significar: «Me agrada conversar con los que no tienen órdenes clericales, ó con los religiosos profesos que no tienen opción á las órdenes sagradas».

No pretendo sostener que, á causa de esta posible anfibología, se rechace el empleo de *lego* como adjetivo sustantivado en la acepción del que no tiene órdenes clericales, puesto que el uso y la índole de la lengua lo autorizan.

Lo que quiero únicamente decir es que, en el caso propuesto, *seglar* conviene más, por el motivo mencionado, que su sinónimo *lego*.

El Diccionario dice que el adjetivo *secular* equivale al adjetivo *seglar* «particularmente como contrapuesto á regular ó religioso».

No reconoce tampoco que *secular* en esta acepción pueda ser adjetivo sustantivado.

Mientras tanto, en Chile por lo menos, el adjetivo *secular* tomado en este sentido se sustantiva mucho más que el adjetivo *seglar*, y, por supuesto, mucho más que *lego*.

Guardando á los autores del Diccionario todo el respeto que merecen, y que me complazco en tributarles, no puedo menos de manifestar que ese uso de *seglar* y de *secular* como sustantivos, es, á mi juicio, completamente legítimo.

El Diccionario dice que *liberal* es un adjetivo que significa «el que profesa doctrinas favorables á la libertad política de los estados».

Agrega que, aplicado en este sentido á personas, puede usarse como sustantivo.

Sin embargo, no reconoce las acepciones análogas de *radical*, el que propone ó defiende innovaciones muy fundamentales, y de *clerical*, el que sostiene las aspiraciones y las pretensiones del clero.

En Chile, estas dos palabras son muy usadas, no sólo como adjetivos, sino como sustantivos.

Entiendo que igual cosa sucede en todas ó en casi todas las repúblicas hispano-americanas.

Y no podría ser de otro modo, puesto que, como *liberal*, sirven para designar bandos políticos que realmente existen, y que tienen marcada influencia en la dirección de los negocios de cada nación.

Me parece entonces que no hay ningún motivo para no conceder á *radical* y á *clerical* lo que se concede á *liberal*, vocablo que se halla en el mismísimo caso que los otros dos.

Una observación parecida puede hacerse por lo que toca á *independiente*.

El Diccionario asigna á esta palabra dos acepciones: 1.ª la de «no dependiente»; y 2.ª la de «la de persona que sostiene sus derechos ú opiniones sin que la doblen halagos ú amenazas».

No dice que en ninguna de las dos pueda usarse como sustantivo.

Mientras tanto, es muy sabido que *independiente* es un vocablo que sirve para designar á los individuos de dos grandes y célebres partidos históricos formados primitivamente el uno en Inglaterra, y el otro en los Estados Unidos de Norte América.

Independientes se denominaron desde 1640 para adelante los partidarios de Cromwell y de Vane, que rechazaban toda autoridad eclesiástica.

Independientes se denominaron igualmente los norte-americanos que se levantaron contra su metrópoli para constituírse en nación separada y soberana.

En materia de lenguaje, sucede á menudo que las denominaciones empleadas en los países extranjeros han sido adoptadas en las naciones españolas para denotar objetos más ó menos semejantes.

Así, los hispano-americanos que á principios de este siglo proclamaron y realizaron la idea de independencia fueron y son llamados los *independientes*.

Del mismo modo ciertas agrupaciones políticas que no se someten en todo á los sistemas y á los planes de los grandes partidos con los cuales tienen afinidad, y que no se resignan á una disciplina rigorosa, suelen ser denominados en la América Española, á ejemplo de lo que se practica en Bélgica y en otros países, los *independientes*.

Los fundamentos expuestos legitiman sobradamente, en mi concepto, el uso de *independiente* como sustantivo en las acepciones expresadas.

El Diccionario admite con mucha razón el adjetivo *carlista* para designar el "partidario de los derechos que don Carlos Isidro María de Borbón han alegado á la corona de España".

Advierte además que este adjetivo puede emplearse como sustantivo.

Pero me parece que la misma razón existe para admitir como adjetivo y sustantivo el vocablo *independiente*, con el cual se designa á los individuos de un partido que ha desempeñado en la historia de la raza española un papel más importante que el de don Carlos Isidro María de Borbón y sus descendientes.

El Diccionario enseña que *insurrecto* é *insurgente* son adjetivos que pueden usarse como sustantivos.

¿Por qué *independiente* no estaría sujeto á la misma condición?

Los adjetivos de las categorías sobre que he discurrido hasta aquí no son los únicos que, según el Diccionario, pueden, hablando en general, sustantivarse.

Hay otras clases de ellos que se encuentran en el mismo caso.

Tales son, verbi-gracia, muchos de los que significan calidades físicas, intelectuales y morales de las personas.

La razón explicativa de esto es la que antes se ha indicado.

Esos adjetivos modifican comunmente á unos mismos sustantivos; y, por lo tanto, al fin la mención de estos sustantivos se ha reputado innecesaria, y aun disgustante.

Pertenecen á estas clases: *tísico*, *varioloso* ó *virulento*, *sifilítico*, *colérico* (el atacado del cólera morbo), *gotoso*, *hernioso*, *hepático*, *escrofuloso*, *tuberculoso*, *reumático*, *loco*, *anémico*, *hipocondriaco*, *maniático*, *parturiente* (y no *parturienta* como se dice en Chile), *lunático*, *diabético*, *niño*, *mozo*, *joven*, *viejo*, *anciano*, *ignorante*, *sabio*, *erudito*, *valiente*, *cobarde*, *disipado*, *discreto*, *vanidoso*.

He citado anteriormente un trozo del cual consta que Bello comprendía entre los adjetivos que pueden usarse como sustantivos á *oyente*, *delincuente*, *vecino*, *advenedizo*, *eclesiástico*, *trágico*, *afrancesado*.

El Diccionario, aceptando la misma norma que Bello, esto es, la tendencia incontestable de la lengua en este punto, reconoce igual cosa respecto á las palabras citadas, pero no respecto á *asistente* y *seglar*, que Bello incluía también en su lista.

Ya he manifestado con algún detenimiento lo que ocurre en cuanto á *seglar*.

Ahora me toca sólo preguntar: si el DICCIONARIO legitima el uso de *oyente* como sustantivo, ¿por qué no hace otro tanto con el de *asistente*, el cual se emplea tan á menudo como *oyente* en el carácter referido?

Bello decía que el plural *antiguos* se sustantivaba.

El DICCIONARIO reconoce que así sucede en dos acepciones: en la de «los que vivieron en siglos remotos», y en la de «los hombres célebres de la antigüedad».

No tengo nada que objetar por lo tocante á esto; pero cito el hecho como antecedente para hacer notar que el DICCIONARIO no reconoce las acepciones correspondientes por lo que toca al plural *modernos* que Bello, con mucho fundamento, asimila en este aspecto al plural *antiguos*, ajustándose al uso general y frecuente.

Me bastará traer á la memoria en comprobación de que el uso equipara en estas acepciones sustantivadas á *antiguos* y á *modernos* la tan famosa «controversia de los *antiguos* y de los *modernos*», ó sea «del mérito relativo de los *antiguos* y de los *modernos*».

Don Andrés Bello enumera, como se ha visto, á *trágico* entre los adjetivos que pueden sustantivarse; y se apoya para ello en el irrecusable testimonio del autor de la EPÍSTOLA MORAL.

> No quiera Dios que imite estos varones,
> que moran nuestras plazas macilentos,
> de la virtud infames histriones:
> Esos inmundos *trágicos*, atentos
> al aplauso común, cuyas entrañas
> son infaustos y oscuros monumentos.

Aparece que el autor de la EPÍSTOLA MORAL sustanti-

va á *trágicos*, refiriéndose este vocablo á *histriones* ó *actores*.

El Diccionario admite que este adjetivo sólo puede sustantivarse cuando se aplica al *autor*, y no al *actor*, de tragedias.

Reconoce igualmente que por los autores de odas y de poesías líricas, por los de poemas, por los de comedias, y por los de dramas, puede decirse los *líricos*, los *épicos*, los *cómicos*, los *dramáticos*.

Adviértase que es indispensable usar como sustantivos los adjetivos *lírico*, *épico*, *trágico*, *cómico*, por no haber otras palabras para designar á los autores de poesías líricas, de poemas, de tragedias y de comedias.

El adjetivo sustantivado *dramático*, que el Diccionario acepta, no se encuentra en el mismo caso, puesto que existe el sustantivo *dramaturgo*.

El Diccionario reconoce también que *clásico* y *romántico* pueden emplearse como sustantivos.

Conviene en que puede hacerse otro tanto con *cínico* y *místico*.

Enseña que *crítico*, en el sentido de quien juzga las obras literarias conforme á las reglas del arte de hablar y escribir bien, solo puede emplearse como sustantivo.

Á pesar de estos antecedentes, y del uso incontestable el Diccionario no autoriza el uso de *elegíaco*, de *bucólico* y de *satírico*, á imitación de lo que permite respecto de *lírico*, de *épico*, de *trágico*, de *cómico*, y aun de *dramático*.

Mientras tanto, esos adjetivos sustantivados son las únicas palabras de que podemos disponer para designar á los autores de elegías, á los de idilios y bucólicas, y á los de sátiras.

Se comprende que, puesto que hay *epigramatario*,

epigramatista y *epigramista*, el DICCIONARIO no reconozca el uso de *epigramático* como adjetivo sustantivado, á pesar que autoriza el de *dramático* como tal, no obstante haber *dramaturgo*.

Se comprende de la misma manera que, puesto que hay *historiador*, no reconozca á *histórico*, como adjetivo sustantivado, á pesar de que nos hace saber que, en la antigüedad, esta palabra *histórico* fué un sustantivo que se empleaba en el significado de *historiador*.

Pero nada de esto puede alegarse para desaprobar el uso sustantivado de *elegíaco*, y particularmente de *bucólico* y de *satírico* apadrinado ya por escritores de nota.

El reputado don Antonio Alcalá Galiano insertó en el número 1 tomo 1.º de la REVISTA DE MADRID un artículo titulado *Literatura*, donde, hablando de los autores de los siglos XVI y XVII, se expresa de este modo:

"Eran los literatos pocos, formados todos en una misma escuela, vaciados, por decirlo así, en un solo molde. De aquí la singular uniformidad notable en nuestros *líricos* y *bucólicos*."

El distinguido preceptista don Mannel de la Revilla, catedrático en la universidad de Madrid, ha escrito, en sus PRINCIPIOS GENERALES DE LITERATURA, las dos frases que van á leerse:

"Italia no carece de *satíricos* notables."

"España ha producido *satíricos* muy notables."

Don Pedro de Alcántara García, en la HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA, dice que don Francisco de Quevedo era "a la vez insigne moralista, discreto político y *satírico* inimitable".

No se alcanza, pues, el fundamento que pudiera aducirse para negar particularmente á *bucólico* y *satírico* la

calidad de poder emplearse como sustantivados que se concede á palabras de igual clase.

He citado anteriormente muchos ejemplos de adjetivos destinados á significar que una persona padece cierta enfermedad, los cuales, según el DICCIONARIO, pueden emplearse como sustantivos.

Habría sido de pensar que se hubiera extendido la misma regla á todos los vocablos análogos; pero no ha sucedido así.

El DICCIONARIO no admite que puedan usarse sustantivadamente adjetivos tales como *disentérico*, *diftérico*, *hipocóndrico*, *anginoso*, *hipertrófico*, *nervioso*.

¿En qué puede apoyarse esta diferencia?

Léase el siguiente pasaje que se encuentra en el párrafo primero del PRÓLOGO GALEOTO con que fray Luis de Granada encabeza la GUÍA DE PECADORES.

"Y así, la palabra de Dios resucita los *muertos*, reengendra los *vivos*, cura los *enfermos*, conserva los *sanos*, alumbra á los *ciegos*, enciende los *tibios*, harta los *hambrientos*, esfuerza los *flacos*, y anima los *desconfiados*. Finalmente, ella es aquel maná celestial que tenía los sabores de todos los manjares, porque no hay gusto ni afecto que una ánima desee tener que no le halle en las palabras de Dios. Con ellas, se consuela el *triste*, y se enciende el *indevoto*, y se alegra el *atribulado*, y se mueve á penitencia el *duro*, y se derrite más el que está *blando*."

Aparece que fray Luis de Granada, en el trozo precedente, emplea como adjetivos sustantivados á *muerto*, *vivo*, *enfermo*, *sano*, *ciego*, *tibio*, *hambriento*, *flaco*, *desconfiado*, *triste*, *indevoto*, *atribulado*, *duro* y *blando*.

Mientras tanto, el DICCIONARIO sólo admite que pueden usarse como tales *muerto*, *enfermo*, *ciego* y *ham-*

briento; pero no *vivo, sano, tibio, flaco, desconfiado, triste, indevoto, atribulado, duro* y *blando.*

¿Por qué?

Difícil sería descubrirlo.

Parece raro que el DICCIONARIO admita que los adjetivos *muerto* y *enfermo* puedan usarse como sustantivos, pero no los de igual clase *vivo* y *sano.*

Son muy conocidos, sin embargo, aquellos versos de Lope de Vega:

> Cuanto contento encierra
> contar su herida el *sano,*
> y en la patria, su cárcel el cautivo;
> .....
> tanto en cantar mi libertad recibo.

El mismo DICCIONARIO reconoce que *hambriento* puede sustantivarse; pero no extiende igual concesión á *sediento.*

Sin embargo, habría bastado recordar las obras corporales de misericordia, según el catecismo del padre jesuita Gaspar Astete, que fué profesor de humanidades, y que falleció en Burgos el año de 1601, para advertir que el uso de *sediento* como sustantivo no es menos antiguo que el de *hambriento.*

»Las obras corporales de misericordia son, enseña el padre Astete:

»La primera, visitar los *enfermos.*

»La segunda, dar de comer al *hambriento.*

»La tercera, dar de beber al *sediento.*

»La cuarta, vestir al *desnudo.*

»La quinta, dar posada al *peregrino.*

»La sexta, redimir al *cautivo.*

»La séptima, enterrar los *muertos.*»

El Diccionario declara que *cautivo* puede sustantivarse.

No admite igual cosa por lo que toca á *desnudo.*

En cuanto á *peregrino,* reconoce que puede usarse sustantivadamente en la acepción de la persona que, por devoción ó por voto, va á visitar un santuario, y más propiamente si lleva el traje de tal, que es el bordón y la esclavina; pero no en la de aquella que anda errante por tierra extraña, la cual es precisamente la acepción en que el padre Astete emplea esta palabra en la quinta de las obras corporales de misericordia.

El Diccionario no autoriza el que *impío* pueda usarse como sustantivo, aun cuando manifiestamente se encuentre en las mismas condiciones para el caso que *orgulloso, modesto, cursi, ambicioso, atrevido* y muchos otros adjetivos, que, según él, pueden sustantivarse.

¿Acaso siempre triunfará el *impío?*

dice don Alberto Lista en su oda Á la Restauración de Buenos Aires en 1806.

Y no es esta la única vez que tan justamente acatado maestro de la lengua empleó á *impío* como sustantivo.

Otro tanto hizo en la Imitación del salmo «Beatus Vir qui non abiit in concilio impiorum».

El Diccionario no admite tampoco que *soberbio* pueda emplearse como sustantivo; pero el mismo ilustre autor usa este vocablo haciendo oficio de tal en su oda Á la Resurrección del Salvador.

Y ni el blando cantar, ni el bosque umbroso,
te borrarán ¡oh esposo!
del pecho enamorado;
ni la abundante choza,
ni del *soberbio* la veloz carroza.

El DICCIONARIO trata al adjetivo *listo* como á *impío* y á *soberbio*, sin tomar en cuenta que una de las excelentes novelas del actual académico don Juan Valera se titula: PASARSE DE LISTO.

Sin embargo, aún es más reparable el que reconozca que el adjetivo *insolvente*, el que no tiene con qué pagar, pueda usarse como sustantivo, y el que no haga igual cosa con el adjetivo *solvente*, el desempeñado de sus deudas.

El mismo DICCIONARIO enseña que *El Excelso* en la acepción de *El Altísimo*, ó sea de Dios, es un sustantivo.

Mientras tanto, *El Altísimo* en este mismo significado es, según él, un mero adjetivo.

Me parece indudable que ha de haber en esto un descuido de copiante ó una errata tipográfica de cajista.

Pero debo confesar que á esta presunción, muy legítima, puede oponerse el reparo muy fundado de que el DICCIONARIO, junto con hacer notar que el vocablo *eterno* sólo es aplicable propiamente al Sér Divino, que no tuvo principio ni tendrá fin, no autoriza que pueda emplearse como sustantivo.

¡Oh víctima preciosa,
ante siglos de siglos degollada!
aún no ahuyentó la noche pavorosa
por vez primera el alma nacarada,
y hostia del amor tierno,
moriste en los decretos del *Eterno*,

dice don Alberto Lista en su oda titulada LA MUERTE DE JESÚS.

En la misma condición que *excelso*, *altísimo*, *eterno*, se encuentra *potente*, adjetivo sustantivado con que los poetas bíblicos y místicos acostumbran designar á Dios.

¿No veis cómo se apaga
el rayo entre las manos del *Potente*?

son versos de Lista en la oda: La Muerte de Jesús.

¿Quién sube á la cumbre
do reina el *Potente*?

son versos del mismo poeta en su Imitación del salmo "Domini est terra".

Y aquí es la oportunidad de hacer una observación análoga á otras de las hechas anteriormente.

Entre las acepciones que el Diccionario señala al adjetivo simple *potente*, se encuentra la destinada á denotar en un hombre la capacidad de engendrar, y entre las que atribuye al adjetivo compuesto *impotente* se encuentra naturalmente la destinada á denotar la incapacidad de engendrar ó concebir.

Mientras tanto, admite que el compuesto *impotente* pueda usarse como sustantivo en la dicha acepción, pero no extiende igual concesión al simple *potente*.

En la oda de Lista titulada La Muerte de Jesús, se lee la siguiente estrofa:

Cesad, cesad, *crüeles*;
al *Santo* perdonad, muera el *malvado;*
si sois de un justo Dios ministros fieles,
caiga la dura pena en el *culpado;*
si la impiedad os guía,
y en la sangre os cebáis, verted la mía.

El Diccionario reconoce que los adjetivos *malvado* y *culpado* pueden usarse como sustantivos; pero no autoriza igual cosa respecto á *cruel*, y á *Santo* aplicado á Dios.

Á pesar de esta distinción, á mí juicio, arbitraria, aca-

ba de verse que Lista no ha tenido inconveniente para emplear á *crueles* y á *Santo*, como sustantivos, ni más ni menos como empleó á *malvado* y á *culpado*.

Si los adjetivos que ordinariamente se aplican á sustantivos determinados que denotan personas se sustantivan, sucede otro tanto con aquellos que con frecuencia se aplican á sustantivos determinados que denotan cosas.

Don Andrés Bello, en un trozo antes inserto, citaba varios ejemplos de este caso.

El DICCIONARIO, ajustándose á un procedimiento de la lengua castellana (y entiendo que de todas las lenguas), el cual no puede desconocerse, confirma el uso sustantivado de muchos adjetivos aplicables á cosas, como, según queda antes expuesto, autoriza el de muchos adjetivos aplicables á personas, cuando acompañan siempre á un sustantivo que, á causa de esta circunstancia, no necesita expresarse.

Se encuentran, verbi-gracia, en este caso *reactivo* que califica á *cuerpo*, *fiambre* que califica á *alimento asado ó cocido; mediterráneo* que califica á *mar; recta*, *curva*, *diagonal*, que califican á *línea*; los nombres de adjetivos numerales que designan los días del mes; *diez y ocho de setiembre*, *doce de febrero*, *cinco de abril*, *veinte y uno de mayo;* y muchos que sería largo é inoficioso enumerar.

La tendencia á subentender un sustantivo que, por demasiado sabido, es inútil, llega á ser tan irresistible, que alguno de los adjetivos á que voi refiriéndome han pasado, ya sea que se apliquen á personas, ya sea que se apliquen á cosas, á emplearse solo y exclusivamente como sustantivos.

Suministran ejemplos de este caso los vocablos *gigante*, *sirviente*, *reo*, *general*, y otros que se aplican á per-

sonas; y los vocablos *helado*, *dulce*, *frito*, *cocido*, *amargo*, *agrio*, *combustible*, *útil* y otros que se aplican á cosas.

Todos estos vocablos fueron, sin duda alguna, en su origen, adjetivos que se emplearon como sustantivos por no haber necesidad de expresar el nombre determinado y muy sabido á que siempre calificaban, hasta el punto de que ya no se usaron jamás como adjetivos.

Don Andrés Bello ha observado que, en ocasiones, sería difícil determinar el sustantivo subentendido como en *á la larga*, *á solas*, *á las claras*, *de claro en claro*, *á oscuras*.

Conformándose á este procedimiento de la lengua por el cual se sustantivan los adjetivos cuando califican á un mismo sustantivo, que, por lo tanto, es fácil de suplir, el Diccionario aprueba las expresiones *á la española*, *á la francesa*, *á la inglesa*, *á la italiana*, en las cuales se ha suprimido por superfluo el sustantivo *manera*.

Sin embargo, no se comprende por qué no hace otro tanto con las expresiones análogas de uso más ó menos corriente, *á la turca*, *á la americana*, *á la peruana*, *á la prusiana*, que se lee en la fábula El Mono y el Titiritero de don Tomás de Iriarte, y muchas más de la misma especie que se usan ó pueden usarse sin ningún inconveniente, y sin ningún menoscabo del idioma.

Aprovecho la oportunidad para llamar la atención á un hecho que no deja de ser instructivo.

Quizá se recuerde que, años atrás, algunos puristas chilenos condenaron la expresión *libro á la rústica*, y dijeron que sólo era castiza la de *libro en rústica*.

El fundamento de esta opinión era un aviso de venta de libros publicado por la Real Academia Española, en el cual se decía *libro en rústica*, y no *libro á la rústica*.

Los mencionados gramáticos no advertían que el ser buena una expresión no impide que otra también lo sea; y que, si la expresión *en rústica* es correcta, la expresión *á la rústica* lo es del mismo modo.

El nuevo DICCIONARIO DE LA ACADEMIA ha venido á enseñárselo en estas palabras: "*Á la* ó *en rústica*, modo adverbial: tratándose de encuadernaciones de libros *á la ligera* y con cubierta de papel."

Repárese de paso en la expresión *á la ligera*, autorizada por la Real Academia, y en todo semejante á las otras de que he estado tratando.

Consecuente con el sistema mencionado, el DICCIONARIO reconoce que muchos de los adjetivos destinados á denotar el color de los objetos, tales como, verbi-gracia, *anaranjado*, *azul*, *blanco*, *verde*, *verdegay*, *amarillo*, *rojo*, *carmesí*, *turquí*, *morado*, *oscuro*, pueden emplearse sustantivadamente; pero, á pesar de hallarse en igual condición, y á pesar del uso, que en esto se manifiesta lógico, no hace lo mismo, sin que sea expedito descubrir el fundamento de ello, con *negro*, *rosado*, *colorado*, *encarnado*, *bermejo*, *gualdo*, *prieto*, *moreno*, *dorado*, *amoratado*, *rubio*.

Son muchos los adjetivos aplicables á medicamentos que, según el DICCIONARIO, pueden sustantivarse: *antiflojístico*, *antihelmíntico*, *antihistérico*, *antipútrido*, *antiséptico*, *laxativo* ó *laxante*, *purgante*, *tónico*, *vomitivo*, *confortativo*, *sudorífico* ó *sudorífero*, *debilitante*.

Á causa de ello, extraño el que no haya colocado en la misma categoría á *sedativo* y á *astringente*.

El DICCIONARIO conviene en que se sustantivan cuando se refieren á medicamentos los adjetivos *excitante*, *emoliente*, *calmante*, puestos de ejemplos por Bello en

un trozo antes citado; pero no se percibe el motivo para que no se extienda una regla igual á *atenuante* y á *estimulante*, que, según este insigne filólogo, pertenecen á la misma clase.

El DICCIONARIO, coloca, con razón, entre los adjetivos que pueden sustantivarse á *sustantivo*, *adjetivo*, *relativo*, *superlativo*, *activa* (voz), *pasiva* (voz); pero no hace igual cosa, como debiera hacerlo, en mi concepto, con *positivo*, *comparativo*, *calificativo*, *modificativo*, *aumentativo*, *diminutivo*.

El no haber incluído á *aumentativo* y *diminutivo* en esta clase, es tanto más notable, cuanto que el mismo DICCIONARIO emplea estos dos vocablos como sustantivos.

En la página 1,119, se lee textualmente lo que sigue: "Reglas para la formación de los *diminutivos* en ico, illo, ito, y de los *aumentativos* en on y azo".

El DICCIONARIO ha incurrido en una inconsecuencia análoga por lo que toca á *activo*.

En el artículo destinado á *pasivo*, dice que este vocablo es sustantivo masculino en la significación de "importe de las obligaciones onerosas que uno tiene contra sí, y que debe considerarse como disminución del valor del *activo* que posee la misma persona".

Según puede observarse, la Real Academia, en la definición precedente, usa á *activo* como sustantivo en la acepción de "conjunto de los créditos, derechos y obligaciones que tiene alguno en su favor".

Mientras tanto, en el artículo destinado á *activo*, no reconoce que este vocablo, en esta acepción, pueda usarse sustantivadamente.

Quizá me equivoco, pero me parece que tal procedi-

miento no es, ni ajustado á la realidad de las cosas, ni tampoco lógico.

Todos los negociantes y contadores emplean sustantivamente, no sólo á *pasivo*, sino también á *activo*.

Y la razón de esta práctica es muy fundada, puesto que, en los casos de que se trata; los adjetivos *activo* y *pasivo* vienen modificando siempre al sustantivo *crédito* que se subentiende por superfluo.

Ha podido observarse en lo que va expuesto ser muchos los adjetivos terminados en *ivo*, *iva* que se usan como sustantivos.

En este momento se me vienen además á la memoria *atractivo*, *abortivo*, *correctivo*, *preservativo*.

Misivo, *misiva* es un adjetivo de esta clase que se aplica al papel, billete ó carta que se envía á alguno; pero que á menudo se sustantiva en la terminación femenina por callarse *epístola* ó *carta*, pudiendo decirse con igual corrección la *epístola misiva* ó simplemente la *misiva*.

El Diccionario reconoce todos estos hechos.

De lo mencionado, resulta que, cuando alguno de estos adjetivos terminados en *ivo*, *iva* modifica constantemente á un mismo sustantivo, hay una fuerte inclinación á sustantivarlo.

Lo mismo sucede por lo que toca á los adjetivos de otras terminaciones que se encuentran en circunstancias parecidas.

Esto hace pensar que el Diccionario se ha mostrado demasiado riguroso cuando no ha sancionado el uso ya muy generalizado de sustantivar á *efectivo*, como se hace, no sólo en Chile y en la América Española, sino también en la misma España, según aparece de la obra

de don Ramón Joaquín Domínguez, donde se lee que *efectivo* es sustantivo masculino cuando significa "el número completo de individuos de un rejimiento, de una compañía, etc., ó el pie de fuerza que mantiene una nación".

El DICCIONARIO enseña que *ejecutivo* solamente significa "que no da espera, ni permite que se difiera á otro tiempo la ejecución".

No admite que *ejecutivo* pueda ser equivalente de *ejecutor*.

Sin embargo, se sabe que, en las repúblicas hispanoamericanas, es aceptada y practicada la teoría de los publicistas que dividen el poder público en tres ramas prinpales, á saber: *legislativo*, el *ejecutivo* y el *judicial*.

Así es de presumir que no transcurran muchos años sin que el DICCIONARIO DE LA ACADEMIA reconozca que *ejecutivo* tiene el significado de *ejecutor*

Cuando esto suceda, tendrá igualmente que autorizar el uso sumamente generalizado en América de emplear sustantivadamente á *ejecutivo* en la acepción del poder público encargado de la ejecución de las leyes.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

(Continuará)

CERVANTES EN ARGEL

DRAMA EN CINCO ACTOS

> La Libertad es uno de los dones más preciosos que á los hombres dieron los cielos; por ella, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir á los hombres.
>
> CERVANTES.

PERSONAS

D. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.
HALIMA, hija de
AZÁN BAJÁ, rey de Argel.
DALÍ, jefe de la guardia de Azán Bajá.
AIDAR, renegado, jardinero del Rey.
FARTAX, jefe de las prisiones de cautivos en Argel.
D. ANTONIO DE TOLEDO.
MENESES.
OSORIO.
NAVARRETE.
QUEZADA.
} Cautivos españoles.
ALUCH, renegado.
UN CAUTIVO ANCIANO.
UN SOLDADO.

Caballeros cautivos, cautivos españoles del pueblo, soldados berberiscos, pueblo argelino.

La acción en Argel á mediados del último tercio del siglo XVI.

ACTO PRIMERO

Una parte de los jardines del palacio de Azán Bajá, rey de Argel. Es una especie de plazoleta en forma de media luna, sobre la cual extienden grandes y gruesos árboles su ramaje frondoso. En ella, algunos asientos rústicos. Por entre diversos árboles del fondo alcanza á divisarse el alto muro que circunda los jardines. Crepúsculo de la tarde.

ESCENA PRIMERA

AIDAR, FARTAX

(Aparecen llegando por entre los árboles del fondo izquierdo.)

AID. Pronto, Fartax, la noche irá tendiendo
sus sombras por el reino dilatado
de Argel.

FAR. Y en las tinieblas sus designios
siempre ponen por obra los cristianos.

AID. En ellos de continuo el pensamiento
está en la fuga, que los lleve salvos
á los hogares patrios, donde tengan
acabo su desdicha y malos tratos.
Ve, Fartax, y suspéndanse las obras
y tornen los cautivos á su baño *(a)*.
Mañana, así que luzca el nuevo día,
con más apremio seguirá el trabajo.

FAR. Los jardines del rey en hermosura
ganando van, merced á los esclavos
que, mal su grado, mueven diligentes
manos y plantas al sonar del látigo.

AID. Ve, pues, Fartax.

FAR. Alá sea en tu guarda.

AID. Y te advierto que pongas tu cuidado
en que no quede alguno de esos viles
oculto en los jardines.

FAR. Temor vano.

AID. No mío, no, Fartax; si esto te advierto
es sólo por tu bien. Si por acaso
alguno se escapara, está seguro,
Fartax, que el rey en tí se haría pago,
quitándote la vida.

(Se acerca á él y, bajando la voz, le dice con tono medroso, después de echar algunas miradas á su alrededor:)

Tú bien sabes
lo que es Azán Bajá!

FAR. Vive... matando! *(b)*

(En el mismo tono y acompañando sus palabras con una acción enérgica.)

AID. Pues tenlo muy presente; y que no llegue
á tu cabeza su potente brazo!

FAR. En el Profeta pongo mi confianza,
Aidar.

AID. Él te ilumine y sea tu amparo.

(Fartax se retira por entre los árboles de primer término de la derecha. Aidar se queda mirándolo con una expresión de desprecio y odio hasta que desaparece.)

ESCENA II

AIDAR

AID. ¿Cómo pude, olvidado de mí mismo,
de mi española estirpe, á estos malvados
dando oídos un día, las creencias
renegar, que mis padres me enseñaron?

(Queda por un instante embebido en sus tristes pensamien-

tos y en una especie de abatimiento moral producido por el desprecio de sus actos pasados. Luego, como apartando de sí el pesado fardo, su rostro se serena i su mirada brilla tranquila.)

Mas... ¿quién sabe, Señor, si me trajiste
tú mismo á estos caminos extraviados
para que, ganando honra entre los moros
de Argel, en opinión de renegado, *(c)*
pudiera alguna vez, arrepentido,
prestar secreta ayuda á los cristianos?...

(Nueva pausa. Se dirije á la derecha por el lugar por donde desapareció Fartax y se queda atisbando. Luego vuelve y dice:)

Se acercan ya... ¡Infelices!... ¡Quién pudiera,
Fartax, ganarte á nuestra causa! En vano
yo te he sondeado con discretos modos:
¡eres fiel carcelero de los baños!...

ESCENA III

AIDAR, FARTAX, CAUTIVOS CRISTIANOS Y SOLDADOS BERBERISCOS

(Cargados con diversos instrumentos de labranza aparecen los cautivos con trajes españoles, pero la mayor parte hechos harapos; vienen empujándolos y maltratándolos los berberiscos que los rodean y á los cuales sigue Fartax de cerca. Las huellas de crudos padecimientos se ven claramente en los rostros de los cristianos, entre quienes hay algunos ancianos.)

FAR. ¡De prisa, más de prisa, miserables!...

UN SOLD. ¡Anda, vil!

(*Empujando á un cautivo.*)

SOLDS. ¡Arre!... ¡Arre!...

CAUTS. ¡Oh!

(*Haciendo extremos, unos de fatiga, otros de dolor ó de ira.*)

AID. (¡Desdichados!)

(*Hondamente conmovido por el mal tratamiento que reciben, se vuelve hacia otro lado sin querer mirar á los cristianos por temor de que se conozca las simpatías que ellos le inspiran.*)

CAUT. ANC. ¡Cuándo, cielo bendito, cuándo, cielo,
acabas con mi vida y mis quebrantos!...

(*Con acento de la más profunda desesperación, levantando sus manos temblorosas al cielo en ademán de súplica.*)

UN SOLD. ¡Calla, perro!

FAR. Reniega de tu creencia
si deseas alivio.

(*Con malignidad.*)

CAUT. ANC. ¡Nunca, bárbaro!...

(*Con voz entera y solemne, irguiéndose como vigorizado de repente por tan insensata propuesta.*)

Antes mil veces muera el débil cuerpo
que admita el alma tan horrendo pacto!

(*Con soberbia energía.*)

CAUTS. ¡Jamás, jamás!

FAR. ¡Entonces son inútiles,
cristianos, vuestro duelo y vuestro llanto!
Á las prisiones sigan.

(*Á los soldados.*)

SOLDS. ¡Arre!... ¡Arre!...

(*Empujan brutalmente á los cautivos, que siguen la marcha hacia la izquierda.*)

FAR. No se os escape alguno.

(*Con voz amenazante, acompañando á los soldados hasta que desaparecen.*)

SOLDS. ¡Arre, cristianos!

(*Desaparecen por el fondo izquierdo y sus voces se van poco á poco perdiendo. Fartax vuelve adonde Aidar, que permanece silencioso.*)

ESCENA IV

AIDAR, FARTAX

FAR. Aidar.

AID. ¿Van todos?

(*Dice esto volviéndose con presteza hacia Fartax, cuya voz parece sacarlo de su meditación.*)

FAR. Todos van, descuida.
Tan sólo siento...

AID. ¿Qué?

(*Con sorpresa é inquietud.*)

FAR. Que bajo el brazo
del astuto Fartax no se haya visto
ése que llaman...

AID. ¿Cómo?

(*Interrumpiéndole con viveza.*)

FAR. El Estropeado *(d)*.

AID. ¿Saavedra?

FAR. El mismo.

AID. ¿Y lo deploras?

(*Con extrañeza.*)

FAR. ¡Mucho!

(*Con viveza.*)

AID. ¿Por qué causa, Fartax?

FAR. Porque, si acaso
hubiera sido prisionero mío...

(*Sonriéndose con socarronería.*)

AID. ¿Qué sucediera?

FAR. ¿Qué?... ¡Que á mi cuidado

no se escapara, no, que antes rindiera
su odiada vida entre mis propias manos!

(*En tono de perfecta seguridad.*)

AID. Alí, tu antecesor en el dominio
de las prisiones...

FAR. Sí, murió empalado.

(*Interrumpiéndole.*)

AID. Empalado murió; todos lo saben.

FAR. Sí, Aidar, sí; por la fuga del cristiano
lo hizo matar Azán á su presencia.

(*Con mucha frialdad.*)

AID. ¡Y el buen Alí era astuto!

FAR. Sin embargo...

AID. Sin embargo, el cautivo tuvo maña
de adormecer su astucia y engañarlo.

(*Dando á su acento entonación de burla.*)

FAR. No lo hiciera conmigo, ciertamente,
y hoy Azán estuviera descuidado...
sin los graves recelos que le causa
del esclavo escondido el temerario
arrojo sin segundo, y el ingenio
en empresas malignas ocupado.
¡Como ninguno diestro es ese perro!

AID. Fartax, guárdete Alá de que á tus baños
alguna vez el Estropeado llegue,
porque seguro estoy...

FAR. Pues lo contrario
me conceda el Profeta: que le prendan,
¡verás, Aidar, si escapa de mis manos!

(*Con jactancia.*)

Menos que nunca ahora escaparía.

AID. ¿Por qué así lo aseguras?
FAR. Es escaso
el número de esclavos que tenemos
en prisiones.
AID. ¿Qué causa?
FAR. Andan bogando *(e)*
al remo en las galeras berberiscas
que navegan el mar Mediterráneo,
empleadas en el corso, miles de ellos;
casi todos los cuales son sacados
de la prisión común, á donde tornan
luego que á descansar vuelven sus amos
de sus multiplicadas correrías,
cargados de botín y más esclavos.
AID. Ya te entiendo, Fartax. Lo que me dices
es en todas sus partes bien exacto;
y como hay menos gente en las prisiones,
todo está más seguro.
FAR. Todo, es llano.
AID. Y el que intente fugarse, por supuesto
que será descubierto y castigado.
FAR. Sin duda alguna, Aidar.
AID. Sin duda alguna...
Pero siempre temiera algún fracaso;
porque Saavedra, como tú lo has dicho,
audacia tiene tal y arrojo tanto,
que, valido de aquélla y de sus bríos,
al mismo Azán Bajá tiene arredrado.
En la tierra de Argel no se vió nunca
cautivo tan audaz ni temerario.
FAR. Mas, sus trazas de nada le han servido,
Aidar.

AID. Es cierto; pero nadie ha dado
hasta hoy con el asilo en que se esconde
desde hace largo tiempo...

FAR. Desde cuando,
complotado con todos los cautivos, *(f)*
que llegaban á veinte mil, y acaso
subían de ese número, intentaba
de Argel apoderarse; y llevó chasco,
que algunos de sus mismos compañeros
á Azán Bajá el intento delataron,
descubriendo los términos precisos
que el Estropeado había designado
para reconocerse unos á otros
y alentarse en la hora del asalto:
que en oyendo: "¡Lepanto, Libertad!"
se contestara: "¡Libertad, Lepanto!"

AID. Y Saavedra alcanzara la victoria
á no haberlo con tiempo delatado.

FAR. Y aun después.

AID. Pero al saber que estaban
sus planes descubiertos, lo dejaron
sus compañeros solo.

FAR. Por librarse
de la rabia de Azán, que acaba en palos...

AID. En fin, guárdete Alá y de tí lo aparte.

FAR. Alá te guarde, y déme al Estropeado.

(Fartax se retira siguiendo el mismo camino de los soldados con los cautivos. Aidar se queda mirándolo y, después de un rato que ha desaparecido, exclama:)

AID. ¡Vete, maldito, vete, que á Cervantes
no ha de tocar tu venenoso hálito!

ESCENA V

AIDAR, ALUCH

(*Éste llega por entre los árboles de la izquierda, y viendo á Aidar se dirige á él.*)

ALUCH El Profeta te guíe.

(*Haciendo zalema, que es una reverencia profunda, inclinando el cuerpo y cruzando los brazos sobre el pecho.*)

AID. ¿Qué me quieres?

(*Con frialdad y sin dar ninguna importancia al personaje que por primera vez se le presenta.*)

ALUCH ¿Quién es Dios?

(*Como pesando cada una de las palabras y con un tono especial de insinuación.*)

AID. ¡Dios es Dios!

(*Con cierta viveza, interesándose en la conversación, pero sin abandonar la desconfianza del todo.*)

ALUCH ¿Y desde cuándo?

(*Con el mismo sentido que anteriormente.*)

AID. ¡No ha tenido principio!

(*Con vivo interés, como contestando á alguna señal misteriosa.*)

ALUCH Ni tampoco
tendrá fin, nó!

(*Completando la frase. Aidar, ya sin recelos con respecto á su interlocutor, recorre la escena como para asegurarse de que nadie los escucha, y se acerca vivamente hacia aquél.*)

AID. Puedes hablar, hermano,
que ya por tu palabra he comprendido
que de los nuestros eres. De tus labios
estoy pendiente, mensajero incógnito,
desde el instante mismo en que he escuchado

la fórmula precisa que nos sirve
para reconocer á nuestro bando.

ALUCH ¿Eres Aidar?

AID. El mismo.

ALUCH ¿El jardinero
de Azán Bajá?

AID. Sí tal.

ALUCH Aluch me llamo.

(*Baja la voz y continúa:*)

Renegado fuí un tiempo... mas, hoy día...

AID. No sigas, que en el mismo caso estamos.

ALUCH Con dos palabras ya nos entendemos.

AID. ¿Quién te envía?...

ALUCH Aquel hombre.

(*Acentuando las palabras.*)

AID. El Estropeado.

ALUCH Dijiste bien.

AID. ¿Qué objeto?

ALUCH Misterioso.

(*La conversación lo más animada posible y en voz baja, sin que por esto se sacrifique la expresión que debe imprimirse al diálogo.*)

AID. ¿Lo comprendes, Aluch?

ALUCH Nada; ni trato
de comprenderlo.

AID. Bien.

ALUCH Me basta sólo
que aquel hombre lo mande, y sin reparos,
sin saber, le obedezco; porque juzgo
que es en bien nuestro.

AID. Cierto... ¿Algún recado?...

ALUCH Muy corto.

AID. Suficiente.

ALUCH Dos palabras.

AID. Me bastan.

ALUCH Oye.

AID. Dí.

(*Aluch, después de mirar cautelosamente á todas partes, dice:*)

ALUCH "¡Antro y palacio!"

AID. Entiendo.

ALUCH ¡Que me place.!

AID. ¿Qué otra cosa?

ALUCH Tu respuesta.

AID. ¿No hay más?

ALUCH Sí, hay más. Aguardo tu respuesta, y diré en seguida el resto.

AID. Escucha, pues.

ALUCH Me tienes escuchando.

AID. Primeramente "Antro":—Está tranquilo;

(*Recalcando en lo que dice y hablando pausadamente, como para que Aluch se imponga bien de la respuesta.*)

El seno de la tierra se ha mostrado
benigno con los míseros.

ALUCH ¿Es todo?

AID. Contesto á lo segundo de tu encargo:

(*Recalcando pausadamente en lo que sigue, como hizo antes:*)

Que la soñada hurí será piadosa,
las sombras protegiendo sus encantos.
Estas son mis respuestas, mensajero;
de ellas le dé tu lengua fiel traslado.

ALUCH Aidar, queda seguro: serán dadas
tales como han salido de tus labios.

AID. Responde ahora tú.

ALUCH Si me es posible.

AID. ¿Por qué has venido tú y no el emisario
que antes solía?

ALUCH Sabio fué el cautivo
previendo tu pregunta:—Se ha enfermado.

AID. ¿No hay más?

ALUCH Sí tal.

AID. ¿Y qué?

ALUCH ¿La escala?

AID. Á punto.
Dile que nada falta para el caso.

(*Se dirige apresuradamente á la izquierda por entre los árboles de primer término; se oye ahí mismo un fuerte y sonoro sonido metálico, como proveniente de dos fierros que hayan hecho chocar entre sí, y vuelve nuevamente Aidar á la escena. Entretanto Aluch, que lo ha estado observando, le pregunta:*)

ALUCH ¿Qué haces?

AID. Despeja ya.

ALUCH Oye, y me marcho:
que si ves con Dalí algún sospechoso,
ni se muevan siquiera, Aidar, tus párpados.

AID. Así será; mas, vete, que no tarda
en dirigir Azán acá sus pasos.

ALUCH ¡Á Dios!

(*Con temor, marchándose apresuradamente por la izquierda, último término.*)

AID. Que es Trino y Uno.

ALUCH ¡Omnipotente!

(*Desaparece.*)

AID. El verdadero Dios de los cristianos.

(*Cuando Aluch dice "Á Dios", Aidar se dirige nuevamente al primer término de la izquierda y vuelve á oírse el sonido metálico que anteriormente, y sale diciendo: "El verdadero Dios, etc."*)

ESCENA VI

AIDAR

AID. Ya habrá escuchado la señal Halima,
único amor del hombre sanguinario
que gobierna en Argel... Es increíble
que semejante fiera... Mas, qué extraño
que Azán quiera á su hija, si los brutos
de condición más cruel...

(*Reticencia y transición.*)

"Antro y palacio"

(*Repitiendo el mensaje que le trajo Aluch.*)

o sea: "¿cómo están los compañeros
que se hallan escondidos en el antro?"
¡...

(*Deteniéndose de repente, se pone á escuchar y luego observa por la izquierda.*)

¡Ya vienen!

(*Retirándose hacia el fondo.*)

No sé por qué me infunde,
á mi pesar, Azán Bajá tal pánico...

(*Procurando dominar el temor de que parece estar poseído.*)

¡Oh! si llegase á descubrir los planes
que estamos en la sombra ejecutando!

(*Al asaltar su mente este pensamiento, un temblor involuntario recorre su cuerpo. Se domina y, retirándose algo más al fondo, se pone en actitud reverente, el cuerpo algo inclinado y los brazos cruzados sobre el pecho. Llega á poco por el primer término de la izquierda Azán Bajá, acompañado de Halima en actitud indolente.*)

ESCENA VII

AZÁN BAJÁ, HALIMA, AIDAR

AZÁN Aidar. ¿Oyes, Aidar?

AID. ¡El siervo escucha
la palabra de Azán Bajá, el magnánimo!

(*Lo primero con profunda humildad; con mucho énfasis al nombrar al rey y el sobrenombre que le aplica.*)

AZÁN ¿Por qué, como otro tiempo, ya no encuentra
con su guardia Dalí viles esclavos
en mis jardines, apropiado asilo,
por encontrarse de la mar cercanos
y ofrecer mil parajes escondidos
para el que aguarda ansioso amigo barco
que, arrancándolo al duro cautiverio,
libre lo lleve á los hogares patrios?...
Aidar. ¿Oyes, Aidar? ¿Por qué? ¡Responde!

(*Con acento de amenaza.*)

AID. Porque están ya, señor, escarmentados
esos infieles, por Alá malditos,
y no se atreven á tentar un paso,
que, si para uno que otro fué dichoso,
ha sido para ciento desdichado.

HAL. Miedo tienen, sin duda, padre mío.

AZÁN ¡Que tienen miedo, Halima! Y sin embargo,
el más astuto de ellos anda oculto.

HAL. ¿Quién?

(*Con cierto interés.*)

AZÁN ¡El ingeniosísimo Estropeado!

HAL. ¡Ah!

(*Sin poder contener un estremecimiento.*)

AZÁN ¡Te estremeces!

HAL. Deja, padre mío,

(*Con mucha viveza.*)

deja que ese español se ponga en salvo.

AZÁN ¿Y perder su rescate? ¡Mil escudos,
quinientos por lo menos!... Ni pensarlo!

HAL. Así estarás tranquilo.

AZÁN Nada temas.
¡Hasta cogerlo seguiré buscándolo!
¡Oh! Si hay alguno digno del aprecio
mío, es ese habilísimo cristiano *(g)*.
Téngalo yo guardado y será cierto
tener todo mi reino asegurado *(h)*.
¿No sabes dónde se halla, jardinero?

(*Con amenazadora desconfianza.*)

AID. ¡Azán Bajá sospecha de su esclavo!

(*Fingiendo la más inmensa desesperación.*)

¡Santísimo Profeta! ¡Y no me envías

(*Alzando los brazos al cielo.*)

desde el séptimo cielo ardiente rayo
que me postre á sus pies hecho cenizas!...

(*Toma en seguida un tono de profundo abatimiento.*)

¡Para qué vive más este gusano,
objeto miserable de sospechas,
que de sólo pensarlas lo han postrado!...

HAL. Calma, cálmate, Aidar; tu rey no piensa
nada malo de tí.

AID. ¡Profeta santo!

(*Siempre fingiendo desesperación.*)

¡Aquí me véis, señor, despedazadme!

(*Arrojándose á las plantas de Azán Bajá.*)

¡matad un corazón que creéis malvado!

AZÁN ¿Qué temes, jardinero, si has oído
defenderte á la hija de tu amo?
Levántate y escucha.

(*Se levanta Aidar y queda hipócritamente en postura humilde y respetuosa.*)

Como vienen
á trabajar aquí bajo tu mando
de cautivos gran número, en las obras
que van estos jardines hermoseando,
inspírales valor á algunos de ellos
para fugarse, como que has tomado
su causa y sus ideas como tuyas;
llévalos, si es preciso por tu mano,
á algún paraje oculto, donde queden
la ocasión esperando, y en el acto
das aviso á mi guardia; ella los prende,
y á mi vista después son empalados!

(*Con una sonrisa feroz de satisfacción, como saboreando de antemano la matanza.*)

HAL. ¡Oh, padre, eres terrible!

(*Con un grito espontáneo é indefinible de repugnancia y angustia.*)

AZÁN ¡Calla, Halima!

AID. (¡Mónstruo execrable!)

(*Aparte, con odio.*)

HAL. ¡Lúgubre espectáculo!...

AZÁN Á él pretendo acostumbrarte, Halima.

HAL. ¡Jamás, jamás!

(*Con pavor.*)

AZÁN ¡Es goce soberano!
Aidar. ¿Oyes, Aidar?

AID. El siervo acata

(*Con hipocresía; pero con voz cuya inseguridad procura ocultar.*)

la palabra del rey y sus mandatos.

(*Azán Bajá hace ademán de retirarse por donde llegó; pero viendo que Halima no lo acompaña, se detiene y, volviéndose, le dice:*)

AZÁN ¿No me sigues, hermosa?

HAL. Ya te sigo,
padre mío; antes quiero, para el ramo
que Aidar cada mañana me presenta,
indicarle las flores.

AZÁN Voy despacio.

(*Sale por la izquierda. Aidar hace zalema. En cuanto su padre ha desaparecido, Halima avanza vivamente hacia el jardinero.*)

ESCENA VIII

HALIMA, AIDAR

HAL. ¿Y Miguel? ¿y Miguel, el amor mío?

(*Con premura y zozobra.*)

AID. Ha venido, señora, un emisario
de parte suya; y ese fué el motivo
de haberos hecho la señal.

HAL. En cuanto
llegó hasta mí el sonido, apresurada
me dirigí hacia acá... Mas hallé al paso
á mi padre, que quiso acompañarme...
Aprovechemos este breve rato...

AID. Él va á venir.

HAL. ¡Por fin!... ¡Dulce amor mío!

(*Con extremada alegría.*)

¿Esta noche?

AID. Esta noche.

HAL. ¡Qué has hablado!
¡Una luna hace ya que no le miro
y que muero de amor... sin escucharlo!...

(Con exquisita ternura en un arrebato de pasión, que se ve obligada á mantener oculta y contenida.)

AID. Desde que estos jardines y la cueva, *(i)*
señora, abandonó, donde asilados
aguardan muchos compañeros suyos
por su ingenio y sus trazas verse salvos.
Pues que viene, sin duda que el momento
anhelado por todos ha llegado;
porque sabed, señora, que al partirse
de la cueva, les dijo: «Resignados
vivid, amigos míos, no hayáis miedo,
que yo me voy á hacer por donde veamos
lucir muy presto el suspirado día
en que dé fin nuestro infeliz estado.
Nada temáis por mí. Sabré con maña,
de Azán Bajá los hierros evitando,
guardarme de sus moros y verdugos.
Si me tardo en volver, no hayáis cuidado.
El buen Aidar os traerá noticias
que os han de levantar, de cierto, el ánimo.
No tornaré á vosotros hasta el día
en que, hallándose todo preparado,
venga á deciros: ¡compañeros míos,
el yugo de cautivos sacudamos!
¡En camino! Propicia la fortuna,
nos lleve á los hogares suspirados!
Las sombras de la noche nos protejen;

apercibido está velero barco,
arrullado en las próximas riberas
por las hondas del mar Mediterráneo!»

HAL. ¡Amor mío! ¡Amor mío!

AID. Sí, señora;

(*Con entusiasmo y alegría.*)

la postrera esta noche será, acaso,
que en la tierra de Argel nos dé la suerte.

HAL. ¡Ventura para Halima, y trance amargo!
¡Que, ganando al amado de mi alma,
pierdo á mi padre!... ¡Oh, Dios de los cristianos,
alienta la energía de mi pecho,
que está entre crueles dudas vacilando!

(*Con profunda melancolía.*)

AID. Pensad, señora, en la pasión inmensa
con que el cautivo á vos se halla ligado;
venid, como otras veces, á estos sitios
cuando del gallo suene el primer canto.

HAL. Sí ¡vendré!

(*Tratando de contener la lucha interna.*)

AID. Él... os espera... Mas, señora,

(*Mirando hácia la izquierda y apartándose de ella apresuradamente.*)

idos, que torna vuestro padre.

HAL. ¡Parto!

(*Váse rápidamente por donde salió.*)

CAE EL TELÓN

ANTONIO ESPIÑEIRA.

(Continuará)

NOTAS AL ACTO PRIMERO

(a) *Y tornen los cautivos á su baño...*

Los baños de los cautivos cristianos son unos como corrales grandes, con algunos aposentillos y chozas alrededor, y en estos baños encierran de noche los moros á los cautivos que andan sueltos; que los presos están en las mazmorras atormentados en diferentes géneros de prisiones.

Tal es lo que apunta la nota 28 á *El Capitán Cautivo*, de Cervantes, en la edición de García de Arrieta. He aquí lo que el mismo Cervantes cuenta en la citada novela: «Con esto entretenía la vida, encerrado en una prisión, ó casa, que los turcos llaman baños, donde encierran los cautivos cristianos, así los que son del rey, como de algunos particulares, y los que llaman del almacén, que es como decir cautivos del consejo, que sirven á la ciudad en las obras públicas que hace y en otros oficios.»

(b) AID. *Tú bien sabes*
lo que es Azán Bajá!
FAR. *Vive... matando!...*

Efectivamente, este personaje, que gobernaba en Argel á la sazón del cautiverio de Cervantes, era hombre sobre toda ponderación cruel y sanguinario, por lo cual don Miguel puso en boca de su *Capitán* que «ninguna cosa nos fatigaba tanto como oír y ver á cada paso las nunca vistas ni oídas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada día ahorcaba el suyo; empalaba á éste, desorejaba á aquél, y esto por tan poca ocasión, y tan sin ella, que los turcos conocían que lo hacía no más de por hacerlo, y por ser natural condición suya ser homicida de todo el género humano».

(c) *Para que ganando honra entre los moros*
de Argel, en opinión de renegado...

Parece lo más natural y lógico que los moros pusieran todo empeño en inducir de grado ó por fuerza á los cristianos á quienes cogían á favor de sus piraterías, á renegar de sus creencias; pero lo que no tiene fácil explicación es que los renegados llegaran á los principales puestos ó á lo menos obtuvieran buen trato y consideraciones, de que los

mismos moros carecían á menudo, en gracia de su traición villana, á la religión de sus padres. Así era, sin embargo: el mismo Azán Bajá era renegado, originario de Venecia, primitivamente llamado Andreta, según refiere Haedo en su *Historia de Argel.* Fué dos veces rey de Argel y una de Trípoli, y, por último, nombrado general de la mar por el Gran Señor, el cual cargo era de los más encumbrados. Antes que él, Aluch Alí ó el Uchalí, siendo su amo, fué también rey de Argel; era calabrés de origen y renegado.

Los moros solían tomar por legítimas mujeres á sus esclavas cristianas renegadas; y asegura Cervantes que lo tenían á ventura porque las estimaban en más que las de su nación.

En *El Trato de Argel* el muchacho Juan, hablando con su hermano Francisco, le cuenta de la manera que se hará el cambio favorable que le ha acarreado en su condición el haberse hecho moro:

"¿Hay más gusto que ser moro?
Mira este galán vestido
que mi amo me le ha dado,
y otro tengo de brocado
muy más rico y más pulido.
Alcuzcuz como sabroso,
corbeta de azúcar bebo
y el cardén que es dulce bebo
y el pilao que es provechoso.
Y en balde trabajarás
de aplacarme con tu lloro;
mas, si tú quieres ser moro,
á fe que lo acertarás.
Toma mis consejos sanos
y veráste mejorado;
y quedaos, porque es pecado
hablar tanto con cristianos.

(d)

FAR. *Ese que llaman...*
AID. *¿Cómo?*
FAR. *El Estropeado.*

Este epíteto aplicaba á Cervantes el rey Azán Bajá, el cual muy de veras le sentaba, ya que en Lepanto uno de los tres arcabuzazos que le deparó su denuedo y mala fortuna, dejóle mutilada la mano izquierda con llevarle dos dedos de ella y estropearle los demás.

(e) ..... *Andan bogando*
al remo en las galeras berberiscas...

Remar era uno de los trabajos más duros que tenían que desempeñar los cristianos cautivos, pues no solamente lo era de por sí, sino que también por el peligro que atraía; porque eran bogadores en las ocasiones en que sus amos salían á piratear al Mediterráneo, á consecuencia de lo cual andaban á cada paso en combates con los barcos que asaltaban, y muchos remeros tenían que salir heridos, cuando no muertos, con los arcabuzazos.

(f) *Complotado con todos los cautivos*
que llegaban á veinte mil...

Don Martín Fernández de Navarrete ha dejado constancia de esta tentativa en su *Vida de Cervantes*, con decir que el considerable número de cautivos, más de veinticinco mil, con cuya ayuda acaso podía contar Cervantes en la atrevida empresa, le alentó en la idea de apoderarse de Argel para que formara parte de la monarquía española bajo Felipe II. Pero sus planes se frustraron por la ingratitud y malevolencia de algunos conjurados que los descubrieron.

(g) *¡Oh! si hay alguno digno del aprecio*
mío, es ese habilísimo cristiano.

No otra cosa que el aprecio por la persona de Cervantes y la admiración de su feliz ingenio pudo tal vez impedir que Azán Bajá, á pesar de su ferocidad inaudita, le impusiese castigos que dieran fin con él ó á lo menos que le pusieran á mal traer. "Sólo libró bien con él (dice Cervantes) un soldado llamado tal de Saavedra, el cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y tódas por alcanzar libertad, jamás le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra."

(h) *Téngalo yo guardado y será cierto*
tener todo mi reino asegurado.

No sin razón decía Azán Bajá que "como tuviese bien guardado al estropeado Español, tendría segura su capital, sus cautivos y sus bajeles", pues las trazas que Cervantes se daba para formar planes en pro de su libertad y de la de sus compañeros y su imponderable valor,

nobleza y serenidad en los riesgos y peligros, le granjearon tal fama, que puso miedo á los argelinos y les infundió respeto.

(i) *Desde que estos jardines y la cueva,*
señora, abandonó donde asilados...

Este episodio de la cueva fué uno de los que más notoriamente demostraron el agudísimo ingenio de Cervantes, dedicado, por entonces, á la empresa de alcanzar la libertad. Esta cueva estaba en los jardines de un renegado griego llamado Azán, situados como á tres millas de Argel, hacia el oriente y á orillas del mar.

EL AÑO DE 1808 EN CHUQUISACA

(Continuación)

VI

El gremio de los doctores componíase de unos noventa nativos, en su mayor parte criollos de las provincias altas.

El pueblo daba á las palabras *mestizo* y *criollo* el mismo sentido que les atribuían las leyes de Indias. *Criollo* era el descendiente de europeos nacido sin mezcla en la tierra. *Mestizo*, en general, era el nativo de sangre criolla ó europea mezclada con sangre africana ó indígena, pero más comunmente indígena. De esta última combinación provenía el cholo. La masa popular se componía de cholos en Chuquisaca.

Los doctores ó vivían de sus rentas ó ejercían allí la abogacía y diversas procuradurías ante la Audiencia y ante los tribunales eclesiásticos. Por ser metropolitano del virreinato el arzobispo de La Plata, estos tribunales

entendían en muchos negocios así de las provincias altas como de las bajas.

Pero la mayoría del gremio doctoral no tenía en qué ocuparse, ó buscaba el trabajo por otros caminos que el de su profesión. Los empleos y magistraturas les estaban vedados. Sentíanse todos ellos aptos y desposeídos dentro de su propio país. No quedaba á los doctores más consuelo, en su condición ociosa y sedentaria, que discutir y disputar por activa y pasiva sempiternamente.

Ya hemos visto que un puñado de ellos acechaba, desde tiempo atrás, la coyuntura de separar para siempre de la metrópoli la colonia. Por allí buscaban á sus aspiraciones, que eran á la vez personales y patrióticas, un hueco ó una ancha cabida donde sentar pie y desplegarse en el país que les dió el sér.

En la ocasión de estar allá la metrópoli entrada y acéfala, y de estar aquí en la colonia divididos y odiándose mutuamente los comisarios de su dominación, es de esperar que anduviesen estos patriotas más cavilosos que nunca sobre lo que les tocaba hacer en tal momento. Pero no se conoce hoy por hoy ningún dato positivo acerca de sus pisadas en estos días. Necesariamente debían de ser éstas muy cautelosas y como á tientas sobre la capa social, inerte y maciza, constituida por la inveterada sumisión altoperuana.

Por eso, cuando los oidores afirman el hecho gravísimo de que á principios de octubre ya se formaban juntas en Chuquisaca, y que en ellas se trataba de tomar partido con vista de la total ruina de la metrópoli, ocurre naturalmente pensar que el aserto debía de referirse en lo principal al gremio criollo de los legistas opinantes de la ciudad. La masa popular mestiza era entonces tan

extraña á las altercaciones de sus altas autoridades, como indiferente por razón de su ignorancia á las noticias exteriores.

Muy fresco estaba todavía el recuerdo de que esos letrados habían discutido infatigablemente la deposición del virrey Sobremonte, ejecutada por una junta de corporaciones en la ciudad cabecera del virreinato; y si contrario á las leyes de la monarquía y á los estatutos de la colonia habían encontrado este procedimiento, no de otra manera reputaban la parte que el cabildo de Buenos Aires estaba tomando, desde las invasiones inglesas, en los negocios generales en representación del pueblo. La deposición aquella y las deliberaciones del cabildo bonaerense eran ya hechos consumados y ratificados, y eran otros tantos ejemplos interiores del poder de la opinión y del triunfo del pueblo contra las autoridades constituidas.

Á una imitación de estos actos democráticos, coronados por el éxito en grandes momentos, eran por demás ocasionadas las circunstancias actuales en Chuquisaca. Es ahí donde gravita el peso del cargo levantado por los oidores contra ciertas demostraciones y asertos públicos del presidente y del arzobispo. El denuncio secreto de 26 de octubre presentaba la vulgarización del desquiciamiento de la metrópoli como tentadora de estos colonos turbulentos, y como suscitadora de designios ó planes contrarios á la unión de estas provincias con la madre patria.

Y cobraba mayor peso el cargo en fuerza de su verosimilitud. El correo del 17 de setiembre (1) había también

(1) Antes dijimos que llegó el 18 por la mañana; llegó el 17 por la tarde.

traído las noticias sobre el alzamiento general de España, y sobre la formación allí de juntas provinciales y soberanas, independientes entre sí, para salir todas á la común defensa, pero cada cual con la suma de la autoridad regia á falta de ningún cuerpo ó persona que, con derecho propio, tuviera en el Estado la representación legítima del rey absoluto. La soberanía acababa, pues, de verificar una reversión al pueblo por la fuerza misma de las instituciones, bien así como por la fuerza de las ideas lo estaban sosteniendo sin sospecha, en las aulas de Chuquisaca, las doctrinas profundísimas de Santo Tomás. ¡Qué golpe subitáneo de luz para aquellos doctores peripatéticos cuando aquellas noticias se sepan!

El ilustre San-Alberto hacía que se enseñase en las escuelas de la arquidiócesis: "¿Quién después de Dios? ¡El rey!" Ahora no había rey sino un intruso. Siguiendo las huellas de su predecesor, Moxó, ante el gentío que llenaba la catedral para el hacimiento de gracias por la nueva y casi nomiual exaltación, decía, como dirigiéndose hacia los escaños del gremio universitario:

"El pueblo español delega á una sola familia un poder que su interés le impide ejercer por sí mismo. Estipula para las generaciones venideras, y, por un pacto libre y meditado, confía la felicidad de sus últimos nietos á los últimos descendientes de aquella estirpe."

Sobre esta base rodó la brillante demostración que este día hizo el arzobispo sobre los derechos de Fernando VII al trono de España y al señorío de las Indias.

Convengamos en que aquello no podía resistir á la impulsión política que la fuerza de las cosas y la fuerza de las ideas estaban dando de consuno al espíritu de los doctores. Ellos compararon entonces entre cátedra y

cátedra, entre la doctrina de la soberania del pueblo y la ley feudal del señorío dinástico perpetuo, y juzgaron. Y cuando recordaban al salir que ellos por su parte no han pactado con nadie en su tierra á favor de nadie para que perpetuamente los gobierne, ni habían delegado todavía á nadie la facultad de pactar, llegó á Chuquisaca como el rayo la noticia de la formación de la junta gubernativa de Montevideo, por Fernando VII, independiente del virrey, soberana como las de España.

Por primera vez iba á verse que no en vano las bulas del papa, las cédulas del rey y el desconfiado monopolio del sistema colonial, habían creado en esta ciudad mediterránea este gremio contemplativo y opinante, que, mano sobre mano, observaba ahora interesado y curioso los enormes sucesos relacionados con la existencia de la metrópoli y con la seguridad de estas provincias.

Sucesivamente fueron llegando á Chuquisaca, en los meses de octubre y noviembre, los boletines impresos en Buenos Aires que hacían públicas las solemnes prevaricaciones bonapartistas de los altos cuerpos nacionales, delegatarios de la autoridad soberana, como eran el consejo de Castilla y el de Indias y la junta fernandina de gobierno, la cual llegó hasta dejarse presidir por Murat y á escarnecer á los héroes del 2 de mayo. Por pintar con los colores debidos la perfidia y usurpación napoleónicas, la junta de Sevilla proclamaba solemnemente el envilecimiento de la dinastía á los pies de Napoleón y el envilecimiento de los supremos consejos del reino; ello, por excitar la ira de los españoles, mas provocando á la vez la compasión ó el desprecio del mundo y de los colonos.

Pero no nos adelantemos más en el campo de los he-

chos. Detengámonos aquí, en el punto necesario para hacer constar el enlace de nociones reales y de ideas doctrinarias, que con lógica progresión venían en el entendimiento de los doctores determinando el concepto político de la independencia. Dejemos así constituido al ilustre gremio en las galerías del circo, listo ya á lanzarse él también á la arena donde altercaban los magnates españoles. ¿Los doctores? El pensamiento de los doctores era la más levantada manifestación de la razón pública altoperuana.

VII

Restituidas en fines de julio á Potosí y á La Paz las compañías veteranas de la respectiva antigua dotación de dichas ciudades, y que por causa de las invasiones inglesas estaban reunidas en Chuquisaca desde tiempo atrás, la ciudad quedó reducida á su escasa guarnición ordinaria, sin que las actuales diferencias de las autoridades hiciesen temer nada contra el reposo público.

El 21 de agosto llegaron las noticias del motín de Aranjuez, caída y prisión de Godoy, abdicación de Carlos IV, exaltación de Fernando VII al trono, y demás ocurrencias consiguientes y escándalos antecedentes del real palacio, provocados y puestos en evidencia por la invasión francesa.

Desde este momento cambiaron de temple las querellas de la ciudad. Que el presidente se avocase la reforma del hospicio para que en este negocio no intervengan manos extrañas; que entregue la dirección de los estudios de la Universidad al arzobispo como á su cancelario nato; que ponga en buenos términos de avenimiento

á ciertas autoridades de la Frontera que andaban divididas por causa de la Audiencia, eran actos que podían lastimar el humor impaciente de los oidores, mas sin sacar la vieja querella de sus quicios oficinistas.

En adelante el arzobispo y el presidente por un lado, y los oidores por otro, estarán en abierta oposición secreta sobre el sistema político que convendrá seguir, para mantener la unión de estas provincias con la metrópoli durante los terribles conflictos de la misma. Los oidores tenían á Rodríguez Romano, el asesor, para punzar de cerca al presidente, y tenía éste por su parte al gran Cañete para incomodar á los togados. Unos y otros podían contar, para su recíproca exacerbación, con los elementos del medio ambiente social, poblado de esas miasmas que llamaríamos lo invisible corrosivo, miriadas impalpables de microbios que servían con sus átomos de malicia para enconar heridas del alma.

Poco tiempo la reyerta pudo mantenerse en el recinto accesible tan sólo á unos cuantos peninsulares iniciados, el recinto de los tres palacios que eran del presidente, del arzobispo y de la Audiencia. Saltó presto á la calle con la ocasión del reconocimiento de la junta de Sevilla, de los donativos patrióticos, de los manifiestos brasileños y de otras subalternas y locales querellas.

Y lo más interesante en esta contienda es que, á los primeros cruzamientos del dar y barajar, el virrey quedó envuelto también en la refriega, y la refriega abarcó en su radio á los doctores y con ellos á la masa popular nativa, que fué cuando del choque saltó como chispa incendiaria el grito: "¡Quieren entregarnos á los portugueses!"

Un sentimiento unánime de fidelidad compasiva y afectuosa, que las palaciegas desdichas del joven monarca

inspiraron en todas las clases de la sociedad; iluminó el precursor día sereno de estas contiendas de Chuquisaca. El arzobispo embalsamaba las brisas con los perfumes de su hermoso ingenio. Él echó á volar anécdotas primorosas sobre las dotes y virtudes del príncipe; él hizo populares los dictados más tiernos del vocabulario tierno, como ser: "nuestro adorado Fernando, el ingenuo y aplicadísimo joven, el idolatrado monarca que antes de reinar reinaba ya en todos los corazones"; él quien lanzó ante la historia en la catedral este sangriento sarcasmo: "La fama había publicado años hace por todo el orbe español los tesoros que se revelaban en su amabilísima índole."

Recién salida la ciudad estaba de una serie de rogativas penitenciales, con fúnebres tañidos en los veinte campanarios de la ciudad, y á la que dieron remate una misa de comunión general con oración deprecatoria y un raudal de pastorales lágrimas; todo para implorar las divinas misericordias en favor de la religión, la patria en peligro y la real familia, y para alcanzar los beneficios de una paz honrosa y completa.

El fervor religioso y político del arzobispo, inquietó de tiempo atrás por las protestas pacíficas de Napoleón y por el movimiento de los ejércitos franceses hacia España y Portugal, arrolló ese día con el gentío y algazara que llenaban una plaza de toros; y tuvo la satisfacción de contemplar que el pueblo entero le rodeaba para la oración en común, llenando el templo de las Claras y sus alrededores, respondiendo todos en voz alta á sus plegarias, de rodillas las damas hasta en los guijarros de las calles. Este era el hombre que los oidores intentaban sujetar.

Y más de una vez sucedió, como en la presente, que don Benito María Moxó y de Francoly sintió en su pecho el pesar de los sucesos de Europa, antes que á Chuquisaca llegara la noticia de esos sucesos.

En uno de estos relámpagos de previsión decía confidencialmente al virrey del Perú que estos oidores, lejos de poseer las luces propias de una política penetrante, no traspasaban con sus nociones el común nivel sobre negocios públicos. Los ministros le correspondían comunicando oficialmente al virrey de Buenos Aires que este mitrado era un politiquero presuntuoso y entrometido.

Lo que hay de seguro es que era poco modesto. Pase que sepa presentir las cosas europeas de la política napoleónica; pero alcanzar las cosas sublimes del arte humano, jamás. En una carta á su vicario de Cochabamba, destinada al público, pretendía estar adivinando las cábalas de los levitas altoperuanos, y decía:

"¿Cómo creen que un prelado, cuya carrera ha sido la diplomacia, que ha visto las cortes más cultas de Europa, y que está acostumbrado á sacar en limpio verdades muy ocultas por los hilos, casi imperceptibles, de los grandes estadistas, no tenga bastante perspicacia y agudeza para penetrar las groseras intrigas que se fraguan en los rincones de estos Andes? No es lo mismo callar que ignorar. Esto último arguye poca experiencia ó poco talento; y lo primero es señal algunas veces de mucha piedad, mucha constancia y mucha política."

De reacción y saludable desahogo sirvió á la ciudad, después de aquellos suplicantes días, el bando solemne del 23 de agosto, que promulgaba los reales despachos llegados el 21, y que mandaba alzar pendones en el Alto Perú por Fernando VII, cuya jura se dejó en Chuqui-

saca para otro día en consulta de sus preparativos y de su mayor pompa. Correos expresos partieron para que se promulgase y jurase esto mismo en las otras cinco ciudades, con estrecho encargo de dar la vuelta todos, á más tardar, en fines de setiembre, trayendo constancia de haber quedado al respecto todos los jefes advertidos y obedientes.

El unísono impulso de fidelidad al legítimo monarca, que juntó y estrechó á los altos dignatarios en los días que corrieron entre las tristes noticias de Aranjuez y las noticias desoladoras de Bayona, pareció un momento llevarles con fuerza á la tregua y á la reconciliación y á la paz. Pero no fué así. Tomada al pie literal de los documentos hoy todavía secretos de una y otra parte, acta sumaria y fidelísima de lo que pasó en la sala particular del presidente, al leerse allí los pliegos sobre los sucesos de Bayona, es el relato que sigue. Resalta allí la ausencia de cordialidad y salta discorde el estiramiento y el espíritu de contradicción en las relaciones.

VIII

Manifestó el presidente los oficios del virrey, del cabildo de Buenos Aires y del comisionado por Sevilla, don José Manuel de Goyeneche, con los papeles públicos de referencia sobre las abdicaciones y cesiones borbónicas, transferencia napoleónica á José Bonaparte, escarmiento del 2 de mayo, pueblo español en armas, supremas juntas provinciales, etc., etc. Estaban contestes los oficios en pedir el sometimiento altoperuano á la junta de Sevilla, y en excitar ardorosamente el patriotismo de estos habitantes á efecto de reunir dineros que enviar á

España para sostén de la guerra contra la invasión y usurpación francesas. El virrey reiteraba ahincadamente sus apaciguadoras recomendaciones de otras veces á las altas autoridades de Chuquisaca.

Como al presidente pareció obvio y expeditivo el someterse sin más trámite á la junta de Sevilla, manifestóse dispuesto á mandar extender desde luego la diligencia ó acta correspondiente, en tanto que el fiscal evacuaba allí mismo, si lo tenía á bien, su vista de estilo. Entonces el fiscal saltó y le dijo:—"Y ¿al respaldo de cuál pieza querría V. E. que estampásemos el obedecimiento?"

El presidente nada respondió; pero hace que se lea de nuevo el manifiesto de la junta de Sevilla. Al llegar al pasaje donde ésta asegura que ya otras provincias iban reconociendo en ella á la fiel depositaria de la autoridad soberana, el fiscal interrumpió:—"Pero ¿quién nos asegura que acabarán las demás juntas, tituladas igualmente supremas y soberanas, por reconocerla?"

Tomando seguidamente los oidores los pliegos tanto impresos como manuscritos traídos por el extraordinario, y examinando con prolijidad su forma, texto y contexto, concluyeron por advertir á Pizarro que, de todas veras, no había allí documento alguno bastante para autorizar la insólita novedad que se solicitaba, y que todos esos papeles juntos no suministraban mérito para un asenso legal sobre el enorme bulto de hechos á que se referían.

El presidente llamó entonces la atención al oficio del virrey, por donde constaba el reconocimiento ya prestado en la capital y la orden expresa de ejecutar esto mismo en Charcas.

Los oidores observaron á esto que el oficio se refería

en un todo á los impresos traídos á la mano por Goyeneche, y que los impresos solían desgraciamente contener falsedades. Dijeron que, como quiera que la orden prescribía algo de muy extraordinario y fuera de lo establecido por las leyes constitucionales de la monarquía y por el estatuto del virreinato, era el caso de aguardar con prudencia á que la orden viniera mejor instruida y motivada, así en cuanto á la legitimidad intrínseca como respecto á la autenticidad externa de sus antecedentes.

Fijóse entonces Pizarro en la irresistible evidencia que resultaba del apersonamiento del propio comisionado de la junta sevillana. Los oidores, sin poner en duda la presencia efectiva de Goyeneche en Buenos Aires, declararon que no vacilaban en desestimar el despacho librado, según se decía, en favor de éste por la junta de Sevilla, así por lo inusitado de su tenor sin precedente, como porque se pretendía darle curso con llaneza ordinaria en el virreinato, como si se tratase de una orden emanada del soberano en persona.

Y como aquí el presidente les recordara que la junta ejercía autoridad soberana en representación del monarca, según lo proclamaba en su encabezamiento el manifiesto, los oidores le contestaron que el manifiesto que tenían á la vista no era una pieza auténtica sino un simple impreso.—"Razón por lo cual (agregó López Andreu) yo echaba de menos desde un principio una real cédula del consejo de Indias que nos comunicara esta investidura regia, discernida no sabemos por quién, á la junta que se formó por un tumulto en la ciudad de Sevilla, según rezan los mismos papeles."

Parece que el presidente quedó un tanto perplejo. Aunque no se le escapa que el asunto es gubernativo,

debió de reconocer que era también de tal alcance político que afectaba ineludiblemente á la Audiencia. Así es que, este parecer *némine discrepante* del regio tribunal de los legistas, debió de perturbar un tanto su deseo de secundar ejecutivamente los actos y órdenes del superior gobierno. Todo esto se deduce de lo que seguidamente pasó.

Pues, como ellos al retirarse le insinuaron con gravedad la pública conveniencia de ocultar á estos turbulentos colonos tamaños desastres de la metrópoli, que equivalían á una ruina completa de la monarquía y de la madre patria, y de que se abstenga, con mayor razón, de actos y procedimientos fundados en su certidumbre, él les pidió voto consultivo para esa misma tarde.

Contestaron los oidores que con la posible madurez formularían su dictamen sin perder el tiempo; pero que, mientras tanto, instaban con energía por el sigilo, á fin de que las gentes duden cuando menos los sucesos de Bayona, para lo cual consideran ellos necesario que se proceda lo antes posible á la jura solemne de Fernando VII, que se tenía acordada.

Pizarro convino desde luego con efusión en esto último. En cuanto á la mayor ocultación posible de las noticias, declaró que se reservaba el proceder con vista de la consulta requerida para esa tarde á sus señorías.

Expidiéronse por la noche los oidores declarando en conclusión: «que careciendo de instrucción, y no viniendo los pliegos y oficios en la forma legal que debe servir de norte para el acierto en el dictamen que se exige, eran de unánime sentir que no se haga la menor novedad, y se esperen credenciales que contengan la autenticidad que prescriben las leyes en materia de tanta consideración.»

IX

Desde este momento quedó trazada una línea de separación política entre el tribunal por una parte y por otra el virrey, el presidente y el arzobispo. Esta escisión rodaba, como se ve, sobre la conducta que los altos poderes coloniales debían observar en las extraordinarias circunstancias de la metrópoli. Pero lo verdaderamente grave fué que del voto consultivo resultaba que el gobierno supremo, á que obedecían la superioridad del virreinato y las provincias bajas, no era tal gobierno supremo para la Audiencia de Charcas ni para las provincias altas de dicho virreinato.

¿Cómo apartarse del dictamen? ¿Cómo hacer público este cisma en los presentes momentos? El presidente quedó confuso, el arzobispo profundamente impresionado, los confidentes de ambos sin atreverse á articular un consejo. De resultas, el secreto se impuso por sí mismo á todos, no tanto por los motivos que el tribunal exponía cuanto por temor á una ruptura necesariamente ruidosa con los oidores. Cinco días después fueron éstos convocados á una nueva conferencia.

Mientras tanto, para desviar la curiosidad pública se echó á correr el oficio un poco jactancioso de Goyeneche, en la parte referente al levantamiento popular de España por Fernando VII.

Pizarro pudo quizá creer que los togados iban por segunda vez á encastillarse en la mera autenticidad externa de los documentos peninsulares. Quizá también por eso fué preparado para lanzarles de ese atrincheramiento, intimándoles, como lo hizo, las órdenes terminantes

de ejecución libradas por el virrey al despacho de Goyeneche. Pero hubo de equivocarse también en este punto.

Los oidores no dudaban, no, de las noticias á la existencia efectiva de la junta sevillana referentes. De seguro prestaban asenso jurídico como prueba á los impresos peninsulares rubricados por el virrey. Tenían certidumbre moral en punto á la realidad de los hechos que, sobre el estado de la nación, aquellos impresos denunciaban. El asunto era político y debía toda esta notoriedad bastarles. Su obstinación penetraba más hondo.

¿Por qué no atribuir examen y meditación en la superioridad al reconocer á la junta de Sevilla, y al querer uniformar por este medio los sentimientos y actos de los habitantes del virreinato con los de la metrópoli? ¿No iba todo encaminado sin mayor inconveniente legal al fin supremo de conservar estos amagados dominios al que todos reputaban como su legítimo soberano? ¿No era todo esto bastante y sobrado para un tribunal excluido de las cosas políticas, llamado por los estatutos del nuevo virreinato á ejercitarse ante todo y principalmente en la pronta y cumplida administración de justicia?

Las preguntas parecen obvias y hasta triviales en boca del historiador; pero es el caso que los oidores no esquivaron de obra ni de palabra el darles una respuesta categórica, y hemos de ver que la respuesta pinta de un rasgo el temple de ánimo en que ya la Audiencia se hallaba sobre este negocio con respecto al virrey Liniers. Entremos á saberlo en la segunda junta.

Los oidores comenzaron por afirmarse en que echaban menos, para el reconocimiento requerido, una real

cédula que, expedida á nombre del monarca por el supremo consejo de Indias, mandara reconocer en estos dominios la autoridad soberana de la junta de Sevilla. Pero después penetraron en el fondo de las cosas. Razonaron de la manera siguiente:

Claro como está que aquella junta no es suprema en sentido legal, y que no puede ejercer actos de soberanía según las leyes primordiales de la monarquía, ni siquiera conforme á los estatutos constitutivos de estas posesiones, ¿pudiera acaso ejercerlas á virtud de una aprobación de las provincias que componen el cuerpo nacional? Tampoco.

Fué entonces cuando el presidente les presentó en copia auténtica la credencial de Goyeneche con el cúmplase en debida forma librado por el virrey. Los togados pasaron por encima de esta solemnidad tan concluyente, y pusieron la vista tan sólo en la credencial misma y en los antecedentes que le sirven de fundamento.

Ellos leen, en los impresos remitidos por Goyeneche y en la credencial de éste, la infancia de la junta sevillana y sus esperanzas de conseguir la adhesión sucesiva de las demás provincias. Así es que, por una parte, no creían legalmente en el hecho, y por otra, aun creyendo, consideraban prudente aguardar un resultado definitivo. Consideraban que la relación de los enormes acaecimientos no venía comprobada en forma bastante para exigir un firme asenso á ella, singularmente en la parte que autorizase á dictar providencias referentes á su certidumbre; y consideraban, además, que la verdad misma de los acaecimientos aconsejaba no innovar en Charcas un ápice, cual lo tenían aconsejado.

Según ellos, la existencia de la junta es la delación más elocuente de la anarquía tumultuaria que en España reina. Es la junta un aborto del desquiciamiento completo en que allá han caído las cosas. Los actos que á la real familia se atribuyen, los hechos consumados por la la fuerza napoleónica, los documentos que solemnizan el sometimiento bonapartista de las poblaciones y el de los altos poderes nacionales, sirven de antecedentes á la junta de Sevilla, y son también los hechos que acreditan una impotencia absoluta en la España para repeler la usurpación y para regirse á sí misma.

Ahora bien, tamaño abatimiento, lejos de servir para estrechar en estas posesiones el lazo de unión con la metrópoli, es, al contrario, un golpe de hacha capaz de cortar sin remedio ese lazo. «No se olvide,—dijeron,—que la índole de estos naturales es muy susceptible de la variedad de impresiones que entre ellos fragua frecuentemente la malicia con ocasión de mucho menores novedades». Esta turbulencia es muy favorecida por la diversidad de castas, que hacen heterogénea su población é incoherentes sus intereses. Así es que la divulgación de las noticias podría muy bien ocasionar una profunda inquietud en la tierra, y más todavía la ocasionaría cualquiera innovación política que les hiciese pensar en los medios de ligarse todos para atender por sí mismos á su seguridad.

Según esto, la orden de la superioridad para que se deje á Goyeneche desempeñar en el Alto Perú la comisión de la junta de Sevilla es inconsulta, peligrosa, y debe ser suspendido su cumplimiento. En cuanto á la comisión misma, declararon que la desestimaban por las

razones dichas, y por cuanto facultaba al agente para percibir caudales sin caución y afuera de toda forma establecida.

No fué esto sin importancia para la historia del exacerbamiento y complicación de estas altercaciones. Viene en camino más pábulo para la hoguera de la discordia. Estos mismos días salía de Buenos Aires para Chuquisaca (setiembre 20) el comisionado Goyeneche en persona. Hay síntomas de descomposición en el virreinato. La escisión de la provincia oriental del Río de la Plata, separándose de hecho de la autoridad del virrey por ser éste francés y bonapartista, estallaba en estos propios instantes en Montevideo. El agente sevillano venía munido por Liniers de toda suerte de recomendaciones para el desempeño de su encargo principal y de otros más. Traía carta de crédito para que las cajas reales le facilitaran cuantos auxilios pudiera necesitar y él pidiere, sean de la clase que fueren.

El presidente no tenía dialéctica ninguna con que poder rebatir el sofisma. Dijo que no respondía de la posibilidad de ocultar al pueblo los sucesos de España, muchos de los cuales constan de los impresos de Buenos Aires. En este sencillo concepto estaba encerrada la suprema razón del caso. Pero fiel á la rutina colonial fió, no obstante, en los expurgatorios del correo para atajar ó ahogar las noticias. Conformóse con el dictamen, oprimido por la resistencia de los oidores á la autoridad del virrey.

Al saber prontamente Liniers el audaz embarazo opuesto á sus órdenes gubernativas por el tribunal de justicia de Chuquisaca, dirigió á los oidores contenidas pero severas advertencias, que no por merecidas dejaron

de esforzar más la oposición de los togados. Y fué entonces cuando dieron respuesta á las preguntas que, como para calcular la hondura que ya se habían cavado á sí mismas estas discordias, formulábamos no há mucho.

Porque después de estas incidencias los oidores salieron diciendo que era curiosa pretensión la de Liniers, pretensión de ejercer mando absoluto en estas provincias. No otra cosa significaban, según veían, primeramente la precipitación é ilegalidad notorias con que decretó el cúmplase á los despachos que reconocían un supremo poder, y después de eso el tesón de jefe absoluto con que pretendía sostener este desacierto. «Porque, á la verdad, no se puede comprender cómo un virrey, no procediendo en este errado concepto, puede persuadirse de que, especialmente hablando con un tribunal de justicia, le es facultativo prescribirle quién es su soberano.»

Tal es el alcance que los oidores daban á las órdenes de la superioridad tocante á la sevillana y á su representante.

Desde este día los oidores se pusieron en abierta contradicción en punto á noticias con lo que referían el arzobispo y el presidente. Negaban á veces hasta la ida á Bayona, que varias cartas de Buenos Aires afirmaban desde principios de Agosto. En un dia de besamanos, en pleno concurso se atrevieron á desmentir sucesos cuya noticia sabían autorizadamente el prelado y Pizarro por conducto del virrey.

X

Dos meses y medio antes de estos sucesos habíase celebrado en Chuquisaca la real confirmación de Liniers

en el mando del virreinato. Hubo misa de gracias y carta pastoral. Bajo el imperio de esta mala impresión estaban todavía los togados cuando llegaron, primero los documentos sobre Fernando VII y, algunos días después, una proclama y una circular políticas de Liniers. Acababa de estar en Buenos Aires el comisionado bonapartista Sassenay, con pliegos de Napoleón y del nuevo gobierno español del rey José para Liniers. Como todos saben, este último era francés de nacimiento al servicio de España.

Anunciaba el virrey la reunión en Bayona de un congreso bonapartista de españoles para dictar las leyes constitucionales de la nueva monarquía. Decía á los pueblos que el emperador Napoleón les miraba con interés y simpatías, y que dispuesto estaba á mandarles todo género de socorros en estas circunstancias. Exhortaba para que todos se mantuviesen quietos y sumisos en la colonia hasta las resultas definitivas de los sucesos que estaban produciéndose en la metrópoli. Recomendaba ahora más que nunca la unión del pueblo á las autoridades existentes, y la concordia de las autoridades entre sí en torno de su actual virrey, como medios de conservación y de defensa comunes en las presentes calamitosas circunstancias, etc.

Al mismo tiempo el virrey hacía entender que, por causa del breve y misterioso paso de Sassenay, el pueblo de Buenos Aires había sentido desconfianzas, pero desconfianzas infundadas, respecto de su leal y ya bien probado jefe; y, á manera de justificativo, ordenaba que ya sin más demora se procediese en la capital á la jura de Fernando VII.

Nada más adecuado que esto último, después de lo

anterior, para suscitar con viveza las desconfianzas alto-peruanas, tan sutiles cuanto temerarias por estar fundadas casi siempre en el temor á la ajena hipocresía. Sintiéronlas efectivamente. Reforzaron los oidores la mala impresión, echando á correr que por conducto del presidente el virrey encargaba que, dudándose con cautela de las noticias de España, se abstuviesen por ahora en Charcas de tomar ninguna providencia sobre la jura. Quizá sacaron esto, por error ó por malicia, de la genérica recomendación de Liniers para permanecer inalterables todos como vasallos mientras se resuelven las cosas europeas.

Lo cierto es que cundieron con rapidez entre el vulgo sombras recelosas al respecto de la fidelidad de Liniers. Si los oidores contribuyeron á soplar contra la faz de este magistrado la nube, fuerza es convenir que esta vez sus malas artes fueron útiles á la causa de la metrópoli. El natural desafecto humano al pérfido usurpador violento de ajena corona, desafecto que la circular y proclama del virrey no hicieron sino avivar, se ligó al temor alto-peruano de caer junto con estos dominios del despojado monarca en poder del mismo conquistador. Columbrábase algo próximo el peligro. Al són armónico de estos sentimientos tan entrañables, la jura de Fernando VII en Chuquisaca cobró entre todas las clases sociales inmenso entusiasmo.

Aunque todavía por este tiempo no se hubiesen hecho públicas la extensión y profundidad de los sucesos de la metrópoli, sabíase que Fernando, los reyes padres y los infantes habían ido por engaños á Bayona, donde habían tenido que abdicar todos en favor de Napoleón; sabíase que ejércitos franceses ocupaban una parte de la penín-

sula; sabíanse del armamento general de España los prodigios que el oficio de Goyeneche refería con la verbosidad y petulancia que caracterizaban á este célebre intrigante.

Las gentes se perdían en barruntos, unos favorables y otros contrarios á una próxima é indefectible restauración borbónica. Mientras tanto, las opiniones se uniformaban y se esforzaban mutuamente, sin distinción entre europeos y nativos, sobre un punto muy importante: no *afrancesarse;* repeler llegado el caso á viva fuerza cualquiera tentativa bonapartista de sometimiento ó conquista en estas posesiones. Sentimiento era este tan profundo, que bien podía descender sin inconvenientes á la ignorante masa del pueblo, antes bien con la seguridad de encontrar allí en su apoyo todas las vivientes energías del suelo.

Pues bien, nada traducía más clara y más calurosamente por el momento este general sentir que el nombre del cautivo y despojado monarca. Fernando VII era la invocación patriótica, así de los que confían en su vuelta como de los que no la esperan y se aperciben interiormente á las resultas. "¡Viva Fernando VII!" era casi un grito marcial; enseña única, á lo ménos en estas circunstancias, capaz de unir todas las volundades y todas las aspiraciones de la sociedad amagada por extraño y temible señorío. Compréndase ahora por qué el sentimiento de fidelidad al legítimo soberano avasalló, de todas veras y como en ningún otro caso, el corazón de la inmensa mayoría el día de la jura de Fernando VII en el Alto Perú.

En la pequeña corte platense, ciudad de jerarquías y de linajes, la estudiantina de practicantes juristas que

fomentaba el oidor Ussoz y Mozi ya no recorría con su música y sus epinicios las calles, las plazas y los estrados principales. Seguida á poco por todos los estudiantes universitarios, y después por los colegiales azules y por los colorados, de loba y beca todos y todos con fernandinas en los pechos, recorría ahora esas salitas de clase media, donde reinaba entonces el trato cortesano y zalamero con ciertas tendencias á las cantiñas en coro. Seguidamente, en su propaganda de entusiasmo, descendió más abajo la estudiantina, y todavía más abajo hasta asociar á su cortejo comparsas de la plebe mestiza, que cantaban guaiños y proclamaban en quichua á su viracocha natural don Fernando VII.

En esta forma llegaron un día al palacio arzobispal. El prelado descendió al patio á recibirlos, se arrojó dinero al pueblo desde los balcones, hubo pastorales lágrimas por tanta fidelidad y una exhortación postrera para recoger el fruto. Al siguiente día,—y ¿por qué la estudiantina había de ser menos que nadie?—se remató la fiesta con una misa de gracias en la metropolitana bien repicada, bien cantada y bien predicada.

Un brevísimo feriado de quince días permitió á los empleados y á la ciudad prepararse para asistir á la fiesta de la jura, y echarse en el océano de los comentarios y embustes sobre las cosas de la metrópoli. Verificóse el 25 de setiembre la solemnísima ceremonia de la jura y el paseo á caballo del real estandarte. Todo lo cual fué nueva ocasión de lágrimas placidísimas para el prelado, lágrimas que ahora sirven admirablemente para comparar los tiempos y los tiempos. Oigamos cómo él refería dos días después lo que vió en la plaza desde las ventanas del palacio arzobispal:

"Os veía arrebatados á todos por el noble entusiasmo de la lealtad: registraba vuestros semblantes, y en todos, desde el jefe hasta el último ciudadano, distinguía las señales menos equívocas de la acendrada fidelidad española. Mi corazón palpitaba, se encendía, no cabía dentro del pecho: levantaba los ojos al cielo, y pedía á Dios que os colmase de bendiciones y premiase tanta virtud: y cada vez que oía repetirse por toda la plaza los alborozados gritos de *¡Viva Fernando!*, semejantes en su violencia á las olas del mar, no era dueño de mí mismo, os lo confieso, ni podía reprimir las dulces delicias de una pasión sin límites.

"Mi imaginación atravesaba en un instante toda la anchura del océano, y corría unas veces desde Madrid hasta las fronteras de la monarquía, y otras desde el pie de los Pirineos hasta las infaustas riberas del Ródano y del Sena; buscando por todas partes al objeto de nuestro ardiente afecto, queriendo referirle lo mucho que le aman y desean todos sus vasallos, no sólo los de España, sino también los de estas remotísimas colonias, y queriendo referirle cómo todos á una hemos jurado morir primero que reconocer otro rey y señor."

El joven prelado, conforme á su complexión delicada y algo valetudinaria, era tímido y pusilánime cuando no estaba impulsado por su corazon, que era vehementísimo. Acaso, en la cumbre del presente transporte, fué cuando se resolvió al paso que más iba á irritar la impaciencia de los oidores, y que vamos á ver.

G. René-Moreno.

(Continuará)

LOS ADJETIVOS SUSTANTIVADOS

SEGÚN EL DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

(Conclusión)

Don Andrés Bello dió á luz en EL AMERICANO número 337 fecha 27 de enero de 1837 un editorial de que copio el siguiente pasaje, donde *ejecutivo*, aplicado á uno de los altos poderes públicos, se encuentra empleado cuatro veces como sustantivo.

«Si el *ejecutivo* quiere, no diremos dictar una decisión judicial, pero siquiera inclinar á un lado ó á otro la opinión de los jueces en una causa, el *ejecutivo* cometerá una culpable usurpación de autoridad, violando la independencia de los tribunales; pero si el *ejecutivo* sigue los procedimientos en tal ó cual negocio contencioso ó en todos á la vez; si procura inquirir el estado en que se hallan para conocer si se desempeñan con escrupulosidad los deberes judiciales; si examina la conducta de los funcionarios que tienen á su cargo el ramo más vital para

la conservación y el orden de la sociedad, el *ejecutivo*, lejos de cometer un abuso, habrá desempeñado una de las obligaciones más sagradas que le imponen la Constitución, la razón y los intereses de la república.»

Editorial es, según el DICCIONARIO, un adjetivo que significa «perteneciente ó relativo á editores ó ediciones».

Esta palabra se usa mucho en Chile y en toda la América Española como sustantivo para denotar un artículo escrito por el redactor principal de un diario ó periódico, ó por uno de los redactores principales.

Creo que este uso es muy legítimo y muy conforme á la índole de la lengua.

Ha sucedido á este respecto con *editorial* lo que la Academia reconoce que ha sucedido con *comunicado*, el cual subentendiéndose *artículo*, como también se subentiende en el uso antes expresado de *editorial*, ha pasado á ser un sustantivo que significa «escrito que, en causa propia y firmada por una ó más personas, se dirige á uno ó varios periódicos para que lo publiquen».

Siendo el uso de la una y de la otra palabra enteramente análogo, no veo por qué habría de legalizarse el de *comunicado*, y no el de *editorial*.

Ha de advertirse que en Chile, y entiendo que en varias de las repúblicas hispano-americanas, se denomina *comunicado*, no el escrito especial que el DICCIONARIO define, sino uno firmado ó anónimo relativo á asunto de interés general ó personal, enviado por un individuo que no pertenece á la redacción.

En esta significación de *comunicado*, se emplea igualmente *remitido*.

El DICCIONARIO no ha dado cabida en sus columnas al segundo de estos vocablos

Es cierto que no hace falta; pero un uso bastante esparcido lo ha incorporado en el idioma, como lo ha hecho con tantas otras palabras de naturaleza semejante, verbi-gracia, los sustantivos *empedrado*, *encurtido*, *embutido*, *cercado*, *vedado*, *vestido*, *encerado*, *surtido*, *calzado*, etc., etc.

Don Rafael María Baralt, en su conocido DICCIONARIO DE GALICISMOS, dado á la estampa el año de 1855, censuró el uso, ya *vulgarísimo* en esa fecha, según lo declara, de emplear á *pasado*, *presente* y *futuro* como adjetivos sustantivados en las acepciones del *tiempo que transcurrió*, del *tiempo actual* y del *tiempo que vendrá*.

Sostiene que en vez de *el pasado*, de *el presente*, de *el futuro*, debe decirse *lo pasado*, *lo presente*, *lo futuro*.

Baralt, para fundar su opinión, parece recurrir en este caso, como en muchos otros de los que menciona en su libro, á la falsa doctrina de que, por cuanto ciertos autores clásicos han expresado una idea en determinada forma, no es lícito expresarla en una distinta, aun cuando esto se practique sin ofender en lo menor la índole de la lengua, y, por el contrario, ajustándose á sus tendencias más manifiestas.

Este es el mismo falso concepto por el cual algunos puristas chilenos reprobaban la locución *á la rústica* sólo porque habían leído en un anuncio de venta de libros publicado por la Real Academia Española la locución equivalente *en rústica*, como si el idioma castellano no empleara á menudo diversas formas para anunciar una misma idea.

El distinguido filólogo colombiano don Rufino José Cuervo, en sus APUNTACIONES CRÍTICAS SOBRE EL LENGUAJE BOGOTANO, considera un triunfo de la buena gra-

mática el que, en su país, no se siguiera diciendo vulgarmente *ama de brazos* por *niñera.*

Debo declarar con franqueza que no encuentro motivo fundado para esta condenación.

El Diccionario da cabida en sus páginas sólo al sustantivo *niñera*, que define "criada destinada principalmente al cuidado de los niños, *teniéndolos en brazos* y divirtiéndolos"; pero me parece que esto no puede impedir de ninguna manera el uso de la muy expresiva perífrasis *ama de brazos*, la cual está compuesta de palabras muy castizas, y que se halla, por decirlo así, incluída en la definición que acaba de citarse.

Aunque el Diccionario no menciona la locución *ama de brazos*, autoriza la de *ama de cría* ó *de leche*, que es enteramente análoga, y que, según el mismo Diccionario, puede ser reemplazada por *nodriza.*

En Chile, no se usa ni *ama de brazos*, ni *niñera.*

La especie de criada á que se alude es denotada por locución *ama seca*, que tengo por complemento aceptable, aunque don Valentín Gormaz la repruebe en las Correcciones Lexigráficas sobre la lengua castellana en Chile.

Algunos puristas chilenos han sostenido que sólo podía decirse *testigo de vista* por el que se halló presente al caso en que atestigua ó depone.

El Diccionario declara que *testigo de vista* y *testigo ocular* son locuciones enteramente equivalentes.

Don Andrés Bello ha empleado sin escrúpulo en el Código Civil Chileno, no sólo *testigo de vista* y *testigo ocular*, sino también *testigo presencial.*

Así, la principal razón aducida por Baralt para reprobar que los adjetivos *pasado*, *presente* y *futuro* se usen

como sustantivos, subentendiéndose *tiempo*, no me parece de ninguna fuerza.

Si hubiéramos de admitirla, tendríamos que suprimir en el idioma castellano centenares de palabras que se encuentran en las mismas circunstancias.

«Fuera de estas razones (que, como acaba de verse, es una sola), continúa Baralt, existe contra las expresiones citadas la de que ocasionan equívocos con los significados propios de *presente*, *pasado* y *futuro*. Verbigracia.

«El *presente* (en términos de gramática, el *tiempo presente;* también *don*, *alhaja*, *regalo*).

«El *pasado* (en términos de gramática, *tiempo pasado;* también *tránsfuga*).

«El *futuro* (en términos de gramática, el *tiempo futura;* también *novio*).»

Semejante razón sería atendible, si las palabras castellanas tuvieran un sólo significado; pero, desde que está muy lejos de ser así, no tiene ninguna fuerza.

Voy á citar por vía de ejemplo una sola en que el inconveniente señalado por Baralt es mucho más grave, y que, sin embargo, es empleada sin reparo para los más insignes hablistas.

El adjetivo *profundo*, en el lenguaje poético, se sustantiva á menudo en los dos distintos significados de *mar* ó de *infierno*.

Si hubiera de adoptarse la teoría que Baralt aplica á *presente*, *pasado* y *futuro*, esto no podría tolerarse.

La reputada canción de Fernando de Herrera Á LA BATALLA DE LEPANTO empieza así:

Cantemos al Señor que en la llanura
venció del ancho mar al tracio fiero.
Tú, Dios de las batallas, tú, eres diestra,

salud y gloria nuestra.
Tú rompiste las fuerzas y la dura
frente de Faraón, feroz guerrero:
sus escojidos príncipes cubrieron
los abismos del mar, y descendieron,
cual piedra, en el *profundo;* y tu ira luego
los tragó, como arista seca, el fuego.

Aquí el adjetivo sustantivado *profundo* está empleado en la acepción de *mar*.

Lope de Vega, en el canto primero, estrofa 66 de La Circe, dice así:

Mas luego un huracán y travesía,
tan fiero, tan voraz, tan iracundo,
las acomete al expirar el día,
que midieron el cielo y el *profundo.*

Aquí *profundo* significa igualmente *mar*.

Don Alberto Lista en la estrofa 9 de la oda Á la Resurrección del Salvador, se expresa como sigue:

Mas ya dejas triunfante
las sombras del sepulcro y de la muerte.
Ciñe, oh tú, ciñe, oh fuerte,
la espada fulminante.
Vence, tuyo es el mundo,
las legiones domaste del *profundo.*

Aquí *profundo* se halla empleado indudablemente en vez de *infierno.*

El mismo Lista usa con igual acepción ésta palabra en las odas Á la Conversión de los godos en el reinado de Recaredo y El sacrificio de la esposa; y dos veces en sólo la oda titulada: La Concepción de Nuestra Señora.

Creo superfluo multiplicar los comprobantes, cuando

el DICCIONARIO reconoce legítimos estos dos significados del adjetivo sustantivado *profundo*.

Esta es una refutación práctica de la objeción de Baralt contra el uso sustantivado de *pasado*, *presente* y *futuro* subentendiéndose *tiempo*.

La GRAMÁTICA DE LA LENGUA CASTELLANA por la Real Academia Española enseña que «es solecismo cambiar el oficio de una parte de la oración por el de otra; como cuando se da valor de sustantivo á un adjetivo ó á un participio, sustantivándolos indebidamente.»

«En esto incurren, agrega, verbi-gracia, los que, sin referirse á la voz tiempo, quieren que se sobreentienda, diciendo sólo *el presente*, *el pasado*, *el futuro*, en lugar de *lo presente*, *lo pasado*, *lo futuro*, que es lo castizo y propio.

«Con la frecuencia de semejante solecismo, se va destruyendo la forma neutra del adjetivo y del participio, que es una de las mayores y más celebradas bellezas del idioma castellano. ¡Qué propia y hermosamente dijo Lope de Vega en *Las Bizarrías de Belisa*.

> El mundo ha sido siempre de una suerte,
> ni mejora de seso ni de estado.
> Quien mira *lo pasado*
> *lo por venir* advierte.»

Sin duda alguna, puede decirse de una manera correcta y elegante *lo presente*, *lo pasado*, y *lo futuro*.

Nadie que yo sepa pretende una cosa contraria.

Lo que sostengo es que también puede decirse *el pasado*, *el presente*, *el futuro*.

Esos tres vocablos se encuentran á este respecto en la misma condición que *porvenir*.

Acaba de verse un ejemplo en que Lope de Vega di-

ce *lo por venir*, dando á esta locución la forma de un complemento que modifica á *lo*.

Conozco casos en que han empleado esta misma construcción Cervantes, Santa Teresa de Jesús y otros clásicos.

Don Rafael María Baralt, así como sostiene que sólo puede decirse *lo pasado*, *lo presente*, *lo futuro*, así también pretende que sólo puede decirse *lo por venir*.

Este es un error manifiesto.

Puede decirse incuestionablemente *el porvenir* cuando esta palabra se emplea como sustantivo, según lo enseña el DICCIONARIO, no sólo en la recién dada á luz duodécima edición, sino además en algunas de las anteriores.

En cuanto á *pasado*, puedo apoyarme en la misma respetable autoridad.

Á pesar de la severa protesta de la GRAMÁTICA de la Academia contra la práctica de usar como adjetivos sustantivados á *pasado*, *presente* y *futuro*, el DICCIONARIO, duodécima edición de 1884, declara categóricamente que *pasado* puede emplearse como sustantivo masculino para significar "tiempo que pasó".

Es probable, y sobre todo lógico, que la Real Academia no tarde mucho en reconocer el uso análogo de *presente* y de *futuro*.

Infinito es un adjetivo cuyo uso sustantivado es tan legítimo como el de los anteriores.

Todos ó casi todos los autores nacionales modernos que tratan directa ó indirectamente de materias metafísicas lo emplean así, conformándose en esto á la práctica de todos los filósofos del presente siglo.

En una obra del académico don Juan Valera titulada:

QUÉ HA SIDO, QUÉ ES Y QUÉ DEBE SER EL ARTE EN EL SIGLO XIX, se lee lo que sigue:

«El señor Galiano demostró que existirá siempre ese *infinito* inexplorado donde la imaginación vive y se encumbra.»

Don Jaime Balmes, que, en la FILOSOFÍA FUNDAMENTAL, usa con mucha frecuencia á *infinito* adjetivadamente, lo emplea, no obstante, á veces como sustantivo.

Así en el capítulo 7, libro 8, usa la expresión: *órdenes de infinitos.*

Á pesar de todo, el DICCIONARIO no autoriza este uso, como parece que debiera hacerlo.

El mismo reparo me atrevo á hacer por lo que toca al uso del adjetivo *ideal* como sustantivo en el sentido de *prototipo* ó *modelo.*

Todos saben que son muy comunes las expresiones el *bello ideal*, el *ideal cristiano*, el *ideal artístico*, el *ideal político*, el *ideal económico*, el *ideal poético*, etc., etc.

El académico don Juan Valera, en un ensayo sobre la obra de Donoso Cortés titulada EL CATOLICISMO, EL LIBERALISMO Y EL SOCIALISMO, escribe la siguiente frase:

«Dirá alguno que no es enteramente la imaginación, ni la inteligencia tampoco, las que nos hacen ver ó imaginar ese *ideal* de perfección.»

El académico don Antonio Cánovas del Castillo, en su obra titulada EL SOLITARIO Y SU TIEMPO, capítulo 11, página 126, escribe la frase que va á leerse:

«El estudio atento de nuestra historia, y el conocimiento exacto de nuestro estado económico y político, así como de las circunstancias en que el mundo se encuentra, me obligan á hacer hoy, tocante á la realización de aquel hermoso *ideal*, grandes reservas.»

Don Pedro de Alcántara García, en la HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA, lección 2, escribe lo que paso á copiar:

"Este conjunto de cualidades constituyen desde muy antiguo los caracteres distintivos de nuestro espíritu nacional, y dan razón de las principales ideas y sentimientos que, constituyendo verdaderos *ideales*, han inspirado en cada una de sus épocas á la literatura española."

Sería fácil multiplicar los ejemplos parecidos.

No se descubre, pues, fundamento sólido para que el DICCIONARIO no reconozca que *ideal* en la acepción mencionada puede usarse como sustantivo.

Don Mariano José de Larra escribía lo que sigue en EL POBRECITO HABLADOR.

"No hace mucho tiempo que *vimos*, en la representación de una comedia titulada NO MÁS MOSTRADOR, la frase siguiente:—Si el *ridículo* que nos hemos echado encima, no nos hace morir, etc.—Y en muchas partes, *vemos* continuamente repetido este galicismo.

"¿Qué cosa es un *ridículo* que se echa uno encima? ¿Se usa en castellano como sustantivo la voz *ridículo*, ni quiere decir nada usada de esta manera?"

Esta innovación de usar como sustantivo el adjetivo *ridículo*, introducida, según Larra, por don Francisco Martínez de la Rosa y por otros, fué sucesivamente adoptada por muchos.

El año de 1855, don Rafael María Baralt, como era natural, tronó contra ella en el DICCIONARIO DE GALICISMOS.

"*Ridículo* es siempre adjetivo en español, dice; al paso que en francés es siempre sustantivo."

La frase precedente contiene dos inexactitudes.

Ridículo, aun según el mismo Baralt, puede ser sustantivo en castellano, puesto que ha escrito textualmente lo que va á leerse: "*Poner* y *ponerse en ridículo* son expresiones consagradas ya por el uso moderno. Úsense en buen hora, si evitan penosos circunloquios, mas no se olviden nuestras locuciones castizas: *poner* y *ponerse á desaire; poner* y *ponerse á burla, mofa, escarnio; dar que reír: ofrecer materia á burlas, vaya, zumba; hacerse ridículo.*"

Adviértase que Baralt, en este caso, admite y aprueba que una misma idea puede expresarse en distintas formas.

Ridículo tampoco es siempre sustantivo en francés.

Si se abre cualquier diccionario, se verá que *ridicule* es en francés más frecuentemente adjetivo que sustantivo aunque también puede ser lo segundo.

Voltaire ha escrito: "Le génie des français est de saisir vivement le côté *ridicule* des choses les plus sérieuses."

En esta frase, *ridicule* es manifiestamente un adjetivo, y no un sustantivo.

La tendencia de la lengua á sustantivar los adjetivos, cuando se refieren á un mismo nombre, y á subentender éste por no necesitar la mente la mención expresa de él para comprender la idea, es incontestable.

Si no estoy equivocado, sucede otro tanto en todas las lenguas.

Por esto, un maestro tan cuidadoso de la corrección como don Tomás José González Carvajal, no ha tenido reparo en sustantivar á *grave*, subentendiendo *cuerpo*, en la siguiente estrofa de su oda al ESPÍRITU SANTO EN EL DÍA DE PENTECOSTÉS.

Ama su centro el *grave*,
ama lo leve la sublime esfera,
ama el pez, ama el ave,
ama la agreste fiera,
y la planta y la flor á su manera.

Y adviértase que nada impedía á González Carvajal el que, en el precedente pasaje, hubiera escrito *lo grave*, como escribió *lo leve*.

En consecuencia, basta que haya algún uso de sustantivar cualquiera de los adjetivos sobre que voy discurriendo para que, en mi concepto, deba legitimarse.

Y esto debe hacerse con especialidad cuando el empleo de uno de estos adjetivos como sustantivo no da motivo para ninguna oscuridad, como en el caso de la frase de Martínez de la Rosa: "El *ridículo* que nos ha caído encima nos hace morir", la cual equivale, sin pretexto de vacilación, á esta otra: "El *hecho ridículo* que nos ha caído encima nos hace morir".

Tales son los fundamentos muy poderosos que gramáticos tan eminentes como Bello y Salvá han tenido para reconocer que *ridículo* se usa y puede usarse como sustantivo.

Bello, en su GRAMÁTICA DE LA LENGUA CASTELLANA, tratando de esta materia, enseña lo que sigue:

"Dícese sustantivadamente el *sublime*, el *ridículo*, el *patético*, el *necesario*, el *superfluo*, el *imposible*.—Infelices cuya existencia se reduce al *mero necesario* (Jovellanos).—Todo impuesto debe salir del *superfluo* y no del *necesario* de la fortuna de los contribuyentes (el mismo). —El *sumo posible* ocurre muchas veces en este esmerado escritor. Pero estas locuciones son excepcionales, y es preciso irse con tiento en ellas."

Haré notar de paso que el DICCIONARIO no admite que puedan sustantivarse ni *sublime*, ni *patético*, ni *necesario* ni *superfluo*.

En cuanto á *posible*, autoriza que pueda emplearse como sustantivo sólo en plural, cuando significa bienes, rentas ó medios que uno posee ó goza.

Sin embargo, Baralt hace presente que los escritores clásicos daban á *posible* en singular esta misma acepción.

Cita en comprobación los dos siguientes ejemplos:

«Llevando cada uno consigo conforme á su *posible* oro, vestidos y otras cosas (Sandoval).»

«Ni puede parecer decentemente quien tiene opinión de algún caudal, menos que con criados vestidos de librea, más ó menos, conforme tiene cada uno el *posible* (Ovalle).»

Don Vicente Salvá asienta categóricamente en su DICCIONARIO que *ridículo* es un sustantivo como equivalente de *ridiculez*, esto es, significando dicho ó hecho extravagante é irregular; ó bien significando lo que es ridículo, la parte ridícula de una cosa.

El DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA no reconoce el empleo de *ridículo* como adjetivo sustantivado; pero tiene por castizo el modo adverbial *en ridículo*, que, según dice, se usa mucho con los verbos *estar*, *poner* y *quedar*.

Cualquiera conocerá que en esta locución, aún no autorizada en la undécima edición de 1869, el vocablo *ridículo* es, no adjetivo, sino sustantivo.

Así es de esperar que, en la próxima edición, el docto cuerpo se mostrará menos severo con una innovación, ya no moderna, que se encuentra jeneralmente adoptada por los que hablan el castellano en ambos continentes, y que está perfectamente ajustada á la índole de nuestra lengua.

El Diccionario, tratando del adjetivo *manifiesto*, contiene, entre otras cosas, lo que sigue:

"Dícese del Santísimo Sacramento cuando se halla expuesto ó patente á la adoración de los fieles. Úsase también como sustantivo: *mañana habrá manifiesto.*"

Nunca he sabido que ni en Chile, ni en alguna otra parte de la América Española, se sustantive en esta forma el adjetivo *manifiesto.*

Sin embargo, el Diccionario no ha vacilado en declararlo legítimo.

¿Por qué no hacer entonces otro tanto con *ridículo* que, desde años atrás, se emplea como sustantivo en uno y otro mundo por escritores de nota?

Dejar de hacerlo por no legalizar una práctica francesa, es una razón que no puede ni darse, ni admitirse.

El que los idiomas tengan entre sí las mayores semejanzas posibles es, no un inconveniente, sino una gran ventaja.

¡Ojalá lo que abundara en ellos fuesen las analogías y no las divergencias!

Lo que ha de censurarse, lo que ha de evitarse en materia de lenguaje, es la imitación ó la adopción de una práctica extranjera que sea contraria á la naturaleza propia del idioma nacional, y que pueda deslustrarlo ó viciarlo.

El Diccionario no admite sino tres casos en que *interior* pueda ser sustantivo:

1.º Cuando significa la división o caja de en medio de los coches que tienen tres.

2.º Cuando equivale á *ánimo.*

3.º Cuando en plural, se emplea por *entrañas.*

Sin embargo, el uso de grandes hablistas, y lo que es

más, el uso general, autoriza el empleo del adjetivo *interior* como sustantivo en otros casos muy frecuentes, que el DICCIONARIO ha omitido, en mi concepto, sin motivo fundado.

Don Sebastián de Miñano es un escritor de estilo muy correcto y esmerado, á quien don Eugenio de Ochoa aplica con sobrada justicia el calificativo de «consumado hablista».

Miñano imprimió allá por el año de 1837 ó de 1838 una obra titulada EXAMEN CRÍTICO DE LAS REVOLUCIONES EN ESPAÑA DURANTE LOS AÑOS DE 1820 Y 1823 Y LA DE 1836.

Enumerando en esta obra las personas que compusieron el ministerio formado bajo la presidencia del procurador Istúriz, refiere que el duque de Rivas fué nombrado «para el *interior*».

Casualmente he leído en estos días LA NOVIA DE LAMMERMOOR de Walter Scott, traducida al español en 1831 por don Pablo de Jérica, escritor que, aunque, como Martínez de la Rosa y Salvá, dice *apercibir* por *percibir*, y á quien puede reprochársele algún otro descuidillo parecido, es bastante puro en materia de lenguaje.

Pues bien, en el capítulo 11 de esta obra, se lee textualmente la frase que sigue:

«Dejando al fin su irresolución, continuó su camino, acercándose á la casa del tonelero, y entró sin ceremonia hasta un corredor desde el cual podía examinar el *interior*, por hallarse abierta la puerta de la cocina.»

Don Rafael María Baralt, el severísimo y excesivamente escrupuloso autor del DICCIONARIO DE GALICISMOS, imprimió el año de 1841 una obra titulada RESUMEN

DE LA HISTORIA DE VENEZUELA DESDE EL AÑO DE 1797 HASTA EL DE 1830.

En el tomo 1.º, página 584, se encuentra esta frase:

"Careciendo Urdaneta de caballería, escogió á Barcelona por punto de desembarco, atento que, en el *interior* de aquella provincia, se hallaba con fuerzas respetables el general Mariño."

En el mismo tomo, página 585, aparece la que sigue:

"Después de esto, el principal cuidado del jefe republicano, fué buscar la comunicación con el ejército del *interior*."

En el tomo 2, página 269, se lee esta otra:

"Y apenas se concibe cómo al propio tiempo que Córdova con más coraje que prudencia proclamaba el código de Cúcuta, contase el consejo de ministros (componíanlo el general Rafael Urdaneta, secretario de marina y guerra; Estanislao Vergara, de Relaciones Exteriores; Nicolás M. Tanco, de Hacienda; José Manuel Restrepo, de Justicia é *interior*), contase, decimos, con la obediencia servil de la nación para arrancarle el fruto de sus inmensos sacrificios."

En el mismo tomo, página 287, se dice lo que copio en seguida:

"Uno de esos decretos fué el que creaba tres ministerios de estado, para el despacho del gobierno provisional de Venezuela. Fueron nombrados secretarios de estado el general Soublette, el doctor Miguel Peña, y el licenciado Diego B. Urbaneja; aquel para marina y guerra; el segundo para *interior*, justicia y policía; para hacienda y relaciones exteriores el tercero."

Don Vicente Salvá, en su DICCIONARIO, enumera entre las diversas acepciones de *interior* una en la cual es

sustantivo masculino, y significa «la parte interior de una cosa; y así se dice: *el interior del libro está mejor conservado que las cubiertas.*»

Serían centenares los ejemplos sacados de escritos originales ó traducidos en que don Andrés Bello ha empleado sustantivadamente el adjetivo *interior*.

Basta para ello hojear EL ARAUCANO, que redactó por tanto tiempo, y cuyas pruebas corregía con cuidadoso esmero.

En EL ARAUCANO, se encuentran también muchos documentos oficiales de las diversas repúblicas hispanoamericanas en los cuales aparece usado como sustantivo el adjetivo *interior*, subentendiéndose *gobierno*.

Y no podía ser de otro modo, puesto que, en todas ellas hay ó ha habido un *ministerio del interior*, como sucede en Chile hasta ahora.

EL DIARIO OFICIAL de este último país ha empleado siempre ó casi siempre la expresión *el interior* desde el 1.º de marzo de 1877, en que salió á luz su primer número, hasta el 17 de marzo de 1884, fecha en que empezó á decir con afectación *lo interior*, en lugar de *el interior*, como si esta segunda expresión fuera incorrecta, cosa que está muy distante de ser exacta.

Es cierto que, como antes lo he manifestado, el DICCIONARIO DE LA ACADEMIA no autoriza el uso sustantivado de *interior*; pero esta es manifiestamente una omisión infundada análoga á las varias que he mencionado, las cuales probablemente serán salvadas en las próximas ediciones.

Es imposible que en una obra de esta especie, por extensa que sea la erudición, y por ejemplar que sea la laboriosidad de los humanistas encargados de formarla,

no se pasen inadvertencias semejantes, las cuales van enmendándose poco á poco.

Me parece indudable que la docta corporación no dejará de hacerlo así en cuanto á *interior*, cuando sepa que, desde el comienzo del siglo, ha sido general y muy frecuente en la América Española el uso de *interior* como sustantivo, particularmente subentendiéndose *gobierno*.

Los que experimentan escrúpulos para decir *ministerio del interior*, porque el DICCIONARIO no reconoce categóricamente la legitimidad de esta locución, deberían experimentarlos también para decir *ministerio de relaciones exteriores*, locución que se encuentra á este respecto en el mismísimo caso.

Hay más.

Los meticulosos puristas á que aludo han estado cometiendo durante ochenta años el pecado de llamar, sin autorización de la Real Academia Española, *presidentes* á los funcionarios que en las repúblicas ejercen el supremo poder ejecutivo; puesto que la Academia no ha admitido esta acepción de la palabra *presidente* sino en el *Suplemento de adiciones y enmiendas* que ha agregado al fin de la última edición del DICCIONARIO.

La Academia se limita á decir que allá en la Península se denomina ahora *ministerio de la gobernación* lo que acá en América hemos denominado desde la revolución de la independencia *ministerio del interior*.

"*Ministerio de la gobernación*, enseña textualmente el DICCIONARIO, es el que entiende en lo concerniente al gobierno interior y al orden público *en España*, con otros ramos que le están encomendados. Se ha llamado también en varias épocas *ministerio de la gobernación de*

la Península, de la gobernación del reino, y de lo interior, y anteriormente han sido más extensas sus atribuciones.»

Como se advertirá fácilmente, la Real Academia no pretende de ninguna manera que las denominaciones de los ministerios de España se hagan extensivas á los ministerios análogos existentes en las demás naciones de raza española.

Los que así parecen entenderlo deberían decir, no *ministerio de relaciones exteriores*, sino *ministerio de estado*, que es como, según el DICCIONARIO, se llama en nuestra antigua madre patria.

La Academia se ha concretado á indicar cuáles son en España las denominaciones de los ministerios.

Y no podría haber procedido de otro modo.

Las denominaciones de las oficinas y de las autoridades públicas son materia de ley, y no de diccionario.

Lo expuesto no significa que, á mi juicio, sea mal dicho *lo interior*.

No, absolutamente no.

Puede decirse *lo interior*, y *el interior*.

Toda la diferencia consiste en que, en el primer caso, *interior* es adjetivo; y en el segundo, adjetivo sustantivado por subentenderse el nombre á que acompaña siempre, y que, en consecuencia, es superfluo expresar.

Interior es un adjetivo que se sustantiva, ni más ni menos que el adjetivo *contrario* se sustantiva en las locuciones *al contrario, por el contrario;* y que el adjetivo *pronto* en las locuciones *al pronto*, ó *por el pronto*, locuciones las cuatro autorizadas por el DICCIONARIO.

La Real Academia admite que se puede decir también *por lo pronto*.

Me parece que no hay ningún inconveniente para decir igualmente *por lo contrario.*

He expuesto las ligeras observaciones precedentes para llamar la atención á quiénes corresponda sobre la inmensa ventaja, y aun imprescindible necesidad de tender cada día más y más á dar á nuestro idioma un fundamento verdaderamente racional y lógico.

Creo que este es el mejor y quizá el único medio de conservar y consolidar el precioso beneficio de la unidad en un idioma hablado por tantas y tan separadas naciones.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.
Individuo Correspondiente de la Real Academia Española.

AL DORSO DEL RETRATO DE MARÍA

¡Es ella!... El ángel que soñó la mente
en mi risueña juventud dorada,
encarnación de la beldad ansiada
por el estro que ajítase en mi frente.

Sensible, bondadosa, inteligente,
con algo de celeste en la mirada,
para esparcir radiante la alborada
de la fe pura que mi pecho siente.

El mar del infortunio proceloso,
surco, sin miedo, en mi velera quilla,
con ánimo esforzado y valeroso;

que su esperanza ante mis ojos brilla
y en alas del anhelo, victorioso
alcanzaré sus brazos en la orilla.

AMBROSIO MONTT Y MONTT.

Montevideo, 1886.

AL TRAVÉS DE LA FANTASÍA

JORNADA PRIMERA

"¿Necesita Ud. algo más?"—"Nada. Déjame solo; cierra bien las cortinas y la puerta, y... buenas noches."—"Buenas noches, señor."

Este corto diálogo tuvo lugar entre mi criado y yo, después que él había atizado bien los carbones de la chimenea, y había preparado mi habitación para la noche.

Salió de ella en efecto, y quedé solo. Era lo que deseaba. No sé por qué hay circunstancias y momentos, de noche especialmente, en que la soledad agrada sobremanera. Algunos la evitan y la temen; yo, al contrario, la deseo y la busco. Estando solo, se puede más fácilmente pensar, reflexionar, divagar y hasta soñar. ¡Y qué agradable es soñar, qué dulce cuando en la vida hay poca dicha, y cuando uno se forja los sueños á su antojo! Si el corazón está sensible y anhelante, fácil es hartarlo de ternura y de cariño; si el alma está en un ahinco ambicioso, fácil es colmarla de poderío, de gloria

y de grandeza; si uno se siente inclinado al sentimentalismo, á la tristeza ó á la alegría, cada una de esas inclinaciones puede plenamente satisfacerse en los sueños.

Ignoro en cuál de esas disposiciones me encontraré al presente; acaso en ninguna de ellas fijamente, pero con tendencias á más de una. Esa es la verdad.

***

Mi habitación está alegre; no hay más luz que la de una lámpara de trabajo, y la de las llamas brillantes y luminosas que arden en el hogar; ni más ruido que el del fuego que chisporrótea y el de los tizones que crujen y caen entre las parrillas.

Y afuera ¡qué contraste! siento azotar la lluvia contra mis ventanas, y el viento tempestuoso ruje desencadenado. ¿Qué me importa? Arrojo á la chimenea unos cuantos carbones más, y el fuego arderá con mayor fuerza. Si afuera hace frío, la habitación está muy abrigada; la lluvia no penetra al través de los gruesos vidrios, y las cortinas son demasiado espesas para que el viento, por fuerte que sea, pueda tomarse la libertad de soplar en mis dominios...

¿Y los pobres, y los infelices que carecen de albergue? ¡Ah, egoísta! no había pensado en ellos. Es verdad que los hay y que estarán en estos momentos padeciendo. Esta misma tarde vi á una pobre mujer cubierta de miserables harapos, llorando de pena por no tener un pan para sus hijitos, que se morían de hambre. Le di una limosna y seguí mi camino. ¿Cómo estará ahora, y cómo sufrirán esos pobrecillos con el hambre y el frío? Y yo, cruel, que les olvidaba, y muy satisfecho veía brillar el

fuego de mi habitación, echándole nuevos y nuevos carbones para alimentarlo ardiente y alegre. Por un instante me imaginé que yo estaba solo en el mundo; ahora pienso que si yo estoy gozando del abrigo, del fuego, en sillón cómodo, hay otros que lloran y que sufren.

***

¡Extraños contrastes de la vida! Ese pordiosero andrajoso, que humillado y lleno de vergüenza me estiraba la mano implorando socorro, bien podría estar en mi lugar y no haber jamás carecido ni de luz, ni de abrigo, ni de alimento; y yo, en vez de llamarme rico y feliz según el mundo, bien podría también haber nacido mendigo. ¿Y por qué no? ¿Acaso no es él tan hombre racional como yo?...

Jamás se me había ocurrido semejante posibilidad de cambio de situaciones... Ahora desprecio á esos seres desgraciados; ¡qué injusticia! Si se operase el cambio ¿dejaría de aborrecer á los ricos de corazón indiferente y endurecido?

Y ¿cuál será la causa de tamaña desigualdad en el mundo? ¿Por qué gozan unos y los otros penan, por qué se hartan y repletan aquellos de lo que carecen y necesitan estos? No alcanzo á comprenderlo, en verdad. Todos hemos nacido sin mérito alguno, sin poseer nada, sin ser acreedores á nada, tan desvalidos como impotentes, pero todos iguales, ante esta misma falta de títulos. Pero el hecho es que yo, sin saber el motivo justo, veo brillar las llamas que me dan abrigo, y escucho el viento y la lluvia sin que me alcancen, mientras que la desdichada madre y sus pequeñuelos rechinan los dientes de frío, y, para escapar de la lluvia y del viento,

se acurrucan unos sobre otros en el húmedo rincón de su miserable choza, donde no penetra más luz que la súbita y fugaz de aterrantes relámpagos. ¡Ah! si pudiera prestarles algunos carbones que me sobran ¡cuán felices los haría!

***

No hay justicia en el mundo. De ello estoy convencido.

Y si no, ¿cómo aquel hombre, sobre haber sido criminal é infame á todas luces, merece todavía la consideración de las gentes? El hecho es innegable: todos le conocen, y no son meros testigos de sus muchos crímenes sino que contribuyen á ensalzarlo. En cambio aquel otro, tan virtuoso como justo, tan buen ciudadano como amigo irreprochable, es la burla, la befa, y motivo de crueles sarcasmos para los más. Hé allí otro misterio.

Antes de tener experiencia de la vida, yo habría creído que el principio moral era efectivo; que los buenos recibían premio, y los malos castigo. Esa debería ser la sanción social. Pero creo que es una utopía jamás realizada en el mundo.

Y ¿cómo es posible que sea verdad cosa tan desesperante?

¿Para qué vivimos, para qué sufrimos, para qué luchamos contra los mil obstáculos con que se tropieza en la azarosa marcha, si la justicia no existe en la tierra, y si el único principio que rige los destinos de la humanidad es la fuerza? Si la teoría de las evoluciones sucesivas, del progreso creciente, del sobrevivimiento de los más fuertes, y de la ruina de los más débiles fuera verdad ¿dónde están la justicia, la moralidad y el orden?

Y, sin embargo, la figura odiosa de ese hombre criminal y atrevido se me presenta como fantasma, y me persigue con la idea de su poder y su grandeza. Y mi imaginación no puede desechar al propio tiempo la imagen del hombre virtuoso, perdido en la distancia y como ocultándose para que el mundo no se mofe de sus buenas acciones. Ello no es justo, ni moral, ni ordenado, pero, por desgracia, cierto y muy cierto.

***

Soy joven aún; joven, pero he rodado muchas tierras.

Los jóvenes de estos tiempos saben y han visto más que los viejos de los pasados. El progreso los mueve y los impulsa, y de allí que en pocos años reunan y acopien mayor suma de experiencia que los patriarcas primitivos.

Pero en resolución ¿qué he visto? Muchos palacios, pero más chozas indigentes; muchas ciudades grandiosas, pero en ellas más miseria que abundancia, más tristeza que felicidad. He visto civilizaciones que han naufragado con el vaivén de los siglos, y otras que se levantan y marchan impulsadas por bonancible brisa. He visto agitadas muchedumbres correr afanosas en busca de placeres, de honra y de fortuna. Pero ¿qué son los placeres sino vana palabra, engaño sutil con que la materia perversa quiere burlarse, y se burla, en efecto, de la naturaleza más noble? Y la honra, y la fortuna ¿qué son sino sonidos huecos, edificios de espuma, que cuando los creemos más seguros y estables al menor vientecillo se desmoronan?

He visto turbas de hombres, hartos de riqueza y de

gloria, pasearse orgullosos por entre los demás que les miraban y señalaban con envidia, como si hubiera gloria alguna en ser los protegidos de la suerte; y también he visto á otros muchos, desesperados de su condición tristísima, tramando planes funestos para mejorarla de modo criminal y violento.

En suma, he visto al mundo plagado de injusticias, de contrastes incomprensibles, de paradojas insoportables; al bien en constante y crudísima contienda con el elemento malo, á cual más pujante y esforzado para dar golpes rudos á su adversario; á la justicia de los pocos en la necesidad de resistir á la injusticia de los muchos; y, en fin, me he convencido de que la vida es un eterno luchar; y la tierra, con todos los encantos y atractivos de su seno, nada más que un sangriento campo de batalla, donde apenas de vez en cuando se interrumpe el fuego para dejarnos traslucir entre las nubes de humo uno que otro oasis de verdura y de refrigerante solaz.

*
* *

Todos los cuadros sombríos se presentan á mi imaginación esta noche. ¡Quién sabe por qué! No estoy triste; al contrario, estoy considerando las cosas con ánimo tranquilo, con algo de la serenidad de espíritu necesaria al filósofo.

Hace un rato, la lluvia que azota mis ventanas me traía á la memoria la imagen lamentable de una pobre familia que me probaba la desigualdad en el mundo.

Ahora, al pensar en la humana justicia, transpórtame la fantasía á otro sitio, y delante de un tristísimo cuadro. Estaba en una cárcel... Se me hiela la sangre al pensarlo. Por brillante que arda el fuego de mi hogar, un

frío intenso de horror me penetra hasta la médula de los huesos.

Era un corredor muy largo, y muy frío y oscuro; á ambos lados puertecillas bajas mostraban la entrada de las celdas que ocupaban otros tantos reos. No se oía más ruido que el paso de los centinelas que, fusil al hombro, custodiaban á aquellos infelices hombres, cuya vida estaba pendiente del capricho ó de la conciencia de otros que llevan el alto título de jueces de un tribunal.

Me acerqué á una de las celdas, la de uno próximo á ser ajusticiado; y por la ventanilla crucé dos palabras con él.

—¿Cuál es tu crimen, desgraciado?

—Ninguno...

—Y entonces ¿por qué te han condenado á muerte?

—Injusticia de los jueces...

—¿Cómo es posible?

—Así es...

—¿Y estás conforme con morir así?

—Dios premia la inocencia, ya que en el mundo no hay justicia!...

No me atreví á continuar con las preguntas, y seguí mi camino.

¡Ah! no hay justicia en el mundo; así mismo lo decía yo y pensaba hace poco, y el testimonio terrible de aquel condenado me lo corrobora...

Sonó una lúgubre campana en las prisiones poco después; pregunté al guardián el objeto.

—Para fusilar á un reo que está en capilla, me dijo.

—¿Y por qué crimen?

—No lo sé.

He allí todas las noticias que pude obtener en ese

momento. El reo no era otro que aquel á quien yo había hablado un momento antes...

Habría deseado transportarme á mil leguas de distancia; la situación fué para mí indefinible. Movimiento inusitado de soldados y de prisioneros; campanas, rezos, tristes clamores de la tristísima frase: «Orad por el alma del que van á ajusticiar»; y, por último, la figura pálida del reo mismo, que avanzaba de su celda hacia el suplicio ó el martirio, todo me impresionó de tal suerte que ya no sabía dónde estaba, si aquello era sueño ó verdad; y habría dado un mundo, si lo tuviera, por salvar la vida á aquel hombre que me parecía inocente y víctima de horrenda injusticia de otros hombres.

Instantes más tarde escuché una descarga rápida como el rayo; salí del sitio espantoso; pero aún afuera no había suficiente aire para mi respiración.

Por varios días apenas pude hablar; y ahora mismo al recordar tal escena se me encrispan los nervios, y oigo la voz solemne y terrible del hombre al borde del sepulcro, que cae como fatídico anatema sobre la humanidad entera: «Dios premia la inocencia, ya que en el mundo no hay justicia.»

***

Pienso ahora en el reverso de la medalla.

Á aquel preso, á pesar de ser inocente, lo hacía morir la sociedad, y al hombre que voy á pintar ahora le permite vivir por más criminal y culpable que sea. El caso es de ocurrencia diaria: ¡la fortuna, la posición social, el influjo, son móviles tan poderosos para determinar el destino de los hombres, para eliminarlos totalmente del mundo, ó para mantenerlos y engrandecerlos en él!

En un espléndido palacio, rodeado de lujo, de riquezas, de deleites, y de esclavos adoradores, vive un monarca. Un pedazo de la tierra llámase su reino ó nación. Manda innumerable ejército de aguerridos soldados, y todos los países vecinos temen su ambición y su poderío. Debe á esos mismos soldados y á su afortunada audacia el trono en que se sienta, porque de otra manera habría continuado viviendo en medianía oscura é insignificante. Sus súbditos amedrentados apenas si se aventuran á hablar por lo alto de su soberano, á no ser para tributarle hipócritas lisonjas de innoble vasallaje; pero allá en sus adentros sienten y están convencidos de que es un malvado, un criminal odioso y vulgar que les roba sus bienes así como sus vidas y su honra. Ha cometido crímenes sin cuenta; no ha perdonado á sus enemigos, y jamás fué tampoco sostén del menesteroso. Es, en una palabra, el hombre más malo en todo el reino, y al mismo tiempo el hombre más rico, el más alto, el más honrado y el más poderoso.

¿Es el caso posible? Claro está. Lo vemos realizarse mil veces en la historia del mundo. Es la consagración del principio bárbaro de la fuerza. ¿Dónde queda entonces la justicia? En uno y otro caso la encuentro atrozmente mutilada, y tan desfigurada ya que más bien parece cambiarse en injusticia.

***

¿Qué significa, pues, el movimiento convulsivo, casi universal, y la amenaza de volcanes cargados de fuego y de hirviente lava, próximos á estallar en todas partes, y á tragarse con sus poderes infernales todo el edificio so-

cial, ya remecido y perturbado por las primeras bocanadas y sacudimientos? El enigma es indescifrable.

Hay hombres que no pueden conformarse con la desigualdad chocante, con la injusticia y la codicia insaciable de los que se llaman poderosos y que, imprudentes, han tirado la cuerda de la opresión demasiado récio, hasta el punto de dejarle sólo unos cuantos filamentos, que se cortarán también el día menos pensado.

Los gobiernos se asustan, los tiranos tiemblan, los legisladores discuten, los moralistas y filósofos declaman y se enredan en sus raciocinios, los pueblos sufren y en el sufrimiento pasan y se consumen. Con todo, la tempestad no se aleja, antes bien redobla sus amenazas. Son impotentes contra ella las represiones, los castigos severos, los académicos discursos, las teorías especulativas. ¡Ea, legisladores y moralistas, vuestros medios no dan buen resultado; médicos de la humanidad, vuestra medicina no sana su dolencia! Estudiad mejor, y ved si se os ocurre una más eficaz y efectiva. La encontraréis acaso. ¡Buscadla!

Yo no sé qué pensar. ¿Será cierto, como dijo Voltaire en medio de su atroz pesimismo, que:

> Éléments, animaux, humains, tout est en guerre;
> Il le faut avouer, le mal est sur la terre?

Que otros contesten á esta terrible pregunta. Todo lo que yo sé es que hay lucha en la naturaleza; que en el concierto admirable que rige los destinos del universo, luchan los elementos unos con otros; que en la tierra todo se destruye y perece, desde el sér más ínfimo hasta el más complicado y perfecto, el hombre, que es en ella la imagen de Dios. Las cosas destruyen á los hombres,

y los hombres se aniquilan entre ellos mismos. Terremotos, enfermedades, plagas, tempestades, guerras, contiendas, hé aquí otros tantos abismos abiertos para tragarse sus despojos.

Y, cosa extraña, el progreso marcha á parejas con el elemento destructivo. Cada día se perfecciona y refina más la manera de destruir á los semejantes. Esa es la ciencia del día; la de los cañones, las corazas, las naves de guerra, los torpedos y las materias explosivas. Porque todos quieren ser más fuertes que los otros, pues los más fuertes vencen, y los que vencen, siendo ricos y poderosos, viven y se enseñorean del mundo.

He vuelto otra vez á la ley suprema de la fuerza; eterno círculo vicioso, alrededor del cual he venido girando desde largo rato; eterna ley de injusticia que me oprime y ofusca, que detesto con toda mi alma, y que quiero olvidar, abandonando tan odioso tema; pero para ello lo mejor será dar término á las divagaciones de esta noche. Puede ser que mañana mi mente penetre en regiones menos sombrías y menos escabrosas.

WANDERER

APUNTES DE HIGIENE

Á PROPÓSITO DEL LIBRO DE DON ALBERTO MARTÍNEZ, SOBRE DEMOGRAFÍA DE LA TISIS EN BUENOS AIRES

Con mucho gusto y no poco interés hemos leído un importante y detallado trabajo, debido á una inteligente pluma argentina, sobre «La Tisis en Buenos Aires» y que una feliz casualidad ha hecho caer en nuestras manos.

Recorriendo una á una las páginas de tan importante estudio, no sabemos qué admirar más: si la sabia disposición y desarrollo de los diferentes puntos en ella tratados, ó el enorme cúmulo de datos, que sólo con la paciencia de un hombre de estudio pueden haberse agrupado para servir de comprobantes á las diferentes cuestiones que se ventilan, y que cada día van siendo de un interés más capital, como son aquellas que tratan de arbitrar medios para disminuir las causas de mortalidad en los grandes centros de poblaciones.

En efecto, el señor don Alberto Martínez, autor del estudio científico en que nos ocupamos, sólo ha podido

llevar á cabo su obra mediante laboriosos y prolongados estudios, entorpecidos, como sucede generalmente en los países sud-americanos, por la deficiencia de datos ó por los escollos casi insuperables con que tropieza el médico cuando quiere investigar asuntos de la naturaleza del en que se ha ocupado nuestro colega de allende los Andes.

Aparte del orden lógico y necesario en que ha dispuesto las diferentes partes de que consta su obra, su estilo correcto y fácil hace que la vista se clave en sus páginas, y que involuntariamente se lean unas tras otras, por más árido y seco que sea el asunto que en ellas se trata.

El fin principal que persigue no es otro que poner de manifiesto, como él mismo lo dice, valiéndose de la elocuencia muda de los números, el pie sanitario en que se encuentra Buenos Aires, con respecto á la tisis, comparando el monto de su mortalidad con el de numerosas poblaciones extranjeras y estudiando en seguida esa misma mortalidad por parroquias, por sexos, nacionalidades, meses y estaciones del año y aun por profesiones, para llegar, después de apuntar las diversas opiniones de hombres respetables en la ciencia, á las brillantes conclusiones con que da remate á su trabajo, poniendo de manifiesto que á pesar de lo poco que ha adelantado la capital argentina en medidas sanitarias, y de lo incompletas que estas medidas son, la mortalidad en general ha disminuído notablemente.

No sólo se contenta el señor Martínez con hacer un estudio detallado, con respecto á Buenos Aires, de todos los puntos que tienen alguna relación con el clima, temperamento, situación, latitud y composición de su suelo, sino que también desciende á la vida íntima de la población,

penetra hasta las casas de inquilinato para derivar de allí, inducido por tristes comprobantes, las causas á que se debe la gran mortalidad por tisis en la capital de la República vecina.

Á todas las autoridades bonaerenses ha preocupado en alto grado el que, por cada 100 individuos fallecidos, 10,9 lo sean por la tisis, y ¡qué diremos nosotros al ver que á nuestros mandatarios todavía no les llama la atención el que en Chile suba la mortalidad á un 27 por ciento!

Los datos estadísticos de numerosos pueblos europeos recogidos por el señor Alberto Martínez, dan á conocer á primera vista las grandes ventajas que la salubridad y la higiene bien aplicada obtienen sobre la mortalidad, no sólo en cuanto á los que fallecen de tisis, sino también sobre la mortalidad en general. Esos datos reunidos con tanto tino como constancia y que revelan en su autor un gran conocimiento del asunto que trata de dilucidar, son una lección palpable para todos y nos indican con toda claridad el camino que debemos adoptar para obtener iguales ó mayores ventajas, y reducir en cuanto sea posible el campo en que ejerce su acción terrible la implacable guadaña de la muerte.

Si tomándonos del ejemplo que presenta el autor del folleto que nos da ocasión para estas líneas, y á quien de todas veras felicitamos, echásemos una ligera ojeada sobre los datos estadísticos de nuestro país, no en cuanto á mortalidad por enfermedades, que jamás se ha estudiado entre nosotros y que parece que de propósito se ocultara en las tinieblas de un verdadero caos para ahorrarnos algo terrible de saber, nos convenceremos que la cifra de nuestra mortalidad en general es enorme, como que llega algunos años á 1 por cada 31 habitantes;

y de la mortalidad de párvulos podemos decir que sólo en el año 1880, por cada 15 niños que nacían, morían 10... 1 por cada 1,5!

Á esto podemos agregar las siguientes palabras del señor Martínez, que parece que hubieran sido escritas para nosotros: "Todos estos datos han sido afectados de la imperfección con que se pueden hacer trabajos demográficos en esta gran capital, en la que no se conoce la cifra exacta de su población, ni la composición de los sexos de la misma, ni las edades de los habitantes, ni la proporción en que se encuentran las respectivas nacionalidades, ni la cifra real de sus nacimientos, ni su mortalidad por enfermedades, sexos y nacionalidades; ni nada, en fin, de lo que las ciudades civilizadas y modernas se apresuran á presentar á los que se toman el trabajo de estudiar la vida íntima de su organización."

Entre nosotros la tisis ha aumentado mucho estos últimos 30 ó 40 años. Esto se explica fácilmente tanto por las enfermedades agudas pulmonares que pasan al estado crónico con tanta ligereza, como por la profunda modificación que en estos últimos 40 años han sufrido los hábitos y las condiciones higiénicas y sociales del pueblo que, siempre inconsciente, arroja los resultados de su imprevisión en los hombros del Estado que, por desgracia, más imprevisor é inconsciente, cree que aquellos sucesos no tienen más ley que la que rige las nubes del cielo ó las olas del mar.

Nuestra población se ha extendido de un modo considerable, y los medios higiénicos que deben extenderse y multiplicarse en razón directa de este desarrollo, han permanecido estacionarios; de aquí el que los barrios más apartados de la agrupación del lujo y del comercio

sean los centros en donde nace la mayor parte de las epidemias y los puntos en que la mortalidad sea también mayor.

Esa es la razón por la que han aumentado todas esas enfermedades que aniquilan nuestra sociedad y que no son más que el castigo de la contravención de los principios más elementales de toda higiene nacional.

El mejor correctivo que puede emplearse para detener la corriente que amenaza la degeneración de nuestro pueblo está en la acción combinada de los hombres de estado y de los capitalistas. Destiérrese por completo y para siempre el infecto *rancho*, vergüenza de un pueblo culto, prohíbanse los conventillos, focos de emanaciones mefíticas y de corrupción, constrúyanse verdaderas habitaciones para obreros, que llenen, por cierto, todas las exigencias de la más rigurosa higiene, paviméntense las calles y ábranse anchas avenidas en los puntos en que sea posible para facilitar la circulación del aire, y se habrá dado un gran paso en favor de la salubridad de una población que, como la nuestra, harto lo necesita.

Mucho tenemos que agradecer al autor del folleto que ha motivado estas líneas, el que nos haya facilitado el medio de clamar una vez más por que en nuestra capital, ejemplo de cultura y civilización entre las demás ciudades sud-americanas, se siga el que la república vecina nos da en materia de higiene y salubridad pública, fuente de todo adelanto, que ella, á costa de grandes estudios y de enormes sacrificios, ha sabido aprovechar en vista de las aterradoras cifras que su estadística, tan imperfecta como la nuestra, arroja á la vista del que quiere investigar la relación que existe entre los nacimientos, la población y las defunciones.

En los países en que se han preocupado algo de la higiene y que, como la Inglaterra y Estados Unidos, tienen mucho que enseñar al mundo en materia de salubridad, en vista de sus grandes y constantes adelantos, se ha notado que la cifra de la mortalidad anual es relativamente muy pequeña, mientras que en países como el nuestro en que desde hace tanto tiempo se clama por las mejoras sanitarias, la cifra de la mortalidad por tisis, tomada de los escasísimos datos que hemos podido encontrar y que para nosotros, que conocemos la institución íntima de nuestros hospitales y de nuestra población, están muy distantes de merecernos entera fe, la mortalidad por tisis, decimos, llega á la enorme cifra de 27 por ciento de las defunciones! Nuestro municipio, entregado por lo general á toda clase de tareas, menos á la de aumentar y extender las medidas sanitarias, tiene, si se nos permite la expresión, su vista fija en el centro de la población, que se ocupa en adornar convenientemente, y no pone un pronto y seguro remedio en los barrios apartados, que, en épocas como la presente, son un verdadero lodazal, y sus calles y sus habitaciones son otros tantos focos de emanaciones pútridas. Numerosas son las habitaciones cuyo suelo se encuentra á un nivel mucho más bajo que el de la calle y cuyo techo, compuesto por lo general de paja ú otras sustancias vegetales, cobija cuatro ó cinco personas, sin contar que bajo este mismo techo se lava, se cocina, se guardan las sustancias alimenticias y hasta duermen los animales domésticos.

Allí es donde debe llevarse la mano salvadora de la higiene, allí es donde deben imperar con más rigor las leyes del aseo y del orden, porque allí es donde toman

origen, como ya lo hemos dicho, la mayor parte de las epidemias para irradiarse después por toda la población, llevadas en alas del viento sur, que es uno de los que con más frecuencia soplan sobre nuestra capital.

Verdaderamente inspira compasión el estado á que, desde algún tiempo á esta parte, ha quedado reducida nuestra única plaza central, el único punto de paseo donde los habitantes pueden reunirse para respirar un aire puro y agradable, pues, actualmente, no es sino un foco extenso de emanaciones amoniacales y excrementicias, que hacen de ese lugar de recreo y de ameno solaz tal vez el punto de origen de muchas enfermedades. Ya nuestra plaza central no es sino un paradero de carros.

En lugar de hermosear solamente el centro de la población, muy laudable sería que se dedicara alguna atención á los barrios apartados, se arreglaran sus calles y aceras, sus acequias y desagües, para convertirlas, no en puntos ricos en ornato, pero sí ricos en salubridad, lo que produciría un inmenso beneficio á la población y que ésta siempre tendría que agradecer á nuestro municipio.

EDUARDO LIRA E.

EN UN ALERO

Huyendo del alar de sus mayores,
una blanca paloma y un palomo
de verde pecho y azulado lomo,
colgaron en el techo de un labriego,
en la estación de fuego,
el tálamo nupcial de sus amores.
La esplendorosa claridad del día,
aunque indiscreta, nunca interrumpía
ni el blando, tierno y amoroso ruego,
ni el batir de las alas, ni los besos,
ni mil caricias suaves,
ni mil dulces excesos,
escándalos de amor que dan las aves.
¡Ay de vosotros! raza empedernida,
palomos pecadores,
si, después de esta vida, en otra vida
guarda á la raza palomar la suerte
castigo por escándalos de amores.
¿Qué rústica doncella, cuando os mira,
no abre como Eva los cerrados ojos,

y, vislumbrando lo que llama muerte
el cura, entre sonrojos,
no se tienta á pensar que eso es mentira
y, Eva culpable, por morir os mira?

Cambia en fruto á las flores Primavera:
un día á la paloma halló el labriego,
pálida sombra de lo que antes era,
recostada en el nido tristemente;
á su lado el palomo, sin sosiego,
sin comprender el mal, y más doliente
que ella tal vez, en elocuente idioma
de armonioso zureo,
la hablaba de su amor fingiendo celo;
y, al ver que ese deseo
de amorosa ternura no rompía
la tristeza mortal de su paloma,
con hondo desconsuelo,
largo gemido de dolor vertía.
Entonces ella, mustia y vacilante,
levantando las alas, con murmullo
flébil y blando respondía al suyo,
mientras sus ojos, como tristes bellos,
apagando el dolor, daban destellos
de un amor moribundo y suplicante,
que más que el llanto entristecía en ellos.
Y vió el labriego que, cual torna en fruto
á la temprana flor la primavera,
por ley de amor, universal tributo
cobraba á los amantes traicionera;
y convertía, con festivo amaño
y juguetón engaño,

los besos y aleteos retozones
en dos huevos, origen de pichones.

La paloma murió: y el fiel palomo,
ya tarde aquel misterio comprendiendo,
en esos fríos restos de ventura
vió parte de su amada; y, dividiendo
con ellos, triste, el corazón de plomo,
los cubrió de su cuerpo con ternura.

Cruzó tres veces por la azul esfera,
derramando alegría, el sol estivo;
tres, la mudable luna, consejera
del olvido y los fáciles amores,
bañó á la tierra en pálidos fulgores;
y tres veces en vano: inconsolable,
ciego á la luz y á la alegría esquivo,
sin levantar los ojos,
sin voz, sin fuerza, exánime, aturdido,
el amoroso padre guardó el nido.
En vano, cerca de él, con ruido amable
le llamaban palomas compasivas;
de bien maduro trigo granos rojos,
con bondadosa mano,
el buen labriego le ofrecía en vano.
Inconsolable y mudo, las estivas
horas pasaba en abundoso llanto;
y, si un instante de llorar dejaba,
tregua dando al recuerdo, su quebranto
no era menor; y, con los ojos fijos,
intrigado y confuso, meditaba
cómo dar vida á sus cautivos hijos.

Pero, al fin de tres días, vió el palomo...
quién sabe qué vería, mas es cierto
que, con menos tristeza y más aplomo,
se dió por vivo pareciendo muerto;
y, á compartir con él, con más acierto,
ese difícil maternal trabajo,
privilegio del sexo que lo sabe,
el rústico le trajo
una paloma de pintado cuello,
diestra en amor, y sabia en todo aquello
que, al salir de su huevo, quiere el ave.
Nuevo engaño del rústico: el palomo,
aún lleno del recuerdo de su bella,
no quiso recibir ni por asomo
besos infieles ni cuidados de ella;
antes, con pico duro,
con indignado acento,
creyendo su tesoro mal seguro,
la arrojó de los huevos al momento.

———

Quedóse el buen palomo pensativo:
al picar á la intrusa,
le hirió tal vez otro recuerdo vivo;
la emanación difusa
de ósculos dulces muertos en los labios,
y el tibio ambiente que dejó en el nido
de la sedosa pluma el roce blando.
¡Ah! cuántos son los sabios,
que rompiendo los lazos de Cupido,
obran bien, y después... quedan pensando.
Pensó el palomo que era triste cosa
vivir tan solo sin sostén ni ayuda;

que era empollar labor muy fatigosa,
y ardua tarea y ruda
enseñar á comer á los pichones,
y después á volar; y más lo era
de sabia educación darles lecciones;
y resolvió buscarse compañera.
No juzguéis al palomo falso amante
¿qué viudo al tercio día fué constante?
Le vió entonces el rústico alejarse
de su caro nidal, día tras día,
y en un vecino palomar posarse
con la antigua, olvidada gallardía.
Y ahí, mayor asombro, en vez de grave
hablar con los ancianos del estado,
le vió con pico suave
y gesto enamorado,
como en tiempos mejores,
á una blanca paloma hablar de amores.
Cuánto ademán rendido y expresivo,
cuánto meneo seductor y cuánto
ingenioso argumento
pintaban á lo vivo,
(un palomo y un viudo dicen tanto),
su amor, su soledad y su tormento.
La paloma era toda sentimiento:
tendió las blancas alas bajo el cielo
límpido y claro del sereno estío,
y deteniendo el vuelo
en el nidal abandonado y frío,
por instinto de amor que amor consuma,
cubrió los huevos de su blanda pluma.
Pero, al llegar la hora

de largas sombras, cuando el sol recuesta
su fatigado rayo y lo colora
de viva lumbre en la nevada cresta,
tendió de nuevo el ala por la esfera
teñida de oro y virginal reposo
buscó en el palomar. Su compañera
tornó á llevar con la naciente aurora
el palomo, y, constantes cada día,
él al nidal guiábala afanoso
y ella al paterno palomar volvía.

Pero al fin una tarde, hermosa tarde,
tanta fué la elocuencia,
tanta la tentación ¿quién hace alarde
de invencible inocencia?
Víctima fué de amor la casta Dido
y la paloma se quedó en el nido.

Decir lo que hubo allí fuera indiscreto.
¡Oh! palomo inconstante, cuántas veces
mentiste aquella noche y en secreto
viste á los muertos ojos como jueces!
Irresistible ley de amor materno,
que el mudo germen con su aliento ajita:
como el sol á los témpanos de invierno
en cristalinas gotas precipita,
tal, al tibio calor del blando pecho,
el ovalado muro fué desecho;
brotó la vida, libre de prisiones,
y del nidal volaron dos pichones.

G. Errázuriz.

CERVANTES EN ARGEL

ACTO SEGUNDO

La misma decoración que en el anterior.

ESCENA PRIMERA

DALÍ, AIDAR, SOLDADOS BERBERISCOS

(*Aparecen andando lentamente por entre los árboles de la derecha de primer término. Cuando Dalí y Aidar se detienen, los soldados forman guardia un poco al fondo.*)

DALÍ Hecha la guardia queda en los jardines
del poderoso Azán Bajá, temido
señor de Argel; en ellos, solamente
las sombras duermen.

AID. Todo está tranquilo,
todo es silencio, soledad, misterio;
sólo se escucha el apagado ruido
de las hojas que el viento de la noche
mueve, al buscar en ellos grato asilo.

DALÍ Bien puede Azán sobre la blanda almohada

reclinar la cabeza, de peligros
ajeno, que Dalí se lo asegura.

(*Con arrogancia y seguridad.*)

AID. Magnánimo Dalí, noble caudillo
de la Guardia ¿qué fuera sin tu vela
del grande Azán Bajá? Con el crecido *(j)*
número de cautivos que posee,
objetos de sus iras y castigos,
sobre su altiva frente no estuviera
muy firme la corona.

DALÍ Tú lo has dicho.

AID. Ni tampoco segura su existencia
del puñal, en la sombra apercibido.

DALÍ Lo cierto está en tus labios, jardinero.

(*Con el acento de la vanidad halagada y satisfecha.*)

AID. ¡El profeta los mueve!...

(*Con truhanería.*)

¡Yo te admiro!

(*Fingiendo un arranque de satisfacción por los altos hechos y méritos de Dalí.*)

DALÍ ¡Cuántas veces, rondando los jardines,
Dalí con sus valientes, ha prendido
á muchos de esos pícaros cristianos
ocultos á las sombras y al abrigo
de estos soberbios árboles, queriendo,
con malas artes, huir del merecido
cautiverio en que están y duro trato,
ó aguardando, tal vez, en su escondrijo
momento favorable para darle
inícua muerte á Azán!

AID. ¡Aborrecidos!

(*Simulando indignación y odio.*)

Mas, bien estoy pensando ser inútil

(*Transición con la más perfecta naturalidad.*)

que en su guarda pongamos tal ahinco,
pues hace ya algún tiempo que no caen,
mal grado nuestro anhelo, esos malditos
en nuestras manos.

(*Con tono de despecho.*)

DALÍ ..... Bien escarmentados
encuéntranse al presente, y convencidos
de que más les importa ser esclavos
que buscar en la fuga algún alivio.

(*Con sonrisa feroz.*)

¡Ya no la intentan, no, porque empalados,
ó agarrotados, ó quemados vivos,
ó engarfiados acaban sus hazañas! *(k)*

(*Con miserable complacencia.*)

AID. ¡Azán Bajá es terrible! De contínuo
busca dulce solaz para sus ocios
en dar muerte á algún vil... no por castigo,
sólo por pasatiempo!

DALÍ ¡Soberano
deleite!

(*Con ferocidad y alegría.*)

AID. (¡Inmunda fiera!)

(*Aparte, con suprema repugnancia.*)

DALÍ Y uno ha habido,
no obstante, que ha escapado á los furores
de su carácter tétrico y sombrío,
á pesar de haber sido muchas veces
en proyectos de fuga sorprendido.

¿Por qué tiene el señor con ese infame
tanta condescendencia y tal cariño?

(*Con rabia.*)

AID. ¿Hablas del Estropeado?

(*Con zozobra.*)

DALÍ Aidar, de él hablo.
¡El Estropeado! Azán Bajá así mismo
le llama: el Estropeado. El rey admira
de ese infiel el arrojo nunca visto,
que, á su pesar, lo pasma y lo hace blando;
como también su ingenio felicísimo!

UN SOLD. ¡Las gracias!

(*En tono bastante bajo, cuyo murmullo alcanza á percibir Dalí, que se vuelve rápidamente hacia los soldados.*)

DALÍ ¡Qué!... ¿Qué es esto?... ¡Alguno ha osado!...

(*Con voz amenazadora.*)

AID. (¡Es él!)

(*Aparte, con angustia y zozobra.*)

DALÍ ¿Oíste, Aidar?...

(*Vuélvese nuevamente á los soldados, que han hecho zalema y permanecen en actitud humilde y respetuosa.*)

¿Quién se ha atrevido?...

AID. Nada escuché yo, nada.

(*Con la mayor naturalidad posible, procurando distraer á Dalí.*)

EL SOLD. ¡Poderoso
señor!...

(*Tomando una actitud más humilde y respetuosa que antes, y fingiendo otra voz.*)

Ninguno tiene tales bríos
que ose ante tí mover la torpe lengua!...

(*Como indignándose al solo pensamiento de que pudiera*

haber algún soldado que levantara la voz ante tan respetado jefe como Dalí.)

AID. ¡Alto caudillo, te engañaste!

(*Con acento persuasivo. Dalí, vuelto hacia los soldados, se queda por algunos momentos contemplándolos con expresión amenazadora. Durante todo el tiempo que dura esta muda inspección, aquellos permanecen con el cuerpo inclinado y los ojos hacia el suelo. Al fin Dalí, con voz de mando y haciendo un signo enérgico, les dice:*)

DALÍ ¡Idos!...

(*Los berberiscos no esperan que se les ordene por segunda vez despejar, y, después de hacer nuevamente zalema, todos, á una y como á compás, se retiran por entre los árboles de la izquierda, último término.*)

ESCENA II

DALÍ, AIDAR

AID. El viento fué.

(*Viendo que Dalí aún no está muy convencido de la disculpa de los soldados.*)

DALÍ ¡Quién sabe!...

(*Dudando todavía. Pausa larga.*)

Ese cristiano

(*Transición brusca, volviendo nuevamente á la interrumpida conversación.*)

desde hace tiempo, Aidar, se halla escondido,
y Azán Bajá, temiendo sus manejos,
nos ordena la guardia, siempre fijo
el pensamiento en apresarlo, siempre...

(*Reticencia brusca y nueva transición con despecho.*)

Mas, cierto ¡por Alá! que ya el destino,
haciendo vano mi constante esfuerzo,
con velo impenetrable ha protejido
la buscada vivienda del malvado,

quizás ahora regalado asilo
de esclavos numerosos, que le ayudan
á llevar adelante sus designios!

(*Vese aparecer por el último término de la izquierda al Soldado que habló en la anterior escena el cual se va acercando con gran cautela por entre los árboles hasta quedar oculto detrás del que está más próximo á los dos interlocutores. Permanece allí, con el oído atento á la conversación, teniendo cuidado de ocultarse completamente tras del árbol á cada vez que Dalí, durante el curso del diálogo y descuidadamente, se vuelve hacia el lado en que él está.*)

ESCENA III

DALÍ, AIDAR, EL SOLDADO

AID. ¿El jefe de la Guardia desespera
de dar caza á tan débil enemigo?

DALÍ ¿Dalí desesperar?... ¡Aunque se esconda
en el más enredado laberinto,
con él tengo de dar, y presentarlo
á Azán Bajá y dejarlo al fin tranquilo!

(*Con jactanciosa seguridad. En el rostro del soldado que atisba se pinta un inmenso desdén.*)

AID. ¡Servidor excelente!

DALÍ ¡Y, sin embargo,

(*Con cólera contenida.*)

por toda recompensa á estos servicios,
Azán Bajá á Dalí ha menospreciado!...

(*Dejando conocer en su acento un profundo rencor.*)

AID. ¡Menospreciado!... ¿El rey?... ¡Á su caudillo!...

(*Conteniendo apenas su alegría y simulando una extremada sorpresa.*)

¿Es posible, señor?

DALÍ ¡Por mi desdicha!...

(*Despechado.*)

AID. ¡Jamás lo imaginara!

(*Aparentando disgusto.*)

Y ¿qué ha movido
el ánimo del rey á tal ofensa?

DALÍ Escucha, Aidar.

AID. Atento estoy.

DALÍ Te digo
que escuches, jardinero, pero sabe
que lo que voy á hablarte, en lo más íntimo
del pecho has de guardar.

AID. Te lo prometo.

DALÍ ¡Ay de tí, si quebrantas el sigilo!
Te juro que he de hacerte mil pedazos
el mismo instante en que el más leve indicio
te acuse de traidor!

AID. ¿Á Dalí? ¡Nunca!

(*Con presteza y energía.*)

DALÍ Jardinero: ¡amo á Halima!... mi destino...

(*Con arrebato de pasión. El soldado se conmueve visiblemente.*)

AID. ¡Tú la amas!...

(*Interrumpiendo á Dalí y rotrocediendo estupefacto.*)

DALÍ ¿Qué te asombra?

(*Con extrañeza.*)

AID. ¡Tú!

(*Todavía desconcertado. El soldado se extremece y demuestra la inquietud que le causa el desconcierto de Aidar.*)

DALÍ ¡Lo sabes!
¿Te sorprende?

(*Lo primero con brusca sequedad; lo segundo, mirando fijamente al jardinero con natiente desconfianza.*)

AID. ¡Muy mucho!...

(*Ya vuelto en sí y con marcado acento de desdén.*)

DALÍ ¿Qué motivo?

(*Con sorpresa y enojo.*)

AID. ¡Una mujer el pecho ha conquistado
del altivo Dalí!

(*Con sumo desprecio del amor.*)

(¡Dios nos dé auxilio!)

(*Aparte, con angustia.*)

DALÍ ¡Es cierto!... ¡Una mujer!...

(*Como avergonzándose de haberse enamorado.*)

AID. ¡Por el Profeta....
Jamás creyera en tí tanto delirio!

(*Acentuando más su desprecio.*)

DALÍ ¡Sí, yo quiero su amor! ¿Oyes? ¡Lo quiero!...

(*Con exaltación.*)

AID. ¡Pídela á Azán Bajá!

DALÍ ¡Humilde ha creído,
para la alteza y hermosura de ella,
al Jefe de la Guardia!

(*Con ironía y cólera.*)

AID. ¿Ya le has dicho...?

DALÍ ¡Sí! Contestó con ira: "¡Cómo ha osado
Dalí poner sus ojos atrevidos
en Halima la hurí!..."

(*Con ronca entonación.*)

¡Rencor profundo
aliento contra Azán!... ¡Sea maldito!...

(*Con frenesí.*)

AID. ¡Olvídala, señor!...

DALÍ ¡Jamás!

(*Con firmeza y brusquedad.*)

AID. ¡Se opone
Azán Bajá!

DALÍ ¡Qué importa, si consigo
que ella á mi amor dé pábulo!...

AID. ¡Imposible!

DALÍ ¡Imposible!

(*Creciendo su rabia.*)

AID. Señor, ya no hay camino
por donde llegue tu pasión á término
feliz, Azán Bajá siendo enemigo!

DALÍ ¡Aidar!...

AID. Si mis palabras te disgustan,
perdóname, señor; sólo me inspiro
en la verdad y la franqueza.

(*Con naturalidad.*)

DALÍ ¡Mientes!

AID. Que me confunda Alá con el castigo
propio de los traidores...

DALÍ ¡Basta, basta!

(*Interrumpiéndole, fuera de sí.*)

¡Calla la torpe lengua, Aidar inícuo!...
¿Acaso no has oído, jardinero,
que amo á Halima frenético?...

(*Con suma vehemencia.*)

AID. Helo oído.

(*Tranquilamente.*)

DALÍ ¿Y que quiero su amor?

AID. Sí.

(*Como antes.*)

DALÍ ¿Acaso piensas
que hay algo que Dalí quiera, y sus bríos
no lo alcancen, mal grado mil barreras?

(*Pausa breve.*)

¡Tú has de prestarme ayuda!...

(*Transición rápida, denotando en su acento la amenaza contra la negativa.*)

AID. ¡Yo!

(*Espantado.*)

DALÍ ¡Tú mismo!
¡El velo que ocultaba mis amores
por eso ante tu vista he descorrido!
¿Ó juzgas que tan bajo confidente
de cuanto grande encierra el pecho mío,
por pasatiempo busco?...

AID. ¿Y en qué puede
el pobre renegado darte auxilio?...

(*Simulando gran sorpresa.*)

¿En qué puede este siervo del Profeta,
de entre todos los seres el más ínfimo,
ayudar al caudillo de la Guardia,
acatado por su alto poderío?...

DALÍ Responde, jardinero: ¿qué es lo que haces
apenas luce el sol? Responde.

AID. Elijo
en los jardines flores las más bellas,
y, uniéndolas en ramo de esquisito
aroma, las presento en homenaje
á la hija de Azán.

DALÍ Pues bien, exijo
de tí que, aprovechando esos instantes *(l)*

en que la hablas á solas, con sigilo
le comuniques la pasión inmensa...
el fuego que en mi pecho han encendido
sus encantos!...

(*Apasionadamente.*)

AID. ¡Y cómo he de atreverme!...

(*Fingiendo terror.*)

DALÍ ¡Te atreverás, cobarde!... Tus servicios...

(*Muy agitado.*)

¿Quieres oro? ¡Lo juro por mi nombre,
oro á montones te dará el caudillo!...
¿Quieres, acaso, honores?... Pide, pide.

(*Con mucha vehemencia.*)

¿Qué pretendes? ¿Qué ansías? Soy contigo
blando cual nunca fuí... Por vez primera
soy blando... Óyelo bien... Nunca lo he sido!..
Tan sólo sé mandar... y ¡ay del que mando
si no ejecuta al punto lo que digo!...
¡Por el amor de Halima, cuanto quieras!...
¡Loco estoy, jardinero!

AID. (¡Por Dios vivo!)

(*Aparte, sobresaltado.*)

DALÍ Dila que me conceda hablarla á solas...
¡Una cita de amor!... Esto te pido...
No quiero más de tí...

AID. ¡Ya es demasiado!...

DALÍ ¡Vacilas, jardinero!...

AID. ¡Sí... vacilo!...

DALÍ ¡Oh!

(*Con una explosión de cólera. Se queda mirándolo; de pronto exclama con ronca voz:*)

¡Si al llegar la luz del nuevo día
dudas aún, te mataré yo mismo!

(*Lanzándole miradas furibundas, se retira por la izquierda, último término. El soldado se oculta detrás del árbol. Dalí pasa sin advertirlo.*)

ESCENA IV

AIDAR, EL SOLDADO

AID. ¡Y cumplirás, malvado, tu promesa,

(*Con resolución, después que se ha marchado Dalí. El Soldado, como que espía los pasos de éste, fijos un momento sus ojos en el lugar por donde ha salido. Después se va acercando lentamente á Aidar que, abstraído en sus pensamientos, no repara en él hasta el momento en que le habla.*)

que Aidar sabrá llegar al sacrificio,
con faz serena y pecho resignado,
antes que darte ayuda!

SOLD. Aidar.

(*Presentándosele.*)

AID. ¡Qué miro!

(*Retrocediendo con un movimiento primo de temor.*)

¿Qué me quieres, soldado?

(*Reponiéndose con viveza.*)

Mas, comprendo,

(*Con irónica altanería.*)

sicario de Dalí: ¡tu cometido
es, sin duda, seguirme á sol y á sombra!...

(*Despreciativamente.*)

SOLD. ¡Pobre Aidar! ¡No conoce á los amigos!

(*Con tono de chanza. Se quita la barba postiza.*)

AID. ¡Don Miguel!

(*Con gran júbilo.*)

¡Vos aquí!...

(*Como dudando de tan feliz encuentro.*)

CERV. Para alentarte.

(*Benévolamente.*)

AID. Muy á tiempo llegáis.

(*Con tristeza.*)

CERV. Todo lo he oído.

AID. Ese vestido... ¡audacia sin ejemplo!

(*Volviendo á su asombro.*)

CERV. Nada te asombre; tengo muchos vínculos
de leal amistad con numerosos
soldados de la Guardia; y me han servido
muy bien, como lo ves.

AID. ¡Salvador nuestro!...

(*Transición rápida.*)

Pero ¡necio de mí, qué es lo que digo!

(*Con melancolía.*)

El pobre Aidar ha de morir.

CERV. No temas.

AID. ¡Ah, señor de Cervantes! el impío
Dalí...

CERV. Nada podrá, te lo aseguro.

AID. Pero ¿lo oísteis todo?

(*Con desconfianza de buen éxito, á pesar de las palabras de Cervantes.*)

CERV. No he perdido
una sola palabra.

AID. Pues, entonces
bien conocéis su amor y sus designios.

(*Desalentado.*)

CERV. Pongamos en el cielo la esperanza.
AID. Emplazado me veis.
CERV. Pero imagino
que, aunque el plazo es muy corto, es suficiente
para evitar el riesgo, amigo mío.
AID. ¡Don Miguel, don Miguel, vuestras palabras
dan nuevas fuerzas á mi triste espíritu!

(*Reanimándose.*)

CERV. Aidar, entre las sombras de esta noche
emprenderán la fuga los cautivos.

(*Con solemnidad.*)

AID. ¡Por fin, piadosos cielos!

(*Levantando sus brazos en acción de gracias.*)

CERV. Que en espera *(11)*
muy cerca de la costa, tengo aviso,
se encuentra el barco que ha de libertarnos,
y á la deseada patria conducirnos.
¿Halima?
AID. Aquí vendrá al canto primero
del gallo, cual solía.
CERV. ¿Los amigos
que hay en la cueva ocultos?
AID. Esperando
de vos el soberano beneficio
de alcanzar libertad.
CERV. ¡Después de Dios!
¿La escala?
AID. En mi vivienda.

(*Señalando hacia la derecha.*)

CERV. ¿Apercibido
está todo?

AID. Sí, todo.

CERV. Por el muro
al instante saldré; porque es preciso
la señal convenida hacer al barco
para que á la ribera esté vecino.
Tú tornarás aquí; que Halima aguarde
mi vuelta, Aidar.

AID. Seréis obedecido.

CERV. Después hacia la cueva llevaremos
nuestro paso, á alentar á los amigos.
La quietud de la noche aprovechemos.
Vamos.

AID. Vamos.

CERV. ¡Que Dios sea propicio!

(*Vuelve Cervantes á cubrirse con la barba postiza, y él y Aidar se ponen en camino por la derecha en primer término. Ya van á desaparecer, cuando se detiene bruscamente Aidar.*)

AID. ¡Deteneos!

(*Rápidamente.*)

CERV. ¿Qué ruido?...

(*Ambos se quedan escuchando sorprendidos.*)

AID. ¿Oís?

(*Sobresaltado.*)

CERV. Se acerca
alguno cautamente.

(*Todo el diálogo bajo y con mucha rapidez.*)

AID. Sí!

(*Con seguridad.*)

Al abrigo
de aquel árbol poneos.

(*Señalándole uno. Cervantes se coloca detrás de él.*)

CERV. Á tal hora

(*Con extrañeza.*)

¿quién puede en los jardines...

(*Aidar le hace señas de que calle y, uniendo la palabra á la acción, le dice:*)

AID. No hagáis ruido.

(*El jardinero se hace algo al fondo, de suerte de no ser visto; y ambos permanecen por un momento como espiando los movimientos del que se acerca. Á poco aparece por la derecha un hombre, que viste á la española, que inspecciona cuidadosamente la escena y avanza con cautela.*)

ESCENA V

CERVANTES, AIDAR, TOLEDO

TOL. Creí sentir... ¡Engaño del deseo!
Todo está solitario... ¿Á dónde guío
el inseguro pié?

AID. ¿Quién va?

(*Saliendo de pronto á su encuentro con la daga desnuda en la diestra.*)

TOL. ¡Ese acento!...

(*Acercándose á Aidar.*)

AID. ¿Quién va? ¡Responda! Ó, por Alá, que el mísero
ha de morir!

TOL. ¡Aidar!

(*Con alegría.*)

AID. ¿Quién es?

(*Guardando el puñal.*)

TOL. ¡Toledo!

AID. }
CERV. } ¡Don Antonio!

(*Estupefactos. Cervantes sale de su escondite.*)

TOL. Yo soy.

CERV. ¡Qué hacéis, amigo!

(*Con tono de amistosa reconvención. Se quita la barba postiza.*)

TOL. ¡Cervantes!... ¡Oh, fortuna!

(*Reconociéndolo con suma alegría.*)

CERV. ¿Por qué causa
habéis abandonado el escondido
antro y los compañeros?

TOL. Fué forzoso
obrar de esta manera.

CERV. ¿Qué motivo?

TOL. Escuchadme, y sabréis.

CERV. ¡Decidlo presto,
que estoy de mil angustias oprimido!

TOL. Ha sentado sus reales la discordia
de la velada cueva en el recinto.

AID. ¡Oh malhadado caso!

(*Con dolor.*)

CERV. Don Antonio,
¿es posible?

TOL. En dos bandos divididos
los compañeros todos, no parece
sino que pretendieran con sus gritos
descompasados y querellas necias,
atraer á la cueva al enemigo,
y matar para siempre la esperanza
de quebrantar los hierros de cautivos.

CERV. ¡El diablo metió aquí su cucharada!
¿Pero, entre aquellos hombres ya no hay juicio?

TOL. Quezada prorrumpió en amargas quejas
contra vos...

CERV. ¡Ah!

TOL. Diciendo que en olvido,
sin duda, habíais puesto las promesas
de trabajar en pro de nuestro alivio;
y se fundaba en que ya hacía tiempo
que á la cueva no habíais parecido.

CERV. ¡Vive Dios!
(*Con despecho.*)

TOL. El sargento Navarrete
duramente á Quezada contradijo,
diciendo que antes que dudar de un hombre
como vos, dudaría de Dios mismo.
Poco á poco se fueron de palabras,
y, tanto es el encono y el ahinco
con que se injurian los opuestos bandos,
que abandoné la cueva, decidido
á morir ó á encontrar al buen Aidar
y anunciaros con él el desatino.
Más que asilo seguro de infelices,
aquél parece un antro de bandidos
que, en un momento de embriaguez, se injurian
con términos á cual más ofensivo.
Si esto sigue adelante, de seguro
que todo se descubre al fin.

CERV. ¡Por Cristo!

TOL. Á mí poco me importa, que Toledo
sabe morir; mas pienso que es indigno
que por necios se pierdan.

CERV. Don Antonio,
vamos allá.
(*Al jardinero.*)
Entretanto, amigo mío,

en el muro prepárame la escala;

(*Bajo y rápidamente lo que sigue.*)

y torna, por si Halima...

(*Aidar le indica que le entiende.*)

¡Por Dios vivo!

(*Vanse por la derecha. Á poco llega por la izquierda, último término, Dalí, que avanza lentamente.*)

ESCENA VI

DALÍ

DALÍ ¡Dormir!...

(*Pausa.*)

¡Oh rabia!... En vano sobre el lecho
busca el cansado cuerpo el sueño esquivo!...

(*Pausa. Adelanta poco á poco.*)

¡Todo reposa, todo!...

(*Pausa.*)

¡y no reposa
de Dalí el corazón de amor henchido!...

(*Con despecho. Pausa. Ha llegado á la plazoleta.*)

¡El altivo Dalí no pensó nunca
que hubiera corazón!

(*Nueva pausa.*)

Cuando algún mísero,
en el horrible trance de la muerte,
en medio de espantosos desvaríos,
se retorcía en el sangriento potro,
lanzando maldiciones mil y ahullidos
de angustia y de dolor... yo me reía,
de júbilo mi pecho estremecido,

y á aquel hombre inmortal hubiera hecho,
si tal pudiera yo, por haber visto
toda mi vida sus espasmos crueles,
oyendo sus lamentos infinitos!...

(*Con inaudita ferocidad. Pausa.*)

¿Cómo pudo jamás Dalí, el valiente,
de una débil mujer verse cautivo?

(*Con despecho. Pausa.*)

¡Hija de Azán Bajá, yo te amo tanto
que por sólo un acento de cariño,
por sólo una sonrisa de ternura,
por una!...

(*Arrebatado por la pasión.*)

¡escalaría el paraíso
y al mismo Alá en su trono mataría!...

(*Aparece por el primer término de la derecha Halima. Llega cautamente.*)

ESCENA VII

HALIMA, DALÍ

HAL. ¿Ahí estás, amor mío?...

(*Con delicada ternura.*)

DALÍ ¡Qué!...

(*Muy sorprendido.*)

HAL. ¡Amor mío!...

(*Avanzando hacia él.*)

DALÍ (¡Santo Profeta! ¿qué visión me envías?)

(*En el colmo de la estupefacción.*)

HAL. ¿No respondes?

DALÍ ¡Halima!

HAL. ¡Qué!

(*Con extrañeza.*)

¡Á mi oído

tu voz suena distinta!

(*Se aproxima bien á él.*)

¡Dalí!

(*Con un grito de terror y retrocediendo bruscamente al reconocerlo.*)

DALÍ El mismo.

¿Cómo os encuentro en medio de las sombras?

¿Buscáis, divina hurí, al alto caudillo?...

(*Con pasión.*)

HAL. ¿Qué pretendes? ¿qué intentas? ¿qué te trae?

(*Viendo que se acerca.*)

¡Aparta!

DALÍ ¡No, jamás!... Quiero deciros,

hija de Azán... deciros que os adoro

como se adora á Alá... ¿qué es lo que digo?

¡Mil veces más!... mil veces!...

(*Con frenesí.*)

HAL (¡Soy perdida!)

(*Con gran ansiedad.*)

¿Qué pretendes?...

(*Procurando serenarse.*)

DALÍ ¡Hurí del paraíso!...

decid que mis acentos os conmueven!...

que me miráis con ojos compasivos!...

(*Muy suplicante.*)

que no es mi amor ingrato á vuestro pecho!...

¡Bendecid mi pasión!...

(*Con gran agitación.*)

¡Os lo suplico!...

¡Tenéis mi dicha eterna en vuestros labios!...
¡Ved que ante vos se humilla quien no quiso
ante nadie abatir la altiva frente!...
¡Dalí, Dalí el feroz, es hoy mendigo
de un acento de amor... de una esperanza!...
¡Por sólo una sonrisa ya suspiro!...

(*Con vehemencia.*)

¡Mandad!... yo atenderé vuestros mandatos
como el esclavo miserable, indigno!...
¡Arrojad á mi cuello una cadena,
y os seguiré á la faz del mundo mismo,
gozoso, como sigue á su amo el perro!
Mas... ¡dadme vuestro amor!... ¿Calláis? ¿Inspiro
odio ó desprecio á la soberbia Halima?
¿Calláis aún?... ¡Calláis!... ¡Ved que son siglos
los instantes!...

HAL. (¡Oh fiero acaso!)

DALÍ ¡Halima!...

(*Con voz amenazante. Transición.*)

HAL. (¡Y sola estoy!)

(*Con espanto.*)

DALÍ ¡La noche está conmigo!...

(*Sombrío.*)

¡Hablad al fin!...

HAL. ¡Soy la hija de tu amo!...

(*Con majestad, dominando su terror.*)

DALÍ ¡No tiene amo Dalí!

HAL. ¡Calla, maldito!
¡Si das un solo paso, daré voces!

DALÍ ¡El eco, nada más, oirá esos gritos!

HAL. ¿Osarías, malvado?

DALÍ ¡Todo, todo!...
que no es el mío amor, es desvarío,
volcán que ruje hirviendo en mis entrañas!

(*Con satánica resolución.*)

HAL. (¡Oh, Dios de los cristianos!... dadme auxilio!)

(*Aparece por la derecha Aidar, que, al darse cuenta de la situación, se interpone resueltamente entre Dalí y Halima.*)

ESCENA VIII

HALIMA, DALÍ, AIDAR

AID. ¡Aparta!

HAL ¡Ah!

(*Con suma alegría.*)

DALÍ ¡Tú aquí!

(*Deteniéndose con rabia.*)

AID. ¡Yo, por fortuna!

DALÍ ¿Te atreves, jardinero, al poder mío?

AID. ¿Cómo puedes dudar, si lo estás viendo?

(*Con gran calma.*)

DALÍ ¡Á un lado, miserable!

AID. Ya lo he dicho:
¡aparta!...

DALÍ ¡Maldición!...

(*Furioso.*)

HAL. ¡Ay!

(*Aterrada.*)

DALÍ ¡Con mis manos
castigaré tu audacia!...

(*Fuera de sí, sacando un puñal.*)

AID. ¡Desvaríos!

(*Serenamente, sacando el suyo. Cervantes aparece por la derecha un momento antes. Dalí va á precipitarse sobre Aidar, puñal en mano, y Cervantes se arroja á él, sujetándole la mano con tal fuerza que Dalí da un pequeño grito de dolor y suelta el puñal, que Cervantes toma al punto y, de un salto, se coloca del lado de Aidar y Halima.*)

ESCENA IX

HALIMA, CERVANTES, DALÍ, AIDAR

CERV. ¡Asesino!

DALÍ ¡Oh!

(*Con dolor, dejando caer el puñal.*)

HAL. ¡Miguel!

(*Con un grito de supremo gozo.*)

DALÍ ¡Rabia!... ¡Soldado!

CERV. ¡Mírame!

(*Arrancándose la barba postiza.*)

DALÍ ¡El Estropeado!

(*Con inmenso furor; pero, algo intimidado, retrocede.*)

CERV. Sí, yo mismo,
don Miguel de Cervantes Saavedra.
¡Un paso más, y cesas de ser vivo,
que aún basta el Estropeado á desarmarte!

DALÍ ¡Guardias!

HAL. ¡Dalí!

AID. ¡Detente!

CERV. ¡Eres perdido
si vuelves á gritar!

HAL. ¡Odio profundo
juro hacia tí tener, si es que en tu auxilio
llamas á los soldados!... ¡Odio eterno!...

DALÍ ¡Alá, maldito seas!... ¡Exterminio!...

CERV. ¡Exterminio!...

HAL ¡Amor mío!...

(*Cayendo en brazos de Cervantes. Dalí, que se retiraba por la izquierda, último término, se detiene un instante al oír á Halima, y exclama en el paroxismo del furor:*)

DALÍ ¡Suya!

(*Desaparece rápidamente.*)

CERV. ¡Presto,

(*Con inquietud.*)

señora mía, á vuestra cámara idos!

AID. ¡Fatal encuentro!

(*Se retira al fondo y se pone á atisbar á Dalí.*)

CERV. Oyendo tres palmadas,

(*Con rapidez.*)

por el alto ajimez echad con tino
vuestra escala de seda, que esta noche
he menester hablaros, angel mío!

AID. Daos prisa, señor, que en nuestro daño
Dalí vendrá. ¡Ocultarnos es preciso!

(*Vanse acompañando á Halima por la izquierda, primer término.*)

CAE EL TELÓN

ANTONIO ESPIÑEIRA.

(Continuará)

NOTAS AL ACTO SEGUNDO

(j) *... Con el crecido*
número de cautivos que posee...

Se dijo ya, en una de las notas anteriores, que pasaban de veinte mil los cautivos cristianos que había por entonces en Argel.

Es muy cierto que gran parte de ellos pertenecía tanto á los particulares que los apresaban, cuando de propia cuenta y riesgo salían en corso al Mediterráneo, como al consejo de la ciudad (lo que llamamos nosotros «Municipalidad»), que los empleaba en construcciones ó trabajos de ornato ó de aseo. Pero también el rey enviaba á su vez á la mar gente de su mando, que le surtía de esclavos; pues á la sazón era Argel detestable nido de piratas sin otra ley que la fuerza. Tantos infelices gemían en cautividad, que en solo la famosa batalla de Lepanto el triunfo de don Juan de Austria dió libertad á quince mil cristianos que iban al remo en las galeras de los infieles.

(k) *... porque empalados,*
ó agarrotados, ó quemados vivos,
ó engarfiados, acaban sus hazañas.

El castigo más usado era el palo, especialmente para con los cautivos llamados de rescate, es decir, aquellos que, por su nacimiento ilustre ó su fortuna crecida, daban á sus amos esperanzas de pagar por libertarse sumas de escudos más ó menos fuertes.

No se ponía tanto cuidado en no causar daño de muerte á los cautivos del almacén, ó sea los del consejo de la ciudad, que no tenían rescate. Éstos pagaban mucho más caro cualquier intento de fuga ó conato de desobediencia, por razón de que no había con ellos esperanzas de lucro, i, por lo mismo, poco importaba á los moros que muriesen con los castigos

(l) *... aprovechando esos instantes*
en que la hablas á solas...

Como pudiera parecer inverosímil que el jardinero tuviera tanta facilidad para comunicarse con la hija de su amo, dado lo que se refiere respecto de la estrictez y apartamiento de las mujeres turcas de alto rango, diremos, apoyándonos en el testimonio de Cervantes, que

en aquella época las moriscas se recataban poco de los cautivos cristianos.

... "y aunque él quisiera hablar á Zoraida, como él después me dijo, y decille que él era el que por orden mía la había de llevar á tierra de cristianos, que estuviese contenta y segura, nunca le fué posible, porque las moras no se dejan ver de ningún moro ni turco, si no es que su marido ó su padre se lo manden; de cristianos cautivos se dejan tratar y comunicar, aún más de aquello que sería razonable"... (CAP. CAUTIVO).

(II) ... *que en espera*
muy cerca de la costa, tengo aviso,
se encuentra el barco que ha de libertarnos,...

Esta tentativa de evasión, preparada con el mayor sigilo y la más incontestable prudencia, fracasó, como tantas otras, por mala fortuna. Tuvo lugar vuelto á España Rodrigo de Cervantes, hermano de don Miguel, quien lo rescató (pues también era cautivo Rodrigo), con el dinero que su padre le mandara en fuerza de haber empeñado el patrimonio de sus hijos, las dotes de sus hijas doncellas y su propia hacienda, quedando, puede decirse, en la indigencia.

"Cuando Miguel de Cervantes recibió este caudal, trató de concertar su rescate con Dalí Mamí; pero como éste le tenía en tanta estima i opinión y su codicia era insaciable, le pareció corto y mezquino el precio que se le ofrecía, y rehusó, por tanto, entrar en nuevos convenios y proposiciones. Cerrada así la puerta á sus esperanzas, Cervantes trató y consiguió más fácilmente redimir con el mismo caudal de su rescate á su hermano Rodrígo, por agosto de 1577, dándole orden para que, restituído que fuese á España, aprestase y enviase desde las costas de Valencia, Mallorca ó Ibiza una fragata armada que, recalando al punto que se le señalara en las cercanías de Argel, pudiese libertar y conducir á España al mismo Cervantes con varios cristianos. Para que lo pudiese ejecutar con mayor seguridad y confianza consiguió que don Antonio de Toledo, de la casa de los duques de Alba, y Francisco de Valencia, natural de Zamora, caballeros ambos de la orden de San Juan, y á la sazón cantivos en Argel, diesen cartas de recomendación para los virreyes de aquella provincia é islas, suplicándoles favoreciesen el apresto del bajel y el objeto de tan arriesgada empresa...

"Con la mayor presteza y celeridad se equipó una fragata en la costa de Valencia, ó, según el P. Haedo, en Mallorca, al mando de un tal Viana, que acababa de rescatarse, y era valeroso, activo i práctico en la mar y costa de Berbería. Dió la vela á fines de septiembre, y

arribó á Argel el 28 del mismo mes; y manteniéndose lejos de la costa para no ser descubierto, se acercó de noche al paraje de la playa más próximo al jardín y propio para avisar á los cautivos escondidos de su llegada. En esta situación acertaron á pasar por allí unos moros, que, ó desde una barca de pescar ó desde la orilla, divisaron entre la oscuridad de la noche la fragata y los cristianos, y comenzaron á apellidar auxilio con tal estruendo y algazara, que, amedrentados los que venían en el bajel, hubieron de hacerse á la mar; y aunque poco después repitieron la tentativa de aproximarse á la costa, fué no menos infructuosa y mucho más desgraciada; porque cayendo prisioneros de los moros, quedó desbaratado enteramente el plan que tenían concertado...»

(*Vida de Cervantes*, de Navarrete, referida por Arrieta).

AL TRAVÉS DE LA FANTASÍA

(Continuación)

JORNADA SEGUNDA

Alguien dirá que soy pesimista. Bien puede ser. Yo mismo ignoro si lo soy. Para averiguarlo comencemos por establecer en qué consiste el pesimismo. ¿Será el desencanto de todas las cosas del mundo? Entonces nadie más pesimista que los ascetas y los santos del cristianismo, porque ellos, lejos de encontrar el menor halago en la vida, la han considerado tan sólo como un triste y pasajero camino hacia la eternidad. Si ese es pesimismo, no me desagrada, y ojalá que le tuviera un poco más inculcado en el corazón. ¿Será la desesperación que produce á algunos el espectáculo de tanta desgracia sin remedio, de tanto dolor sin lenitivo, de tanto anhelo sin satisfacción? No hay duda que lo es; pero ese linaje de pesimismo varía en sus efectos: unos, que lo sienten, sufren con todos esos males necesarios, pero se conforman y viven pacientes; otros son incapaces de soportar-

los, y gimen, y se quejan y reniegan de esta vida miserable, y quisieran borrarla de sus almas, si fuera posible, reduciéndose á la nada. Estos últimos son los que contestan con resuelta negativa á la conocida pregunta: ¿Vale la pena de vivir? Lejos de mí el pertenecer á la segunda categoría, la de los desesperados *à outrance*, si puedo decir así, opuesta directamente á los dogmas de espiritualidad é inmortalidad, que profeso, y á las tendencias que ellos deben imprimir necesariamente en mi alma.

El pesimismo es más que una mera idea; en el mundo ha llegado á ser un principio, una teoría y ha formado una escuela.

Desde muy antiguo, él y su contendor antagónico, el optimismo, han luchado encarnizadamente por la supremacía. Demócrito y Heráclito representaban en Grecia ambas escuelas; y muchos siglos más tarde vemos á dos celebridades del siglo XVIII empeñados en la misma contienda, Voltaire y Rousseau. El primero es el genio de la burla, de la sátira; el destructor de todo, sin ser creador de nada. El segundo es un teórico utopista.

Á mi juicio Shakespeare es el primer genio dramático, y Hamlet su obra maestra. Pues bien ¿quién más pesimista que el príncipe de Dinamarca, aquel joven desdichado, en cuyo ánimo, á pesar del furor loco y de la sed de venganza por la muerte de su padre, que lo agitan, casi es más fuerte que esos mismos sentimientos su honda desesperación al ver la criminalidad de los hombres, la injusticia suprema que reina en el mundo, el entronizamiento del vicio y la ruina de la virtud?

Hamlet es víctima de un pesimismo que casi trastorna su cerebro; pero este mal nace, á la vez, de gravísimo motivo que lo hace natural y comprensible.

Job no fué menos pesimista, según leemos en su sagrado libro.

Otra especie de pesimismo es el de los filósofos. Recuerdo especialmente á Leopardi y á Schoppenhauer. Es más resignado que el de Hamlet, pero al mismo tiempo mucho más triste; porque ellos se convencieron de que el mal estaba en el orden natural de las cosas, de que había vicio en la naturaleza humana, y vicio sin remedio. Y quizá no anden lejos de la verdad, puesto que aquella quedó viciada desde el pecado de Adán: eso sí que no es ésta la base en que los filósofos apoyan sus elucubraciones.

Ahora bien, yo no soy pesimista en tan alto grado: ni como Job, que, sin embargo, obtuvo después de la prueba el premio, para que el principio moral quedara salvado; ni como Demócrito, ni como Hamlet, Voltaire, Leopardi ó Schoppenhauer.

Soy pesimista en cuanto estoy convencido—y ¿quién no lo estará?—de que en el mundo jamás puede encontrarse la verdadera satisfacción de nuestros deseos, de nuestros ahincos y de nuestras aspiraciones; en cuanto desespero de la felicidad, que, siendo el constante objetivo de la vida humana, se burla de nosotros como esos espejismos del desierto que á cada paso engañan y alucinan al viajero ya fatigado de su penosa marcha. Pero así como esos viajeros caminan y caminan siempre, desencantados á duras penas de la falsedad del oasis, mas esperando encontrar otro real y efectivo que venga pronto á mitigar su cansancio y su hambre; así también marcho yo en la vida, sufriendo desencanto tras desencanto, tropiezo tras tropiezo, recobrándome apenas de uno para resbalar en otro, pero avanzando siempre,

fijos los ojos en un faro al cual he de llegar tarde ó temprano, y lleno el corazón de la más alentadora esperanza.

Hé allí el pesimismo de que participo. Nada bueno, nada completo, ninguna dicha de las que sabe forjarse mi imaginación espero en la vida; pero con todo aguardo paciente y resignado la futura realización de otras esperanzas más altas y más hermosas.

Y ¿cómo pudiera ser de otra suerte? La desesperación es triste recurso que nada soluciona, y que viene á reagravar tan sólo las ya agravantes condiciones en que vivimos. Renegar de la vida y desear ponerle término, ó que no haya jamás tenido principio, es una blasfemia absurda contra la creación. Como quiera que no debemos la existencia al acaso, y que irracional sería suponer falta de un fin superior en la de la criatura más noble de todas, claro es que existe uno oculto, pero grandioso, por impenetrable que sea el misterio que lo encubre á nuestra vista. Siendo ello así, como lo es seguramente, debemos creer que no nacimos con el único objeto de ser desgraciados en el mundo, de sufrir penas amargas, de padecer inmensos dolores, y que algún día todas esas penas, dolores y sufrimientos encontrarán completa y cumplida compensación.

Esto por lo que hace al segundo término de mi principio de pesimismo; es decir, al consuelo y á la esperanza. Por lo que hace al primero, la verdad salta á la vista; verdad amarga, pero así como mil veces amarga, mil veces inevitable.

¿Quién será bastante atrevido para negarla? ¡Dichoso aquél que pudiera hacerlo con plena experiencia! Le apuntaríamos con el dedo como una excepción de la

humanidad, y le envidiaríamos cordialmente todos los demás mortales.

¡Mortales! ¡ah! lo acabo de decir. Esta palabra encierra el gran secreto: la base de todo el mal que nos circunda, y orígen de todos los otros males. ¡Mortales! y ¿por qué? ¿no somos acaso grandes, potentes, capaces de dominar la tierra, y de vencer muchas veces aun á los elementos? ¿No domina nuestra inteligencia, no es ley nuestra voluntad soberana? Y ¿por qué, entonces, desaparece esa inteligencia como herida del rayo; y se debilita, y se pierde, y se consume esa voluntad, tan altanera hoy, en el abismo insondable de la nada? Y ¿no se sepultan en ella los despojos de nuestra humana existencia? ¿No podríamos imaginarnos, como dice Hamlet con amarguísima ironía en la escena de las tumbas, á las cenizas de todo un poderoso Alejandro tapando un miserable y asqueroso agujero de gusanos?

¡Mortales! Hé allí el problema; la gran clave del desencanto profundo que quisiéramos desechar siempre de nuestro espíritu, pero que nos persigue día y noche, como aterrante fantasma, hasta que ese fantasma se convierte en atroz é inevitable realidad.

Antes lo dije: la destrucción está en el mundo. Todo se destruye, todo perece. La muerte es el fin de cuantas cosas existen: nace el hombre para morir, la planta para marchitarse; el fuego para estinguirse.—Ved una comparación justa. Los carbones de mi chimenea arden con brillo, y su llama se levanta llena de vida. ¡Quién creyera al verla tan vigorosa que dentro de poco iba á apagarse, y que iban á quedar brasas ardientes y rojizas, y que poco después estas mismas brasas se transformarán en cenizas deshechas y apagadas, prontas á volar por

los aires al más leve soplo! Así también es mi existencia: hoy arde en mí la llama de la juventud fresca y rebosante de fuerzas; mañana se habrá consumido como por encanto; y á poco más no quedará de ella sino un puñado de cenizas. No es otro el destino fatal de las cosas creadas; y por eso existe corta diferencia entre la vida del fuego y la del hombre.

Y ahora, sin pensar en el fin, que es la muerte; sino en el medio, que es la vida, ¿habría alguno bastante cándido ó bastante ciego para negar que ésta no es otra cosa que un combate contínuo, un viaje penosísimo, un cúmulo de desdichas y penalidades?

La felicidad es el objetivo primordial de todas nuestras aspiraciones y de nuestros locos devaneos; hacia ella corremos sin cesar; en su busca nos lanzamos anhelantes, creyendo muchas veces alcanzarla y poseerla, pero sin que el tristísimo desengaño tarde en aparecer un instante después, y venga á convencernos, mal que nos pese, de que ella no ha sido sino quimera engañosa, que se escapa de nuestras manos como sutilísima niebla que pretendiéramos sujetar por los aires.

Toda lucha, todo esfuerzo es en vano: la felicidad es una ilusión que jamás ha tenido asiento en la tierra.

¿Qué avanza el rico con sus riquezas, el poderoso con su poder, el orgulloso con su orgullo? Tan sólo caer de mayor altura que los hombres vulgares, y sufrir más las malas consecuencias de su rudo golpe.

El mundo concede á algunos el título de felices: ¡qué halagador es el mundo! ¡Cuántas veces juzga sin conocimiento de causa, y se deja arrastrar por ciertas exterioridades que engañan! Si le fuera dado sondear los interiores de las almas, descubrir los secretos más recón-

ditos de los corazones, por cierto que no prodigaría la grata lisonja que sólo puede dirigir á ciegas, y que no es tampoco homenage placentero para quienes sin causa lo reciben, antes bien cruel sarcasmo que los hiere y mortifica en sus adentros.

Tan difícil es para los hombres el ser completamente felices, ó diré mas bien, tan imposible, que, si carecen momentáneamente de justos motivos de pena ó de desdicha, se los forjan en el corazón y en la fantasía; si el camino de la vida se presenta en cierto trecho expedito, libre y hermoso, no tarda el viajero en buscarse las espinas que vengan á maltratar su planta; ó desviándose de la senda, no tarda en lanzarse al terreno escabroso y desconocido, donde encontrará acaso pendientes que lo despeñen, aguas torrentosas que lo arrastren, ó precipicios insondables que lo sepulten.

Tal es la vida humana; tal su condición irremediable. Todo podrá obtenerse, menos lo que más se anhela, la felicidad.

Una vez, al hacer yo el análisis de mi situación moral interior, la resumía en estas pocas palabras:—"Soy feliz porque no soy desgraciado."—Ironía cruel ¿no es verdad? Solución positiva de una premisa negativa; triste frase que pone de manifiesto lo que es nuestra existencia, y de cómo debemos á veces contentarnos, no con la realización de nuestras ilusiones que no llega nunca, sino con la falta de grandes sufrimientos, que, por desgracia, se presentan á cada paso y cuando menos lo pensamos.

Ahora bien, si en la vida no encuentro ni igualdad, ni justicia, como lo dije hace poco, ni felicidad, como lo digo ahora ¿me quedará acaso otro camino que el del pesimismo paciente y resignado de los filósofos, aunque

mitigado por la esperanza consoladora de que hablé al principio?

El progreso, la ciencia, la virtud, el amor, son, sin duda, hermosas palabras, pequeños astros que brillan de repente en el oscuro horizonte de la vida, pero que jamás alcanzan á alumbrarla de lleno. Ya lo veremos, á medida que vayan tomando cuerpo las melancólicas reflexiones que me sugieren la soledad, la noche, y el fuego de mi querida chimenea, único compañero en estas largas horas de tranquilidad y silencio.

WANDERER.

L'OEUVRE

NOVELA DE E. ZOLA

Hará cosa de seis años que estoy leyendo novelas, y les he cobrado afición. Antes había dado en los estudios serios y profundos: filosofía, historia, geología, física, estética, lingüística, y muchos otros ramos del saber. Aspiraba no más que á ser un sabio en la flor de la juventud; pero no hubo nada, y fué porque la ciencia no era mi vocación. Andaba de aquí para allí, sin rumbo ni concierto, obedeciendo á impulsos muy ajenos al amor á la ciencia. Así, en cierta ocasión, un caballero que me tenía por mozo muy aprovechado y entendido en todo, me pidió que le explicase un grabado que decía abajo: "La muerte de Cambises." Al principio no hallé qué responder. Si bien sabía quién era Cambises, no me había vuelto á ocupar en él desde los tiempos del colegio y no tenía idea de la manera cómo este rey había muerto. Tocó, empero, que se hallaban presentes dos señoritas, una de las cuales me interesaba particularmente, y yo no quería ni debía quedar por ignorante. Inventé, pues, una historia que conviniese al cuadro y

salí del paso, no sin cierta confusión, que felizmente pasó inadvertida. Es lo mejor que puede hacerse en tales circunstancias, porque así, si á uno lo descubren, queda el recurso de decir que se había equivocado por tal y tal motivo, como lo notó poco después, y que se refería á otra historia muy parecida...

De vuelta á mi cuarto, busqué una historia antigua elemental y me puse á leer lo de Cambises. Me interesó el asunto: leí lo que seguía, después lo que precedía, y mi curiosidad fué en aumento. Dejé ese libro elemental y tomé otro más completo. Compré, en seguida, un Heródoto, y este autor me apasionó por la historia antigua. Seguí con Jenofonte, Tucídides; pasé á Roma con Tácito, Tito Livio, Suetonio, Salustio. Estuve viviendo algunos meses entre griegos, romanos, persas, asirios, medos, partos, egipcios. No pensaba en otra cosa: todo lo sabía al dedillo. Revolvía ya el plan de un "Discurso sobre la Historia Antigua", en el cual tomaba las cosas desde la altura de Bossuet, cuando varié de rumbo.

Encontrándome en una reunión, nombraron, no recuerdo á qué propósito, al positivismo, y yo, aun cuando tenía ideas muy vagas acerca de esta doctrina, me tomé la libertad de decir con modo despreciativo y encogiendo los hombros:

—¡Bah!... ¡El positivismo!... ¡La religión de la humanidad!...

Un jovencito me replicó con viveza:

—¿Y qué le halla usted al positivismo? ¿Sabe usted bien en qué consiste el positivismo?

—¡Pues no lo he de saber!—exclamé con gran vehemencia por fuera y sobresalto por dentro.—¡El positivismo!... ¡La doctrina de M. Comte!...

—Sí, sí... precisamente es eso...—repuso el jovencito echándose atrás en la silla y sonriéndose con mucha satisfacción.

Por fortuna, un amigo mío, que la echaba de entendido en asuntos filosóficos, aprovechó la ocasión de discutir y tomó la cosa por suya, con lo cual me hice prudentemente á un lado y los dejé que argumentaran á sus anchas.

Ese mismo día compré el *Catecismo* de M. Comte, resuelto á estudiar concienzudamente el positivismo desde la cartilla, porque en la discusión oí muchas novedades, y me avergoncé de no conocerlas. Como soy buen católico, puse en mi mesa algunos tratados tocantes á estas materias, escritos según el espíritu de la Iglesia, para dilucidar las dudas que me asaltasen. Sin embargo, casi no necesité recurrir á ellos: desde el principio me chocaron las fanfarronadas del Maestro acerca de su predestinación, y, sobre todo, me aburrió á más no poder el insoportable y descolorido diálogo, con su *mon père* y su *ma fille*... Cerré el catecismo en la página 83, y todavía está ahí la señal.

Pero ya se había despertado en mí la afición á los estudios filosófico-religiosos. Registré primero y después leí por entero los tratados susodichos. Seguí en estas materias, y de libro en libro, llegué á enfrascarme en Santo Tomás y los Santos Padres. Como de ordinario, meditaba ya una obrilla que pensaba escribir: "La Razón y la Revelación", en la cual andarían unidos en admirable consorcio un estilo correcto, severo y preciso con una argumentación irrefutable, cuando me llevaron otros vientos.

Mientras tanto, la historia antigua se iba borrando

con gran rapidez de mi memoria, porque la tengo muy mala. Las fechas, la sucesión de los reyes, las batallas, conquistas, uniones y desmembraciones de imperios, todo lo veía confusamente y, en poco tiempo más, no lo vi de ninguna manera.

Del mismo modo perdí todo mi equipaje filosófico-religioso. En unas vacaciones, pasé un mes en compañía de un joven de inclinaciones parecidas á las mías. Por entonces hallábase mi compañero entregado á la historia natural. Como estábamos en el campo, en su elemento puede decirse, me llevaba gran ventaja. Casi no tenía yo oportunidad de hablarle de las importantes cuestiones de la *Suma Teológica*, de las cartas de San Gerónimo ó de los tratados de San Agustín; mientras que él á cada momento me analizaba flores, cogía insectos y me refería particularidades de sus costumbres, desenvolvía teorías sobre el uso de las antenas, soñaba con una nueva clasificación de las plantas... Y me arrastró á la historia natural.

Por no cansar, omito muchas otras mudanzas por el estilo de las referidas. Ello fué que una vez estaba explicando, desde hacía media hora, cierta teoría muy abstracta á uno de mis amigos. Me escuchaba con paciencia, sin abrir los labios más que para decir en voz baja: "¿Sí?... ¡Hum!... Vean... Indudablemente..." Lo creía ya al cabo de mi teoría y convencido de su verdad, cuando me interrumpió bruscamente.

—Hombre,—me dijo—¿hasta cuándo piensas perder el tiempo en tus honduras científicas?

Mi admiración fué enorme. Precisamente estaba yo entonces en un estudio comparativo de la Biblia y las ciencias naturales. Me creía muy á caballo en esta ma-

teria bien que no tenía gabinete de física, ni laboratorio, ni retortas, ni nada, ni sabía conocer los metales fuera del oro, plata y cobre sellados; pero discurría teóricamente sobre todo como un profesor.

—Estás perdiendo el tiempo—continuó mi amigo con calma aterradora.—Deja esos librotes y lee novelas. Caliéntate la imaginación y borronea, borronea papel... Pudiera ser que por ahí te aprovechases... Sal cuanto antes de esos subterráneos á respirar el aire libre, á ver luz, colores, juventud...

Digo que mi sorpresa fué tal que no acerté á decir palabra, y la conversación quedó ahí. Lo peor era que el otro tenía muy buen seso, y hablaba con modo convencido y como quien se resuelve á decir de una vez cosas que meditaba de tiempo atrás.

¡Leer novelas! ¡Yo que me avergonzaba de que me sorprendieran con una novela en la mano! ¡Yo que despreciaba tanto ese género literario que tenía por frívolo y nocivo!

—¿Será cierto lo que acabo de oír?—me pregunté por milésima vez cuando me vi solo en mi cuarto, delante de la mesa atestada de librotes.

—Es más que probable que así sea—me contestó tranquilamente una voz interior.

Me tendí muy melancólico en un sofá.

Era de noche. No quise prender luz. Por la ventana abierta, entraba un rayo de luna que se posaba mansamente en la *Biblia y la Naturaleza* de Reusch.

Medité largo rato. Después cogí cuanto libro había en la mesa; puse en los estantes los que me pertenecían, empaqueté los prestados, y me fuí á acostar.

Al día siguiente por la mañana volví á casa con varias

novelas escogidas, entre las cuales estaba *L'Assomoir* de E. Zola.

La novedad en la concepción y forma de esta novela, el vigoroso talento que ella manifestaba, me cautivaron. Leí después á *Nana*, y mi entusiasmo se enfrió. *Pot-Bouille* me disgustó. *Au Bonheur des Dames* me aburrió. *La Joie de vivre* me dió hastío. Me propuse no volver á leer novelas de M. Zola. La cantinela era la misma. Todo era lo mismo.

Sin embargo, *L'Œuvre* me tentó por el título. Esperaba alguna novedad en ella, y no me pesó haberla leído. Siempre es la misma cantinela; pero aquí Zola se ha presentado con el nombre de Sandoz, y ha expuesto sus intenciones, práctica y teóricamente, con gran claridad.

L'Œuvre—como las novelas nombradas más arriba y algunas otras que no he leído ni pienso leer—forma parte de la serie que Zola ha bautizado con el título de "Los Rougon-Macquart, historia natural y social de una familia en el segundo imperio." Á primera vista uno cree que debe de haber mucha relación entre las novelas de esta serie; pero no hay semejante cosa. La relación se reduce á que tal personaje de una novela es hijo ó pariente de tal personaje de otra, y este vínculo, en el caso presente, no es más fuerte que el que, en los animales, une á los padres con los hijos separados ya y criados en haciendas distantes. Si se tratase de transmisión moral hereditaria ó, por lo menos, de la influencia de la primera educación, y se hiciese notar después como la atmósfera social *(le milieu)* cambia y modifica al hombre, habría, en cierto modo, razón para formar la referida serie. (Digo en "cierto modo" porque no soy

partidario de la novela, del arte docente; y no hago más hincapié en este punto, porque espero tratarlo en otra ocasión.) Pero Zola presenta á sus personajes completamente influídos ya por la atmósfera social, no habla ni por pienso de luchas morales, y los vemos vagando á merced de las circunstancias, inclinándose á un lado ú otro como los árboles al soplo del viento; en suma, tan ajenos á sus padres que, nada más que porque el autor lo dice sabemos el parentesco,—parentesco que no trae un grano más de interés á la novela.

El plan de Zola es el siguiente.—Traduzco en substancia lo que dice en *L'Œuvre* por boca de Sandoz.

"Quiero estudiar al hombre como es en realidad, no al hombre metafísico sinó al fisiológico que obra á impulsos de la atmósfera en que vive, y pone en juego todos sus órganos.

"Tomaré una familia y estudiaré sus miembros uno por uno; haré ver de dónde vienen, á dónde van, cómo influyen de rechazo unos en otros; mostraré, en fin, un resumen de la humanidad. Por otra parte, colocaré á los individuos en un período histórico determinado, lo cual me dará la atmósfera social y las circunstancias. Será aquello una serie de episodios enlazados entre sí, sin que cada uno deje de tener su marco correspondiente."

En otra parte, hablando contra sus detractores, dice:

"Todo daba tema á sus injurias: el nuevo estudio del hombre fisiológico, el papel omnipotente devuelto á la atmósfera social, la naturaleza siempre creadora, la vida total, universal, que alcanza de un extremo á otro de la vida animal, sin altos ni bajos, sin fealdad ni belleza; y las audacias de lenguaje, la convicción de que todo debe decirse, que hay palabras abominables necesarias como

hierro candente, que un idioma sale enriquecido de estos baños de vigor.»

Continúa con una brutalidad que no puede ponerse aquí, y agrega:

«Creo que hay más tontos que malvados. Lo que en mí los irrita es la forma, la frase escrita, la imagen, la vida del estilo.»

Lo anterior es suficiente para formarse idea de los propósitos de Zola.

Importa notar desde luego que Zola no ha realizado sus propósitos.

Ha tomado, en efecto, una familia y la ha colocado en el segundo imperio. Esto lo puede hacer cualquiera sin inconveniente y sin comprometerse. Ha tomado uno por uno los miembros de esa familia. También es cosa tan sencilla como tomar un vaso; pero explicar «de dónde vienen, á dónde van, cómo influyen de rechazo unos en otros; mostrar, en fin, un resumen de la humanidad», esto es lo importante, lo esencial en el caso presente, y de esto no hay nada en los libros de Zola.

Tómese, por ejemplo, á la famosa Nana. ¿De dónde viene Nana? ¿Á dónde va Nana? Ni viene de ninguna parte, ni va á parte alguna. Es puramente una mujer perdida, cuyas aventuras se narran con frío cinismo, desde el principio hasta el fin de la novela. El que ahí vaya á buscar un resumen de la humanidad, algún microcosmo, ó bien influencias de la atmósfera social, se llevará buen chasco.

Lo más general que á uno le ocurre, después de leer la novela, es esto: «podrá haber ó no haber una Nana, podrá haber ó no haber un Muffat; pero la idea que tengo de la humanidad queda siempre la misma, porque

á esos individuos los veo obrando únicamente á impulsos de instintos animales, y en la humanidad hay algo más que eso.» Por otra parte, las influencias que ahí se manifiestan son comparativamente de esta naturaleza: si un individuo mata á otro, el crimen influirá en el asesino de manera que, por escapar á la justicia, tendrá que abandonar á su familia y á su patria, y andará vagando tierras muchos años. Si un individuo ha logrado reunir, con grandes sacrificios, una suma para pagar una deuda urgente, y le roban el dinero, el robo influirá en el ladrón porque lo llevará á la cárcel, en el deudor porque lo arruinará, en el acreedor porque tal vez contaba con esa suma.—Si se mostrase el interior del ladrón y del asesino, si viéramos cómo la atmósfera social ha cambiado su personalidad, cómo ha ahogado los buenos gérmenes y desarrollado los malos, cómo las circunstancias pesan en la balanza moral, veríamos también en aquel robo y en aquel asesinato el resultado de causas conocidas, de causas que obran en todos los hombres, veríamos la humanidad. Pero Zola se desentiende de causas, no mira más que los resultados, y los considera como que ellos mismos son la vida total. Es lo que sucede en Nana y en las demás novelas, porque todas son cortadas por la misma tijera.

Los partidarios de Zola citan el apólogo de la *mosca de oro* en Nana, como prueba de las miras universales del autor. Cierto es que el apólogo es bonito y generaliza; pero por esto mismo, salta á la vista que es un trozo fuera de lugar en Nana, y que vale mil veces más sacado del texto que en el texto.

Tómese á Octavio Mouret de *Au Bonheur des Dames.* ¿De donde viene, á dónde va Octavio Mouret? No hay

noticias. El tal es un comerciante, como Nana es una prostituta. Á uno le dió por una cosa y á otro por otra.

Tómese á Claudio Lantier de *L'Œuvre*. ¿De dónde viene, á dónde va Claudio Lantier? Ni viene, ni va. Es un medio artista, lleno de ideas vagas y grandiosas, y sin las dotes necesarias para expresarlas. Desesperado, se mata.

En *L'Œuvre*, Zola nos presenta al hombre fisiológico artista. Y así vemos á Claudio Lantier atraído por la pintura y especialmente por el famoso cuadro que nunca llega á concluír, de una manera tan maquinal é inconsciente, como vemos á Coupeau atraído por la taberna, á Nana por el vicio, á Mouret por el comercio. Á Lantier no lo mueve la gloria, ni el amor al arte ó á la belleza, ni la fuerza creadora del genio, ni un ideal, sino un tropel de pensamientos confusos, de visiones de colorido deslumbrador, que él mismo no se explica. Lantier no interesa absolutamente nada al lector, casi le es antipático. Uno lee, lee, asiste á los pocos ratos de triunfo, á los muchos de desesperación, y finalmente, á la muerte, del pintor, sin que asome á los labios una exclamación de lástima, sin que ocurra decir: ¡pobre Lantier! Aquella lucha soberbia y desesperada del artista que pugna por dar forma sensible á la idea fugaz, aparece aquí convertida en simple monomanía. Compadecemos á los locos; pero el sér que sólo por cierta monomanía se acerca al hombre, cansa y aburre.

En *L'Œuvre* forman la atmósfera social, primeramente la compañera del hombre fisiológico, la hembra, que aquí se llama Cristina. En Zola no hay madre, esposa, hija, sino hembras. Hasta en los animales se nota que, por lo menos, hay madres; pero en la teoría de Zola no

existen. Tienen hijos porque es inevitable según la vida que llevan; pero esto no las incomoda mucho, cuanto más que los hijos son siempre raquíticos, no sé por qué motivo. Cristina, Nana, Gervasia, son la misma cosa. Como los animales, tienen pudores y esquiveces mientras no llega el momento oportuno. La mujer, para Zola, no es más que un elemento necesario para la generación. Fácilmente se comprende que donde aparezca dé ocasión á cuadros obscenos. Zola es el escritor más cínico que pueda darse, tanto más cínico cuanto que, según su teoría, el cinismo indiferente y frío es la manera propia y natural de hablar de estos asuntos. Su cinismo lo lleva... ó más bien dicho...—Me dispensará el lector si interrumpo lo que estoy diciendo, porque el punto es harto escabroso y delicado, y noto que me voy á enredar y á poner obscuro por no hallar modo de expresarme con claridad. Si no fuese por esto, pondría algunas cosas singularísimas de Zola en esta materia, faltas de lógica y hasta ridiculeces notorias. Sólo haré notar que muy sin razón se hace valer en favor de Zola lo siguiente: que en muchos escritores de fama universal y establecida se encuentran pasajes tan obscenos ó groseros como en Zola y tal vez más, y, sin embargo, nadie se escandaliza ni hace aspavientos. Pero el caso es distinto. Los escritores referidos, cuando son obscenos, lo son de paso, sin ideas preconcebidas, sin obedecer á ningún sistema; lo son, unos por condescender con el gusto de las clases sociales para quienes escriben, otros por mostrar la degradación á que puede llegar el hombre, otros simplemente por soltar una broma que se les ocurre, otros por aprovechar lo ridículo de estas cosas, que es mucho, otros por desplegar su talento narrativo en asuntos á la

orden del día, como quien dice. Creo que Zola no se atrevería á escribir obscenidades como las que saltan á cada paso en Aristófanes, Marcial ó Rabelais; pero en éstos á tiro de escopeta se trasluce la intención satírica, dicen las cosas obscenas como obsenas y no como loables, rien y embroman con lo torpe y deshonesto; pero se extasían seriamente delante de una virgen recatada o de una esposa fiel. En Zola, las obscenidades son puras manifestaciones de una teoría sobre la vida humana, según la cual la virginidad, la honestidad, el recato, son cosas que nada importan y á nada llevan cuando no hay algún provecho material que pueda conseguirse con ellas. Á menudo las pone en ridículo, y siempre las presenta como preocupaciones y no como virtudes. Procura, pues, pervertir porque solamente así podrá adoptarse su sistema; procura arrancar no sólo el pudor, sino hasta la hoja de higuera de nuestros primeros padres, porque quiere hacernos creer que el pudor es invención de espíritus apocados, y que las funciones del hombre fisiológico, especialmente aquella en que estoy pensando, deberían gozar de gran predicamento y sacarlas á lucir al sol, *au soleil*. Lo dice así como suena, con calma; y á ratos se enoja con los que se avergüenzan de eso.

Además de Cristina, forman la atmósfera social un grupo de artistas más ó menos mediocres y fisiológicos todos ellos. Se cuenta que tienen rasgos de artistas contemporáneos. Podrá ser. Para el caso da lo mismo: son retratos fisiológicos. En la comparsa está el novelista Sandoz, el representante de Zola. Es el mejor amigo de Lantier y, en las conversaciones que con él tiene, desenvuelve sus teorías sobre la novela. No hay necesidad

de decir que Sandoz es el único indivividuo decente y el menos fisiológico de *L'Œuvre:* sólo en él se trasluce un buen corazón, es de costumbres arregladas y respeta á la sociedad. Como escritor, por cierto, es otra cosa.

Zola presenta como de refilón los personajes secundarios, y por esto no parecen tan contrarios á la naturaleza. Uno piensa que, si bien de ellos no ve más que el lado fisiológico, pueden tener lado humano, lo cual no acontece con el personaje principal, presentado por completo según lo entiende Zola, y que no deja lugar para suponerle lado humano.

Como Zola aspira á manifestar "el mundo, la vida total, la naturaleza", deja para las descripciones una parte tan extensa como para los individuos. La mitad, ó por lo menos la tercera parte de cada volumen, contiene puras descripciones. Pero en ellas no procura el autor expresar, por medio de toques breves y precisos, la belleza percibida en los espectáculos de la naturaleza, ni esa especie de armonía que se establece entre ellos y el alma. Son vistas fotográficas, minuciosas, cansadas, interminables; con frecuencia parecen oleografías de colores subidos, y con sus lejos de cuadro magnífico y grandioso. Zola comienza una descripción y sigue, y sigue: pone un corto diálogo á modo de paréntesis, y vuelve de nuevo... aquello no acaba nunca. Tanta minuciosidad ofusca, confunde y, al fin, el lector no sabe dónde está, no sabe si la descripción que acaba de leer está bien ó mal hecha, ni si se trata de la vasta naturaleza, eternamente creadora, etc. El último capítulo de *L'Œuvre* es una de las descripciones más largas y ociosas que pueda darse. Si en cada volumen se suprimieran unas cien páginas de

éstas, se daría con eso una agradable sorpresa al que los volviera á leer.

El estilo de Zola carece de sencillez, gracia y armonía. No me refiero á si es ó no castizo y correcto, porque en esto un extranjero no puede dar su opinión. Todo el empeño de Zola está en las imágenes, y las siembra á diestra y siniestra. Procura que cada palabra encierre una imagen, de lo cual resulta que la frase se corta á menudo y va como á saltos. Esta especie de estilo viene bien en ciertas ocasiones, como también á veces conviene el estudio inmediato del hombre fisiológico—y en estos casos Zola es inimitable;—pero usado indistintamente, fastidia lo mismo que una persona que siempre habla á gritos. En *L'Œuvre* no he encontrado ocasiones oportunas para el estilo de Zola, salvo una que otra poco notable; y por eso, en esta novela, el estilo me ha parecido generalmente laborioso, brusco, hinchado, y hasta diré charro de imágenes. Describe los objetos más insignificantes, un farol de gas, una escalera desaseada, un vidrio sucio, como si les tuviera rencor. Hasta á individuos inofensivos, que apenas si asoman las narices en la novela, los trata como á enemigos personales. Véanse, como ejemplos tomados al acaso, las descripciones de Chaîne y de Mahoudeau. Á fin de cuentas, uno no se forma idea de tales individuos. Parecen monstruos, personajes fantásticos de Hoffmann, ó esos seres extravagantes que nos turban en las pesadillas. El estilo podrá ser vivo y pintoresco cuanto se quiera; pero lo es fuera de lugar. Aquí pasa á ser confuso, porque no se guarda la debida proporción entre lo importante y lo secundario, sinó que todo resalta con igual viveza.

Sabido es que el lenguaje de Zola asombra por lo atrevido. Para disculpar estas osadías, dice Zola que hay palabras necesarias como el hierro candente, que el lenguaje sale rejuvenecido de estos baños de vigor. Más todavía pudiera decir en este estilo, sin que le hallemos razón. Tal palabra no debe significar sinó la expresión de tal idea, y si significa menos ó más, no es término propio. Los términos propios, por consiguiente, son siempre necesarios como el hierro candente, el hierro frío ó cualquier cosa necesaria. Ahora bien, entre los términos propios, hay unos que usa la gente culta y otros la gente sin educación ó de mala vida. Á estos últimos los denominamos "bajos", porque hacen pensar en los individuos que los pronuncian y en los lugares donde se oyen, lo cual añade á la idea un no se qué de grosero. El escritor que escribe para todas las clase sociales ¿cuál de estas dos especies de términos deberá emplear? Es claro que los primeros, porque, aparte de otras consideraciones, los términos bajos chocan á la gente culta, y los términos cultos á nadie chocan. Emplear términos cultos es manifestar deferencia á las personas bien educadas sin ofender á las mal educadas. Hablo en general, porque un término bajo, empleado oportunamente, puede aumentar la energía del discurso; pero Zola, con el pretexto de aplicar cauterios y regenerar el lenguaje, lo zabulle á cada paso en el referido baño de vigor. Lo que en realidad procura es dar á sus obras el famoso "olor á pueblo"; pero más que á pueblo, huelen á sistema, y á sistema absurdo y lleno de contradicciones.

¿Cómo un autor de verdadero talento puede andar sistemáticamente en tales descarríos, que, si se advierten en otros escritores, no pasan de ser simples accidentes

en la carrera ó en tal obra literaria? Es lícito hacer hipótesis en este punto. He aquí lo que yo supongo.

Zola posee indisputablemente un extraordinario talento de observación de la realidad física y de las causas inmediatas de los actos externos del hombre. Su percepción es clara, precisa, y sabe manifestarla con gran vigor y colorido. Se posesiona de su asunto por completo, de un modo incomparable. Pero la fuerza misma con que lo hiere la realidad física parece que lo deslumbra, y no le permite ver sinó de una manera vaga, confusa, vulgar la parte moral del hombre, la personalidad humana, los fenómenos psicológicos que en el interior se recogen y desenvuelven y que son, en cierto modo, ajenos á la vida orgánica. Daré crédito á cualquier absurdo antes que creer que Zola tenga en el mismo grado la percepción de los fenómenes psicológicos y la de los fisiológicos. Si la tuviera, no podría menos de manifestarla. Á un escritor le es imposible resistir á las tendensias de su ingenio y ocultar, por razones filosóficas ó de sistema, sus facultades creadoras. Esto nunca se ha visto. Lo que sí se ha visto y se ve todos los días, es que los autores, por razones de conveniencia, por ansias de popularidad, por ambición de ser jefes de escuela, procuran hacer creer á los demás y acaban por creérselo ellos mismos, que su manera propia de ver las cosas —es decir, aquella según la cual pueden y deben desplegar sus dotes especiales—es la única buena y verdadera.

Bien ha comprendido Zola que, si trataba de equilibrar sus facultades, si retiraba al segundo término la vida fisiológica, si perseguía el ideal de belleza propio de la novela, sería tal vez un novelista igual á muchos.

La espectativa no era muy halagadora para un hombre ambicioso, cuanto más que estaba pobre.

Mientras tanto, el positivismo había contaminado ya á la novela. Las novelas naturalistas, como nuevas y revolucionarias, adquirían rápidamente popularidad. Zola se sentía con fuerzas para ocupar el primer rango. Ahí podía desplegar sin embarazo sus dotes sobresalientes para la observación de la vida fisiológica, del "mecanismo del hombre"; ahí cabía el "instinto genésico", reclamo siempre fructuoso. Se resolvió por este camino. Luego perdió la timidez y el respeto á las costumbres sociales: lo envalentonaron los aplausos por una parte, y las críticas acerbas por otra. Porque Zola es escritor muy orgulloso. Él se irrita por esta acusación, protesta de su humildad. Será personalmente humilde cuanto quiera; pero como escritor no lo es, aunque asevere lo contrario. ¿Es humildad hablar de sus adversarios con hinchado desprecio? ¿Es humildad llamarlos contínuamente "estúpidos, malvados, espíritus apocados"? ¿Es humildad poner á una obra de crítica el presuntuoso título de *Mes Haines*?

Zola, como todos los que se declaran por un sistema más por conveniencia que por convicción, es exclusivista insoportable. La belleza ideal no lo ha invitado á su templo,—no hay belleza. Las gracias no le han aceptado ofrendas,—no hay gracia. Su musa no tiene ratos de alegría,—no hay motivo para estar alegre. No alcanza á penetrar la parte más noble del hombre,—el hombre no es más que un mecanismo curioso y complicado.

La impresión que nos deja una novela de Zola es extraña y penosa. Parece que hemos pasado por un conventillo inmundo, húmedo, asombrado por altas pare-

des. Y en los cuartuchos desaseados aparecen los tipos siempre iguales del burgués enriquecido, codicioso y corrompido hasta la médula de los huesos, del noble que arruina su salud y hacienda en vicios extravagantes, del obrero brutal, del artista mediocre, del chiquillo escrofuloso, de la esposa adúltera, de la mujer hembra, de la prostituta sin freno. Ni un rayo de sol que alegre, ni un rayo de luna que haga soñar, ni una flor que exhale aroma, ni un amor noble que entusiasme, ni un sentimiento generoso que conmueva. Y si lo hay,—por ejemplo el cariño de Sandoz á su madre—el autor resbala por sobre él con el mismo cuidado con que un autor decente resbala por sobre una escena escabrosa. Parece que Zola se avergüenza de tener buen corazón, ó bien,—y quizá sea lo cierto—teme que lo sorprendan en contradicción con su sistema.

Uno siente que se ahoga en esa atmósfera de bodega cerrada, quiere respirar el aire libre, piensa en los dulces afectos del hogar doméstico, en los nobles lazos de la amistad, en el consuelo y fortaleza que da á el alma la fe religiosa. Recordamos á tal madre abnegada, á tal esposa honrada, á tal industrial probo y laborioso, á tanta gente buena, y decimos: ¿estamos soñando? No tal: el que está soñando es Zola. Este es asunto de abrir los ojos, es asunto que uno puede experimentar en sí mismo y en sus semejantes en el momento que quiera.

Felizmente, parece que Zola nota ya que su edificio teórico comienza á desmoronarse. En ninguna de sus obras se muestra más irritado, más lleno de odio y de despecho, más hinchado, más pedante, de colorido más rabioso,—en suma, más impotente que en *L'Œuvre*. Ni siquiera se encuentran aquí esas escenas dramáticas tan

justamente celebradas en sus otras novelas. También fué locura ir á buscar al hombre fisiológico donde menos lo podía hallar ¡en el artista! Y así como considero muy difícil que Zola pueda escribir, según su sistema, una novela peor que *L'Œuvre*, así también creo que no escribirá obras mejores que *L'Assomoir* ó *Nana*, porque los seres que más se acercan á su ideal del hombre fisiológico son el ébrio consuetudinario y la prostituta embrutecida.

ELÍAS.

TU CANTO

(EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA NIEVES FERNÁNDEZ)

En los brazos de la Virgen
dormido el Niño quedó:
¡qué dulce será su canto
cuando hace dormir á Dios!

Perdona, hermosa amiga, si te envío
acordes vagos de olvidada lira
en tributo á tu voz, que el alma admira
y que aún en mis sueños creo oír;
perdona si en mi anhelo indefinible
no consigo explicarte lo que siento:
tú traduces en himno el sentimiento,
yo, al oírte, no sé más que sentir.

En tu voz tu alma grande se revela:
como las chispas escondidas antes,
en átomos despide de diamantes

el acero, al herir al pedernal,
tal, cuando vibra con tu canto el aire,
tu espíritu invisible se levanta
y sale arrobador por tu garganta
en chispas de armonía celestial.

¡Canta siempre! tu voz privilegiada
de la música hermana, es una diosa
que en tu garganta duerme silenciosa
como duerme en su nido el ruiseñor;
deja exhalarse, Nieves, tus canciones
en rumuroso coro, vivo, alado,
que llegue hasta el espíritu extasiado
como eco de los coros del Señor.

¡Canta! porque tu voz soñar nos hace;
tú adormeces las almas en rumores
como en ensueños diáfanos de amores
se adormece una frente virginal;
ensueños de misterio y poesía,
tan dulces como un rayo de la luna,
puros como visiones de la cuna,
ardientes como un cielo tropical.

Aun cuando sola estés, vibren tus notas,
dentro tu pecho virgen entibiadas,
de tu boca en el ámbar perfumadas,
besadas por tus labios de carmín;
ellas irán, sonoras, peregrinas,

á posarse en el cáliz de las flores
y, enjambre vaporoso de rumores,
hacia los cielos volarán al fin.

Donde la brisa amante á un tallo bese,
donde ame y piense un alma soñadora,
donde un ave cantando esté á la aurora,
y donde un lago á un cisne oiga expirar;
allí ecos á buscar irá tu acento,
que en su celeste vibración encierra
todas las armonías que la tierra
puede hacia los espacios exhalar.

Cuando cantas, las flores oigo abrirse
para beber la gota de rocío,
el rumor de la luna en el vacío,
la voz del sér querido que murió;
el ruido que hacen, al formar la perla
dentro del mar, las conchas nacaradas,
todas las armonías ignoradas
que jamás en el mundo el hombre oyó.

Dios ama el canto y la plegaria. ¡Canta
por tu madre, y tu padre, por tu hermano,
por mí, que su piedad demando en vano,
por cuantos llorar veas y sufrir;
canta por el que teme y el que espera,
por el que al vicio criminal se lanza,
por el que fe no tiene ni esperanza...
todos por tí de Dios se harán oír!

Aquellos que llevamos en el pecho
tantos gritos que mueren ahogados,
tantos sordos gemidos desgarrados,
tantas heridas de mortal traición;
los que sólo sentimos dentro el alma
la voz descompasada, hiriente y ruda
del desengaño amargo y de la duda,
necesitamos, Nieves, tu canción.

¡Cuánto hacen renacer las vivas notas
de tu armonioso y delicado seno,
cáliz de plata, de rumores lleno,
que en el aire derrama un querubín!
ellas traen al alma un eco vago
de nuestra hermosa y breve edad de niño,
del primer juramento de cariño,
de cuanto hemos amado y huyó al fin.

Cuando, vertiendo cristalinas ondas,
en mágico poder el alma hechizas,
creo que á mi pasado en las cenizas
heladas en que duerme, oigo gemir;
creo que es un concierto inexpresable
de ilusiones nacientes que me augura
aún algunos días de ventura
para mi oscuro y triste porvenir.

Tu voz querida alumbra nuestras almas
como la luna pálida y tranquila

alumbra de la virgen la pupila
que su inocente amor le va á confiar;
los que vivimos en perpetuas sombras
necesitamos una voz amiga
que, cual la tuya, con amor nos diga
que aún puede en nuestra senda algo brillar.

¡Deja que oigamos tus cantares tristes!
son tan ciertas tus notas, son tan puras
que uno cree que sus penas y amarguras
en las alas se van de tu canción;
aunque veas entonces, bella amiga,
que todos melancólicos te escuchan
y que en silencio con el llanto luchan,
les consuelas piadosa el corazón.

¡Nieves! yo que he sufrido lo conozco:
el dolor me ha enseñado que es más santa
aún que el ángel la mujer que canta,
y su himno vale más ante el Señor;
egoísta sublime, allá en el cielo
el ángel en su canto á Dios adora,
y una voz de mujer al que aquí llora
lo purifica, y calma su dolor.

Cuando hermosa, tranquila, idealizada,
como á un sér invisible hablando, cantas
y nuestra mente á otra región levantas,
llego en mi adoración á imaginar

que eres un ángel á quien Dios un día,
dando un beso infinito en la alba frente,
echó al mundo, diciendo omnipotente:
"¡Ve á amar allá abajo, ve á cantar!"

Cumple, pues, tu misión: tu voz es alma,
es Lucrecia, Eloísa, Magdalena,
Artemisa, Teresa, Safo, Elena,
es emblema ideal de la Mujer!
es idioma sublime, que nos hace
admirar el espléndido tesoro
que misterioso encierra el vaso de oro
que forma el corazón de una mujer.

Canta, porque tu voz es un poema
en que á sentir y amar el alma aprende
es fuego santo que en el pecho enciende
la antorcha que á creer guía y á esperar;
cuando tu voz se agote, Dios entonces
te llamará á su lado nuevamente,
y al darte un beso eterno en la alba frente,
por tí á muchos habrá de perdonar!

JACOBO EDÉN.

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS DEL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE EN CHILE

La expresión del pensamiento hablado ó escrito comprende tres elementos principales, á saber: las palabras, las frases, las figuras.

Cuantos aspiren á transmitir de una manera clara y elegante sus ideas, esto es, á hacerse entender con la menor dificultad posible, y juntamente deleitando á sus oyentes y lectores, han de esmerarse por conseguir el acierto en el empleo de los tres.

Los discursos y los escritos de palabras inadecuadas, de frases viciosas y de adornos impropios pueden proponerse la revelación y la demostración de verdades muy importantes y muy sublimes; pero serán entendidos y estimados sólo por un escaso número de personas, y no producirán la abundancia de frutos que debieran.

Esto es incontestable.

La expresión indebida del pensamiento á causa, sea de las palabras mal usadas, sea de las frases mal cons-

truídas, sea de las figuras mal inventadas, peca comunmente por oscura y por desagradable, y quizá por ambos defectos á la vez.

Mientras tanto, hay individuos, no sólo del rebaño vulgar, sino de la más encumbrada categoría literaria que miran con desdén este anhelo de la elocución correcta.

El ilustre literato y estadista español don Antonio Cánovas del Castillo escribe, en la obra titulada El Solitario y su tiempo, tomo I, capítulo 4, lo que va á leerse:

"No perteneció Estébanez, quizá por genialidades suyas, que no por olvido de la docta corporación, á nuestra Real Academia Española; pero es también hora de proclamar altamente que nadie á pertenecido á ella desde su fundación con mayores títulos. Y eso que si cualquier Clemencín de menor cuantía quisiera aplicar á la prosa de El Solitario el género de trivial y tantas veces dudosa crítica con que aquel implacable gramático comentó el Quijote, no perdería de seguro el tiempo, si es que cabe no perderlo en tareas semejantes. Estébanez no había aprendido la lengua castellana en Salvá, ni los gramáticos de su especie. Habíala aprendido en gran parte estudiando al propio Cervantes; y así como participa mucho de su mérito y sus bellezas, nada de extraño tendría que se le declarara partícipe en sus faltas, si por ventura lo son las más que se atribuyen al mayor de nuestros prosistas y de nuestros ingenios. Habíala aprendido de igual modo en las dos primeras Celestinas, á las cuales añadió él una más, que, aunque breve, compite con ellas, y forma parte de las Escenas Andaluzas; así como en El Lazarillo de Tormes, en El Gran Tacaño, en

El Día de fiesta de Zabaleta, y otros modelos por el estilo, felizmente libres del cautiverio y tormento de la gramática fría, pobre, sujeta á rigor matemático, que tiende á imponerse á todos en nuestros días, instrumento ajustado y útil sin duda para tratar con exactitud los negocios; pero incapaz de ofrecer expresión propia y suficiente al estro de aquellos ingenios que nacen para contribuír á la creación de una lengua, dilatarla y abrir en ella nuevos derroteros por donde se descubran ignorados tesoros, tales como Cervantes, Quevedo y el propio Estébanez, que, por compañero digno de ellos sería tenido, á haber vivido en días más lejanos.

«Ha dicho, y no sin razón, don Juan Valera, aquel de sus discípulos que, á no dudar, le sigue más de cerca en el colorido y riqueza del estilo festivo, y aún en la destreza para pintar costumbres nacionales, que nuestro *Solitario* está limpio del culteranismo del siglo XVII, y del latinismo exajerado del anterior. De aquí proviene que el escritor á quien más especialmente se asemeje, y por de contado con gran provecho, sea á Cervantes. Asimismo es cierto, como observa atinadamente Valera, que no tan sólo trató de resucitar en el lenguaje ahora hablado mucho de lo bueno que en él había antes del siglo XVIII, sino que trajo á la lengua escrita y literaria giros, frases y vocablos nueva y directamente tomados de boca del pueblo, con todo su sabor rancio y generoso, siguiendo en ello las huellas de los grandes maestros del decir en todas partes. Mas, con todo eso, así como no imitó á Quevedo, por ejemplo, en el culteranismo, tampoco le siguió en el exceso de acarrear bajas palabras y frases á la lengua literaria. Ni como él inventó por centenares los vocablos, sin otra razón que la de la

conveniencia, aunque tal cual vez formase igualmente algunos, no tanto por necesidad, cuanto por bizarría y gracejo.»

Soy el primero en acatar los incuestionables títulos literarios del insigne autor de cuya pluma ha salido el precedente trozo; pero, por los fundamentos que paso á exponer, no puedo aceptar la doctrina que en él se expone.

Don Antonio Cánovas del Castillo reconoce que las reglas gramaticales son útiles sin duda para tratar con exactitud los negocios.

¡Sea en hora buena!

Permítaseme llamar la atención sobre un punto, á mi juicio, sustancial, en la cuestión que voy dilucidando.

Me parece que los individuos de la raza española no tenemos dos idiomas diferentes; el uno para los asuntos ordinarios, y el otro para los literarios.

Indudablemente ha de haber, y con efecto hay ciertas diferencias accidentales entre el lenguaje común y vulgar, y el oratorio y poético; pero las reglas relativas al uso de las palabras y á la coordinación de las frases son unas mismas en ambos.

Las reglas gramaticales, según el señor Cánovas del Castillo, no ofrecen expresión propia y suficiente al estro de aquellos ingenios que nacen para contribuír á la creación de una lengua, dilatarla y abrir en ella nuevos derroteros por donde se descubran ignorados tesoros.

Puedo equivocarme; pero entiendo que la precedente aseveración se funda en una verdadera confusión de ideas, que es fácil desembrollar.

Hay reglas y reglas.

Las que pueden llevar al resultado que el señor Cánovas del Castillo indica son falsas y absurdas.

No deben de ninguna manera respetarse.

Pero existen otras cuya observancia, lejos de tender al menoscabo y á la corrupción de la lengua, ejercen la más incontestable y benéfica influencia en su incremento y perfección.

En estas materias, como en muchas otras, lo más conveniente es aclarar las opiniones con ejemplos.

Voy á escoger los míos en la obra más admirada y más admirable de la literatura española: DON QUIJOTE DE LA MANCHA; y advierto que tomo, entre muchos otros, los primeros que encuentro.

En la parte 1.ª, capítulo 33, se lee:

«Pensarás, amigo Lotario, que á las mercedes que Dios me ha *hecho* en *hacerme* hijo de tales padres como fueron los míos, y al darme, no con mano escasa los bienes así los que llaman de naturaleza, como de fortuna, no puedo yo corresponder con agradecimiento que llegue al bien recibido, y sobre todo el que me *hizo* en darme á tí por amigo y á Camila por mujer propia, dos prendas *que las* estimo, si no en el grado que debo, en el que puedo.»

Don Diego Clemencín dice comentando este pasaje:

«Redunda el pronombre *las*, y no es la primera vez que se encuentran estas superfluidades en el QUIJOTE. Sin salir de esta novela del CURIOSO IMPERTINENTE, ni aun de este capítulo, hablándose de un cuento de Ariosto se dice:—aquel simple doctor... que hizo la prueba del vaso, *que*, con mejor acuerdo se excusó de *hacerla* el prudente Reinaldos.—Y en el capítulo siguiente:—todo esto ha dicho una criada de Camila *que* anoche *la* en-

contró el gobernador descolgándose... por las ventanas. —Otras varias redundancias de este jaez se notan en Cervantes, y generalmente en los escritores de aquel tiempo.»

En la parte 1.ª, capítulo 43, se lee:

«No debéis dar culpa á este miserable andante caballero á quien tiene amor imposibilitado de poder entregar su voluntad á otro *que* aquella *que* en el punto *que* sus ojos la vieron *la* hizo señora absoluta de su alma.»

Clemencín, comentando este pasaje, donde Cervantes comete, entre otras, una incorrección análoga á la de la frase anterior, dice:

«Suprimiendo el pronombre que precede á *hizo*, queda llana y corriente la oración, que así está mal, porque dentro de ella hay dos pronombres para indicar una sola persona: el relativo *que*, y el personal *la*. Aún estuviera mejor usándose del relativo *quien*:—á aquella á *quien*, en el punto que sus ojos la vieron, hizo señora absoluta de su alma.—»

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

(Continuará)

TRADICIONES DE LA PATRIA VIEJA

I

EL CLARÍN DE CANTERAC

¡Recio batallar el de las caballerías patriota y realista en Junín!

¡Un solo pistoletazo (que en Junín no se gastó más pólvora), y media hora de esgrimir lanza y sable!

Combate de centauros más que de hombres.

Canterac, seguido de su clarín de órdenes, recorría el campo, y el clarín tocaba incesantemente *á degüello.*

Ese clarín parecía tener el dón de la ubicuidad. Se le oía resonar en todas partes: era como la simbólica trompeta del juicio final.—"Á la izquierda, á la derecha, en el centro, á retaguardia, siempre el clarín. Mientras él resonara no era posible la victoria. El clarín español, él solo mantenía indeciso el éxito." *(Capella Toledo.)*

Necochea y Miller enviaron algunas mitades, en direcciones diversas, sin más encargo que el de hacer enmudecer ese maldecido clarín.

Empeño inútil.

El fatídico clarín resonaba sin descanso, y sus ecos eran cada vez más siniestros para la caballería patriota, en cuyas filas empezaba á cundir el desorden.

Necochea, acribillado de heridas caía del caballo, diciendo al capitán Herrán (después general y presidente de Colombia):

—Capitán, déjeme morir; pero acalle antes ese clarín.

Y la caballería realista ganaba terreno; y un sargento Soto (limeño, que murió en 1882 en la clase de comandante) tomaba prisionero á Necochea poniéndolo á la grupa de su corcel.

Puede decirse que la derrota estaba consumada. El sol de los Incas se eclipsaba y la estrella de Bolívar palidecía.

De pronto cesó de oirse el atronador, el mágico clarín. ¿Qué había pasado?

Un escuadrón peruano, de reciente formación, *recluta*, digámoslo así, al que por su impericia había dejado el general relegado, carga bizarramente, por un flanco y por retaguardia, á los engreídos vencedores, y el combate se restablece. Los derrotados se rehacen, y vuelven con brío sobre los escuadrones españoles.

Necochea se reincorpora, y dice al pelotón de soldados realistas que lo conducían prisionero:

—¡Victoria por la patria!

—¡Victoria por el Rey! contesta el sargento Soto.

—¡No! insiste el bravo argentino. Ya no se oye el clarín de Canterac: están ustedes derrotados.

Y así era, en efecto. La tornadiza victoria se declaraba por la patria y Necochea era rescatado.

El capitán Herrán había logrado tomar prisionero al

infatigable clarín de Canterac, y en el mismo campo de batalla se lo presentaba rendido al general Necochea. Este, irritado aún con el recuerdo de las recientes peripecias ó exasperado por el dolor de las heridas, dijo lacónicamente:

—Que lo fusilen...

—General... observó Herrán, interrumpiéndolo.

—Ó que se meta á fraile—añadió Necochea como complementando la frase.

—Mi general, me haré fraile—contestó precipitadamente el prisionero.

—¿Me empeñas tu palabra?—insistió Necochea.

—La empeño, mi general.

—Pues estás en libertad. *Haz de tu capa un sayo.*

Terminada la guerra de independencia, el clarín de Canterac vistió, en Bogotá, el hábito de fraile en el convento de San Diego.

La historia lo conoce con el nombre de—*el Padre Tena.*

II

EL SECRETO DE CONFESIÓN

Há pocos meses tuve la visita del padre prefecto de los crucíferos de San Camilo de Lelis, quien me mostró una tarjeta fotográfica que de Roma le enviaban, en la cual se veía un sacerdote de la orden de agonizantes, acostado en un ataúd, y á cuatro soldados disparando sobre él sus fusiles. En el fondo del cuadro alzábanse las almenas de un castillo y la torre de honor sobre la que flameaba el pabellón de España, viéndose en lontananza el mar, una isla y navíos anclados cerca de ésta.

Pidióme el padre prefecto, por encargo de su general en Roma, datos sobre el suceso representado en la tarjeta, el que, según la carta, acaeció en el Perú. Fruto de mis investigaciones es la tradición que va á leerse:

Fray Pedro Mariluz nació en Tarma por los años de 1792, y pertenecía á familia que gozaba de holgada posición. Educóse en el noviciado de los crucíferos de Lima, y en 1817 recibió las órdenes sacerdotales.

Empezaban ya en el Perú á calentarse las cosas políticas, y estábamos en vía de independizarnos. La moda era ser patriota. Pero Fray Pedro era refractario á ella. Para él los patriotas no eran sino propagadores de la herejía y excomulgados vitandos. El Padre Mariluz era más realista que el rey.

Cuando en julio de 1821 abandonó La Serna la capital, dejando á San Martín expedita la entrada en ella; fué el Padre de la Buenamuerte uno de los que, para no someterse á la autoridad del nuevo régimen, siguieron al ejército español. El virrey lo nombró capellán de una de las divisiones, y con este carácter estuvo en la sorpresa de la Macacona y en otras acciones de guerra.

Posesionado el brigadier don Ramón Rodil de los castillos del Callao, vino á unírsele el Padre Mariluz con el carácter de vicario castrense.

Destruído el poder militar de España en la batalla de Ayacucho y sitiado el Callao por los vencedores, el padre Mariluz se resistió á abandonar al castellano del Real Felipe.

Pero, en septiembre de 1825, después de nueve meses de asedio y de diario resonar de los cañones, la escasez

de víveres y el escorbuto, empezaron á introducir el desaliento entre los sitiados. La conspiración estaba ya en la atmósfera.

Atardecía el 23 de septiembre, víspera del solemne día consagrado á la Virgen de Mercedes, cuando tuvo el brigadier denuncio de que, á las nueve de la noche, estallaría una revolución en forma, encabezada por el comandante Montero, el más prestigioso de los tenientes de Rodil. Los hombres de más confianza para éste figuraban entre los comprometidos.

Rodil, sin pérdida de minuto, procedió á apresarlos; pero, por más esfuerzos y ardides que empleara, no consiguió arrancarles la menor revelación. Negaron obstinadamente la existencia del complot revolucionario. Entonces el brigadier, para ahorrarse quebraderos de cabeza, resolvió fusilar á todos, justos y pecadores, á las nueve de la noche, precisamente á la hora misma en que se habían propuesto los conjurados amarrarlo ó aposentarle cuatro onzas de plomo entre pecho y espalda.

—Padre vicario, dijo Rodil, son las seis, y en tres horas me confiesa su paternidad á estos insurgentes.

Y salió de la Casa-Mata.

Á las nueve, los trece sentenciados estaban ante la presencia de Dios.

Hubo esta noche un drama conmovedor. El comandante Montero contrajo matrimonio, una hora antes de ser fusilado, con una bellísima joven, que era ya viuda y virgen. Su primer matrimonio fué en el Cuzco con un capitán español, que á pocos instantes de recibida la bendición nupcial, dió un beso en la frente á su esposa y montó á caballo para morir en el campo de batalla, ocho días más tarde. La muerte asistía siempre á las

nupcias de esta joven. Como el del primer esposo, el beso de Montero fué también el beso del moribundo.

Las dos veces viuda y siempre virgen, tomó el velo de monja en un monasterio de Lima. Hay, entre mis lectores, no pocos que la han conocido, pues su fallecimiento es de fresca data.

Algunos de los trece fusilados dejaban esposa, madre ó hermana en el castillo. Rodil las hizo subir á los baluartes ó muros, y por medio de cuerdas las descolgó á los fosos, para que se encaminasen al campamento patriota de Bellavista con la noticia de la manera tan feroz como expeditiva con que él sabía desbaratar revoluciones.

Y en efecto: tan terrorífica impresión produjo entre los suyos este acto de neroniana ejemplarización militar, que nadie, en los cuatro meses más que duró el sitio, volvió á pensar en conspirar para deshacerse del tigre.

Pero, á pesar del severísimo castigo, Rodil no las tenía todas consigo.—¿Quién sabe (decíase) si habré dejado con vida á otros tan comprometidos ó más que los fusilados? ¡No! Pues yo no me acuesto con el entripado adentro!—El confesor ha de saber lo cierto, y con puntos y comas. ¡Ea! que me llamen al padre vicario.

Y venido éste, encerróse con él Rodil, y le dijo:

—Padre, es seguro que, en la confesión, le han revelado á usted esos pícaros todos sus planes y los elementos con que contaban.

Eso necesito yo también saber y, en nombre del rey, exijo que me lo cuente usted todo sin omitir nombres ni detalles.

—Pues, mi general, usía me pide lo imposible, que yo no sacrificaré la salvación de mi alma revelando el se-

creto del penitente, así me lo intimara el mismo rey, que Dios guarde.

La sangre se le agolpó á la cabeza al brigadier, y, abalanzándose sobre el sacerdote, lo sacudió de un brazo gritándole:

—¡Fraile! Ó me lo cuentas todo ó te fusilo.

El padre Mariluz, con serenidad verdaderamente evangélica, le contestó:

—Si Dios ha dispuesto mi martirio, hágase su santa voluntad. Nada puede decir á usía el ministro del altar.

—¿No hablarás, fraile, traidor á tu rey, á tu bandera y á tu jefe superior?

—Soy tan leal como usía á mi soberano y al pabellón de Castilla; pero usía me exige que sea traidor á Dios... y me está prohibiendo obedecerle.

Rodil, despechado, corrió el cerrojo y gritó:

—¡Hola! capitán Iturralde... ¡Aquí, cuatro *budingas* con bala en boca.

Y los *budingas*, que así denominaban á los rezagos de de los ya casi extinguidos *talaverinos*, se presentaron inmediatamente.

En la habitación donde tan terrible escena pasaba, había varios cajones vacíos; y entre ellos uno que medía cerca de dos varas.

—De rodillas, fraile, rugió más que dijo la fiera del Castillo.

Y el sacerdote, como si presintiera que el cajón le estaba preparado para ataúd, cayó de hinojos junto á él.

—¡Preparen! ¡Apunten!—mandó Rodil, y volviéndose á la víctima, le dijo con voz imponente:

—Por última vez, en nombre del rey, le intimo que declare.

—En nombre de Dios me niego á declarar, contestó el crucífero, con acento débil, pero reposado.

—¡Fuego!

Y fray Pedro Mariluz, noble mártir de la religión y del deber, cayó destrozado el pecho por las balas.

RICARDO PALMA.

CERVANTES EN ARGEL

ACTO TERCERO

La escena figura una cueva subterránea cuyo techo es cóncavo y semi-ovalado su fondo. En éste, un tanto hacia la derecha, la baja y oscura boca que da acceso á ella y que deja en descubierto un estrecho pasillo que va subiendo gradualmente y torciendo hacia la derecha.

Repartidos en desorden por el piso algunos asientos muy ordinarios, asimismo un buen número de almohadas viejas y en gran manera estropeadas.

Arrimados á los macizos de la cueva, diversos utensilios, los cuales sirven para la comida y bebida de los asilados en ella. Igualmente algunas botijas de madera para depósito de agua para la bebida.

Diversas y miserables prendas de vestuario y de abrigo colgadas por las paredes.

La escena alumbrada por varios hachones de resina, uno de los cuales está colocado cerca de la entrada del subterráneo; hachones cuya luz pálida y vacilante deja en penumbra la mayor parte de la cueva.

Heno seco de cama de los asilados.

ESCENA PRIMERA

TOLEDO, MENESES, QUEZADA, NAVARRETE Y VARIOS CABALLEROS ESPAÑOLES

(*Unos están sentados ó en los banquillos ó en las almohadas, á usanza turca. Otros de pie y alguno recostado sobre un montón de heno que le sirve de colchón. Toledo, Navarrete, Meneses y Quezada, están de pie. El último en actitud sombría, algo separado de los otros, arrojando de vez en cuando miradas de odio y rabia á Toledo, Navarrete y demás.*)

TOL. Miro otra vez, con ánimo afligido,

(*Con expresión de reproche y pesar.*)

á la discordia levantar, sonriendo
con mofa cruel, su lívido semblante,
sobre el cual don Miguel arrojó un velo
con su presencia aquí y con sus palabras;
perdiéndose va de ellas el efecto.

(*Amargamente. Leve pausa. Transición.*)

Á vos toca la guardia, Navarrete,
del subterráneo en el pasillo estrecho.
Id, que la centinela que allí se halla
debe de estar ansiosa de relevo.

NAV. Voy, don Antonio, voy. Mas, ante todo,

(*Con entereza, lanzando á Quezada miradas de duro reproche y desprecio.*)

permitidme que exprese mis deseos.
Si dudo un punto de las buenas partes
del señor de Cervantes, de su aliento *(m)*
puesto al servicio de nosotros todos
para llevarnos al nativo suelo,
que al instante perezcan mis sentidos:
que se nuble mi vista y quede ciego,
que mis oídos nieguen todo paso
á las voces y ruidos... hasta al trueno!
Que mi diestra se seque y mi garganta
en acíbar convierta cuanto bebo!

(*Va levantando el tono de la voz á medida que va haciendo el terrible juramento. Aparece á la entrada de la cueva, Osorio.*)

ESCENA II

TOLEDO, MENESES, QUEZADA, NAVARRETE, OSORIO, CABALLEROS

TOL. ¿Qué os trae, Osorio?
(*Con viveza.*)

OSOR. Ved, señores míos,
(*Con voz pausada y entonación baja, de propósito.*)
y aquesto en bien común os recomiendo,
el modo de acallar tantos rumores.
(*Dirigiéndose á Navarrete.*)
Resuena poderoso vuestro acento
hasta en la boca misma de la cueva,
sargento Navarrete.
(*Hablando con todos.*)
Más silencio
fuerza es guardar, no sea que discurra,
por desdicha, un infiel por los senderos
que pasan sobre el antro, oiga las voces
y...

NAV. Osorio, la advertencia os agradezco.

OSOR. Torno, pues, á la guardia.
(*Uniendo la acción á la palabra.*)

NAV. No, quedaos;
que me ha llegado el turno y os relevo.

OSOR. Id, pues, con Dios.
(*Volviéndose.*)

NAV. Él sea con vosotros...
(*Marchándose. Al llegar á la boca de la cueva se vuelve y dice con tono firme.*)
¡En cuenta mis palabras tome el cielo!...
(*Desaparece.*)

ESCENA III

TOLEDO, MENESES, QUEZADA, OSORIO, CABALLEROS

(*De aquí en adelante el diálogo se sigue poniendo los interlocutores su cuidado en que sea tan bajo cuanto sea necesario para que el ruido de las voces no traspase los límites de la cueva.*)

TOL. Vuelva al ánimo inquieto la apacible
calma, y todos unidos, aguardemos
las solemnes promesas de Cervantes,
que han de tener seguro cumplimiento.

(*Con verdadero convencimiento de lo que dice. Pausa leve.*)

No fuera yo quien soy, y á mengua hubiera
llamarme don Antonio de Toledo, *(n)*
nacido del linaje de los de Alba,
duques cuyo blasón es limpio espejo,

(*Con legítimo orgullo.*)

si por falso tuviera al gran soldado *(ñ)*
que en Lepanto nos dió notorio ejemplo
de cómo cumple el hombre bien nacido
sus deberes de noble y caballero.

(*Entusiasmándose más y más á medida que habla.*)

¡No puede ser villano quien se lanza
del proceloso mar en el imperio
en pos de las banderas de la patria,
á teñirlas con sangre de su cuerpo!

(*Como indignado de que se puedan olvidar, por un solo instante, las acciones de Cervantes.*)

¡Ni puede ser malvado el que, en la hora
de la batalla, mal traído, enfermo,
no obedece mandatos ni oye súplicas
que retenerle quieren en el lecho;

y, apoyado en las fuerzas de su honra,
corre á donde las balas buscan pechos
en que saciar su encarnizada furia,
lanzando al mar cadáveres por cientos!...

(*Creciendo en entusiasmo.*)

¡Ni puede ser traidor el que en la lidia,
con dos arcabuzazos en su pecho
y la siniestra mano destrozada,
aún fulmina en la diestra el crudo acero!...
hasta que en cruenta rota el adversario,
cubriendo el mar los mutilados restos
de la deshecha gente, halla en la fuga
al repentino espanto vil remedio!...

(*Como triunfante con la vindicación que hace del amigo y por los soberbios sucesos que evoca su memoria, sucesos que conmueven placentera y vivamente su corazón de español y de soldado.*)

¡Tal es Cervantes!... Mas ¿á qué prosigo?...

(*Transición violenta y rápida, con perfecta frialdad y como fastidiado consigo mismo.*)

Como á nadie enaltécenle sus hechos!...

OSOR. ¡Ah! Miguel de Cervantes!...

(*Con gratitud.*)

¡Y hay ingratos

(*Con desaliento y tono de duro reproche.*)

que olvidan á tal punto vuestros méritos
que creen ser por vos abandonados,
sabiendo cuáles son vuestros intentos!...

MEN. ¡Osorio...

(*Con tono de súplica.*)

No tratéis tan duramente
á quienes más delito no tuvieron

que sus propias desdichas, acrecidas
por siete largos meses de este encierro!... *(o)*

(*Con amargura.*)

¡Ingrato yo!... Jamás!...

(*Con entereza.*)

Pude un instante,

(*Con pesadumbre.*)

dejándome llevar del desaliento
á que mis muchos males me condenan,
dudar del buen Cervantes... Pero luego,

(*Con grandeza de alma.*)

ahogando la razón mis desvaríos,
más nobles para mí sus actos fueron!...

(*Con sinceridad.*)

OSOR. ¡Amigo leal!...

(*Alegremente, yendo hacia él y estrechándole la mano con cariño.*)

¡Ahora os reconozco!

(*Todos los caballeros se muestran muy satisfechos y conmovidos con la noble reconciliación.*)

UN CAB. Vos... ¿qué decís, Quezada?...

(*Con mal encubierta ironía.*)

QUEZ. Oigo y espero.

(*Con brusca sequedad. Dando la espalda.*)

OSOR. ¡Sois vos el Dorador, que arrepentido *(p)*
de haber un día renegado!...

(*Con amargo reproche y como en el colmo de la sorpresa por su conducta. El Dorador lo interrumpe agriamente.*)

QUEZ. ¡Cierto!...

OTRO CAB. ¡Porfiado andáis!...

QUEZ. ¡Tal vez!...

(*Con desprecio.*)

TOL. Callad, amigos,

(*Con ligereza, viendo de nuevo llegar la tormenta.*)

un día llegará y verán los ciegos...

OSOR. Sí, por mi santiguada, don Antonio,
habláis como profeta.

TOL. Y será presto,

según lo que nos dijo el buen Cervantes.

(*Á término de lo que dice Toledo, llega Cervantes seguido de Navarrete y Aidar, y alcanza á oír las últimas palabras, á lo que responde.*)

ESCENA IV

CERVANTES, TOLEDO, MENESES, QUEZADA, OSORIO, NAVARRETE, AIDAR, CABALLEROS

(*Durante toda la primera parte de la presente escena, Quezada permanece completamente ajeno de ella, sin tomar parte la que menor en el diálogo, aun cuando todos á una digan algunas palabras. La última parte es la que tan sólo llama su atención. Sin embargo, en sus movimientos silenciosos deja comprender que sigue atentamente el curso de la conversación. Por otro lado, los interlocutores, preocupados con el giro de sus propias ideas, no se fijan en él hasta el momento en que habla.*)

CERV. Con que vos me nombréis honrado quedo.

(*Con caballerosidad, contestando las palabras que oye á Toledo, al penetrar en la cueva.*)

TODOS ¡Cervantes!

(*Con alegría, volviéndose apresuradamente hacia él.*)

CERV. Criado vuestro, amigos míos,
que con el suyo paga vuestro afecto.

TOL. ¡Siempre galante y siempre generoso!

(*Tendiéndole la mano.*)

CERV. Si honra me dais nombrándome, Toledo,
daréisme mucha más si me dais gusto

en no seguir en lo que vais diciendo;
que no parece digna la alabanza
en presencia del hombre della objeto.

TOL. ¿Y qué fortuna os trae hacia nosotros,
humildes hijos de la tierra adentro?
¿La próspera ó la adversa?

CERV. Amigos míos,
nuevas os traigo que os darán contento.

TODOS ¿Qué decís?

(*Con alegría y ansiedad al mismo tiempo.*)

MEN. ¿Tendrán fin nuestras miserias?

(*Con apresuramiento.*)

VAR. CABS. ¡Hablad, hablad!...

(*Muy sobreexcitados.*)

OSOR. ¿Acaban nuestros duelos?

(*Con prontitud.*)

OTR. CABS. ¿Qué nuevas?...

(*Como los primeros.*)

TOL. Reportaos.

(*Procurando serenarlos.*)

NAV. ¿Las desdichas
de los pobres cautivos miró el cielo
con ojos de piedad?...

(*Toda esta parte de la escena con la mayor presteza posible y casi atropellándose en el hablar unos á otros los cautivos.*)

CERV. Vuelva la calma
al ánimo vehemente. Estadme atentos.

TODOS ¡Hablad, hablad!...

MEN. ¡Que son eternidades
los más breves instantes de silencio!...

(*Con suma vehemencia y agitación.*)

CERV. Cuando estuve no há mucho con vosotros
en el recinto de esta cueva, viendo
cómo pone los ánimos la duda
de poder escapar al cautiverio,
cuando á los ojos de la triste mente
la libertad con sus encantos bellos
retratada se mira hora por hora,
llegando á ser el suspirado objeto
de todas las potencias y sentidos,
principio y fin de todo pensamiento;
luego que ví marchita la esperanza
y en vuestra alma la angustia y los recelos...
no quise, amigos míos, reanimaros
de esa esperanza los dorados sueños
con sucesos, si gratos, inseguros,
por no estar yo en persona impuesto dellos...
porque si ya anunciados á vosotros
resultaran ser falsos, vuestro duelo
con ser ilimitado diera espanto,
el gozo repentino una vez muerto.

MEN. ¡Entonces ahora!...
(*Sin poder dominar su ansiedad.*)

CERV. Ahora, amigos míos,
(*Con voz solemne.*)
vuestras voces se eleven al Eterno
en acciones de gracias repetidas
por las noticias que de daros tengo.
(*Crece entre los asilados la agitación y la vehemencia.*)

VARIOS ¡Decid!...

OTROS ¿Qué hay?

TOL. ¿Qué noticias?
(*Con tono reposado.*)

MEN. ¡Pronto!... pronto!
¡Hablad ya, que la espera es un tormento!...

CERV. Cercano de las próximas riberas,
á la capa se está un barco velero
donde puedan los míseros cautivos,
libres surcar las ondas del Tirreno!...

(*Los caballeros experimentan inmenso júbilo.*)

VARIOS ¡Dios santo!...

TOL.
OSOR.
NAV. } ¡Libertad!

OTROS ¡Cielos clementes!...

(*Levantando sus brazos al cielo.*)

CERV. ¡Libres surcar, llevados por el viento,

(*Con entusiasmo y muy conmovido al mirar el júbilo de sus compañeros.*)

la inmensidad del mar, fijos los ojos
del horizonte en el lejano velo
por descubrir las anheladas playas,
adormecidas al arrullo eterno
del mar, y sus rumores misteriosos,
ciñendo de la patria el grato suelo!...
¡Libres surcar las extendidas aguas
rumbo tomando en dulce arrobamiento
hacia tí, noble España, patria mía!...
¡perpetua aspiración del prisionero!...
¡Libres surcar las movedizas ondas,
atrás dejando el argelino suelo,
y cayendo de hinojos, patria amada,
alzar á Dios, desde tu puro seno,
de gratitud inmensa una plegaria
besando el polvo en lágrimas deshechos!

TODOS ¡Libertad!... ¡Libertad!...

(*En medio de transportes de desmedido gozo.*)

NAV. ¡Gloria á Cervantes!...

TODOS ¡Sí!... ¡Gloria! ¡Gloria!...

CERV. ¡Amigos!... No merezco
semejante homenaje!...

(*Señala á Aidar.*)

Ved delante
á quien ha secundado mis proyectos.

TODOS ¡Aidar!

(*Haciéndole mil manifestaciones de cariño que recibe sumamente conmovido.*)

TOL. ¡Oh, buen Aidar!... Eternamente
nuestra fiel amistad será tu premio!...

AID. ¡Qué más puede desear el sin ventura

(*Permitiéndole su enternecimiento hablar apenas.*)

que renegó del Dios de sus abuelos!...
¡No! ¡Ya no soy Aidar!...

(*Transición.*)

Regenerado, *(q)*
mi nombre es Juan, que el nombre moro dejo!...

(*Con desprecio de él.*)

TOL. ¡Oh, don Miguel! ¡oh, Juan! ¡oh, amigos todos!

(*Con verdadera unción religiosa.*)

¡bendito sea Aquél que desde el cielo
nos da la libertad!

TODOS ¡Bendito sea!

CERV. ¡Gloria al Supremo Sér!

TODOS ¡Gloria al Inmenso!

CERV. Él nos saque con bien, en adelante,
de los peligros que temer debemos

hasta pisar la tierra de la patria
y en el soñado hogar tranquilos vernos.

(*Pausa breve.*)

Pocos instantes más y os diré: "Amigos,
partamos, que ha llegado ya el momento".
Antes será preciso á los del barco
enviarles con sigilo un mensagero,
á fin de que por medio de la seña
de antemano escogida, un leve fuego
encendido en la costa, á ella se acerquen;
que el barco, para no ser descubierto
se mantiene algo lejos de las playas.

(*Se dirige á Aidar.*)

Amigo, este mensaje á tí encomiendo,
sabrás desempeñarlo á maravillas,
como tienes costumbre. Torna presto.

AID. Descuidad, don Miguel.

(*Con satisfacción. Va á marcharse, cuando, oyendo á Quezada, se detiene.*)

QUEZ. Yo te acompaño.

(*Dirigiéndose á la salida.*)

TODOS ¡Vos, Quezada!

(*Unos sorprendidos, otros enojados.*)

QUEZ. Sin duda.

NAV. ¡Torpe empeño!...

(*Con mucha indignación.*)

QUEZ. ¡Tened la lengua vil!...

(*Furioso.*)

CERV. ¡Paz!

(*Con severidad, interponiéndose entre ambos.*)

TOL. ¡Todavía!

(*Con amargo reproche.*)

VARIOS ¡Quedaos!...

(*Á Quezada, con autoridad.*)

OTROS ¡Sí!

(*Apoyando á los primeros.*)

CERV. ¡Aguardad!

(*Á los caballeros; en seguida se vuelve á Quezada y le dice:*)

Quezada, os ruego
que dejéis tal empresa.

QUEZ. Permitidme

(*Con firmeza, pero sin brusquedad.*)

que no os dé gusto.

TODOS ¡Cómo!...

(*Muy indignados.*)

QUEZ. Estoy resuelto...

CERV. Id, pues, amigo mío. La fortuna
sea en todo propicia, mensajeros!

(*Vanse Aidar y Quezada.*)

ESCENA V

CERVANTES, TOLEDO, MENESES, OSORIO, NAVARRETE, CABALLEROS

TOL. Y lo animáis, Cervantes.

CERV. Don Antonio,
es hombre veleidoso y descontento;
y es sin duda más cuerdo darle gusto
que tratar de oponerse á sus intentos.

(*Pausa. Transición. Toma un tono grave.*)

Oídme, amigos todos; debo abriros

mi corazón; deciros el secreto
que en él se guarda, en el solemne instante
en que á partir estamos ya dispuestos.

TOL. Calladlo, don Miguel, que vuestros actos

(*Con viveza.*)

puros y nobles son con serlo vuestros.

CERV. ¡Toledo, bien mostráis vuestro linaje
en eso que decís! Gracias, Toledo.

(*Le estrecha la mano con efusión.*)

Mas no, tengo de hablar, que ante vosotros
quiero hacer un solemne juramento.

(*Pausa breve.*)

De la tierra de Argel se irá conmigo,
si es que la adversa suerte al fin vencemos,
una mujer.

TODOS ¡Una mujer!

(*Maravillados.*)

CERV. Halima.

TODOS ¡La hija del Bajá!

(*Más sorprendidos.*)

CERV. Lo estáis oyendo.

TOL. ¡Afortunado caso!

CERV. Ella es, señores,

(*Con voz solemne*)

pura como los ángeles del cielo.
Mi sér encadenado á su albedrío,
llevóse ella tras sí mis pensamentos;
ella es la luz de mi alma, pues que ha sido
el ángel tutelar del prisionero,
que en las sombrías horas de agonía

en su tierna sonrisa hallaba aliento.

(*Pausa leve.*)

Juro á la faz de Dios, ante vosotros,
que en el instante mismo en que pisemos
el suelo de la patria, será Halima
mi legítima esposa... Que si miento
en hondo espanto el cielo me sepulte,
y en el día del juicio postrimero,
para mi eterna, horrible desventura,
me veáis á la izquierda del Excelso!

TOL. ¡Juramento terrible!

CERV. Tal, amigo,
cual cumple al hombre honrado y caballero.
Y ahora, guárdeos Dios.

(*Retirándose.*)

TOL. Él os proteja.

TODOS ¿Os vais?... ¿Os vais?...

CERV. Para tornar muy luego.

(*Desde la boca de la cueva. Vase seguido por el sargento Navarrete que torna nuevamente á ocupar su puesto de guardia, que había abandonado saliendo con Cervantes al comenzar la escena anterior á esta.*)

ESCENA VI

TOLEDO, MENESES, OSORIO, CABALLEROS

TOL. ¡Corazón generoso cual ninguno!

OSOR. ¡Ya en la esperanza nuestro bien es cierto!

(*Con grande alegría.*)

MEN. ¡Es cierta tanta dicha!...

(*Enajenado de placer.*)

UN CAB. ¡Hora deseada,...
al fin sonaste!...
MEN. ¿Estoy despierto ó sueño?...
¡Será posible que en un punto cesen
años de amargo llanto y de tormentos!
OTRO CAB. ¡De qué suerte una voz... una palabra
á angustias sin iguales pone término!...
TOL. ¡Oh, libertad!... Tu mágica grandeza
sólo comprende el pobre prisionero!...
TODOS ¡Libertad!...

(*Como en medio de un éxtasis divino.*)

OSOR. ¡Libertad!... ¡No hay en el alma
ni más precioso ni sublime acento!...
TODOS ¡Libertad!
OSOR. ¡Libertad!... Ciento y cien veces

(*Como arrebatado por el júbilo de su corazón.*)

te aclamarán mis labios y halagüeño
resonará tu nombre en mis oídos,
y aún no será bastante á mi deseo!
TODOS ¡Libertad!
OSOR. ¡Libertad!... ¡Ciento y cien veces
te aclamarán mis labios y otras ciento...
y en vibraciones mágicas tus letras
resonarán en lo hondo de mi pecho!
TOL. ¡Oh, libertad! ¡Tu nombre misterioso
sólo comprende el pobre prisionero!...
MEN. ¡Hijos del alma!... ¡Idolatradas prendas

(*Profundamente conmovido con el recuerdo de su familia. Lo mismo los demás.*)

de mi amor!... ¡Este anciano podrá veros!...
OSOR. ¡Esposa sin ventura, que has pasado

gimiendo en soledad horas sin cuento!...
¡Podré secar tus lágrimas... oh amada!

VARIOS ¡Padres míos!

OTROS ¡Oh, madre!

UN CAB. ¡Dulce objeto
de mi entrañable amor!...

OTRO ¡Hermanos míos!...

TOL. ¡Oh, santa libertad!...

(*Mui conmovido al presenciar las manifestaciones de los demás.*)

¡He aquí el efecto
de tu sublime nombre!...

MEN. ¡Cual solía
penetraré al tranquilo hogar modesto
y estamparán mis hijos uno á uno
sobre mi anciana frente dulces besos!...
¡Al amor de la lumbre oirán mis cuitas,
y cuando abrumen mi alma los recuerdos
aliviarán las penas del pasado
puras caricias de sus labios tiernos!
¡Y después... y después!... Cuando algún día
suene mi hora en el curso de los tiempos
descansaré en la tumba de mis padres,
en un rincón del consagrado suelo;
¡y al lado de sus restos venerandos
en paz reposaré el último sueño!...

TOL. ¡Llorad, llorad, los compañeros míos;
las lágrimas del alma, en el exceso
de su gozo; llorad, que nunca es mengua
tener un corazón sensible y bueno!

(*Todos están profundamente conmovidos. De pronto suenan*

á lo lejos algunos arcabuzazos y todos se extremecen y quedan en un silencio medroso, escuchando atentamente.)

¿Escuchásteis?

TODOS ¡Sí! ¡Sí!

(*Sale apresuradamente el sargento Navarrete.*)

ESCENA VII

TOLEDO, MENESES, OSORIO, NAVARRETE, CABALLEROS

NAV. Señores míos,
suenan arcabuzazos á lo lejos.

TOL. Hasta aquí han resonado.

(*Nuevos arcabuzazos.*)

NAV. ¿Oís?

TOL. ¡Dios quiera
que no haya sido alguno descubierto!

OSOR. ¡Qué cruel incertidumbre!

CABS. ¡Desventura!

(*Están en manifiesta inquietud.*)

TOL. ¿Qué será?... ¿Qué será?..,

(*Con marcada zozobra.*)

NAV. Voime á mi puesto

(*Se retira por el pasillo.*)

ESCENA VIII

TOLEDO, MENESES, OSORIO, CABALLEROS

MEN. ¡Omnipotente Dios!... Que no se frustre
nuestra fuga!... ¡Señor!... Ved que este viejo
quiere morir en la nativa tierra
rodeado de sus hijos!... Ved su duelo!...

(*Pausa breve. Los caballeros escuchan.*)

TOL. ¿Oís el ruido sordo?...

VARIOS ¡Sí!

TOL. Parece
producirlo agitado movimiento...

(*Siguen atentos escuchando. Pausa.*)

OSOR. ¡Oh, maligna ansiedad!...

(*Como acometido por una idea repentina dice con rabia:*)

¡Tal vez Quezada...!

(*Meneses le interrumpe con dolor.*)

MEN. ¡No prosigáis, Osorio!

(*Con acento de ruego. Algunos caballeros que han estado aplicando el oído á las paredes de la cueva con el objeto de percibir más claramente los ruidos exteriores, exclaman de pronto con acento desasosegado:*)

VARIOS ¡Oíd!...

(*Toledo, que ha estado escuchando, les dice:*)

TOL. ¡Silencio!

(*Brevísimo momento de silencio. Llega apresuradamente Cervantes con Halima desmayada en sus brazos y seguido de Navarrete. Halima trae cubierto el rostro por un gran velo negro.*)

ESCENA IX

CERVANTES, HALIMA, TOLEDO, MENESES, OSORIO, NAVARRETE, CABALLEROS

CERV. ¡Agua!...

(*Apresuradamente.*)

TODOS ¡Cervantes!

(*Tranquilizándose algo.*)

CERV. ¡Agua!...

(*Con mayor apremio.*)

TOL. ¡No hay, amigo,
fué toda consumida!

(*Escudriñando algunas botijas.*)

CERV. ¡Caso adverso!...

(*Con sentimiento. Ha depositado suavemente á Halima en tierra y la sostiene estrechada contra su pecho.*)

TOL. Salgo á buscar al punto!

(*Dirigiéndose hacia el pasillo.*)

CERV. ¡Don Antonio!

(*Deteniéndolo.*)

TOL. Mandad.

(*Volviendo.*)

CERV. ¡Vais á la muerte!

TOL. No la temo

(*Con altivez.*)

TODOS ¡Teneos!

TOL. ¡Vive Dios!..

(*Impacientado.*)

CERV. ¡Teneos, digo;
si no por vos, por vuestros compañeros!

(*Don Antonio cede muy á pesar suyo.*)

OSOR. ¿Estáis herido?

CERV. No.

TOL. ¿La hermosa Halima?

CERV. Tampoco.

TODOS ¡Salvos!...

CERV. Sí... ¡gracias al cielo!...

(*Comienza á percibirse un rumor que va aumentando progresivamente.*)

MEN. ¡Oigo un rumor confuso!

(*Sobresaltado.*)

CERV. ¡Los soldados
que se acercan, sin duda!...

CABS. ¡Dios eterno!...

(*Aterrados.*)

CERV. ¡Con frenesí me he visto perseguido!...

MEN. ¡Seremos descubiertos!...

(*Anonadado.*)

VARIOS ¡Descubiertos!...

(*Como el anterior. El ruido sigue haciéndose más y más perceptible.*)

CERV. No temáis. Escuchadme, don Antonio.

TOL. Mandadme.

CERV. Mi tesoro á vos entrego.

(*Señalando á Halima que sigue desmayada.*)

TOL. ¿Qué decís?

(*Sin comprenderle.*)

CERV. Lo que os hablo... Que yo corro
á salvaros, amigos.

TOL. ¡Conteneos!

CERV. ¡Nunca! Corro á entregarme!...

(*Con resolución.*)

TODOS ¡Ah!...

TOL. ¡Empeño vano!...
Que no se detendrán, si entrar os vieron
por la escondida boca de la cueva,
hasta vernos á todos prisioneros.

(*El ruido ha ido aumentando de tal manera que ya se distinguen algunas voces.*)

CERV. ¡Razón tenéis!..

(*Con desaliento y pesar.*)

OSOR. ¡Oh, suerte malhadada!...

NAV. El vocerío crece.

CABS. ¡Oh!...

(*Presas de un temor invencible se mueven agitados en todos sentidos. Meneses está como fuera de sí.*)

NAV. No están lejos.

(*Con calma.*)

OSOR. ¡Os han visto llegar!...

CABS. ¡Desventurados!...

TOL. ¡Tened, por Dios, el ánimo sereno!

(*Toledo, Cervantes, Navarrete y Osorio, son los únicos tranquilos relativamente, sobre todo, los tres primeros nombrados.*)

CERV. ¡Ya todos sois perdidos por mi culpa!...

(*Con hondo sentimiento. Transición. Levanta sus ojos al cielo y dice:*)

¡Al supremo recurso apelaremos!...

(*Elevan sus ruegos al Eterno. El vocerío y tumulto exteriores que han ido creciendo paulatinamente, resuenan por un momento de tal suerte que ya parece verse á los soldados berberiscos penetrar por la oscura boca de la cueva. Pero no sucede así. El ruido va alejándose hasta que desapareee por completo en la distancia. Halima comienza á volver de su desmayo.*)

TOL. ¡Se alejan!

CERV. ¡Sí, se alejan ya!...

TODOS ¡Salvados!...

(*Con infinito contento.*)

HAL. ¡Guardias!... ¡Dalí!...

(*Con terror.*)

CERV. ¡Volved en vuestro acuerdo, señora mía, que salvados somos!...

HAL. ¡Amor mío!... ¡Miguel! ¿dónde me encuentro?

CERV. Ved... Son nuestros amigos... todos juntos en poco más la fuga emprenderemos.

HAL. ¡Oh, Padre!... ¡Padre mío!... ¡Perdonadme!

(*Con dolor.*)

¡La culpa es de mi amor!... ¡Con él no puedo!

(*Con pasión.*)

CERV. ¡Señora, echad de vos la angustia fiera!...
¿Oísme, don Antonio?

(*Á Toledo.*)

TOL. Estoy atento.

(*Acercándose.*)

CERV. ¡Ved aquí mi tesoro!...

TOL. ¡Cual ninguno!

(*Toma respetuosa y galantemente la mano de Halima y la besa.*)

CERV. Si la suerte, á morir...

(*Halima le interrumpe vivamente*)

HAL. ¡Qué estás diciendo!...

CERV. Á morir me condena, sed su guarda.

(*Continuando en hablar á Toledo.*)

TOL. Lo juro por mi fe de caballero.

HAL. ¡Tú morir!... ¡Tú morir!... ¡Nunca! ¡Imposible!
¡Amor mío! ¡Qué horrible pensamiento!...

(*Llega Aidar apresuradamente.*)

ESCENA X

CERVANTES, HALIMA, TOLEDO, MENESES, OSORIO, NAVARRETE, AIDAR, CABALLEROS

AID. ¡Señores! En camino!...

TODOS ¡Aidar!...

AID. Ya todo

prevenido se encuentra. Aprovechemos
las sombras de la noche.

TODOS ¡Sí!

VARIOS ¿Quezada?

(*Como preguntando.*)

AID. Se ha extraviado. ¡Y bien creo que de intento!

TODOS ¡Maldito sea!

NAV. Sí, canalla infame!

(*Con furia.*)

CERV. ¡En la tierra de Argel el postrer ruego

(*Con solemnidad.*)

elevemos á Dios porque nos lleve
libres, amigos, al nativo suelo!...

(*Todos se arrodillan. En este momento aparecen silenciosamente en la boca de la cueva, el Dorador Quezada y Dalí, que mira á los asilados con una sonrisa siniestra y sarcástica, en tanto se los señala el aleve Quezada. En pos de ellos se ven agrupados algunos soldados de la guardia de Azán Bajá.*)

ESCENA XI

CERVANTES, HALIMA, TOLEDO,
MENESES, OSORIO, NAVARRETE, AIDAR, QUEZADA, DALÍ,
CABALLEROS, SOLDADOS

QUEZ. ¡Vedlos!... ¡Soy libre!... Os cobro la palabra.

(*Aparte á Dalí.*)

DALÍ ¡Lo veremos, cristiano, lo veremos!

(*Con malignidad y sarcasmo.*)

QUEZ. ¡Oh!

(*Con un gesto horrible de espanto.*)

DALÍ ¡Guardias! ¡Despachad!...

(*Dando un grito feroz de satánica alegría. Los soldados se arrojan sobre los asilados. Los caballeros, locos de terror corren por todas partes. Toledo y los otros se resignan. Además de los soldados que se arrojan sobre los asilados hay algunos otros que se forman cerrando la salida. Quezada desaparece desde el principio y Aidar aprovecha la confusión para escapar.*)

TODOS ¡Perdidos somos!...

HAL. ¡Ai, Miguel!...

(*Dando un grito ahogado.*)

NAV. ¡Rabia y muerte!...

(*Se cruza de brazos.*)

CABS. ¡Santos cielos!...

CERV. ¡Sois la hija del rey!... ¡Tomad Halima!

(*Bajo, infundiéndole el valor de su gerarquía. Rapidísimo. Le da un puñal que lleva. Halima, como animada de supremo valor con las palabras de su amado, coge el puñal y exclama:*)

HAL. ¡No llegará Dalí á tocar mi cuerpo!...

DALÍ ¡El Estropeado! ¡Atadlo! ¡El Estropeado!...

(*Los soldados se detienen inciertos y medrosos, hasta que azuzados por el mismo Cervantes, se arrojan á él que no opone resistencia.*)

CERV. ¡Parece que este nombre os pone miedo!

(*Sonriéndose irónicamente.*)

HAL. ¡Paso á la hija de Azán!

(*Poniéndose en medio de la escena, vuelta hacia los soldados que guardan la salida y levantándose el velo con majestad.*)

DALÍ ¡Halima!

(*Con un gesto feroz de triunfo.*)

HAL. ¡Paso!...
¡Paso á la hija de Azán! ¡de vuestro dueño!...

(*Los soldados abren calle en el acto, inclinándose reverentes al paso de Halima que sale con la majestad de una reina. Dalí vá á seguirla; pero súbitamente se detiene como asaltado por una idea y dice riéndose ferozmente y echando sobre Cervantes, imperturbable, siniestras miradas.*)

DALÍ ¡Mía!... ¡mía serás, mujer soberbia!...

(*Aparte.*)

¡que entre mis manos á tu amado tengo!...

CAE EL TELÓN

ANTONIO ESPIÑEIRA

(Continuará)

NOTAS AL ACTO TERCERO

(m) *. . . de su aliento*
puesto al servicio de nosotros todos
para llevarnos al nativo suelo, . . .

La idea que envuelven los anteriores versos era tan cierta que casi puede asegurarse que entró por mucho en el fracaso de las varias tentativas de evasión de Cervantes, el empeño que ponía en libertar á otros, sin conformarse con ser él solo el beneficiado. Desde antes de rescatar á Rodrigo y darle recomendaciones para preparar un barco libertador en tierras españolas, estaba almacenando cautivos en la cueva de los jardines. Llegaron á juntarse hasta catorce ó más, casi todos caballeros españoles y mallorquines, á cuya subsistencia y seguridad proveía y estaba atento con sus ingeniosas trazas.

En otro proyecto de fuga, ayudado por Baltasar Torres y Onofre Exarque, mercaderes de Valencia residentes en Argel, y por el renegado Abderramén, el cual había comprado un bajel de doce barcos por sus instigaciones, Cervantes, cediendo á los impulsos de su corazón generoso, comenzó á poner sobre aviso á los principales cautivos, para que estuvieran listos á embarcarse al primer anuncio de ser llegada la ocasión. Á sesenta alcanzaron los iniciados en el secreto; y el resultado fué que uno de ellos, el doctor Juan Blanco de Paz, ex-religioso profeso, descubrió el proyecto á Azán Bajá. Barruntóse la traición antes de que el rey tomase medida alguna; y amedrentado Exarque y temeroso de perder vida y hacienda si prendían á Cervantes, le suplicó se embarcase para España en un buque pronto á zarpar, prometiéndole pagar su rescate. Sin vacilar rehusólo Cervantes, y le aseguró que antes perdería la vida que comprometer con sus declaraciones á él ni á otro alguno. En efecto, cuando Azán lo hizo tomar preso, se dió tal maña y tuvo tan ingeniosas y oportunas disculpas que, sin descubrir á nadie, apaciguó al rey.

(n) *. . . Don Antonio de Toledo,*
nacido del linaje de los de Alba, . . .

Caballero de la orden de San Juan, era éste uno de los cautivos más notables de Argel por su ilustre cuna. Rescatóse por siete mil

ducados, con gran disgusto del rei, quien dice de él en *El Trato de Argel*:

"De ira y de dolor hablar no puedo,
y es la ocasión de mi pesar insano
el ver que don Antonio de Toledo
ansí se me ha escapado de la mano.
. . . . . .
Del conde de Alba hermano es y sobrino
de una principalísima duquesa,
y en perderse perdió en este camino
ser general en una ilustre empresa" . . .

(ñ) *. . . al gran soldado*
que en Lepanto nos dió notorio ejemplo
de cómo cumple el hombre bien nacido
sus deberes de noble y caballero.

Pertenecía Cervantes á la compañía de Urbina en el famoso tercio de don Miguel de Moncada, y el día de la batalla estaba en la galera "Marquesa", de la división de Sicilia y Nápoles á las órdenes de Andrea Doria. Francisco Santo Pietro mandaba la galera.

"Hallábase á la sazón Cervantes enfermo de calentura, por cuya razón quisieron persuadirle su capitán y otros camaradas que, no tomando parte en la acción, se estuviese quieto en la cámara de la galera; pero él, lleno de valor y de espíritu militar, les replicó que, qué dirían de él que no cumplía con su obligación; y que prefería morir peleando por Dios y por su rey á meterse bajo de cubierta y conservar su salud, á costa de una acción tan cobarde. Pidió entonces mismo al capitán le destinase al paraje de mayor peligro; y condescendiendo éste con tan nobles deseos, le colocó junto al esquife, con doce soldados, donde peleó con ánimo tan esforzado y heroico, que sólo los de su galera mataron quinientos turcos y al comandante de la capitana de Alejandría, tomando el estandarte real de Ejipto. Recibió Cervantes en tan activa refriega tres arcabuzazos, dos en el pecho y otro en la mano izquierda, que le quedó manca y estropeada; contribuyendo por su parte tan gloriosa y bizarramente á hacer para siempre memorable el día 7 de octubre de 1571, por la completa victoria que lograron de los turcos los príncipes cristianos" . . . (NAVARRETE).

(o) *. . . acrecidas*
por siete largos meses de este encierro.

Desde fines de febrero de 1577 comenzaron á refugiarse en la

famosa cueva algunos cristianos por disposiciones de Cervantes; el barco encargado á Rodrigo arribó á la vista de Argel el veintiocho de septiembre del mismo año; por consiguiente, es perfectamente exacta la aseveración de tan prolongado encierro, que hace *Meneses*. Durante este período soportaron los infelices asilados, con cuanta resignación les fué posible, privaciones y dolencias numerosas, á causa de la humedad del subterráneo y su natural lobreguez.

(p) *¿Sois vos el Dorador, que, arrepentido*
de haber un día renegado . . .

Este personaje era natural de Melilla. Cuidaba de comprar vituallas y conducirlas á la cueva sigilosamente. Era un redomado hipócrita, según después se vió, porque habiéndose reconciliado con la iglesia, adoptó otra vez las creencias mahometanas, más que por convencimiento, por sacar buen partido de su transfugio.

(q) *Mi nombre es Juan, que el nombre moro dejo! . . .*

Así se llamaba el jardinero que ayudaba á Cervantes en este proyecto de fuga. Entre «los extraordinarios arbitrios que le sugerían su ingenio y sagacidad, el principal (dice Navarrete) había sido el interesar en el secreto, con la esperanza de libertad, al jardinero, que le servía de escucha y atalaya para que nadie se acercase al jardín ni pudiesen ser descubiertos.»

EL AÑO DE 1808 EN CHUQUISACA

(Continuación)

XI

Nada más aparatoso que las solemnes misas de gracias que en la metropolitana se celebraban con asistencia de las autoridades y corporaciones públicas. Verjas de bronce separaban de las laterales la nave del centro, y en ésta tenían entrada solamente los individuos que componían la concurrencia oficial. Ujieres del servicio indicaban á cada cual su asiento en los sillones ó en los escaños que, colocados en rangos, llenaban el recinto.

En la solemnísima y pontifical misa por la exaltación de Fernando VII estaban presentes la Real Audiencia con su presidente, los empleados superiores de la administración, el coro de los canónigos y el ayuntamiento. Casi todos los individuos que componían estos cuerpos eran europeos. Entre los asistentes nativos figuraban la nobleza y vecinos principales de la ciudad (en su mayoría criollos), el ilustre claustro de los noventa que conte-

nía en sus filas algunos mestizos tercerones cuarterones, el clero llano de presbíteros sueltos y de curas retirados (con gran variedad de sangres unos y otros), la juventud altoperuana de la academia carolina y de los colegios de San Cristóbal y de San Juan Bautista.

Revestido de gran pontifical el arzobispo leyó en el presbiterio, antes de los oficios, su famoso discurso sobre la cautividad de Fernando VII, usurpación napoleónica del borbónico trono de España é Indias, alzamiento general de la Península contra sus opresores y en favor del legítimo monarca. Dejando en esta última parte el tono patético, el orador invocó marcialmente al Dios de las batallas, proclamó á los fieles súbditos para que acudan con el acero y los fusiles por su rey contra el intruso, declaró la guerra á Francia y un armisticio con Inglaterra, nombrando diferentes veces á Napoleón con los más denigrantes calificativos.

En esta declaratoria el prelado se anticipó algunas semanas al gobierno. Sus contrarios, con tal motivo, le apellidaron en documentos públicos "rey de armas disfrazado con sagradas vestiduras de concordia y de mansedumbre".

De esta manera burló Moxó ruidosamente el empeño con que los oidores venían estrechando al anciano Pizarro desde diez días atrás. Querían que éste mantuviese oculta la certidumbre oficial que ya se tenía sobre el desquiciamiento de la metrópoli, sobre la caída de hecho de esa misma dinastía que acá se exaltaba de derecho en la persona, ó sea más bien dicho, en el nombre de un degradado prisionero. Confirmando y reforzando esta triste certidumbre, parte fundamental del discurso fué la demostración de los títulos que Fernando de Bor-

bón, suplantado hoy por José Bonaparte, tenía al trono de sus mayores y al señorío de estas Indias.

Los oidores no perdonaron jamás á Moxó el presente acto político. Una espina personalísima llevaba oculta. Sin disimular ellos bien el escozor de la clavadura, consideraron el paso como un cuasi-delito de la petulancia del mitrado. El discurso fué materia de cargos y acriminaciones que en són de perjuicios á los intereses de la metrópoli en esta colonia, elevó el tribunal primero ante la superioridad y después hasta el poder soberano.

Si bien el intento del orador, en la parte de la demostración jurídica, fué dirigirse principalmente al ilustre claustro y á la juventud estudiosa que le escuchaban en la catedral, sus palabras estaban en lo general destinadas á la publicidad entre el vulgo, y, con efecto, vasta y copiosa la tuvieron en el Alto-Perú por medio de la imprenta de Buenos Aires.

En esto se fundaban los oidores cuando decían que á trueque de ostentar conocimientos políticos é ingerirse en asuntos diplomáticos de gabinetes, el ilustrísimo y reverendísimo pedante "no advierte el peligro que ofrece el hablar de semejantes materias á una multitud destituída ordinariamente de nociones exactas sobre estos puntos, y que, oyendo á su pastor disertar en un estilo que á primera vista indica ser disputable el derecho de nuestro amado soberano al trono, tiene más motivo de vacilar que de afirmarse en su constante fidelidad."

Menos sutiles y más ingeniosas fueron las observaciones que ásperamente aquellos señores hicieron contra la violación del sigilo. Dijeron entre otras cosas: "que nada se adelantaba en persuadir al pueblo la certeza de estas novedades, antes por el contrario, era de suma impor-

tancia el que á lo menos las dudasen; pues lo primero daba margen á que formasen proyectos y resoluciones que no se tomaban estando en duda, y por lo segundo se conseguía ganar tiempo para tomar las medidas oportunas á evitar mayores males.»

Los valerosos servicios con que se señaló cuando las invasiones inglesas, daban al cabildo de Buenos Aires prestigio y autoridad moral en las provincias altas. En aquella ocasión se dirigía á esos prelados y ayuntamientos por motivos relacionados con la causa pública. En la presente hízolo también así mediante una circular, que clamaba por donativos voluntarios para venir en socorro de la madre patria despojada y sojuzgada.

Este oficio (agosto 26) propagó en el Alto-Perú la noticia de la formación de la junta de Sevilla, y la certidumbre sobre los tristísimos antecedentes que la sirvieron de fundamento. Comenzaba de esta manera:

«La España, esa madre ilustre, de quien hemos recibido el sér, á quien por su grandeza, nobleza y generosidad han respetado y aplaudido las demas naciones, y cuio nombre solo ha sido el baluarte inexpugnable contra los tiros de la emulacion y la envidia; hoy se mira ultrajada y perseguida por un tirano ambicioso y déspota...»

El arzobispo dedicó con tal motivo al cabildo bonaerense la impresión tipográfica del discurso que acababa de pronunciar en la catedral. Al dirigirle este tributo de su admiración y simpatías, le decía:

«V. E. presidido por su dignísimo Xefe es sin duda acreedor á otros infinitamente maiores. Toda la América del Sur debe amar y respetar á V. E. como á su libertador. Lo que la Suprema Junta de Sevilla ha hecho

en la península, lo ha executado V. E. en estas remotas colonias.»

Y para que bien se conozcan el temple bélico con que el prelado mortificó aquel día á los oidores, y los heroísmos y triunfos que Goyeneche refería para neutralizar el mal efecto de los actos de Bayona, he aquí algunos párrafos más de la dedicatoria arquiepiscopal:

«Las riberas del Guadalquivir y las del Rio de la Plata han sido para los Americanos y Españoles la señal de reunion, que acaba de salvar la patria de la mas inminente ruina. En ambas se han levantado casi á un mismo tiempo el estandarte de nuestro adorado Rey D. Fernando VII, y se ha jurado el castigo de nuestros pérfidos opresores.

«Este grito de fidelidad y venganza ha resonado con espantosa celeridad en todas las provincias de la Monarquía. Los Españoles se han echado al instante sobre las tropas enemigas, y las han derrotado y hecho pedazos con la fiereza propia de unos leones ofendidos y provocados.

«¡Quiera Dios continuarnos su omnipotente proteccion y concedernos una completa victoria! Entonces, bañados en sangre y cubiertos con el polvo de las batallas, estableceremos un alto y glorioso trofeo en las cimas de los Andes y de los Pirineos; y á su sombra disfrutaremos, junto con nuestro amabilísimo y desgraciado joven, de las dulzuras de una paz honrosa y digna de nuestro valor.»

Como va luego á verse, la bravura incontenible de Moxó modera un tanto su impetuosidad cuando á él se le enfrenta el enemigo.

XII

Cuando el 27 de septiembre salió Moxó á pontificar y declarar la guerra en la catedral, en contra suya estaba desde el día anterior, en la carpeta de la Audiencia, un pliego agresivo y temible á través de sus fórmulas forenses. Era una real provisión para que, con la brevedad posible, el prelado informara sobre la verdad y motivo de ciertas órdenes conminatorias que, según noticias del tribunal, había aquél dado al clero tocante á la junta de Sevilla.

La necesidad de guardar sigilo entre estos colonos sobre los desastres de la metrópoli, era una arma solamente contra los asertos y demostraciones públicas de Pizarro y de Moxó en Chuquisaca. El reconocimiento de la junta de Sevilla era para los oidores un punto estratégico de combate, desde donde su malquerencia podía herir con un mismo golpe á Liniers, á Pizarro, á Moxó y á Goyeneche. Algo indudablemente había ocurrido sobre el punto en lo externo del eclesiástico fuero, algo mientras se verificaban en la escena política los hechos que acabamos de referir.

Al día siguiente de haberse conformado Pizarro con el voto consultivo del 23, que confirmaba el del 18 contra el reconocimiento de la junta de Sevilla y de su comisionado, el arzobispo mandó reconocer la autoridad y representación de una y otro al cabildo metropolitano, congregado para este efecto. Bajo santa obediencia, en virtud del Espíritu Santo, so pena de excomunión mayor á él reservada, Moxó impuso al alto clero este reconocimiento, prohibió discutir ni por un instante la auto-

ridad de la junta, y obtuvo un donativo inmediato y promesas para otro sucesivo á prorrata entre el arzobispo y los canónigos, con destino á ser puesto en manos del comisionado de la junta.

Ninguna reserva fué allí posible. Hizo leer el decreto sevillano que confería poderes á Goyeneche para venir á informar sobre el estado de la Península, y para recoger caudales reales y voluntarios con destino á la guerra contra Napoleón. Hizo una pintura del luctuoso estado de la madre patria, que á estas horas peleaba contra el invasor por el rey cautivo, y clamaba á voces por el socorro de sus hijos todos, los que no con sus pechos y sus brazos, con sus dineros á lo menos, etc.

Al otro día congregó en el salón del museo del palacio arzobispal al clero llano de la ciudad. Presentóse con ademanes y tono patéticos el prelado. Exhortó al concurso para que contribuyera con un contingente copioso al donativo pecuniario, que por las autoridades públicas se proyectaba mandar á España en auxilio del opreso y despojado monarca y de sus heróicos defensores los peninsulares, quienes, corriendo á las armas como leones furiosos, pelean á estas horas en todos los ámbitos del suelo patrio contra las armas francesas.

Comenzó el arzobispo su alocución de esta manera: «Nuestro adorado monarca y toda la real familia están muy lejos de la frontera española, en poder de un falso amigo y pérfido aliado. La patria exhausta y bañada en la sangre de sus hijos, pide á grandes voces que la socorramos desde tan larga distancia.»

Promovióse desde luego entre los presentes una suscripción á cuota fija, quedó acordado el proseguir la colecta entre los ausentes, nombráronse recaudadores para

la ciudad y la arquidiócesis, y todo ofreció allí el aspecto de la espontaneidad y del patriotismo, como si las erogaciones no fueran sino una respuesta generosa de los bolsillos á los gritos de la religión y del buen ejemplo dado por los españoles de Europa. Entre los presentes tal vez no había uno sólo que no temiera como una calamidad personal el incurrir en un leve enojo del prelado. No se dejó sentir por eso ni el rumor de una protesta.

No se pasaron muchas horas sin que los oidores supieran lo que pasó y más de lo que pasó en esta asamblea. Era lo principal que el arzobispo no tomaba á lo serio el voto consultivo del tribunal sobre el sigilo y sobre no hacer novedad. Á esta norma política de las circunstancias Moxó oponía la publicidad y el alarma, primeramente y sin mayor perjuicio entre los peninsulares del capítulo, y ahora después y con visible intento entre los nativos del clero llano.

Los ministros decían que si él no consideraba posible el mantener más tiempo oculta la catástrofe de la madre patria, ¿por qué se empeñaba de añadidura en persuadir su certidumbre y su horror á los altoperuanos? ¿Para qué estar inculcando sobre ese abatimiento del poder de España con providencias compasivas y actos de misericordia? ¿Cuál la urgencia inaplazable que obligue por el momento á desgarrar así, delante de esta colonia movediza de razas y de castas, el secular manto de prestigio que cubre á la autoridad de los jefes y de las leyes?

Pero lo que más saca de quicio á los oidores es que, contra el aplazamiento ya acordado con el presidente y anticipándose en esto á cualquiera iniciativa del gobierno, el metropolitano se haya atrevido á divulgar los documentos referentes á la junta de Sevilla y á su comisio-

nado, á reconocer en ésta poder soberano, á deliberar con el clero sobre la manera mas positiva de prestarle obediencia, y lo era eficazmente el suministrarla aquellos subsidios pecuniarios que solicitaba.

Á este último respecto llegó por diversos conductos á noticia del tribunal, que el arzobispo había ordenado estrechamente á los clérigos que exhortaran á dicha obediencia desde el púlpito y el confesonario en toda la arquidiócesis, y que avisaran presto si alguien sentía lo contrario aunque fuese seglar. Esto les pareció intolerable. Convocaron los ministros á real acuerdo al presidente.

Mientras tanto, los consejeros—y era primero entre todos el arzobispo,—se esforzaban por persuadir á Pizarro á que exclamase al virrey de la conformidad prestada á los votos consultivos del 18 y del 23. Pedíanle que pusiese en ejecución la orden circular de aquel jefe al reconocimiento de la junta de Sevilla referente.

Ya hemos visto que la inspiración primera y los deseos constantes del anciano en aquellas conferencias, fueron cumplir esa orden y ajustar su conducta á las miras políticas de la superioridad. Pero retrocedió ante la abstinada consulta de los oidores; quiso guardar la armonía ahora más que nunca prescrita á autoridades tan altas; temió con sobrado fundamento que una discordia entre ellas sobre punto tan esencial fuese por el pueblo percibida. Y desde entonces sus sentimientos de fiel vasallo y de mandatario obediente quitaron la paz á su conciencia. Sobrevino la jura de Fernando VII, y quedó penetrado de entusiasmo por la decisión y lealtad que el pueblo entero manifestó en aquel acto por el nuevo monarca. Cobró entonces entereza. Acababa de presentar conmovido sus

excusas confidenciales al virrey y de escribir en carta de oficio lo que sigue, cuando recibió la citación del real acuerdo:

«Yo juro ante V. E. y ante el mundo entero, como cristiano, como buen español y como fiel servidor del legítimo monarca, que mi voto será siempre el de toda la nación reunida y legítimamente representada, como lo está en la suprema junta de gobierno de Sevilla.»

XIII

Presente al real acuerdo Pizarro, los oidores le expusieron: que á su noticia había llegado una orden del arzobispo de obedecimiento á la sevillana y á su emisario; que para cerciorarse de su efectividad y hacerla derogar en tiempo, caso de resultar cierta, vienen en pedirle que trate sobre el particular con el arzobispo, y le represente los graves perjuicios que resultarían de semejante medida atentatoria. Como Pizarro contestara que, á su entender, el prelado se había ceñido á dar patrióticamente curso á los encargos del superior gobierno y á los ruegos del cabildo de la capital, los ministros reiteraron con energía y acentuaron aun más, si cabe, las razones que á su juicio militaban para abstenerse de reconocer representación soberana ó potestad suprema en la junta de Sevilla.

Entre las cosas que en esta nueva ocasión hicieron valer, pueden citarse las reflexiones siguientes, que por sí solas pintan la consumada sutileza y perspicacia de aquellos licenciados:

«Persuádase el señor presidente: la junta de Sevilla, constituída por un pueblo en revolución, no será reco-

nocida por los demás del Estado; sus disposiciones sobre guerra á Francia y sobre armisticio con Inglaterra, radicalmente nulas, en cuanto son conformes al interés de España, serán presto revalidadas y solemnizadas por otro poder distinto, mejor investido.

"La circunstancia misma de haber dicha junta valídose de un agente particular y secreto para comunicarse con los jefes y autoridades del virreinato, á fin de instruirles de palabra acerca de lo ocurrido, y el hecho de haber autorizado ampliamente á este agente para recoger caudales sin tasa ni caución, están demostrando que, ó bien la de Sevilla no se compone de los sujetos que dicen los impresos traídos por el agente, ó bien que la tal junta no existe en realidad, siendo una de tantas patrañas forjadas con siniestros fines.

"Levantada en masa á estas horas la nación, cual se dice, es claro que se debe considerar ya libre á Madrid de la ocupación extranjera; y en tal caso ha reasumido el consejo de Castilla toda su vitalidad y la plenitud de sus facultades constitucionales, y ha podido sustituir al rey. Y aun cuando esto no fuera así, á mérito de la debilidad que la junta de Sevilla atribuye á dicho consejo, es seguro que ya á estas horas se ha formado una junta suprema de la nación con arreglo á las leyes, y á ésta sí que tendremos que obedecer todos sin recurrir á excomuniones ni á otros medios coactivos opuestos á una sana política.

"No constando, como no consta, de una manera auténtica el hecho de la prisión del rey, base indispensable y fundamental de la formación de la junta y de cualquiera procedimiento novatorio, bien pudiera suceder que, bien así como ahora tres años los ingleses esparcieron

por estas provincias falsas noticias que todos creyeron, las presentes fueran otra vez fraguadas por los mismos para penetrar en los puertos coloniales al resguardo de un fingido armisticio.»

Cuando esto decían los oidores en Chuquisaca quedaba constituida en España la junta central. Cuando colmaban con su instintiva desconfianza á Goyeneche, ignoraban el hecho de que este agente de la junta sevillana tenía á la vez connivencias con doña Carlota y hasta con José Bonaparte.

El presidente respondió que las noticias eran ciertas y notorios los hechos; que, impuesto de los procedimientos del prelado, nada encontraba en ellos de incorrecto ni de agraviante á la autoridad temporal, ni mucho menos de peligroso á la quietud de estas provincias; que, satisfecho en un todo de la rectitud y ardiente celo patriótico del arzobispo, declinaba el honor de entender con él para hacerle observaciones sobre su conducta; que, no concurriendo igual conformidad por la parte del acuerdo, nada más natural que fuera éste quien se dirigiese á aquél por carta de oficio, si le placía. Y sin aguardar más razones Pizarro se retiró.

Duda no cabía ya que Pizarro y Moxó procedían de acuerdo para contrariar aquel sistema del *statu quo* sigiloso y anti-sevillano, que el tribunal sostenía como indispensable, en las presentes circunstancias, para mantener á estas provincias quietas y unidas á la metrópoli. Tanto se empeñaban en atribuír este alcance á su sistema, que ahora y siempre sostuvieron en públicos y secretos documentos, que los ruidosos quebrantos, gemidos, clamores y alarmas del metropolitano del virreinato, tenían la virtud de hacer que las gentes meditasen sobre el partido

que les tocaba adoptar en la tremenda caída de la metrópoli. En la presente ocasión estamparon al respecto cosas verdaderamente terribles.

Terminada la conferencia entraron los oidores en acuerdo, y expidieron la real provisión de ruego y encargo á que arriba se ha hecho referencia. Según los oidores, la orden conminatoria de obedecimiento á la sevillana y el recaudo inmediato de un subsidio de guerra, para mejor obedecer á la junta, eran un atentado cometido por el arzobispo contra los cánones y las leyes, y un paso positivamente capaz de turbar la quietud pública y la unión de estas provincias con la metrópoli.

El prelado negó categóricamente el hecho, lo negó en términos enérgicos y conmovidos. Como se ve, este es uno de los incidentes más curiosos de la discordia.

Don Benito María Moxó y de Francoly no era uno de tantos mitrados con que el favoritismo cortesano de la metrópoli, dotaba á estas iglesias de América. Dignísimamente sentado estaba en la silla de Villarroel y de San-Alberto. Era un hombre ilustre por su ciencia y su literatura. Cítale Godoy en sus Memorias como uno de los nombramientos honrosos de su administración. Correspondíase epistolarmente con los virreyes de Méjico, de Lima y de Buenos Aires, con algunos consejeros de Indias y con dos de los ministros de Carlos IV. La infanta doña Carlota se dignaba escribirle de su puño. Era de noble cuna, y es lo cierto que sus virtudes cristianas no fueron siempre parte en hacerle olvidar este otro título de mundanal orgullo.

Todo esto sabían los enemigos del arzobispo. Veían que acababa éste de negar ante un alto tribunal de justicia un hecho cierto y ciertísimo. No sin razón se lison-

jearon de haber descubierto en este paso un tristísimo ejemplo de falsedad ruidosa. El silencio del arzobispo sobre el punto era aquellos días tomado por vergüenza.

Cuando en marzo de 1809 el tribunal, por realzarse á sí mismo y acriminar á otros, elevaba á la junta central de España é Indias informe con documentos sobre estos disturbios, hubo de retener siete meses el expediente por llenar en él cierto vacío angosto y profundo: el del comprobante de la cobarde mentira. Con el comprobante se intentaba tiznar la frente de Moxó. Obtúvolo, por fin, cuando la Audiencia era gobernadora con la suma del poder político y militar; obtúvolo con misterio por mano del deán de la catedral y del secretario del cabildo metropolitano, dos nombres que no interesan á la historia por ser políticamente oscuros. El arzobispo murió ignorando este maligno y alevoso concierto encaminado á mancillar su honor.

El expediente de los disturbios no pasó de Buenos Aires, y ahí se ha conservado largos años en una biblioteca particular. Hoy está en poder del que esto escribe (1). ¿Qué había de efectivo en este extraño y singular asunto? Algo sencillísimo. Si hubo delito, he aquí que tengo delante de los ojos el cuerpo del delito y el comprobante del delito.

XIV

En la parte principal, la respuesta que en 28 de septiembre dió el arzobispo á la real provisión de la audiencia, dice así:

(1) Fué rescatado de una testamentaría de antiguos armadores de buques por don Andrés Lamas. Debo á este querido y respetado amigo el obsequio de este riquísimo arsenal de noticias auténticas sobre los sucesos de 1808 en Chuquisaca.

"Confieso á V. A. que me he quedado atónito al ver el insigne atrevimiento y sacrílega osadia con que se ha intentado sorprehender la desvelada justificacion de ese Superior Tribunal. Es falso que yo haya mandado á mi clero, bajo pena de excomunion mayor, que obedezca á la Suprema Junta de Sevilla. No he dado ni pensado dar semejante órden. Este hubiera sido un error político de que me parece que no soy capaz. Hubiera sido tambien apartarse abiertamente del espíritu de los sagrados cánones. De modo que, si por un exceso de zelo, ó por una momentánea distraccion, me hubiera ocurrido semejante pensamiento, no es creible que ni mis medianas luces, ni el tierno amor y profundo respeto que profeso á las santas leyes de la Iglesia, me hubieran permitido efectuarlo.

"Sé, gracias á Dios, los límites que dividen al Sacerdocio del Imperio; y no solo no quiero en manera alguna traspasarlos, sino que deseo con todo el afecto de mi corazon que estas dos Potestades se amen, se estrechen y se den mútuamente la mano, y concurran ambas de comun acuerdo á sostener y salvar la Patria, particularmente en las críticas circunstancias en que al presente nos hallamos.

"Soy el primer Prelado y el primer sacerdote de este Vireinato. Mi sagrado carácter y mi alta Dignidad me obligan á obrar con la mayor circunspeccion y prudencia.

"Esta última virtud tan recomendada en el Evangelio, fué la que me inspiró la idea de llamar á mi clero el dia veinte y cinco del corriente. Ella fué la que puso en mis labios las palabras de dulzura y caridad, con que les descubrí las actuales necesidades de la Patria, para que la socorriesen con donativos de numerario, cada uno

segun sus facultades, y ofreciesen diariamente votos, sacrificios y gemidos por su gloria y prosperidad. Ella fué finalmente la que me dictó los paternales y saludables consejos, y preceptos que les dí á todos en comun, á los doctos y á los ignorantes, á los ancianos y á los jóvenes; amonestándoles y mandándoles, que ahora mas que nunca se portasen como buenos y modestos ciudadanos, prestando á todos sus hermanos el exemplo de un zelo puro y de un arreglado y constante patriotismo: que no soltasen las riendas á una inquieta curiosidad de enterarse de los acontecimientos del dia: que no quisiesen pasar en las conversaciones y tertulias por Filósofos y Políticos, cuya ambicion podría acarrearles gravísimos inconvenientes: que persuadiesen siempre la concordia, la union y la sencilla y exacta obediencia: sobre todo, que con su conducta enseñasen á los demas á respetar todas las autoridades legítimas, ya fuesen Eclesiásticas, ya Civiles; pues ambas reconocen un mismo origen, ambas manan de una misma fuente, que es la divina autoridad del Supremo Criador y Legislador de todos los hombres.»

Dióse con esta explicación el fiscal por satisfecho y dispuso la Audiencia que se pasase á otra cosa. No obstante, cuando días más tarde denunciaba ésta al virrey, entre otros, este paso del arzobispo, por considerarlo atentatorio en sí mismo y además contrario á los intereses de la metrópoli, sostenía que podría en su caso comprobar que la orden al clero fué cierta, mal que pesara á la negativa solemne del prelado.

«Y á vista de esta contestación,—decía el tribunal al virrey,—¿creería alguno que sea cierta la orden que dió al Clero? Parece que no, y V. E. será el primero que

no la crea. Pues, sin embargo, la orden fué cierta.., y así se hará consultar hasta la evidencia siempre que convenga.»

Este caso llegó en octubre de 1809 con la certificación auténtica de una acta eclesiástica de 24 de setiembre de 1808, que en su parte principal reza como sigue:

«Y estando así juntos y congregados, despues de haber rezado hincados de rodillas el Himno que empieza: *Veni Creator Spiritus*, mandó su Señoria Ylustrísima leer el Real Decreto expedido por la Suprema Junta de Sevilla, su fecha diez y siete de Junio del presente año, en que se nombró al Señor Brigadier don José Manuel de Goyeneche para que traiga á estos Reynos los pliegos de dicha Suprema Junta representante de la Nación, é informe de palabra ó por escrito todo lo ocurrido en la Península, y conduzga á la misma, tanto los caudales reales que estuviesen expeditos, como lo que produxeren los donativos voluntarios. Concluida la lectura del referido Real Decreto, dixo su Señoria Ylustrísima:

«Que siendo tan críticas las circunstancias en que nos hallamos, y tan grave el negocio de que se trata en dicho Real Decreto, mandaba primeramente baxo de santa obediencia y en virtud del Espíritu Santo, á todo este Venerable Cuerpo y sus Yndividuos, que obedeciesen el enunciado Real Decreto de la Junta de Sevilla, y reconociesen la suprema autoridad de ésta, como representante de la Nación, dando á este Decreto y á los demás que de ella emanasen, y se comunicaren igualmente como el presente por mano de su Ylustrísima y con ruego y encargo del Excelentísimo Señor Virrey de estas Provincias, el debido cumplimiento.

«En segundo lugar dixo: Que mandaba, y mandó,

baxo de la pena de excomunion mayor reservada á su Señoria Ylustrísima, que ninguno de los Yndividuos de este Cuerpo excitase dudas, ni las promoviese, sobre la lexitimidad y autoridad de dicha Suprema Junta de Sevilla, ni de las soberanas facultades que en ella residen; pues el que los Eclesiásticos excitasen y fomentasen duda sobre estos particulares, podria ser muy perjudicial en las actuales circunstancias, oponiéndose á la union, paz y concordia que debemos procurar en quanto nos sea posible, para que toda la Nacion unida, obre con energia.

"En tercer lugar dixo: Que mandaba, y mandó, baxo de la misma pena de excomunion mayor reservada á sí, que si acaso llegase á manos de este Cabildo, ó de alguno de sus Yndividuos, algun pliego, decreto, intimacion ú otro papel procedente del Ministro de Relaciones Extranjeras del Emperador de los Franceses, ó de cualquiera otro de sus Ministros ó Generales, si antes de abrirse el pliego se sabia cuio era, se pusiese inmediatamente y sin abrirlo en manos de su Señoria Ylustrísima. Y si acaso, sin saber su autor y contenido se abriese dicho pliego, luego que se viese la firma, ó se empezase á reconocer que contenia especies seductivas, sin pasar adelante en su lectura, se pusiese inmediatamente en manos de su Señoria Ylustrísima; quien añadió, que aunque estaba enteramente satisfecho del zelo, lealtad y patriotismo de su Cabildo y de todos sus Yndividuos, como que le habian dado repetidas pruebas de ello, y se prometia, que aun sin que él hubiese hecho prevencion alguna antecedente, todos los Yndividuos de este Cuerpo se manifestarian con la prudencia, tino, amor á la Patria y fidelidad al Soberano, que tienen tan acredita-

dos; pero que, no obstante, en las presentes circunstancias, su zelo pastoral le obligaba á mandarlo con la formalidad dicha y baxo las penas referidas, así por la gravedad de la materia, como porque el exemplo de un Cuerpo tan respetable y la noticia de que aun á éste se le habian puesto estos preceptos, sirviese de modelo y estímulo á su mejor cumplimiento á los demás eclesiásticos del Arzobispado, y evitar el que éstos tal vez, ó por mas sencillos ó por menos ilustrados, se dejen seducir ó engañar por la malignidad.

"Ynmediatamente pasó su Señoria Ylustrísima á proponer el punto de donativo con que se habia de contribuir por este Cuerpo para las actuales necesidades del Estado y guerra con la Francia, á conseqüencia de lo que se insinua en la misma Real Orden referida de la Suprema Junta de Sevilla... etc."

Bien así como lo anterior, todo lo demás que pasó en la sesión del cabildo metropolitano, bajo la punta del cayado pastoral de Moxó, fué temporalísimo ó puramente político, sea que esta vez el sacerdocio hubiese traspasado á sabiendas los límites que le dividen con el imperio, sea que aquí ambas potestades se hubiesen dado mutuamente la mano para concurrir juntas á salvar la patria, sea que cada cual así lo entendiese y lo practicase sin otra norma que los dictados de su pasión ó interés del momento.

La parte dispositiva de la real provisión de la Audiencia, fecha 26 de setiembre, es como sigue:

"Que con motivo de haber llegado á noticia del tribunal la órden que verbalmente ha dado el Muy Reverendo Arzobispo á su clero congregado al efecto, para que en todo obedezca á la Junta Suprema que se dice

hallarse formada en la Ciudad de Sevilla, baxo de la pena terrible de excomunion mayor, á sí mismo reservada; debian mandar, y mandaron, que para los efectos que convengan se libre inmediatamente Real Provision de ruego y encargo á dicho Muy Reverendo Arzobispo, para que informe con la brevedad posible sobre la certeza de la expresada orden, y los motivos que haya tenido para darla: y lo rubricaron.»

El peligro, el susto, cualquiera cosa semejante al miedo, hizo en este trance á Moxó tanto ó más habil abogado que sus contendores los legistas del regio tribunal de Charcas. Cuando sintió que venían á asaltarle, escondió listo tras un recoveco el fruto del cercado ajeno, y saltó con sus manos limpias á la encrucijada á chasquear allí, con ademanes inocentes, el intento de aquellos guardadores malos.

Lo que Moxó estaba llamado á referir, debía ser según y como en el auto del tribunal se contiene y declara. Es la propia fórmula de la real provisión. Pues bien: el prelado no dió orden verbalmente al clero, congregado al efecto, para que éste obedeciese á la Junta Suprema que se dice hallarse formada en la ciudad de Sevilla. La dió al cabildo metropolitano, y la dió prestándose á cumplir el ruego y encargo de autoridad competente, el virrey de Buenos Aires. Ni cometió atentado el prelado en esta parte ni mintió. Si su intrusión política en estos negocios fué perjudicial á los intereses coloniales de la metrópoli, tesis histórica aparte es, que se pudiera quizá resolver según el contexto de estos apuntes.

G. René-Moreno.

(Continuará)

EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA G. Z.

Ayer mi corazón, sin desencanto,
por la hermosura palpitaba loco,
mas hoy, señora, sin mirarle en poco,
de élla se aleja con temor y espanto.

Guardo del pecho en el santuario santo,
del sol del sentimiento cuna y foco,
un recuerdo de amor que siempre evoco
de la hermosura al celestial encanto.

Por eso al contemplar, linda señora,
tu rostro inteligente, y más divino
que el anhelo del alma soñadora;

---

mudo y temblando la cabeza inclino
y ¡recuerdo inmortal que me devora!...
con los ojos del alma te adivino.

AMBROSIO MONTT Y MONTT.

Montevideo, 1886.

GUSTAVO FLAUBERT

Gustavo Flaubert nació en Rouen el 12 de diciembre de 1821. Fué su padre Aquiles Cleofas Flaubert, cirujano en jefe del Hôtel Dieu: un hombre de buena inteligencia y de una bondad exquisita aunque algo irónico. Caritativo y abnegado hasta la heroicidad, había hecho de su carrera una verdadera religión.

El pueblo de Rouen lo adoraba con justicia.

Á la cabecera del enfermo era más que un médico: una hermana de la caridad y un amigo.

Jamás abandonaba el puesto de honor y acudía con solicitud á todos los llamados sin distinguir la clase ni el caudal.

Gustavo lo ha retratado después admirablemente, bajo el nombre del doctor Larivière, en uno de sus romances, *Madame Bovary*.

Tratándose del beneficio de las letras era intransigente, fanático: les negaba su mérito y sólo les concedía la utilidad de distraer el espíritu de algunas pendientes rápidas que la juventud, imprescindiblemente, encuentra en el camino de la vida y la de emplear el tiempo dignamente. Parece que estos debieron ser sobrados títulos

para reconocer sus grandes ventajas y para afirmar todos sus méritos, lejos de ponerlos en duda ó negarlos por sistema.

Cirujano, hijo de un veterinario, no comprendía que su hijo aspirase á ser literato. Siempre decía: "si yo sólo hubiera manejado la pluma, mis hijos no tendrían de que vivir hoy día."

En cuanto á los rasgos físicos de Gustavo Flaubert oigamos á su íntimo y sincero amigo Maxime du Camp. "Era de una belleza heróica. Los que sólo le han conocido en sus últimos años, torpe, calvo, encanecido, la pupila pesada y la tez gris, no pueden figurarse lo que era en el momento en que ibamos á ligarnos el uno al otro por una indestructible amistad. Con la piel blanca, ligeramente rosada sobre las mejillas, sus largos cabellos finos y flotantes, su alta estatura, ancho de espaldas, su barba abundante y de un rubio dorado, los ojos enormes, color verde mar, abrigados bajo largas pestañas negras, con la voz retumbante como el sonido de una trompeta, sus gestos excesivos y su reir estrepitoso, parecía uno de aquellos jefes galos que lucharon contra las legiones romanas."

Pintura magnífica que pone de relieve al hombre físico con todos sus movimientos, facciones y gestos, formando un conjunto de contrastes que dan la idea perfecta de una fisonomía simpática, correcta, inteligente.

Con estos datos basta cerrar los ojos un momento para imaginarse lo que debió ser Gustavo Flaubert: una belleza pura, varonil, comprobando una vez más la creencia universal de que la fisonomía es la imagen del alma, de que existe un lazo íntimo y estrecho entre la belleza del cuerpo y la belleza del espíritu.

Flaubert era realmente una inteligencia original. Poseía todas las cualidades que hacen del hombre un genio; pero agobiado por una enfermedad nerviosa que lo atormentaba desde la edad de veinte años, tenía las más notables excentricidades y en su fisonomía moral los mismos curiosísimos contrastes que en la física.

Era impetuoso, impaciente, dominador. Su alma inquieta le hacía amar el imposible, ambicionarlo todo y no dar un paso por conseguir nada.

El miraje de los desiertos realizaba su felicidad. Satisfacer un deseo ó una esperanza era matar el goce que causan ó el atractivo que producen. Adoraba todo á la distancia, se desesperaba por conseguirlo; pero al acercarse á las personas ó las cosas pasaba al lado de ellas desdeñoso, indiferente.

Al desarrollo precoz de sus facultades intelectuales unía una memoria asombrosa y un poder de asimilación admirable.

Su lenguaje culto, chispeante, original, hacía saborear todas las delicias de un espíritu delicado, de una imaginación brillante, y las más puras coqueterías de su cerebro luminoso.

Rendía á la cadencia y armonía de las frases el culto más ferviente. Todo lo sacrificaba á la forma. No concebía la bondad si no estaba revestida de la belleza. Solía decir con frecuencia: «lo que decimos no es nada, la manera de decirlo es todo.»

El retraimiento completo en que vivía, la lectura excesiva, la meditación constante y el abatimiento profundo de su ánimo habían despertado en él orgullos enfermizos, tristes, incomprensibles.

Tenía la costumbre de dar á conocer á los amigos

predilectos de su alma todas sus producciones. Cierto día les leía una de sus primeras obras, *La Educación Sentimental.* Uno de ellos lo interrumpió diciéndole: "ten cuidado, lo que acabas de leernos se encuentra casi textualmente en el *Wilhelm Meister* de Gœthe". Flaubert herido de súbito, levantó su magnífica cabeza y contestó: "eso prueba que lo Bello no tiene más que una forma".

Sus compañeros guardaron silencio, habían vislumbrado la inmensidad del orgullo que devoraba el alma de Gustavo.

Altivo de carácter no abatió jamás la frente ante las contrariedades del destino. "Mis últimas desgracias,—decía con motivo de la muerte de su hermana Carolina, —una de las bellezas más distinguidas de su época,—me han entristecido; pero no me han asombrado. Sin quitar nada á la sensación, las he analizado como artista. Esta ocupación ha recreado melancólicamente mi dolor." En otra circunstancia escribía: "el alma, á fuerza de ensancharse por el sufrimiento, ha llegado á adquirir capacidades prodigiosas; lo que la colmaba hace poco hasta hacerla estallar, apenas alcanza hoy á cubrir el fondo."

Como él mismo decía, desde muy niño había tenido el presentimiento completo de la vida, que concluyó por alejarlo de ella. Había comprendido la inconstancia de los hombres y la miseria de las cosas y se separó de ellos para encerrarse en las profundidades de su alma.

Amaba apasionadamente la soledad en la que se consumía sin sentirlo. Aislado, lejos de todos, lo tenía todo: vivía de ideas, soñaba y sentía.

La soledad tiene para el que sabe comprenderla consuelos inefables y enseñanzas verdaderamente materna-

les. Tempera las pasiones, forma el carácter y hace del hombre un sér que se posee á sí mismo; sus tentaciones y peligros sólo pueden vencerlos los espíritus fuertes.

La vida íntima había sido para Flaubert el sueño más acariciado; en ella se abstraía por completo. Sólo ambicionaba para su bienestar la tranquilidad y la calma. En una de sus cartas admirables exclamaba: «un poco de tranquilidad ¡gran Dios! un poco de reposo; sólo esto te pido, yo no quiero felicidad.»

Pasaba de las más fuertes exaltaciones á los desfallecimientos más rápidos.

Amaba con delirio todo lo grande.

La literatura era su único ídolo: á ella consagró toda su existencia, ella devoró todo su brilio para transmitirlo á las generaciones que hoy lo admiran.

Naturaleza triste, soñadora, vagabunda, amaba el arte por el arte como aquella mujer que amaba el amor por el amor y que pedía que la mataran para poder amar á Dios por Dios.

Flaubert vivía en el trabajo; su ley era el estudio. La lectura tenía para él seducciones irresistibles. El alba solía sorprenderlo leyendo el libro que había comenzado al caer la tarde de la víspera.

Tenía el alma de un gran poeta y, extraña contradicción, jamás pudo escribir un solo verso. Sin embargo, todas sus obras están iluminadas por la inspiración poética de su padre literario, Chateaubriand. Su prosa tiene toda la facilidad, fluidez, melodía y sentimiento del verso más delicado. Su alma era una perfecta trinidad: poeta como Heine, músico como Chopin, y pintor como Ruysdäel, admiraba la serenidad de los lagos, la melancolía

de las tardes, las noches de luna, el ruido de las cascadas, de la brisa y del viento.

Admirador decidido del Oriente, podía permanecer días enteros contemplando una pirámide ó soñando á la sombra de una palmera ó de un sicomoro.

Á veces las obras más vulgares ó los más triviales detalles lo seducían inconcebiblemente hasta embelesarlo.

Como siempre había vivido en su interior poseía la ciencia del corazón humano. Le gustaba estudiar sus contrastes de luces y sombras y pocos como él han penetrado con más delicaza en la *región ahumada* del alma.

Escribió poco. Sus primeras obras, *Noviembre* y la *Educación Sentimental* no son sino cuadros é imágenes que reflejan su propia vida: sus autobiografías morales, como se les ha llamado. *Madame Bovary* y el romance titulado *Por los Campos* y *Por las Playas* son quizá sus obras más interesantes. En esta última recuerda Flaubert su excursión á Bretaña el año de 1847. En ella describe palacios; se abisma ante las ruinas; fantasea y lanza, á veces, dardos de fina sátira contra las personas y las cosas. Esta obra fué escrita en su juventud, y en sus páginas admirables se revela al hombre de genio y de esperanzas.

El Canto de la Muerte es uno de aquellos gemidos que entristecen; pero encantan.

La tentación de San Antonio es considerada como la menos buena de sus obras, á pesar de ser la hija predilecta de sus constantes preocupaciones y una de las que le impuso más trabajos.

Gustavo Flaubert vivió en medio de aquella brillante constelación de inteligencias que tan buenos frutos ha

dejado á la Francia: la formaban principalmente los nombres de: Luis Cormenin, Alfredo Le Poitevin, Luis Bouilhet, Teófilo Gautier, Ernesto Le Marie, Rolland de Villarceaux y tantos otros.

Los últimos años de su vida fueron tristes, sombríos, desesperantes. Minada su existencia por una antigua y cruel neurosis, solía tener crisis fatales que debían conducirlo pronto á la tumba.

El fastidio qne hace del sér inteligente una sombra que marcha y un fantasma que piensa, como él mismo decía, le había hecho imposible la existencia.

Murió el sábado 8 de mayo de 1880.

"El hombre tiene la tumba; la gloria, el olvido; el día reposa en la noche; pero yo!..."

Flaubert puede dormir tranquilo; ha dejado á su patria un nombre ilustre y su monumento lo ha erigido él mismo en las almas sensibles que su lectura engrandece.

M. Sarratea Pinto

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS DEL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE EN CHILE

(Continuación).

En la parte 1.ª, capítulo 35, se lee lo que sigue:

"Sosegóse con esto Anselmo, y quiso aguardar el término que se le pedía, porque no pensaba oír cosa que contra Camila fuese, por estar de su bondad tan satisfecho y seguro; y así se *salió* del aposento, y dejó encerrada en él á Leonela, *diciéndole* que de allí no *saldría* hasta que le *dijese* lo que tenía que *decirle*. Fué luego á ver á Camila y á *decirle*, como le *dijo*, todo aquello que con su doncella le había pasado, y la palabra que le había dado de *decirle* grandes cosas y de importancia. Si se turbó Camila ó *no*, *no* hay para qué *decirlo*, porque fué tanto el temor y espanto que cobró, *creyendo* verdaderamente (y era de *creer*) que Leonela habría de *decir* á Anselmo todo lo que sabía de su poca fe, que no tuvo ánimo para esperar si su sospecha *salía* falsa ó no."

Clemencín, comentando este pasaje, escribe:

"¿Qué escritor, por mediano que fuese, incurriría deliberamente en igual desaliño, repitiendo cinco veces un mismo verbo en el breve espacio de dos renglones? Y aún vuelve á repetirlo otra vez dentro del propio período, y otra á principio del siguiente."

El mencionado es un notable desaliño en que Cervantes incurre demasiadas veces.

En la parte 1.ª, capítulo 41, se lee:

"No me *daba* á mí tanta pesadumbre la que á Zoraida *daban*, como me la *daba* el temor que tenía de que habían de pasar del quitar de las riquísimas y preciosísimas joyas al quitar de la joya que más valía, y ella más estimaba."

Clemencín comentando esta frase, dice:

"En brevísimo espacio, se repite tres veces el verbo *daba*. Quedaría más descargado y mejor el lenguaje diciendo;—no me causaba á mí tanta pesadumbre la que á Zoraida daban, como el temor de que habían de pasar, etc."

Podrían llenarse pliegos con frases del DON QUIJOTE que adolecen de igual vicio; pero quiero agregar sólo una tercera.

En el mismo capítulo en que se encuentra la frase que acabo de citar, se leen estas otras:

"Demasiada cosa sería *decir* yo ahora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo y rico adorno con que mi querida Zoraida se mostró á mis ojos; sólo *diré* que más perlas pendían de su hermosísimo *cuello*, orejas y *cabellos*, que *cabellos* tenía en la cabeza. En las gargantas de los pies, que, descubiertas á su usanza *traía*, *traía* dos carcajes (que así se llaman las manillas ó ajorcas de los pies en morisco) de purísimo oro, con tantos diaman-

tes engastados, que ella me *dijo* después que su padre los estimaba en diez mil doblas, y las que *traía* en las muñecas de las manos valían otro tanto.»

El comentador de cuyo trabajo me voy aprovechando para estos ejemplos, advierte, á propósito del pasaje precedente, lo que sigue:

«*Traía, traía,* repetición desaliñada de que hay muchos ejemplos en el QUIJOTE.»

Me parece que Clemencín no hizo notar acerca de ese pasaje todo lo que debiera.

Indudablemente la repetición inmediata de *traía* era la que suministraba materia para mayor reparo; pero habría debido llamar la atención sobre que el mismo *traía* tornaba á emplearse pocos renglones más adelante, y sobre la repetición análoga de la palabra *cabellos* usada en pos de *cuello* con que casi consuena, y sobre la triple intervención de este verbo *decir* de que el autor de DON QUIJOTE abusaba tanto.

Este pasaje, como muchos otros, justifican plenamente el siguiente juicio general que Clemencín da en uno de los comentarios de la página 327, capítulo 25, parte 1.ª.

«No parece, sino que Cervantes, en cuya pluma era tan rico y variado el idioma, no tenía recursos para explicar las cosas sin repetir las mismas palabras; ¡tan poca era la atención con que escribía su inimitable QUIJOTE!»

El descuido de Cervantes al redactar su grande obra, que será inmortal á pesar de los enormes defectos de detalle, fué tanto, que, en la parte 1.ª, capítulo 45, se lee lo que sigue:

«Por Dios, señores míos, *dijo* don Quijote, que son tantas y tan extrañas las *cosas* que en este castillo, en dos veces que en él he alojado, me han sucedido, que no

me atrevo á *decir* afirmativamente ninguna *cosa de lo que acerca de lo que en él se* contiene se preguntare, porque imagino que cuanto en él se trata, va por vía de encantamiento.»

Clemencín, comentando el anterior pasaje, hace notar con mucha razón que, en solo once palabras, se cuentan nueve monosílabos.

Otro de los vicios demasiado frecuentes en el lenguage del Don Quijote es la desacertada colocación de los relativos.

En la parte 1.ª, capítulo 42, se lee:

«En esto *llegaba* ya la noche; y al cerrar della, *llegó* á la venta un coche con algunos hombres de á caballo. Pidieron posada, *á quien* la ventera respondió que no había en toda la venta un palmo desocupado.»

Clemencín comentando este pasaje, dice:

«Habría sido preferible poner *y* en lugar de *á quien*. En el texto como está, no parece sino que la respuesta se dirigió á la *posada*. Es verdad que la sentencia ó sentido de la oración manifiesta que se dirigía á los *hombres de á caballo* que llegaban con el coche á la venta; pero no es al sentido á quien toca explicar las palabras, sino al contrario las palabras son las que deben explicar el sentido.»

En la parte 1.ª, capítulo 47, se lee lo que sigue:

«Temiendo don Fernando y Cardenio que Sancho no viniese á caer del todo en la cuenta de su invención, á quién andaba ya muy en los alcances, determinaron de abreviar con la *partida*; y llamando *aparte* al ventero, le ordenaron que ensillase á Rocinante y enalbardase el jumento de *Sancho, el cual lo hizo* con mucha presteza.»

Clemencín, comentando este pasaje, dice:

"Atendida la colocación de las palabras según las presenta el texto, parece que quien *lo hizo* fué *Sancho*, pero no fué sino el ventero; y hubiera sido más claro, y por consiguiente mejor, poner *lo cual hizo*, en lugar de *el cual lo hizo*."

Cervantes se mostró en general poco cuidadoso de dar á los modificativos una colocación conveniente.

Este insigne escritor, orgullo y gloria de nuestra patria, principia así el capítulo 38, parte 1.ª:

"Prosiguiendo don Quijote *dijo*:—Pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es más rico el soldado, y veremos que no hay ninguno más pobre en la misma pobreza, porque está atenido á la miseria de su paga, que viene ó tarde ó nunca, ó á lo que garbeare por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia; y á veces suele ser su desnudez tanta, que un coleto acuchillado le sirve de gala y de camisa; y en la mitad del invierno, se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con sólo el aliento de su boca, que, como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe salir frío contra toda naturaleza. Pues *esperad que espere* que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual, si no es por su culpa, jamás pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere, y revolverse en ella á su *sabor*, sin *temor* que se le encajen las sábanas. Lléguese, pues, á todo esto el día y la hora de recibir el grado de su ejercicio, lléguese un día de batalla, que allí le pondrán *la borla en la cabeza hecha de hilas* para curarle algún balazo que quizá *le habrá pasado las sienes*, ó le dejará estropeado de brazo ó pierna."

Al comentar el pasaje precedente, don Diego Clemencín, á quien el señor Cánovas del Castillo censura por demasiado nimio, prescinde de varios lunarcillos, y reduce sus observaciones á sólo las dos que reproduzco á continuación.

«*Allí le pondrán la borla en la cabeza hecha de hilas.* Por la inversión en el orden de las palabras, suena que la *cabeza* es la *hecha de hilas.* Mejor: *allí le podrán en la cabeza la borla hecha de hilas.* Se alude á la borla de doctor, con que se adorna en la universidad á los que después de desempeñar los ejercicios prescriptos, obtienen los supremos grados académicos.»

«*Que quizá le habrá pasado las sienes.* El caso es imposible. Quien tenga las sienes pasadas de un balazo, no necesita de hilas para curarse; ó, hablando en términos usados en los libros de caballería, y en el mismo QUIJOTE, no necesita de maestro. Mas nuestro hidalgo, arrebatado por su estrambótico entusiasmo, no estaba para tropezar, ni detenerse en imposibilidades. No reparaba *en mesas ni castañas.*»

Lo que Clemencín dice de *hecha de hilas*, que, por el sentido debe aplicarse á *borla*, y que, por la colocación, puede aplicarse á *cabeza*, es incontestable.

Lo que el mismo comentador expone acerca de aquel balazo *que quizá le habrá pasado las sienes* está manifestando que no era tan riguroso como se le acusa de haberlo sido.

Cervantes no se molestaba de que sus frases tomasen en ocasiones un giro tortuoso ó enmarañado, como lo manifiesta la siguiente que se encuentra en la parte 1.ª, capítulo 30.

«Pero *decía* él que no le fatigaba tanto esto, cuanto le

ponía en confusión *saber* por cosa muy cierta que un descomunal gigante, señor de una grande ínsula, que casi alinda con nuestro reino, llamado Pandafilando de la Fosca Vista (porque es cosa averiguada que, aunque tiene los ojos en su lugar y derechos, siempre mira al revés como si fuese bizco, y esto lo hace él de maligno, y por poner miedo y espanto á los que mira), *digo que supo* que este gigante, en sabiendo mi orfandad, había de pasar con gran poderío sobre mi reino, y me lo había de quitar todo sin dejarme una pequeña aldea donde me recogiese."

Clemencín, comentando esta frase, dice:

"El discurso que había empezado en *saber*, queda suspendido en *descomunal gigante*, y este nombre queda sin verbo. Después se anuda de cualquier modo la oración, sin contarse con las reglas de la sintaxis gramatical. Dió ocasión para ello el largo paréntesis que se interpone acerca de los ojos bizcos de Pandafilando; y fuera la corrección fácil sólo con sustituír *saber* á *que supo*, así:—*saber* que un descomunal gigante... *saber*, digo, que este gigante, en *sabiendo* mi orfandad, etc.—De esta manera se completaba el sentido, aunque siempre quedaba la ingrata repetición de *saber* y *sabiendo*."

Aunque yo podría tomar en el abundante acopio de los comentarios de Clemencín muchas otras frases censurables del Don Quijote, desisto de hacerlo por no ser excesivamente pesado, y porque las citadas sobran para mi objeto.

Sin duda, no todas las críticas que este respetable humanista ha formulado por lo que toca al lenguaje de esa grande obra son justas; pero las anteriores y otras lo son.

Ahora bien, es para mí incontestable que si Cervan-

tes, como pudo ejecutarlo, hubiera enmendado los defectos señalados, el Don Quijote no habría perdido ninguno de sus méritos; y que, por el contrario, los habría avalorado.

No se ve cómo esos defectos habrían de ser las condiciones indispensables de esos méritos.

Para sostener tal cosa, sería preciso demostrar que la corrección gramatical anda reñida con la excelencia literaria; y que los escritores de genio sólo pueden expresar sus sublimes pensamientos, y comunicar sus creaciones inspiradas, conjugando mal los verbos, infringiendo las reglas de la concordancia y del régimen, dando á las voces una colocación inoportuna, desdeñando, en fin, todos los arbitrios que la experiencia y la reflexión indican para obtener la claridad y la elegancia.

Y como no ha de haber nadie que sustente una tesis semejante, no debe tampoco decirse que la gramática es instrumento útil para los negociantes, pero no para los poetas y los oradores.

La gramática no da fantasía ó elocuencia á quien no posee la una ó la otra.

Lo que enseña es á emplear un lenguaje que proporcione un órgano adecuado á la manifestación más acabada de esos prodigiosos dones del espíritu humano.

Ni Clemencín, ni ningún otro crítico se han propuesto negar el mérito de Cervantes, ó querido arrebatarle su merecida gloria, cuando han manifestado que su conocimiento de las reglas gramaticales era incompleto, y su práctica de ellas insuficiente.

La única conclusión legítima que se deduce de este antecedente es que el Don Quijote habría sido más perfecto, y, por lo tanto, más admirable, si no pudiera

señalarse en tan portentosa obra un gran número de incorrecciones de lenguaje, las cuales, sobre ser del todo innecesarias, y fáciles de enmendar, no han contribuído en lo menor al extraordinario primor de ella.

Precisamente, las muchas faltas gramaticales que deslucen las producciones aún de los mayores ingenios españoles en los siglos precedentes, causan la más penosa impresión á los lectores modernos, y suministran una excelente prueba práctica de cuánto conviene aprender los procedimientos de la lengua en textos como los de Salvá, de Bello, de la Real Academia, y demás de su especie.

Los antiguos escritores á que aludo no tuvieron, por desgracia, medios para adquirir con facilidad este conocimiento tan indispensable.

Tal es el motivo de que abunden en sus obras incorrecciones en que los estudiantes adocenados de nuestros días no incurren á menudo.

Don Antonio Cánovas del Castillo cree que la lengua ha de aprenderse en las producciones de los grandes ingenios, y no en las gramáticas.

Sea dicho con el debido respeto, tengo tal opinión por muy equivocada.

No seré yo por cierto quien vaya á contradecir una exajeración con otra exajeración, y á insinuar siquiera que la lectura y el estudio de los insignes prosistas y poetas españoles no sean provechosos para aquel que aspire á manejar bien, ó á lo menos limpiamente el idioma nacional.

Lo que pienso es que tal ejercicio no produce frecuentemente los buenos frutos que debiera por lo que toca á

la acertada expresión del pensamiento, cuando quien lo emprende no va auxiliado con las lecciones de la gramática y de la retórica.

En efecto, los principios y las reglas que se mencionan y explican en los textos de estos ramos son simplemente la exposición metódica de los procedimientos sustanciales usados por los maestros del idioma.

Los que acometen sin el socorro de esos textos el estudio de la lengua en las obras clásicas, se ven precisamente obligados á deducir y formular por sí solos los principios y las reglas á que han de sujetarse la adopción de los vocablos, la coordinación de las frases y el arreglo de las figuras.

Esta es una tarea, no solo ímproba y difícil, sino también inútil, porque los gramáticos como Salvá, á quién tanto desdeñan algunos, son los que se encargan de desempeñarla, y los que la desempeñan en ocasiones bastante satisfactoriamente.

Cuando los que se dedican á estudiar la lengua en las producciones más sobresalientes del ingenio español, conocen de antemano los fundamentos racionales de ella, bien definidos, bien clasificados y más ó menos bien comprobados, como se enseñan en nuestras buenas gramáticas, pueden rectificarlos ó perfeccionarlos con mucha menos dificultad que si carecieran de esas nociones preliminares é imprescindibles.

Así no encuentro razón sólida y conyincente para que se niegue la utilidad de la gramática, y de la retórica, que es su complemento.

La posesión de los conocimientos que pueden encontrarse en los textos y en la enseñanza de estos ramos

habilita para leer con provecho los libros de los escritores esclarecidos que, desde cerca de cuatro siglos atrás, han ilustrado y honrado nuestra raza.

Sin el auxilio de la gramática, esa lectura puede ser, por lo que respecta al buen uso de la lengua, no tan ventajosa como debiera.

El nunca suficientemente ensalzado autor del DON QUIJOTE ofrece una irrecusable prueba de ello.

Pocos, muy pocos ingenios ha habido tan excelsos como el suyo, no sólo entre las naciones de raza española, sino entre todas las del género humano.

Era un hombre tan aficionado á la lectura que devoraba cuantos libros caían en sus manos, y hasta los papeles impresos ó manuscritos que rodaban por el suelo, los cuales se apresuraba á recoger para instruirse de lo que contenían.

Su obras demuestran que su erudición era sumamente variada.

Sin embargo, el no haber estudiado la gramática de su lengua, le hizo cometer incorrecciones de lenguaje en que muchos colegiales medianamente aprovechados no incurrirían en la actualidad.

Y esto ha de imputarse, no á negligencia ó desdén, sino al poco cultivo de este ramo que había habido hasta entonces en España, y á la escasez, ó mejor dicho, á la falta de textos adecuados.

Léase lo que don Vicente Salvá dice acerca de este punto.

"Entre los libros con que la prensa enriquece diariamente la república de las letras, se cuenta un crecido número de gramáticas de los principales idiomas europeos para el uso de las personas que los hablan, aunque

pocas, á juicio de los inteligentes, están desempeñadas bajo un plan sencillo y metódico. No puede gloriarse España de semejante abundancia, pues si bien compite con las naciones más civilizadas en buenos historiadores y poetas, siendo superior á cada una de ellas en escritores ascéticos, y más rica que todas juntas en excelentes comedias, apenas puede presentar unos cuantos filólogos que se hayan dedicado á señalar el rumbo que conviene seguir para evitar el desaliño é incorrección del habla común, los errores de una gran parte de los libros que andan impresos, y los casuales descuidos aun de los pocos que merecen ser propuestos por modelo de lenguaje y de estilo.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

(Continuará)

ÍNDICE DEL TOMO VI

Alhornoz Pedro N.—Estudios gramaticales, págs. 58, 221, 290 y 353.
Amunátegui Miguel Luis.—Los adjetivos sustantivados, según el Diccionario de la Real Academia Española, págs. 370, 462 y 529;—Apuntaciones sobre algunas palabras de uso legal y forense en Chile, pág. 635 y 706.
Ahumada Rómulo.—Revista de Revistas, pág. 131.
Aguirre Vargas Vicente.—Revista bibliográfica, pág. 380.
Blanco Cuartín Manuel.—El niño goloso (poesía), pág. 65.
Barriga Juan Agustín.—Revista literaria, *Maruja*, pág. 155.
Barros Barros Claudio.—Juventud (poesía), pág. 52.
Darapsky Luis.—El Museo Nacional de Santiago de Chile, págs. 189 y 281.
Edén Jacobo.—La muerte de Raimundo, pág. 5.—Tu canto (poesía), pág. 629.
Errázuriz U. Guillermo.—Los Ideales (poesía), pág. 355—En un alero (poesía), pág. 568.
Espiñeira Antonio.—Cervantes en Argel (drama), págs. 481, 574 y 649.
Elías Pedro N. Cruz.—L'Œuvre, novela de E. Zola, pág. 618.
Lastarria José V.—El poeta chileno don José Antonio Soffia, página 161.
Lira E. Eduardo.—Apuntes sobre higiene, á propósito del libro de don Alberto Martínez, sobre demografía de la tisis en Buenos Aires, pág. 561.
Montt y Montt Ambrosio.—Sonetos, págs. 351, 549 y 698.
Nercasseau Morán Enrique.—De vacaciones, pág. 81.—Trenos (versión parafrástica), pág. 362.

Nivelle Juan de.—Despedida á la Exposición Artística, pág. 401.
Niporesas.—Las Realidades (poesía), pág. 453.
Palacio Manuel del.—Blanca, pág. 416.
Palma Ricardo.—Tradiciones de la patria vieja, pág. 641.
Rawson Guillermo.—Observaciones sobre higiene internacional, páginas 144, 229, 298 y 343.
René-Moreno Gabriel.—El año 1808 en Chuquisaca, pág. 430, 505 y 678.
Samper José María.—El coronel Carlos Spano ó la defensa de Talca (romance histórico), pág. 26.—Mis cuatro edades (poesía), pág. 333.
Sarratea Pinto M.—Gustavo Flaubert, pág. 699.
Silva de la Fuente Alejandro.—La tertulia de mi amo, pág. 41.—Casar las hijas, pág. 321.
Soffia José Antonio.—Poesías inéditas, pág. 99.
Seldez Fernán Numa.—Revista de modas, pág. 316.
Tondreau Narciso.—¡Gloria! (poesía), pág. 216.
Vial Solar Javier.—Recuerdos literarios, págs. 66 y 110.
Wanderer.—Siluetas del Corán y de Mahoma, pág. 241.—Al través de la fantasía, págs. 550 y 602.

SERIAL